

Los Padres de la Iglesia.

José Vives.

Contenido:

Los Padres de la Iglesia.

Nota Preliminar.

Sección primera: los padres apóstolicos

Clemente Romano.

- I. La situación de la Iglesia de Corinto.
- II. La Iglesia fundada sobre los apóstoles.
- III. La organización de la Iglesia es análoga a la del antiguo pueblo de Dios.
- IV. Dios creador.
- V. Jesucristo.
- VI. Fe y obras.
- VII. La esperanza escatológica.
- VIII. El martirio de Pedro y Pablo.
- IX. Fórmulas de oración litúrgica.

La “Didache.”

- I. Instrucción moral.
- II. El bautismo.
- III. Ayuno y oración.
- IV. Fórmulas para la cena eucarística.
- V. Instrucción sobre los apóstoles y profetas.
- VI. El día del Señor.
- VII. Obispos y diáconos.
- VIII. Escatología.

Ignacio de Antioquía.

- I. El ansia de alcanzar a Cristo.
- II. Jesucristo.
- III. La eucaristía.
- IV. El obispo, principio de unidad.

Policarpo de Esmirna.

- I. Testimonio de Ireneo sobre Policarpo.
- II. La carta a los de Filipos.
- III. Martirio de Policarpo.

La Llamada Carta de Bernabé.

- I. Fe y conocimiento.
- II. El cristianismo muestra la invalidez del judaísmo.
- III. Nuestra salvación en Cristo.

Papías.

Hermas.

- I. El mensaje de penitencia.
- II. Riqueza y pobreza.
- III. Discernimiento de espíritus.

Sección Segunda: Los Apologetas.

Arístides.

La Carta a Diogneto.

- I. Refutación del politeísmo.
- II. Refutación del judaísmo.
- III. Los cristianos en el mundo.
- IV. El designio salvador de Dios.

San Justino.

- I. El cristianismo y la filosofía.
- II. Dios.
- III. Pecado y salvación.
- IV. Vida cristiana.
- V. Escatología.

Taciano.

- II. La resurrección de los cuerpos y la inmortalidad del alma.
- III. Los cristianos y el emperador.

Atenágoras.

- I. Dios uno y trino.
- II. La vida de los cristianos.

Teófilo de Antioquía.

- I. Dios uno y trino.
 - II. El pecado de Adán.
- Sección Tercera: El Cristianismo del Asia Menor.
- Melitón de Sardes.
 - I. La novedad del Verbo hecho hombre.
 - II. Las figuras del Antiguo Testamento, suplantadas por la realidad del Nuevo.
 - III. El pecado del hombre.
 - IV. El designio salvador en Cristo.
 - V. Sentido de la pascua cristiana.

Ireneo de Lyón.

- I. Dios.
- II. El designio creador y salvador de Dios.
- III. Cristo, manifestación del Padre y salvación de los hombres.
- IV. El Espíritu Santo.
- V. El hombre, objeto de la salvación de Dios.
- VI. La fe.
- VII. La Iglesia.
- VIII. La eucaristía.
- IX. Escatología.

Sección Cuarta: Los Escritores de Alejandría.

Clemente de Alejandría.

- I. El cristianismo y la filosofía.
- II. Escritura, gnosis, tradición.

- III. El Logos revelador e iluminador.
- IV. El hombre.
- V. La Iglesia.

Orígenes.

- I. Dios.
- II. El hombre.
- III. La Escritura.
- IV. Cristo redentor.
- V. La Iglesia. Los sacramentos.
- VI. La vida cristiana.
- VII. Escatología.

Sección Quinta: Los Escritores Latinos

Tertuliano.

- I. La verdad cristiana.
- II. Dios creador y redentor.
- III. El hombre pecador.
- IV. Sacramentos y vida cristiana.
- V. Escatología.

Cipriano.

- I. El hombre nuevo.
- II. La Iglesia.
- III. La eucaristía.
- IV. El sentido de nuestra oración.

Sección Sexta: Atanasio.

- I. La Trinidad.
- II. Cristo redentor.

Nota Preliminar.

Este libro no tiene otra pretensión que la de ofrecer reunidos y en traducción una serie de textos suficientemente representativos de la formación y desarrollo del pensamiento teológico cristiano en los primeros siglos de la Iglesia. Me atrevo a esperar que esta selección pueda ser de interés y utilidad para las muchas personas que, en este momento de renovación teológica, se interesan por las profundas raíces históricas del pensamiento cristiano, y no tienen tal vez el tiempo, las facilidades bibliográficas o la preparación filológica para acudir directamente a las mejores ediciones de sus fuentes. Soy perfectamente consciente de las muchas limitaciones que padece una compilación de este género. Los breves extractos, sacados de su contexto, apenas pueden dar más que una remota idea de toda la riqueza de las obras de donde proceden. Además, la selección ha de ser inevitablemente, sobre todo a los ojos de los entendidos, un tanto arbitraria, incompleta y parcial. Habrá quien echará de menos tal o cual texto importante, o tal o cual autor. Podría haberse dado cabida a textos litúrgicos o disciplinares, o a los autores que pronto quedaron estigmatizados como heterodoxos, por ejemplo los gnósticos. En la necesidad de mantener el libro dentro de unas proporciones manuales, he dado preferencia más bien a aquellos textos y autores que son más representativos desde el punto de vista de lo que pasó a ser doctrina común de la Iglesia (o

sea la ortodoxa). Aun así he dejado totalmente de lado autores como Hipólito, Minucio Félix, Lactancio y otros, que aunque pueden ser en sí muy importantes, quizás no tuvieron tanta influencia o no fueron tan radicalmente originales como los autores que han sido preferidos a ellos. Puede preguntarse alguno por qué precisamente se ha cerrado esta selección con Atanasio.

Sección primera: los padres apóstolicos

Clemente Romano.

Según la tradición, san Clemente fue el tercer sucesor de san Pedro en Roma, después de Lino y Cleto. Ocupó la sede romana en los últimos años del siglo primero. De él se conserva una carta a la Iglesia de Corinto, en la que exhorta a aquella comunidad, amenazada de graves disensiones internas, a mantenerse en la unidad y la caridad. Nos han llegado, además, bajo el nombre de Clemente otros escritos: una segunda carta a los Corintios, dos cartas a las Vírgenes, y diversos escritos homiléticos y narrativos (*Homilías* y *Recognitiones clementinas*), que pretenden presentar la predicación y las andanzas de Clemente. Pero todos estos escritos, de carácter y valor muy desigual, no pueden considerarse como auténticos y pertenecen a diversas épocas posteriores.

La primera carta a los Corintios es de gran interés como documento que nos permite conocer directamente la Iglesia romana primitiva. Vemos cómo la Iglesia aparece como modelada todavía en buena parte sobre **la sinagoga de la diáspora y sobre las instituciones del Antiguo Testamento**, que constituye todavía *la base ideológica de* aquellos cristianos recién convertidos del judaísmo. En cambio, los escritos del Nuevo Testamento no parecen haber adquirido aún el carácter de autoridad primaria y definitiva. **Se afirma ya por primera vez el principio de la sucesión apostólica como garantía de fidelidad a la doctrina de Cristo.** Se proclama el principio paulino de la salvación por la fe y no por los méritos propios, pero al mismo tiempo se insiste en la necesidad de practicar obras de santidad y de obedecer a los mandamientos de Dios, con fórmulas de corte vetero-testamentario. Los capítulos finales reproducen las formas de oración que se usaban en aquellas comunidades, sin duda calcadas en buena parte sobre las que se usaban en la sinagoga. Es curiosa la oración por los gobernantes.

I. La situación de la Iglesia de Corinto.

A causa de las inesperadas y sucesivas calamidades que nos han sobrevenido... hemos tardado algo en prestar atención al asunto discutido entre vosotros, esta sedición extraña e impropia de los elegidos de Dios, detestable y sacrílega, que unos cuantos sujetos audaces y arrogantes, han encendido hasta tal punto de insensatez, que vuestro nombre honorable y celebradísimo, digno del amor de todos los hombres, ha venido a ser objeto de grave ultraje...¹

Surgieron la emulación y la envidia, la contienda y la sedición... se levantaron los sin honor contra los honorables, los sin gloria contra los dignos de gloria, los insensatos contra los sensatos, los jóvenes contra los ancianos...²

A hombres establecidos por los apóstoles o por otros preclaros varones con la aprobación de la Iglesia entera, hombres que han servido irreprochablemente al rebaño de Cristo con espíritu

de humildad, pacífica y desinteresadamente, que han dado buena cuenta de sí durante mucho tiempo a los ojos de todos; a tales hombres, decimos, no creemos que se pueda excluir en justicia de su ministerio. Cometemos un pecado no pequeño si destituimos de su puesto a obispos que de manera religiosa e intachable solían ofrecer los dones. Felices aquellos ancianos que ya nos han precedido en el viaje a la eternidad, que tuvieron un fin fructuoso y cumplido, pues no tienen que temer ya que nadie les eche del lugar que ocupaban. Decimos esto porque vemos que vosotros habéis depuesto de su ministerio a algunos que lo ejercían perfectamente con conducta irreprochable y honorable...³

No será un daño cualquiera, sino más bien un grave peligro el que sufriremos si temerariamente nos entregamos a los designios de esos hombres que sólo buscan disputas y sediciones, con la voluntad de apartarnos del bien. Tratémonos mutuamente con bondad, según las entrañas de benevolencia y de suavidad de aquel que nos creó, pues está escrito: “Los benévolos habitarán la tierra, y los que no conocen el mal serán dejados sobre ella, mientras que los inicuos serán exterminados de ella” (Cf. Prov. 2:21; Sal 36:9;38)...⁴

¿A qué vienen entre vosotros contiendas y riñas, partidos, escisiones y luchas? ¿Acaso no tenemos **un solo Dios, un solo Cristo y un solo Espíritu de gracia**, el que ha sido derramado sobre nosotros, así como también una misma vocación en Cristo? ¿Por qué desgarramos y descoyuntamos los miembros de Cristo, y nos ponemos en guerra civil dentro de nuestro propio cuerpo, llegando a tal insensatez que **olvidamos que somos unos miembros de los otros**?... Vuestra división extravió a muchos, desalentó a muchos, hizo vacilar a muchos y nos llenó de tristeza a todos nosotros. Y, con todo, vuestra división continúa...⁵

Cosa vergonzosa es, carísimos, en extremo vergonzosa e indigna de vuestra profesión cristiana, que tenga que oírse que la firmísima y antigua Iglesia de Corinto está en rebelión contra sus ancianos por culpa de una o dos personas. Es ésta una noticia que no sólo ha llegado hasta nosotros, sino también hasta los que no sienten como nosotros, de suerte que el nombre del Señor es blasfemado a causa de vuestra insensatez, mientras vosotros os ponéis en grave peligro.⁶

Enhorabuena que uno tenga el carisma de fe, que otro sea capaz de explicar con conocimiento, que otro tenga la sabiduría del discernimiento en las palabras y otro sea puro en sus obras. **Pero cuanto mejor se crea cada uno, tanto más debe humillarse y buscar, no su propio interés, sino el de la comunidad.**⁷

1.Primera carta a los Corintios 1,1. 2.Ibid. 3, 2-3; 3.Ibid. 44, 3-6; 4.Ibid. 14, 2-4; 5.Ibid.46, 5-9; 6.Ibid.47, 6 -7; 7.Ibid.48, 5-6.

II. La Iglesia fundada sobre los apóstoles.

Los apóstoles nos evangelizaron de parte del Señor Jesucristo y Jesucristo fue enviado de parte de Dios. Así pues, **Cristo viene de Dios, y los apóstoles de Cristo**. Una y otra cosa se hizo ordenadamente por designio de Dios. Los apóstoles, después de haber sido plenamente instruidos, con la seguridad que les daba **la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y creyendo en la palabra de Dios**, salieron, llenos de la certidumbre que les infundió el Espíritu Santo, a dar la alegre noticia de que el reino de Dios estaba para llegar. Y así, según que pregonaban por lugares y ciudades la buena nueva y bautizaban a los que aceptaban el designio de Dios, iban estableciendo a los que eran como primeros frutos de ellos, **una vez probados en el Espíritu**, como obispos y diáconos de los que habían de creer. Y esto no era cosa nueva, pues ya desde mucho tiempo atrás se había escrito acerca de los obispos y diáconos. En efecto, la Escritura dice en cierto lugar: “estableceré a sus obispos (episkopoi) en justicia, y a sus diáconos (diakonoi) en la fe” (Is 60:17).⁸

8. Ibid.42, 1- 4;

III. La organización de la Iglesia es análoga a la del antiguo pueblo de Dios.

¿Qué tiene de extraño que aquellos a quienes se les confió esta obra (es decir, los apóstoles) establecieran obispos y diáconos? El bienaventurado Moisés, “siervo fiel en todo lo referente a su casa,” consignó en los libros sagrados todo cuanto le era ordenado... Pues bien: cuando estalló la envidia acerca del sacerdocio, y disputaban las tribus acerca de cuál de ellas tenía que engalanarse con este nombre glorioso, mandó a los doce cabezas de tribu que le trajesen sendas varas... (cf. Núm 17). Y a la mañana siguiente hallóse que la vara de Aarón no sólo había retoñado, sino que hasta llevaba fruto... Moisés obró así para que no se produjese desorden en Israel, y el nombre del único y verdadero Señor fuese glorificado... Y también nuestros apóstoles tuvieron conocimiento, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de que habría disputas sobre este nombre y **dignidad del episcopado**, y por eso, con perfecto conocimiento de lo que iba a suceder, establecieron a los hombres que hemos dicho, y además proveyeron que, cuando éstos murieran, les sucedieran en el ministerio otros hombres aprobados...⁹

Deber nuestro es hacer ordenadamente cuanto el Señor ordenó que hicieramos, en los tiempos ordenados. Porque él ordenó que las ofrendas y ministerios se hicieran perfectamente, no al acaso y sin orden alguno, sino en determinados tiempos y de manera oportuna. Él determinó en qué lugares y por qué ministros habían de ser ejecutados, según su soberana voluntad, a fin de que, haciéndose todo santamente, sea con benevolencia aceptado por su voluntad. Por tanto, los que hacen sus ofrendas en los tiempos ordenados son aceptados y bienaventurados, y siguiendo las ordenaciones del Señor no cometan pecado. Porque el sumo sacerdote tiene sus peculiares funciones asignadas a él; los levitas tienen encomendados sus propios servicios, mientras que el simple laico (laikos anthropos) está sometido a los preceptos del laico. Hermanos, procuremos agradar a Dios, cada uno en su propio puesto, manteniéndonos en buena conciencia, sin traspasar las normas establecidas de su liturgia, con toda reverencia. Porque no en todas partes se ofrecen sacrificios perpetuos, votivos o propiciatorios por los pecados, sino sólo en Jerusalén, y aun allí, tampoco se ofrecen en cualquier parte, sino en el santuario y junto al altar, una vez que la víctima ha sido examinada en sus tachas por el sumo sacerdote y los ministros mencionados. Los que hacen algo contrario a la voluntad de Dios, tienen señalada pena de muerte. Considerad, pues, hermanos, que cuanto mayor es el conocimiento que el Señor se ha dignado concedernos, tanto mayor es el peligro a que estamos expuestos...¹⁰

9. Ibíd. 43, 1-44-2. 10. Ibíd. 40, 42-4.

IV. Dios creador.

Enderezemos nuestros pasos hacia la meta de paz que nos fue señalada desde el principio, teniendo fijos los ojos en el Padre y Creador de todo el universo y adhiriéndonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz. Contemplémosle con nuestra mente y miraremos con los ojos del alma su magnánimo designio, considerando cuan benévolo se muestra para con toda su creación. Los cielos, movidos bajo su control, le están sometidos en paz. El día y la noche van siguiendo el curso que él les ha señalado sin que mutuamente se interfieran. El sol, la luna y los coros de los astros giran según el orden que él les ha establecido, en armonía y sin trasgresión de ninguna clase, por las órbitas que les han sido impuestas. La tierra germina según la voluntad de él a sus debidos tiempos y produce abundantísimo sustento a los hombres y a todos los animales que viven sobre ella, sin que jamás se rebele ni cambie nada de lo que él ha establecido. Los abismos insondables y los inasequibles lugares inferiores de la tierra se mantienen dentro de las mismas ordenaciones. El lecho del inmenso mar, constituido por obra suya para

contener las aguas no traspasa las compuertas establecidas, sino que se mantiene tal como él le ordenó... El océano al que no pueden llegar los hombres, y los mundos que hay más allá de él, están regidos por las mismas disposiciones del Señor. Las estaciones, la primavera, el verano, el otoño y el invierno se suceden pacíficamente unas a otras. Los escuadrones de los vientos cumplen sin fallar, a sus tiempos debidos, su servicio. Las fuentes perennes, creadas para nuestro goce y salud, ofrecen sin interrupción sus pechos para la vida de los hombres. Y hasta los más pequeños de los animales forman sus sociedades en concordia y paz. Todas estas cosas, el artífice y Señor de todo ordenó que se mantuvieran en paz y concordia, derramando sus beneficios sobre el universo, y de manera particularmente generosa sobre nosotros, los que nos hemos acogido a sus misericordias **por medio de nuestro Señor Jesucristo**, a quien sea la gloria y la grandeza por los siglos de los siglos. Amén. Estad alerta, carísimos, no sea que sus beneficios, tan numerosos, se conviertan para nosotros en motivo de juicio si no vivimos de manera digna de él, haciendo lo que es bueno y agradable en su presencia con toda concordia.¹¹

11. Ibíd. 20, 1-22.

V. Jesucristo.

Éste es el camino en el que hemos hallado nuestra salvación, Jesucristo, el sumo sacerdote de nuestras ofrendas, **el protector y ayudador de nuestra debilidad**. A través de él fijamos nuestra mirada en las alturas del cielo. A través de él contemplamos, como en un espejo, la faz immaculada y soberana de Dios, Por él nos fueron abiertos los ojos de nuestro corazón. Por él nuestra mente, antes ignorante y llena de tinieblas, ha renacido a la luz. Por él quiso el Señor que gustásemos el conocimiento de la inmortalidad...¹²

Por su caridad nos acogió el Señor a nosotros. En efecto, por la caridad que nos tuvo, nuestro Señor Jesucristo dio su sangre por nosotros según el designio de Dios, dio su carne por nuestra carne, y su vida por nuestras vidas. Ya veis, hermanos, qué cosa tan grande y tan admirable es la caridad, y cómo es imposible declarar su perfección...¹³

Tengamos los ojos fijos en la sangre de Cristo, y consideremos cuan preciosa es a los ojos de Dios, Padre suyo, hasta el punto de que, derramada por nuestra salvación, mereció la gracia del arrepentimiento.¹⁴

Por su fe y hospitalidad se salvó Rahab la ramera... Le dijeron que pusiera en su casa una señal, colgando un paño rojo: con ello quedaba indicado que por la sangre del Señor encontrarían redención todos los que creen y esperan en Dios.¹⁵

A los humildes pertenece Cristo, no a los que se muestran arrogantes sobre su rebaño. El cetro de la majestad de Dios, el Señor, Jesucristo, no vino al mundo con aparato de arrogancia ni de soberbia, aunque hubiera podido hacerlo, sino en espíritu de humildad, tal como lo había dicho de él el Espíritu Santo: "Señor, ¿quién lo creerá cuando lo oiga de nosotros?... No tiene figura ni gloria, le vimos sin belleza ni hermosura, su aspecto era despreciable, más feo que el aspecto de los hombres" (sigue la cita de Is 53:1-12, y Sal 21:5-8). Considerad, hermanos, el modelo que se nos propone: porque si el Señor se humilló hasta este extremo, ¿qué tendremos que hacer nosotros, que nos hemos sometido al yugo de su gracia?¹⁶

12. Ibid. 36, 1-2; 13.Ibid.49, 6; 14.Ibid.7, 2-4; 15.Ibid.12, 7; 16.Ibid.16, 1- 17;

VI. Fe y obras.

¿Por qué fue bendecido nuestro padre Abraham? ¿No lo fue por haber practicado la justicia y la verdad por medio de la fe? Isaac, conociendo con certeza lo por venir, se dejó llevar de

bueno gana como víctima de sacrificio. Jacob emigró con humildad de su tierra a causa de su hermano, y marchó a casa de Labán y le sirvió, y le fue concedido el cetro de las doce tribus de Israel... En suma, todos fueron glorificados y engrandecidos, no por méritos propios, ni por sus obras o por la justicia que practicaron, sino por la voluntad de Dios. Por tanto, tampoco nosotros, que fuimos por su voluntad llamados en Jesucristo, no nos justificamos por nuestros propios méritos, ni por nuestra sabiduría, inteligencia y piedad, o por las obras que hacemos en santidad de corazón, **sino por la fe**, por la que el Dios que todo lo puede justificó a todos desde el principio... Si esto es así, ¿qué hemos de hacer, hermanos? ¿Vamos a mostrarnos negligentes en las buenas obras y podemos descuidar la caridad? No permita Dios que esto suceda, al menos en nosotros. Al contrario, apresurémonos a cumplir todo género de obras buenas, con esfuerzo y ánimo generoso. El mismo artífice y Señor de todas las cosas se regocija y se complace en sus obras... Teniéndole a él como modelo, adhirámonos sin reticencias a su voluntad y hagamos la obra de la justicia con todas nuestras fuerzas. El buen trabajador toma con libertad el pan de su trabajo, pero el perezoso y holgazán no se atreve a mirar a la cara de su amo. Por tanto, hemos de ser prontos y diligentes en las buenas obras, ya que de él nos viene todo. Él nos lo ha prevenido: "He aquí el Señor, y su recompensa delante de su cara, para dar a cada uno según su trabajo" (Is 40, 10, etc.). Con ello nos exhorta a que pongamos en él nuestra fe con todo nuestro corazón, y a que no seamos perezosos ni negligentes en ningún género de obras buenas...¹⁷

Siendo una porción santa, practiquemos todo lo que es santificador: huyamos de toda calumnia, de todo abrazo torpe o impuro, de embriagueces y revueltas, de la detestable codicia, del abominable adulterio, de la odiosa soberbia... Vivamos unidos a aquellos que han recibido como don la gracia de Dios, revistámonos de concordia, manteniéndonos en el espíritu de humildad y continencia, absolutamente alejados de toda murmuración y calumnia, justificados por nuestras obras, y no por nuestras palabras... **Nuestra alabanza ha de venir de Dios, y no de nosotros mismos, pues Dios detesta al que se alaba a sí mismo.**¹⁸

17. Ibíd. 31-34; 18. Ibíd.30, 1-6;

VII. La esperanza escatológica.

El que es en Todo Misericordioso y Padre Benéfico, tiene entrañas de compasión para con todos los que le temen, y benigna y amorosamente reparte sus gracias entre los que se acercan a él con mente sencilla. Por tanto, no dudemos, ni vacile nuestra alma acerca de sus dones sobreabundantes y gloriosos. Lejos de nosotros aquello que dice la Escritura (pasaje desconocido): "Desgraciados los de alma vacilante, es decir, los que dudan en su alma diciendo: eso ya lo oímos en tiempo de nuestros padres, y he aquí que hemos llegado a viejos y nada semejante se ha cumplido." ¡Insensatos! Comparaos con un árbol, por ejemplo, la vid. Primero caen sus hojas, luego brota un tallo, luego nace la hoja, luego la flor, después un fruto agraz, y finalmente madura la uva. Considerad cómo en un breve período de tiempo llega a madurez el fruto de ese árbol. A la verdad, pronto y de manera inesperada se cumplirá también su designio, tal como lo atestigua también la Escritura que dice: "Pronto vendrá y no tardará: inesperadamente vendrá el Señor a su templo, y el Santo que estáis esperando" (cf. Is 14, 1; Mal 3, 1). Reflexionemos, carísimos, en la manera cómo el Señor nos declara la resurrección futura, de la que hizo primicias al Señor Jesucristo resucitándole de entre los muertos. Observemos, amados, la resurrección que se da en la sucesión del tiempo. El día y la noche nos muestran la resurrección: muere la noche, resucita el día; el día se va, viene la noche. Tomemos el ejemplo de los frutos: ¿Cómo y en qué forma se hace la sementera? Sale el sembrador y lanza a la tierra cada una de las semillas, las cuales cayendo sobre la tierra secas y desnudas empiezan a descomponerse; y una vez descompuestas, la

magnanimidad de la providencia del Señor las hace resucitar, de suerte que cada una se multiplica en muchas, dando así fruto... Así pues, ¿vamos a tener por cosa extraordinaria y maravillosa que el artífice del universo resucite a los que **le sirvieron santamente y con la confianza de una fe auténtica...**? Apoyados, pues, en esta esperanza, adhiéranse nuestras almas a aquel que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios. El que nos mandó no mentir, mucho menos será él mismo mentiroso, ya que nada hay imposible para Dios excepto la misma mentira. Reavivemos en nosotros la fe en él, y pensemos que todo está cerca de él... Todo lo hará cuando quiera y como quiera, y no hay peligro de que deje de cumplirse nada de lo que él tiene decretado...¹⁹

19. Ibíd. 23, 27.

VIII. El martirio de Pedro y Pablo.

Por emulación y envidia fueron perseguidos los que eran máximas y justísimas columnas de la Iglesia, los cuales lucharon hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos a los santos apóstoles: Pedro, por emulación inicua, hubo de soportar no uno ni dos, sino muchos trabajos, y dando así su testimonio, pasó al lugar de la gloria qué le era debido. Por emulación y envidia dio Pablo muestra del trofeo de su paciencia: por seis veces fue cargado de cadenas, fue desterrado, fue apedreado, y habiendo predicado en oriente y en occidente, alcanzó la noble gloria que correspondía a su fe: habiendo enseñado la justicia a todo el mundo, y habiendo llegado hasta el confín de occidente, y habiendo dado su testimonio ante los gobernantes, salió así de este mundo y fue recibido en el lugar santo, hecho ejemplo extraordinario de paciencia. A estos hombres que vivieron en santidad, se agregó un gran número de elegidos, los cuales, después de sufrir muchos ultrajes y tormentos a causa de la envidia, se convirtieron entre nosotros en el más bello ejemplo.²⁰

20. Ibíd. 5, 6.

IX. Fórmulas de oración litúrgica.

Pediremos con instante súplica, haciendo nuestra oración, que el artífice de todas las cosas guarde íntegro en todo el mundo el número contado de sus elegidos, por medio de su amado Hijo Jesucristo.

Por él nos llamó de las tinieblas a la luz,
de la ignorancia al conocimiento de la gloria de su nombre,
a esperar en tu nombre, principio de toda creatura,
abriendo los ojos de nuestros corazones para conocerte a ti
el único altísimo en las alturas,
el Santo que tiene su descanso entre los santos;
el que humilla la altivez de los soberbios,
el que deshace los pensamientos de las naciones,
el que levanta a los humildes y abate a los que se enaltecen,
el que enriquece y empobrece,
el que mata y el que da la vida,
el único bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne.
Tú penetras los abismos y contemplas las obras de los hombres,
auxilio de los que están en peligro y salvador de los desesperados,
creador y protector de todo espíritu.
Tú multiplicas las naciones sobre la tierra,

y has escogido entre todas a los que te aman por medio de Jesucristo
tu Hijo amado,
por el cual nos has enseñado, nos has santificado, nos has honrado.
Te rogamos, Señor, que seas nuestro auxilio y nuestro protector.
Sálvanos en la tribulación,
levanta a los caídos,
muéstrate a los necesitados,
sana a los enfermos,
vuelve a los extraviados de tu pueblo,
sacia a los hambrientos,
da libertad a nuestros cautivos,
levanta a los débiles,
consuela a los pusilánimes;
conozcan todas las naciones que tú eres el único Dios,
y Jesucristo es tu Hijo,
y nosotros tu pueblo y las ovejas de tu rebaño...²¹

Danos la concordia y la paz a nosotros y a todos los que habitan
la tierra, como se la diste a nuestros padres,
cuando te invocaban religiosamente en fe y en verdad.
Que seamos obedientes a tu nombre todopoderoso y glorioso,
y a nuestros príncipes y gobernantes sobre la tierra.
Tú, Señor, les diste a ellos la autoridad real,
por tu poder magnífico e inenarrable,
para que conociendo nosotros el honor y la gloria que tú les diste,
nos sometamos a ellos sin oponernos en nada a tu voluntad.
Dales, Señor, salud, paz, concordia y estabilidad,
para que ejerzan sin tropiezo la autoridad que de ti han recibido.
Porque tú, Señor, rey celestial de los siglos,
das a los hijos de los hombres que están sobre la tierra
gloria y honor y autoridad.
Tú, Señor, endereza sus voluntades a lo que es bueno y agradable
en tu presencia,
para que ejerciendo en paz, mansedumbre y piedad la autoridad que
de ti recibieron,
alcancen de ti misericordia...²²

21. Ibíd. 59, 2-4. 22. Ibíd. 60, 4 – 61, 2;

La “Didakhe.”

La Didakhe o Doctrina de los doce apóstoles, a la que se hallaban referencias en los autores antiguos, se había dado por perdida hasta que su texto fue hallado en un manuscrito de Constantinopla y publicado en 1883. Inmediatamente se suscitaron vivas polémicas acerca de su carácter y antigüedad. Frente a la opinión de los que pretendían que se trataba de una ficción arcaizante, tal

vez de origen montañista, que no sería anterior a los últimos años del siglo II, parece haber ido ganando terreno reciente mente la convicción de que se trata de una compilación de elementos muy antiguos, que en su mayor parte bien pueden remontarse al siglo I. El conjunto está formado por varias instrucciones de tipo moral, litúrgico y disciplinar, tal vez para uso de evangelizadores itinerantes. Su particular interés está en que nos da a conocer las formas más primitivas de catequesis moral, **con reconocida influencia judía, y los elementos más antiguos de la liturgia bautismal y eucarística, así como la organización eclesiástica** en el momento en que, junto a los predicadores itinerantes y carismáticos, empieza a surgir una **jerarquía estable y una organización en las Iglesias locales.**

I. Instrucción moral.

Hay dos caminos, **el de la vida y el de la muerte**, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: “Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieras que se haga contigo, no lo hagas tú a otro.” Tal es la enseñanza de este discurso: “Bendecid a los que os maldicen y rogar por vuestros enemigos, y ayunad por los que os persiguen. Porque ¿qué gracia hay en que améis a los que os aman? ¿No hacen esto también los gentiles? Vosotros amad a los que os odian, y no tengáis enemigo.” Apártate de los deseos carnales. Si alguno te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele la izquierda, y serás perfecto. Si alguien te fuerza a ir con él durante una milla, acompáñale dos. Si alguien te quita el manto, dale también la túnica. Si alguien te quita lo tuyo, no se lo reclames, pues tampoco puedes. A todo el que te pida, dale y no le reclames nada, pues el Padre quiere que se dé a todos de sus propios dones. Bienaventurado el que da conforme a este mandamiento, pues éste es inocente. ¡Ay del que recibe! Si recibe porque tiene necesidad, será inocente; pero si recibe sin tener necesidad, tendrá que dar cuenta de por qué recibió y para qué: puesto en prisión, se le examinará sobre lo que hizo, y no saldrá hasta que no devuelva el último cuadrante. También está dicho acerca de esto: que tu limosna sude en tus manos hasta que sepas a quién das.

Segundo mandamiento de la doctrina: No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido. No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma... Sé manso, pues los mansos heredarán la tierra. Sé paciente, compasivo, sin malicia, tranquilo y bueno, temeroso en todo momento de las palabras que has oído. No te exaltarás, ni entregarás tu alma a la temeridad. No se junte tu alma con los soberbios, sino que andarás con los justos y humildes. Los sucesos que te sobrevengan los aceptarás como bienes, sabiendo que no sucede nada sino por disposición de Dios.

Hijo mío, te acordarás de día y de noche del que te habla la palabra de Dios, y le honrarás como al Señor. **Porque donde se anuncia la majestad del Señor, allí está el Señor.** Buscarás cada día los rostros de los santos, para hallar descanso en sus palabras. No harás cisma, sino que pondrás paz entre los que pelean. Juzgarás rectamente, y no harás distinción de personas para reprender las faltas. No andarás con alma dudosa de si sucederá o no sucederá: No seas de los que extienden la mano para recibir, pero la retiran para dar. Si adquieres algo por el trabajo de

tus manos, da de ello como rescate de tus pecados. No vaciles en dar, ni murmurarás mientras das, pues has de saber quién es el buen recompensador de tu limosna. No rechazarás al necesitado, sino que tendrás todas las cosas en común con tu hermano, sin decir que nada es tuyo propio; pues si os son comunes los bienes inmortales, cuánto más los mortales. Tu mano no se levantará de tu hijo o de tu hija, sino que les enseñarás desde su juventud el temor de Dios. No mandarás con aspereza a tu esclavo o a tu esclava que esperan en el mismo Dios que tú, no sea que dejen de temer a Dios que está sobre unos y otros... Vosotros, los esclavos, someteos a vuestros señores como a imagen de Dios con reverencia y temor...

En la asamblea confesarás tus pecados, y no te acercarás a la oración con mala conciencia. **Este es el camino de la vida.**¹

1. Didakhe.1, 5;

II. El bautismo.

En lo que se refiere al bautismo, tenéis que bautizar así: Habiendo dicho todas estas cosas, bautizad en el nombre **del Padre y del Hijo y el Espíritu Santo, en agua viva**. Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua. Si no puedes con agua fría, hazlo con caliente. Si no tienes ni una ni otra, derrama agua sobre la cabeza tres veces, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Antes del Bautismo, ayunen el bautizante y el bautizado y algunos otros que puedan. Pero al bautizando le ordenarás que ayune uno o dos días antes.²

2. Ibíd. 7;

III. Ayuno y oración.

No ayunaréis juntamente con los hipócritas (es decir, los judíos), que ayunan el segundo y el quinto día de la semana. Vosotros ayunaréis el día cuarto y el de la preparación. Tampoco hagáis vuestra oración como los hipócritas, sino, como lo mandó el Señor en el Evangelio, así oraréis: **Padre nuestro... Oraréis así tres veces al día.**^{2a}

2a. Ibíd. 8;

IV. Fórmulas para la cena eucarística.

En lo que toca a la acción de gracias, la haréis de esta manera: Primero sobre el cáliz: Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David tu siervo, la que nos diste a conocer a nosotros por medio de Jesús, tu siervo. A ti la gloria por los siglos.

Luego sobre el trozo (de pan): Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento, **que nos diste a conocer por medio de Jesús tu siervo.** A ti la gloria por los siglos. Como este fragmento estaba disperso sobre los montes, y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, por los siglos.

Que nadie coma ni beba de vuestra comida de acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues sobre esto dijo el Señor: No deis lo santo a los perros.

Después de saciaros, daréis gracias así:

Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre que hiciste morar en nuestros corazones, y por el conocimiento, la fe y la inmortalidad que nos has dado a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti la gloria por los siglos.

Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por causa de tu nombre, y diste a los hombres alimento y bebida para su disfrute, para que te dieran gracias. Mas a nosotros

nos hiciste el don de un alimento y una bebida espiritual y de la vida eterna por medio de tu siervo. Ante todo te damos gracias porque eres poderoso. A ti la gloria por los siglos.

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu caridad, y congregala desde los cuatro vientos, santificada, en tu reino que le has preparado. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David. El que sea santo, que se acerque. El que no lo es, que se arrepienta. "Maran Atha." Amén.

A los profetas, dejadles dar gracias cuanto quieran.³

3. Ibíd.9, 10;

V. Instrucción sobre los apóstoles y profetas.

Al que viniendo a vosotros os enseñare todo lo dicho, aceptadle. Pero si el mismo maestro, extraviado, os enseña otra doctrina para vuestra disgragación, no le prestéis oído; si, en cambio, os enseña para aumentar vuestra justicia y conocimiento del Señor, recibidle como al mismo Señor.

Con los apóstoles y profetas, obrad de la siguiente manera, de acuerdo con la enseñanza evangélica: **todo apóstol que venga a vosotros, sea recibido como el Señor.** No se detendrá sino un solo día, y, si fuere necesario, otro más. Si se queda tres días, es un falso profeta. Cuando el apóstol se vaya no tome nada consigo si no es pan hasta su nuevo alojamiento. Si pide dinero, es un falso profeta.

No pongáis a prueba ni a examen ningún profeta, que habla en espíritu. Porque todo pecado será perdonado, pero este pecado no será perdonado. Con todo, no todo el que habla en espíritu es profeta, **sino el que tiene el modo de vida del Señor.** En efecto, por el modo de vida se distinguirá el verdadero profeta del falso. Todo profeta que manda poner una mesa en espíritu, no come de ella: de lo contrario, es un falso profeta. **Todo profeta que predica la verdad, si no cumple lo que enseña es un falso profeta.** Todo profeta probado como verdadero, que trabaja en el misterio de la Iglesia en el mundo, si no enseña a hacer lo que él hace, no lo juzgaréis, pues su juicio está en Dios. Así lo hicieron también los antiguos profetas. Pero al que dice en espíritu: Dame dinero, o cualquier otra cosa, no le prestéis oído. En cambio si dice que se dé a otros necesitados, nadie lo juzgue.

A todo el que viniere en nombre del Señor, recibidle. Luego examinándole le conoceréis por su derecha y por su izquierda, pues tenéis discernimiento. Al que pasa de camino le ayudaréis en cuanto podáis: pero no se quedará con vosotros sino dos o tres días, si fuere necesario. Si quiere quedarse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje para su sustento. Si no tiene oficio, proveed según prudencia, de modo que no viva entre vosotros cristiano alguno ocioso. Si no quiere aceptar esto, se trata de un traficante de Cristo: tened cuidado con tales gentes.

Todo auténtico profeta que quiera morar de asiento entre vosotros es digno de su sustento. Igualmente, todo auténtico maestro merece también, como el trabajador, su sustento. Por tanto, tomarás siempre las primicias de los frutos del lugar y de la era, de los bueyes y de las ovejas, y las darás como primicias a los profetas, pues ellos son vuestros sumos sacerdotes. Si no tenéis profeta, dadlo a los pobres. Si haces pan, toma las primicias y dalas conforme al mandato. Si abres una jarra de vino o de aceite, toma las primicias y dalas a los profetas. De tu dinero, de tu vestido y de todas tus posesiones, toma las primicias, según te pareciere, y dalas conforme al mandato.⁴

4. Ibíd.11, 13;

VI. El día del Señor.

En el día del Señor reunios y romped el pan y haced la eucaristía, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro. Todo el que tenga disensión con su compañero, no se junte con vosotros hasta que no se hayan reconciliado, para que no sea profanado vuestro sacrificio. Este es el sacrificio del que dijo el Señor: “En todo lugar y tiempo se me ofrece un sacrificio puro: porque yo soy el gran Rey, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones” (Mal. I, II)⁵

5. Ibid.14.

VII. Obispos y diáconos.

Elegios obispos y diáconos dignos del Señor, hombres mansos, no amantes del dinero, sinceros y probados; porque también ellos os sirven a vosotros en el ministerio de los profetas y maestros. No los despreséis, ya que tienen entre vosotros el mismo honor que los profetas y maestros.⁶

6. Ibid.15.

VIII. Escatología.

Vigilad sobre vuestra vida. No se apaguen vuestras linternas, y no dejen de estar ceñidos vuestros lomos, sino estad preparados, pues no sabéis la hora en que vendrá nuestro Señor. Reunios con frecuencia, buscando lo que conviene a vuestras almas, pues de nada os servirá todo el tiempo en que habéis creído, **si no consumáis vuestra perfección en el último momento**. En los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores, y las ovejas se convertirán en lobos, y el amor se convertirá en odio. En efecto, al crecer la iniquidad, los hombres se odiarán entre sí, y se perseguirán y se traicionarán: entonces aparecerá el extraviador del mundo, como hijo de Dios, y hará señales y prodigios, y la tierra será entregada en sus manos, y cometerá iniquidades como no se han cometido desde siglos. Entonces la creación de los hombres entrará en la conflagración de la prueba, y muchos se escandalizarán y perecerán. **Pero los que perseveren en su fe serán salvados por el mismo que había sido maldecido**. Entonces aparecerán las señales auténticas: en primer lugar el signo de la abertura del cielo, luego el del sonido de trompeta, en tercer lugar, **la resurrección de los muertos, no de todos los hombres**, sino, como está dicho: “Vendrá el Señor y todos los santos con él” (Zac 14:5). Entonces el mundo verá al Señor viniendo sobre las nubes del cielo.⁷

7. Ibid.16.

Ignacio de Antioquía.

Ignacio, obispo de Antioquia de Siria, fue condenado a las fieras en su ancianidad, en la época de Trajano (hacia el año 110). Enviado a Roma con un piquete de soldados para morir en los juegos gladiatorios, fue escribiendo durante el camino varias cartas (poseemos siete, no todas de autenticidad asegurada) a las diversas comunidades cristianas por las que había pasado, a la comunidad romana adonde se dirigía, o al venerable obispo Policarpo de Esmirna. Estas cartas están escritas en momentos de gran intensidad interior, reflejando **la actitud espiritual de un**

hombre que ha aceptado ya plenamente la muerte por Cristo y sólo anhela el momento de ir a unirse definitivamente con él. El deseo de “alcanzar a Cristo” se expresa en ellas con vigor igualable. Al mismo tiempo afloran las preocupaciones del santo obispo con respecto a los peligros doctrinales de las Iglesias. Por una parte quiere asegurar la recta interpretación del sentido de **la encarnación de Cristo**, tanto contra los judaizantes que minimizaban el valor de la venida de Cristo en la carne como superación de la antigua dispensación, como contra los docetistas, que negaban la realidad de la misma encarnación, afirmando que el Verbo de Dios sólo había tomado una apariencia humana. De esta forma hallamos ya en Ignacio las bases de la cristología ortodoxa posterior. Por otra parte, Ignacio está preocupado por asegurar la unidad amenazada dentro de las Iglesias: **por ello insiste en la unión con el obispo como principio de unidad**. Además hay indicios de que aun algunas de las cartas auténticas pueden contener interpolaciones de época posterior.

La colección de cartas de Ignacio fue ampliada en época bastante posterior con otras cartas, hoy universalmente reconocidas como apócrifas.

I. El ansia de alcanzar a Cristo.

Puesto en cadenas por Cristo Jesús, espero poder saludaros si por voluntad del Señor soy digno de llegar hasta el fin. Por lo menos los comienzos están bien puestos, y ojalá alcance la gracia de lograr sin tropiezo la herencia que me toca: porque temo que el amor que me tenéis me perjudique, porque para vosotros es fácil alcanzar lo que os proponéis, y en cambio a mí, si no tenéis consideración conmigo (abandonando todo intento de alcanzar un indulto) me va a ser difícil alcanzar a Dios... Porque yo jamás tendré otra tal oportunidad de alcanzar a Dios, ni vosotros podréis colaborar a otra obra mejor sólo con que nada digáis. Porque si vosotros nada decís acerca de mí, yo me convertiré en palabra de Dios, mientras que si ponéis vuestro afecto en mi existencia carnal me quedo de nuevo en mera voz humana. No me procuréis otra cosa sino el poder ser ofrecido en libación a Dios mientras hay todavía un altar preparado: de esta suerte, vosotros, formando un solo coro en la caridad, cantaréis un canto al Padre en Jesucristo, porque Dios se dignó que el obispo de Siria apareciera en occidente, habiéndole hecho venir de oriente. Bello es mi ocaso de este mundo para Dios, de suerte que tenga en él una nueva aurora...

Lo único que para mí habéis de pedir es fuerza interior y exterior, a fin de que no sólo de palabra, **sino también de voluntad me llame cristiano y me muestre como tal...** Escribo a todas las Iglesias, y a todas les encarezco que estoy presto a morir de buena gana por Dios, si vosotros no lo impedís. A vosotros os suplico que no tengáis para conmigo una benevolencia intempestiva. Dejadme ser alimento de las fieras, por medio de las cuales pueda yo alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios que ha de ser molido por los dientes de las fieras, para ser presentado como pan limpio de Cristo. En todo caso, más bien halagad a las fieras para que se conviertan en sepulcro mío sin dejar rastro de mi cuerpo: así no seré molesto a nadie ni después de muerto. Cuando mi cuerpo haya desaparecido de este mundo, entonces seré **verdadero discípulo de Jesucristo**. Haced súplicas a Cristo por mí para que por medio de esos instrumentos pueda yo ser sacrificado para Dios... Hasta el presente yo soy esclavo: pero si sufro el martirio, seré libre de Jesucristo, **y resucitaré libre en él**. Y ahora, estando encadenado, aprendo a no tener deseo alguno.

Desde Siria hasta Roma vengo luchando con fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado a diez leopardos, que eso son los soldados del piquete, los cuales, cuanto más atenciones les tiene uno, peores se vuelven. **Pero yo con sus malos tratos aprendo a ser mejor discípulo, aunque no por esto me tengo por justificado**. Estoy anhelando las fieras que me están

preparadas, y pido que pronto se echen sobre mí. Yo mismo las azuzaré para que me devoren al punto, y no suceda lo que en algunos casos, que amedrentadas no se acercan a sus víctimas. Si no quisieran hacerlo de grado, yo las forzaré. Perdonadme que diga esto: yo sé lo que me conviene. Ahora es cuando empiezo a ser discípulo. **Que nada de lo visible o de lo invisible me impida maliciosamente alcanzar a Jesucristo.** Vengan sobre mí el fuego, la cruz, manadas de fieras, quebrantamientos de huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, torturas atroces del diablo, sólo con que pueda yo alcanzar a Cristo.

De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos de este siglo. Para mí es más bello morir y pasar a Cristo, que reinar sobre los confines de la tierra. Voy en pos de aquel que murió por nosotros: voy en pos de aquel **que resucitó por nosotros.** Mi parto está ya inminente. Perdonad lo que digo, hermanos: no me impidáis vivir, no os empeñéis en que no muera; no me entreguéis al mundo, cuando yo quiero ser de Dios, ni me engañéis con las cosas materiales. Dejadme llegar a la luz pura, que una vez llegado allí seré verdaderamente hombre. Dejadme que sea imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno le tiene dentro de sí, entenderá mi actitud, y tendrá los mismos sentimientos que yo, pues sabrá qué es lo que me apremia.

Os escribo estando vivo, pero anhelando la muerte. Mi amor está crucificado, y no queda ya en mí fuego para consumir la materia, sino sólo una agua viva que habla dentro de mí diciéndome desde mi interior: “Ven al Padre.” Ya no encuentro gusto en el alimento corruptible y en los placeres de esta vida. Anhelo por el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; y por bebida quiero su sangre, que es amor inmarcesible.¹

1. De la carta a los Romanos.5, 6;

II. Jesucristo.

Nuestro Dios, Jesucristo, fue concebido en el seno de María, según el designio de Dios, siendo por una parte del linaje de David, y por otra del Espíritu Santo. El nació, y fue bautizado, para purificar el agua con su pasión. La virginidad y el parto de María quedaron ocultos al principio de este mundo, así como también la muerte del Señor. Son estos tres misterios sonoros, que se cumplieron en el silencio de Dios. Mas, ¿cómo se manifestaron a los siglos? Brilló en los cielos un astro por encima de todos los astros, cuya luz era inexplicable y cuya novedad causaba extrañeza. Y todos los demás astros, juntamente con el sol y la luna, hicieron coro a aquel astro, cuya luz sobrepujaba a la de todos los demás. Turbaronse las gentes, preguntándose de dónde venía aquella novedad tan distinta de las demás estrellas. Desde entonces quedó destruida toda hechicería y desaparecieron las cadenas de la iniquidad: quedó eliminada la ignorancia, y destruido el antiguo imperio desde el momento en que Dios se manifestó en forma humana para conferir la novedad de la vida eterna. Entonces empezó a cumplirse lo que Dios ya tenía preparado. Todo se puso en commoción en cuanto empezó a ponerse por obra la destrucción de la muerte... Tengo intención de escribiros un segundo escrito ampliando mi explicación acerca del designio divino en orden al hombre nuevo, que es Jesucristo, y que estriba en la fe y en la caridad para con él, en su pasión y en su resurrección...²

Un médico hay, que es a la vez carnal y espiritual, engendrado y no engendrado, Dios hecho carne, vida verdadera aunque mortal, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo nuestro Señor.³

Tapaos los oídos cuando alguien os diga algo fuera de Jesucristo, el cual es del linaje de David e hijo de María, que nació verdaderamente, comió y bebió, fue verdaderamente perseguido por Poncio Pilato, verdaderamente crucificado, y murió a la vista de los que habitan el cielo, la tierra y los infiernos. Él mismo resucitó verdaderamente de entre los muertos, **siendo resuci-**

tado por su propio Padre. Y de manera semejante, a nosotros, los que hemos creído en él, nos resucitará su Padre en Cristo Jesús, fuera del cual no tenemos vida verdadera. Pero si, como dicen ciertos hombres sin Dios, es decir, sin fe, solamente padeció en apariencia ellos sí que son apariencia ¿Por qué estoy en cadenas? ¿Por qué anhelo luchar con las fieras? Vana sería mi muerte y falso mi testimonio acerca del Señor. Huid de esos malos retoños que llevan fruto mortífero, pues el que comiere de él morirá. Esos no son del huerto del Padre, que si lo fueran mostrarían las ramas de la cruz y llevarían fruto incorruptible. **Es por la cruz por la que el Señor os invita a su pasión, pues sois sus miembros.** No puede darse la cabeza separada de los miembros, y el mismo Señor nos promete la unión, que es él mismo.⁴

Glorifico a Jesucristo, Dios, quien os ha comunicado tan grande sabiduría: porque pude observar que estáis bien asegurados en una fe inconmovible, como si estuvieseis clavados en carne y espíritu en la cruz del Señor Jesucristo, bien establecidos en la caridad por la sangre de Cristo, perfectamente instruidos en lo que se refiere a nuestro Señor, a saber, en que es verdaderamente del linaje de David según la carne, e Hijo de Dios por la voluntad y el poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, para que se cumpliera en él toda justicia (Cf. Mt 3:15), verdaderamente crucificado en la carne bajo Poncio Pilato y el tetrarca Herodes, de cuya divina y bienaventurada pasión somos fruto nosotros, para levantar una bandera por los siglos mediante su resurrección, entre sus santos y fieles, ya sean judíos o gentiles, **en un solo cuerpo que es su Iglesia.** Todo esto padeció el Señor por nosotros, para salvarnos: y lo sufrió verdaderamente, así como también verdaderamente se resucitó a sí mismo, y no como dicen algunos infieles que sólo padeció en apariencia. A éstos les sucederá como ellos piensan, quedándose en entes incorpóreos y fantasmales. Yo sé bien y creo que después de su resurrección anduve en la carne, y cuando vino a los que estaban con Pedro les dijo: “Tocadme, palpadme y ved que no soy un fantasma incorpóreo,” y al punto le tocaron y creyeron, quedando compenetrados con su carne y con su espíritu. Por esto despreciaron ellos la muerte, y se mostraron superiores a la misma muerte. Y después de su resurrección comió y bebió con ellos como un hombre de carne, aunque espiritualmente estaba unido con el Padre. Carísimos, os encarezco esto, por más que sé que éste es vuestro sentir. Pero es que soy para vosotros como centinela contra esas fieras en forma humana, a las que no sólo no debéis admitir entre vosotros, sino ni aun siquiera toparos con ellas en lo posible. Sólo debéis rogar por ellas, por si se convierten, cosa que es difícil. Pero aun para eso tiene poder Jesucristo, nuestra vida verdadera... Por lo que se refiere a sus nombres, siendo de gentes infieles, no me parece bien consignarlos aquí por escrito, sino que ni quiero accordarme de ellos, hasta que no se conviertan a aquella pasión que es nuestra resurrección...

Que nadie se engañe: aun las potestades celestes, y la gloria de los ángeles, y los príncipes visibles e invisibles, estarán sujetos a juicio **si no creen en la sangre de Cristo.** El que pueda entender que entienda. Que nadie se envanezca por el lugar que ocupa, **porque todo depende de la fe y de la caridad, y ningún valor va por delante de éstas.** Reconoced a los que son heterodoxos con respecto a la gracia de Jesucristo que ha venido a vosotros, viendo cuan contrarios son a la voluntad de Dios: pues no se preocupan para nada de la caridad, no les importan ni la viuda, ni el huérfano, ni el atribulado, ni se preocupan de que uno esté en prisones o libre, hambriento o sediento. Igualmente se apartan de la eucaristía y de la oración, pues no confiesan que **la eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo con la que padeció por nuestros pecados, la cual resucitó el Padre en su bondad.** Así pues, los que contradicen al don de Dios, perecen en sus disquisiciones. Mejor les fuera celebrar el ágape, para que pudieran resucitar. Por tanto, es conveniente apartarse de los tales y no hablar de ellos ni en privado ni en público, prestando en cambio atención a los profetas y particularmente al Evangelio, en el cual se nos hace

patente su pasión y vemos cumplida su resurrección. Huid de toda división como de origen de males.⁵

No os dejéis engañar con doctrinas extrañas ni con esas viejas fábulas que ya no tienen utilidad. Porque si aun ahora vivimos según el judaísmo, confesamos con ello que todavía no hemos recibido la gracia. Los divinos profetas vivieron según Cristo Jesús, y por eso fueron perseguidos, **estando inspirados por su gracia** para convencer a los incrédulos de que **hay un solo Dios que se manifestó en Jesucristo, su Hijo, que es la Palabra** suya proferida en el silencio, y que agració en todo al que le había enviado. Ahora bien, los que se habían criado en el antiguo orden de cosas, vinieron a una nueva esperanza, y ya no vivían guardando el sábado, sino el domingo, el día en que amaneció nuestra vida por gracia del Señor y de su muerte. Pero algunos niegan este misterio, **por el cual recibimos la fe y soportamos el sufrir, para ser hallados discípulos de Jesucristo, nuestro único maestro.** ¿Cómo podríamos nosotros vivir sin él, a quien esperaban como maestro los profetas, siendo ya discípulos suyos en el espíritu? Por esto, por haberlo esperado justamente, cuando vino en realidad los resucitó de entre los muertos...

El que se llama con otro nombre que el de cristiano, no es de Dios. Arrojad, pues, la mala levadura, que se ha hecho ya vieja y agria, y transformaos en la levadura nueva que es Jesucristo. Dejaos salar en él, para que nadie de entre vosotros se corrompa, ya que por vuestro olor seréis reconocidos. Es absurdo hablar de Jesucristo y vivir judaicamente. **No fue el cristianismo el que creyó en el judaísmo, sino el judaísmo en el cristianismo, que ha congregado a toda lengua que cree en Dios...**⁶

1.De la Carta a los Romanos.5, 6; 2.Carta a los Efesios.18, 20; 3.Ibíd.7; 4.Carta a los Traillanos.9, 11; 5.Carta a los de Esmirna.1, 7; 6.Carta a los de Magnesia.8, 10;

III. La eucaristía.

Poned todo empeño en usar de una sola eucaristía, pues una es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno solo el cáliz que nos une con su sangre, y uno el altar, como uno es el obispo juntamente con el colegio de ancianos y los diáconos, conservos míos. De esta suerte, obrando así obraréis según Dios.⁷

Poned empeño en reuniros más frecuentemente para celebrar la eucaristía de Dios y glorificarle. Porque cuando frecuentemente os reunís **en común, queda destruido el poder de Satanás, y por la concordia de vuestra fe queda aniquilado su poder destructor.** Nada hay más precioso **que la paz,** por la cual se desbarata la guerra de las potestades celestes y terrestres. Nada de todo esto se os oculta a vosotros si poseéis de manera perfecta la fe en Cristo y la caridad, que son principio y término de la vida. **La fe es el principio, la caridad es el término.** Las dos, trabadas en unidad, son Dios, **y todas las virtudes morales se siguen de ellas.** Nadie que proclama la fe peca, y nadie que posee la caridad odia. El árbol se manifiesta por sus frutos. **Así, los que se profesan ser de Cristo, se pondrán de manifiesto por sus obras...**⁸

7. Carta a los de Filadelfia. 4; 8.Carta a los Efesios.13, 14;

IV. El obispo, principio de unidad.

Seguid todos al obispo, como Jesucristo al Padre, y al colegio de ancianos (*presbyteroi*) como a los apóstoles. En cuanto a los diáconos, reverenciadlos como al mandamiento de Dios. **Que nadie sin el obispo haga nada de lo que atañe a la Iglesia.** Sólo aquella eucaristía ha de ser tenida por válida que se hace por el obispo o por quien tiene autorización de él. Dondequiera

que aparece el obispo, acuda allí el pueblo, así como dondequiera que esté Cristo, **allí está la Iglesia universal** (*katholiké*)... No es lícito celebrar el bautismo o la eucaristía sin el obispo. Lo que él aprueba, eso es también lo agradable a Dios, a fin de que todo cuanto hagáis sea firme y válido... **El que honra al obispo, es honrado de Dios. El que hace algo a ocultas del obispo, rinde culto al diablo.** Que todo, pues, redunde en gracia para vosotros...⁹

Os conviene concurrir con el sentir de vuestro obispo, como ya lo hacéis, porque, en efecto, vuestro colegio de ancianos, digno de este nombre y digno de Dios, está con vuestro obispo en una armonía comparable a la de las cuerdas en la cítara: vuestra concordia y vuestra unísona caridad levantan así un himno a Cristo. También los particulares tenéis que formar como un coro, de suerte que, unísonos en vuestra concordia, y tomando unánimemente el tono de Dios, cantéis a una voz al Padre por medio de Jesucristo, y así os escuche y os reconozca por vuestras buenas obras como melodía de su propio Hijo. Os conviene, pues, manteneros en unidad irreprochable, a fin de estar en todo momento **en comunión con Dios.**

Yo en poco tiempo he podido llegar a una gran intimidad con vuestro obispo — intimidad no humana, sino espiritual —, ¿cuánto más os he de llamar dichosos a vosotros, que estáis compenetrados con él, como la Iglesia con Jesucristo, y como Jesucristo con el Padre, a fin de que todo resuene armoniosamente en la unidad? Que nadie se engañe: si uno no está dentro del ámbito del altar, se priva del pan de Dios. **Porque si la oración de uno o dos tiene tanta fuerza, mucha mayor será la del obispo con toda la Iglesia.** El que no acude a la reunión común, ése es ya un soberbio y se condena a sí mismo, pues está escrito: “Dios resiste a los soberbios.” Pongamos, pues, empeño en no enfrentarnos con el obispo, de suerte que así estemos sometidos a Dios. Cuanto uno vea más callado a su obispo, más ha de respetarle. Porque a todo el que envía el padre de familias para gobernar su casa hemos de recibirle como al mismo que lo envía. Es, pues, evidente, **que hemos de mirar al obispo como al mismo Señor...**¹⁰

Os exhorto a que pongáis empeño en hacerlo todo en la concordia de Dios, bajo la presidencia del obispo, que tiene el lugar de Dios, y de los presbíteros que tienen el lugar del colegio de los apóstoles, y de los diáconos, para mí dulcísimos, que tienen confiado el servicio de Jesucristo, quien estaba con el Padre desde antes de los siglos, y se manifestó al fin de los tiempos. Así pues, conformaos todos con el proceder de Dios, respetaos mutuamente, y nadie mire a su prójimo según la carne, **sino amaos en todo momento los unos a los otros en Jesucristo.** Nada haya en vosotros que pueda dividiros, sino formad todos una unidad con el obispo y con los que os presiden a imagen y siguiendo la enseñanza de la realidad incorruptible. Así como el Señor no hizo nada sin el Padre, siendo una cosa con él — nada ni por sí mismo ni por los apóstoles — así tampoco vosotros hagáis nada sin el obispo y los presbíteros. No intentéis presentar vuestras opiniones particulares como razonables, **sino que haya una sola oración en común,** una sola súplica, **una sola mente, una esperanza en la caridad,** en la alegría sin mancha, que es Jesucristo. Nada hay mejor que él. Corred todos a una, como a un único templo de Dios, como a **un solo altar, a un solo Jesucristo, que procede de un solo Padre,** el único a quien volvió y con quien está...¹¹

9. Carta a las de Esmirna. 8, 9; 10. Carta a los Efesios. 4, 6; 11. Carta a los de Magnesia. 6, 7;

Policarpo de Esmirna.

Policarpo, obispo de Esmirna, es, con su larga vida, como un puente entre la generación de los apóstoles y las generaciones que vivieron la expansión doctrinal y numérica del cristianismo. Por una parte fue discípulo del apóstol Juan, y por otra fueron discípulos suyos los grandes maestros Papías e Ireneo. Este último, en un pasaje de singular fuerza evocadora, apela a Policarpo como fiel transmisor de la doctrina de los apóstoles.

Del mismo Policarpo sólo se conserva una carta a la cristiandad de Filipos: está escrita en un estilo sencillo y sobrio, y se reduce a una serie de vigorosas exhortaciones, más bien de orden moral.

De particular interés histórico y religioso son las Actas del martirio de Policarpo, generalmente reconocidas como auténticas: son un documento por el que la Iglesia de Esmirna daba a conocer a las Iglesias hermanas la manera como su obispo juntamente con muchos de sus fieles había sufrido una muerte ejemplar en la persecución, probablemente hacia el año 155.

I. Testimonio de Ireneo sobre Policarpo.

Siendo yo niño, conviví con Policarpo en el Asia Menor... Conservo una memoria de las cosas de aquella época mejor que de las de ahora, porque lo que aprendemos de niños crece con la misma vida y se hace una cosa con ella. Podría decir incluso el lugar donde el bienaventurado Policarpo se solía sentar para conversar, sus idas y venidas, el carácter de su vida, sus rasgos físicos y sus discursos al pueblo. Él contaba cómo había convivido con Juan y con los que habían visto al Señor. Decía que se acordaba muy bien de sus palabras, y explicaba lo que había oído de ellos acerca del Señor, sus milagros y sus enseñanzas. Habiendo recibido todas estas cosas de los que habían sido testigos oculares del Verbo de la Vida, Policarpo lo explicaba todo en consonancia con las Escrituras. Por mi parte, por la misericordia que el Señor me hizo, escuchaba ya entonces con diligencia todas estas cosas, procurando tomar nota de ello, no sobre el papel, **sino en mi corazón.** Y siempre, **por la gracia de Dios,** he procurado conservarlo vivo con toda fidelidad... Lo que él pensaba está bien claro -en las cartas que él escribió a las Iglesias de su vecindad para robustecerlas o, también a algunos de los hermanos, exhortándolos o consolándolos...¹

Policarpo no sólo recibió la enseñanza de los apóstoles y conversó con muchos que habían visto a nuestro Señor, sino que fue establecido como obispo de Esmirna en Asia por los mismos apóstoles. Yo le conocí en mi infancia, ya que vivió mucho tiempo y dejó esta vida siendo ya muy anciano con un gloriosísimo martirio. Enseñó siempre lo que había aprendido de los apóstoles, que es lo que enseña la Iglesia y la única verdad. De ello son testigos todas las Iglesias de Asia, y los que hasta el presente han sido sucesores de Policarpo... Éste, en un viaje a Roma, en tiempos de Aniceto, convirtió a muchos herejes... a la Iglesia de Dios, proclamando que había recibido de los apóstoles la única verdad, idéntica con la que es transmitida **en la tradición de la Iglesia.** Y hay quienes le oyeron decir que Juan, el discípulo del Señor, una vez que fue al baño en Éfeso vio allí dentro al hereje Cerinto; y al punto salió del lugar sin bañarse, diciendo que temía que se hundiesen los baños, estando allí Cerinto, el enemigo de la verdad. El mismo Policarpo se encontró una vez con Marción, y éste le dijo: “¿No me conoces?” Pero aquél le contestó: “Te conozco como a primogénito de Satanás...”²

1. EUSEBIO. Historia Eclesiástica V. 20, 3, 8; 2. IRENEO. Adversas Haereses. III, 3, 4;

II. La carta a los de Filipos.

Ceñidos vuestros lomos, servid a Dios con temor y en verdad, dejando toda vana palabrería y los errores del vulgo, teniendo fe en aquel que resucitó a nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos y le dio gloria y el trono de su diestra. A él le fueron sometidas todas las cosas celestes y terrestres; a él rinde culto todo ser vivo; él ha de venir como juez de vivos y muertos, y Dios tomará venganza de su sangre a aquellos que no creen en él...

Principio de todos los males es el amor al dinero. Sabiendo, pues, que así como no trajimos nada a este mundo, tampoco podemos llevarnos nada de él, armémonos con las armas de la justicia, y aprendamos a caminar en el mandamiento del Señor. Adoctrinad a vuestras mujeres en la fe que les ha sido dada, en la caridad, y en la castidad: que amen con toda verdad a sus propios maridos, y en cuanto a los demás, que tengan caridad con todos por igual en total continencia; y que eduquen a sus hijos en la disciplina del temor de Dios. En cuanto a las viudas, que muestren prudencia con su fidelidad al Señor, que oren incesantemente por todos, y se mantengan alejadas de toda calumnia, maledicencia, falso testimonio, avaricia de dinero o de cualquier otro vicio. Que tengan conciencia de que son altar de Dios, y de que él lo escudriña todo, sin que se le oculte nada de nuestras palabras o pensamientos o de los secretos de nuestro corazón... Los diáconos sean irreprochables delante de su justicia, **pues son ministros de Dios y de Cristo**, no de los hombres. No sean calumniadores ni dobles de lengua; no busquen el dinero, y sean continentes en todo, misericordiosos, diligentes, caminando conforme a la verdad del Señor, que se hizo ministro de todos... Que los jóvenes sean irreprendibles en todo, cultivando ante todo la castidad y refrenando todo vicio, porque es bueno arrancarse de todas las concupiscencias que andan por el mundo... También los presbíteros han de ser misericordiosos, compasivos para con todos, procurando enderezar a los extraviados, visitar a todos los enfermos, sin olvidarse de la viuda o del huérfano o del pobre; atendiendo siempre al bien delante de Dios y de los hombres, ajenos a toda ira, acepción de personas y juicios injustos, alejados de todo amor al dinero, no creyendo en seguida cualquier acusación, ni precipitados en el juzgar, sabiendo que todos tenemos deuda de pecado...^{2a}

2a. Carta a los Filipenses. 3, 6;

III. Martirio de Policarpo.

Os escribimos, hermanos, sobre los que han sufrido martirio, y particularmente sobre Policarpo, que puso como el sello final e hizo cesar con su martirio la persecución. Se puede decir que todo aconteció a fin de que el Señor nos mostrara de nuevo su martirio, como lo refiere el Evangelio. Porque Policarpo esperó a ser entregado, como lo hizo el Señor, a fin de que también nosotros fuéramos imitadores suyos, mirando no sólo nuestro propio interés, sino también el de nuestros próximos; **porque la caridad verdadera y sólida está en buscar no sólo la propia salvación, sino también la de todos los hermanos...**

Los mártires se mantuvieron firmes, después de haber sido desgarrados por los azotes, de suerte que se podía ver la disposición de la carne hasta lo interior de las venas y las arterias, hasta el punto de que todos los circunstantes **se sentían movidos a compasión**. Ellos, en cambio, se habían levantado a tal nobleza que ninguno de ellos profirió un lamento o un gemido, mostrándose a todos nosotros que en aquella hora de tormento los nobilísimos mártires de Cristo estaban fuera de su propia carne, o mejor, que el mismo Señor estaba con ellos, conversando con ellos. **Sostenidos por la gracia de Cristo**, despreciaban los tormentos terrenos, pues con los padecimientos de una sola hora compraban la vida eterna. El fuego de sus inhumanos torturadores les era un refrigerio, pues ante sus ojos estaba el huir del fuego eterno que jamás se extingue, y

veían con los ojos del corazón los bienes que les aguardaban... Los que fueron condenados a las fieras sufrieron igualmente tormentos espantosos, siendo extendidos sobre conchas y sometidos a otras formas diversas de tortura...

En cuanto a Policarpo, hombre digno de nuestra máxima admiración, en primer lugar, en cuanto oyó que se le buscaba, no se turbó, y quería permanecer en la ciudad; pero muchos le persuadieron de que se retirara fuera. Salió, pues, a una pequeña finca que no estaba muy lejos de la ciudad, y allí pasaba el tiempo con unos pocos compañeros, sin hacer otra cosa que orar de día y de noche por todos y por las Iglesias esparcidas por toda la tierra, como lo tenía por costumbre...

Como persistieran los que le buscaban, tuvo que cambiarse a otra finca, y pronto se presentaron los que iban tras él (en la primera finca). Al no hallarle, tomaron dos esclavos, y uno de ellos, sometido a tortura confesó su donde residía... Acompañados, pues, del esclavo, los perseguidores salieron un viernes a la hora de la cena con caballería y la gente armada que suelen... Y llegando en hora ya tardía, lo encontraron acostado en una pequeña habitación en el piso superior. Todavía hubiera podido huir a otro escondite pero no quiso, diciendo: "Hágase la voluntad de Dios." Oyendo el ruido de los que habían llegado, él mismo bajó y se puso a hablar con ellos, los cuales se admiraron de su avanzada edad y de su buen estado, preguntándose si valía la pena tanto aparato para aprehender a tal anciano. Inmediatamente mandó Policarpo que se les diera de comer y de beber cuanto quisieran, siendo la hora que era, rogándoles empero que le dejaran una hora para orar tranquilamente. Ellos se lo concedieron, y él, puesto en pie se puso a orar lleno de tal gracia de Dios que por espacio de unas dos horas no le fue posible callar y todos los que le oían estaban embelesados: algunos incluso empezaron a sentir remordimientos de haber venido a tomar a un anciano tan lleno de Dios. Finalmente terminó su oración, no sin haber hecho mención de todos los que durante toda su vida habían tenido trato con él, de los humildes igual que de los grandes, de los ilustres lo mismo que de los sencillos, así como de toda la Iglesia católica esparcida por todo el mundo habitado. Llegada la hora de partir, le pusieron sobre un asno y lo llevaron a la ciudad, en día que era de sábado solemne. En el camino se encontraron con el jefe de policía, Herodes, y con su padre Nicetas, los cuales le hicieron pasar a su carroza e intentaban persuadirle con las siguientes amonestaciones: ¿Qué mal hay en decir que el Emperador es el Señor y en sacrificar y cumplir las demás ceremonias, para salvar la vida? Pero él al principio no les daba respuesta alguna; mas como insistieran, les dijo: "No voy a hacer nada de lo que me aconsejáis." Ellos entonces, fracasados en su intento de persuadirle empezaron a decirle palabras insultantes y le hicieron descender precipitadamente del carroza, de suerte que al descender se desgarró la espina. Él, sin volverse, como si no se hubiera hecho daño alguno, caminaba animosamente. Fue conducido al estadio, y fue tanto el tumulto que en él se armó que nadie podía entenderse...

Llevado a la presencia del procónsul, pregúntele éste si era él Policarpo; y como contestara afirmativamente, intentaba el procónsul hacerle renegar, diciendo: "Ten consideración a tu avanzada edad, y las demás cosas que suelen decir: Jura por la fortuna del César, cambia tu modo de pensar y grita: Mueran los ateos." Pero Policarpo, mirando con un rostro serio a toda la mesa de paganos sin ley que llenaban el estadio, les hizo una seña con la mano, dio un suspiro y levantó los ojos al cielo diciendo: "Mueran los ateos." Intervino el procónsul diciendo: "Jura, y te pongo en libertad, reniega de Cristo." Repuso Policarpo: "Hace ochenta y seis años que le sirvo, y ningún mal me ha hecho: ¿Cómo puedo blasfemar de mi rey a quien debo la salvación?"

El procónsul insistió de nuevo diciendo: "Jura por la fortuna del César." Policarpo respondió: "Si tienes por punto de honor el hacerme jurar por la fortuna del César, como tú dices, fingiendo ignorar quién soy yo, oye lo que proclamo con toda libertad: Soy cristiano; y siquieres

aprender cuál es la doctrina cristiana, dame un día de tregua y escúchame...” Dijo el procónsul: “Convence al pueblo. Replicó Policarpo: A ti te considero digno de una explicación, pues nuestra doctrina nos enseña que hay que dar a los magistrados y autoridades que están establecidas por Dios el honor que les es debido y que no daña a nuestra conciencia. Pero al pueblo no creo que valga la pena presentarles una defensa.” Dijo entonces el procónsul: “Tengo fieras, y te entregaré a ellas si no cambias de parecer.” Respondió Policarpo: “Llámala, pues para nosotros no puede darse un cambio de lo mejor a lo peor, sino que lo razonable es cambiar de lo malo a lo justo. Insistió el procónsul: Te haré consumir en el fuego si no cambias de parecer, ya que desprecias a las fieras. Policarpo dijo: Me amenazas con el fuego que dura un momento y al poco rato se apaga, porque desconoces el juicio que ha de venir y el fuego del castigo eterno que aguarda a los impíos. Pero, ¿por qué pierdes el tiempo? Tráeme lo que quieras.”

Mientras decía estas y otras muchas cosas, Policarpo se mostraba lleno de ánimo y de alegría, y su rostro resplandecía con una gracia tal que no sólo no mostraba desfallecimiento por las amenazas que se le dirigían, sino que por el contrario, era más bien el procónsul el que estaba fuera de sí, mandando a su propio heraldo que en medio del estadio hiciera por tres veces este pregón: Policarpo ha confesado ser cristiano: En cuanto el heraldo hubo dicho esto, toda la turba de judíos y de gentiles que habitaban en Esmirna se puso a gritar con rabia incontenible y a grandes voces: Ese es el maestro del Asia y el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, que ha enseñado a muchos a negarles sus sacrificios y culto. Esto decían a gritos, y pedían al gobernador Felipe que soltara un león contra Policarpo. Pero el gobernador contestó que no le estaba permitido hacerlo una vez que ya se habían terminado los combates de fieras. Entonces se pusieron de acuerdo en gritar todos a la vez que Policarpo fuera quemado vivo... Al punto el populacho se lanzó a recoger leña y maderas de los talleres y baños, colaborando los judíos, como suelen, con particular diligencia. Cuando la pira estuvo preparada, Policarpo se quitó los vestidos... Como pretendieran clavarle en un poste, les dijo: Dejadme como estoy, pues el que me da fuerzas para soportar el Juego me concederá poder permanecer inmóvil en la hoguera sin necesidad de asegurarme con vuestros clavos. Así pues, no le clavaron, sino que le ataron. Y él, con las manos atrás, atado como un carnero escogido de un gran rebaño para el sacrificio, preparado para ser holocausto acepto a Dios, levantó sus ojos al cielo y dijo: Señor Dios omnipotente, Padre de tu amado y bendito hijo tuyo Jesucristo, por el cual hemos recibido conocimiento de ti, Dios de los ángeles y de las potestades y de toda la creación, de todo el linaje de los justos que viven en tu presencia: Te bendigo porque me has tenido por digno de esta hora en que puedo tomar parte, contado entre el número de los mártires, en el cáliz de Cristo en espera de la resurrección de la vida eterna en alma y cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo. Sea yo recibido hoy en tu presencia entre ellos, como un sacrificio rico y aceptable. Tú me preparaste de antemano para ello, tú me lo revelaste, y tú me lo has cumplido, Dios de verdad en el que no hay engaño. Por esto, y por todas las cosas, te alabo y te glorifico, por medio del eterno y celestial sumo sacerdote, Jesucristo, tu hijo amado, por el cual y juntamente con el Espíritu Santo sea a ti la gloria ahora y por los siglos venideros. Amén.

Así que hubo enviado al cielo su Amén, terminando su plegaria, los que cuidaban de la pira prendieron el fuego: y levantándose una gran llamarada nos fue dado a algunos ver un prodigo, y fuimos preservados para dar a conocer a los demás lo que acaeció. Porque el fuego, haciendo una especie de bóveda, como si fuera una vela de barco hinchada por el viento, rodeó como con un muro circular el cuerpo del mártir que se hallaba en el centro, no como carne que se quema, sino como pan que se cuece o como oro que se purifica en el horno. Y sentimos un olor tan intenso como si fuera una ráfaga de incienso o de algún otro aroma precioso. Finalmente,

viendo aquellos hombres inicuos que el cuerpo del mártir no podía ser consumido por el fuego, dieron orden al verdugo de que se acercara y le hundiera un puñal. Así lo hizo, y brotó una tal cantidad de sangre que se apagó el fuego, quedando toda la multitud pasmada de la diferencia que había entre la muerte de los infieles y la de los elegidos. Al número de éstos pertenece también Policarpo, hombre sobremanera admirable, maestro con espíritu de apóstol y de profeta en nuestros propios tiempos y obispo de la Iglesia católica en Esmirna: toda palabra que salió de su boca, o bien ha tenido ya cumplimiento, o ciertamente lo tendrá.

Pero el maligno... dispuso las cosas de modo que no nos fuera dejado su cuerpo, aunque muchos eran los que deseaban apoderarse de sus santos restos. En efecto, Nicetas... fue a suplicar al gobernador que no se nos diera el cadáver, diciendo: No vaya a suceder que abandonen al crucificado y empiecen a adorar a éste. Esto era una sugerencia de los judíos, quienes insistían en ello y aun montaron una guardia cuando nosotros fuimos a recogerlo de la pira. Ignoraban que nosotros **ni jamás podremos abandonar a Cristo, que padeció por la salvación del mundo entero de los que se salvan**, él inocente, por nosotros, pecadores, ni jamás daremos culto a otro alguno. Porque a él le adoramos porque es hijo de Dios, mientras que a los mártires les tributamos un justo homenaje de afecto como a discípulos e imitadores del Señor, a causa del amor insuperable que mostraron por su rey y maestro. ¡Ojalá que nosotros pudiéramos también acompañarles y llegar a ser discípulos con ellos!

Así pues, el centurión, viendo la porfía de los judíos, hizo colocar el cadáver en el centro y lo hizo quemar, a la manera como ellos suelen hacerlo. Así nosotros más tarde pudimos recoger sus huesos, más valiosos que las piedras preciosas y más estimables que el oro, y los colocamos en lugar adecuado. Allí, nos concederá el Señor celebrar el natalicio de su martirio, reuniéndonos todos en cuanto nos sea posible con júbilo y alegría, para celebrar la memoria de los que ya terminaron su combate, y para ejercerlo y Preparación de los que aún han de combatir...³

3. EUSEBIO. Hist. Eccl. IV.15, 3ss;

La Llamada Carta de Bernabé.

Este documento, de carácter muy primitivo, llegó a ser considerado en ciertas cristiandades como parte de las Escrituras, y se atribuyó a Bernabé, el compañero de Pablo. Tal atribución no es admitida por la crítica moderna, sin que, por otra parte, sea posible determinar quién pudiera ser el autor del escrito. En él se plantea con fuerza particular uno de los problemas que más hubieron de preocupar a los primeros cristianos: **el de sus relaciones con el judaísmo**. El autor se muestra en actitud simplemente negativa con respecto a todas las instituciones de los judíos, los cuales, según él, habrían pervertido desde el comienzo el sentido que Dios quiso dar a las Escrituras y a la ley, entendiendo en un sentido material lo que Dios había querido sólo en un sentido espiritual. Según esta concepción, el judaísmo sería, no un estadio menos perfecto de la revelación, previo al cristianismo, sino una perversión radical de algo que ya desde un principio debiera de haber alcanzado su plenitud y perfección. De esta forma la polémica antijudía, iniciada por Pablo con notables matizaciones, es ahora llevada a extremos absolutos. El autor de la carta de Bernabé sólo admite prácticamente una interpretación alegórica y espiritual del Antiguo Testamento y esta interpretación es presentada como una gnosis o sabiduría particular, dada al cristianismo por la enseñanza de Jesús: se inicia así la tendencia hacia la alegoría y la gnosis cristiana, que se desarrollará en la escuela de Alejandría, y por ello se ha supuesto que este escrito pudiera proceder

de los ambientes alejandrinos. Por algunas de sus referencias parece probable que fuera escrito en el reinado de Adriano, hacia el año 130.

I. Fe y conocimiento.

He creído que debía ponerme a escribiros algo aunque fuera brevemente, a fin de que juntamente con vuestra fe tengáis conocimiento perfecto. Pues bien, tres son las doctrinas del Señor: la esperanza de vida, principio y fin de vuestra fe; la justicia, principio y fin del juicio, y la caridad, principio de tranquilidad y de alegría, así como testimonio de las obras de justicia. Porque, en efecto, el Señor nos dio a conocer por medio de los profetas el pasado, y el presente, dándonos además un antícpo del goce de lo por venir. Y viendo que todo se va cumpliendo como él lo dijo, deber nuestro es adelantar, con espíritu más generoso y levantado, en su temor. En cuanto a mí, no como maestro, sino como uno de vosotros, voy a declararos unas pocas cosas que os puedan dar consuelo en el momento presente. Porque los días son malos, y el Activo tiene el poder en sus manos, y por tanto nosotros debemos atender a nosotros mismos y buscar las justificaciones del Señor. Ahora bien, en ayuda de nuestra fe vienen el temor y la paciencia, y nuestros aliados son la magnanimidad y la continencia. Mientras tengamos estas virtudes santamente en el Señor, tendremos juntamente con ellas el gozo de la sabiduría, la inteligencia, la ciencia y el conocimiento...¹

¿Qué dice el conocimiento? Aprendedlo: Esperad — dice —, en el que se os ha de manifestar cuando venga en la carne, Jesús. Porque el hombre no es más que tierra que sufre, ya que Adán fue modelado de la faz de la tierra. Pues bien, ¿qué quiere decir “Entrad en la tierra que mana leche y miel”? Bendito sea nuestro Señor, hermanos, porque nos ha dado la sabiduría y la inteligencia de sus secretos. Porque el profeta habla del Señor en forma de parábola. ¿Quién lo entenderá, sino el sabio e instruido y el que ama a su Señor? Significa pues aquello que el Señor nos renovó con perdón de los pecados, haciéndonos de nuevo con un nuevo molde, hasta el punto de que nuestra alma es como de niños, pues realmente él nos ha modelado de nuevo...²

1.Carta de Bernabé.1, 5-2, 3; 2. Ibíd. 6, 9;

II. El cristianismo muestra la invalidez del judaísmo.

El Señor por medio de todos sus profetas ha puesto de manifiesto que no tiene necesidad ni de sacrificios ni de holocaustos ni de ofrendas, diciendo en cierta ocasión: “¿Qué se me da a mí de la multitud de vuestros sacrificios? — dice el Señor —. Estoy harto de holocaustos, y no quiero la grasa de vuestros corderos ni la sangre de vuestros toros y machos cabríos... No soporto vuestros novilunios y vuestros sábados” (Is 1, 11ss) El Señor invalidó todo esto a fin de que la nueva ley de nuestro Señor Jesucristo, que no está sometida al yugo de la necesidad, tuviera una ofrenda no hecha por mano de hombre. Dice, en efecto, en otro lugar: “¿Acaso fui yo el que mandé a vuestros padres cuando salían de la tierra de Egipto que me ofrecieran holocaustos y sacrificios? Más bien lo que les mandé fue que ninguno guardara en su corazón rencor maligno contra su prójimo y que no fuerais amantes del perjurio” (Cf. Jer 7, 22; Zac 8, 17; 7, 10) No hemos de ser, pues, insensatos, sino comprender la sentencia de bondad de nuestro Padre, que nos habla manifestando que no quiere que nosotros, extraviados como aquellos, busquemos todavía cómo acercarnos a él... En otra ocasión les dice a este respecto: “¿Para qué me ayunáis — dice el Señor — de modo que en este día sólo se oye la gritería de vuestras voces? No es este el ayuno que yo prefiero, dice el Señor, no es la humillación del alma del hombre. Ni aun cuando doblarais vuestro cuello como un aro, os vistierais de saco y os revolcarais en la ceniza, ni aun así penséis que vuestro ayuno es aceptable” (Is 58:4-5). A nosotros empero nos dice: “He aquí el

ayuno que yo prefiero — dice el Señor —: Desata toda atadura de iniquidad, disolved las cuerdas de los contratos por la fuerza, deja a los oprimidos en libertad y rompe toda escritura injusta. Comparte tu pan con el hambriento, y si ves a uno desnudo, vístete. Acoge en tu casa a los sin techo, y si ves a uno humillado no le desprecies, siendo de tu propio linaje y de tu propia sangre... Entonces clamarás, y Dios te oirá, y cuando la palabra está todavía en tu boca te dirá: Aquí estoy, con tal de que arrojes de ti la atadura, y la mano levantada, y la palabra de murmuración, y des con toda tu alma el pan al hambriento y tengas compasión del alma humillada” (Is 58:6-10). Hermanos, viendo de antemano el Señor magnánimo que su pueblo, que él se había preparado en su Amado, había de creer con sencillez, nos manifestó por anticipado todas estas cosas, para que no fuéramos a estrellarnos, como prosélitos, en la ley de aquellos.³

No os asemejéis a ciertos hombres que no hacen sino amontonar pecados, diciéndoos que la alianza es tanto de ellos como vuestra. Porque es nuestra, pero aquellos, después de haberla recibido de Moisés, la perdieron absolutamente... Volviéndose a los ídolos la destruyeron, pues dice el Señor: “Moisés, Moisés, baja a toda prisa, porque mi pueblo, a quien saqué yo de Egipto, ha prevaricado” (Cf. Ex 32:7;3:4; Dt. 9:12). Y cuando Moisés lo comprobó, arrojó de sus manos las dos tablas, y se rompió su alianza, para que la de su amado Jesucristo fuera sellada en nuestro corazón con la esperanza de la fe en él.⁴

En cuanto a la circuncisión, en la que ellos ponen su confianza no tiene valor alguno. Porque el Señor ordenó la circuncisión, **pero no de la carne**. Pero ellos transgredieron el mandato porque el ángel malo los enredó. Díseles a ellos el Señor: “Esto dice el Señor vuestro Dios: no sembréis sobre las espinas, circuncidaos Para vuestro Señor” (Jer 4:3) Además, ¿qué quiere decir: “Circuncidad la dureza de vuestro corazón, y no endurezcáis vuestra cerviz”? Y en otro lugar dice:”...Todas las naciones son incircuncisas en su prepucio, pero este pueblo tiene incircunciso el corazón” (Jer 9:25) Objetarás: La circuncisión en este pueblo como un sello. Pero te contestaré que también los sirios y los árabes y todos los sacerdotes de los ídolos se circuncidan...⁵

3. Ibid. 2, 3; 4. Ibid. 4:6-8; 5. Ibid. 9, 4-5;

III. Nuestra salvación en Cristo.

El Señor soportó que su carne fuera entregada a la destrucción para que fuéramos nosotros purificados con la remisión de los pecados, que alcanzamos con la aspersión de su sangre. Sobre esto está escrito aquello que se refiere en parte a Israel y en parte a nosotros, y dice: “Fue herido por nuestras iniquidades y quebrantado por nuestros pecados: con sus heridas hemos sido sanados. Fue llevado como oveja al matadero y como cordero estuvo mudo delante del que le trasquila” (Is 53:5-7) Por esto hemos de dar sobremanera gracias al Señor, porque nos dio a conocer lo pasado, nos instruyó en lo presente y no nos ha dejado sin inteligencia de lo por venir... Por esto justamente se perderá el hombre que, teniendo conocimiento del camino de la justicia, se precipita a sí mismo por el camino de las tinieblas.

Y hay más, hermanos míos: el Señor soportó el padecer por nuestra vida, siendo como es Señor de todo el universo, a quien dijo Dios desde la constitución del mundo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1:26) ¿Cómo soportó el padecer por mano de hombres? Aprendedlo: los profetas profetizaron acerca de él, habiendo recibido de él este don: ahora bien, él, para aniquilar la muerte y mostrar la resurrección de entre los muertos, soportó la pasión, pues convenía que se manifestara su condición carnal. Así cumplió la promesa hecha a los padres, y se preparó para sí un pueblo nuevo, mostrando, mientras vivía sobre la tierra, que él había de juzgar una vez que haya realizado la resurrección. En fin, predicó enseñando a Israel y haciendo gran-

des prodigios y señales, con lo que mostró su extraordinario amor. Se escogió a sus propios apóstoles, que tenían que predicar el Evangelio, los cuales eran pecadores con toda suerte de pecados, mostrando así que “no vino para llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9:13): y entonces las manifestó que era Hijo de Dios. Porque, en efecto, si no hubiera venido en la carne, los hombres no hubieran podido salvarse viéndole a él, ya que ni siquiera son capaces de tener sus ojos fijos en el sol, a causa de sus rayos, el cual está destinado a perecer y es obra de sus manos. En suma, para esto vino el Hijo de Dios en la carne, para que llegase a su colmo la consumación de los pecados de los que persiguieron a muerte a sus profetas: por esto soportó la pasión...⁶

6. Ibíd. 5;

Papías.

Papías fue obispo de Hierápolis de Frigia, en Asia Menor. Según Ireneo habría sido oyente del apóstol san Juan, y era amigo de Policarpo de Esmirna. Escribió hacia el año 130 cinco libros de Explicaciones de los dichos del Señor, que suelen considerarse como la primera obra de exégesis de los Evangelios. No conocemos de ella más que algunas citas y alusiones que se hallan en la Historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesárea. Según éste, Papías habría profesado el milenarismo, siendo el responsable de que posteriormente otros varones eclesiásticos adoptaran esta doctrina, apoyados en la antigüedad de Papías. Asimismo se deberían a él “ciertas extrañas parábolas y enseñanzas del Salvador, que tienen visos de fábula.” Sin embargo son de especial interés las noticias contenidas en los pasajes de Papías citados por Eusebio, acerca de la primitiva tradición apostólica y la composición de los Evangelios.

“No dudaré en ofrecerte, juntamente con mi propia interpretación, todo lo que en otro tiempo aprendí muy bien de los ancianos y dejé bien grabado en mi memoria. Porque yo no me complacía, como hacen muchos, con los que hablan mucho, sino con los que enseñaban la verdad; ni con los que se remiten a mandamientos extraños, sino en los que se atienen a los que fueron dados por el Señor a nuestra fe y proceden de la verdad misma. Si alguna vez venía a nosotros alguno de los que habían seguido a los ancianos, yo le preguntaba acerca de lo que ellos solían decir: qué habían dicho Andrés, Pedro, Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor, o qué es lo que dicen Aristón y Juan el presbítero, discípulos del Señor. Porque pensaba yo que no sacaría tanto provecho de los libros escritos, cuanto de la palabra viva y permanente...

Marcos fue intérprete de Pedro, y escribió con fidelidad, aunque desordenadamente, lo que solía interpretar, que eran los dichos y los hechos del Señor. Él mismo no había oído al Señor ni había sido su discípulo, sino que más adelante, como dije, había sido discípulo de Pedro; quien daba sus instrucciones según las necesidades, pero sin pretensión de componer un conjunto ordenado de las sentencias del Señor. Así pues, no hay que achacarlo a culpa de Marcos si puso así las cosas por escrito, tal como las recordaba: todo su cuidado estuvo en una sola cosa, en no omitir nada de lo que había oído y en no poner falsedad alguna acerca de ello...

En cuanto a Mateo, ordenó en lengua hebrea las sentencias del Señor, y cada uno las interpretó luego según su capacidad...”¹

1. EUSEBIO. Hist. Beles. III. 39, 3ss

Hermas.

El llamado *Pastor*, de Hermas, es un escrito complejo y extraño, compuesto en el género apocalíptico y visionario, probablemente hacia la primera mitad del siglo II, aunque pudiera haber en él elementos de diversas épocas. Consta de una serie de visiones, comparaciones o alegorías, algunas de ellas de sentido bastante confuso, que se refieren a diversos aspectos de la vida cristiana.

Según se desprende del escrito, Hermas, su autor, era un cristiano sencillo y rudo, pero lleno de preocupaciones religiosas y con una particular conciencia de sus propias faltas morales de diversa índole. Pesa sobre él especialmente el remordimiento por no haber sabido mantener debidamente las relaciones familiares con su mujer y sus hijos, y por no haber sabido hacer buen uso de sus bienes de fortuna, que había perdido. Correspondiendo a esta conciencia de culpabilidad, sobresale en el escrito el tema de la penitencia y del perdón que, contra lo que se suponía en concepciones rigoristas, podía ser obtenido al menos una vez después del bautismo, si uno se arrepentía sinceramente. Hermas, simple laico, tiene conciencia de que esto se oponía a la enseñanza de ciertos doctores de la Iglesia que no admitían posibilidad de perdón al que hubiere pecado gravemente después del bautismo, y presenta sus ideas como un anuncio especial de un mensajero de Dios que se aparece en forma de pastor, y que es el que dio a este escrito su nombre.

Además del tema de la penitencia, es prominente en el *Pastor*, de Hermas, el tema de la Iglesia, la cual aparece bajo la alegoría de una torre en construcción, de la que pueden venir a formar parte diversas clases de piedras, que son diversos géneros de fieles. Algunas piedras son temporalmente rechazadas para la construcción, otras lo son definitivamente, representando los fieles que podrán o no a su tiempo hacer penitencia.

Otros muchos temas van apareciendo a lo largo del escrito: de particular interés pueden ser los que se refieren al peligro de las riquezas, a las relaciones entre ricos y pobres, o a la necesidad de saber distinguir los signos de la influencia del bueno o del mal espíritu en nosotros o en los demás. En este último aspecto Hermas encabeza la copiosa literatura cristiana acerca del "discernimiento de espíritus."

El *Pastor*, de Hermas, muestra cierta audacia imaginativa, pero tiene en general poca profundidad teológica y se mantiene más bien en una actitud meramente moralística. Sin embargo, es interesante como reflejo de los problemas religiosos y morales que podía tener entonces un cristiano ordinario.

I. El mensaje de penitencia.

Habiendo yo ayunado y orado insistentemente al Señor, me fue revelado el sentido de la escritura. Lo escrito era lo siguiente: Tus hijos, Hermas, se enfrentaron contra Dios, blasfemaron contra el Señor y traicionaron a sus padres con gran perversidad, y tuvieron que oírse llamar traidores de sus padres. Y aun cometida esta traición, no se enmendaron, sino que añadieron a sus pecados sus insolencias y sus perversas contaminaciones, con lo que llegaron a su colmo sus iniquidades. Sin embargo, haz saber a todos tus hijos y a tu esposa, que ha de ser hermana tuya, estas palabras. Pues tu esposa no se modera en su lengua, con la que obra el mal. Pero si oye estas palabras, se contendrá y obtendrá misericordia.

Después que les hubieres dado a conocer estas palabras que me encargó el Señor que te revelara, se les perdonarán a ellos todos los pecados que hubieren anteriormente cometido, así como también a todos los santos que hubieren pecado hasta este día, con al de que se arrepientan

de todo corazón y alejen de sus corazones toda vacilación. Porque el Señor hizo este juramento por su gloria con respecto a sus elegidos: si después de fijado este día todavía cometan pecado, **no tendrán salvación, ya que la penitencia para los justos tiene un límite.** Los días de penitencia están cumplidos para todos los santos, mientras que para los gentiles hay penitencia hasta el “último día. Así pues, dirás a los jefes de la Iglesia que enderezan sus caminos según justicia, para que puedan recibir el fruto pleno de la promesa con gran gloria. Por tanto, los que obráis la justicia manteneos firmes y no vaciléis, para que se os conceda la entrada a los ángeles santos. Bienaventurados vosotros, los que soportáis la gran tribulación que está por venir, así como los que no han de negar su propia vida. Porque el Señor ha jurado por su propio Hijo que los que nieguen al Señor serán privados de su propia vida, es decir, los que lo negaren a partir de ahora en los días venideros. Pero los que hubieren negado antes obtendrán perdón por su gran misericordia.

En cuanto a ti, Hermas, no guardes ya más rencor contra tus hijos, ni abandones a tu hermana, para que tengan lugar a purificarse de sus pecados pasados. Porque si tú no les guardas rencor, serán educados con justa educación. El rencor produce la muerte. Tú, Hermas, sufrioste grandes tribulaciones en tu persona a causa de las transgresiones de los de tu casa, pues no cuidaste de ellos, porque tenías otras preocupaciones y te enredabas en negocios malvados. Pero te salva el hecho de no haber apostatado del Dios vivo, así como tu sencillez y tu mucha continencia. Esto es lo que te ha salvado — con tal que perseveres — y lo que salvará a cuantos hagan lo mismo y vivan en inocencia y simplicidad. Éstos triunfarán de toda maldad **y perseverarán para la vida eterna.** Bienaventurados todos los que obran la justicia, porque no se perderán para siempre...¹

¿No te parece — me dijo el pastor — que el mismo arrepentirse es una especie de sabiduría? Sí — dijo —, el arrepentirse es una sabiduría grande, porque el pecador se da cuenta de que hizo el mal delante del Señor, y penetra en su corazón el sentimiento de la obra que hizo, con lo que se arrepiente y ya no vuelve a obrar el mal, sino que se pone a practicar toda suerte de bien, y humilla y atormenta su alma, por haber pecado. Ya ves, pues, cómo el arrepentimiento es una gran sabiduría...

Señor — le dije — he oído de algunos maestros que no se da otra penitencia fuera de aquella por la que bajamos al agua (del bautismo) y alcanzamos el perdón de nuestros pecados anteriores.

Él me dijo: Has oído bien, pues así es: porque el que ha recibido el perdón de sus pecados ya no debiera pecar, sino que debiera vivir puro. Pero ya que quieres enterarte de todo con exactitud, te explicaré también otro aspecto, sin que con ello quiera dar pretexto de pecar a los que en lo futuro han de creer o a los que poco han creído en el Señor. Porque los que poco han creído, o han de creer en lo futuro no tienen lugar a penitencia de sus pecados, fuera de la remisión de sus pecados anteriores (en el bautismo). Pero para los que fueron llamados antes de estos días, el Señor tiene establecida una penitencia: **porque el Señor es conocedor de los corazones**, y lo sabe todo de antemano, y conoció la debilidad de los hombres y la mucha astucia del diablo con la que había de hacer daño a los siervos de Dios y ensañarse con ellos. Ahora bien, siendo grandes las entrañas de misericordia del Señor, se apiadó de su creatura, y dispuso esta penitencia haciéndome a mí el encargado de la misma. Sin embargo, he de decirte esto: si después de aquel llamamiento grande y santo, alguno, tentado por el diablo, cometiere pecado, sólo tiene lugar a una penitencia. Pero si continuamente peca y se vuelve a arrepentir, de nada le aprovecha al tal hombre, **pues difícilmente alcanzará la vida.**

Yo le repliqué: El oír esta explicación tan exacta sobre estas cosas me ha devuelto la vida, pues ahora sé que si no vuelvo a cometer más pecados me salvaré.

Te salvarás — me dijo — tú y todos los que hicieron estas cosas.²

1. Visiones 2, 2-3; 2. Mandamientos 4, 2 -3;

II. Riqueza y pobreza.

Así como la piedra redonda no puede convertirse en sillar si no es cortándola y quitando algo de ella, así también los ricos en este siglo no pueden hacerse útiles para el Señor si no se les recorta su riqueza. Por ti mismo puedes saberlo en primer lugar: cuando eras rico eras inútil, pero ahora eres útil y provechoso para la vida...³

El rico tiene realmente mucho dinero, pero con respecto al Señor es pobre, arrastrado como anda tras su riqueza. Muy pocas veces hace su acción de gracias y su oración ante el Señor, y aun cuando lo hace es con brevedad, sin intensidad y sin fuerza para penetrar hasta lo alto. Pero cuando el rico se entrelaza con el pobre y le proporciona lo necesario creyendo que podrá encontrar en Dios la recompensa de lo que hubiere hecho por el pobre — ya que el pobre es rico en la oración y en la acción de gracias, y sus peticiones tienen gran fuerza delante de Dios — entonces el rico atiende al pobre en todas las cosas sin reservas. Por su parte, el pobre, atendido por el rico, ruega por él y da gracias a Dios por aquel de quien recibe beneficios. Y entonces el rico todavía toma mayor interés por el pobre, para no hallarse falto de nada en su vida, pues sabe que la oración del pobre es rica y aceptable delante de Dios. De esta suerte, uno y otro llevan a cabo su obra en común: el pobre colabora con su oración, en la que es rico, habiéndola recibido del Señor y devolviéndola al mismo Señor que se la había dado. A su vez, el rico pone a disposición del pobre sin reservas la riqueza que recibió del Señor. Es ésta una gran obra agradable a Dios, con la que muestra que entiende el sentido de sus riquezas poniendo a disposición del pobre los dones del Señor y cumpliendo rectamente el servicio que el Señor le encomendara... De esta forma, los pobres, rogando al Señor por los ricos dan pleno sentido a la riqueza de éstos, y a su vez, los ricos, socorriendo a los pobres alcanzan la plenitud de lo que falta a sus almas. Con ello se hacen unos y otros colaboradores en la obra de justicia. Por tanto, el que así obrare no será abandonado de Dios, sino que quedará escrito en el libro de los vivos. Bienaventurados los que tienen y entienden que sus riquezas las tienen del Señor: porque el que entiende esto podrá cumplir el servicio debido...⁴

3. Visiones 3, 6; 4. Comparaciones 2, 3; 5. Mandamientos 6, 2;

III. Discernimiento de espíritus.

Dos ángeles acompañan al hombre, uno de justicia y otro de maldad... El ángel de justicia es delicado y recatado y manso y tranquilo. Así pues, cuando este ángel penetre en tu corazón, te hablará inmediatamente de justicia, de pureza, de santidad, de contentarte con lo que tienes, de toda obra justa y de toda virtud reconocida. Cuando sientas que tu corazón está penetrado de todas estas cosas, entiende que el ángel de la justicia está contigo, porque ésas son las obras del ángel de la justicia. A él pues has de creerle, y a sus obras.

Considera por otra parte las obras del ángel de la maldad: en primer lugar, es impaciente, amargado e insensato: sus obras son malas y capaces de abatir a los siervos de Dios. Cuando este ángel penetre en tu corazón, has de saber conocerle por sus obras... Cuando te sobrevenga alguna impaciencia o amargura, entiende que él está dentro de ti: igualmente cuando tengas ansia de hacer muchas cosas, o de muchos y exquisitos manjares, de muchas y variadas bebidas, de em-

briagueces muelles e inconvenientes; igualmente cuando tienes deseo de mujeres, o de posesiones o de gran soberbia y altanería y de otras cosas por el estilo: cuando estas cosas penetren en tu corazón, sábete que el ángel de la maldad está dentro de ti. Así pues, tú, conociendo sus obras, apártate de él y no le creas para nada, pues sus obras son malvadas y no traen provecho alguno a los siervos de Dios...⁵

¿Cómo se conocerá a un hombre, si es verdadero o falso profeta? ...Al hombre que tiene el Espíritu divino has de examinarle por su vida. En primer lugar, el que tiene el Espíritu divino de lo alto, es manso, tranquilo y humilde; se aparta de toda maldad, así como de los vanos deseos de este siglo, y se hace a sí mismo el más pobre de todos los hombres; no empieza a dar respuestas a nadie sólo porque se le pregunte, ni habla en secreto, que no habla el Espíritu Santo cuando el hombre quiere, **sino que habla cuando Dios quiere que hable.** Así pues, cuando un hombre que tiene el espíritu divino llega a una reunión de hombres justos que tienen fe en el espíritu divino, y en aquella reunión se hace oración a Dios, entonces el ángel del espíritu profético que está en él llena a aquel hombre, y lleno así con el Espíritu Santo habla a la muchedumbre como lo quiere el Señor...

Escucha ahora lo que se refiere al espíritu terreno y vacuo, que no tiene virtud alguna, sino que es necio. En primer lugar, el hombre que aparentemente tiene el Espíritu, se exalta a sí mismo, y quiere ocupar la silla presidencial; e inmediatamente se muestra como ligero, desvergonzado y charlatán; vive entre muchos placeres y con muchos otros engaños; se hace pagar sus profecías, y si no se le paga no profetiza. ¿Es que el Espíritu divino puede cobrar para profetizar? No puede hacer esto un profeta de Dios, sino que el espíritu de tales profetas es de la tierra. Además, el falso profeta no se acerca para nada a la reunión de los justos, sino que huye de ellos; en cambio se pega a los vacilantes y vacuos, echándoles sus profecías por los rincones, y los embauca hablándoles conforme a sus deseos, aunque son vacuos, pues responde a hombres vacuos. Cuando una vasija vacía choca con otras igualmente vacías, no se rompe, sino que resuenan todas con un mismo sonido. Cuando el falso profeta llega a una reunión llena de hombres justos que poseen el espíritu de la divinidad y hacen oración, se queda vacío, y su espíritu terreno huye de él amedrentado, y el hombre queda mudo y totalmente destrozado, sin poder hablar palabra.⁶

Los que nunca han escudriñado la verdad ni han inquirido acerca de la divinidad, sino que se han contentado con creer, agitados con sus negocios, sus riquezas, sus amistades paganas y muchas otras ocupaciones de este siglo, todos los que andan enfrascados en estas cosas, no entienden las parábolas acerca de la divinidad. Es que con todos estos negocios están entenebrecidos, corrompidos y secos. Así como las viñas hermosas, si no se cuidan se secan a causa de las espinas y de toda suerte de yerbas, así también los hombres que después de recibir la fe se entregan a la multiplicidad de acciones dichas, se extravían en sus inteligencias y ya no entienden absolutamente nada acerca de la divinidad. Porque, en efecto, cuando oyen algo acerca de la divinidad su mente se encuentra en sus negocios, y así no comprenden absolutamente nada. Pero los que tienen el temor de Dios, e investigan acerca de la divinidad y de la verdad, y tienen su corazón vuelto hacia el Señor, entienden y comprenden en seguida cuanto se les dice, pues tienen dentro de sí el temor de Dios. Porque donde habita el Señor, allí hay gran inteligencia. Adhiérete, pues, al Señor, y lo comprenderás y entenderás todo.⁷

Arranca de ti la tristeza, y no aflijas al Espíritu Santo que habita en ti, no sea que hagas tu oración a Dios en contra tuya y él se aparte de ti. Porque el Espíritu de Dios, que ha sido dado a esa carne tuya, no tolera la tristeza ni la angustia. Así pues, revéstete de alegría, que encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y no hace caso de la tristeza. En cambio, el hombre

triste siempre va por mal camino. En primer lugar, hace mal entristeciendo al Espíritu Santo que fue dado en alegría al hombre. En segundo lugar, comete iniquidad al no orar ni dar gracias a Dios, ya que siempre la oración del hombre triste no tiene fuerza para remontarse hasta el altar de Dios... La tristeza se ha asentado en su corazón, y al mezclarse la tristeza con la oración, no deja a ésta que suba pura hasta el altar de Dios... Purifícate de esta malvada tristeza, y vivirás para Dios. Y asimismo vivirán para Dios cuantos arrojen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría.⁸

4. Comparaciones.2, 3; 5. Mandamientos.6, 2; 6. Mand.11, 7-14; 7. Mand.10, 1; 8. Mand.10, 3;

Sección Segunda: Los Apologetas.

Los escritos de los padres apostólicos iban dirigidos a las comunidades cristianas, para su instrucción y edificación. Pero a partir del siglo II aparecen escritos de autores cristianos dirigidos a un público no cristiano, con el propósito de deshacer las calumnias que se propalaban acerca del cristianismo y de informar acerca de la verdadera naturaleza de esta nueva religión. Estos autores se suelen agrupar bajo el nombre de “apologetas,” aunque no siempre su intención se limitaba a la simple apologética o defensa del cristianismo: en muchos de estos escritos hay además una verdadera intención misionera y catequética, con el propósito de ganar adeptos para el cristianismo entre aquellas personas que se interesaban por el peculiar modo de vida de los cristianos. En este aspecto los apologetas representan el primer intento de exposición escrita del mensaje cristiano en forma inteligible para los no cristianos.

Algunas veces estos escritos pretenden ir dirigidos a las autoridades o representantes del Estado que perseguían al cristianismo, intentando mostrar la inocencia de los cristianos con respecto a los crímenes de que se les acusaba y la inanidad de las razones en que se fundaba la persecución. En otras ocasiones, tales escritos se dirigían a un público más general, y pretendían disipar las acusaciones de irracionalidad y de superstición contra el cristianismo, mostrando a las clases cultas, especialmente a los filósofos, la razonabilidad, coherencia y bondad intrínseca en los principios cristianos, o disipando las calumnias groseras que corrían entre las clases populares acerca del cristianismo. La polémica que surgió muy pronto entre el judaísmo y el cristianismo tiene también un lugar importante en los escritos de algunos de los apologetas, los cuales intentan señalar las diferencias entre el judaísmo y el cristianismo, y la superioridad de este último. Es natural que al pretender expresar el mensaje cristiano de una manera inteligible y atractiva para los no cristianos, los apologetas lo hicieran en lo posible según las categorías mentales propias de la época. La apologética representa así el primer intento de verter el cristianismo a las categorías y modos de pensar propios del mundo helenístico. En este intento de adaptar el cristianismo a la mentalidad grecorromana, se subrayan más aquellos aspectos que podían más fácilmente ser comprendidos dentro de aquella mentalidad: la bondad de Dios, manifestada en el orden del universo, que era ya un tema predilecto de la filosofía helenística; su unicidad probada con argumentos en los que se combinan elementos de la tradición bíblica con otros provenientes de la filosofía de la época; la excelencia moral de la vida cristiana como coincidente con el antiguo ideal de la “vida filosófica,” basada en la moderación de las pasiones y en la sumisión a Los

dictámenes de la recta razón; la esperanza de una inmortalidad vagamente presentada como la verdadera realidad que prometían los misterios del paganismo. En cambio, **el misterio de la salvación por Cristo crucificado y resucitado**, que los paganos más difícilmente podían comprender, queda un tanto como en segundo plano o como en tono menor.

Sin embargo, en manera alguna se puede decir que los apologetas presentaran un “cristianismo desvirtuado,” convertido en mera filosofía. Insisten en que mientras toda filosofía no tiene otra garantía que la de la razón humana falible, el cristianismo se funda en la revelación de Dios, hecha primero en la Escritura y luego en el mismo Verbo de Dios encarnado, y en que la salvación que espera el cristiano es un don gratuito de Dios, más allá de todo lo que puede prometer filosofía alguna. La aportación más importante de la apologética cristiana primitiva es la de que Dios es el Dios universal y salvador de todos los pueblos, sin que ante él valga la distinción entre judíos y griegos. Esto había sido, por una parte, elemento esencial de la predicación de Pablo, y por otra, era algo que empezaba a ser reconocido por el mejor pensamiento filosófico de la época. Los apologetas, al recoger la doctrina del Dios único y salvador universal de todos los hombres, aseguraron el triunfo definitivo del cristianismo frente al politeísmo pagano.

Con todo, con respecto al paganismo pueden verse en los apologetas dos actitudes muy distintas. Mientras algunos — Taciano, Teófilo, Heremias — condenan sin más y en bloque toda la cultura pagana como incompatible con el cristianismo, otros — Justino, Atenágoras, Arístides — saben estimar positivamente los valores que los paganos habían alcanzado con la razón natural, y tienden a representar el cristianismo como complemento y coronación de los mismos.

Arístides.

Arístides escribió una Apología dirigida al emperador Adriano, o tal vez a su sucesor, Antonino Pío, hacia la mitad del siglo II. Su estilo y su pensamiento son de gran simplicidad. Los hombres se dividen en tres “géneros,” los paganos, los judíos y los cristianos; Arístides se ocupa en mostrar la superioridad doctrinal y moral de los cristianos sobre todos los demás. La obra nos ha llegado a través de traducciones arménica y siríaca, y también, aunque algo fragmentariamente, en su texto original griego, incorporado a otras obras de la literatura patrística posterior.

“Los cristianos toman su linaje del Señor Jesucristo. Éste es confesado como Hijo del Dios Altísimo, descendido del cielo por medio del Espíritu Santo para la salvación de los hombres. Y engendrado de una Virgen santa, sin fecundación ni desfloración, tomó carne y se mostró a los hombres, con el fin de apartarlos del error del Politeísmo. Y una vez cumplido su maravilloso designio, gustó de la muerte por medio de la cruz por su libre voluntad, según un grandioso designio. Y después de tres días volvió a la vida y subió a los cielos. La gloria de su venida puedes conocerla, oh Emperador, si quieres, leyendo la que ellos llaman Escritura Santa de los evangelios.

Éste tuvo doce discípulos, los cuales, después de su ascensión a los cielos, salieron por las provincias del mundo y enseñaron la grandeza de Cristo, y así uno de ellos recorrió nuestra propia región predicando la doctrina de la verdad. Desde entonces, los que sirven a la justicia que ellos predicaron se llaman cristianos. Éstos son los que han hallando la verdad, mejor que ninguna de las naciones de la tierra, pues reconocen a Dios creador y ordenador del universo en su Hijo unigénito y en el Espíritu Santo, sin adorar a otro Dios fuera de éste. Y tienen grabados en sus corazones los mandamientos del Señor Jesucristo y los guardan con la esperanza de la resurrección de los muertos y de la vida del siglo- que ha de venir. No cometan adulterio, no forni-

can, no levantan falso testimonio, no codician las cosas ajenas, honran a padre y madre, aman a sus vecinos, juzgan con justicia. Lo que no quieren que se les haga a ellos, no lo hacen a otro; buscan reconciliarse con aquellos que les ofenden haciéndoselos amigos; se esfuerzan por hacer el bien a sus enemigos; son mansos y modestos... Se abstienen de toda unión ilegítima y de toda impureza. No desprecian a la viuda ni hacen sufrir al huérfano. El que tiene suministra sin tacañería al que no tiene. Si ven a un forastero, le acogen bajo su techo y se alegran con él como con un auténtico hermano. Se llaman entre sí hermanos, no según la carne, sino según el espíritu...

Están dispuestos a dar sus vidas por Cristo, pues guardan firmemente sus mandamientos-, viviendo en santidad y justicia, como se lo ordenó el Señor Dios, al cual dan gracias en todo momento por toda comida y bebida y por los demás bienes. Éste es, pues, realmente el camino de la verdad, que lleva a los que por él caminan hasta el reino eterno que Cristo prometió en la vida venidera, Y si quieres saber, oh Emperador, que esto no lo digo yo de mí mismo, ponte a leer las Escrituras de los cristianos y hallarás que no digo más que la verdad...”¹

1. ARÍSTIDES. Apología.15;

La Carta a Diogneto.

Se trata de un breve tratado apologético dirigido a un tal Diogneto que, al parecer, había preguntado acerca de algunas cosas que le llamaban la atención sobre las creencias y modo de vida de los cristianos: “Cuál es ese Dios en el que tanto confían; cuál es esa religión que les lleva a todos ellos a desdeñar al mundo y a despreciar la muerte, sin que admitan, por una parte, los dioses de los griegos, ni guarden, por otra, las supersticiones de los judíos; cuál es ese amor que se tienen unos a otros, y por qué esta nueva raza o modo de vida apareció ahora y no antes” (Cap. 1). El desconocido autor de este tratado, compuesto seguramente a finales del siglo II, va respondiendo a estas cuestiones en un tono más de exhortación espiritual y de instrucción que de polémica o argumentación. Literariamente es, sin duda, la obra más bella y mejor compuesta de la literatura apologética: sus formulaciones acerca de la postura de los cristianos en el mundo o del **sentido de la salvación ofrecida por Cristo** son de una justezza y una penetración admirables.

I. Refutación del politeísmo.

Una vez que te hayas purificado de todos los prejuicios que dominan tu mente y te hayas liberado de tus hábitos mentales que te engañan, haciéndote como un hombre radicalmente nuevo puedes comenzar a ser oyente de ésta que tú mismo confiesas ser una doctrina nueva. Mira, no sólo con tus ojos, sino también con tu inteligencia cuál es la realidad y aun la apariencia de éhos que vosotros creéis y decís ser dioses. Uno es una piedra como las que pisamos; otro es un pedazo de bronce, no mejor que el que se emplea en los cacharros de nuestro uso ordinario; otro es de madera, que a lo mejor está ya podrida; otro es de plata, y necesita de un guardia para que no lo roben; otro es de hierro y el orín lo corrompe; otro es de arcilla, en nada mejor que la que se emplea para los utensilios más viles. ¿No están todos ellos hechos de materia corruptible?... ¿No fue el escultor el que los hizo, o el herrero, o el platero o el alfarero?... No son todos ellos cosas sordas, ciegas, inanimadas, insensibles, inmóviles? ¿No se pudren todas? ¿No se destruyen todas? Esto es lo que vosotros llamáis dioses, y a ellos os esclavizáis, a ellos adoráis, para acabar siendo como ellos. ¿Por eso aborrecéis a los cristianos, porque no creen que eso sean dioses?¹

1.Carta a Diogneto. 2;

II. Refutación del judaísmo.

¿Por qué los cristianos no practican la misma religión que los judíos? Los judíos, en cuanto se abstienen de la idolatría y adoran a un solo Dios de todas las cosas al que tienen por Dueño soberano, piensan rectamente. Pero se equivocan al querer tributarle un culto semejante al culto idolátrico del que hemos hablado. Porque los griegos muestran ser insensatos al presentar sus ofrendas a objetos insensibles y sordos; pero éstos hacen lo mismo, como si Dios tuviera necesidad de ellas, lo cual más parece propio de locura que de verdadero culto religioso. Porque el que hizo “el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene” (Sal 145, 6) y que nos dispensa todo lo que nosotros necesitamos, no tiene necesidad absolutamente de nada, y es él quien proporciona las cosas a los que se imaginan dárselas... No es necesario que yo te haya de informar acerca de sus escrúpulos con respecto a los alimentos, su superstición en lo referente al sábado” su gloriarse en la circuncisión y su simulación en materia de ayunos y novilunios: todo eso son cosas ridículas e indignas de consideración. ¿Cómo no hemos de tener por impío -el que de las cosas que Dios ha creado para los hombres se tomen algunas como bien creadas, mientras que se rechazan otras como inútiles y superfluas? ¿Cómo no es cosa irreligiosa calumniar a Dios, atribuyéndole que él nos prohíbe que hagamos cosa buena alguna en sábado? ¿No es digno de irrisión el gloriarse en la mutilación de la carne como signo de elección, como si con esto ya hubieran de ser particularmente amados de Dios?... Con esto pienso que habrás visto suficientemente cuánta razón tienen los cristianos para apartarse de la general inanidad y error y de las muchas observaciones y el orgullo de los judíos².

2. Ibíd.3-4;

III. Los cristianos en el mundo.

En cuanto al misterio de la religión propia de los cristianos, no esperes que lo puedas comprender de hombre alguno. Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres. En efecto, en lugar alguno establecen ciudades exclusivas suyas, ni usan lengua alguna extraña, ni viven un género de vida singular. La doctrina que les es propia no ha sido hallada gracias a la inteligencia y especulación de hombres curiosos, ni hacen profesión, como algunos hacen, de seguir una determinada opinión humana, sino que habitando en las ciudades griegas o bárbaras, según a cada uno le cupo en suerte, y siguiendo los usos de cada región en lo que se refiere al vestido y a la comida y a las demás cosas de la vida, se muestran viviendo un tenor de vida admirable y, por confesión de todos, extraordinario. Habitán en sus propias patrias, pero como extranjeros; participan en todo como los ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña les es patria, y toda patria les es extraña.

Se casan como todos y engendran hijos, pero no abandonan a los nacidos. Ponen mesa común, pero no lecho. Viven en la carne, pero no viven según la carne. Están sobre la tierra, pero su ciudadanía es la del cielo. Se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los desconoce, y con todo se los condena. Son llevados a la muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos (2 Cor 6, 10). Les falta todo, pero les sobra todo. Son deshonrados, pero se glorían en la misma deshonra. Son calumniados, y en ello son justificados. “Se los insulta, y ellos bendicen” (1 Cor 4, 22). Se los injuria, y ellos dan honor. Hacen el bien, y son castigados como malvados. Ante la pena de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos les declaran guerra como a extranjeros

y los griegos les persiguen, pero los mismos que les odian no pueden decir los motivos de su odio.

Para decirlo con brevedad, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos lo están por todas las ciudades del mundo. El alma habita ciertamente en el cuerpo, pero no es del cuerpo, y los cristianos habitan también en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está en la prisión del cuerpo visible, y los cristianos son conocidos como hombres que viven en el mundo, pero su religión permanece invisible. La carne aborrece y hace la guerra al alma, aun cuando ningún mal ha recibido de ella, sólo porque le impide entregarse a los placeres; y el mundo aborrece a los cristianos sin haber recibido mal alguno de ellos, sólo porque renuncian a los placeres. El alma ama a la carne y a los miembros que la odian, y los cristianos aman también a los que les odian. El alma está aprisionada en el cuerpo, pero es la que mantiene la cohesión del cuerpo; y los cristianos están detenidos en el mundo como en una prisión, pero son los que mantienen la cohesión del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal, y los cristianos tienen su alojamiento en lo corruptible mientras esperan la inmortalidad en los cielos. Él alma se mejora con los malos tratos en comidas y bebidas, y los cristianos, castigados de muerte todos los días, no hacen sino aumentar: tal es la responsabilidad que Dios les ha señalado, de la que no sería lícito para ellos desertar.

Porque, lo que ellos tienen por tradición no es invención humana: si se tratara de una teoría de mortales, no valdría la pena una observancia tan exacta. No es la administración de misterios humanos lo que se les ha confiado. Por el contrario, el que es verdaderamente omnípotente, creador de todas las cosas y Dios invisible, él mismo hizo venir de los cielos su Verdad y su Palabra santa e incomprendible, haciéndola morar entre los hombres y estableciéndola sólidamente en sus corazones. No envió a los hombres, como tal vez alguno pudiera imaginar, a un servidor suyo, algún ángel o potestad de las que administran las cosas terrenas o alguno de los que tienen encomendada la administración de los cielos, sino al mismo artífice y creador del universo, el que hizo los cielos, aquel por quien encerró el mar en sus propios límites, aquel cuyo misterio guardan fielmente todos los elementos, de quien el sol recibió la medida que ha de guardar en su diaria carrera, a quien obedece la luna cuando le manda brillar en la noche, a quien obedecen las estrellas que son el séquito de la luna en su carrera; aquel por quien todo fue ordenado, delimitado y sometido: los cielos y lo que en ellos se contiene, la tierra y cuanto en la tierra existe, el mar y lo que en el mar se encierra, el fuego, el aire, el abismo, lo que está en lo alto, lo que está en lo profundo y lo que está en medio. A éste envió Dios a los hombres. Ahora bien, ¿lo envió, como alguno de los hombres podría pensar, para ejercer una tiranía y para infundir terror y espanto? Ciertamente no, sino que lo envió con bondad y mansedumbre, como un rey que envía a su hijo rey, como hombre lo envió a los hombres, como salvador, para persuadir, no para violentar, ya que no se da en Dios la violencia. Lo envió para invitar, no para perseguir; para amar, no para juzgar. Ya llegará el día en que lo envíe para juzgar, y entonces ¿quién será capaz de soportar su presencia?...³

3. Ibíd. Cap. 5-7;

IV. El designio salvador de Dios.

Dios, Señor y Creador del universo, que hizo todas las cosas y las distinguió según su orden, no sólo se mostró amador de los hombres, sino también magnánimo con ellos. En realidad siempre fue tal, y lo sigue siendo, y lo será: benévolos, bueno, sin ira y veraz: sólo él es bueno. Y habiendo concebido un designio grande e inefable, lo comunicó sólo con su Hijo. Pues bien,

mientras su voluntad llena de sabiduría se mantenía en secreto y se guardaba, parecía que no se cuidaba ni se preocupaba de nosotros. Pero después que lo reveló por medio de su Hijo amado y manifestó lo que tenía preparado desde el principio, nos lo dio todo de una vez, a saber, no sólo tener parte en sus beneficios, sino ver y comprender lo que ninguno de nosotros hubiera jamás esperado.

Así pues, teniéndolo todo preparado en sí mismo y con su Hijo, hasta el tiempo próximo pasado nos permitió que nos dejáramos llevar a nuestro antojo por nuestros desordenados impulsos, arrastrados por los placeres y concupiscencias. No es que tuviera en manera alguna complacencia en nuestros pecados, pero los toleraba. Ni tampoco aprobaba entonces aquel tiempo¹ de iniquidad, sino que iba preparando el tiempo actual de justicia, para que, habiendo quedado en aquel tiempo convictos por nuestras propias obras de que éramos indignos de la vida, ahora fuéramos hechos dignos de ella por la bondad de Dios; y habiendo quedado bien patente que nosotros por nosotros mismos no podíamos entrar en el reino de Dios, se nos conceda ahora la capacidad de entrar por el poder del mismo Dios. Cuando nuestra iniquidad llegó a su colmo y se puso plenamente de manifiesto que la paga que podíamos esperar era el castigo y, la muerte, llegó aquel momento que Dios había dispuesto de antemano a partir del cual tenía que mostrarse su bondad y su poder. ¡Oh maravillosa benignidad y amor de Dios para con los hombres! No nos aborreció, no nos arrojó de sí, no nos guardó rencor, sino que se mostró magnánimo, nos soportó, y compadecido de nosotros cargó sobre sí nuestros pecados. Él mismo “entregó a su propio Hijo” (Rom 8, 32) como rescate por nosotros: al santo por los pecadores, al inocente por los malvados, “al justo por los injustos” (1 Pe 3, 18), al incorruptible por los corruptibles, al inmortal por los mortales. Porque, ¿qué otra cosa podía cubrir nuestros pecados, fuera de su justicia? ¿En quién podíamos nosotros, malvados e impíos, ser justificados, **sino sólo en el Hijo de Dios?** ¡Oh dulce trueque! ¡Oh obra insonable! ¡Oh beneficios inesperados! La iniquidad de muchos quedó sepultada en un solo justo, y la justicia de uno bastó para justificar a muchos malvados.

De esta suerte, habiéndonos convencido Dios en el tiempo pasado de que por nuestra propia naturaleza no éramos capaces de alcanzar la vida, y habiendo mostrado ahora al salvador que es capaz de salvar lo imposible, quiso que a partir de estas dos cosas creyéramos en su bondad y le tuviéramos como sustentador nuestro, padre, maestro, consejero, médico, inteligencia, luz, honor, gloria, fuerza, vida, sin que anduvieramos preocupados de nuestro vestido o comida.

Si deseas llegar a alcanzar también tú esta fe, procura primero alcanzar el conocimiento del Padre. Porque Dios amó a los hombres, por los cuales hizo el mundo, a quienes sometió todas las cosas de la tierra, a quienes dio la razón y la inteligencia, los únicos a quienes concedió mirar hacia arriba para que pudieran verle, a quienes modeló a su propia imagen, a quienes envió a su Hijo unigénito (1 Jn 4:9), a quienes prometió el Reino de los Cielos, que dará a los que le hubieren amado. No tienes idea de la alegría que te llenará cuando llegues a alcanzar este conocimiento, o del amor que puedes llegar a sentir para con aquel que primero te amó hasta tal extremo. Y cuando llegues a amarle, te convertirás en imitador de su bondad. No te maravilles de que el hombre pueda Negar a ser imitador de Dios: lo puede, si lo quiere Dios. Porque la felicidad no está en dominar tiránicamente al prójimo, ni en querer estar siempre por encima de los más débiles, ni en la riqueza, ni en la violencia para con los más necesitados: en esto no puede nadie imitar a Dios, porque todo esto es ajeno de su grandeza. Más bien el que toma sobre sí la carga de su prójimo, el que en aquello en que es superior está dispuesto a hacer el bien a su inferior, el que suministra a los necesitados lo que él mismo recibió de Dios, éste se convierte en Dios de los que reciben de su mano, éste es imitador de Dios.

Entonces, aunque morando en la tierra, podrás contemplar cómo Dios es el Señor de los cielos; entonces empezarás a hablar los misterios de Dios; entonces amarás y admirarás a los que reciben castigo de muerte por no querer negar a Dios; entonces condenarás el engaño y el extravío del mundo, cuando conocerás la verdadera vida del cielo, cuando llegarás a despreciar la que aquí se tiene por muerte, cuando temerás la muerte verdadera, que está reservada para los condenados al fuego eterno que ha de castigar hasta el fin a los que a él sean arrojados. Entonces, cuando hayas llegado a tener conocimiento de aquel fuego, admirarás a los que por causa de la justicia soportan este fuego temporal, y los tendrás por bienaventurados.⁴

4. Ibíd.8 -10;

San Justino.

San Justino nació en Naplusa, la antigua Siquem, en Samaría, a comienzos del siglo II. Si lo que él mismo nos narra tiene valor autobiográfico y no es — como pretenden algunos — mera ficción literaria, se habría dedicado desde joven a la filosofía, recorriendo, en pos de la verdad, las escuelas estoica, peripatética, pitagórica y platónica, hasta que, insatisfecho de todas ellas, un anciano le llamó la atención sobre las Escrituras de los profetas, “los únicos que han anunciado la verdad.” Esto, junto a la consideración del testimonio de los cristianos que arrastraban la muerte por ser fieles a su fe, le llevó a la conversión.

Más adelante Justino pasa a Roma, donde funda una especie de escuela filosófico-religiosa, y muere martirizado hacia el año 165.

Se conocen los títulos de una decena de obras de Justino: de ellas sólo se han conservado dos Apologías (que quizás no son sino dos partes de una misma obra), y un *Diálogo* con un judío, por nombre Trifón.

Tanto por la extensión de sus escritos como por su contenido, Justino es el más importante de los apologetas. Es el primero que de una manera que pudiéramos decir sistemática intenta establecer una relación entre el mensaje cristiano y el pensamiento helénico, predeterminando en gran parte, bajo este aspecto, la dirección que iba a tomar la teología posterior.

La aportación más fundamental de Justino es el intento de relacionar la teología ontológica del platonismo con la teología histórica de la tradición judaica, es decir, el Dios que los filósofos concebían como Ser supremo, absoluto y trascendente, con el Dios que en la tradición semítica aparecía como autor y realizador de un designio de salvación para el hombre.

En el esfuerzo por resolver el problema de la posibilidad de relación entre el Ser absoluto y trascendente y los seres finitos, las escuelas derivadas del platonismo habían postulado la necesidad del *Logos* en función de intermediario ontológico: la idea se remonta al “logos universal” de Heraclito, y viene a expresar que la inteligibilidad limitada del mundo es una expresión o participación de la inteligibilidad infinita del Ser absoluto.

Justino, reinterpretando ideas del evangelio de Juan, identifica al *Logos* mediador ontológico **con el Hijo eterno de Dios, que recientemente se ha manifestado en Cristo**, pero que había estado ya actuando desde el principio del mundo, lo mismo en la revelación de Dios a los patriarcas y profetas de Israel, que en la revelación natural por la que los filósofos y sabios del paganismo fueron alcanzando cada vez un conocimiento más aproximado de la verdad.

De esta forma Justino presenta al cristianismo como integrando, **en un plan universal e histórico de salvación**, lo mismo las instituciones judaicas que la filosofía y las instituciones naturales de los pueblos paganos. Así intenta resolver uno de los problemas más graves de la teo-

logía en su época: **el de la relación del cristianismo con el Antiguo Testamento y con la cultura pagana.** Ambas son *praeparatio evangélica*, estadio inicial y preparatorio de un plan salvífico, que tendrá **su consumación en Cristo.**

Sin embargo, al identificar Justino al *Logos* con el mediador ontológico entre el Dios supremo y trascendente y el mundo finito, a la manera en que era postulado de los filósofos, introduce una concepción que inevitablemente tenderá hacia el subordinacionismo y, finalmente, hacia el arrianismo. Cuando Justino afirma que el Dios supremo no podía aparecerse con su gloria trascendente a Moisés y los profetas, sino sólo su *Logos*, implícitamente afirma que el *Logos* no participa en toda su plenitud de la gloria de Dios y que es en alguna manera inferior a Dios.

Los escritos de Justino son también importantes en cuanto nos dan a conocer las formas del culto y de la vida cristiana en su tiempo, principalmente en lo que se refiere a la celebración del bautismo y de la eucaristía.

I. El cristianismo y la filosofía.

Para que no haya nadie que sin razón rechace nuestra enseñanza objetando que Cristo nació hace sólo ciento cincuenta años en tiempos de Quirino... y de Poncio Pilato, urgiendo con ello que ninguna responsabilidad tuvieron los hombres de épocas anteriores, nos daremos prisa a resolver esta dificultad. Nosotros hemos aprendido que Cristo es el primogénito de Dios, el cual, como ya hemos indicado, es el *Logos*, del cual todo el género humano ha participado. Y así, todos los que han vivido conforme al *Logos* son cristianos, aun cuando fueran tenidos como ateos, como sucedió con Sócrates, Heraclito y otros semejantes entre los griegos, y entre los bárbaros con Abraham, Azarías, Misael, Elias y otros muchos... De esta suerte, los que en épocas anteriores vivieron sin razón, fueron malvados y enemigos de Cristo, y asesinaron a los que vivían según la razón. Por el contrario, los que han vivido y siguen viviendo según la razón son cristianos, viviendo sin miedo y en paz...¹

Declaro que todas mis oraciones y mis denodados esfuerzos tienen por objeto el mostrarme como cristiano: no que las doctrinas de Platón sean simplemente extrañas a Cristo, pero sí que no coinciden en todo con él, lo mismo que las de los otros filósofos, como los estoicos, o las de los poetas o historiadores. Porque cada uno de éstos habló correctamente en cuanto veía que tenía por connaturalizada una parte del *Logos* seminal de Dios. Pero es evidente que quienes expresaron opiniones contradictorias y en puntos importantes, no poseyeron una ciencia infalible ni un conocimiento inatacable. Ahora bien, todo lo que ellos han dicho correctamente nos pertenece a nosotros, los cristianos, ya que nosotros adoramos y amamos, después de Dios, al *Logos* de Dios inengendrado e inexpresable, pues por nosotros se hizo hombre para participar en todos nuestros sufrimientos y así curarlos. Y todos los escritores, Por la semilla del *Logos* inmersa en su naturaleza, pudieron ver la realidad de las cosas, aunque de manera oscura, Porque una cosa es la semilla o la imitación de una cosa que se da según los límites de lo posible, y otra la realidad misma por referencia a la cual se da aquella participación o imitación...²

1. Justino.1 Apología. 46; 2. Justino.2 Apología.13;

II. Dios.

Al Padre de todas las cosas no se le puede imponer nombre alguno, pues es inengendrado. Porque todo ser al que se impone un nombre, presupone otro más antiguo que él que se lo imponga. Los nombres de Padre, Dios, Creador, Señor, Dueño, no son propiamente nombres, quien con propiedad sino apelaciones tomadas de sus beneficios y de sus obras. En cuanto a su Hijo — el único a se llama Hijo, el *Logos* que está con él, siendo engendrado antes de las criatu-

ras, cuando al principio creó y ordenó por medio de él todas las cosas — se le llama Cristo a causa de su unción y de que fueron ordenadas por medio de él todas las cosas. Este nombre encierra también un sentido incognoscible, de manera semejante a como la apelación de “Dios” no es un nombre, sino que representa una concepción, innata en la naturaleza humana, de lo que es una realidad inexplicable. En cambio **“Jesús” es un nombre humano, que tiene el sentido de “salvador.”** Porque el Logos se hizo hombre según el designio de Dios Padre y nació para bien de los creyentes y para destrucción de los demonios...³

El Padre inefable y Señor de todas las cosas, ni viaja a parte alguna, ni se pasea, ni duerme, ni se levanta, sino que permanece siempre en su sitio, sea el que fuere, con mirada penetrante y con oído agudo, pero no con ojos ni orejas, sino con su poder inexpresable. Todo lo ve, todo lo conoce; ninguno de nosotros se le escapa, sin que para ello haya de moverse el que no cabe en lugar alguno ni en el mundo entero, el que existía antes de que el mundo fuera hecho. Siendo esto así, ¿cómo puede él hablar con alguien, o ser visto de alguien, o aparecerse en una mínima parte de la tierra, cuando en realidad el pueblo no pudo soportar la gloria de su enviado en el Sinaí, ni pudo el mismo Moisés entrar en la tienda que él había hecho, pues estaba llena de la gloria de Dios, ni el sacerdote pudo aguantar de pie delante del templo cuando Salomón llevó el arca a la morada que él mismo había construido en Jerusalén? Por tanto, ni Abraham, ni Isaac, ni Jacob, ni hombre alguno vio al que es Padre y Señor inefable absolutamente de todas las cosas y del mismo Cristo, sino que vieron a éste, que es Dios por voluntad del Padre, su Hijo, ángel que le sirve según sus designios. El Padre quiso que éste se hiciera hombre por medio de una virgen, como antes se había hecho fuego para hablar con Moisés desde la zarza... Ahora bien, que Cristo es Señor y Dios, Hijo de Dios, que en otros tiempos se apareció por su poder como hombre y como ángel y en la gloria del fuego en la zarza y que se manifestó en el juicio contra Sodoma, lo he mostrado ya largamente...⁴

Al principio, antes de todas las criaturas, engendró Dios una cierta potencia racional de sí mismo, a la cual llama el Espíritu Santo “gloria del Señor,” y a veces también Hijo, a veces Sabiduría, a veces ángel, a veces Dios, a veces Señor o Palabra y a veces se llama a sí mismo Caudillo, cuando se aparece en forma humana a Josué, hijo de Nun. Todas estas apelaciones le vienen de estar al servicio de la voluntad del Padre y del hecho de estar engendrado por el querer del Padre. Algo semejante vemos que sucede en nosotros: al emitir una palabra, engendramos la palabra, pero no por modo de división de algo de nosotros que, al pronunciar la palabra, disminuya la razón que hay en nosotros. Así también vemos que un fuego se enciende de otro sin que disminuya aquel del que se tomó la llama, sino permaneciendo el mismo... Y tomaré el testimonio de la palabra de la sabiduría, siendo ella este Dios engendrado del Padre del universo, que subsiste como razón, sabiduría, poder y gloria del que la engendró, y que dice por boca de Salomón: ...El Señor me fundó desde el principio de sus caminos para sus obras. Antes del tiempo me cimentó, en el principio, antes de hacer la tierra, antes de crear los abismos, antes de brotar las fuentes de las aguas...⁵

3. Ibid.5; 4. JUSTINO. Diálogo. 127, 128; 5. Ibíd. 61;

III. Pecado y salvación.

Oíd cómo el Espíritu Santo dice acerca de este pueblo que son todos hijos del Altísimo y que en medio de su junta estará Cristo, haciendo justicia a todo género de hombres (cf. Sal. 81)... En efecto, el Espíritu Santo reprende a los hombres porque habiendo sido creados impasibles e inmortales a semejanza de Dios con tal de que guardaran sus mandamientos, y habiéndoles Dios concedido el honor de llamarse hijos suyos, ellos, por querer asemejarse a Adán y a Eva, se pro-

curan a sí mismos la muerte... Queda así demostrado que a los hombres se les concede el poder ser dioses y **que a todos se da el poder ser hijos del Altísimo**, y culpa suya es si son juzgados y condenados como Adán y Eva...⁶

A nosotros nos ha revelado él cuanto por su gracia hemos entendido de las Escrituras, reconociendo que él es el primogénito de Dios anterior a todas las criaturas, y al mismo tiempo hijo de los patriarcas, pues se dignó nacer hombre sin hermosura, sin honor y pasible, hecho carne de una virgen del linaje de los patriarcas. Por esto en sus propios discursos, hablando de su futura pasión dijo: “Es necesario que el Hijo del hombre sufra muchas cosas, y que sea reprobado por los escribas y los fariseos, y sea crucificado, y resucite al tercer día” (Mc 8:31; Lc 9:22). Ahora bien, él se llamaba a sí mismo Hijo del hombre o bien a causa de su nacimiento por medio de una virgen que era del linaje de David, de Jacob, de Isaac y de Abraham, o bien porque el mismo Adán era padre de todos esos que acabo de nombrar, de quienes María trae su linaje... Por haberle reconocido como Hijo de Dios por revelación del Padre, Cristo cambió el nombre a uno de sus discípulos, que antes se llamaba Simón y luego se llamó Pedro. Como Hijo de Dios le tenemos descrito en los “Recuerdos de los apóstoles,” y como tal le tenemos nosotros, entendiendo que procedió del poder y de la voluntad del Padre antes de todas las criaturas. En los discursos de los profetas es llamado Sabiduría, Día, Oriente, Espada, Piedra, Vara, Jacob, Israel, unas veces de un modo y otras de otro; y sabemos que se hizo hombre por medio de una virgen, a fin de que por el mismo camino por el que tuvo comienzo la desobediencia de la serpiente, por el mismo fuera también destruida. Porque Eva, cuando era todavía virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que recibió de la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte: en cambio, la virgen María concibió fe y alegría cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y el poder del Altísimo la cubriría con su sombra, por lo cual lo santo nacido de ella sería hijo de Dios; a lo que ella contestó: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1:38) Y de la Virgen nació aquel al que hemos mostrado que se refieren mas Escrituras, por quien Dios destruye la serpiente y los ángeles y hombres que a ella se asemejan, y libra de la muerte a los que se arrepienten de sus malas obras y creen en él...⁷

6. Ibid.124; 7. Ibid.100;

IV. Vida cristiana.

El bautismo.

A cuantos se convencen y aceptan por la fe que es verdad lo que nosotros enseñamos y decimos, y prometen ser capaces de vivir según ello, se les instruye a que oren y pidan con ayunos el perdón de Dios para sus pecados anteriores, y nosotros oramos y ayunamos juntamente con ellos. Luego los llevamos a un lugar donde haya agua, y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos regenerados, lo son también ellos: en efecto, se someten al baño por el agua, en el nombre del Padre de todas las cosas y Señor Dios, y **en el de nuestro salvador Jesucristo y en el del Espíritu Santo**. Porque Cristo dijo: “Si no volviereis a nacer, no entrareis en el reino de los cielos” (Jn 3:3), y es evidente para todos que no es posible volver a entrar en el seno de nuestras madres una vez nacidos. Y también está dicho en el profeta Isaías el modo como podían librarse de los pecados aquellos que habiendo pecado se arrepintieran: “Lavaos, volveos limpios, quidad las maldades de vuestras almas, aprended a hacer el bien...” (Is 1:16ss). La razón que para esto aprendimos de los apóstoles es la siguiente: En nuestro primer nacimiento no teníamos conciencia, y fuimos engendrados por necesidad por la unión de nuestros padres, de un germen húmedo, criándonos en costumbres malas y en conducta malvada. Ahora bien, para que

no sigamos siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la libertad y del conocimiento, alcanzando el perdón de los pecados que anteriormente hubiéramos cometido, se invoca sobre el que ha determinado regenerarse, se arrepiente de sus pecados, estando él en el agua, el nombre del Padre de todas las cosas y Señor Dios, el único nombre que invoca el que conduce a este lavatorio al que ha de ser lavado... Este baño se llama iluminación, para dar a entender que son iluminados los que aprenden estas cosas. Y el que es así iluminado, se lava también en el nombre de Jesucristo, el que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y en el nombre del Espíritu Santo, que nos anunció previamente por los profetas todo lo que se refiere a Jesús.⁸

La eucaristía.

Después del baño (del bautismo), llevamos al que ha venido a creer y adherirse a nosotros a los que se llaman hermanos, en el lugar donde se tiene la reunión, con el fin de hacer preces en común por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los demás esparcidos por todo el mundo, con todo fervor, suplicando se nos conceda, ya que hemos conocido la verdad, mostrarnos hombres de recta conducta en nuestras obras y guardadores de lo que tenemos mandado, **para conseguir así la salvación eterna.**

Al fin de las oraciones nos damos el beso de paz. Luego se presenta pan y un vaso de agua y vino al que preside de los hermanos, y él, tomándolos, tributa alabanzas y gloria al Padre de todas las cosas **por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo**, haciendo una larga acción de gracias por habernos concedido estos dones que de él nos vienen. Cuando el presidente ha terminado las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente asiente diciendo *Amen*, que en hebreo significa “Así sea.” Y cuando el presidente ha dado gracias y todo el pueblo ha hecho la aclamación, los que llamamos ministros o diáconos dan a cada uno de los asistentes algo del pan y del vino y agua sobre el que se ha dicho la acción de gracias, y lo llevan asimismo a los ausentes.

Esta comida se llama entre nosotros eucaristía, y a nadie le es lícito participar de ella si no cree ser verdaderas nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño del perdón de los pecados y de la regeneración, **viviendo de acuerdo con lo que Cristo nos enseñó**. Porque esto no lo tomamos como pan común ni como bebida ordinaria, sino que así como nuestro salvador Jesucristo, **encarnado por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación**, así se nos ha enseñado que en virtud de la oración del Verbo que de Dios procede, el alimento sobre el que fue dicha la acción de gracias — del que se nutren nuestra sangre y nuestra carne al asimilarlo — es el cuerpo y la sangre de aquel Jesúscristo encarnado. Y en efecto, los apóstoles en los Recuerdos que escribieron, que se llaman Evangelios, nos transmitieron que así les fue mandado, cuando Jesús tomó el pan, dio gracias y dijo: “Haced esto en memoria mía...”

Y nosotros, después, hacemos memoria de esto constantemente entre nosotros, y los que tenemos algo socorremos a los que tienen necesidad, y nos ayudamos unos a otros en todo momento. En todo lo que ofrecemos bendecimos siempre al Creador de todas las cosas por medio de su Hijo Jesucristo y por el Espíritu Santo. El día llamado del sol (el domingo) se tiene una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y en ella se leen, según el tiempo lo permite, los Recuerdos de los apóstoles o las Escrituras de los profetas. Luego, cuando el lector ha terminado, el presidente toma la palabra para exhortar e invitar a que imitemos aquellos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a la vez, y elevamos nuestras preces; y terminadas éstas, como ya dije, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente **dirige a Dios sus oraciones y su acción de gracias de la mejor manera que puede**, haciendo todo el pueblo la

aclamación del Amén. Luego se hace la distribución y participación de los dones consagrados a cada uno, y se envían asimismo por medio de los diáconos a los ausentes. Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, dan lo que les parece, y lo que así se recoge se entrega al presidente, el cual socorre con ello a los huérfanos y viudas, a los que padecen necesidad por enfermedad o por otra causa, a los que están en las cárceles, a los forasteros y transeúntes, siendo así él simplemente provvisor de todos los necesitados. Y celebramos esta reunión común de todos en el día del sol, por ser el día primero en el que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo, y también el día en el que nuestro salvador Jesucristo resucitó de entre los muertos...⁹

8. JUSTINO. I Apol. 61. 9. Ibid. 65 – 67;

V. Escatología.

¿Realmente confesáis vosotros que ha de reconstruirse la ciudad de Jerusalén, y esperáis que allí ha de reunirse vuestro pueblo, y alegrarse con Cristo, con los patriarcas y profetas y los santos de nuestro linaje, y hasta los prosélitos anteriores a la venida de vuestro Cristo...?

Si habéis tropezado con algunos que se llaman cristianos y no confiesan esto, sino que se atreven a blasfemar del Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, y dicen que no hay resurrección de los muertos, sino que en el momento de morir sus almas son recibidas en el cielo, no los tengáis por cristianos... Yo por mi parte, y cuantos son en todo ortodoxos, sabemos que habrá resurrección de los muertos y un período de mil años en la Jerusalén reconstruida y hermoseada y dilatada, como lo prometen Ezequiel, Isaías y otros profetas...¹⁰

10. JUSTINO. Dial. 80;

Taciano.

Taciano, de origen sirio, se convirtió, al parecer, en Roma, y fue discípulo de san Justino. Se conserva de él un *Discurso contra los griegos* en el que se lanza a atacar el politeísmo y la filosofía pagana de una manera vehemente y extremosa que muestra bien su radicalismo y virulencia de carácter. Llevado de este radicalismo llegó a abandonar la doctrina común de la Iglesia y fundó una especie de secta puritana de tendencias gnósticas, que fue llamada de los *encratitas* o continentes, en la que se practicaba una total abstención de carnes, y de bebidas alcohólicas, se condenaba absolutamente el matrimonio y hasta se llegó a sustituir el vino por el agua en la celebración de la eucaristía. Son de particular interés, para el desarrollo teológico, sus ideas acerca de la generación del Verbo — que prenuncian los desarrollos ulteriores de Tertuliano y san Agustín — así como su elaboración de la doctrina de la inmortalidad y de la resurrección era en el principio, y el Principio, según hemos recibido de nuestra tradición, **es la potencia del Verbo**. Porque el Señor del universo, que es por sí mismo el mantenedor de todo, en cuanto que la creación no había sido hecha todavía, estaba solo; pero en cuanto que residía en él toda la potencia de las cosas visibles e invisibles, sustentaba por sí mismo todas las cosas por medio de su potencia racional. Por voluntad de su simplicidad procede el Verbo: y este Verbo, que no salta al vacío, se convierte en la obra primogénita del Padre.

“Sabemos que él es el principio del mundo, y se produjo por participación, no por división. Porque lo que se divide de otro, queda separado de ello; pero lo que es participado, distinguiéndose en cuanto a la dispensación (o economía) no deja más pobre a aquello de donde se

toma. Porque así como de una sola antorcha se encienden muchos fuegos, y la primera antorcha no queda disminuida en su luz por haberse encendido de ella muchas antorchas, así también, el Logos que procede de la potencia del Padre no dejó sin razón al que le había engendrado. Yo mismo, ahora estoy hablando, y vosotros me escucháis: y está claro que no porque mi palabra pase a vosotros me quedo yo sin palabra al conversar, sino que al proferir yo mi voz estoy poniendo orden en la materia desordenada que está en vosotros. Y a la manera como el Verbo, engendrado en el principio, engendró a su vez él mismo para sí nuestra creación, creando la materia, así también yo, reengendrado a imitación del Verbo y habiendo alcanzado la comprensión de la verdad, intento poner un orden en la materia de la que yo mismo participo. Porque la materia no está sin principio, como Dios, ni tiene un poder igual al de Dios siendo sin principio, sino que ha sido creada, y no por otro ha sido creada fuera del que la produjo como creador de todas las cosas.¹

1.TACIANO. Discurso contra los griegos.5;

II. La resurrección de los cuerpos y la inmortalidad del alma.

Creemos que habrá la resurrección de los cuerpos después de la consumación del universo, no como opinan los estoicos, según los cuales las mismas cosas nacen y perecen de acuerdo con unos ciclos periódicos sin ninguna utilidad, sino que una sola vez cuando hayan llegado a su término los tiempos en que vivimos, se dará la perfecta restauración de todos los hombres en orden al juicio. Y no nos juzgarán Minos o Radamanto, antes de cuya muerte, según las fábulas, ninguna de las almas era juzgada, sino que se constituirá en juez el mismo Dios que nos ha creado. No nos importa que nos tengáis por fabuladores o charlatanes, porque creamos esta doctrina. Porque así como yo no existía antes de mi nacimiento y no sabía quién era, sino que sólo existía la sustancia de mi materia carnal, pero una vez nacido he venido a creer que existo en virtud de mi nacimiento, aunque antes no existiera, así también, de la misma manera, yo, que he existido, y que por la muerte dejaré de existir otra vez y desapareceré de la vista, volveré a existir de nuevo, por un proceso semejante a aquel por el que no existiendo antes comencé a existir. Y aunque el fuego haga desaparecer mi carne, el universo recibe la materia evaporada; y si soy consumido en los ríos o en los mares, o soy devorado por las fieras, quedo depositado en los depósitos del que es un rico señor. El pobre que no cree en Dios no conoce estos depósitos; pero el Dios soberano, cuando quiera, restablecerá en su condición original aquella sustancia que sólo para él es visible.²

Nuestra alma, no es por sí misma inmortal, sino mortal. Pero es también capaz de la inmortalidad. Si no conoce la verdad, muere y se disuelve con el cuerpo, pero resucita luego juntamente con el cuerpo en la consumación del mundo, para recibir como castigo una muerte inmortal. Por el contrario, si ha alcanzado el conocimiento de Dios, no muere por más que por el momento se disuelva (con el cuerpo). En efecto, por sí misma el alma es tinieblas, y no hay nada luminoso en ella, que es, sin duda, lo que significa aquello: "Las tinieblas no aprehenden la luz" (Jn 1:5). Y la luz aprehendió a las tinieblas **Porque no es el alma por sí misma la que salva al espíritu, sino la que es salvada por él**, en el sentido de que el Verbo es la luz de Dios, mientras que las tinieblas son el alma ignorante. Por esto, cuando vive sola, se inclina hacia abajo hacia la materia y muere con la carne; pero cuando alcanza la unión con el Espíritu de Dios ya no se encuentra sin ayuda, sino que puede levantarse a las regiones hacia donde le conduce el Espíritu. Porque la morada del Espíritu está en lo alto, pero el origen del alma es de abajo. En un principio, el Espíritu era compañero del alma: pero ésta no quiso seguir al espíritu, y éste la abandonó. Mas ella, que conservaba como un resplandor del poder del espíritu, y que separada de él ya no podía contemplar lo perfecto, andaba en busca de Dios, y se modeló extraviada a muchos dioses,

siguiendo a los demonios embusteros. Por otra parte, el Espíritu de Dios no está en todos los hombres, sino sólo, con algunos que viven justamente, en cuya alma se hace presente y con la cual se abraza y por cuyo medio, con predicciones, anuncia a las demás almas lo que está escondido. Las que obedecen a la sabiduría, atraen a sí mismas el espíritu que les es congénito; pero las que no obedecen y rechazan al que es servidor del Dios que ha sufrido, lejos de mostrarse como religiosas se muestran más bien como almas que hacen la guerra a Dios.³

2. Ibíd.6; 3. Ibíd.13;

III. Los cristianos y el emperador.

¿Por qué os empeñáis, oh griegos, en que, como en lucha de pugilato, choquen las instituciones del Estado contra nosotros? Si no quiero seguir las costumbres de ciertas gentes, ¿por qué he de ser odiado como el ser más abominable? El emperador manda pagar tributos, y yo estoy dispuesto a hacerlo. Mi amo quiere que le esté sujeto y le sirva, y yo reconozco esta servidumbre. Porque, en efecto, al hombre se le ha de honrar humanamente, pero temer sólo se ha de temer a Dios, que no es visible a los ojos humanos ni es por arte alguna comprensible. Sólo si se me manda negar a Dios no estoy dispuesto a obedecer, sino que antes sufriré la muerte, para no declararme mentiroso y desagradecido.⁴

4. Ibíd. 4;

Atenágoras.

Atenágoras debió de convertirse al cristianismo después de haber seguido estudios de retórica y de filosofía: sus escritos están llenos de erudición y de los recursos estilísticos propios de los oradores y escritores de la época. Se conserva de él una *Súplica en favor de los cristianos* y un tratado *Sobre la resurrección*. La primera de estas obras fue escrita hacia el año 177 e iba dirigida a los emperadores Marco Aurelio Antonino y Lucio Aurelio Cómodo, con el intento de mostrar que las doctrinas de los cristianos eran plenamente razonables y su modo de vida inocente. En particular se ocupa de refutar tres de las calumnias más graves de que se acusaba a los cristianos: la de que son ateos, pues no dan culto a los dioses comúnmente reconocidos; la de que practicaban el canibalismo, y la de que se entregan a uniones incestuosas. Para ello explica la naturaleza una y trina del Dios de los cristianos y la gran elevación moral de su modo de vida. El tratado *Sobre la resurrección* intenta mostrar la racionabilidad de esta creencia por medio de argumentos filosóficos y congruencias analógicas.

I. Dios uno y trino.

Que el Dios creador de todo este universo es uno desde el principio, podéis considerarlo de la siguiente manera, para que tengáis el razonamiento de nuestra fe. Si desde el principio hubiese habido dos o más dioses, hubiesen tenido que estar o bien los dos en un mismo lugar, o cada uno separado en el suyo. Pero no podían estar en un solo y mismo lugar, porque, si son dioses, no son semejantes, sino que, siendo increados han de ser desemejantes. En efecto, las cosas creadas son semejantes a sus modelos, pero las increadas ni se asemejan a nadie, ni proceden de nadie, ni tienen relación alguna con nadie... Y si cada uno de ellos ocupa su propio lugar, el que creó el mundo estará más alto que todas las cosas creadas, por encima de las cosas que él creó y

ordenó. ¿Dónde estará el otro, o los otros? Si el mundo tiene figura esférica y está limitado por los círculos celestes, y el creador de este mundo está por encima de todo lo creado manteniéndolo con su providencia, ¿cuál es el lugar propio del otro o de los otros dioses? No está en este mundo, pues es del otro; ni está alrededor del mundo, porque sobre el mundo está el Dios creador del mundo, pues todo lo que está alrededor del mundo está mantenido por éste. ¿Dónde está? ¿Por encima del mundo y del mismo Dios, en otro mundo y alrededor de otro mundo?... Entonces ya no está alrededor de nosotros, ni tiene poder sobre nuestro mundo, ni es grande en su propio poder, pues lo ejerce en un lugar limitado...

Sin embargo, si nos contentáramos con estos argumentos de razón, se podría pensar que nuestra doctrina es humana; pero son las palabras de los profetas las que dan credibilidad a nuestros razonamientos, y pienso que vosotros, que sois amicísimos del saber e instruidísimos, no dejáis de estar iniciados en los escritos de Moisés, de Isaías, de Jeremías y de los demás profetas, que saliendo de sus propios pensamientos y movidos del Espíritu divino, hablaron según eran movidos, pues el Espíritu se servía de ellos como el flautista de la flauta en que sopla. ¿Qué decían, pues, los profetas? “El Señor es nuestro Dios: ningún otro será tenido por Dios junto a él” (Ex 20:2-3) Y en otro lugar: “Yo soy Dios primero y después, y fuera de mí no hay otro Dios...” (Ts 44:6).

He mostrado, pues, suficientemente que no somos ateos: admitimos un solo Dios, increado, eterno, invisible, impasible, incomprendible, inmenso, que sólo puede ser alcanzado por la razón y la inteligencia, rodeado de luz, de belleza, de espíritu, de fuerza inexplicable. Por él ha sido hecho el universo, y ha sido ordenado y se conserva, por medio de su Verbo. Y creemos también en un Hijo de Dios, Que nadie tenga por ridículo eso de que Dios tenga un Hijo. Porque no pensamos sobre Dios Padre o sobre su Hijo a la manera de vuestros poetas que hacen fábulas en las que presentan a dioses que en nada son mejores que los hombres, sino que el Hijo de Dios es el Verbo del Padre en idea y operación, pues con relación a él y por medio de él fueron hechas todas las cosas, siendo el Padre y el Hijo uno solo. Y estando el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo, en unidad y potencia de espíritu, el Hijo de Dios es inteligencia y Verbo del Padre. Y si se os ocurre preguntar con vuestra extraordinaria inteligencia qué quiere decir “hijo,” os lo diré brevemente: El Hijo es el primer brote del Padre, pero no como hecho, ya que desde el principio Dios, que es inteligencia eterna, tenía en sí al Verbo y era eternamente racional, sino como procediendo de Dios cuando todas las cosas materiales eran naturaleza informe y tierra inerte y estaban mezcladas las más pesadas con las más ligeras, para ser sobre ellas idea y principio activo. Y concuerda con este razonamiento el Espíritu profético que dice: “El Señor me crió como principio de sus caminos para sus obras” (Prov 8:22). Y en verdad, el mismo **Espíritu Santo que obra** en los que hablan proféticamente, decimos que **es una emanación de Dios**, que emana y vuelve como un rayo de sol. Realmente uno no puede menos de maravillarse al oír llamar ateos a los que admiten a un Dios Padre, y a un Dios Hijo y a un Espíritu Santo, mostrando su potencia en la unidad y su distinción en el orden. Y no se acaba aquí nuestra doctrina teológica, sino que afirmamos que se da una multitud de ángeles y ministros, a quienes el Dios creador y artífice del mundo, **por medio del Verbo que está en él**, distribuyó y ordenó para que tuvieran cuidado de los elementos y de los cielos y del mundo y de las cosas que en él se contienen, para mantener todo ello en buen orden...¹

II. La vida de los cristianos.

Entre nosotros fácilmente podréis encontrar gentes sencillas, artesanos y viejuelas, que si de palabra no son capaces de mostrar con razones la utilidad de su religión, muestran con las

obras que han hecho una elección buena. Porque no se dedican a aprender discursos de memoria, sino que manifiestan buenas acciones: no hieren al que los hiere, no llevan a los tribunales al que les despoja, dan a todo el que pide y aman al prójimo como a sí mismos. Ahora bien, si no creyéramos que Dios está por encima del género humano, ¿podríamos llevar una vida tan pura? No se puede decir; pero estando persuadidos de que de toda esta vida presente hemos de dar cuenta al Dios que nos ha creado a nosotros y que ha creado al mundo, escogemos la vida moderada, caritativa y despreciada, pues creemos que no podemos aquí sufrir ningún mal tan grande, aun cuando nos quiten la vida, comparable con la recompensa que recibiremos del gran Juez por una vida humilde, caritativa y buena. Platón dijo ciertamente que Minos y Rádamanto tenían que juzgar y castigar a los malos; pero nosotros decimos que ni Minos ni Rádamanto ni el padre de ellos escaparán al juicio de Dios. Además, vemos que son tenidos por piadosos los que tienen como concepto de la vida aquello de “comamos y bebamos, que mañana moriremos” (Cf. Is 22:13; Sab 2:6) y tienen la muerte por un sueño profundo; en cambio nosotros tenemos la vida presente como de corta duración y de pequeña estima y nos movemos por el solo deseo de llegar a conocer al Dios verdadero y al Verbo que está en él, cuál es la comunión que hay entre el Padre y el Hijo, qué cosa sea el Espíritu, cuál sea la unidad de tan grandes realidades y la distinción entre los así unidos, el Espíritu, el Hijo y el Padre; nosotros sabemos que la vida que esperamos es superior a cuanto se puede expresar con palabras, si a ella llegamos puros de toda iniquidad, y llevamos hasta tal extremo nuestro amor a los hombres, que no sólo amamos a nuestros amigos, pues dice la Escritura: “Si amáis a los que os aman y prestáis a los que os prestan, ¿qué recompensa podéis esperar?”; pues bien, a nosotros que somos tales y vivimos tal género de vida para evitar la condenación, ¿no se nos ha de tener por religiosos? ²

El matrimonio cristiano.

Teniendo, pues, esperanza de la vida eterna, despreciamos las 82 cosas de la vida presente y aun los placeres del alma: cada uno de nosotros tiene por mujer a la que tomó según las leyes que nosotros hemos establecido, y aun ésta en vistas a la procreación. Porque así como el labrador, una vez echada la semilla a la tierra, espera la siega y no sigue sembrando, así para nosotros la medida del deseo es la procreación de los hijos. Y hasta es fácil hallar entre nosotros muchos hombres y mujeres que han llegado célibes hasta su vejez con la esperanza de alcanzar **así una mayor intimidad con Dios**. Ahora bien, si el permanecer en virginidad y celibato nos acerca más a Dios, mientras que el mero pensamiento y deseo de unión aparta, si huimos aun de los pensamientos, mucho más rechazaremos las obras. Porque no está nuestra religión en cuidados discursos, sino en la demostración y la enseñanza de las obras: o hay que permanecer tal como uno nació, o hay que casarse una sola vez. El segundo matrimonio es un adulterio decente. Dice la Escritura: “el que deja a su mujer y se casa con otra, comete adulterio” (cf. Mt 19:9; Mc 10:11), no permitiendo abandonar a aquella cuya virginidad uno deshizo, ni casarse de nuevo. El que se separa de su primera mujer, aunque hubiera muerto, es un adúltero encubierto, pues traspasa la indicación de Dios, ya que en el principio creó Dios un solo hombre y una sola mujer...³

1. ATENÁGORAS. Súplica en favor de los cristianos. 8, 10; 2. Ibíd.11, 12; 3. Ibíd. 33;

El aborto.

Los que saben que ni soportamos la vista de una ejecución capital según justicia, ¿cómo pueden acusarnos de asesinato o de antropofagia? ¿Quién de vosotros no está aficionado a las luchas de gladiadores o de fieras y no estima en mucho las que vosotros organizáis? Pero en

cuanto a nosotros, pensamos que el ver morir está cerca del matar mismo, y por esto nos abstemos de tales espectáculos. ¿Cómo podremos matar, los que ni siquiera queremos ver matar para no mancharnos con tal impureza? Al contrario, nosotros afirmamos que las que practican el aborto cometan homicidio y habrán de dar cuenta a Dios del aborto. ¿Por qué razón habríamos de matar? No se puede pensar a la vez que lo que lleva la mujer en el vientre es un ser viviente, y, por ello, objeto de la providencia de Dios, y matar luego al que ya ha avanzado en la vida; no exponer al nacido, por creer que exponer a los hijos equivale a matarlos, y quitar luego la vida a lo ya crecido. Nosotros somos siempre y en todo consecuentes y acordes con nosotros mismos, pues obedecemos a la razón y no le hacemos violencia.⁴

4. Ibíd. 35;

Teófilo de Antioquía.

Teófilo fue, según la tradición, el sexto obispo de Antioquía de Siria. Había recibido una buena formación literaria en el paganismo, y se convirtió, según él mismo explica, por el estudio de las Escrituras sagradas. De él se conserva un escrito apologético dirigido a su amigo Autólrico y dividido en tres libros. En él da muestras de su conocimiento tanto de los autores paganos como de las Escrituras. Es el primer autor cristiano que hace un comentario exegético del Génesis, analizándolo con detalle y proponiendo una interpretación de tendencia alegórica. Escribió también un Comentario a los Evangelios, que se ha perdido: pero aun en los libros a Autólrico se muestra muy familiarizado con los escritos del Nuevo Testamento, incluido el Evangelio de Juan, y es el primer autor que enseña explícitamente que estos libros proceden de autores inspirados y tienen un valor análogo al de las antiguas Escrituras. Doctrinalmente es de particular interés su explicación del dogma trinitario: es el primer autor cristiano en que aparece la distinción entre el Verbo inmanente o interno que está en Dios Padre desde toda la eternidad, y el Verbo proferido o emitido como instrumento de la creación al comienzo de los tiempos.

I. Dios uno y trino.

La forma de Dios es inefable e inexplicable: no puede ser vista por ojos carnales. Por su gloria es incomprendible; por su grandeza es inalcanzable; por su sublimidad es impensable; por su poder es incomparable; por su sabiduría es inigualable; por su bondad, inimitable; por su beneficencia, inenarrable. En efecto, si lo llamo Luz, nombro lo que es creatura suya; si le llamo Palabra, nombro su principio; si le llamo Razón, nombro su inteligencia; si le llamo Espíritu, nombro su respiración; si le llamo Sabiduría, nombro lo que de él procede; si le llamo Potencia, nombro el poder que tiene; si le llamo Fuerza, nombro su principio activo; si le llamo Providencia, nombro su bondad; si le llamo Reino, nombro su gloria; si le llamo Señor, le digo Juez; si le llamo Juez, le digo Justo; si le llamo Padre, le digo todo; si le llamo Fuego, nombro su ira. Me dirás — ¿Es que Dios puede estar airado? — Ya lo creo: está airado contra los que obran el mal, y es benigno, bondadoso y misericordioso con los que le aman y le temen. Porque él es el educador de los piadosos, el Padre de los justos, el juez y castigador de los impíos.¹

Los hombres de Dios, portadores del Espíritu Santo y profetas, inspirados por el mismo Dios y llenos de su sabiduría, llegaron a ser discípulos de Dios, santos y justos. Por ello fueron dignos de recibir la recompensa de convertirse en instrumentos de Dios y de recibir su sabiduría, con la cual hablaron sobre la creación del mundo y sobre todas las demás cosas... Y en primer lugar nos enseñaron todos a una que Dios lo hizo todo de la nada: porque nada fue coetáneo con

Dios, sino que siendo Dios su propio lugar, y no teniendo necesidad de nada y existiendo desde antes de los siglos, quiso hacer al hombre para dársele a conocer. Entonces preparó para él el mundo, ya que el que es creado está necesitado, mientras que el increado no necesita de nada.

Ahora bien, teniendo Dios en sus propias entrañas a su Verbo inmanente (endiatheton), lo engendró con su propia sabiduría, emitiéndolo antes de todas las cosas. A este Verbo tuvo como ministro de lo que iba creando, y por medio de él hizo todas las cosas. Éste se llama principio, siendo Príncipe y Señor de todas las cosas que por medio de él han sido creadas. Éste, pues, que es espíritu de Dios, y principio, sabiduría y potencia del Altísimo, descendió a los profetas, y por medió de ellos habló lo que se refiere a la creación del mundo y a las demás cosas. Porque no existían los profetas cuando se hacía el mundo, **pero sí la Sabiduría de Dios que en él estaba y su Verbo santo que siempre le asistía...**²

El Dios y Padre del universo es inabarcable: no se encuentra limitado a un lugar, ni descansa en sitio alguno. En cambio, su Verbo, por medio del cual hizo todas las cosas y que es su propia potencia y sabiduría, tomando la figura del Padre y Señor del universo, fue el que se presentó en el paraíso en forma de Dios y conversaba con Adán. La misma Escritura divina nos enseña que Adán decía haber oído su voz: ahora bien, esta voz **¿qué otra cosa es sino el Verbo de Dios, que es su propio Hijo?** Es Hijo no al modo en que los poetas y mitógrafos hablan de hijos de los dioses nacidos por unión carnal, sino- como explica la verdad que existe el Verbo inmanente (endiatheton) **desde siempre en el corazón de Dios.** Antes de hacer nada tenía a este Verbo como consejero, como que era su propia mente y su pensamiento. Y cuando Dios quiso hacer efectivamente lo que había deliberado hacer, engendró a este Verbo emitido (prophorikon) como primogénito de toda la creación: con ello no quedó él vacío de su propio Verbo, sino que engendró al Verbo y permaneció conversando para siempre con él. Esto nos enseñan las santas Escrituras y todos los inspirados por el Espíritu, entre los cuales Juan dice: “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios” (Jn 1:1), significando que en los comienzos estaba Dios solo, y en él su Verbo. Y luego dice: “Y el Verbo era Dios: todo fue hecho por él, y sin él nada se hizo” (Jn 1:2-3).

Así pues, **el Verbo es Dios y nacido de Dios, y cuando el Padre del universo así lo quiere** lo envía a determinado lugar, y cuando está allí, puede ser oído y visto y puede ser encontrado en un lugar determinado **por haber sido enviado por Dios...**³

1. TEÓFILO. A Autólico, I, 3; 2. Ibid. II, 9, 10;

II. El pecado de Adán.

Habiendo Dios puesto al hombre en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara... le mandó que comiera de todos los frutos y, naturalmente, también del árbol de la vida; sólo le mandó que no comiera del árbol de la ciencia. Y Dios lo trasladó de la tierra de la que había sido creado al paraíso, para que pudiera programar, y para que, creciendo y llegando a ser perfecto y hasta declarado dios, llegara a subir al cielo, poseyendo la inmortalidad, ya que el hombre fue creado en condición intermedia, ni del todo mortal ni simplemente inmortal, sino capaz de lo uno y de lo otro... Ahora bien, el árbol de la ciencia en sí mismo era bueno, y bueno era su fruto. No estaba en el árbol, como piensan algunos, la muerte, sino en la desobediencia. Porque en su fruto no había otra cosa que la ciencia, y la ciencia es buena si se hace de ella el uso debido. Pero por su edad Adán era todavía niño, y por eso no podía recibir la ciencia de modo debido. Aun ahora, cuando nace un niño, no puede inmediatamente comer pan, sino que primero se alimenta de leche, y luego, al ir adelantando en edad, pasa al alimento sólido. Algo así sucedió con Adán. Por tanto, no fue como por envidia, como piensan algunos, por lo que Dios le mandó que no comiera

del conocimiento. Además, quería probarle para ver si era obediente a su mandamiento, y quería también que permaneciera más tiempo sencillo e inocente en condición de niño. Porque es cosa santa no sólo con respecto a Dios sino aun con respecto a los hombres que los hijos se sometan a sus padres en sencillez e inocencia. Ahora bien, si los hijos han de someterse a sus padres, mucho más a Dios, Padre del universo. Además, es cosa indecorosa que los niños pequeños sientan por encima de su edad, porque así como uno crece en edad por las etapas debidas, así también en la inteligencia. Por otra parte, cuando una ley manda abstenerse de algo y uno no obedece, está claro que no es la ley la que nos trae el castigo, sino la desobediencia y la trasgresión... Así fue la desobediencia la que hizo que el primer hombre fuera arrojado¹ del paraíso: no es que el árbol de la ciencia tuviera nada malo, sino que como consecuencia de la desobediencia el hombre se atrajo los trabajos, el dolor, la tristeza, cayendo finalmente bajo la muerte.

Pero Dios hizo un gran beneficio al hombre al no dejar que permaneciera para siempre en el pecado. En cierta manera semejante a un destierro, lo arrojó del paraíso para que pagara en un plazo determinado la pena de su pecado y así educado fuera de nuevo llamado... Y todavía más: así como a un vaso, si después de modelado resulta con algún defecto, se le vuelve a amasar y a modelar para hacerlo de nuevo y entero, así sucede también al hombre con la muerte: se le rompe por la fuerza, para que salga íntegro en la resurrección, es decir, sin defecto, justo e inmortal...

Alguno nos dirá: ¿Es que el hombre fue hecho mortal por naturaleza? De ninguna manera. ¿Fue, pues, hecho inmortal? Tampoco decimos eso. Se nos dirá: ¿Luego no fue hecho nada? Tampoco decimos eso: por naturaleza no fue hecho- ni mortal ni inmortal. Porque si desde el principio Dios lo hubiera hecho inmortal, lo hubiera hecho dios. Al contrario, si lo hubiera hecho mortal, hubiera parecido que Dios era responsable de su muerte. Por tanto, no lo hizo ni mortal ni inmortal, sino... capaz de una cosa y de otra: de esta suerte, si el hombre se inclina a la inmortalidad guardando el mandamiento de Dios, recibiría de él como recompensa la inmortalidad y llegaría a ser dios; pero si, desobedeciendo a Dios, se entregaba a las cosas de la muerte, él mismo sería responsable de su propia muerte. Ahora bien, lo que el hombre perdió para sí por su descuido y desobediencia, eso mismo le regala Dios ahora por su amor y misericordia, con tal de que el hombre le obedezca. Y así como el hombre desobedeciendo se atrajo para sí la muerte, así obedeciendo a la voluntad de Dios puede el que quiera ganar para sí la vida eterna. Porque Dios nos ha dado una ley y unos mandamientos santos, **y todo el que los cumpla puede salvarse y, alcanzada la resurrección, obtener como herencia la incorrupción.⁴**

3. Ibíd. II, 22; 4. Ibíd. II, 24-27;

Sección Tercera: El Cristianismo del Asia Menor.

El cristianismo se extendió rápidamente y echó profundas raíces en las populosas y ricas ciudades del Asia Menor: Antioquía, Éfeso, Esmirna, Sardes y otras ciudades tuvieron desde el comienzo florecientes comunidades espirituales, las cuales guardaban fielmente el recuerdo de los apóstoles o varones apostólicos que en ellas habían implantado la nueva fe. Estas comunidades se distinguen por un profundo **sentimiento místico de unión con Cristo iluminador y salvador** de los hombres y una particular **vivencia de su presencia entre sus fieles**. Los escritos del apó-

tol Juan, que según la tradición habría vivido hasta una avanzada edad en Éfeso, muestran ya estas características, que luego siguen patentes en Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna. Dentro de la misma tradición, dos nombres descuellan, entre otros, a finales del siglo II: por una parte, Melitón, obispo de Sardes, escritor fecundo cuyas obras se habían perdido casi por entero y de quien recientemente se ha descubierto entre los papiros de Egipto un arrebatado discurso sobre la Pascua; y por otra, Ireneo, que aunque pasó a las Galias y ocupó allí la sede de Lyón, procedía de la comunidad de Esmirna, donde había sido discípulo de Policarpo, a su vez discípulo de Juan, y representa un lazo de unión entre aquellas cristiandades y el occidente.

Melitón de Sardes.

De Melitón, obispo de Sardes, en el Asia Menor, casi no se sabía hasta hace poco más que el testimonio que nos había transmitido la posteridad, según el cual había vivido santamente en virginidad y lleno del Espíritu Santo, dejando más de una veintena de escritos llenos de sabiduría. Tales escritos se habían dado por perdidos y no se conocía de ellos más que los títulos que habían conservado los historiógrafos antiguos, y algunas breves citas. Pero recientemente se han descubierto dos códices papiráceos procedentes de las arenas de Egipto que contienen un discurso sobre la Pascua que ha sido atribuido casi con general consentimiento a Melitón. El discurso está escrito en un estilo rico y elaborado, con ritmo poético y entonación lírica, que parece confirmar el juicio de Tertuliano cuando decía según Jerónimo, que el estilo de Melitón era un tanto sutil, *élegas et declamatorium*. Esta peculiaridad de estilo ha hecho pensar que el discurso de Melitón, más que una homilía pascual es una especie de praeconium o canto lírico que formaba parte de la celebración litúrgica de la Pascua. El interés dogmático del discurso está, sobre todo, en la elaboración de su doctrina cristología y soteriológica: se subraya **a la vez la divinidad y preexistencia de Cristo y la realidad de su encarnación**, el carácter sacrificial de su muerte y el sentido figurativo de todo el Antiguo Testamento, particularmente del cordero pascual. Se subraya igualmente la postración del hombre sujeto al pecado y dominado por la muerte, y, sobre todo, la grandeza del triunfo y **de la gloria de Cristo, quien con su resurrección y ascensión** ha llevado a los hombres hasta las alturas de los cielos. Asimismo queda bien señalado el carácter de la Iglesia como conjunto de los **que viven de la nueva vida que Cristo** ha venido a dar a los hombres.

I. La novedad del Verbo hecho hombre.

Antigua era la ley, pero nuevo el Verbo;
temporal era la figura, pero eterno el don;
corruptible la oveja, pero el Señor incorruptible:
es inmolado como cordero, pero resucita como Dios.
Porque, “como una oveja fue llevado al matadero” (Is 53, 7),
pero no era una oveja;
como un cordero sin voz,
mas no era cordero.
Lo que era figura pasó, mas la realidad esta presente.
En vez del cordero, se hizo presente Dios;
en vez de la oveja, un hombre,
y en este hombre, Cristo, el que contiene todas las cosas.

Así pues, el sacrificio de la oveja,
y la solemnidad de la Pascua,
y la letra de la ley,
han cedido su lugar a Cristo Jesús,
por causa del cual todo sucedía en la ley antigua,
y mucho más en la nueva disposición.
Porque la ley se ha convertido en Verbo...
el mandamiento en don,
la figura en realidad,
el cordero en Hijo,
la oveja en hombre,
y el hombre en Dios.
Pues el que había nacido como Hijo,
y había sido conducido como cordero,
y sacrificado como oveja,
y sepultado como hombre,
resucitó de entre los muertos como Dios,
pues era por naturaleza a la vez Dios y hombre.
Él es todas las cosas:
en cuanto juzga, es ley;
en cuanto enseña, Verbo;
en cuanto engendra, Padre;
en cuanto sepultado, hombre;
en cuanto resucita, Dios.
en cuanto es engendrado, Hijo;
en cuanto padece, oveja;
Éste es Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos. Amén.¹

1. Números 4 -10.

II. Las figuras del Antiguo Testamento, suplantadas por la realidad del Nuevo.

La salvación del Señor y la realidad fueron prefiguradas en el pueblo (judío), y las prescripciones del Evangelio fueron prenunciadas por la ley. De esta suerte, el pueblo era como el esbozo de un plan, y la ley, la letra de una parábola; pero el Evangelio es la explicación de la ley y su cumplimiento, y la Iglesia el lugar donde aquello se realiza. Lo que era figura era valioso antes de que se diera la realidad. Y la parábola era maravillosa antes de que se diera la explicación. Es decir, el pueblo (judío) tenía un valor antes de que se estableciera la Iglesia, y la ley era maravillosa antes de que resplandeciera **la luz del, Evangelio**. Pero cuando surgió la Iglesia y se presentó el Evangelio, se hizo vano lo que era figura, y su fuerza pasó a la realidad; la ley llegó a su cumplimiento, y traspasó su fuerza al Evangelio...

El pueblo (de Israel) perdió su razón de ser, así que se **estableció la Iglesia**, la figura fue abolida, así que apareció el Señor.

Lo que antes era valioso, ha quedado ahora sin valor,
pues se ha manifestado lo que realmente era valioso por naturaleza.
Valioso era antes el sacrificio de la oveja, pero ahora es sin valor, a causa de la vida del Señor.
Valiosa era la muerte de la oveja,

pero ahora es sin valor, a causa de la salvación del Señor.
Valiosa era la sangre de la oveja,
pero ahora es sin valor, a causa del espíritu del Señor.
Valioso era el cordero sin voz,
pero ahora es sin valor, a causa del Hijo sin mancilla.
Valioso era el templo de abajo,
pero ahora es sin valor, a causa del Cristo de arriba.
Valiosa era la Jerusalén de abajo,
pero ahora es sin valor, a causa de la Jerusalén de arriba.
Valiosa era aquella angosta herencia,
pero ahora es sin valor, a causa de la amplitud del don.
Porque no es en lugar alguno determinado, ni en una estrecha franja de tierra
donde se ha establecido la gloria de Dios,
sino que su don se ha derramado por todos los confines de la tierra habitada,
y en ellos ha puesto el Dios omnipotente su tienda.
Por Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos. Amén ².

2. Números 40 – 45;

III. El pecado del hombre.

Dios, habiendo creado al principio por el Verbo el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene, modeló al hombre de la tierra y comunicó a esta figura su soplo. Y colocó al hombre en un paraíso hacia el oriente, en Edén, para que viviera agradablemente, y le dio como ley un mandato... Pero el hombre que era por naturaleza capaz del bien y del mal, como un pedazo de tierra que puede recibir buenas y malas semillas, acogió a un consejero hostil y codicioso, y tocando del árbol transgredió el mandamiento y desobedeció a Dios. En consecuencia, fue echado a este mundo, como a una prisión de condenados. Después de muchos años y de haber dejado mucha descendencia, volvió a la tierra, a causa de haber comido del árbol, y dejó a sus hijos esta herencia...

No la pureza, sino la lujuria;
No la inmortalidad, sino la corrupción;
No el honor, sino la deshonra;
No la libertad, sino la esclavitud;
No la realeza, sino la tiranía;
No la vida, sino la muerte;
No la salvación, sino la perdición.

Nueva y terrible fue, en efecto, la perdición de los hombres sobre la tierra. He aquí lo que les aconteció: eran arrebatados por el pecado como por un tirano, y eran llevados a los lugares de concupiscencia en los que andaban zarandeados por placeres insaciables, por el adulterio, la fornicación, la impudencia, los malos deseos, la codicia, los asesinatos, el derramamiento de sangre, la tiranía de la maldad y la tiranía de la injusticia. Porque el padre sacaba la espada contra su hijo, y el hijo ponía sus manos contra su padre; el impío golpeaba los pechos que le habían amamantado; el hermano matacía a su hermano; el huésped hacía injusticia a su huésped; el amigo asesinaba al amigo y el hombre degollaba al hombre con mano de tirano, Todos sobre la tierra se convirtieron, unos en asesinos, otros en fraticidas, otros en parricidas, otros en infanticidas... con

esto exultaba el Pecado: siendo colaborador de la muerte, la precedía en las almas de los hombres y preparaba para ella como alimento los cuerpos de los muertos. En toda alma imprimía el pecado su huella, y aquellos que tenían esta huella tenían que morir.

Toda carne, pues, cayó bajo el pecado,
y todo cuerpo bajo la muerte,
y toda alma era arrojada de su morada carnal,
y lo que había sido tomado de la tierra se disolvía en la tierra,
y lo que había sido dado por Dios era encarcelado en el Hades.
La bella armonía quedaba disuelta,
y el bello cuerpo, deshecho.
Porque el hombre quedaba dividido bajo el poder de la muerte,
una extraña desgracia y cautividad le rodeaban.
Era arrastrado como prisionero por las sombras de la muerte,
y la imagen del Padre yacía abandonada.
Esta es la razón por la que se ha cumplido el misterio de la Pascua
en el cuerpo del Señor.³

3. Números 47 – 57;

IV. El designio salvador en Cristo.

De antemano el Señor había preordenado sus propios padecimientos
en los patriarcas y en los profetas y en todo el pueblo,
poniendo como sello la ley y los profetas.
Porque lo que había de realizarse de manera inaudita y grandiosa,
estaba preparado desde mucho tiempo,
para que cuando sucediera fuera creído,
habiendo sido prefigurado desde antiguo...
Antiguo y nuevo es el misterio del Señor:
antiguo en la figura, pero nuevo en el don.
Si miras a esa figura, verás la realidad a lo largo de la realización.
Si quieres, pues, contemplar el misterio del Señor has de mirar
a Abel que fue asesinado como él,
a Isaac que fue atado como él,
a José que fue vendido como él,
a Moisés que fue expuesto como él,
a David que fue perseguido como él,
a los profetas que padecieron por Cristo como él.

Mira también al cordero que fue degollado en la tierra de Egipto, al que golpeó a Egipto y
salvó a Israel por la sangre...

Él es el que vino de los cielos a la tierra a causa del que sufría, y se revistió de éste mediante las entrañas de una virgen presentándose como hombre.
Él tomó sobre sí los sufrimientos del que sufría al tomar un cuerpo capaz de sufrir
y destruyó los sufrimientos de la carne,
matando, con su espíritu que no puede morir, a la muerte homicida...

Él es el que nos arrancó de la esclavitud para la libertad
de las tinieblas para la luz,
de la muerte para la vida,
de la tiranía para el reino eterno.

Él hizo de nosotros un sacerdocio nuevo,
y un pueblo elegido para siempre.

Él es la Pascua de nuestra salvación...

Él es el que se encarnó en una virgen,
el que fue suspendido en un madero,
el que fue enterrado en la tierra,
el que resucitó de entre los muertos,
el que fue arrebatado a las alturas de los cielos.

Él es el cordero sin voz,

Él es el cordero degollado,

Él es el nacido de María, la oveja bella,

Él es el que fue tomado del rebaño y arrastrado al matadero,
sacrificado al atardecer y sepultado por la noche;
sobre el madero no fue quebrantado,
en la tierra no sufrió corrupción,
sino que resucitó de los muertos,
y resucitó al hombre de lo profundo de su sepulcro.

Éste ha sido puesto a muerte. ¿Dónde? En medio de Jerusalén.

¿Por qué?

Porque curó a sus cojos, porque limpió a sus leprosos, porque llevó a la luz a sus ciegos,
porque resucitó a sus muertos.

Por esto padeció...

¿Por qué, Israel, has cometido esta nueva iniquidad?

Has deshonrado al que te había honrado,
has despreciado al que te había estimado,
has negado al que te había confesado,
has rechazado al que te había llamado,
has matado al que te había dado la vida.

¿Qué has hecho, Israel?...

Cuando el Señor iba a ser sacrificado, al atardecer,
tú preparaste para Él los clavos agudos y los falsos testigos,
las cuerdas, los azotes, el vinagre y la hiel,
la espada y la aflicción, como para un ladrón sanguinario.

Después de haber descargado los azotes sobre su cuerpo,
de haber puesto espinas en su cabeza,

ataste todavía sus bellas manos que te habían modelado a partir de la tierra
y diste hiel para beber a aquella boca hermosa que te había dado a beber la vida
y diste muerte a tu Señor en el día de la Gran Festividad.

Y tú te regalabas mientras él sufría hambre;

tú bebías vino y comías pan, mientras él bebía vinagre y hiel;

tú andabas con rostro radiante, mientras él estaba demacrado;

tú exultabas, mientras él se afligía;

tú cantabas, mientras él era condenado;
tú dabas órdenes, mientras él era clavado;
tú danzabas, mientras él era sepultado;
tú te recostabas sobre muelle lecho, y él en un féretro y en un sepulcro.
Oh Israel criminal, ¿por qué has cometido esta inaudita injusticia,
arrojando a tu Señor a sufrimientos sin nombre,
al que es tu amo,
al que te modeló,
al que te creó,
al que te honró,
al que te llamó Israel?
Tú no te has mostrado como Israel, pues no has visto a Dios,
no has reconocido al Señor,
no has sabido, Israel, que éste es el primogénito de Dios,
el que fue engendrado antes que la estrella de la mañana,
el que hizo surgir la luz,
el que hizo brillar el día,
el que separó a las tinieblas,
el que afirmó el primer borne,
el que suspendió la tierra,
el que secó el abismo,
el que extendió el firmamento,
el que puso orden en el mundo,
el que dispuso los astros en el cielo,
el que hizo brillar los luminares,
el que hizo los ángeles que están en el cielo,
el que fijó allí los tronos,
el que modeló al hombre sobre la tierra.

Él es el que te eligió y te condujo desde Adán hasta Noé,
desde Noé a Abraham,
desde Abraham a Isaac y a Jacob y a los patriarcas;
Él te condujo a Egipto, y te protegió y allí te sustentó;
Él iluminó tu camino con una columna de fuego,
y te cobijó bajo la nube,
y dividió el mar Rojo conduciéndote a través de él,
y dispersó a tu enemigo.

Él es quien te dio el maná del cielo,
el que te dio a beber de la piedra,
el que te dio la ley en el Horeb,
el que te dio en herencia la tierra (prometida),
el que te envió a los profetas y suscitó tus reyes...

Con él has sido impío,
con él has cometido iniquidad,
a él has dado muerte,

con él has traficado, reclamándole los didracmas como precio de su cabeza...

Verdaderamente amarga es para ti esta fiesta de los ácimos, como está escrito:

“Comeréis panes ácimos con hierbas amargas.”

Amargos son para ti los clavos que afilaste,
amarga para tí la lengua que aguzaste,
amargos para ti los falsos testigos que presentaste,
amargas para ti las cuerdas que preparaste,
amargos para ti los azotes que descargaste,
amargo para ti Judas, a quien pagaste,
amargo para ti Herodes, a quien obedeciste,
amargo para ti Caifas, a quien te confiaste,
amarga para ti la hiel que proporcionaste,
amargo para ti el vinagre que cultivaste,
amargas para ti las espinas que recogiste,
amargas para ti las manos que ensangrentaste.

Has dado muerte a tu Señor en medio de Jerusalén...

V. Sentido de la pascua cristiana.

Pero él, el Señor, vestido de hombre,
habiendo sufrido por el que sufría,
atado por el que estaba detenido,
juzgado por el culpable,
sepultado por el que estaba enterrado,
resucitó de entre los muertos y clamó en voz alta:

“¿Quién se levantará en juicio contra mí?

Que venga a enfrentarse conmigo.

Yo he liberado al condenado.

Yo he vivificado al que estaba muerto.

Yo he resucitado al que estaba sepultado.

¿Quién puede contradecirme?

Yo, dice, Cristo, he destruido a la muerte,

he triunfado del enemigo,

he pisoteado el Hades,

he maniatado al fuerte,

he arrebatado al hombre a las alturas de los cielos.

Yo, dice él, Cristo.

Venid, pues, todas las familias de hombres manchadas por los pecados:

Recibid el perdón de los pecados.

Porque yo soy vuestro perdón,

yo la Pascua de la salvación,

yo el cordero degollado por vosotros,

yo vuestra redención, yo vuestra vida,

yo vuestra resurrección, yo vuestra luz,

yo vuestra salvación, yo vuestro rey.
Yo os llevaré a las alturas de los cielos.
Yo os mostraré al Padre que existe desde los siglos.
Yo os resucitaré por medio de mi diestra.”

Tal es el alfa y la omega:
Él es el comienzo y el fin
— comienzo inenarrable y fin incomprendible —,
Él es Cristo,
Él es el Rey,
Él es Jesús,
Él es el Estratega,
Él es el Señor,
Él es el que resucitó de entre los muertos,
Él es el que está sentado a la diestra del Padre.
Él lleva al Padre, y es llevado por el Padre:
A Él la gloria y el poder por los siglos. Amén.⁵

5. Números 100-104;

Ireneo de Lyón.

Ireneo era oriundo de Asia Menor, y hubo de nacer por los alrededores del año 140. Pasó su infancia en Esmirna, donde aprendió la doctrina cristiana de labios del santo obispo Policarpo, discípulo de Juan el apóstol. Él mismo evoca maravillosamente los recuerdos de su niñez en una carta — que nos ha conservado el historiador Eusebio de Cesárea¹ —, de la que reproducimos algunos párrafos en el n.º 42.

Sin que sepamos cuándo ni cómo, Ireneo pasó a occidente, y se estableció en Lyón de las Galias, donde era presbítero cuando, el año 177, se levantó una terrible persecución en la que sufrieron martirio el obispo de aquella sede, Potino, con muchos de sus fieles. Poco después fue elegido Ireneo para suceder a Potino. La actividad de Ireneo se dirigió principalmente a combatir distintas formas **de desviación de la doctrina cristiana**, que se presentaban bajo la forma de *gnosis* o *sabiduría superior* de los misterios de la fe. De ello da testimonio su magna obra *Adversus haereses* o *Contra las herejías*, que está formada por una serie de argumentos contra diversos aspectos de aquellas doctrinas heréticas, sin pretensión sistemática estricta. Se ha conservado también de Ireneo la traducción armenia de una Explicación (*demonstratio*) de la *doctrina apostólica*, que es un breve sumario de los principales puntos de la fe para instrucción de los fieles.

Esencialmente puede decirse que el gnosticismo era una doctrina de salvación de tendencia dualista, que suponía una irreductibilidad esencial y originaria entre el bien y el mal. La materia es esencialmente mala y, por tanto, malo es también el autor o creador de la misma, que se identifica con el Dios creador del Antiguo Testamento. Por encima de él está el **Dios supremo, principio del bien**. En el alma, al menos de algunos hombres, se esconde una centella del espíritu del bien, caída de lo alto por accidente desgraciado, explicado en complejas formas mitológicas. La salvación está en el conocimiento — *gnosis* — por el que el hombre toma conciencia del elemento divino que lleva en sí y logra liberarse de la contaminación de la materia y del mal. Es-

tas ideas se mezclaban confusamente con muchos elementos cristianos, dando como resultado una forma de cristianismo que seducía a muchos, en el cual Cristo aparecía como enviado del principio del bien para salvar al ser humano no tanto del pecado o mal moral, cuanto del mal cósmico y esencial del universo. Para oponerse al gnosticismo, Ireneo intenta por primera vez una síntesis completa de lo que el auténtico cristianismo enseña acerca de Dios, el mundo y el hombre. Su idea fundamental, frente al dualismo gnóstico, es la de la unidad radical que liga todas las cosas y que proviene de la relación de todo con un Dios único dentro de un designio o plan de Dios sobre el mundo y el ser humano. El mundo material, creación de Dios, no es esencialmente malo, aunque sí imperfecto, como ha de serlo inevitablemente todo lo que no sea el mismo Dios. El ser humano es un todo unitario, compuesto de alma y cuerpo: nada hay en él esencialmente malo, aunque sí imperfecto: por eso puede usar mal de su libertad, que es en sí un bien, apartándose del designio de Dios, que era comunicarle su propia vida a través de la obediencia y el amor. Pero Dios, que no puede ser vencido por la malicia de su creatura, salvará al hombre restituyéndolo a su destino primitivo, haciendo que su propio Hijo se encarne verdaderamente en la naturaleza humana y le comunique la vida divina por la efusión del Espíritu. La teología de Ireneo es, pues, **la teología de la unidad de Dios, y de la unidad del designio de Dios sobre la creación a través de la redención de su Hijo** y de la acción perenne del Espíritu en la Iglesia; es también la teología de la libertad del hombre y de la realización progresiva del designio de Dios en la historia, en la que Dios no se impone violentamente a la creatura, sino que respetando las condiciones de su imperfección, sale triunfando de ella con una admirable pedagogía. Además, frente a la libre y desenfrenada especulación gnóstica, Ireneo opone una doctrina de la Iglesia y de la tradición apostólica como garantía de verdad **y de fidelidad al mensaje de Cristo y a la verdad que él mismo vino a predicar.** Bajo todos estos aspectos, Ireneo es el primer gran teólogo del cristianismo después de Pablo: **su influjo en la teología posterior fue decisivo.**

1. EUSEBIO. Hist. Ecles. V, 20, 3-8.

I. Dios.

No hay más que un solo Dios.

Será bueno que comencemos por lo primero y más importante, a saber, Dios, el creador que hizo el cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay... y que mostremos que nada hay por encima o más allá de él. Él hizo todas las cosas por su propia y libre decisión, sin que nadie le empuje a ello; pues él es el **único Dios, el único Señor, el único Creador, el único Padre**, el único Soberano de todo, el que da la existencia a todas las cosas. ¿Cómo podría haber sobre él otra totalidad, otro principio, otro poder u otro dios? Porque Dios ha de ser la totalidad de todas las cosas, el que las contiene a todas en su infinitud, mientras que a él nada puede contenerle. Si algo hubiera fuera de él, ya no sería la totalidad de todas las cosas, ni las contendría todas...²

Trascendencia de Dios.

Los tesoros celestes son realmente grandes: Dios es incommensurable para el corazón e incomprendible para el espíritu, siendo así que él tiene a la tierra dentro de su puño. ¿Quién descubrirá su medida? ¿Quién llegará a ver el dedo de su mano derecha? ¿Quién verá su mano, la mano que mide las inmensidades, la que mide las medidas de los cielos y atenaza con su puño la tierra y los abismos, la que contiene en sí la anchura y la longitud y la profundidad y la altura de todo el universo creado, al que vemos y oímos y comprendemos lo mismo que el que permanece

invisible? Por esta razón está Dios por encima “de todo principio y potestad y dominación y de todo nombre que pueda nombrarse” (Ef 1:21), de todo lo que ha sido hecho o creado. Él es el que llena los cielos, y atraviesa con su mirada los abismos (Dan 3:55), el mismo que está dentro de cada uno de nosotros. Porque, dice: “Yo soy un Dios cercano, y no un Dios lejano. Por más que un hombre se esconda en escondrijos, ¿acaso yo no le veré?” (Jer 23:23). Su mano abraza todas las cosas: ella es la que ilumina los cielos, la que ilumina lo que está bajo los cielos, la que escudriña los riñones y el corazón (cf. Ap 2:23), la que está presente en nuestros escondrijos y en nuestros secretos y la que de manera manifiesta nos alimenta y nos conserva...³

A Dios no le conocemos en sí, sino en su amor manifiesto en el Verbo.

Es imposible conocer a Dios en su misma grandeza, ya que el Padre no puede ser medido. Pero en su amor, que es lo que nos va llevando **hasta el mismo Dios por medio del Verbo**, los que le obedecen van continuamente descubriendo¹ que existe un Dios de tanta grandeza, que por sí mismo creó, dispuso, ordenó y mantiene todas las cosas: entre éstas nos hallamos también nosotros y este mundo en que vivimos, porque también nosotros, con todo lo que hay en el mundo, hemos sido hechos⁴.

El ser humano conoce a Dios por las obras de su amor.

Es a través de su amor y de su infinita bondad como Dios puede llegar a ser conocido del hombre. Ahora bien, este conocimiento no llega a alcanzarle en su propia grandeza o en su ser mismo, porque bajo este respecto nadie le ha medido o le ha comprendido. Más bien le conocemos de la siguiente manera: reconocemos al que hizo y modeló todas las cosas, al que inspiró en ellas el soplo de vida, al que nos alimenta con su creación, al que mantiene todas las cosas con su palabra y les da consistencia con su sabiduría: **este es el único Dios verdadero.**⁵

2. IRENEO, Adversus Haereses, II, 1, 1; 3. Ibid. IV, 19-2; 5. Ibid. III, 24-1; 4.Ibid.IV, 20-1;

Los atributos de Dios.

Él que conoce las Escrituras y ha sido enseñado por la verdad, sabe que Dios no es como los seres humanos , y que sus pensamientos no son como los pensamientos de los humanos. Porque el Padre de todo está muy por encima de las emociones y pasiones de los hombres. Él es simple, sin composición ni diversidad de partes, todo uniforme y semejante a sí mismo, porque es todo entendimiento, y todo espíritu, y todo percepción, y todo pensamiento, y todo razón, y todo oído, y todo ojos, y todo luz, y todo fuente de todos los bienes. Esto es lo que los que tienen sentido religioso dicen acerca de Dios. **Y con todo, Dios está por encima de todas estas cosas**, y es, por esta razón, inefable. Se puede decir con propiedad y verdad que es un 'entendimiento que lo entiende todo, pero no comparable al entendimiento de los hombres. Asimismo se le puede llamar con toda propiedad luz: pero en nada semejante a la luz que nosotros conocemos. Y así -en todo lo demás: el Padre de todo en nada es comparable a la pequeñez de lo humano. Todas estas cosas se dicen de él **en cuanto manifiestan su amor: pero comprendemos que en su grandeza está sobre todas ellas.**⁶

Quién es Dios para nosotros.

Tal es nuestro creador: mirando a su amor, es nuestro Padre, mirando a su poder, es el Señor; mirando a su sabiduría, es nuestro Hacedor y Modelador.⁷

6. Ibíd. II, 13-3; 7. Ibíd. V, 17-1;

II. El designio creador y salvador de Dios.

Cómo Dios es creador de todas las cosas con sólo su Palabra

Hay algunos que no saben quién es Dios y lo creen semejante a los hombres desvalidos que no pueden de repente y con lo que tienen a mano hacer una cosa determinada, sino que para hacerla tienen necesidad de muchos instrumentos... Pero el Dios de todas las cosas con sólo su Palabra las hizo y las creó todas, sin tener que servirse de nada: no necesitó de ángeles que le ayudasen para lo que tenía que hacer, ni de otro poder alguno, que sería muy inferior a sí... Él mismo, por sí mismo, prefijando todas las cosas de una manera inexplicable e impensable para nosotros, hizo lo que quiso, dando a todas las cosas su armonía y su orden y su creación original: a los seres espirituales les dio la sustancia espiritual e invisible; a los celestes, la sustancia celestial; a los ángeles, la angélica; a los animales, la animal, acuática para los que nadan y terrestre para los que habitan la tierra: a todos de manera conveniente y proporcionada. De esta suerte, todo lo que ha sido hecho, **lo hizo Dios con su Palabra infatigable**. Porque es propio de la excelencia de Dios el no necesitar de instrumentos para hacer lo que hace: su propia Palabra es idónea y suficiente para hacer todas las cosas, como dice Juan, el discípulo del Señor: "Todas las cosas fueron hechas por Ella, y sin Ella no se hizo nada" (Jn 1, 3). Al decir "todas las cosas" incluye en ellas nuestro mundo, y por tanto, también este mundo ha sido hecho por su Palabra, y por esto dice el Génesis que todo lo que podemos ver que existe, lo hizo Dios por su Palabra. En el mismo sentido afirma David: "Él lo dijo, y fueron hechas las cosas; él lo mandó, y fueron creadas" (Sal 32, 9)

¿A quién, pues, hemos de dar más crédito en lo que se refiere a la creación del mundo: a los herejes que charlatanean de manera fatua y contradictoria, o a los discípulos del Señor y al fiel siervo de Dios, Moisés, y a los profetas? Porque Moisés explicó la formación del mundo desde el comienzo, diciendo: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra" (Gen 1, 1), y luego las demás cosas; pero no habla de dioses o de ángeles creadores.⁵

La acción creadora de Dios no es como la acción del hombre.

Atribuir la existencia de las criaturas al poder y a la voluntad del Dios del universo, es algo aceptable, creíble y coherente. En esta cuestión podría decirse apropiadamente que "lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios" (Lc 18:27) Porque los hombres es verdad que no son capaces de hacer una cosa de la nada, sino únicamente de algún material previo. Pero Dios es más grande que los hombres, ante todo bajo este respecto, a saber, que él dio la existencia a la misma materia de su creación, la cual antes no había existido... Y este Dios que está sobre todas las cosas, **fabricó con su Palabra** la variedad y diversidad de cosas que existen, según le plugo. Porque él es el creador de todas las cosas, a la manera de un sabio arquitecto y de un rey soberano.⁹

Característica de las herejías gnósticas: negar la creación.

Nosotros nos atenemos al canon de la verdad, a saber, que hay un solo Dios todopoderoso, **quien por su Palabra creó todas las cosas, y las dispuso**, haciéndolas de la nada, para que existieran. Así lo dice la Escritura: "Por la Palabra del Señor fueron establecidos los cielos, y por el aliento de su boca todas las potestades que hay en ellos" (Sal 32:6). Y en otra parte: "Todas las cosas fueron hechas por su Palabra; sin ella nada se hizo" (Jn 1:3). Al decir "todas las cosas," nada queda excluido. Todo lo hizo el Padre por sí mismo, lo visible y lo invisible, lo sensible y lo inteligible, lo temporal y lo duradero... todo ello no por medio de ángeles o de ciertos Poderes

independientemente de su voluntad, pues Dios no tiene necesidad de nada de eso, **sino que hizo todas las cosas por su Verbo y por su Espíritu**, disponiéndolas y gobernándolas y dándoles la existencia. Éste es el Dios que hizo el mundo, que se compone de todas las cosas; el Dios que modeló al primer hombre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, sobre el cual no hay otro Dios, ni otro principio, ni otro poder, ni otra totalidad. Él es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, como mostraremos. Mientras nos atengamos a este canon de la verdad, aunque otros digan otras cosas muy distintas, fácilmente les podremos argüir que se apartan de la verdad. Porque casi todas las herejías que existen afirman ciertamente que hay un solo Dios, pero no saben ser agradecidos para con aquel que los creó, y desvirtúan su naturaleza con sus erróneas opiniones, de manera semejante a como los paganos lo hacen con su idolatría. Porque desprecian lo que es creación material de Dios, y así se oponen a su propia salvación, haciéndose acusadores amargados contra sí mismos y falsos testigos de lo que dicen. Éstos, aunque no quieran, **resucitarán con su carne**, para que tengan que reconocer el poder del que es capaz de resucitarlos de los muertos (como fue capaz de crearlos en la carne). Pero no serán contados entre los justos, **por su falta de fe.**¹⁰

Dios crea al hombre para conferirle sus beneficios.

En un principio Dios creó a Adán, no porque tuviera necesidad del hombre, sino para tener en quien depositar sus beneficios. Porque no sólo antes de Adán, sino aun antes de toda la creación el **Verbo glorificaba a su Padre, permaneciendo en él, y era** glorificado por el Padre, como él mismo dice: “Padre, glorificame con la gloria que tenía contigo antes de que fuera hecho el mundo” (Jn 17, 5). Ni fue porque necesitara de nuestros servicios por lo que nos mandó que le obedeciéramos, sino para procurarnos la salud a nosotros. **Porque obedecer al Salvador es participar en la salvación, y seguir a la luz es tener parte en la luz.** Porque los que están en la luz no iluminan ellos a la luz, sino que son iluminados y reciben de ella resplandor: ellos no prestan beneficio alguno a la luz, sino que recibiendo beneficio son iluminados por la luz. De la misma manera **el servir a Dios no es hacer a Dios un beneficio**, ni tiene Dios necesidad de las atenciones de los hombres; al contrario, él da a los hombres que le siguen y le sirven la vida, y la incorrupción y la gloria eterna. El que puedan servirle es un beneficio que él hace a los que le sirven, y el que puedan seguirle a los que le siguen, sin que reciba de ellos beneficio. Porque Dios es rico, perfecto y sin necesidad de nada. Si Dios pide a los hombres que le sirvan, es porque, siendo bueno y misericordioso, quiere beneficiar a aquellos que perseveran en su servicio. En la misma proporción en que Dios no necesita de nada, el hombre necesita de la comunicación de Dios. Ésta es, en efecto, la gloria del hombre: perseverar y permanecer en el servicio de Dios. Por esto decía el Señor a sus discípulos: “No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido” (Jn 15:16)...

Así pues, Dios, desde un principio, creó al hombre como objeto de su liberalidad, eligió a los patriarcas para su salvación; iba preparando a su pueblo, enseñando al indócil a someterse a Dios; iba disponiendo a los profetas para acostumbrar al hombre sobre la tierra a soportar su espíritu y a tener comunicación con Dios. No es que él tenga necesidad de nada, sino que ofrecía su comunicación a los que necesitan de él. Para los que le eran gratos, como un arquitecto, iba trazando como un plano de su salvación: a los que en Egipto no veían, él mismo les servía de guía; a los que en el desierto estaban inquietos” les dio una ley sumamente apropiada; a los que entraron en la tierra buena, les dio una herencia digna; a los que se convierten al Padre, les sacrifica el ternero cebado y les da el mejor vestido. De estas muchas maneras va combinando el género humano para conseguir la “sinfonía” (cf. Lc 15:25) de la salvación. Por esto dice Juan en el Apo-

calipsis: “Su voz es como una voz de muchas aguas” (Ap 1:15) Verdaderamente son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque rico y múltiple es el Padre. Y pasando por todos, el Verbo, sin tacañería alguna prestaba sus auxilios a los que se le sometían, prescribiendo a toda creatura una ley adaptada y acomodada...

Según esto establecía para el pueblo la ley relativa a la construcción del tabernáculo y a la edificación del templo, a la elección de los levitas, a los sacrificios y oblaciones y purificaciones, y todo el servicio del culto. No es que él tuviera necesidad de ninguna de estas cosas, pues está siempre lleno de todos los bienes y tiene en sí todo olor de suavidad y todo vapor perfumado, aun antes de que existiera Moisés. Pero iba educando al pueblo siempre dispuesto a volver a los ídolos, disponiéndoles con muchas intervenciones **a permanecer firmes y a servir a Dios.** Por las cosas accesorias, los llamaba a las principales, es decir, por las cosas figuradas a las verdaderas, por las temporales a las eternas, por las carnales a las espirituales, por las terrenas a las celestiales, tal como se dijo a Moisés: “Lo harás todo imitando la figura de las cosas que viste en la montaña” (Ex 25:40; Heb 8:5). Durante cuarenta días aprendía a retener las palabras de Dios, las figuras celestiales y las imágenes espirituales y prenuncios de lo futuro, como dice Pablo: “Bebían de la piedra que les seguía, la cual era Cristo” (1 Cor 10:4); y luego, habiendo recorrido lo que se dice en la ley, añade: “Todas estas cosas les acontecían en figura, y son escritas para nuestra instrucción, la de aquellos a los que viene el fin de los tiempos” (1 Cor 10:7-10). Así pues, por medio de figuras iban aprendiendo a temer a Dios y a perseverar en su servicio, de suerte que la ley era para dios un aprendizaje y una profecía de lo venidero...¹¹

Dios quiere divinizar al hombre.

Los hombres reprochamos a Dios porque no nos hizo dioses desde un principio, sino que primero fuimos hechos hombres, y sólo luego dioses. Pero Dios hizo eso según la simplicidad de su bondad, y nadie tiene que tacharle de avaro o de poco generoso, pues dijo: “Yo he dicho: sois dioses, todos sois hijos del Altísimo” (Sal 81:6). Pero, porque nosotros no éramos capaces de soportar la potencia de la divinidad, añadió: “mas vosotros moriréis como hombres” (Sal 81:7). Con esto expresa ambas realidades: por una parte lo que es don generoso suyo, y por otra lo que es nuestra debilidad y lo que seríamos dejados a nosotros mismos. Porque, por lo que se refiere a su generosidad, hizo un don espléndido haciendo a los hombres semejantes a sí mismo por la libertad. Pero en lo que se refiere a su providencia, preveía la debilidad del hombre y las consecuencias que de ella se seguirían. Y finalmente, por lo que se refiere a su amor y poder, él triunfará de la manera de ser de la naturaleza creada. Pero fue conveniente que primero apareciera esta naturaleza, y que fuera luego vencida, y que lo mortal fuera absorbido por la divinidad y lo corruptible por la incorruptibilidad, haciéndose así el hombre a imagen y semejanza de Dios habiendo obtenido el conocimiento del bien y del mal.

El bien consiste en obedecer a Dios, y en confiarse a él, y en guardar lo que manda, y esto es la vida del hombre. De manera semejante, el mal es desobedecer a Dios, y esto es la muerte del hombre. Ahora bien, por haber usado Dios de magnanimidad, el hombre pudo experimentar el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, a fin de que el ojo de la mente, habiendo hecho experiencia de ambos, pueda hacer con buen juicio la elección de lo mejor, y así nunca sea perezoso o negligente para con el precepto de Dios. Y habiendo aprendido por experiencia que es malo lo que le quita la vida, es decir, el desobedecer a Dios, ya no sea jamás tentado con ello; y al contrario, habiendo conocido que es bueno lo que le conserva la vida, que es obedecer a Dios, lo guarde diligentemente y con todo ahínco. Ésta es la razón por la que tuvo esta doble facultad respecto al conocimiento del uno y del otro, para que así enseñado elija lo mejor, ¿Cómo hubiera

podido aprender el bien ignorando lo que le es contrario? Porque en efecto es más firme y más segura la percepción de lo experimentado que la simple conjetura que procede de una suposición. Y así como la lengua al gustar hace la experiencia de lo dulce y de lo amargo, y el ojo al ver distingue lo negro de lo blanco, y el oído al oír percibe las diferencias de los sonidos, así el espíritu, por experiencia de uno y de otro, aprende lo que es el bien y queda confirmado para retenerlo haciéndose obediente a Dios. En primer lugar rechaza la desobediencia que es cosa áspera y mala, mediante la penitencia; luego, aprendiendo de manera inmediata la naturaleza de lo que es contrario al bien y a la dulzura, jamás intentará ni siquiera probar lo que es desobedecer a Dios. Pero si tú quieres eludir el conocimiento de ambas realidades y esta doble facultad de conocer, sin darte cuenta matarás lo que hay en ti de hombre.

Por lo demás, ¿cómo será dios el que ni siquiera ha llegado a ser hombre?; ¿cómo será perfecto el que acaba de ser hecho?; ¿cómo será inmortal el que, siendo de naturaleza mortal, no se sometió a su creador? Es necesario que en primer lugar tú guardes tu rango de hombre, y entonces podrás participar de la gloria de Dios. No eres tú el que hace a Dios, sino que Dios te hace a ti. Por tanto, si eres obra de Dios, aguarda la mano del artífice, que hace todas las cosas a su tiempo, el tiempo oportuno con respecto a ti, que eres obra de otro. Ofrécele tu corazón blando y moldeable, y guarda la figura que te dio el artífice, conservando en ti las huellas de sus dedos. Si guardas esta configuración, llegarás a la perfección, ya que será el arte de Dios lo que encubrirá lo que hay en ti de barro. Su mano fabricó tu substancia: él te cubrirá por dentro y por fuera con oro puro y plata, y te adornará de tal manera que el mismo rey codiciaría tu hermosura. Pero si te endureces en seguida, y opones resistencia a su arte, y te muestras descontento porque te ha hecho hombre, haciéndote ingrato a Dios habrás perdido a la vez su arte y tu vida. Porque el hacer es propio de la bondad de Dios, y el ser hecho es propio de la naturaleza del hombre. Por tanto, si le entregas a él lo que es tuyo, que es la fe en él y la sumisión, recibirás el efecto de su arte y serás una obra perfecta de Dios. Pero si no te confías a él y te escapas de sus manos, la causa de tu imperfección estará en ti que no te sometiste, no en aquel que te llamó. Porque aquel envió a que invitaran a la boda; pero los que no aceptaron la invitación a sí mismos se privaron de la cena del rey.

No es que el arte de Dios sea deficiente, ya que tiene poder para suscitar de las piedras hijos de Abraham; sino que aquel que no se somete a su arte se constituye en causa de su propia imperfección. No es imperfección de la luz el que haya quien se cegó a sí mismo, sino que permaneciendo la luz tal como es, los que se han cegado por su culpa se encuentran en las tinieblas. La luz no hace coacción alguna para someter a nadie, y Dios tampoco obliga a nadie que no esté dispuesto a someterse a su arte. Así pues, los que se apartaron de la luz del Padre y traspasaron la ley de la libertad, se separaron por su culpa, pues habían sido constituidos libres y dueños de sus actos.

Pero Dios, que de antemano sabe todas las cosas, ha dispuesto para unos y otros moradas apropiadas. A los que buscan la luz de la incorrupción y acuden a ella, les da benignamente esta luz que anhelan; en cambio a los que la desprecian y se apartan de ella y la rehuyen como quitarse los ojos, les preparó unas tinieblas adaptadas para el que es enemigo de la luz, imponiendo la pena que corresponde al que se escapa de someterse a él. La sumisión a Dios es el descanso perpetuo, de suerte que los que huyen de la luz tienen un lugar digno de su fuga, y los que huyen el descanso perpetuo tienen una morada condigna de su huida. Porque estando todos los bienes en Dios, los que por voluntad propia huyen de Dios se privan a sí mismos de todos los bienes, y así, privados de todos los bienes de Dios vienen a caer en el justo juicio de Dios. Porque los que huyen del descanso con justicia vivirán en la pena y los que huyen de la luz con justicia viven en

las tinieblas. Así como los que huyen de la luz de este mundo ellos mismos se procuran las tinieblas, siendo ellos la causa de que se queden sin luz y vivan a oscuras y no siendo la luz la causa de este género de vida, como antes dijimos, así los que huyen de la luz eterna de Dios, que contiene en sí todos los bienes, son ellos mismos la causa de que hayan de habitar en las tinieblas eternas, privados de todos los bienes, siendo ellos mismos responsables de que se les haya asignado tal morada.¹²

El designio de salvación.

Dios se mostró magnánimo ante la caída del hombre, y dispuso aquella victoria que iba a conseguirse por el Verbo. Así, “desplegando su poder ante la debilidad” (cf. 2 Cor 12:9) quedaba de manifiesto la benignidad de Dios y la extrema magnificencia de su poder. Porque Dios toleró con paciencia que Jonás fuese engullido por la ballena, no para que fuese absorbido y pereciese definitivamente, sino para que cuando fuera de nuevo vomitado fuera más sumiso a Dios y glorificase mejor a aquel que le había otorgado una salvación tan inesperada, induciendo a los ninivitas a una firme penitencia y convirtiéndolos al Señor que los había de librar de la muerte con el estupor que les causó aquel milagro de Jonás... De la misma manera, Dios toleró en los comienzos que el hombre fuese engullido por aquel gran cetáceo que era el autor de la prevaricación, no para que fuese absorbido y pereciese definitivamente, sino estableciendo y preparando de antemano un designio de salvación, que fue puesto por obra por el Verbo mediante el “signo de Jonás...” (Lc 11:29). Así, recibiendo el hombre de Dios una salvación inesperada, puede resucitar de entre los muertos y glorificar a Dios, pronunciando las palabras proféticas de Jonás: “Grité al Señor mi Dios en mi tribulación, y me oyó estando yo en el seno del abismo” (Jon 2:2). De esta suerte el hombre permanecerá para siempre glorificando a Dios, dándole gracias por la salvación que obtuvo de él, “para que ninguna carne se gloríe delante del Señor” (1 Cor 1:29), ni pueda ya el hombre jamás dar entrada a pensamiento alguno contra Dios, imaginando que su propia incorruptibilidad es algo natural suyo, engriéndose con vana soberbia y pensando contra toda verdad que es por su propia naturaleza semejante a Dios. Porque esto era lo que en concreto hacía al hombre desagradecido para con aquel que le había creado, y le velaba el amor que Dios tenía para con el hombre, segando sus potencias para que no pudiera sentir de Dios como conviene, a saber, el compararse con Dios y creerse igual a él.

Pero fue tal la magnanimidad de Dios, que dejó que el hombre pasase por todo esto, y tuviese así conocimiento de la muerte, **pasase luego a la resurrección de entre los muertos y conociese por experiencia propia de dónde había sido libertado.** Así se mostrará para siempre agradecido a su Señor, amándole más después de haber recibido de él el don de la inmortalidad, ya que “a quien más se le perdona, más ama” (Lc 7:42). Así se conocerá el hombre a sí mismo como ser mortal y débil, y conocerá también a Dios, que es hasta tal extremo inmortal y poderoso que puede dar la inmortalidad a lo mortal y la eternidad a lo temporal; conocerá finalmente todo el poder de Dios que se ha ejercitado en sí mismo, e instruido de esta manera llegará a tener sentido de la grandeza de Dios. Pues la gloria del hombre es Dios: pero el receptáculo de toda acción de Dios, de su sabiduría y de su poder es el hombre. Y así como el médico se prueba qué tal es en los enfermos, así Dios se manifiesta en los hombres. Por esto dice Pablo: “Incluyó Dios todo en la incredulidad, a fin de que a todos alcanzara su misericordia” (Rom 11:32) Esto dice refiriéndose... al hombre, que desobedeció a Dios y perdió la inmortalidad, pero luego alcanzó misericordia, recibiendo por medio del Hijo de Dios la filiación que es propia de éste.

El hombre que sin soberbia ni jactancia tiene un sentimiento verdadero acerca de lo creado y del Creador, Dios poderosísimo que está por encima de todas las cosas y que a todas da el ser; el que permanece en su amor con sumisión y acción de gracias, recibirá de él una gloria cada vez mayor y progresará hasta hacerse semejante a aquel que murió por él. Pues, efectivamente, aquél se hizo “semejante a la carne de pecado” (Rom 8:3) para destruir al pecado. Y una vez destruido, lo arrojó de la carne, incitando al hombre a hacerse semejante a sí, destinándolo a ser imitador de Dios, poniéndolo al mismo nivel de su Padre y otorgándole el don de poder ver a Dios y comprender al Padre. Esto hizo el Verbo de Dios habitando en el hombre y haciéndose Hijo del hombre, a fin de habituar al hombre a recibir a Dios, y habituar a Dios a vivir en el hombre.¹³

El plan salvífico de Dios ante el pecado del nombre.

Al salir el Señor a buscar la oveja perdida, llevando a cabo con un designio grandioso la recapitulación y restauración de lo que era obra de sus propias manos, era preciso que salvase al mismo hombre que había sido creado a su imagen y semejanza, es decir Adán, después que se había cumplido el tiempo de su condena por desobediencia... De esta suerte, Dios no fracasó, ni falló su arte creador. Porque, si el hombre, al que Dios había hecho para la vida, cuando perdió esta vida como consecuencia de la herida de la serpiente corruptora, ya no hubiese podido ser revivificado, sino que se hubiese hundido en una muerte definitiva, Dios hubiese fracasado, mientras que la malicia de la serpiente hubiese triunfado sobre el designio de Dios. Pero Dios es invencible y magnánimo y su magnanimidad se mostró en la corrección y en la prueba que impuso al hombre. Por medio del segundo hombre, “encadenó al que era fuerte y le arrebató sus posesiones” (Mt 12:29; Lc 3:27)” expulsando a la muerte y vivificando al mismo hombre que había muerto. La primera de las posesiones que (el enemigo) había conseguido era Adán, al que había puesto bajo su dominio haciéndole prevaricar malvadamente e infiriéndole la muerte con la promesa de la inmortalidad. Porque, en efecto, prometiendo que “serían como dioses” (Gen 3, 5) — cosa que él no podía otorgar en manera alguna — les dio la muerte. Pero en su justicia Dios ha vuelto a someter a cadenas al que había encadenado al hombre, mientras que el hombre que había sido encadenado ha sido liberado de las cadenas de su condenación. Este hombre es Adán, del que, según la Escritura, dijo el Señor: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1, 26). Y nosotros somos sus descendientes, y, como descendientes suyos, hemos heredado su nombre.¹¹

Por qué fue el hombre arrojado del paraíso y castigado con la muerte.

Dios arrojó al hombre del paraíso y lo transportó lejos del árbol de la vida, no porque le rehusase celosamente el árbol de la vida, como algunos audazmente mantienen, sino por misericordia para con él: para que no permaneciese para siempre transgrediendo, ni fuese inmortal el pecado que le afligía, ni su mal fuese sin término y sin curación. Puso fin a su trasgresión interponiendo la muerte y haciendo cesar el pecado al imponerle la disolución de la carne en la tierra; de esta suerte, cesando el hombre en un determinado momento de vivir al pecado, y muriendo al pecado, podía empezar a vivir para Dios (Cf. Rom 6:2 y 10).

Por esta razón puso enemistad entre la serpiente y la mujer y su descendencia, quedando ambas partes al acecho una de otra. La una era mordida en sus plantas, pero era capaz de pisotear la cabeza del enemigo, mientras que la otra mordía y mataba impidiendo la entrada del hombre en la Vida, hasta que llegara la descendencia predestinada para pisotear su cabeza. Esto se realizó cuando dio a luz María, de cuyo fruto dijo- el profeta: “Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y pisotearás al león y al dragón” (Sal 90:13)

Esto significaba que el pecado que se había erigido y propagado contra el hombre, haciéndole morir, sería expulsado juntamente con el imperio de la muerte, y sería pisoteado en los tiempos posteriores aquel león que ha de asaltar al género humano, que es el Anticristo; y asimismo será encadenado aquel dragón y aquella antigua serpiente, sometiéndolo al dominio del hombre que antes había sido vencido, el cual aplastará todo su poder.

Adán había sido vencido, y la vida le había sido del todo arrebatada; y por esta razón, una vez vencido el enemigo, Adán recobró la vida.

“En último lugar será aniquilada la muerte enemiga” (1 Cor 5:26) que en un principio había dominado al hombre. Y entonces, una vez liberado el hombre, se realizará lo que está escrito: “La muerte ha quedado engullida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?” (1 Cor 15:54-55)¹⁵

Explicación de la parábola de los viñadores (Mt 21:33-43).

Fue Dios quien plantó la viña del género humano cuando creó a Adán y cuando eligió a los patriarcas. Después la confió a los viñadores por medio de la legislación de Moisés. La rodeó con un seto, es decir, delimitó la tierra que tenían que cultivar. Edificó una torre, es decir, eligió a Jerusalén. Cavó un lagar, cuando preparó el receptáculo de la palabra profética: y así envió profetas antes de la trasmigración a Babilonia, y otros después de la trasmigración, más numerosos que los primeros, para recabar los frutos con las palabras siguientes: “Esto dice el Señor: Enmendad vuestros caminos y vuestras costumbres; juzgad con juicio justo; tened compasión y misericordia, cada uno con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero y al pobre; que nadie conserve en su corazón el recuerdo de la malicia de su hermano; no améis el juramento falso...” Cuando los profetas predicaban esto, recababan el fruto justo. Pero, como no les hacían caso, al fin envió a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, al cual mataron los colonos malos y lo arrojaron fuera de la viña, Y por esto Dios entregó la viña — no ya cercada, sino extendida por todo el mundo — a otros colonos que dieran sus frutos a sus tiempos. La torre de elección sobresale magnífica por todas partes, ya que en todas partes resplandece la Iglesia, En todas partes se ha cavado el lagar, pues en todas partes se encuentran quienes reciben el Espíritu. Y puesto que aquellos rechazaron al Hijo de Dios y lo echaron, cuando lo mataron, fuera de la viña, justamente los rechazó Dios a ellos, confiando el cuidado de los frutos a las gentes que estaban fuera de la viña... Uno y el mismo es el Dios Padre, que plantó la viña, que sacó al pueblo, que envió a los profetas, que envió a su propio Hijo, que dio la viña a otros colonos que le entreguen el fruto de su tiempo .¹⁶

8. Adv. Haer. II,2-4; 9. Ibid. II, 10-4; 10. Ibid. I, 22-1; 11. Ibid. IV, 14, 1-3; 12. Ibid. IV, 38 – 4, 39-4; 13. Ibid., 20-1; 14. Ibid. III, 23-1; 15. Ibid. III, 23-6; 16. Ibid. IV, 36-2;

III. Cristo, manifestación del Padre y salvación de los hombres.

La generación del Hijo es estrictamente inefable.

Si alguno nos dijere: ¿Cómo, pues, fue producido el Hijo por el Padre?, le diremos que esta producción, o generación, o pronunciación o eclosión, o cualquiera que sea el nombre con que se quiera llamar a esta generación, que en realidad es inenarrable, no la entiende nadie... sino solamente el Padre que engendró, y el Hijo que fue engendrado. Y supuesto que esta generación es inenarrable, todos los que se afanan por narrar generaciones y producciones no están en su sano juicio, pues prometen explicar lo que es inexplicable. Que la palabra se emite a partir del

pensamiento y de la inteligencia, esto evidentemente lo saben todos los hombres. Por tanto, no han logrado un gran hallazgo los que excogitaron como explicación una emisión de esta naturaleza; ni revelaron ningún misterio secreto si no hicieron más que aplicar a la Palabra unigénita de Dios lo que todos comprenden de toda palabra, aunque quieran declarar la producción y generación del primer engendrado como si ellos hubieran ayudado a dar a luz al que llaman inenarrable e innominable, sólo porque lo asimilan a la emisión de la palabra humana.¹⁷

Nada absolutamente de lo que ha sido creado y está bajo el dominio de Dios puede compararse con el Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho (Jn 1, 3), que es nuestro Señor Jesucristo. En efecto, los ángeles y los arcángeles y los tronos y las dominaciones han sido creados por el Dios que está por encima de todos y, como indica Juan, han sido hechos por medio del Verbo. Efectivamente, después de decir del Verbo que “estaba en el Padre,” añadió: “Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada se hizo” (Jn 1, 3) Asimismo, David, al proclamar su alabanza, enumera en particular cada una de las criaturas que hemos mencionado, y los cielos y todas las potestades, añadiendo: “Porque él lo ordenó, y fueron creadas: lo dijo, y fueron hechas” (Sal 148:5; 32:9) ¿A quién lo ordenó? — A su Verbo —. “Por él, — dice — fueron afirmados los cielos: por el aliento de su boca todo el poder de ellos” (Sal 32:6) Y que todas las cosas las hizo libremente y como quiso, lo dice también David: “Nuestro Dios arriba en los cielos y en la tierra: él hizo todo lo que quiso” (Sal 113:11) Ahora bien, lo que ha sido creado es distinto del Creador, y lo que ha sido hecho es distinto del que lo hizo. El Creador no ha sido hecho, ni tiene principio, ni fin, ni necesita de nada, sino que se basta a sí mismo y aún confiere a los demás seres que sean lo que son. Lo que fue creado por él tuvo un comienzo; y todo lo que tuvo comienzo puede tener destrucción, y no es independiente, sino que depende del que lo hizo.

Así pues, es absolutamente necesario, aun para aquellos que sólo tienen una limitada comprensión de tales distinciones, que usemos palabras diferentes, de suerte que el que todo lo hizo juntamente con su Verbo, con toda propiedad sea el único que se llama “Dios” y “Señor,” mientras que las cosas creadas no pueden participar de este nombre, ni deben legítimamente apropiarse esta denominación, que es propia del Creador.¹⁸

El Verbo nos revela al Padre.

Nadie puede conocer al Padre sin el Verbo de Dios, es decir, sin que el Hijo se lo revele; y nadie puede conocer al Hijo sin el beneplácito del Padre. Pero el Hijo cumple el beneplácito, ya que el Padre lo envía, y el Hijo es enviado y viene. Y el Padre, aunque para nosotros es invisible e inexpresable, es conocido por su propio Verbo; y aunque es inexplicable, el Verbo nos lo explica para nosotros (cf. Jn 1:18). Recíprocamente, el Verbo sólo es conocido de su Padre. Esta es la doble verdad que nos manifestó el Señor. Por esta razón, el Hijo, con su manifestación, revela el conocimiento del Padre, ya que la manifestación del Hijo es conocimiento del Padre, puesto que todas las cosas son manifestadas por el Verbo. Y para que supiéramos que el Hijo venido a nosotros es el que da el conocimiento del Padre a los que creen en él, decía a los discípulos: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquellos a quienes el Hijo lo revelare” (Mt 11:27) Con esto nos enseñaba lo que él mismo es y lo que es el Padre, a fin de que no admitiéramos a otro Padre fuera de aquel que se revela en el Hijo.¹⁹

No hay más que un solo Dios, quien con su Verbo y su Sabiduría ha creado y adornado todas las cosas. Él es el Creador, que ha destinado este mundo para el género humano. En su grandeza es desconocido de todas sus criaturas, ya que nadie ha penetrado su sublimidad ni entre los antiguos ni entre los contemporáneos; sin embargo, en lo que se refiere a su amor es conocido en todo tiempo gracias a aquel por quien creó todas las cosas, es decir, su Verbo, nuestro Señor

Jesucristo, el cual, en los últimos tiempos se ha hecho hombre entre los hombres en orden a unir el fin con el principio, **esto es, el hombre con Dios**, Por esta razón, los profetas, que recibieron, el don de la profecía del mismo Verbo, predicaron su venida según la carne, mediante la cual se hizo la mezcla y comunicación de Dios y del hombre, según el beneplácito del Padre.

Ya desde el comienzo había preanunciado el Verbo de Dios que Dios sería visto de los hombres y viviría y conversaría con ellos sobre la tierra, haciéndose presente en la obra de sus manos para salvarla y hacerse asequible a ella, “liberándonos de las manos de todos los que nos odian” (Lc 1:71), es decir de todo espíritu de trasgresión, haciendo “que le sirvamos en santidad y justicia todos los días de nuestra vida” (Lc 1:74-75), a fin de que el hombre, entrelazado con el Espíritu de Dios, alcance la gloria del Padre.

Esto anuncian los profetas de manera profética, lo cual no es decir, como pretenden algunos, que siendo el Padre de todas las cosas invisible, era otro el que era visto por los profetas. Esto dicen los que no saben absolutamente nada de lo que es una profecía. Porque una profecía es una predicción de las cosas futuras, esto es, una anunciaciación anticipada de lo que luego será. Ahora bien, anuncian los profetas que Dios sería visto de los hombres, así como también dice el Señor: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.” Sin embargo, en su propia grandeza y en su gloria inenarrable, “nadie que vea a Dios, vivirá” (Ex 33:20), ya que el Padre es incomprensible. Pero en su amor, en su bondad para con los hombres y en su omnipotencia, concede esto a los que le aman, es decir, que vean a Dios: esto es lo que anuncian los profetas, porque “lo que es imposible a los hombres es posible para Dios” (Lc 18:27) Porque el hombre por sí mismo no verá a Dios; pero si Dios quiere, puede hacerse visible a los hombres, a los que quiera, cuando quiera y como quiera. Dios lo puede todo: y así fue visto entonces proféticamente por medio del Espíritu, y ha sido visto según la adopción por medio del Hijo, y será visto según su paternidad en el reino de los cielos, ya que el Espíritu prepara al hombre para hacerlo hijo de Dios, y el Hijo lo lleva al Padre, y el Padre le da la incorrupción y la vida eterna, cosas todas que resultan a cada uno del hecho de ver a Dios. Porque así como los que ven la luz están dentro de la luz, y participan de su resplandor, así los que ven a Dios están dentro de Dios y participan de su resplandor. **El resplandor de Dios da la vida: por tanto los que ven a Dios participan de la vida.** Por esta razón, el que es inasequible e incomprensible e invisible, se presenta a los hombres como visible y comprensible y asequible, para dar la vida a los que lo captan y lo ven. Y así como su grandeza es inalcanzable, así también su bondad es inenarrable, y por ella se deja ver y da la vida a los que le ven. En efecto, es imposible vivir sin la vida, y no hay vida sin la participación de Dios, **y la participación de Dios es ver a Dios y gozar de su bondad...** Así pues, desde los comienzos es el Hijo el revelador del Padre, ya que desde el principio está con el Padre. Las visiones proféticas, la distribución de los carismas y ministerios y la gloria del Padre, todo lo ha ido manifestando al género humano en tiempo oportuno para su utilidad, de manera armoniosa y concertada: porque donde hay concierto hay consonancia, y donde hay consonancia hay oportunidad, y donde hay oportunidad hay utilidad, Por esto el Verbo se constituyó en dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, en favor de los cuales obró tantos designios: **manifestó a Dios a los hombres, y presentó los hombres ante Dios, guardando la invisibilidad del Padre**, para que el hombre no llegara a menospreciar a Dios, sino que pudiera progresar hacia él indefinidamente, y al mismo tiempo haciendo a Dios visible a los hombres mediante muchas disposiciones, a fin de que el hombre, privado totalmente de Dios, no dejara de existir. Porque gloria de Dios es el hombre vivo, **y vida del hombre es la visión de Dios.** Y si la manifestación de Dios que consiste en la creación da la vida a todos los

vivientes de la tierra, mucho más la manifestación del Padre que se hace por el Verbo da la vida a los que ven a Dios.²⁰

Cómo el Verbo cumple los designios de Dios sobre el hombre.

No había manera de que llegáramos a conocer las cosas de Dios, si nuestro Maestro, el Verbo, no se hubiera hecho hombre. Porque nadie más podía explicarnos las cosas del Padre fuera de su propio Verbo. En efecto, fuera de él, ¿quién conoció la mente del Señor?; ¿quién llegó a ser su consejero?" (Rom 11, 34) Por otra parte, nosotros no podíamos aprender de otra manera si no es viendo con los ojos a nuestro Maestro, y oyendo con nuestros oídos su voz: de esta forma, haciéndonos imitadores de sus obras y cumplidores de sus palabras, **podíamos llegar a tener comunión con él**. Los que acabábamos de ser hechos, fuimos creciendo, recibiendo incremento de aquel que es perfecto y que existe desde antes de la creación, el único que es bueno y óptimo, el que tiene el don de la incorruptibilidad, a cuya imagen habíamos sido hechos. Habíamos sido predestinados para ser, según la prescincencia del Padre, lo que todavía no éramos: pues éramos un comienzo de lo que tenía que ser, para recibir el incremento en los **tiempos preestablecidos por el ministerio del Verbo**, el cual es perfecto en todo. Y, efectivamente, siendo poderoso como Verbo, y siendo hombre verdadero, con su sangre nos redimió de una manera perfecta, dándose a sí mismo **como rescate** por aquellos que habían sido reducidos a cautividad. Y puesto que el Espíritu de rebelión nos tenía sometidos injustamente — ya que perteneciendo por naturaleza a Dios omnipotente nos había alienado contra nuestra naturaleza y nos había hecho sus seguidores — el Verbo de Dios, que tiene todo poder y no puede fallar en su justicia, justamente se volvió contra el mismo Espíritu de rebelión, rescatando de su poderío lo que era suyo, y esto no de manera violenta — como en un principio el Espíritu de rebelión nos había sometido al arrebatar con su hambre insaciable lo que no era suyo — sino por persuasión, como convenía que Dios, que es persuasivo y no violento, tomase lo que quisiese. De esta suerte, ni la justicia quedaba conculcada, ni lo que Dios había originariamente creado quedaba destruido.²¹

Cristo, vencedor de la antigua serpiente, según la promesa.

Recapitulando todas las cosas, Cristo fue constituido cabeza: declaró la guerra a nuestro enemigo, y destruyó al que en el comienzo nos había hecho prisioneros en Adán, aplastando su cabeza, como está en el Génesis que Dios dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya: él acechará a tu cabeza, y tú acecharás a su calcañal" (Gen 3:15). Estaba predicho, pues, que aquel que tenía que nacer de una mujer virgen y de naturaleza semejante a la de Adán, tenía que acechar a la cabeza de la serpiente. Esta es la descendencia de la que habla el Apóstol en la epístola a los Galatas: "La ley de las obras fue puesta hasta que viniera la descendencia al que había recibido la promesa" (Gal 3:19). Y todavía lo declara más abiertamente en la misma carta cuando dice: "Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, hecho de mujer" (Gal 4:4). El enemigo no hubiese sido vencido de una manera adecuada si no hubiese sido hombre nacido de mujer el que le venció. Porque en aquel comienzo el enemigo esclavizó al hombre valiéndose de la mujer, poniéndose en situación de enemistad con el hombre. Y por esto el Señor se confiesa a sí mismo Hijo del hombre, recapitulando así en sí mismo aquel hombre original del cual había sido modelada la mujer. De esta suerte, así como por un hombre vencido se propagó la muerte en nuestro linaje, así también por un hombre vencedor podamos levantarnos a la vida. Y así como la muerte obtuvo la victoria contra nosotros por culpa de un hombre, así también nosotros obtengamos la victoria contra la muerte gracias a un hombre. Por otra parte, el Señor no habría podido recapitular en sí mismo la antigua y original hostilidad

contra la serpiente, cumpliendo así la promesa del Creador, si hubiese procedido de otro Padre. Pero es uno mismo e idéntico el que nos formó en un principio y el que envió a su Hijo al fin de los tiempos: y el Señor no ha hecho sino cumplir su mandato, tomando carne de mujer, destruyendo a nuestro enemigo y rehaciendo al hombre a imagen y semejanza de Dios...²²

El Verbo, haciéndose hombre verdadero, liberó a los hombres.

Nuestro Señor es el único maestro verdadero, Hijo de Dios verdaderamente bueno y paciente, Verbo de Dios Padre que se hizo Hijo del hombre. Porque, efectivamente luchó y venció, ya que era un hombre que luchaba por sus padres, pagando con su obediencia la desobediencia. Él encadenó al que era fuerte y libertó a los débiles y dio la salvación a la obra de sus manos, destruyendo el pecado. Porque el Señor es bondadosísimo y misericordioso, y ama al género humano, y así, como hemos dicho, ha realizado la unión del hombre con Dios. Porque si no hubiera sido hombre el que venció al enemigo del hombre, la derrota del enemigo no habría sido justa; y, por otra parte, **si no hubiese sido Dios el que nos daba el don de la salvación, no poseeríamos ésta de manera segura.** Además, si no hubiese sido unido el hombre con Dios, **no habría podido participar de la incorruptibilidad.** Así pues, convenía que el mediador entre Dios y los hombres por su parentesco propio con una y otra parte redujese a entraba a la amistad y concordia, recomendando los hombres a Dios y dando a conocer Dios a los hombres.

¿Cómo podríamos ser hijos de adopción por participación si no hubiésemos recibido por medio del Hijo la comunión que éste tiene con Dios, es decir, si el Verbo no la hubiese comunicado con nosotros haciéndose carne? Por esta razón, atravesó todas las edades, **restituyéndolas todas a la comunión con Dios.** Por consiguiente, los que dicen que sólo se manifestó aparentemente, y que no nació en la carne ni fue verdaderamente hombre, se encuentran todavía bajo la condenación antigua, y ofrecen argumentos en favor del pasado. Según ellos, no ha sido todavía vencida la muerte que “reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no pecaron a imitación de la trasgresión de Adán” (Rom 5:14). Cuando vino la ley, dada por medio de Moisés, dio testimonio acerca del pecado, declarando que era trasgresor (cf. Rom 7:13), retirando su imperio y descubriendo que no era rey, sino ladrón y declarándolo homicida. Pero la ley puso una carga sobre el hombre, que tenía en sí el pecado, mostrándole que era condenado a muerte. Porque la ley, aun siendo espiritual, se limitó a poner de manifiesto **el pecado, pero no lo destruyó,** porque el dominio del pecado no era sobre el Espíritu, sino sobre el hombre. Era preciso, por tanto, que el que tenía que dar muerte al pecado y rescatar al hombre de su pena de muerte, se hiciera precisamente lo que éste era, es decir, hombre, reducido a esclavitud por el pecado y cautivo de la muerte. Así el pecado recibiría muerte de mano de un hombre, y el hombre **escaparía a la muerte.** Así como por la desobediencia de un hombre, modelado el primero de la tierra virgen, muchos fueron hechos pecadores y perdieron la vida, así fue preciso que por la obediencia de un hombre, que nació el primero de una virgen, muchos han sido justificados y han alcanzado la salvación.

Así pues, el Verbo de Dios se hizo hombre, como dice Moisés: “Dios: sus obras son verdaderas” (Dt 32:4) Si hubiese aparecido como carne sin haberse hecho carne, no sería su obra verdadera. Lo que aparecía, eso era: Dios que recapitulaba en sí el hombre que él mismo había originariamente modelado, a fin de dar muerte al pecado, aniquilar la muerte y vivificar al hombre. Es así como “sus obras son verdaderas.”

Por el contrario, los que dicen que es un puro hombre, engendrado por José, permanecen en la esclavitud de la desobediencia original, y en ella mueren. Todavía no han entrado en comunión con el Verbo de Dios Padre, ni han recibido la libertad por medio del Hijo, como dice él

mismo: “Si el Hijo os ha emancipado, verdaderamente sois libres” (Jn 8:36) Por no reconocer al Emmanuel nacido de la Virgen, se encuentran privados de su don, que es la vida eterna. Al no recibir al Verbo de la incorruptibilidad, permanecen en su carne mortal y en deuda con la muerte, sin apropiarse el antídoto de la vida. A ellos se dirige el Verbo, explicando el don de su gracia: “Yo dije: sois dioses, y todos sois hijos del Altísimo; en cambio vosotros, siendo hombres, moriréis” (Sal 81:6-7) Esto último se refiere a los que no aceptan el don de la adopción, sino que al contrario, desprecian la encarnación y la casta generación del Verbo de Dios, robando así al hombre de aquella ascensión hasta el Señor y mostrándose ingratos para con el Verbo de Dios que por ellos se encarnó. Porque esta es la razón por la que el Verbo de Dios se hizo hombre, y el Hijo de Dios Hijo del hombre: para que el hombre, **recibiendo en sí al Verbo y adquiriendo la filiación, se hiciese hijo de Dios.**

No podíamos adquirir la incorrupción y la inmortalidad de otra forma que uniéndonos a la incorrupción y a la inmortalidad. Y, ¿cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad, si antes la incorrupción y la inmortalidad no se hacía lo que nosotros somos, de suerte que “lo corruptible fuera absorbido por la incorrupción, y lo mortal por la inmortalidad... a fin de que recibiéramos la adopción de hijos?” (cf. 1 Cor 15:53-54; Rom 8:15)

En vista de esto, “¿quién explicará su generación?” (Is 53:8). “Siendo hombre, ¿quién le reconocerá?” (Jer 17:9) Le reconoce aquél, “a quien lo reveló el Padre que está en los cielos” (Mt 16:17) haciéndole entender que aquel que nació Hijo del hombre, “no por la voluntad de la carne ni por la voluntad de varón” (Jn 1: 13), ése es Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16:13).²³

El Verbo eterno se encarna en el tiempo para redimir al hombre.

Puede mostrarse con evidencia, que el Verbo, que desde el principio estaba en Dios, aquel por medio del cual fueron hechas todas las cosas y que desde siempre estaba presente en el género humano, en los últimos tiempos, en el momento predeterminado por el Padre, se unió a lo que él mismo había modelado y se hizo hombre capaz de padecer. Así se elimina la objeción de los que dicen: “Si nació en aquel momento, Cristo no existía anteriormente.” Porque hemos mostrado, efectivamente, que el Hijo de Dios no empezó a existir en aquel momento, sino que desde siempre existía en el Padre.

Pero en el momento en que se encarnó y se hizo hombre, entonces recapituló en sí mismo la larga serie de los hombres, dándonos de una manera compendiosa la salvación, de suerte que lo que habíamos perdido en Adán, es decir, el ser “a imagen y semejanza de Dios” (Gen 1:26), esto mismo lo recuperásemos en Cristo Jesús.

Porque no era posible que el hombre una vez vencido y destruido por la desobediencia, pudiese reconstruir y recuperar por sí mismo la palma de la victoria, como tampoco era posible que el que había caído bajo el pecado obtuviese él mismo su salvación.

Por esto el Hijo operó lo uno y lo otro: **siendo Verbo de Dios, descendió del Padre y se encarnó, descendió hasta la muerte y llevó a su término el designio de nuestra salvación.** Pablo nos exhorta a creer sin vacilación en esta salvación, diciendo: “No digas en tu corazón ¿quién subirá al cielo?, esto es, para hacer bajar a Cristo; o ¿quién bajará al abismo?, esto es, para sacar a Cristo de entre los muertos” (Rom 10:6-7) Y añade: “Porque si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado” (Rom 10:9) Y Pablo da la razón por la que el Verbo de Dios obró así, cuando dice: “Para esto vivió Cristo, y murió y resucitó: para ser Señor de los vivos y de los muertos” (Rom 14:9)²⁴

La redención de Cristo se extiende a todos los tiempos.

Por esta razón estaban pesados los ojos de los discípulos cuando Cristo vino a su pasión; y encontrándoles dormidos, el Señor primero les dejó estar, significando con ello la paciencia de Dios ante el sueño de los hombres. Pero cuando vino la segunda Vez, los despertó y los hizo levantar, significando que su pasión era el momento de despertar a los discípulos que dormían. Y por ellos descendió a las regiones inferiores de la tierra (Ef 4:9), para ver con sus ojos lo que había quedado inconcluso en su creación, a saber, aquellos de quienes decía a los discípulos: “Muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís” (Mt 13:17).

Porque Cristo no vino sólo por aquellos que en los tiempos del emperador Tiberio creyeron en él; ni el Padre tuvo sólo providencia de los hombres que ahora existen; sino que vino por todos los hombres sin excepción que desde el principio, según su capacidad, y en sus tiempos, temieron y amaron a Dios, y practicaron la justicia y la piedad para con sus prójimos, y desearon ver a Cristo y oír sus palabras. Y por esta razón, en la segunda venida, a todos los tales los despertará de su sueño y los hará levantar antes que a los demás que habrán de ser juzgados, y los establecerá en su reino.

Porque, en efecto, no hay más que un solo Dios, que en sus designios condujo a los patriarcas, pero también justificó “a los circuncisos a partir de la fe y a los incircuncisos mediante la fe” (Rom 3:30). Y así como nosotros estábamos prefigurados y anunciados en los que nos precedieron, así también ellos reciben en nosotros su forma cumplida, esto es, en la Iglesia, y reciben la recompensa de su labor. Por esto decía el Señor a los discípulos: “Mirad que os digo: levantad los ojos y contemplad los campos que están blancos para la mies. Porque el segador recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, para que se alegren juntamente el que siembra y el que siega. Aquí se cumple la palabra de que uno es el que siembra y otro el que siega, ya que yo os he enviado a segar lo que no labrasteis; otros labraron, y vosotros os habéis introducido en su labor” (Jn 4:35-38) ¿Quiénes son, pues, los que trabajaron, los que sirvieron a los designios de Dios? Está claro que son los patriarcas y los profetas, que fueron figura de nuestra fe y sembraron en la tierra **la venida del Hijo de Dios**, anunciando quién y cómo sería, a fin de que los hombres que habían de venir, teniendo temor de Dios, recibieran fácilmente, enseñados por los profetas, la venida de Cristo...

Por esta razón, el que recibió el apostolado para con los gentiles hubo de trabajar más que los que predicaban al Hijo de Dios entre los circuncisos. Porque éstos tenían la ayuda de las Escrituras, que el Señor había confirmado y cumplido al venir tal como había sido anunciado. Pero allí se enfrentaban con una enseñanza extraña y una doctrina nueva: los dioses de los gentiles lejos de ser dioses son ídolos de los demonios; **existe un solo Dios**, que está sobre todo principado y potestad y dominación, y sobre todo nombre que pueda nombrarse (Ef 1:21); que su Verbo, por naturaleza invisible, se ha hecho palpable y visible, humillándose hasta la muerte y muerte de cruz; que los que creen en él serán incorruptibles e impasibles, y recibirán el reino de los cielos. Todo esto tenía que predicarse a los gentiles por la sola palabra, sin Escrituras, y por eso tenían que trabajar más los que se dedicaban a predicar entre los gentiles.

Pero, a su vez, aparece más generosa la fe de los gentiles al aceptar la palabra de Dios sin haber sido enseñados por las Escrituras. De esta forma suscitó Dios de las piedras hijos de Abraham, llevándolos al cortejo del iniciador y heraldo de nuestra fe, el cual aceptó la alianza de la circuncisión después de la justificación por la fe que precedió a la circuncisión, para que así quedasen prefigurados los dos testamentos, y fuese hecho padre de todos **los que siguen al Verbo de Dios** y admiten vivir como extranjeros en este mundo. Éstos son los que tienen fe, tanto si vienen de la circuncisión como de la incircuncisión, representados por Cristo, piedra angular en

el vértice, que todo lo mantiene en cohesión, y que hace converger en una única fe de Abraham a los que, de uno y otro testamento, son aptos para el edificio de Dios.²⁵

Cristo, tesoro escondido en el campo de las Escrituras.

Si uno lee con atención las Escrituras, encontrará que hablan de Cristo y que prefiguran la nueva vocación. Porque él es el “tesoro escondido en el campo” (Mt 13:44), es decir, en el mundo, ya que “el campo es el mundo” (Mt 13:38) tesoro escondido en las Escrituras, ya que era indicado por medio de figuras y paráboles, que no podían entenderse según la capacidad humana antes de que llegara el cumplimiento de lo que estaba profetizado, que es el advenimiento de Cristo. Por esto se dijo al profeta Daniel: “Cierra estas palabras y sella el libro hasta el tiempo del cumplimiento, hasta que muchos lleguen a comprender y abunde el conocimiento. Porque cuando la dispersión habrá llegado a su término, todo esto será comprendido” (Dan 12:4-7). Y también Jeremías dice: “En los últimos tiempos entenderán estas cosas” (Jer 23:20). Porque toda profecía antes de su cumplimiento presenta enigmas y ambigüedades a los hombres. Pero cuando llega el tiempo y se realiza lo que está profetizado, entonces se puede dar una explicación clara y segura de las profecías. Por esta razón, cuando los judíos leen la ley en nuestros tiempos, se parece a una fábula, pues no pueden explicar todas las cosas que se refieren al advenimiento del Hijo de Dios como hombre. En cambio, cuando la leen los cristianos, es para ellos un tesoro escondido en el campo, que la cruz de Cristo ha revelado y explanado: con ella la inteligencia humana se enriquece y se muestra la sabiduría de Dios, manifestándose sus designios sobre los hombres, prefigurándose el reino de Cristo y anunciándose de antemano la herencia de la Jerusalén santa. En ella se prenuncia que el hombre progresará tanto en el amor de Dios, que podrá incluso ver a Dios y oír su palabra, y que con el oído de su voz recibirá tal gloria que los demás hombres no podrán poner sus ojos en su rostro glorificado, como se dice en Daniel: “Los que hayan entendido brillarán como el resplandor del firmamento, y entre muchos justos como las estrellas en el firmamento por los siglos y aún más” (Dan 12:3) Así pues, si uno lee las Escrituras de la manera dicha — que es la manera que enseñó a los discípulos el Señor después de su resurrección de entre los muertos, mostrándoles con las mismas Escrituras que convenía que el Cristo padeciese y así entrara en su gloria, predicándose la remisión de los pecados en todo el mundo — será un discípulo perfecto, semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas viejas y nuevas.²⁶

Las dos naturalezas de Cristo.

Hemos mostrado a partir de las Escrituras, que absolutamente ninguno de los hijos de Adán puede ser llamado Dios o Señor en sentido propio, pero que **Cristo, al contrario** de todos los seres humanos que jamás existieron, es anunciado por todos los profetas y los apóstoles y por **el mismo Espíritu como Dios en sentido propio, y Señor, y Rey eterno, Hijo Único y Verbo encarnado:** lo cual puede comprobar cualquiera capaz de alcanzar aún una pequeña parte de la verdad. **Las Escrituras no darían acerca de él este testimonio si él fuera un simple hombre como los demás.** Pero, porque él por encima de todos tuvo aquella generación gloriosa que le viene del Padre altísimo, y al mismo tiempo gozó de aquella otra generación gloriosa a partir de una Virgen, **las Escrituras dan acerca de él este doble testimonio.** Por ser hombre, no tiene honor, y es posible, y se sienta sobre un burrito, y le dan a beber hiel y vinagre, y el pueblo le desprecia y se humilla hasta la muerte. Pero por ser Señor, es Santo, Admirable, Consejero, Hermoso en su figura y Dios fuerte que viene sobre las nubes para ser **Juez del universo.** Todo esto han profetizado de él las Escrituras. De la misma manera que era hombre, a fin de ser tenta-

do, así también era **Verbo, para ser glorificado.** El Verbo no intervenía cuando era tentado, deshonrado, crucificado y puesto a morir; pero en cambio, estaba unido a la humanidad cuando obtenía la victoria, y aguardaba el sufrimiento, y resucitaba y era llevado a los cielos.

Así pues, este **Señor nuestro es Hijo de Dios y Verbo del Padre, y también Hijo del hombre**, ya que tuvo una generación humana, hecho Hijo del hombre a partir de María, la cual pertenecía al linaje humano, siendo ella misma plenamente humana. Por esta razón, “el mismo Señor nos dio una señal... en las profundidades y arriba en las alturas” (Is 7:14-11), sin que nadie la hubiese pedido. Nadie podía esperar que una virgen pudiese quedar encinta, y parir a un hijo y que el fruto de este parto fuese Dios con nosotros, que descendía a las profundidades de la tierra para buscar a la oveja que había perecido, que era la obra que él mismo había modelado, y que subía luego a las alturas para presentar y recomendar al Padre al hombre que había sido reencontrado, obrando en sí mismo las primicias de la resurrección del hombre. Porque, así como la cabeza resucitó de entre los muertos, así también todo el cuerpo restante, es decir, todo hombre que se encuentre en vida una vez cumplido el tiempo de su condena debida por la desobediencia, **ha de resucitar...**

Así pues, Dios ha sido magnánimo ante la derrota del hombre, preparando la victoria que tenía que conseguirse por el Verbo. Porque “al desplegarse el poder en la debilidad” (2 Cor 12:9), se manifestaba la benignidad de Dios y la gloria magnífica de su poder.

Dios toleró con paciencia que Jonás fuese engullido por el cetáceo, no para que fuese absorbido y destruido definitivamente, sino para que, una vez arrojado de nuevo, fuera más sumiso a Dios y diese mayor gloria a aquel que le había otorgado una salvación tan inesperada, induciendo a los ninivitas a una firme penitencia y convirtiéndolos al Señor que los había de librar de la muerte con el estupor que les causó aquel milagro de Jonás. Porque así dice de ellos la Escritura: “Todos se retractaron de sus malos caminos y de la injusticia de sus manos, diciendo: ¿Quién sabe si Dios se arrepentirá, y apartará de nosotros su ira y así no pereceremos?” De manera semejante, Dios toleró pacientemente en los comienzos que el hombre fuese engullido por aquel gran cetáceo que era el autor de la prevaricación, no para que fuese absorbido y pereciese definitivamente, sino estableciendo y preparando de antemano un medio de salvación que fue llevado a la práctica por el Verbo mediante el “signo de Jonás” (Lc 11:29-30), para aquellos que tienen con respecto al Señor los mismos sentimientos que Jonás, confesándolo con sus mismas palabras: “Siervo del Señor soy yo, y adoro al Dios Señor del cielo, que hizo el mar y la tierra” (Jon 1:9) De esta forma, el hombre, recibiendo de Dios una salvación inesperada, resucita de entre los muertos y glorifica a Dios y pronuncia las palabras proféticas de Jonás: “Grité al Señor mi Dios en mi tribulación, y me oyó desde el seno del infierno” (Jon 2:2) Así el hombre permanece para siempre glorificando a Dios, y le da gracias sin interrupción por la salvación que obtuvo de él, “a fin de que ninguna carne se gloríe delante del Señor” (1 Cor 1:29), ni admita jamás el hombre pensamiento alguno contra Dios, imaginando que su propia incorruptibilidad es algo natural suyo y engriéndose con vana soberbia pensando fuera de la verdad que es por su propia naturaleza semejante a Dios. Porque esto era lo que hacía al hombre particularmente ingrato para con aquel que lo había creado, velándole el amor que Dios tenía para con el hombre y cegando sus potencias para que no pudiera sentir de Dios como conviene: el compararse con Dios y juzgarse igual a él.²⁷

Valor redentor de la pasión de Cristo.

Nuestro Señor Jesucristo sufrió una pasión extraordinariamente violenta; pero no sólo no tuvo él ningún peligro de sucumbir, sino que con su fuerza fortaleció al ser humano que había

sucumbido y lo restableció a la incorruptibilidad... El Señor padeció para devolver el conocimiento a los que se habían separado del Padre, dándoles acceso a él... Dándonos el conocimiento del Padre nos dio la salvación... El fruto de su pasión fue la fortaleza y el vigor. Porque el Señor con su pasión “subiendo a las alturas se llevó consigo una hueste de cautivos y derramó sus dones sobre los hombres” (Sal 67:19; cf. Ef 4:8). A los que tienen fe en él les concedió que pudieran “andar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo el poder de su enemigo” (Lc 10:19), es decir, del principio de la apostasía. Así, con su pasión, destruyó el Señor la muerte, disolvió el error, desterró la corrupción, aniquiló la ignorancia; y en cambio, nos manifestó la vida, nos mostró la verdad, nos hizo el don de la incorrupción...²⁸

Para destruir la desobediencia original del hombre en el árbol del paraíso, el Señor se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2:8). Así curaba la desobediencia que había tenido lugar en un árbol, con la obediencia que tenía lugar en otro árbol (el de la cruz)... Por aquello por lo que desobedecimos a Dios y no creímos su palabra, por ello mismo introdujo la obediencia y la sumisión a su palabra. Con ello muestra abiertamente que uno mismo es el Dios a quien ofendimos en el primer Adán al transgredir el mandato, y con quien nos reconciliamos en el segundo Adán por la obediencia hasta la muerte. Con nadie más teníamos deuda, sino con aquel cuyo precepto originariamente habíamos violado; y este es el creador, del cual si miramos su amor es Padre; si miramos su poder es Señor; si miramos su sabiduría es nuestro hacedor y modelador. Pero al violar su precepto, pasamos a ser enemigos suyos; y por esto, en estos últimos tiempos, el Señor, por medio de su encarnación, ha tenido que restituirnos su amistad, haciéndose “mediador entre Dios y los hombres” (1 Tim 2:5). Él hizo que el Padre, contra el cual habíamos pecado, nos fuera benévolos, pues con su obediencia le consoló de nuestra propia desobediencia, haciendo que nosotros tuviéramos familiaridad con nuestro creador y le obedeciéramos.²⁹

La ley de la esclavitud, educación para la ley de la libertad.

La ley, estando impuesta a los esclavos, educaba al alma por medio de cosas exteriores y corporales, arrastrándola, como con una cadena, a someterse a los preceptos, a fin de que el hombre aprendiera así a obedecer a Dios. Pero el Verbo, liberando al alma, le enseñó también a **purificar por ella al cuerpo de una manera voluntaria**. Con esto, se hizo necesario que se quitaran las cadenas de la esclavitud a las que el hombre se había ya acostumbrado, y que siguiera a Dios sin cadenas; y al mismo tiempo tenían que extenderse los preceptos de la libertad y debía crecer la sumisión al Rey, a fin de que ninguno volviera atrás y se manifestara indigno de aquel que le liberó. Porque el respeto y la obediencia para con el padre de familia son iguales en los esclavos y en los libres; pero los libres tienen una mayor confianza, puesto que el servicio libre es mayor y más glorioso que la sumisión del esclavo.

Por esta razón, el Señor en vez de “no cometerás adulterio” nos mandó ni siquiera deseálo; (Mt 5:27-28) y en vez de “no matarás,” ni siquiera encolerizarse (Mt 5:21); y en vez de pagar los diezmos, dar todos nuestros bienes a los pobres (cf. Mt 19:21); y amar no sólo a los próximos, sino también a los enemigos (cf. Mt 5:43-44); y no sólo ser generosos y dispuestos a comunicar lo propio, sino aun dispuestos a regalar de grado a aquellos que nos roban, pues dice: “Al que te quita la túnica dale también el manto, y al que te quita tus bienes no se los reclames, y haced con los hombres lo que queréis que hagan con vosotros” (Mt 5:40; Lc 6:30-31). De suerte que no nos hemos de entristecer como hombres que no quieren ser timados contra su voluntad, sino que nos alegremos como quien regala de grado, más dispuestos a hacer un regalo al prójimo que a someternos a una necesidad. “Si uno, dice, te contrata para mil pasos, anda con él otros dos mil” (Mt

5:41) de suerte que no le sigas como un esclavo, sino que vayas delante de él como un hombre libre, mostrándote dispuesto y útil al prójimo en todo, sin considerar su malicia, sino atendiendo a perfeccionar tu propia bondad haciéndote semejante al Padre “que hace salir el sol sobre los malos y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y los injustos” (Mt 5:45) Todo esto, como decíamos, no destruía la ley, sino que la cumplía y la ampliaba entre nosotros. Es como si uno dijera que el servicio del hombre libre es mayor, y que se ha arraigado en nosotros una sumisión y un efecto más plenos para con nuestro liberador, ya que no nos ha liberado para que nos apartemos de él — pues nadie puede por sí mismo conseguir los alimentos buenos de la salvación estableciéndose por su cuenta fuera de los bienes del Señor — sino para que, habiendo recibido de él un favor más grande, le amemos más. Pues cuanto mayor fuere nuestro amor para con él, tanto recibiremos de él una gloria mayor **cuando estemos para siempre en la presencia del Padre.**

Así, pues, todos los preceptos naturales nos afectan por igual a nosotros y a los judíos: en éstos tuvieron comienzo y origen, mientras que en nosotros han llegado a su madurez y a su cumplimiento. En efecto, obedecer a Dios, y seguir a su Verbo, **y amarle sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo** — siendo cualquier hombre prójimo de cualquier otro —, y abstenerse de toda mala acción, y otras cosas semejantes, son comunes a unos y a otros, y muestran que uno y el mismo **es el Señor de todos**. Éste es nuestro Señor, el Verbo de Dios, quien primero indujo a los esclavos a servir a Dios, y luego liberó a los que se sometieron a él, como dice a los discípulos: “Ya no os llamo esclavos, pues el esclavo no sabe lo que hace su Señor; a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído del Padre” (Jn 15:15). Al decir “ya no os llamo esclavos” muestra clarísimamente que él era el que en un principio había establecido por la ley aquella esclavitud de los hombres para con Dios; pero luego les concedió la libertad. Y al decir “pues el esclavo no sabe lo que hace su Señor,” muestra la ignorancia servil de aquel pueblo en su venida. Y al llamar amigos de Dios a sus discípulos, muestra claramente que él es el Verbo de Dios, al cual Abraham había obedecido voluntariamente y sin cadenas con su fe generosa, consiguiendo con ello hacerse “amigo de Dios” (Sant 2:23).³⁰

Gratuidad de la vocación y necesidad de las buenas obras.

El Señor nos manifestó que, además de la vocación, convenía que nos adornásemos con obras de justicia, a fin de que el Espíritu de Dios encuentre descanso en nosotros. Porque esto significa el vestido nupcial, del que dice el Apóstol: “No queremos ser despojados, sino vestidos, para que lo mortal sea absorbido por la inmortalidad” (2 Cor 5:4). Porque aun aquellos que han sido ciertamente llamados a la cena de Dios, si por su mala vida no dieron acogida al Espíritu Santo, serán arrojados, dice, a las tinieblas exteriores (Mt 22:13). Con esto muestra claramente que el mismo rey que llamó a sus fieles de todas partes a las bodas de su Hijo y les dio el banquete de la incorruptibilidad, manda que sea arrojado a las tinieblas exteriores aquel que no tiene el vestido nupcial, es decir, el insolente. Así como en el Antiguo Testamento “muchos de ellos no le agradaron” (1 Cor 10:5), así también en éste “muchos son llamados, pero pocos escogidos” (Mt 22:14). Así pues, no es uno el Dios que juzga, y otro el Padre que llama a la salvación; ni es uno el que da la luz eterna y otro el que manda arrojar a las tinieblas exteriores a los que no tienen el vestido nupcial, sino que uno e idéntico es el Padre de nuestro Señor, por quien fueron enviados los profetas. Él es quien llama a los indignos por su inmensa benignidad, y él es el que examina si los llamados tienen el vestido apropiado y conveniente para las nupcias de su Hijo, ya que no puede agradarse en nada inconveniente y malo... Porque el que es bueno y justo y puro y sin mancha, no puede tolerar en su tálamo nupcial nada malo, injusto o abominable. Éste es el

Padre, de nuestro Señor, por cuya providencia todas las cosas existen, y por cuyo mandato todas son administradas. Él da sus dones gratuitamente a quien conviene, pero justísimamente da su merecido a los ingratos y a los que son insensibles a su benignidad, siendo remunerador justísimo...³¹

Los que somos hijos de Dios por naturaleza, hemos de serlo también por obediencia.

La denominación de hijo puede entenderse de dos maneras: del hijo natural, realmente engendrado como hijo, y del que eventualmente es constituido como hijo, al ser reconocido como tal. En realidad hay diferencia entre el hijo natural y el reconocido. El primero es simplemente el nacido de otro, pero el segundo es el constituido hijo por otro, del que recibe una determinada condición o un magisterio doctrinal, ya que el que es enseñado por la palabra de otro es llamado hijo de su maestro, y éste, a su vez, es llamado su padre. Así pues, según la condición natural, **podemos decir que todos somos hijos de Dios, ya que todos hemos sido creados por él.** Pero según la obediencia y la enseñanza seguida, no todos son hijos de Dios, sino sólo los que se confían a él y hacen su voluntad. Los que no se le confían ni hacen su voluntad son hijos del diablo, puesto que hacen las obras del diablo. Que esto sea así se declara en Isaías: “Engendré hijos y los crié: pero ellos me despreciaron” (Is 1:2) Y en otro lugar los llama hijos extraños: “Los hijos extraños me han defraudado” (Sal 17:46) Éstos son hijos naturales por cuanto han sido creados por él: pero no son hijos según sus obras. Porque así como entre los hombres los hijos repudiados que se han revelado contra sus padres, aunque sean realmente sus hijos naturales son considerados por la ley como extraños y no heredan de sus padres naturales, así también en lo que se refiere a Dios: los que no le obedecen son repudiados por él y dejan de ser sus hijos, sin que puedan recibir su herencia.

Realidad de la encarnación, según el designio de Dios.

El Verbo, hijo único de Dios, que está siempre presente en el género humano, se unió a la obra de su creación impregnándola toda según el beneplácito del Padre y haciéndose carne. Éste es Jesucristo, nuestro Señor, el mismo que padeció por nosotros” y resucitó por nosotros, y que vendrá de nuevo con la gloria del Padre para resucitar a toda carne y para hacer patente la salvación y mostrar la norma del justo juicio en todo el universo a él sometido. Así pues, uno es Dios Padre, como hemos mostrado; y uno es Jesucristo, nuestro Señor, que viene a través de toda la acción divina y recapitula en sí mismo todas las cosas (cf. Ef 1:10). Entre “todas las cosas” queda también comprendido el hombre, que ha sido modelado por Dios. Y así también recapitula al hombre en sí mismo, y de invisible se hace visible, de inasequible se hace asequible, de impasible se hace pasible; de Verbo se hace hombre, recapitulando en sí mismo todas las cosas, de suerte que así como el Verbo de Dios es cabeza del mundo supraceste e invisible y espiritual, así también tenga el principado en el mundo de lo visible y de lo corporal, asumiendo en sí mismo la primacía y constituyéndose a sí mismo en cabeza de la Iglesia, atrayendo a sí todas las cosas en el tiempo conveniente (cf. Col 1:18; Ef 1:22; Jn 12:32).^{32a}

En él no hay nada fuera de orden o intempestivo, así como en su Padre tampoco hay nada incoherente. Todas las cosas han sido conocidas de antemano por el Padre, y son llevadas a cabo por el Hijo cuando sea conveniente y según su orden en el tiempo oportuno.

Por esta razón, cuando María quería acelerar aquel maravilloso milagro del vino, queriendo tener parte antes de tiempo en aquel cálix que todo lo compendia, el Señor rechaza su intempestiva premura diciendo: “Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2:4). Es que esperaba aquella hora que era conocida de antemano por el Padre. Por esta

razón también, cuando en muchas ocasiones los hombres querían prenderle, se dice: “Nadie puso las manos en él: porque no había llegado su hora” (Jn 7:30); es decir la hora de su prendimiento y el tiempo de su pasión, que era conocido de antemano por el Padre, como dice el profeta Haba-cuc: “Es cuando se acerquen los años cuando serás conocido, y te mostrarás cuando llegue su tiempo; cuando mi alma se encuentre turbada por tu ira, entonces te acordarás de tu misericordia” (Hab 3:2). Y asimismo dice Pablo: “Cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo” (Gal 4:4). Esto manifiesta que todo lo que el Padre había conocido de antemano, lo llevó a cabo nuestro Señor en el orden, el tiempo y la hora previstos y convenientes, siendo él uno e inmutable, pero a la vez rico y múltiple. Porque él sirve a la rica y múltiple voluntad del Padre, siendo Salvador de los que se salvan, Señor de los que le están sometidos, Dios de todo lo creado, Hijo único del Padre, Cristo que había sido anunciado y Verbo de Dios hecho carne cuando, al llegar la plenitud de los tiempos, fue preciso que **el hijo de Dios se convirtiera en Hijo del hombre.**³³

La formación de Adán y la formación de Cristo.

Así como la sustancia del primer hombre, Adán, fue tomada de la tierra intacta y todavía virgen — pues todavía Dios no había hecho llover, ni el hombre había trabajado la tierra (Gen 2:5) — y fue modelado por la mano de Dios, es decir, por el Verbo de Dios, “por el cual han sido hechas todas las cosas,” de suerte que el Señor “tomó limo de la tierra y modeló al hombre” (Gen 2:7) así el Verbo, al recapitular en sí mismo al mismo Adán tomó sustancia de María, siendo ésta todavía virgen, con una generación que reproduce debidamente la de Adán. Efectivamente, si el primer Adán hubiese tenido por padre a un hombre y hubiese nacido de semen de varón, podrían decir con razón que el segundo Adán había sido engendrado por José. Pero si el primer Adán fue tomado de la tierra y modelado por el Verbo de Dios, era congruente que el mismo Verbo, al obrar en sí mismo una recapitulación de Adán, tuviera una generación semejante a la de éste. Ahora bien, ¿por qué no tomó Dios por segunda vez el limo de la tierra, sino que modeló su nueva obra tomando sustancia de María? A fin de que su obra no fuese “otra,” y así fuese “otra” la obra que se salvase, sino que fuese la misma obra la que se reasumiese, guardándose la semejanza.

Andan errados, por tanto, los que dicen que Cristo no tomó nada de la Virgen: queriendo rechazar la herencia de la carne, rechazan también la afinidad. Porque si aquél fue modelado y recibió su existencia de la tierra por obra de la mano artista de Dios, y en cambio éste ya no por obra de esta mano artista, ya no se guarda la semejanza de éste con aquel hombre.³

Eva y María.

Como fin de aquella seducción con la que Eva, desposada ya con su marido, fue perversamente seducida, la virgen María recibió maravillosamente del ángel su anuncio según la verdad, estando ya bajo el dominio de su marido. Porque así como Eva fue seducida por las palabras de un ángel para escapar al dominio de Dios y despreciar su palabra, así María recibió el anuncio de las palabras de un ángel a fin de que llevara a Dios haciéndose obediente a su palabra. Y si aquélla desobedeció a Dios, ésta aceptó obedecer a Dios, a fin de que la virgen María se convirtiera en abogada de la virgen Eva. Y así como el género humano fue sometido a la muerte por obra de aquella virgen, así recibe la salvación por obra de esta Virgen. En el plato equilibrado de la balanza están la desobediencia de una virgen y la obediencia de otra Virgen. El pecado del primer padre queda borrado con el castigo del primogénito, y la astucia de la serpiente con la

simplicidad de la paloma, quedando rotas aquellas cadenas con las que estábamos atados a la muerte.³⁵

17. Adv. Haer. 11, 28, 6; 18. Ibid. III, 8, 2-3; 19. Ibíd. IV, 6, 3; 20. Ibid. IV, 20, 4ss; 21. Ibid. V, 1-1; 22. Ibid. V, 21:1-2; 23. Ibid. III, 18, 6ss; 24. Ibid. III, 18, 1; 25. Ibíd. IV, 22:1, 24:2; 26. Ibid. IV, 26:1; 27. Ibid. III, 19, 3ss; 28. Ibid. II, 20:1; 29. Ibid. V, 16:2; 30. Ibid. IV, 13:2ss; 31. Ibid. IV, 36, 6ss; 32. Ibid. IV, 41:2; 32a. Ibíd. III, 16:6; 33. Ibid. III, 16, 6ss; 34. Ibíd. III, 21:10;

IV. El Espíritu Santo.

Los apóstoles dijeron la verdad, a saber que “el Espíritu Santo en forma de paloma descendió sobre él” (Mt 3:16), el mismo Espíritu del que dijo Isaías: “Y descansará sobre él el Espíritu de Dios” (Is 11:2) así como: “El Espíritu del Señor sobre mí: por esto me ha ungido” (Is 61:1). De este Espíritu dice el Señor: “No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros” (Mt 10:20). Y asimismo, al dar a sus discípulos el poder de regenerar para Dios les decía: “Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.” Este Espíritu es el que por los profetas prometió “que se derramaría en los tiempos posteriores sobre los siervos y las siervas para que profeticen” (Jl 3:1-2) y por esto bajó sobre el Hijo de Dios, hecho Hijo del hombre, y así con él se acostumbró a habitar en el género humano y a descansar entre los hombres y a vivir en la obra modelada por Dios, haciendo operativa en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de su, vetustez en la novedad de Cristo.

Este Espíritu es el que pide David para el género humano cuando dice: “Fortaléceme con tu Espíritu rector” (Sal 50:13) El mismo Espíritu es el que Lucas dice que descendió sobre los discípulos después de la ascensión del Señor el día de Pentecostés, con poder para que todas las naciones entraran en la Vida y para abrir el Nuevo Testamento. Y por esto en todas las lenguas los discípulos entonaban a una un himno a Dios, siendo el Espíritu el que reducía a unidad las razas disgregadas y el que ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones.

Por esta razón el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos hiciese conformes con Dios. Porque así como el trigo seco no se puede hacer una masa compacta ni un único pan si no es con el agua, así también nosotros, que somos muchos, no podíamos hacernos uno en Cristo Jesús sin esta Agua que viene del cielo. Y así como la tierra árida, si no recibe el agua no produce fruto, así nosotros que éramos anteriormente “un leño seco” (Lc 23:31) nunca hubiéramos llevado fruto a no ser por esta lluvia que se nos da libremente de lo alto.

Porque nuestros cuerpos por aquel baño (del bautismo) adquirieron aquella unidad que los hace incorruptibles; pero las almas la han recibido por el Espíritu. Por esto nos son necesarios uno y otro, ya que uno y otro procuran la vida de Dios.

El Señor se compadeció de aquella samaritana pecadora, que no fue fiel a su único marido, sino que fue adultera de muchas uniones: y le mostró y prometió el agua viva, para que ya no tuviera más sed, ni anduviera ocupada sacando laboriosamente el agua, sino que tuviera dentro de sí una fuente que brotara hasta la vida eterna. **Éste es el don que el Señor recibió del Padre, y él a su vez lo entregó gratuitamente a los que participan de él, enviando por toda la tierra el Espíritu Santo.**

Previendo el regalo de este don, Gedeón, el israelita a quien Dios escogió para salvar al pueblo de Israel del poder de los extranjeros, cambió su petición: sobre el vellón de lana — figura del pueblo de Israel — en la cual se había posado al principio el rocío, profetizó la sequía que había de venir, es decir, que este pueblo ya no recibiría de Dios el Espíritu Santo, como dice Isaías: “Mandaré a las nubes que no lluevan sobre aquella tierra” (Is 5:6). En cambio sobre todo el

mundo se posará el rocío que es el Espíritu de Dios, el cual se posó sobre el Señor. “Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad. Espíritu de temor de Dios” (Is 11:2-3). Éste es el Espíritu que a su vez dio el Señor a la Iglesia, enviando desde el cielo el Paráclito a todo el mundo, del que el diablo, dice el Señor, ha sido arrojado como un rayo. (Lc 10:18). Por esto nos es necesario este rocío de Dios, para que no nos quememos ni nos hagamos estériles, de suerte que allí donde tenemos un acusador, allí tengamos un Paráclito defensor.³⁶

El espíritu vence la debilidad de la carne.

Según el testimonio del Señor, el espíritu está pronto, pero la carne es débil (cf. Mt 26:41). El Espíritu es capaz de llevar a término cualquier cosa que se presente. Ahora bien, si este vigor del Espíritu se combina como una especie de estímulo con la debilidad de la carne, necesariamente lo que es más fuerte dominará sobre lo más débil, **y la debilidad de la carne será absorbida por el vigor del Espíritu.** El que esté en esta condición, ya no será carnal, sino espiritual, por razón de la comunión con el Espíritu. De esta suerte dan los mártires su testimonio y desprecian la muerte: ello se debe, no a la debilidad de la carne, sino al vigor del Espíritu. La debilidad de la carne, al ser superada, muestra la fuerza del Espíritu; y recíprocamente, el Espíritu, al dominar la debilidad, se apropiá la carne como cosa suya. De ambos elementos se constituye el “hombre viviente”: viviente por la participación del Espíritu, y hombre por la condición de la carne. Por consiguiente, sin el Espíritu de Dios, la carne es cosa muerta y sin vida, y no puede poseer el reino de Dios... Pero dondequiera que está el Espíritu del Padre, allí hay un hombre vivo... y la carne, poseída por el Espíritu, se olvida de sí y asume las propiedades del Espíritu configurándose según la forma del Verbo de Dios. Por esto dice el Apóstol: “Puesto que hemos llevado la imagen de aquel que es terreno, llevemos también la imagen del que es celestial” (1 Cor 15:49). Ahora bien, ¿qué es lo terreno? El cuerpo, ¿Qué es lo celestial? El Espíritu. Así pues, dice, ya que en otro tiempo, privados del Espíritu celestial hemos vivido a la manera antigua de la carne, desobedeciendo a Dios, ahora, acogiendo al Espíritu hemos de vivir con una vida nueva, obedeciendo a Dios. Y porque no podemos salvarnos sin el Espíritu de Dios, el Apóstol nos exhorta a que mediante la fe y una vida casta conservemos el Espíritu de Dios. Si no participamos del Espíritu Santo, no tendremos parte en el reino de los cielos. Por esto clamaba que la carne y la sangre por sí mismas no pueden entrar en la herencia del reino de Dios. Porque, si hay que hablar con verdad, la carne no hereda, sino que es heredada, según la palabra del Señor: “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra”: (Mt 5:5) la tierra, de la que está formada la sustancia de nuestra carne, es lo que se nos dará en herencia en el Reino.³⁷

Ahora tenemos el Espíritu de una manera parcial, pero lo tendremos en plenitud.

Por ahora hemos recibido el Espíritu de una manera parcial, que ha de ser completada y que nos prepara para la incorruptibilidad acostumbrándonos gradualmente a recibir y tener con nosotros a Dios. El Apóstol dijo que era una “prenda,” es decir, una parte de aquella gloria que el Señor nos ha prometido, escribiendo en la epístola a los Efesios: “En él estáis vosotros, los que habéis prestado oído a la palabra de la verdad, al Evangelio de vuestra salvación: al creer en él, habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es prenda de nuestra herencia” (Ef 1:13). Así pues, esta “prenda” al permanecer en nosotros nos ha hecho ya “espiritualmente,” haciendo que lo mortal quede absorbido por la inmortalidad. Porque, dice el Apóstol: “No vivís en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (Rom 8:9; cf. 2 Cor. 5:4). Esto tiene lugar, no arrojando la carne, sino pasando a tener comunión con el Espíritu.

Porque aquellos a quienes escribía no vivían fuera de la carne, pero habían recibido el Espíritu de Dios, por el que clamamos Abba, Padre. Ahora bien, si ahora, que solo tenemos la “prenda,” podemos clamar Abba, Padre, ¿qué será cuando resucitemos y le veamos cara a cara, cuando todos los miembros acudan en masa a cantar aquel himno de exultación glorificando al que los resucitó de los muertos y les regaló la vida eterna? Porque, si cuando el hombre no tiene más que una prenda del Espíritu en sí mismo, ya le hace exclamar Abba, Padre, ¿qué no hará la totalidad del don del Espíritu que Dios dará a los hombres? Nos hará semejantes a él y perfectos según la voluntad del Padre, ya que hará al hombre “a imagen y semejanza de Dios.” Así pues, a los que tienen la prenda del Espíritu y no son esclavos de las concupiscencias de la carne, sino que se someten al Espíritu, viviendo según es razón, el Apóstol los llama con razón espirituales, ya que el Espíritu de Dios habita en ellos. Pero los espíritus incorpóreos no podrían llamarse hombres espirituales: es nuestra propia naturaleza, esto es, la unión del alma y de la carne que recibe al Espíritu de Dios, la que constituye el “hombre espiritual.” En cambio, a los que rechazan las amonestaciones del Espíritu y sirven a los placeres de la carne viviendo irracionalmente y abandonándose sin freno a sus propios deseos, al no estar bajo ninguna inspiración del Espíritu divino y vivir como puercos o perros, el Apóstol los llama carnales, pues no sienten más que lo de la carne.⁸⁸

La gracia del Espíritu es como un injerto de nueva vida.

No rechacemos el injerto del Espíritu por dar gusto a la carne. Dice el Apóstol: “Tú eras olivo silvestre: pero te han injertado de olivo bueno y te has hecho igual que el tronco de savia del olivo” (Rom 11:17). Si después del injerto el olivo silvestre sigue siendo tan silvestre como antes, “será cortado y arrojado al fuego” (Mt 7:19), pero si aguanta el injerto y se transforma en un olivo bueno, será fructífero y digno de ser plantado en el jardín del rey. Así sucede con los hombres: si progresan en la fe, dando acogida al Espíritu de Dios y produciendo los frutos correspondientes, serán hombres espirituales, dignos de ser plantados en el jardín de Dios, Por el contrario, si resisten al Espíritu y permanecen en lo que inicialmente eran, con voluntad de seguir siendo carne y no espíritu con razón se dirá acerca de ellos que “la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios” (1 Cor 15:50), que es lo mismo que decir que el olivo silvestre no será trasplantado en el jardín de Dios. Realmente es maravillosa la manera cómo el Apóstol explica nuestra naturaleza y el designio de conjunto de Dios por medio de estas expresiones de la carne y sangre y del olivo silvestre.³⁹

Por la inserción del Espíritu, el hombre puede dar frutos agradables a Dios.

El olivo, si no se cuida y se abandona a que fructifique espontáneamente, se convierte en acebuche u olivo silvestre; por el contrario, si se cuida al acebuche y se le injerta, vuelve a su primitiva naturaleza fructífera. Así sucede también con los hombres: cuando se abandonan y dan como fruto silvestre lo que su carne les apetece, se convierten en estériles por naturaleza en lo que se refiere a frutos de justicia. Porque mientras los hombres duermen, el enemigo siembra la semilla de cizaña: por esto mandaba el Señor a sus discípulos que anduvieran vigilantes. Al contrario los hombres estériles en frutos de justicia y como ahogados entre espinos, si se cuidan diligentemente y reciben a modo de injerto la palabra de Dios, recobran la naturaleza original del hombre, hecha a imagen y semejanza de Dios. Ahora bien, el acebuche cuando es injertado no pierde su condición de árbol, pero sí cambia la calidad de su fruto, recibiendo un nombre nuevo y llamándose, no ya acebuche, sino olivo fructífero: de la misma manera el hombre que recibe el injerto de la fe y acoge al Espíritu de Dios, no pierde su condición carnal, pero cambia la calidad del fruto de sus obras y recibe un nombre nuevo que expresa su cambio en mejor, llamándose, ya

no carne y sangre, sino hombre espiritual. Más aún, así como el acebuche, si no es injertado, siendo silvestre es inútil para su señor, y es arrancado como árbol inútil y arrojado al fuego, así el hombre que no acoge con la fe el injerto del Espíritu, sigue siendo lo que antes era, es decir, carne y sangre, y no puede recibir en herencia el reino de Dios. Con razón dice el Apóstol: “La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios” (1 Cor 15:50); y “los que viven en la carne no pueden agradar a Dios” (Rom 8:8): no es que haya que rechazar la sustancia de la carne, pero hay que atraer sobre ella efusión del Espíritu...⁴⁰

La invocación trinitaria en el bautismo.

Nuestro nuevo nacimiento, el bautismo, se hace con estos tres artículos, y nos otorga el nuevo nacimiento en Dios Padre, por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que llevan el **Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir, al Hijo; el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les confiere la incorruptibilidad.** Así pues, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie tiene acceso al Padre, ya que el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se obtiene por medio del Espíritu Santo. En lo que se refiere al Espíritu, según el beneplácito del Padre lo dispensa el Hijo, como ministro, a quien el Padre quiere y como el Padre quiere.⁴¹

35. Ibid. V, 19:1; 36. Adv. Haer. III, 17, Iss; 37. Ibid. V, 9:2; 38. Ibid. V, 8:1; 39. Ibid. V, 9:5; 40. Ibíd. V, 10:1; 41. IRENEO: Demonstratio: 7; 42. Adv. Haer. V, 16:1; 42. Adv. Haer. V, 16:1;

V. El hombre, objeto de la salvación de Dios.

Cómo el Verbo de Dios formó al hombre de la tierra y lo redimió. Adán fue modelado de esta misma tierra que nosotros conocemos, pues dice la Escritura que dijo Dios: “Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que te conviertas en la tierra de que fuiste tomado” (Gen 3:19) Por tanto, si después de la muerte nuestros cuerpos se convirtieran en tierra de algún otro género, se seguiría que no habrían sido hechos de ella; pero si se convierten en la tierra que conocemos, está claro que de ella fueron modelados. Lo cual puso de manifiesto el Señor al modelar con ella los ojos del ciego (cf. Jn 9:7). Y verdaderamente, está claro que por la mano de Dios, por la que fue modelado Adán, hemos sido también modelados nosotros. Porque **Uno e Idéntico es el Padre**, cuya voz desde el comienzo hasta el fin está presente en la obra de sus manos, y la sustancia de que fuimos modelados la muestra claramente el Evangelio. Ya no hemos de buscar otro Padre fuera de éste; ni otra sustancia de la que habríamos sido hechos, fuera de la que el Señor nos anunció y manifestó; ni otra mano de Dios fuera de ésta que desde el comienzo hasta el fin nos va formando, y nos dispone para la vida, y está presente en su obra y la va perfeccionando a imagen y semejanza de Dios. Entonces se manifestó este Verbo, cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, asemejándose él al hombre y asemejando el hombre a sí, a fin de que **por la semejanza con el Hijo el Hombre pasara a ser estimado del Padre.** Porque en los tiempos pasados se decía que el hombre había sido hecho a imagen de Dios, pero no se podía comprobar, porque el Verbo era todavía invisible, y era a imagen de él que el hombre había sido hecho. Ésta fue la razón por la que fácilmente perdió aquella semejanza. Pero, cuando el Verbo de Dios se hizo carne, aseguró las dos cosas: mostró, por una parte, que se trataba de una imagen auténtica haciéndose él mismo lo que era su imagen; y por otra restauró y consolidó la semejanza, haciendo al hombre **semejante al Padre invisible, por medio del Verbo visible.**⁴²

Dios hizo al hombre capaz de una perfección siempre mayor.

Dios modeló al hombre con sus propias manos para que fuera creciendo y madurando, como dice la Escritura: “Creced y multiplicaos” (Gen 1:28) Precisamente en esto está la distinción entre Dios y el hombre, en que Dios es el que hace, mientras que el hombre es el que se va haciendo. Y, naturalmente, el que hace es siempre el mismo, pero el que se va haciendo debe tener un comienzo, y un estadio intermedio, y una adición y un incremento. Dios hace el beneficio al hombre, y el hombre lo recibe. Dios es perfecto en todo, igual y semejante a sí mismo, siendo todo luz, todo inteligencia, todo sustancia, y fuente de todos los bienes; el hombre, en cambio, va progresando y creciendo hacia Dios. Y así como Dios es siempre el mismo, así el hombre, que va al encuentro de Dios irá progresando constantemente hacia Dios. Porque Dios no cesa jamás de comunicar sus dones y sus riquezas al hombre, así como el hombre no cesa jamás de recibir beneficios y de enriquecerse con Dios. Porque el hombre que es agraciado al que le hizo es a la vez receptor de su bondad e instrumento de su glorificación (*exceptorium bonitatis et organum clarificafionis*); por el contrario, el hombre ingrato que desprecia a su creador no queriéndose someter a su palabra, será receptor de su justo juicio. Él ha prometido dar siempre más a los que dan fruto, y ha prometido confiar el tesoro del Señor a los que ya tienen, diciendo: “Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco voy a confiarle lo mucho: entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25:21)... Y así como tiene prometido que a los que ahora den fruto les ha de dar todavía más haciendo mayor su don — aunque no un don totalmente distinto del que ya conocen, pues sigue siendo el mismo Señor y el mismo Padre el que se les irá rendando — así también con su venida uno y el mismo Señor dio a los hombres de los últimos tiempos un don de gracia mayor que el que se había dado en el Antiguo Testamento. Porque entonces los hombres oían decir a los servidores que vendría el Rey, y ello les producía un cierto gozo limitado, estando a la espera de su venida. Pero los que lograron verlo presente y alcanzaron la libertad y llegaron a la misma posesión del don, tienen una gracia mayor y un gozo más pleno, pues disfrutan ya de la misma venida del Rey...⁴³

La creación del hombre.

Por lo que se refiere al hombre, lo modeló Dios con sus propias manos, tomando de lo más fino y puro que hay en la tierra y mezclando proporcionalmente su propio poder con la tierra. Sobre la carne modelada delineó luego su propia forma, de suerte que lo visible mismo tuviera una forma divina, ya que el hombre fue puesto en la tierra precisamente como imagen de Dios. Y para que pasara a ser viviente, Dios sopló sobre su rostro un soplo de vida, de suerte que tanto por lo que se refiere al soplo, como por lo que se refiere a la carne modelada el hombre fuera semejante a Dios. Porque, en efecto, era libre, y señor de sí, habiendo sido hecho por Dios para tener autoridad sobre todos los seres que hubiera sobre la tierra. El gran universo creado, que había sido preparado por Dios antes de que modelara al hombre, fue dado al hombre como lugar de su residencia... Y en este dominio trabajaban también los servidores del Dios que había hecho todas las cosas, y este lugar había sido puesto al cuidado de un jefe o lugarteniente, que había sido puesto al frente de los demás servidores. Estos servidores eran los ángeles, y el jefe o lugarteniente, el arcángel.

Ahora bien, habiendo hecho Dios secretamente al hombre señor de la tierra y de todo lo que en ella hay, lo hizo también señor de sus servidores que se encontraban en ella. Pero éstos estaban ya en su edad de pleno desarrollo, mientras que el señor, es decir, el hombre, era muy pequeño, pues era todavía niño, y debía desarrollarse hasta llegar a la edad adulta. A fin de que el hombre creciese y se desarrollase a gusto, le fue preparado un lugar mejor que este mundo, pues lo aventajaba en el aire, la belleza, la luz, los alimentos, las plantas, los frutos, las aguas y todas

las demás cosas necesarias para la vida. Su nombre era Paraíso. Y a tal extremo era bello y bueno este paraíso, que el Verbo de Dios iba siempre a pasear por él, y conversaba con el hombre, prefigurando el futuro, a saber, que compartiría la morada del hombre y conversaría con él, estando con los hombres para enseñarles la justicia. Pero el hombre era todavía un niño, **y no tenía juicio maduro**, y por esta razón le fue fácil al seductor engañarle.⁴⁴

Inocencia y caída del hombre.

Adán y Eva estaban desnudos, y no sentían vergüenza de ello, pues tenían una mente inocente y como de niño pequeño, y no podían representarse el espíritu ni pensar ninguna de las cosas que, bajo el dominio del mal, nacen en el alma a través de deseos voluptuosos y placeres vergonzosos. Estaban entonces en un estado de integridad, conservando su naturaleza en buen estado, pues el soplo que había sido infundido en su carne modelada era un soplo de vida. Ahora bien, mientras este soplo permanece intacto y con toda su virtud, el alma ni piensa ni imagina cosas innobles, y por esta razón no tenían vergüenza alguna de besarse y de abrazarse castamente, como niños.

Mas, a fin de que el hombre no tuviera pensamientos de soberbia y cayera en orgullo, como si por la autoridad que le había sido concedida y por su libertad de trato con Dios ya no tuviera Señor alguno, y a fin de que no cayese en el error de ir más allá de sus propios límites y de que al complacerse en sí mismo no concibiera pensamientos de orgullo contra Dios, le fue dada por Dios una ley por la que reconociera que tenía como Señor al que era Señor de todas las cosas. Y Dios le impuso ciertos límites, de suerte que si observaba el mandato divino permanecería como era entonces, es decir, inmortal; pero si no lo observaba, se convertiría en mortal y se disolvería en la tierra de la que había sido tomada su carne al ser modelada... Pero el hombre no observó este mandato, sino que desobedeció a Dios. Fue el ángel quien le hizo perder el sentido, a causa de los celos y la envidia que sentía con respecto al hombre, por los múltiples dones que Dios le había otorgado: así provocó su propia ruina, e hizo del hombre un pecador, induciéndole a desobedecer el mandato de Dios. El ángel, habiéndose convertido por una mentira en caudillo y originador del pecado, **fue él mismo expulsado por haberse enfrentado con Dios**, e hizo que el hombre fuera arrojado fuera del Paraíso... Y Dios maldijo a la serpiente, que había encubierto al rebelde, con una maldición que recaía sobre el mismo animal y sobre el ángel que se había escondido en él, Satán. En cuanto al hombre, lo arrojó de su presencia y cambió su morada, haciéndole habitar junto a un camino, cerca del Paraíso, ya que el mismo Paraíso no podía admitir al pecador. Ya fuera del Paraíso, Adán y Eva cayeron en muchos infortunios, y pasaron su vida en este mundo entre tristezas, trabajos y lamentos; el hombre trabajaba la tierra bajo los rayos del sol, y ésta producía espinas y cardos, en castigo de pecado.⁴⁵

El hombre es verdaderamente libre.

“Cuántas veces quise recoger a tus hijos, y tú no quisiste” (Mt 23:37) Con estas palabras el Señor declara el antiguo principio de la libertad del hombre. Dios lo hizo libre desde un principio, y así como le dio la vida le dio también el dominio sobre sus actos, para que voluntariamente se adhiriera a la voluntad de Dios, y no por coacción del mismo Dios. Porque Dios no hace violencia, aunque su voluntad es siempre buena para el hombre, y tiene, por tanto, un designio bueno para cada uno. Sin embargo, **dejó al hombre la libertad de elección, lo mismo que a los ángeles**, que son también seres racionales. De esta suerte, los que obedeciesen justamente alcanzarían el bien, el cual, aunque es regalo de Dios, ellos tendrían en su mano el retenerlo. Por el contrario, los que no obedeciesen justamente serían privados del bien y recibirían la

pena merecida, ya que Dios les dio el bien con benignidad, pero ellos no fueron capaces de guardarla diligentemente, ni lo estimaron en su valor, sino que despreciaron su extraordinaria bondad... Si por naturaleza unos hubiesen sido hechos buenos y otros malos, ni aquellos serían dignos de alabanza por su bondad, que sería un don de la naturaleza, ni éstos vituperables, pues habrían sido creados malos. Pero todos son iguales por naturaleza, y pueden aceptar el bien y negociar con él, o bien perderlo y no negociar con él. Por esta razón entre los hombres bien organizados, y mucho más delante de Dios, los primeros reciben la alabanza y la buena fama de haber elegido el bien y haber perseverado en él, mientras que los otros son acusados y reciben el castigo merecido, por haber rechazado el bien y la justicia... Si no estuviese en nuestra mano hacer una cosa o dejarla de hacer, ¿con qué razón el Apóstol y, lo que es más, el mismo Señor, nos exhortarían a hacer ciertas cosas y a abstenernos de otras? Pero, teniendo el hombre desde su origen capacidad de libre decisión, y teniendo Dios, a cuya semejanza ha sido hecho el hombre, igualmente libre decisión, el hombre es siempre exhortado a adherirse al bien que se obtiene sometiéndose a Dios. Y no sólo en sus acciones, sino también en lo que se refiere a la fe quiso Dios preservar la libertad del hombre y la autonomía de su decisión, pues dice: "Hágase según tu fe" (Mt 9:29) mostrando que la fe es algo propio del hombre, ya que tiene poder de decisión propia. Y dice en otra ocasión: "Todo es posible al que cree" (Me 9:23) y en otra: "Vete, y cúmplase según creíste" (Mt 8:13). Semejantes expresiones muestran que la fe está en la libre decisión del hombre. Por esto, "el que cree en él, tiene vida eterna" (Jn 3:36).⁴⁶

Cristo juzgará los frutos de la libertad del hombre.

Toda la apariencia de este mundo ha de pasar cuando llegue su tiempo, para que el fruto se recoja en el granero, y las pajas se abandonen al fuego. "Porque el día del Señor está encendido como un horno, y todos los pecadores que obran injusticias serán como cañas, y el día que está inminente los abrasará" (Mal 4:1) ¿Quién es este Señor que hará venir tal día? Juan el bautista lo indica, cuando dice de Cristo: "Él os bautizará con el Espíritu Santo y el fuego; él tiene la pala en su mano para limpiar su era, y recogerá el fruto en el granero, mientras que la paja la quemará en el fuego inextinguible" (Mt 3:11-12; Lc 3:16-17). Así pues, no son distintos el que hizo el trigo y el que hizo la paja, sino que son el mismo, y él los juzgará, es decir, los separará. Sin embargo, el trigo y la paja son cosas sin vida y sin razón, hechas por la naturaleza tales como son. Pero el hombre es racional, y bajo este aspecto es semejante a Dios, libre y dueño de sus actos, y causa de que se convierta a sí mismo ya en trigo, ya en paja. Por esta razón puede ser justamente condenado, ya que habiendo sido hecho racional perdió la verdadera razón. Se opuso a la justicia de Dios viviendo de manera irracional y entregándose a todo impulso terreno y haciéndose esclavo de todos los placeres, como dice el profeta: "El hombre no comprendió la dignidad que tenía; se puso al nivel de los asnos irracionales, haciéndose semejante a ellos" (Sal 48:21).⁴⁷

El origen y la inmortalidad del alma.

Si dicen algunos que las almas que han comenzado a existir desde poco tiempo antes no pueden permanecer durante mucho tiempo, sino que han de ser inengendradas para que puedan ser inmortales, y que si han tenido un comienzo en el nacimiento habrán de morir con el mismo cuerpo, aprendan los tales que sólo Dios, Señor de todas las cosas, **no tiene principio ni fin, si no que realmente es siempre el mismo y permanece de la misma manera.** Todas las cosas que de él proceden, todas las que han sido o son hechas, tienen su comienzo por generación, y precisamente bajo esta razón de no ser inengendradas son inferiores a aquel que las hizo. Con

todo, pueden permanecer y durar por una serie de siglos, según la voluntad del Dios que las hizo, el cual, así como les confirió el don de comenzar a ser, les da luego el de seguir existiendo. El cielo que está encima de nosotros, el firmamento, el sol, la luna y los demás astros, así como todos los ornamentos que en el cielo se encuentran, en un principio no existían, pero fueron hechos y luego continúan durante mucho tiempo, **según el designio de Dios**. Así también, el que piense que en lo que se refiere a las almas, y a los espíritus, y en general a todo lo que ha sido creado sucede lo mismo, no se equivocará. Porque todo lo creado tiene ciertamente el origen de su creación, pero sigue durando todo el tiempo que Dios quiere que exista y que dure. Confirma esta manera de ver el espíritu profético cuando dice: “Porque él lo dijo, y fueron las cosas hechas; él lo mandó y fueron creadas. Las estableció para siempre y por los siglos de los siglos” (Sal 148:5-6) Y también dice sobre la salvación del hombre: “Te pidió la vida, y le diste una longitud de días por los siglos de los siglos” (Sal 20:4) mostrando que el padre de todas las cosas confiere la duración por los siglos de los siglos a los que se salvan. Porque nuestra vida no nos viene de nosotros ni de nuestra naturaleza, sino que se nos da como gracia de Dios. Por esta razón, el que conserva el don de la vida, dando gracias al que se lo dio, recibirá una longitud de días por los siglos de los siglos. En cambio, el que lo rehúsa, y no agradece a su creador el haber sido creado, y no reconoce a aquel de quien recibe el ser, él mismo se priva de la duración por los siglos de los siglos. Por esta razón decía el Señor a los que se mostraban ingratos para con él: “Si no habéis sido fieles en lo poco, ¿quién os dará lo mucho?” (Lc 16:11) con lo cual quería decir que los que en esta breve vida temporal se han mostrado ingratos para con aquel que se la dio, con razón no recibirán del mismo la longitud de los días por los siglos de los siglos.

Porque así como el cuerpo animal de por sí no es el alma, pero participa del alma todo el tiempo que Dios quiere, así el alma de por sí no es la vida, pero participa de la vida que Dios le confiere. De ahí la palabra profética referente al primer padre: “Fue hecho una alma viviente” (Gen 2, 7), enseñándonos **que el alma fue hecha viviente por participación de la vida**, entendiéndose por una parte el alma, y por otra la vida que tiene. Así pues, siendo Dios el que da la vida y la duración indefinida, es posible que las almas que originariamente no existían sigan existiendo mientras Dios quiera que existan y que duren. Porque la voluntad de Dios está al comienzo de todas las cosas, y todo le está sometido: todas las demás cosas le son inferiores, y le están sujetas y le sirven.⁴⁸

El hombre entero, en cuerpo y alma, es objeto de la salvación de Dios.

Dios será glorificado en la obra de sus manos, pues la hará uniforme con su Hijo y semejante. Porque mediante las manos del Padre, es decir, **mediante el Hijo y el Espíritu**, el hombre entero, y no sólo una parte del hombre, es hecho a semejanza de Dios. El alma, o el espíritu, serán una parte del hombre, pero no son el hombre entero. El hombre completo es un compuesto y una unión del alma, que **recibe en sí el Espíritu del Padre**, combinada con la carne que ha sido modelada según la imagen de Dios... Si uno quiere prescindir de la sustancia carnal... y se refiere exclusiva y únicamente al espíritu como tal, ya no está hablando del hombre espiritual, sino del espíritu del hombre, o del Espíritu de Dios. Es cuando este Espíritu de Dios mezclado con el alma pasa a unirse a la carne, cuando se realiza el hombre espiritual y perfecto, por medio de la efusión del Espíritu. De éste se dice que está hecho a imagen y semejanza de Dios. En cambio, si faltare al alma el Espíritu, el resultado sería ciertamente un hombre animal, pero al quedarse en su mera condición carnal, sería un hombre imperfecto: tendría la imagen divina en su cuerpo, pero no conseguiría la plena semejanza por medio del Espíritu, y por esto se quedaría imperfecto. Por otra parte, si uno prescinde de la imagen material y desprecia el cuerpo, ya no

puede decir que habla del hombre, sino o bien de una parte del hombre, como dijimos, o bien de algo totalmente distinto del hombre. Porque ni el cuerpo carnal por sí mismo constituye el hombre perfecto, sino únicamente el cuerpo del hombre, que es una parte del hombre; ni el alma por sí misma es el hombre, sino que es el alma del hombre, que es una parte del hombre. Igualmente, el espíritu tampoco es el hombre, puesto que se llama espíritu, y no hombre. Es la compenetra-
ción y unión de todos estos elementos lo que hace al hombre completo. De acuerdo con esto, el Apóstol explicó cuál es el hombre perfecto y espiritual que es objeto de salvación; en la primera carta a los de Tesalónica dice: “El Dios de paz os santifique a vosotros perfectos, y sea íntegro vuestro espíritu, y vuestra alma, y vuestro cuerpo, sin reproche hasta la venida del Señor Jesucristo” (1 Tes 5:23). ¿Qué razón tenía para pedir que se conservasen íntegras y perfectas hasta la venida del Señor estas tres cosas, el alma, el cuerpo y el espíritu, si no es porque sabía que la salvación es una y la misma para las tres, siendo en realidad la unión y la integración de todas ellas? Por esto llama perfectos a los que representan estas tres.⁴⁹

El cuerpo es templo de Dios y de Cristo, y será resucitado.

El Apóstol dice que el cuerpo es templo de Dios: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Al que profanare el templo de Dios, Dios lo perderá; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo” (1 Cor 3:16). Con esto declara abiertamente que el cuerpo es templo en el que habita el Espíritu... Y no sólo templo, sino en concreto templo de Cristo dice que son nuestros cuerpos. Escribe a los corintios: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Arrancando, pues, los miembros de Cristo, los he de hacer miembros de una meretriz?...” (1 Cor 6:15). Esto lo dice de nuestro cuerpo, esto es, de la carne, la cual dice ser miembro de Cristo cuando se mantiene en santidad y pureza; por el contrario, cuando se entrega al abrazo de una meretriz se convierte en miembro de ella. Por esto dijo: “Al que profanare el templo de Dios, Dios lo perderá.” Ahora bien, sería enorme blasfemia decir que el templo de Dios, en el que tiene su morada el Espíritu de Padre, y que los miembros de Cristo, no han de tener parte en la salvación, sino que han de quedar reducidos a la corrupción. Y que nuestros cuerpos resucitan, no en virtud de su condición natural, sino en virtud del poder de Dios, lo explica a los corintios: “El cuerpo no es para fornicar, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Porque Dios resucitó al Señor, y nos resucitará también a nosotros con su poder” (1 Cor 6:13).⁵⁰

Relaciones entre el alma y el cuerpo.

El cuerpo no es superior al alma, ya que de ella recibe el aliento, la vida, el crecimiento y el movimiento: es el alma la que gobierna y domina al cuerpo, y la que en tanto se ve impedida en sus movimientos en cuanto participa en ellos el cuerpo. Pero no pierde sus conocimientos por causa del cuerpo. El cuerpo es semejante a un instrumento, mientras que el alma se comporta como un artífice. Así como el artífice reconoce en sí mismo una posibilidad de obrar velozmente, pero ésta se ve retardada al pasar al instrumento por la inercia de la cosa a que se aplica, de suerte que la velocidad de su mente combinada con la lentitud del instrumento da como resultado una actividad temperada, así el alma al actuar en conjunción con el cuerpo se siente en cierto punto impedida, y su rapidez de acción ha de combinarse con la lentitud del cuerpo. Pero no pierde con ello toda su virtualidad, sino que al comunicar la vida al cuerpo no deja ella misma de vivir...

Así como cada uno de nosotros recibe por la acción de Dios su cuerpo, así recibe el alma. No es Dios tan pobre y tan indigente que no pueda dar a cada cuerpo su alma, de la misma mane-

ra que le da su fisonomía. Y así, una vez se haya completado el número que él predeterminó, todos los que están señalados para la vida resucitarán con sus cuerpos y sus almas y sus espíritus, con los que agradaron, a Dios. En cambio, los que son dignos de castigo, pasarán a recibirla, también en cuerpo y alma, con los que se apartaron de la bondad de Dios. Unos y otros dejarán ya de engendrar y de ser engendrados, de tomar esposas y esposos, de suerte que la multitud de los perfectos del género humano, en el número previamente determinado por Dios, conserve su relación y su unión con el Padre.

Asimismo, clarísimoamente nos enseña el Señor que no sólo permanecen las almas sin pasar de cuerpo en cuerpo, sino que las mismas características del cuerpo al que las almas se adaptan permanecen idénticas, y se acuerdan de las obras que aquí hicieron y de las que dejaron de hacer. Nos lo enseña en el relato que está escrito acerca del rico aquél y de Lázaro, el que recibía refrigerio en el seno de Abraham. En él se dice que el rico reconoció a Lázaro después de su muerte, y asimismo a Abraham, y que cada uno permanecía en su lugar, y que el rico pedía que se enviara con un recado a Lázaro, al cual no quería dejar parte ni siquiera en los desperdicios de su mesa... Esto declara expresamente que las almas perduran, y que no pasan de cuerpo en cuerpo, y que tienen forma humana de suerte que pueden reconocerse, y que se acuerdan de los que están en este mundo; asimismo que es verdad lo que los profetas dicen de Abraham, y que cada uno recibe la morada de que es digno aun antes del juicio.⁵¹

Lo mismo el cuerpo que el alma obran la salvación o la condenación. El hombre es un viviente compuesto de alma y cuerpo, y todo depende de uno y otro. De los dos provienen las caídas. Hay una pureza del cuerpo, la continencia que consiste en abstenerse de cosas vergonzosas y de actos injustos, y una pureza del alma que consiste **en guardar intacta la fe en Dios**, sin añadirle o quitarle nada.

Porque la piedad se mancha o se corrompe al contaminarse con la impureza del cuerpo, y asimismo se quiebra y se ensucia y no se mantiene en su integridad cuando el error penetra en el alma. En cambio se conserva con toda su belleza y proporción cuando la verdad permanece constantemente en el alma y la pureza en el cuerpo. ¿De qué sirve conocer el bien de palabra, si uno mancha el cuerpo haciendo las obras del mal? ¿O qué utilidad verdadera puede haber en la pureza del cuerpo, cuando no hay en el alma la verdad? Porque una y otra se gozan cuando se encuentran juntas y están en acuerdo y alianza para poner al hombre en presencia de Dios...⁵²

De Dios recibimos la vida sobrenatural, lo mismo que la natural.

Así como en nuestra creación original en Adán, el soplo vital de Dios infundido sobre el modelo de sus manos dio la vida al hombre y apareció como viviente racional, así también en la consumación, El Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, unidos a la sustancia original modelada en Adán, hicieron al hombre viviente y perfecto, capaz de alcanzar al Padre perfecto. De esta suerte, de la 'misma manera que todos sufrimos la muerte en el hombre animal, también hemos recibido la vida en el hombre espiritual. Porque no escapó Adán jamás de las manos de Dios, a las que el Padre decía: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gen 1: 26). Y por la misma razón en la consumación también sus manos vivificaron al hombre haciéndolo perfecto, no por voluntad de la carne ni por voluntad de hombre (Jn 1:13), a fin de que Adán — el hombre — fuera hecho a imagen y semejanza de Dios.⁵³

La salvación y la condenación.

A los que perseveran en la amistad de Dios, él se les comunica a sí mismo. Y la comunicación de Dios es vida, y es luz, y es goce de sus bienes. En cambio, a los que por voluntad pro-

pia se apartan de él, les da Dios la separación que ellos mismos se han escogido. Ahora bien, **la separación de Dios es muerte, y la separación de la luz es tinieblas.** La separación de Dios es la pérdida de todos los bienes que están en él, y así, los que por su apostasía los perdieron, se encuentran privados de todos los bienes y experimentan todos los males. No es que Dios directamente los castigue por sí mismo: **sino que ellos han de sufrir el mal que se deriva de estar privado de todos los bienes.** Porque los bienes de Dios son eternos e infinitos: por esto la pérdida de estos bienes es eterna e infinita. Si uno se ciega a sí mismo o es cegado por otro dentro de una luz infinita, quedará para siempre privado del gozo de la luz: no es que la luz le castigue con la ceguera, sino que su misma ceguera tiene como consecuencia tan grande mal. Por esto decía el Señor: “El que cree en mí, no es juzgado,” es decir, no es separado de Dios, ya que por la fe permanece unido a Dios. “Pero el que no cree — dice — ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios,” es decir, él mismo se separó de Dios por su propia decisión. “Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz. Porque todo el que obra mal, odia la luz, y no viene a la luz, a fin de que no se vean sus obras. En cambio el que hace la verdad, viene á la luz, para que sus obras queden patentes, porque ha obrado según Dios” (cf. Jn 3:18ss).⁵⁴

La acción del demonio.

El demonio, siendo un ángel apóstata, no puede hacer más que lo que hizo en un principio, es decir, seducir y atraer la mente del hombre para que traspase los mandatos de Dios, obcecando paulatinamente los corazones de aquellos que se disponen a servirle, de suerte que se olviden del verdadero Dios y le adoren a él como a Dios. Es como si un desertor se apoderara de una región por la fuerza, y empezase a turbar a los que viven en ella, reclamando para sí el honor de rey ante aquellos que ignoran que es un desertor y un ladrón. Esto es lo que hace el diablo: es uno de aquellos ángeles que estaban puestos al frente de las regiones del aire, como reveló el apóstol Pablo en la carta a los Efesios; y por envidia del hombre, desertó de la ley de Dios, pues la envidia es enemiga de Dios. Y al ser puesta en descubierto su apostasía por medio del hombre, siendo éste objeto de juicio contra él, se enconó cada vez más su enemistad contra el hombre, y tenía envidia de su misma vida, y lo quería arrastrar bajo su dominio apóstata. Pero el Verbo de Dios, creador de todas las cosas, por medio de la naturaleza humana obtuvo victoria sobre él, le declaró apóstata, y, contra lo que pretendía, lo sometió al hombre. Porque dice: “He aquí que os doy potestad de andar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y sobre cualquier poder del enemigo” (Lc 10:19). De este modo, así como sometió al hombre en su apostasía, por medio del hombre auxiliado por Dios su apostasía fue aniquilada.⁵⁵

Origen divino de las instituciones temporales.

Al apartarse de Dios el hombre se convirtió en una fiera, hasta tal punto que trataba como enemigos a los de su propia sangre, viviendo en toda suerte de revueltas, homicidios y rapiñas, sin temor alguno. Por esto le impuso Dios el temor humano, ya que no era capaz de sentir el temor de Dios. Y así, sometidos los seres humanos a la autoridad humana y obligados por sus leyes, llegasen a conseguir algo de lo que toca a la justicia, refrenándose unos a otros. Cuando se muestra la espada, su vista infunde temor; como dice el Apóstol: (La autoridad) “no sin razón lleva la espada, porque es ministro de Dios y toma venganza de ira sobre aquel que obra el mal.” Así pues, los magistrados que se atienden a las leyes como vestido de justicia, no tendrán que dar cuentas ni serán castigados por lo que hubieren hecho con justicia y según las leyes. Pero lo que hubieren hecho para destruir al justo, de manera inicua, impía, contra las leyes o tiránicamente,

será para ellos causa de perdición, porque el juicio de Dios llega a todos por igual, y no falla para nadie. Así pues, el reino terreno ha sido instituido por Dios para bien de las naciones, y no por el diablo. Éste jamás está tranquilo, ni mucho menos quiere que los pueblos vivan tranquilos, porque no quiere que acaten la autoridad humana y así ya no se devoren los unos a los otros como peces, sino que al contrario, estableciendo leyes, rechacen las innumerables injusticias de los gentiles. Según esto, son ministros de Dios los que nos exigen los tributos, y en esto prestan un servicio.

La autoridad ha sido establecida por Dios, y manifiestamente miente el diablo cuando dice: “Todo me ha sido entregado, y yo lo doy a quien quiero.” Un hombre nace en un determinado dominio, y allí están establecidos los reyes, en forma conveniente a los tiempos y personas que han de gobernar. De ellos, algunos han sido puestos para vigilancia y utilidad de sus súbditos y para mantener la justicia; otros para infundir temor y castigo y para amenazar; otros para burla, desprecio y soberbia, si se han hecho merecedores de ello. Pero, como hemos dicho, el justo juicio de Dios llegará por igual a todos ellos.⁶⁶

43.Ibid.IV, 11, 1-3; 44. Dem. 11; 45. Dem. 14-16; 46. Adv. Haer. IV, 37:1; 47. Ibid. IV, 4:3; 48. Ibid. II, 34, 3ss; 49. Ibid. V, 6, 1; 50. Ibid. V, 6:2; 51. Ibid. II, 33:3, 34:1; 52. Dem. 2; 53. Adv.Haer. V, 1-3; 54. Ibid. V, 27:2; 55. Ibid. V, 24:3; 56. Ibid. V, 24:1;

VI. La fe.

Sumario de la fe de la Iglesia.

La Iglesia, aunque está esparcida por todo el orbe hasta los límites de la tierra, ha recibido de los apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo, de la tierra, del mar y de cuanto en ellos se contiene; y en un solo Cristo Jesús, hijo de Dios, **encarnado por nuestra salvación; y en el Espíritu Santo**, quien por medio de los profetas anunció los planes (de Dios), los advenimientos, el nacimiento de una Virgen, la pasión, la resurrección de entre los muertos, la ascensión en la carne a los cielos del amado Cristo Jesús, Señor nuestro, así como su parusía desde los cielos con la gloria del Padre, a fin de recapitular todas las cosas y restaurar toda carne de todo hombre, de suerte que para Cristo Jesús, Señor nuestro, Dios, salvador y rey, según el beneplácito del Padre invisible, se doble toda rodilla de los seres celestiales, terrestres e infernales, y toda lengua le confiese (cf. Flp 2:10), y se haga un juicio justo y universal. A los espíritus del mal, y a los ángeles transgresores y apostatas, y a los hombres impíos, injustos, inicuos y blasfemos, los enviará al fuego eterno; mientras que a los que hubieren permanecido en su amor desde el comienzo, y a los que hubieren hecho penitencia, les dará el don de la inmortalidad dándoles **como gracia la vida, y les envolverá en gloria eterna.**⁵⁷

Hay que atenerse a la regla de fe, aun cuando no todo lo comprendamos.

Tenemos como norma de fe la misma verdad y el testimonio claro que nos viene de Dios, y no hemos de renunciar a este conocimiento firme y verdadero de Dios por ceder a especulaciones cuyas conclusiones son siempre fluctuantes. Más bien hemos de resolver las dificultades a la luz del principio de que realmente conviene dedicarse a investigar el misterio y los designios del Dios verdadero, pero procurando crecer en el amor de aquel que por nosotros hizo y hace tan grandes cosas; y nunca hay que abandonar aquel convencimiento por el cual se explica clarísimamente que sólo éste es el verdadero Dios y Padre, el que creó este mundo; el que modeló al hombre, dándole, al crearlo, la capacidad de multiplicarse; el que llamó al ser desde las cosas más pequeñas hasta las mayores; el que al feto concebido en el útero lo saca a la luz del sol, y el que hace crecer el trigo en la espiga madurándolo para el granero. Uno y el mismo Artífice es el

que hizo el útero y creó el sol: uno y el mismo Señor es el que hizo brotar el tallo, el que hizo crecer el trigo y multiplicarlo y el que dispuso el granero...

Ahora bien, aunque no encontremos la explicación de todas las cosas de la Escritura que debieran ser explicadas, no por ello hemos de recurrir a otro Dios distinto del que hay en realidad. Esto sería la máxima impiedad. Aquellas cosas las hemos de dejar a Dios, que es quien nos hizo, y hemos de estar convencidos que las Escrituras son perfectas, puesto que son palabra del Verbo de Dios y de su Espíritu; somos nosotros los que nos encontramos muy inferiores y muy alejados del Verbo de Dios y de su Espíritu, y por esto no alcanzamos a tener conocimiento de sus misterios. Nada tiene de extraño que esto nos suceda en lo que se refiere a las cosas espirituales y celestiales, y en lo que es objeto de revelación, puesto que aun en las cosas que están a nuestro nivel — me refiero a las cosas de esta creación que podemos tocar y ver y que tenemos con nosotros — muchas cosas escapan a nuestro conocimiento, y las hemos de dejar a Dios, quien con razón ha de estar por encima de todas las cosas.

Así pues, si entre las cosas creadas hay algunas que quedan reservadas al conocimiento de Dios, y otras que están al alcance de nuestro conocimiento, ¿qué tiene de particular que en lo que se refiere a la investigación de las Escrituras — las cuales son todas espirituales — haya cosas que ciertamente podamos resolver con la gracia de Dios, mientras que otras haya que dejarlas como reservadas a Dios, y no sólo en este mundo, sino aun para el futuro? Así es siempre Dios el que enseña, y el hombre está continuamente aprendiendo de Dios. Así lo dijo el Apóstol: que todo lo demás sería destruido, pero permanecerían la fe, la esperanza y la caridad: (1 Cor 13:13) la fe en nuestro maestro permanece siempre inmovible, asegurándonos que hay un solo Dios verdadero, y que hemos de amar a Dios siempre y en verdad, porque sólo él es nuestro Padre, y que hemos de esperar recibir siempre más de él, y aprender de él, porque es bueno, y tiene riquezas interminables, y un reino sin límites, y una sabiduría inmensa.⁵⁸

Necesidad de la fe.

Hemos de guardar inflexible la regla de fe, y cumplir los mandamientos de Dios: creer en Dios, temiéndole porque es Señor, y amándole porque es Padre. Ahora bien, el cumplimiento de los mandamientos se obtiene con la fe, pues “si no creéis — dice Isaías — no comprenderéis” (Is 7:9). La verdad proporciona la fe, ya que la fe tiene por objeto lo que realmente existe, de suerte que creeremos en las cosas tal como son, y creyendo en las cosas tal como son, guardaremos siempre firme nuestra convicción acerca de ellas. Y estando **la fe íntimamente ligada a nuestra salvación**, hemos de cuidarla con gran esmero, a fin de que tengamos una inteligencia verdadera de lo que existe. Esto es lo que nos procura la fe, tal como en tradición la hemos recibido de los presbíteros, discípulos de los apóstoles. En primer lugar, ella nos recomienda acordarnos de que hemos recibido el bautismo para remisión de los pecados en el nombre de Dios Padre y en el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado y muerto y resucitado, y en el Espíritu Santo de Dios; acordarnos también de que este bautismo es el sello de la vida eterna y el nuevo nacimiento en Dios, de suerte que ya no somos de hombres mortales, sino del Dios eterno; asimismo nos hemos de acordar de que el Ser eterno es Dios, que está por encima de todas las cosas creadas, a quien todo le está sometido; todo lo que le está sometido ha sido creado por él, de suerte que Dios no tiene dominio ni señorío sobre lo que sería de otro, sino sobre lo que es suyo, y todo es de Dios. Por esto es Dios todopoderoso, y todo viene de Dios, ya que las cosas de aquí abajo tienen de alguna gran causa el principio de su existencia, y el principio de todas las cosas es Dios. Dios no ha sido creado por nadie, pero todas las cosas han sido creadas por él...⁵⁹

La fe de Abraham y nuestra fe.

En Abraham estaba prefigurada nuestra fe: él fue el patriarca y, por así decirlo, el profeta de nuestra fe, como lo enseña clarísimoamente el Apóstol en la epístola a los Galatas (3:5-9)... El Apóstol lo llama no sólo profeta de la fe, sino padre de aquellos de entre los gentiles que creen en Cristo Jesús, La razón es que su fe y la nuestra son una misma y única fe: él, en virtud de la promesa de Dios, creyó en las cosas futuras como si ya se hubieran realizado; y nosotros, de manera semejante, en virtud de la promesa de Dios, contemplamos como en un espejo por la fe aquella herencia que tendremos en el reino.⁶⁰

Grandeza de Dios y de sus obras, y pequeñez de la inteligencia humana.

Muchas y variadas son las cosas creadas, y en todas sus disposiciones bien dispuestas y en mutua armonía, aunque bajo aspectos particulares sean contrarias y en desacuerdo. Es como la cítara que mediante la diversidad de sus sonidos produce una melodía armoniosa compuesta de muchos sonidos contrarios. El amante de la Verdad no debe dejarse engañar por la diversidad de los distintos sonidos, ni debe colegir que uno proviene de un artífice y otro de otro, como si uno hubiera dispuesto los sonidos más agudos, otro los más graves y otro los medios, sino que uno solo,” que quiso dar muestra de sabiduría en el conjunto de la obra entera, así como de justicia, de bondad y de benevolencia. [Los que oyen esta melodía han de alabar y glorificar a su artífice, admirando en unos casos los tonos agudos, considerando en otros los graves, oyendo en otros los tonos intermedios y observando en otros la idea de conjunto] Hay que atender al fin de cada uno de los elementos, buscando sus causas, sin traspasar jamás la regla (de fe), ni apartarse del artífice, ni abandonar la fe en el Dios único que hizo todas las cosas o blasfemar de nuestro Creador.

Mas si alguno no llega a encontrar la causa de todas las cosas que quisiera, piense que es hombre, que es infinitamente más pequeño que Dios, y que ha recibido la gracia de una manera parcial; que todavía no es igual o semejante a su Creador, y que no puede tener de todas las cosas la experiencia o el conocimiento que tiene Dios. Cuanto es menor que aquel que no fue hecho y que permanece siempre el mismo, el que sólo hoy fue hecho y tomó de otro el principio de su existencia será tanto menor que el que lo hizo en lo que se refiere a la ciencia y a la capacidad de investigar las causas de todas las cosas. Porque, oh hombre, no eres increado, no coexistías con Dios desde la eternidad, como su propio Verbo, sino que habiendo recibido hace un momento el principio de tu existencia por su extraordinaria bondad, poco a poco vas aprendiendo del Verbo los designios del Dios que te hizo.

Por tanto guarda la medida que corresponde a tu inteligencia, y no quieras, ignorante del bien, ir más allá del mismo Dios, porque no se puede ir más allá. No busques qué hay por encima del Creador, porque no lo encontrarás. El que te hizo es incomprendible. No excogites otro Padre por encima de él, como si ya hubieras tomado la medida de todo su ser, y hubieras recorrido toda su grandeza, y hubieras considerado toda su profundidad, su altura y longitud. No lo podrás excogitar, sino que yendo contra la naturaleza te convertirás en un insensato y, si te empeñas en ello, caerás en la locura, creyéndote a ti mismo más alto y más perfecto que tu Creador, y conocedor de todos sus reinos.

Así pues, vivir como hombres simples y de poca ciencia y acercarse a Dios por la caridad es cosa mejor y más provechosa que tenerse por muy sabio y muy experimentado y encontrarse blasfemando del propio Dios, fabricándose otro Dios y Padre. Por esto exclama san Pablo: “La ciencia hincha, pero la caridad es constructiva” (1 Cor 8:1). No que condenara la verdadera ciencia acerca de Dios, lo que hubiera sido acusarse en primer lugar a sí mismo; sino que sabía que algunos, solo pretexto de saber, se envaneían y se apartaban del amor de Dios. Porque éstos

opinaban que eran perfectos cuando introducían un demiurgo imperfecto, les arranca de las cejas el orgullo fundado en esta ciencia diciendo: “La ciencia hincha, pero la caridad es constructiva.” No hay otra hinchazón mayor que la del que piensa que es mejor y más perfecto que el que le creó, y le modeló, y le dio el soplo de la vida y le otorgó el mismo ser. Como dije, está en mejor condición el que no sabe nada, ni siquiera una sola de las razones por las que fue creada cualquier cosa de las que han sido creadas, pero que tiene fe en Dios y persevera en su amor, que los que hinchados con este género de ciencia se apartan del amor que da la vida al hombre. No hay que querer saber otra cosa **sino Jesucristo, el Hijo de Dios, que fue crucificado por nosotros** antes que con cuestiones sutiles y charlatanerías, llegar a caer en la impiedad.⁶¹

Sentido en que puede darse una profundización de la fe.

La Iglesia, habiendo recibido este mensaje y esta fe que hemos dicho, aunque esparcida por todo el mundo, lo guarda cuidadosamente, como si habitara en una sola casa; y cree en estas cosas como si tuviera una sola alma y un mismo corazón, predicando y enseñando estas cosas al unísono y transmitiendo la tradición como si tuviera una sola voz. Porque aunque las lenguas a lo ancho del mundo son distintas, pero una es la fuerza de la tradición, siempre la misma. Las iglesias establecidas en Germania no tienen otra fe diferente ni otra tradición, ni las que están en Iberia o las que están entre los Celtas, ni las de Oriente, ni las de Egipto, ni las de Libia, ni las que están establecidas en el centro del mundo (léase Jerusalén). Sino que así como el sol, que es criatura de Dios es uno y el mismo en todo el mundo, así también la predicación de la verdad brilla en todas partes e ilumina a todos los hombres que quieren venir al conocimiento de la verdad. Y así, ni aunque haya entre los jefes de las iglesias alguno capaz de hablar muy bien enseñará otra cosa no habiendo nadie que esté por encima del Maestro, ni el que es incapaz de hablar disminuirá en nada la tradición, porque siendo una y la misma fe, ni el que es capaz de hablar mucho sobre ella la aumentará en nada, ni el que es capaz de hablar poco la disminuirá.

El que algunos según su inteligencia puedan saber más o menos, no está en que puedan cambiar el mismo objeto (de la fe), excogitando otro Dios distinto del artífice y creador y mantenedor del universo como si aquél no bastara; o asimismo excogitando otro Cristo, u otro Unigénito. La diferencia está en que logren investigar lo que fue dicho en parábolas relacionándola con el contenido de la fe; en mostrar por sus pasos la acción y la economía de Dios para con la humanidad; declarando cómo Dios fue magnánimo en la apostasía de los ángeles transgresores así como en la desobediencia de los hombres; por qué uno y el mismo Dios hizo lo temporal y lo eterno, lo celestial y lo terreno; por qué, siendo Dios invisible, se apareció a los profetas no bajo una forma única, sino presentándose unas veces de una manera y otras de otra. Que expliquen por qué Dios ha hecho muchos pactos con la humanidad, y enseñen cuál es el carácter de cada pacto; y que investiguen por qué Dios lo incluyó todo en la infidelidad a fin de tener misericordia de todos (cf. Rom 11:32); que reconozcan con acción de gracias por qué el Verbo de Dios se hizo carne y padeció, y anuncien por qué en los últimos tiempos tendrá lugar **la parusía del Hijo de Dios**, es decir en el fin se manifestará el principio. Que desplieguen lo que contienen las Escrituras acerca del fin y de las cosas futuras, sin pasar por alto por qué a los gentiles desesperados los hizo Dios coherederos y participantes de un mismo cuerpo y unos mismos beneficios con los santos. Que expliquen cómo esta insignificante carne mortal será revestida de inmortalidad, y lo corruptible, de incorruptibilidad (1 Cor 15:54). Que anuncien cómo el que no era pueblo ha venido a ser pueblo, y la que no era amada, amada, y cómo son más numerosos los hijos de la abandonada que los de la que tiene marido (cf. Os 2:23; Rom 9:25; Is 54:1; Gal 4:27). Porque sobre estas cosas y otras semejantes exclamaba el Apóstol: “¡Oh profundidad de la riqueza y de

la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuan inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos!" (Rom 9:33).⁶²

Principios de interpretación de la Escritura.

Las paráboles no deben utilizarse para explicar cosas dudosas. El que explica una parábola debe fundarse en lo cierto, y entonces todos aceptarán por igual una misma explicación de la parábola, de suerte que el cuerpo de la verdad se conserve íntegro y con uniforme disposición de sus miembros, sin videncia alguna. Pero las cosas que no han sido declaradas abiertamente ni son evidentes, no hay que utilizarlas para interpretar las paráboles, inventando cada uno lo que le parezca. Si así se hace, no habrá ninguna norma de verdad, sino que cuantos sean los que explican las paráboles, tantas serán las verdades contradictorias que aparecerán fundando dogmas contrarios, como acontece en las elucubraciones de los filósofos gentiles. Con este modo de proceder, uno siempre está investigando y nunca llega a alcanzar nada, pues no se somete a la disciplina de la investigación. El que no tiene su lámpara preparada, cuando viene el Esposo no resplandece con ningún rayo de claridad luminosa (cf. Mt 25:5), y entonces recurre a los que sacan de las tinieblas explicaciones de las paráboles, dejando a aquel que le concede gratuitamente la entrada en su casa por medio de lo que ha sido predicado de manera clara: y así, queda excluido de la cámara nupcial.⁶³

La verdad está en la Iglesia, que conserva la fe y, sobre todo, el amor.

El hombre espiritual... "no será juzgado" (1 Cor 2:15), porque él tiene firmeza en todas las cosas: tiene una fe íntegra en el Dios único todopoderoso, del que proceden todas las cosas; tiene una confianza sólida en el Hijo de Dios, Cristo Jesús, Señor nuestro, por quien proceden todas las cosas, así como en su plan salvador, por el que el Hijo de Dios se hizo hombre; y la tal confianza la otorga en el Espíritu de Dios, que es quien da el conocimiento de la verdad y manifiesta la voluntad del Padre, el designio salvador del Padre y del Hijo para con los hombres en las sucesivas generaciones. Por "conocimiento de la verdad" entendemos la enseñanza de los apóstoles y el orden establecido en la Iglesia desde un principio en todo el mundo, con el sello distintivo del cuerpo de Cristo que es la sucesión de los obispos, a los que los apóstoles confiaron las diversas Iglesias locales; la preservación sin manipulaciones de las Escrituras hasta nosotros; el estudio total de las mismas, sin adiciones ni sustracciones, con una lectura no falseada y una exposición fundada en las Escrituras, sin audacias y sin blasfemias y finalmente, el don del amor, que es el principal, más valioso que el conocimiento, más honorable que la profecía, puesto que sobrepasa a todos los demás cansinas.⁶⁴

Valor de la religión natural.

La ley natural, por la que el hombre puede ser justificado, que era la que antes de la promulgación de la ley guardaban los que eran justificados por la fe y eran agradables a Dios, no la abolió el Señor, sino que la complementó y la cumplió, como está claro en sus palabras...⁶⁵

57. Adv. Haer. I, 10I; 58. Ibid. II, 27:3; 59. Dem. 3; 60. Adv. Haer. IV, 21:1; 61. Ibid. II, 25:1; 62. Ibid. I, 10:2-3; 63. Ibid. II, 27:1; 64. Ibid. IV, 33:7; 65. Ibid. IV, 13:1;

VII. La Iglesia.

El Señor confió a los apóstoles el Evangelio.

La única fe verdadera y vivificante es la que la Iglesia distribuye a sus hijos, habiéndola recibido de los apóstoles. Porque, en efecto, el Señor de todas las cosas confió a sus apóstoles el Evangelio, y por ellos llegamos nosotros al conocimiento de la verdad, esto es de la doctrina del Hijo de Dios. A ellos dijo el Señor, “el que a vosotros oye a mí me oye, y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia y al que me envió” (Lc 10:16). No hemos llegado al conocimiento de la economía de nuestra salvación si no es por aquellos por medio de los cuales nos ha sido transmitido el Evangelio. Ellos entonces lo predicaron, y luego, por voluntad de Dios, nos lo entregaron en las Escrituras, para que fuera columna y fundamento de nuestra fe. (cf. 1 Tim 3:15). Y no se puede decir, como algunos tienen la audacia de decir, que ellos predicaron antes de que alcanzaran el conocimiento perfecto. Los tales se glorían en enmendar a los mismos apóstoles. Porque, después que nuestro Señor resucitó de entre los muertos y “fueron revestidos de la fuerza de lo alto por el Espíritu Santo que vino sobre ellos” (Lc 24:49; Act 1:8), fueron llenados de todos los dones y alcanzaron el “conocimiento perfecto.” Entonces partieron a los confines de la tierra, predicando el evangelio de los bienes que nos vienen de Dios y anunciando la paz del cielo a los hombres: (cf. Is 52:7) y todos y cada uno de ellos poseían por igual el Evangelio de Dios. Y así, Mateo, estando entre los hebreos, dio a luz en su lengua un escrito del Evangelio, al tiempo en que Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban allí la Iglesia. Y después de la muerte de éstos, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro; nos dejó también por escrito lo que Pedro había predicado. Asimismo Lucas, compañero de Pablo, consignó en un escrito lo que aquél había predicado; y luego, Juan, discípulo del Señor, el que había descansado sobre su pecho, publicó también su evangelio, cuando vivía en Éfeso de Asia.

Todos éstos nos han enseñado que hay un solo Dios, creador del cielo y de la tierra, anunciado por la ley y los profetas, y que hay un solo Cristo, Hijo de Dios. Si alguno no admite esto, hace ofensa a los que fueron compañeros del Señor, hace ofensa al mismo Señor, y aun hace ofensa al Padre: con lo cual, él mismo se condena, resistiéndose y oponiéndose a su propia salvación. Esto es lo que hacen todos los herejes.⁶⁶

Los herejes frente a la Escritura y a la tradición.

Cuando a los herejes se les arguye con las Escrituras, se ponen a atacar las mismas Escrituras, afirmando que están corrompidas, o que no son auténticas, o que no concuerdan, pretendiendo que no se puede sacar de ellas la verdad si no es que uno conozca la tradición que no fue transmitida por escrito, sino de viva voz. Esta sería la razón por la que Pablo habría dicho: “Hablamos la sabiduría entre los perfectos: una sabiduría que no es de este mundo” (1 Cor. 2:6). Cuando ellos hablan así de “sabiduría,” cada uno se refiere a la que él mismo por su cuenta se ha inventado, es decir, el fruto de su imaginación; y así, según ellos, no hay nada que objetar a que la verdad esté unas veces en Valentín, y otras en Marción, y otras en Cerinto... Cada uno de éstos, en un colmo de perversión, se avergüenza de “predicarse a sí mismo” (2 Cor. 4:5) haciendo caso omiso de la regla de la verdad.

Si, por el contrario, apelamos a la tradición que viene de los apóstoles y que se conserva en las Iglesias por la sucesión de los presbíteros, entonces ellos se oponen a esta tradición, afirmando que ellos saben más no sólo que los presbíteros, sino aun que los mismos apóstoles, pues ellos han encontrado la verdad pura. Porque, según ellos, los apóstoles mezclaron con las palabras del Salvador los preceptos de la ley; y no sólo los apóstoles, sino que aun el mismo Señor hablaba a veces como demiurgo (es decir, como el Dios del Antiguo Testamento), a veces como ser intermedio y a veces como Ser supremo. Ellos, en cambio, sin lugar a dudas y sin ninguna contaminación ni impureza, han llegado a conocer el “misterio escondido.” Tal es la suma impu-

dencia con que blasfeman del Creador. En realidad, lo que sucede es que no están de acuerdo ni con la Escritura ni con la Tradición...

Pero la tradición de los apóstoles está bien patente en todo el mundo y pueden contemplarla todos los que quieran contemplar la verdad. En efecto, podemos enumerar a los que fueron instituidos por los apóstoles como obispos sucesores suyos hasta nosotros: y éstos no enseñaron nada semejante a los delirios (de los herejes). Porque si los apóstoles hubiesen sabido “misterios ocultos” para ser enseñados exclusivamente a los “perfectos” a escondidas de los demás, los hubiesen comunicado antes que a nadie a aquellos a quienes confiaban las mismas Iglesias, pues querían que éstos fuesen muy “perfectos” e irreproscibles (1Tim 3:2) en todos los aspectos, como que los dejaban como sucesores suyos para ocupar su propia función de maestros. De su recta conducta dependía un gran bien; en cambio, si ellos fallaban, se habría de seguir una gran ruina.⁶⁷

66. Adv. Haer. III, 1:1; 67. Ibíd. III, 2:1;

El orden sucesorio de las Iglesias. La Iglesia romana.

Sería muy largo en un escrito como el presente enumerar la lista sucesoria de todas las Iglesias. Por ello indicaremos cómo la mayor de ellas, la más antigua y la más conocida de todas, tiene una tradición que arranca de los apóstoles y llega hasta nosotros, en la predicación de la fe a los hombres (cf. Rom 1:8), **a través de la sucesión de los obispos**. Así confundimos a todos aquellos que, de cualquier manera, ya sea por complacerse a sí mismos, ya por vanagloria, ya por ceguedad o falsedad de juicio, se juntan en grupos ilegítimos.

En efecto, con esta Iglesia romana, a causa de la autoridad de su origen, ha de estar necesariamente de acuerdo toda otra Iglesia, es decir, los fieles de todas partes; en ella siempre se ha conservado por todos los que vienen de todas partes aquella tradición que arranca de los apóstoles. En efecto, los apóstoles, habiendo fundado y edificado esta Iglesia, entregaron a Lino el cargo episcopal de su administración; y de este Lino hace mención Pablo en la carta a Timoteo. A él le sucedió Anacleto, y después de éste, en el tercer lugar a partir de los apóstoles, cayó en suerte el episcopado a Clemente, el cual había visto a los mismos apóstoles, y había conversado con ellos; y no era el único en esta situación, sino que todavía resonaba la predicación de los apóstoles, y tenía la tradición ante los ojos, ya que sobrevivían todavía muchos que habían sido enseñados por los apóstoles. En tiempo de este Clemente, surgió una no pequeña disensión entre los hermanos de Corinto, y la Iglesia de Roma envió a los de Corinto un escrito muy adecuado para reducirlos a la paz y para restaurar su fe **y dar a conocer la tradición que hacía poco habían recibido de los apóstoles**, a saber, que hay un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, creador del hombre, que causó el diluvio y llamó a Abraham, que sacó a su pueblo de Egipto, habló a Moisés, estableció la ley, envió a los profetas y “preparó el fuego para el diablo y para sus ángeles” (Mt 25:41). Que este Dios es predicado por las Iglesias como el Padre de nuestro Señor Jesucristo, pueden comprobarlo a partir de este mismo escrito los que quieran. Asimismo pueden conocer en él cuál es la tradición apostólica de la Iglesia, ya que esta carta es más antigua que los que ahora enseñan falsamente e inventan un segundo Dios por encima del creador y hacedor de nuestro universo.

A Clemente sucedió Evaristo, y a éste Alejandro. Luego, en el sexto lugar a partir de los apóstoles, fue nombrado Xisto, y después de éste Telesforo, que tuvo un martirio gloriosísimo. Luego, Higinio; luego, Pío, y luego Aniceto; y habiendo Sotero sucedido a Aniceto, ahora, en el duodécimo lugar después de los apóstoles, ocupa el cargo episcopal Eleuterio. Según este orden y esta sucesión, la tradición de la Iglesia que arranca de los apóstoles y la predicación de la ver-

dad han llegado hasta nosotros. Esta es una prueba suficientísima de que una fe idéntica y vivificadora se ha conservado y se ha transmitido dentro de la verdad en la Iglesia desde los apóstoles hasta nosotros.⁶⁸

* Cabe destacar que esta Iglesia Romana a la que hace mención nuestro santo padre Ireneo, dista mucho de ser la Iglesia romana que todos conocemos actualmente, no porque sea distinta en cuanto a las sucesión apostólica o en cuanto a su institución y su historia, sino que se puede decir que la iglesia de Roma no es la “misma” en cuanto a doctrina, ya que hace mucho tiempo se encuentra alejada de la ortodoxia.

La pureza de la fe y la tradición de la Iglesia.

Era tal el cuidado que tenían los apóstoles y sus discípulos, que ni siquiera querían tener comunicación verbal con alguno de los que desfiguran la verdad, tal como dice el Apóstol: “Después de una primera y una segunda amonestación, evita al hereje, pues has de saber que tal hombre es un pervertido, que está en pecado y es autor de su propia condenación” (Tit 3:10).

Existe una carta muy bien escrita de Policarpo a los de Filipos; en ella los que quieran y los que se preocupan de su salvación pueden aprender las características de la fe de aquél y la verdad que predicaba.

Asimismo, la Iglesia de Éfeso, fundada por Pablo y en la que vivió Juan hasta los tiempos de Trajano, es un testigo verdadero de la tradición de los apóstoles.⁶⁹

Hay que recurrir a la tradición apostólica.

Siendo nuestros argumentos de tanto peso, no hay para qué ir a buscar todavía de otros la verdad que tan fácilmente se encuentra en la Iglesia, ya que los apóstoles depositaron en ella, como en una despensa opulenta, todo lo que pertenece a la verdad, a fin de que todo el que quiera pueda tomar de ella la bebida de la vida. Y esta es la puerta de la vida: todos los demás son salteadores y ladrones. Por esto hay que evitarlos, y en cambio hay que poner suma diligencia en amar las cosas de la Iglesia y en captar la tradición de la verdad (*quae suní Eccliae summa dūigentia diligere et apprehenderē veritatis tradiūionem*). Y esto ¿qué implica? Si surgiese alguna discusión, aunque fuese de alguna cuestión de poca monta, ¿no habría que recurrir a las iglesias antiquísimas que habían gozado de la presencia de los apóstoles, para tomar de ellas lo que fuere cierto y claro acerca de la cuestión en litigio? Si los apóstoles no nos hubieran dejado las Escrituras, ¿acaso no habría que seguir el orden de la tradición, que ellos entregaron a aquellos a quienes confiaban las Iglesias? Precisamente a este orden han dado su asentimiento muchos pueblos bárbaros que creen en Cristo; ellos poseen la salvación, escrita por el Espíritu Santo sin tinta ni papel en sus propios corazones (cf. 2 Cor 3:3), y conservan cuidadosamente la tradición antigua, creyendo en un solo Dios...

Los que tal fe aceptaron sin letras, pueden ser bárbaros en cuanto al idioma, pero en lo que se refiere a sus ideas, sus costumbres y a su modo de vida, por medio de la fe se han hecho sapientísimos, y Dios se complace en ellos, y viven con una justicia, castidad y sabiduría perfectas. Si alguno, hablando con ellos en su propia lengua, les anuncia las invenciones de los herejes, al punto, cerrando sus oídos, se escaparán lo más lejos que puedan, incapaces ni siquiera de oír estas conversaciones blasfemas. De esta forma, a causa de aquella antigua tradición de los apóstoles, ni siquiera pueden admitir en su mente la idea de cualquiera de esas cosas de tan extraños discursos.⁷⁰

La Iglesia, custodio de la fe, por la presencia del Espíritu en ella.

La predicación de la Iglesia es la misma en todas partes y permanece igual a sí misma, pues se apoya en el testimonio de los profetas y de los apóstoles y de todos los discípulos, a través de los comienzos, el medio y el fin, a través de la obra divina y de la acción ordinaria de Dios que se manifiesta en nuestra fe en orden a la salud del hombre. Esta fe que la Iglesia ha recibido, nosotros la custodiamos, y es como un licor exquisito que se guarda en un vaso de calidad y que, bajo la acción del Espíritu de Dios se rejuvenece constantemente y hace rejuvenecer al mismo vaso en el que está colocado. Porque, en efecto, a la Iglesia ha sido confiado este don de Dios a la manera como Dios confió su soplo al barro modelado, a fin de que al recibirlo todos los miembros recibieran la vida; y con este don va implicada la transformación en Cristo, es decir, *el Espíritu Santo*, que es prenda de incorrupción, fuerza de nuestra fe y escala por la que subimos hasta Dios. Porque, dice Pablo (1 Cor 12:28): “Dios puso en su Iglesia apóstoles, profetas y doctores” y todas las demás manifestaciones de la acción del Espíritu, del cual no participan quienes no se acogen a la Iglesia. Éstos se engañan a sí mismos y se excluyen de la vida por sus doctrinas malas y sus acciones perversas.

Porque, donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y la totalidad de la gracia. El Espíritu es la verdad (*Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia: Spiritus autem Veritas.*) Por esto, los que no participan del Espíritu, ni van a buscar el alimento de la vida en los pechos de su madre (la Iglesia), ni reciben nada de la limpiadísima fuente que brota del Cuerpo de Cristo, sino que por el contrario “ellos mismos se construyen cisternas agrietadas” (Jer 2:13) hurgando la tierra y beben el agua maloliente del fango, al querer escapar a la fe de la Iglesia por temor de equivocarse rechazan el Espíritu, y así no pueden recibir enseñanza alguna. Puesto que se han apartado de la verdad, es natural que se revuelvan en toda suerte de errores y que se sientan zarandeados por ellos: sobre una misma cosa, ahora piensan esto y luego piensan lo otro sin que consigan nunca afirmarse en opinión alguna firme: prefieren antes ser sofistas de palabras que discípulos de la verdad. Y ello, porque no están fundados sobre la única Piedra, sino sobre la arena que está compuesta de multitud de chimillas.

Esto es lo que hace que se fabriquen muchos dioses, y que tengan siempre una excusa para “buscar” (y en esto se manifiestan cegatones): pero jamás llegan a alcanzar nada, ya que reniegan del Creador, que es el Dios verdadero y el que nos hace capaces de “encontrar,” y en cambio piensan haber encontrado “otro Dios,” u “otro pleroma” u “otra obra.”⁷¹

Los presbíteros de la Iglesia tienen el carisma de la verdad.

Hay que obedecer a los presbíteros que están en la Iglesia, a saber, a los que son sucesores de los apóstoles y que juntamente con su sucesión en el episcopado han recibido por voluntad del Padre el carisma seguro de la verdad. En cambio, hemos de sospechar de aquellos que se separan de la línea sucesora original, reuniéndose en cualquier lugar: o son herejes y perversos en sus doctrinas, o al menos cismáticos, orgullosos y autosuficientes, o bien hipócritas que actúan por deseo de lucro o de vanagloria. Todos ellos se apartan de la verdad... y de todos ellos hay que apartarse. Por el contrario, como acabamos de decir, hay que adherirse a los que conservan la doctrina de los apóstoles y a los que dentro del orden presbiteral hablan palabras sanas y viven irreprochablemente para ejemplo y enmienda de los demás... Los tales viven en la Iglesia... y el apóstol Pablo nos enseña dónde podemos encontrarlos cuando dice: “Puso Dios en la Iglesia, primero los apóstoles, luego los profetas, y en tercer lugar los doctores” (1 Cor 12:28). Así pues, allí donde han sido depositados los carismas de Dios, allí hay que ir a aprender la verdad, es decir, de los que tienen la sucesión eclesial que viene de los apóstoles, de los que consta que tienen

una vida sana e irreprochable y una palabra no adulterada ni corrupta. Éstos son los que conservan nuestra fe en el Dios único que hizo todas las cosas, y los que nos hacen crecer en el amor para con el Hijo de Dios que ha cumplido en favor nuestro tan grandes designios, y los que nos declaran las Escrituras de una manera segura, sin blasfemar de Dios, sin deshonrar a los patriarcas y sin despreciar a los profetas... En cuanto a aquellos que muchos tienen por presbíteros, pero que están al servicio de sus placeres, que no ponen ante todo el temor de Dios en sus corazones, sino que se dedican a vejar a los demás y se hinchan con la hinchazón de sentarse en la presidencia, mientras que en lo oculto obran el mal y dicen “nadie nos ve” (Dan 13:20) serán reprendidos por el Verbo, el cual no juzga según la fama ni mira al rostro, sino al corazón... Así pues, hay que apartarse de los hombres de este género, y al contrario, como hemos dicho, hay que adherirse a los que guardan la sucesión de los apóstoles y, dentro del orden presbiteral, ofrecen una palabra sana y una conducta irreprochable para ejemplo y enmienda de los demás...⁷²

Dispersión doctrinal de la herejía, frente a la unidad de la Iglesia.

Todos estos herejes son muy posteriores a los obispos a los cuales los apóstoles entregaron las Iglesias... Y puesto que son ciegos para la verdad, esos herejes tienen necesidad de salirse del camino trillado y de buscar andando por caminos siempre nuevos. Esta es la razón por la que los elementos de su doctrina no concuerdan y están dispersos sin orden alguno. En cambio el camino de los que están en la Iglesia da la vuelta al mundo entero y tiene la tradición segura que procede de los apóstoles: **en ella se puede ver que todos tienen una única e idéntica fe, que todos admiten un mismo y único Dios Padre**, todos creen en la misma obra de la encarnación del Hijo de Dios, todos tienen la misma conciencia de que les ha sido dado el Espíritu Santo, todos practican los mismos mandamientos y guardan de la misma manera las ordenaciones eclesiásticas, todos esperan la misma venida del Señor y esperan la misma salvación de todo el hombre, es decir, del alma y del cuerpo.

Porque la predicación de la Iglesia es verdadera y firme, y en ella se propone al mundo entero un único e idéntico camino de salvación. A ella, en efecto, le fue confiada la luz de Dios, y por esto la sabiduría de Dios con la que salva a todos los hombres “es proclamada por los caminos, actúa con libertad en las plazas, se predica desde lo alto de los muros y no cesa de hablar en las puertas de la ciudad” (Cf. Prov 1:20-21) Porque por todas partes predica la Iglesia la verdad. Esta es la lámpara de siete brazos, que lleva la luz de Cristo. Los que abandonan la predicación de la Iglesia acusan de ignorancia a los santos presbíteros, sin observar, que vale mucho más un hombre religioso aunque ignorante, que un sofista blasfemo e insolente. Esto es lo que son todos los herejes y los que creen haber encontrado algo más allá de la verdad. Empezando como hemos dicho, van siguiendo su camino, cada uno distinto y a su manera y a ciegas, cambiando de opinión sobre unas mismas cosas, como ciegos que se dejan guiar por ciegos, que han de caer necesariamente en la hoyuela de la ignorancia que les acecha. Siempre andan inquiriendo, pero jamás encuentran la verdad. Por esto hay que evitar sus opiniones, y hay que precaverse cuidadosamente, no sea que nos hagan algún daño. Por el contrario, hemos de refugiarnos en la Iglesia, para educarnos en su seno y alimentarnos con las Escrituras del Señor. La Iglesia ha sido plantada como un paraíso en este mundo: y el Espíritu de Dios dice que podemos comer los frutos de cualquier árbol del paraíso, es decir, de cualquier Escritura del Señor: pero no comáis del árbol de la autosuficiencia, ni toquéis para nada la disensión de los herejes. Porque ellos mismos proclaman que tienen el conocimiento del bien y del mal, y levantan sus ideas impías por encima del Dios que los creó. Sus pensamientos se levantan por encima de lo que es dado pensar, y por esto dice el Apóstol: “No saber más de lo que conviene saber, sino saber la prudencia” (Rom 12:3).

No hemos de comer su ignorancia, que quiere saber más de lo que conviene, no sea que seamos arrojados del paraíso de la vida. Porque Dios introduce en el paraíso a los que obedecen a su mandato, “recapitulando en sí mismo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra” (Ef. 1:10): ahora bien, las de los cielos son espirituales, pero las de la tierra son de condición humana. Él recapituló, pues, en sí mismo estas cosas, juntando al hombre y al espíritu y poniendo el espíritu en el hombre, haciéndose a sí mismo cabeza del espíritu y haciendo que el espíritu sea cabeza del hombre: porque por él vemos y oímos y hablamos.⁷³

68. Ibid. III, 3, 2ss; 69. Ibid. III, 3:4; 70. Ibid. III, 4, Iss; 71. Ibíd. III, 24, 1; 72. Ibíd. IV, 26:2;

VIII. La eucaristía.

La eucaristía ha venido a sustituir los sacrificios antiguos.

Está claro que Dios no exigía a los judíos sacrificios y holocaustos, sino fe y obediencia y justicia, en orden a su salvación. En el profeta Óseas les muestra Dios lo que quería: “Prefiero la misericordia al sacrificio, y el conocimiento de Dios a los holocaustos...” (Os 6:6). Y a sus discípulos les aconseja el Señor ofrecer a Dios las primicias de las criaturas que poseen, no porque él tenga necesidad de ellas, sino para que ellos no fueran estériles e ingratos. Y así tomó aquel pan que es parte de la creación, y dio gracias diciendo: Esto es mi cuerpo. Y de igual manera tomó el cáliz, que es parte de la misma creación de la que nosotros formamos parte, y proclamó ser su sangre, enseñando así la nueva oblación del nuevo Testamento. Esta oblación es la que la Iglesia, que la recibió de los apóstoles, ofrece en todo el mundo al Dios que nos da el alimento, como primicias de todos los dones que nos ha hecho en el nuevo Testamento. Sobre esto, Malaquias, uno de los doce profetas, profetizó lo siguiente: “Mi voluntad no está con vosotros, dice el Señor omnipotente, y no recibiré sacrificio de vuestras manos. Porque desde el oriente al poniente mi nombre es glorificado entre las naciones, y en todas partes se ofrece incienso a mi nombre y se hace un sacrificio puro, ya que mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor omnipotente” (Mal 1:10). Estas palabras indican con toda claridad que el pueblo más antiguo dejará de ofrecer sacrificios a Dios, y en cambio se le ofrecerá en todo lugar un sacrificio que será puro, y su nombre será glorificado entre las naciones...⁷⁴

Sentido del sacrificio eucarístico en la nueva alianza.

La oblación de la Iglesia, que según la enseñanza del Señor se ofrece en todo el mundo, es tenida por Dios como un sacrificio puro y le es aceptable. No es que él necesite sacrificio alguno de nosotros, sino que más bien es el que ofrece un sacrificio, si su ofrenda es aceptada, el que queda con ello honrado. El que ofrece un regalo a un rey, tiene con ello una prueba de honor y de afecto (de parte de aquél)... Así pues, hemos de ofrecer a Dios las primicias de su creación, como dice Moisés: “No te presentarás vacío ante la presencia del Señor Dios tuyo” (Dt 16:16). De esta suerte, mostrándose agradecido con aquellas mismas cosas que ha recibido en don, el hombre **recibe el honor que viene de Dios**. Así pues, no es que se haya rechazado todo género de oblación: oblaciones tenían los judíos, y oblaciones tenemos nosotros; sacrificios tenía el pueblo judío, y sacrificios tiene la Iglesia. Sólo que se ha cambiado la forma, puesto que la oblación ya no la hacen esclavos, sino hombres libres. Uno y el mismo es el Señor: pero es distinta la forma de la oblación del esclavo y la de los libres, a fin de que aun en la forma de los sacrificios **se manifieste la condición de la libertad**. Porque en lo que se refiere a Dios no hay nada sin sentido, nada que no tenga su significado y su razón de ser. Por esta razón, aquellos consagraban los diezmos de sus bienes: pero los que han alcanzado la libertad todos sus bienes los tienen a

disposición del Señor, y dan con alegría y liberalidad aquello que es menos, porque tienen la esperanza de bienes mayores, a la manera de aquella viuda pobre que echaba todo su sustento en las arcas de Dios (cf. Lc 21:4).

Ofreciendo, pues, la Iglesia su oblación con simplicidad, **su don es justamente tenido como sacrificio puro delante de Dios...** Porque es conveniente que nosotros hagamos una oblación a Dios, mostrándonos en todo agradecidos para con el Creador, con una **mente limpia, y una fe sin hipocresía, una esperanza firme y un amor ardiente**, ofreciendo las primicias de las criaturas que son suyas. Sólo la Iglesia ofrece esta oblación pura al Creador, pues ella le ofrece en acción de gracias lo que es parte de su creación. Porque los judíos ya no hacen oblación, puesto que sus manos están llenas de sangre **por no haber recibido al Verbo por medio** del cual se hace la oblación a Dios. Como tampoco hacen oblación todas las congregaciones de herejes: porque unos afirman que existe otro Padre distinto del Creador, y por tanto, si ofrecen a aquél lo que es de nuestra creación, lo presentan como ávido de lo que no es suyo y codicioso de lo ajeno. Por otra parte, los que dicen que nuestro mundo procede de un defecto, una ignorancia o una pasión, si ofrecen lo que es fruto de ignorancia, pasión o defecto, pecan contra su Padre, y lejos de darle gracias, más bien le hacen ultraje. ¿Cómo podrán admitir que el pan sobre el que se han dado gracias es el cuerpo de su Señor, y el cáliz es su sangre, si no admiten que él es Hijo del Creador del mundo, es decir, su Verbo, por el cual el árbol da su fruto, manan las fuentes, y la tierra produce primero la hierba, luego la espiga y luego el grano lleno en la espiga? Asimismo, ¿cómo pueden afirmar que la carne pasa a corromperse y no recibe la vida, si admiten que se alimenta del cuerpo y de la sangre del Señor? En consecuencia, o han de cambiar de opinión, o se han de abstener de ofrecer los dones que hemos dicho. En cambio nuestras creencias están en armonía con la eucaristía, **y a su vez la eucaristía es confirmación de nuestras creencias.** Porque ofrecemos lo que es de él, proclamando de una manera consecuente la comunicación y la unidad que se da entre la carne y el Espíritu. Y así como el pan que procede de la tierra al recibir la invocación de Dios ya no es pan común, sino eucaristía, compuesta de dos cosas, la terrena y la celestial, así también nuestros cuerpos, cuando han recibido la eucaristía, ya no son corruptibles, **sino que tienen la esperanza de la resurrección.**

Así pues, le hacemos nuestra oblación, no porque él necesite de ella, sino como acción de gracias por sus dones **y como consagración de lo creado.** Dios no necesita de nuestras cosas, pero nosotros sí necesitamos ofrecer algo a Dios, como dice Salomón: “El que hace misericordia con un pobre, hace un préstamo a Dios” (Prov 19:17). Porque Dios, que no necesita de nada, acepta nuestras buenas acciones para podernos dar en recompensa sus bienes. Así lo dice nuestro Señor: “Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber” (Mt 25:34). En efecto, aunque no tiene necesidad de estas cosas, por nuestro bien quiere que nosotros las hagamos, a saber, para que no seamos estériles. De manera semejante el Verbo dio al pueblo judío el precepto de hacer sacrificios, aunque no tenía necesidad de ellos, a fin de que aprendiera a servir a Dios. E igualmente quiere que nosotros ofrezcamos también nuestro don sobre el altar frecuentemente y sin intermisión. Porque hay un altar en los cielos, y es allí adonde tienden nuestras oraciones y nuestros sacrificios; y hay allí un templo, como dice Juan en el Apocalipsis: “Y se abrió el templo de Dios” (Ap 11:19) y hay un tabernáculo, pues dice: “He ahí el tabernáculo de Dios, en el cual co-habitará con los hombres” (Ap 21:3). Todos los dones, oblaciones y sacrificios, los tenía el pueblo judío en figura, como le fue mostrado a Moisés en el monte por obra de uno y el mismo Dios, **cuyo nombre es ahora glorificado por todos los pueblos en la Iglesia,** Porque convenía que las cosas terrenas que fueron dispuestas para bien nuestro, fuesen figura de las cosas celestiales,

siendo unas y otras obra de un mismo Dios. No había otra manera de hacer una imagen de las cosas espirituales...⁷⁵

Relación entre la creación, encarnación, eucaristía y resurrección.

Son absolutamente vanos los que desprecian todo el plan de Dios, negando la salvación de la carne y no admitiendo su regeneración, alegando que no es capaz de incorrupción. Porque si ésta no se salva, habrá que decir que tampoco el Señor nos redimió con su sangre, (1 Cor 10:16) y que el cáliz de la eucaristía tampoco es la comunión de su sangre, y que el pan que partimos tampoco es la comunión con su cuerpo. Porque no hay sangre si no es de las venas y las carnes y de la restante sustancia del hombre: y es haciéndose verdaderamente de esta sustancia como el Verbo de Dios nos redimió con su sangre, como dice su Apóstol: “En él tenemos redención, por medio de su sangre, y remisión de los pecados” (Col 1:14) Porque somos miembros suyos, y nos alimentamos de las criaturas. Y las criaturas es él quien nos las da, haciendo salir su sol, y haciendo llover como quiere. Él proclamó que el cáliz que procede de la creación es su propia sangre, con la cual irriga la nuestra. Y él confirmó que el pan de la creación es su propio cuerpo, con el cual da incremento a nuestros cuerpos. Así pues, en cuanto el cáliz de vino templado y el pan amasado reciben la palabra de Dios y se hace eucaristía del cuerpo de Cristo, la sustancia de nuestra carne recibe de ella incremento y la asimila. ¿Cómo dicen, pues, que la carne no puede recibir el don de Dios que es la vida eterna, si se alimenta del cuerpo y de la sangre del Señor y es miembro suyo? El bienaventurado Pablo dice en la carta a los Efesios: “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne, de sus huesos” (Ef 5:3); y esto no lo dice de un hombre espiritual e invisible, “porque un espíritu no tiene huesos ni carnes” (Lc 2:4-39) sino de la constitución del hombre real, que está compuesto de carne y de nervios y de huesos. Éste es el que se alimenta de su cáliz, **que es sangre de Cristo, y crece con el pan que es su cuerpo.**

Y así como el tronco de la vid puesto en la tierra da fruto en el tiempo apropiado, y el grano de trigo, al caer en la tierra y descomponerse, surge multiplicado por el Espíritu de Dios que mantiene todas las cosas, de suerte que luego por la sabiduría de Dios puede, ser puesto a uso del hombre, y recibiendo la palabra de Dios se convierte en la eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo; así también nuestros cuerpos que se alimentan con ella, y son puestos en la tierra, y se descomponen en ella, resurgirán a su propio tiempo, cuando la palabra del Señor les haga el don de la resurrección para gloria de Dios Padre. Él es quien confiere en verdad la inmortalidad a lo que es mortal, y regala la incorrupción a lo corruptible, **porque el poder de Dios se cumple en la debilidad.** Y así no podemos hincharnos como si tuviéramos la vida de nosotros mismos, ni podemos levantarnos contra Dios concibiendo un pensamiento de ingratitud: al contrario, habiendo aprendido por experiencia que la capacidad de permanecer para siempre la tenemos **de la generosidad de Dios y no de nuestra propia naturaleza,** no nos apartemos de la gloria de Dios tal como es, ni ignoremos nuestra propia naturaleza, sino que al contrario, consideremos hasta dónde llega el poder de Dios y cuál es el beneficio que el hombre recibe. Así no nos engañaremos en la concepción verdadera de la realidad de lo que existe, es decir de Dios y de los hombres...⁷⁶

73. Ibid. IV, 20, Iss; 74. Adv. Haer. IV, 17:4; 75. Ibid. IV, 18, Iss; 76. Haer. V, 2, Iss;

IX. Escatología.

La resurrección y la nueva Jerusalén.

Dice Isaías: “Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, y ya no se acordarán de lo de antes, ni les vendrá a la mente, sino que encontrarán allí gozo y exultación” (Is 65:17-18). Esto es también lo que dijo el Apóstol: “Porque pasa la figura de este mundo” (1 Cor 7:31). Cuando pasen, pues, estas cosas que hay sobre la tierra dice Juan, el discípulo del Señor, que bajará la nueva Jerusalén de arriba, como una esposa que se ha adornado para su marido: éste será aquel tabernáculo de Dios en el que Dios habitará con los hombres. De esta Jerusalén es imagen aquella otra Jerusalén terrena, en la cual los justos se van entrenando para la incorrupción y se van preparando para la salvación... Y esto en manera alguna hay que tomarlo como metáfora, sino que todo ello es firme y verdadero y sustancial, como que está hecho por Dios para disfrute de los hombres justos. Porque así como existe verdaderamente el Dios que resucita al hombre, así también el hombre resucita verdaderamente de entre los muertos, y no sólo metafóricamente... Y así como resucita verdaderamente, así también se entrenará para la incorrupción, y crecerá y se fortalecerá en los tiempos del reino, **para hacerse capaz de recibir la gloria del Padre.** Finalmente, cuando todo haya sido hecho nuevo, vendrá a habitar realmente en la ciudad de Dios... Ya que son hombres verdaderos, verdadera ha de ser también su plantación: no pueden caer en la nada, sino progresar en el ser. Porque la sustancia y materia de la creación no desaparecerá, ya que el que le dio el ser permanece verdadero y firme, sino que “pasa la figura de este mundo” (1 Cor 7:31), para aquellos que cometieron transgresión, pues para ellos envejeció el hombre. Por esto, en la providencia que Dios tiene de todas las cosas, esta figura fue hecha temporal... pero cuando haya pasado esta figura, y el hombre haya sido renovado y haya recibido tal vigor en orden a la inmortalidad que ya no pueda de nuevo envejecer, entonces será el cielo nuevo y la tierra nueva. En aquella nueva condición permanecerá el hombre siempre nuevo, conservando cosas nuevas con Dios. Y que esto durará sin fin, lo dice Isaías: “De la misma manera que permanecen ante mi faz el cielo nuevo y la nueva tierra, dice el Señor, así permanecerá también vuestro linaje y vuestro nombre...” (Is 66:22).⁷⁷

El Apóstol proclamó que la “creación sería liberada de la servidumbre de la corrupción para alcanzar la libertad de los hijos de Dios” (Rom 8:21). Y en todas las cosas, y a través de todas, se manifiesta el mismo Padre, el que modeló al hombre, el que prometió la tierra a los padres, y el que extendió esta promesa hasta la resurrección de los justos, cumpliendo lo prometido en el reino de su Hijo. Más aún, paternalmente otorgó lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni penetró jamás en el corazón del hombre (cf. 1 Cor 2:9). Porque, uno es el Hijo que llevó a cumplimiento la voluntad del Padre; y uno es el género humano, en el que tienen cumplimiento los designios misteriosos de Dios: “los ángeles desean contemplarlo” (1 Pe 1:12) pero no pueden llegar al cabo de la sabiduría de Dios por la cual su criatura alcanza la perfección al conformarse con su Hijo e incorporarse a él: a saber, que el primogénito que de él procede, el Verbo, descienda a la creación que es obra de sus manos y sea recibido en ella, y a la vez, que la creación sea capaz de recibir al Verbo y de ponerse a su nivel, por encima de los ángeles, hasta llegar a ser a imagen y semejanza de Dios.⁷⁸

77. Adv. Haer. V, 35, 2ss; 78. Ibid. V, 36:3;

Sección Cuarta: Los Escritores de Alejandría.

La ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro Magno en la desembocadura del Nilo el año 331 antes de Cristo, fue, sin lugar a dudas, el centro económico y cultural más importante del mundo al apagarse los resplandores de la antigua Atenas. Apoyada en el favor munificente de los sucesores de Alejandro y en la prosperidad comercial que favorecía su privilegiada situación en el Mediterráneo y sus facilidades portuarias, floreció allí una sociedad refinada y culta que se constituyó en centro de lo que se ha dado en llamar civilización helenística. Allí se crearon las primeras grandes instituciones culturales de occidente, que heredaron la gloria que de una manera más modesta habían alcanzado en Atenas la Academia y el Liceo. En el “Museo” de Alejandría se reunió la biblioteca más grandiosa de la antigüedad, y en ella se daban cita eruditos literatos y artistas que se entregaban con afán a las cosas del espíritu. Alejandría fue muy pronto un foco de atracción para los judíos, y fue allí donde tuvo lugar principalmente la confrontación entre la cultura y la religión semítica y la religión grecorromana. En Alejandría se realizó la traducción de las escrituras hebreas al griego, conocida por *Versión de los Setenta*. Allí vivió también el judío Filón, cuya vasta obra literaria pretende reinterpretar las Escrituras y la religión de los judíos de tal suerte que incorporen los mejores logros de la civilización helenística. No es de extrañar, pues, que fuera también en Alejandría donde el cristianismo abordara definitivamente la confrontación con la cultura de la antigüedad pagana. Los apologetas habían precedido en la tarea, aunque de una manera más bien tímida y defensiva. Los grandes maestros alejandrinos, Clemente y Orígenes, a la vez auténticos intelectuales que dominan perfectamente la cultura de su época y fervorosos cristianos, intentan repensar su religión dentro del cuadro cultural del momento, y darle una expresión y una coherencia intelectual comparable a la de los sistemas filosófico-religiosos más acreditados. Ellos son los verdaderos creadores de la teología cristiana, que se funda en la fe, pero que siente la necesidad de una explicación racional de la misma y de una integración de la verdad revelada con todos los conocimientos que el hombre con su propio esfuerzo ha podido llegar a alcanzar. Para ellos la fe no sustituye ni aniquila a la razón, sino que la guía, la complementa y la potencia. El cristianismo adquiere con ellos verdaderas posibilidades de expresión intelectual con las que está preparado para superar el riesgo de quedar al margen del alto nivel cultural de la época, como forma de religión inferior e irracional extraña a los indudables logros espirituales del mundo grecorromano. La tarea no fue fácil, y es comprensible que los que la llevaron a cabo no siempre acertaran absolutamente: hay momentos de vacilación, y hay momentos en que la autenticidad del mensaje cristiano parece sufrir detimento en aras de la especulación o del concordismo con determinadas concepciones filosóficas que eran con él difícilmente compatibles. Pero aunque ciertos aspectos de la teología de los alejandrinos llegaran a manifestarse como inaceptables, el conjunto de su obra fue de un valor positivo incalculable, y toda la teología posterior está en deuda con ellos.

Clemente de Alejandría.

Clemente de Alejandría nació probablemente en Atenas hacia el año 150, de padres paganos. Recibió una buena educación literaria y filosófica al gusto de la época. No tenemos información alguna acerca de su conversión al cristianismo; sólo sabemos que su aceptación de la fe no disminuyó en nada su infatigable curiosidad intelectual, y que, siendo ya cristiano, viajó por Italia, Siria y Palestina, para instruirse de los maestros cristianos más renombrados. Finalmente pasó a Alejandría donde encontró al maestro que deseaba en la persona del filósofo cristiano Panteno, de quien dice Clemente que “como abeja recogía el néctar de las flores que esmalzan el campo de los profetas y los apóstoles, engendrando en el alma de sus oyentes una ciencia inmortal.” De discípulo pasó pronto a ser asociado y colaborador de Panteno, a quien sucedió en su muerte como mentor intelectual de los círculos cristianos cultos de Alejandría.

De Clemente se han conservado tres obras principales, más alguna homilía y fragmentos. El *Protréptico* o *Exhortación a los griegos* está dirigida a la intelectualidad pagana y es una invitación a la conversión, que presenta al Logos cristiano como iluminador de las almas y dispensador de una sabiduría y una verdad muy superior a la que podía alcanzarse con la sabiduría y la religión de los paganos. El *Pedagogo* viene a ser una exposición razonada de los principios de la vida cristiana, para los que ya se han decidido abrazarla. Finalmente los *Stromata* (“Tapices”) es una especie de miscelánea teológica en ocho libros, en los que Clemente ha ido anotando sin mucho orden sus reflexiones sobre temas muy diversos.

Clemente insiste en que el cristianismo no puede ser simplemente ajeno a la filosofía y a la cultura. Por una parte la filosofía es preparación para la aceptación de las verdades de la fe, y por otra puede proporcionar una mejor intelección de las mismas una vez aceptadas. El ideal de Clemente es el del “gnóstico” o “sabio” cristiano, es decir, aquel que habiendo aceptado la fe y sin desviarse para nada de ella, procura llegar al máximo conocimiento intelectual posible de lo que en ella se contiene, ayudado por la reflexión y por todos los elementos que el hombre tenga a su alcance. Esta sabiduría cristiana es tanto más necesaria cuanto que las cosas de la fe son muy profundas y no se acaban de alcanzar en su plenitud con una lectura superficial de las Escrituras o una simple observación de los acontecimientos mundanos. Hay que descubrir el misterio que está escondido bajo las apariencias triviales, con la ayuda del Logos iluminador y de la tradición viva de la fe de la Iglesia. Toda la teología de Clemente, muy influenciada por el platonismo, es de signo intelectualista: el sumo bien del hombre está en la contemplación de la verdad, y Cristo, el Logos de Dios verdaderamente encarnado, viene más a iluminar que a salvar, o mejor, **nos salva iluminando nuestras mentes con la verdad**. Dios es en sí absolutamente incomprensible, pero, le conocemos por su Palabra, por la que primero hizo este mundo a través del cual llegamos a conocer a Dios, y por la que luego nos dio un más pleno testimonio de su amor en Cristo. Contra el dualismo gnóstico, insistirá Clemente en que el cuerpo y la materia no son en sí algo malo, sino creación buena de Dios; por otro lado, el alma no es parte de la misma divinidad, sino criatura suya. Siendo la verdad una, y fundada en la iluminación o revelación del Logos de Dios, hay que rechazar toda especulación intelectual que lleve a la dispersión e incoherencia doctrinal: aquí es donde funda Clemente su teología de la Iglesia única, guardadora de la verdad única, con la llave única **de la tradición de Cristo fielmente transmitida por los apóstoles y sus sucesores**. De esta forma, alrededor de la concepción platónica acerca de la verdad absoluta, traspuesta a la Verdad de Dios revelada por el Logos iluminador, Clemente logra, a pesar de su forma de exposición asistemática y como casual, una interpretación sintética del cristianismo de innegable vigor: gracias a este esfuerzo, la nueva religión ya no podía aparecer como una forma especial de

superstición semítica, sino que se mostraba como una concepción capaz de integrar los mejores logros del espíritu humano en la interpretación del mundo y del mismo hombre, y quedaba el camino abierto para ese diálogo entre la fe y la razón, entre la revelación y la filosofía, que si ha pasado por momentos de crisis agudas y penosas, ha tenido como fruto fecundo la misma teología cristiana como esfuerzo por el que el hombre ha intentado conocerse mejor a sí mismo y al mundo a la luz de la revelación de Dios.

I. El cristianismo y la filosofía.

El miedo de los cristianos a la filosofía y la cultura.

Parece que la mayoría de los que se llaman cristianos se comportan como los compañeros de Ulises: se acercan a la cultura (*logas*) como gente burda que ha de pasar no sólo junto a las sirenas, sino junto a su ritmo y su melodía. Han tenido que taponarse los oídos con ignorancia, porque saben que si llegasen a escuchar una vez las lecciones de los griegos, no serían ya capaces de volver a su caso. Pero el que sabe recoger de entre lo que oye toda flor buena para su provecho, por más que sea de los griegos — pues “del Señor es la tierra y todo lo que la llena” (Sal 23:1; Cor 10:26) —, no tiene por qué huir de la cultura a la manera de los animales irracionales. Al contrario, el que está bien instruido ha de aspirar a proveerse de todos los auxilios que pueda, con tal de que no se entretenga en ellos más que en lo que le sea útil: si toma esto y lo atesora, podrá volver a su casa, a la verdadera filosofía, habiendo conseguido para su alma una convicción firme, con una seguridad a la que todo habrá contribuido...¹

El vulgo, como los niños que temen al coco, teme a la filosofía griega por miedo de ser extraviado por ella. Sin embargo, si la fe que tienen — ya que no me atrevo a llamarla conocimiento — es tal que puede perderse con argumentos, que se pierda, pues con esto sólo ya confiesan que no tienen la verdad. Porque la verdad es invencible: las falsas opiniones son las que se pierden...²

1. CLEMENTE. STROMATA. VI, 11, 89, 1; 2. Ibid. VI, 10, 80, 5;

La filosofía, preparación para el Evangelio.

Antes de la venida del Señor, la filosofía era necesaria a los griegos para la justicia; ahora, en cambio, es útil para conducir las almas al culto de Dios, pues constituye como una propedéutica para aquellos que alcanzan la fe a través de la demostración. Porque “tu pie no tropezará” (Prov 3:28), como dice la Escritura, si atribuyes a la Providencia todas las cosas buenas, ya sean de los griegos o nuestras. Porque Dios es la causa de todas las cosas buenas: de unas lo es de una manera directa, como del Antiguo y del Nuevo Testamento; de otras indirectamente, como de la filosofía. Y aun es posible que la filosofía fuera dada directamente (por Dios) a los griegos antes de que el Señor los llamase: porque era un pedagogo para conducir a los griegos a Cristo, como la ley lo fue para los hebreos. (cf. Gal 3:24). La filosofía es una preparación que pone en camino al hombre que ha de recibir la perfección por medio de Cristo...³

No hay nada de extraño en el hecho de que la filosofía sea un don de la divina Providencia, como propedéutica para la perfección que se alcanza por Cristo, con tal que no se avergüenze de la sabiduría bárbara, de la que la filosofía ha de aprender a avanzar hacia la verdad...⁴

De la misma manera que recientemente, a su debido tiempo, nos vino la predicación (del Evangelio), así a su debido tiempo fue dada la ley y los profetas a los bárbaros, y la filosofía a los griegos, para ir entrenando los oídos de los hombres en orden a aquella predicación...⁵

3. Ibid. I, 5, 28; 4. Ibid. VI, 17, 153; 5. Ibíd. VI, 5, 44;

La filosofía es también un don de Dios.

Si decimos, como se admite universalmente, que todas las cosas necesarias y útiles para la vida nos vienen de Dios, no andaremos equivocados. En cuanto a la filosofía, ha sido dada a los griegos como su propio testamento, constituyendo un fundamento para la filosofía cristiana, aunque los que la practican de entre los griegos se hagan voluntariamente sordos a la verdad, ya porque menosprecian su expresión bárbara, ya también porque son conscientes del peligro de muerte con que las leyes civiles amenazan a los fieles. Porque, igual que en la filosofía bárbara, también en la griega “ha sido sembrada la cizaña” (cf. Mt 13:25), por aquel cuyo oficio es sembrar cizaña. Por esto nacieron entre nosotros las herejías juntamente con el auténtico trigo, y entre ellos, los que predicen el ateísmo y el hedonismo de Epicúreo, y todo cuanto se ha mezclado en la filosofía griega contrario a la recta razón, son fruto bastardo de la parcela que Dios había dado a los griegos...⁶

Cuando hablo de filosofía, no me refiero a la estoica, o a la platónica, o a la de Epicúreo o a la de Aristóteles, sino que me refiero a todo lo que cada una de estas escuelas ha dicho rectamente enseñando la justicia con actitud científica y religiosa. Este conjunto ecléctico es lo que yo llamo filosofía...

Algunos que se creen bien dotados piensan que es inútil dedicarse ya sea a la filosofía o a la dialéctica, y aun adquirir el conocimiento de la naturaleza, sino que se adhieren a la sola fe desnuda, como si creyeran que se puede empezar en seguida a recoger las uvas sin haber tenido ningún cuidado de la viña. Pero la viña representa al Señor (Jn 15:1): no se pueden recoger sus frutos sin haber practicado la agricultura según la razón (*logas*); hay que Podar, cavar, etc.⁸

En qué sentido la filosofía contribuye a la fe.

La claridad contribuye a la transmisión de la verdad, y la dialéctica a no dejarse arrollar por las herejías que se presenten. Pero la enseñanza del Salvador es perfecta en sí misma y no necesita de nada, pues es fuerza y sabiduría de Dios. (cf. 1 Cor 1:24). Cuando se le añade la filosofía griega, no es para hacer más fuerte su verdad, sino para quitar las fuerzas a las asechanzas de la sofística y poder aplastar toda emboscada insidiosa contra la verdad. Con propiedad se la llama “empalizada” y “muro” de la viña. La verdad que está en la fe es necesaria como el pan para la vida, mientras que aquella instrucción propedéutica es como el condimento y el postre...⁹

La fe es algo superior al conocimiento, y es su criterio.¹⁰

Hay muchas cosas que, sin tender directamente al fin perseguido, concurren en dar autoridad al que se afana por él. En particular, la erudición sirve para recomendar a la confianza de los oyentes el que expone las verdades particularmente importantes: ella provoca la admiración en el espíritu de los discípulos, y así los conduce a la verdad...¹¹

Aunque la filosofía griega no llega a alcanzar la verdad en su totalidad, y, además, no tiene en sí fuerza para cumplir el mandamiento del Señor, sin embargo, prepara al menos d camino para aquella enseñanza que es verdaderamente real en el mejor sentido de la palabra, pues hace al hombre capaz de dominarse, moldea su carácter y lo predispone para la aceptación de la verdad.¹²

Por así decirlo, la filosofía griega facilita al alma la purificación preliminar y el entrenamiento necesario para poder recibir la fe: y sobre esta base la verdad edifica la estructura del conocimiento.¹³

Los filósofos y el conocimiento de Dios.

Sobre mí se lanza la avalancha de filósofos, como fantasma acompañado de huéspedes divinos con sombras extrañas, contando sus mitos como cuentos de vieja. Lejos de mí aconsejar a los hombres que presten oído a tales discursos: ni siquiera a nuestros propios pequeños cuando lloriquean, como suele decirse, acostumbramos a contarles tales fábulas para apaciguarlos, pues tememos que con ellas creciera la impiedad que predicen estos supuestos sabios, que en realidad no conocen de la verdad más que un niño. En nombre de la verdad, ¿por qué me muestras a los de tu /fe arrastrados por el ímpetu violento en un torbellino sin orden? ¿Por qué me llenas la vida de vanas imágenes, pretendiendo que son dioses el viento y el aire y el fuego y la tierra y las piedras, la madera y el hierro, llamando dioses al mismo mundo, las estrellas, los astros errantes? En realidad vosotros sois hombres errantes, con astrología de charlatanes, que no es astronomía, sino palabrería sobre las estrellas. Yo busco al Señor de los vientos al dueño del fuego, al creador del mundo, al que da su luz al sol: busco a Dios, no las obras de Dios.

¿Qué ayuda me das tú para esta búsqueda? Porque no he llegado a descartarte absolutamente. ¿Me das a Platón? Bien. Dime, Platón: ¿Cómo hallaremos la huella de Dios? “Es trabajoso encontrar al padre y hacedor de este universo; y aunque uno lo encontrara, no podría manifestarlo a todos” (Tim 28 c). Y esto, ¿por qué?, en nombre de Dios. “Porque es absolutamente inefable” (Carta VII, 341c, cf. Ley. 821a). Platón, has llegado ciertamente a tocar la verdad, pero no has de cejar. Emprende conmigo la búsqueda del bien. Todos los hombres, y de manera particular los que se dedican al estudio, están empapados de ciertas gotas de origen divino. Por esto, aun sin quererlo, confiesan que Dios es uno, imperecedero e in engendrado, que está en cierto lugar superior sobre la bóveda del cielo, en su observatorio propio y particular en el que tiene su plenitud de ser eterno (cf. Tim 52a; Fedr. 247c; Polít 272e). Dice Eurípides (fr. 1129): “Dime, ¿cómo hay que imaginarse a Dios? Es el que, sin ser visto, lo ve todo.” En cambio, me parece que Menandro se equivocó cuando dijo (fr. 609): “Oh Sol, hemos de adorarte como el primero de los dioses, pues por ti los otros dioses pueden ver.” No es el sol el que nos mostrará jamás al dios verdadero, sino el Logos saludable sol del alma, que al surgir interiormente en la profundidad de nuestra mente es el único capaz de iluminar el ojo del alma... (cf. Plat. Rep. VII, 533d)

Platón se refiere a Dios con palabras enigmáticas, de la siguiente manera: “Todas las cosas están alrededor del rey de todas las cosas, y esto es la causa de todo lo que es bello” (Carta II, 312e) ¿Quién es el rey de todas las cosas? Dios, que es la medida de la verdad de los seres. Ahora bien, así como el objeto que es medido es abarcado por la medida, así la verdad queda medida y abarcada por el echo de conocer a Dios. Dice Moisés, hombre en verdad santo: “No tendrás en tu saco un peso y otro peso, uno grande y otro pequeño, ni tendrás en tu casa una medida grande y otra pequeña, sino que tendrás un peso verdadero y justo” (Dt 25, 13-15; cf. Fil. de Somn. II, 193ss): es que él supone que Dios es el peso y la medida y el número de todas las cosas. Las imitaciones injustas e inicuas están escondidas en casa en el saco, que es como' decir en la inmundicia del alma. Pero la única medida justa es el único Dios verdadero, que, siempre igual a sí mismo y siempre de la misma manera mide y pesa todas las cosas, pues, como en una balanza, abarca todas las cosas de la naturaleza, y las mantiene en equilibrio. Según un relato antiguo, “Dios tiene en su mano el principio y el fin y el medio de todas las cosas, y se dirige directamente a su fin, avanzando según la naturaleza de cada una. Le acompaña siempre la justicia, vengadora de los que dejan de cumplir la ley de Dios” (Orac. Sibil. 3, 586-8; 590-4)

Ahora bien, Platón: ¿De dónde te viene esta alusión a la verdad? ¿Quién te proporciona la abundancia de razones con las que vaticinas la religión? Las razas bárbaras, dice, tienen más sabiduría que éstas. (cf. Fedr. 78a; jd. en Clem Strom. I, 15, 66:3) Aunque quieras ocultarlos, co-

nozco a tus maestros. Aprendes la geometría de los egipcios; la astronomía de los babilonios; tomas de los tracios los encantamientos saludables, y aprendes mucho de los asirios. Pero en lo que se refiere a las leyes verdaderas y a las opiniones acerca de Dios, has encontrado ayuda en los mismos hebreos...¹⁴

“Pides quaerens intellectum.”

Afirmamos que la fe no es inoperante y sin fruto, sino que ha de progresar por medio de la investigación. No afirmo, pues, que no haya que investigar en absoluto. Está dicho: “Busca y encontrarás...” (cf. Mt. 7:7; Lc. 12:9). Hay que aguzar la vista del alma en la investigación, y hay que purificarse de los obstáculos de la emulación y la envidia, y hay que arrojar totalmente el espíritu de disputa, que es la peor de las corrupciones del hombre... Es evidente que el investigar acerca de Dios, si no se hace con espíritu de disputa, sino con ánimo de encontrar, es cosa conducente a la salvación. Porque está escrito en David: “Los pobres se saciarán, y quedarán llenos, y alabarán al Señor los que le buscan: su corazón vivirá por los siglos de los siglos” (Sal 21:27) Los que buscan, alabando al Señor con la búsqueda de la verdad, quedarán llenos con el don de Dios que es el conocimiento, y su alma vivirá. Porque lo que se dice del corazón hay que entenderlo del alma que busca la vida, pues el Padre es conocido por medio del Hijo. Sin embargo no hay que dar oídos indistintamente a todos los que hablan o escriben... “Dios es amor” (1 Jn 4:16), y se da a conocer a los que aman. Asimismo, “Dios es fiel” (1 Cor 1:9, 10:13), y se entrega a los fieles por medio de la enseñanza. Es necesario que nos familiaricemos con él por medio del amor divino, de suerte que habiendo semejanza entre el objeto conocido y la facultad que conoce, lleguemos a contemplarle; y así hemos de obedecer al Logos de la verdad con simplicidad y pureza, como niños obedientes... “Si no os hiciereis como esos niños, no entrareis en el reino de los cielos” (Mt 18:3): allí aparece el templo de Dios, construido sobre tres fundamentos, que son la fe, la esperanza y la caridad...¹⁵

La gnosis cristiana.

La gnosis es, por así decirlo, un perfeccionamiento del hombre en cuanto hombre, que se realiza plenamente por medio del conocimiento de las cosas divinas, confiriendo en las acciones, en la vida y en el pensar una armonía y coherencia consigo misma y con el Logos divino. Por la gnosis se perfecciona la fe, de suerte que únicamente por ella alcanza el fiel su perfección. Porque la fe es un bien interior, que no investiga acerca de Dios, sino que confiesa su existencia y se adhiere a su realidad. Por esto es necesario que uno, remontándose a partir de esta fe y creciendo en ella por la gracia de Dios, se procure el conocimiento que le sea posible acerca de él. Sin embargo, afirmamos que la gnosis difiere de la sabiduría que se adquiere por la enseñanza: porque, en cuanto algo es gnosis será también ciertamente sabiduría, pero en cuanto algo es sabiduría no por ello será necesariamente gnosis. Porque el nombre de sabiduría se aplica sólo a la que se relaciona con el Verbo explícito (*logas prophorikós*). Con todo, el no dudar acerca de Dios, sino creer, es el fundamento de la gnosis. Pero Cristo es ambas realidades, el fundamento (la fe) y lo que sobre él se construye (la gnosis): por medio de él es el comienzo y el fin. Los extremos del comienzo y del fin — me refiero a la fe y a la caridad — no son objeto de enseñanza: pero la gnosis es transmitida por tradición, como se entrega un depósito, a los que se han hecho, según la gracia de Dios, dignos de tal enseñanza. Por la gnosis resplandece la dignidad de la caridad “de la luz en luz.” En efecto, está escrito: “Al que tiene, se le dará más” (Lc 19:26): al que tiene fe, se le dará la gnosis; al que tiene la gnosis, se le dará la caridad; al que tiene caridad, se le dará la herencia...¹⁶

La fe es, por así decirlo, como un conocimiento en compendio de las cosas más necesarias, mientras que la gnosis es una explicación sólida y firme de las cosas que se han aceptado por la fe, construida sobre ella por medio de las enseñanzas del Señor. Ella conduce a lo que es infalible y objeto de ciencia. A mi modo de ver, se da una primera conversión salvadora, que es el tránsito del paganismo a la fe, y una segunda conversión, que es el paso de la fe a la gnosis. Cuando ésta culmina en la caridad, llega a hacer al que conoce amigo del amigo que es conocido...¹⁷

Dios se da a conocer a los que le aman.

“Dios es amor,” y se da a conocer a los que aman. Asimismo, “Dios es fiel” y se entrega a los fieles por medio de la enseñanza. Es necesario que nos familiaricemos con él por medio del amor divino, de suerte que habiendo semejanza entre el objeto conocido y la facultad que conoce, lleguemos a contemplarle; y así hemos de obedecer al Logos de la verdad con simplicidad y pureza, como niños obedientes... “Si no os hiciereis como esos niños, no entrareis en el reino de los cielos” (Mt 18:3): allí aparece el templo de Dios, construido sobre tres fundamentos” que son la fe, la esperanza y la caridad...¹⁸

6. Ibid.VI, 8, 67; 7. Ibíd. I, 7, 37:6; 8. Ibid. I, 9, 43, 1-2; 9. IBRD. I, 20, 99, 4ss; Orígenes dirá (Com. 70, 1, 30) que la instrucción elemental es necesaria como el pan: mientras que el gozo de la especulación es semejante al vino... 10. Strom. II, 4, 15:5; 11. Ibid. I, 1, 19:4; 12. Ibid. I, 80; 13. Ibíd. VII, 20; 14. CLEMENTE: Protréptico: 67ss; 15. Strom. V, 11, Iss; 16. Ibid. VII, 10, 55, 1; 17. Ibid. VII, 10, 57, 3; 18. Ibid. V, 13, 1-2;

II. Escritura, gnosis, tradición.

Las Escrituras tienen un sentido escondido.

Acerca de nuestras Escrituras, se dice claramente en los Salmos que están escritas en parábolas... “Abriré mi boca en parábolas, y hablaré sentencias desde el comienzo” (Sal 11:2) Y lo mismo dice aproximadamente el ilustre Apóstol: “Hablamos la sabiduría entre los perfectos: una sabiduría que no es de este mundo, ni de los que gobiernan este mundo, que son aniquilados, sino que hablamos la sabiduría de Dios, que está oculta en el misterio. Dios la determinó antes de los siglos para gloria nuestra, y ninguno de los que gobiernan este mundo la conoció, porque si la hubieran conocido, no hubieran crucificado al Señor de la gloria...” (1 Cor 2:6-8). Y añade: “Predicamos, como está escrito, lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni logró penetrar en el corazón del hombre, a saber, lo que Dios preparó para los que le aman. Esto nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu. Porque el Espíritu lo investiga todo, hasta las profundidades de Dios” (Ibid. 9-10). Sabía que el que es espiritual y tiene conocimiento, es discípulo del Espíritu Santo, que ha recibido de Dios el conocer la mente de Cristo. “En cambio, el hombre animal no admite las cosas del Espíritu, que son para él una locura” (1 Cor 2:14). Ahora bien, el Apóstol, para contraponer a la fe común la perfección del conocimiento (*gnosíké teleiates*), llama a aquélla a veces “fundamento” y a veces “leche.” “Os he dado leche, no manjar sólido...” (1 Cor 3:2). “Como buen arquitecto he puesto un fundamento: otro vendrá a edificar con oro, y plata, y piedras preciosas” (1 Cor 3:10); esto es lo que el conocimiento edifica sobre la base de la fe en Jesucristo.

En cambio, lo que levantan los herejes es “paja, leña y hierba: y el fuego mostrará cuál fuere la obra de cada uno” (ibid.) Igualmente, en la epístola a los Romanos, aludiendo a la construcción del conocimiento dice: “Tengo gran deseo de veros, a fin de comunicaros alguna gracia espiritual que os haga más fuertes” (Rom. 2:16. *Escriptura, gnosis, tradición* 1901:11). Es que no podían enviarse abiertamente por carta las gracias de este género...¹⁹

Profundidad del sentido de la Escritura.

Los que sabemos bien que el Salvador no dice nada de una manera puramente humana, sino que enseña a sus discípulos todas las cosas con una sabiduría divina y llena de misterios, no hemos de escuchar sus palabras con un oído carnal, sino que, con un religioso estudio e inteligencia, hemos de intentar encontrar y comprender su sentido escondido. En efecto, lo que el mismo Señor parece haber expuesto con toda simplicidad a sus discípulos no requiere menos atención que lo que les enseñaba en enigmas; y aun ahora nos encontramos con que requieren un estudio más detenido, debido a que hay en sus palabras una plenitud de sentido que sobrepasa nuestra inteligencia... Lo que tiene más importancia para el fin mismo de nuestra salvación, está como protegido por el envoltorio de su sentido profundo, maravilloso y celestial, y no conviene recibirla en nuestros oídos de cualquier manera, sino que hay que penetrar con la mente hasta el mismo espíritu del Salvador y hasta lo secreto de su mente...²⁰

El misterio cristiano está reservado a pocos y a la palabra viva.

El Señor no reveló a muchos lo que no estaba al alcance de muchos, sino a unos pocos, a los que sabía que estaban preparados para ello, a los que sabía que podían recibir la palabra y configurarse con ella. Los misterios, como el mismo Dios, se confían a la palabra (viva), no a la letra. Y si alguno objeta que está escrito que “nada hay oculto que no haya de manifestarse, ni escondido que no haya de revelarse” (Mt 10:26) le diremos que la misma palabra divina anuncia que el secreto será revelado al que lo escucha en secreto, y que lo oculto será hecho manifiesto al que es capaz de recibir la tradición transmitida de una manera oculta, como la verdad. De esta suerte, lo que es oculto para la gran masa, será manifiesto para unos pocos. ¿Por qué no todos conocen la verdad? ¿Por qué no es amada la justicia, si ella está en todo el mundo? Es que los misterios se comunican de manera misteriosa, para que estén en los labios del que habla y de aquel a quien se habla; o, mejor dicho, no en el sonido de la voz, sino en la inteligencia de la misma. Dios concedió, en efecto, a la Iglesia, “que unos fueran apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros, para perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4:14).²¹

La paradosis-gnosis no está al alcance de todo el mundo.

Puesto que la tradición (*paradosis*) no es cosa vulgar y al alcance de todos — al menos cuando uno es capaz de ver la sublimidad de su enseñanza — hay que mantener velada “la sabiduría que se expresa en el misterio” (1 Cor 2:1), la cual enseñó el Hijo de Dios. Ya el profeta Isaías purificó su lengua con el fuego a fin de poder explicar su visión; y nosotros hemos de purificar no sólo nuestra lengua, sino también nuestros oídos si es que intentamos participar en la verdad. Por esto tenía yo reparos para escribir, y todavía ahora procuro andar con cautela para no “echar las perlas preciosas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus pies y se vuelvan y os despedacen” (Mt 7:6). Porque es peligroso mostrar las enseñanzas perfectamente puras y límpidas acerca de la luz verdadera ante oyentes porcinos e incultos. Para el vulgo nada hay más ridículo que esta suerte de lecciones, así como, por el contrario, nada hay más maravilloso y más inspirado para los espíritus nobles. “El hombre animal no es capaz de recibir lo que es del Espíritu de Dios, ya que, para él es locura” (1 Cor 2:14). “Los sabios no sacan de la boca lo que dialogan en el consejo” (cf. Prov. 24:7). Con todo, dice el Señor, “lo que oís al oído, predicadlo sobre los tejados” (Mt 10:27). Con esto nos manda recibir las tradiciones ocultas del verdadero conocimiento (*gnosis*) interpretándolas en toda su profundidad y sublimidad, de suerte que así como las hemos oído en nuestros oídos las transmitamos a quienes se deben transmitir; pero no que las publiquemos sin más a todos explicando lo que a ellos se les ha dicho en paráboles. En realidad,

la disposición de estas notas hace que contengan la verdad de una manera desparramada y dispersa, como las semillas en la sementera. Así no estarán al alcance de los que andan picoteando como los grajos. Pero, si tienen la suerte de encontrar un buen agricultor, cada grano brotará y fructificará en trigo.²²

Gnosis cristiana y tradición.

Si admitimos que el mismo Cristo es sabiduría que actúa mediante la actuación de los profetas, por medio de la cual puede uno aprender la tradición gnóstica de la misma manera con que él durante su vida enseñó a los santos apóstoles, la gnosis será una sabiduría que consiste en un conocimiento y una comprensión de las realidades presentes, futuras y pasadas, con la seguridad y firmeza que le confiere el hecho de haber sido entregado y revelado por el hijo de Dios. Y naturalmente, si el fin del sabio es la contemplación, el que es todavía filósofo — aspirante a sabio — tiende hacia la sabiduría divina, pero no la ha alcanzado todavía, a no ser que reciba como discípulo la voz profética aclarada para él, mediante la cual llegue al conocimiento de cómo son, fueron y serán las cosas presentes, futuras y pasadas. Esta gnosis fue entregada por vía no escrita a algunos de los apóstoles y nos llegó por transmisión de generaciones sucesivas.²³

Clemente Alejandrino, transmisor de una tradición apostólica.

Esta obra no es un escrito compuesto con arte para ostentación, sino unas notas para el recuerdo, tesoro para mi vejez, remedio contra el olvido, un simple reflejo y esbozo de aquellos discursos brillantes y llenos de vida de aquellos hombres bienaventurados verdaderamente dignos de ser oídos, a los que yo tuve el honor de escuchar... Ellos conservaron la tradición verdadera de la enseñanza bienaventurada que procedía directamente de Pedro, y Santiago, y Juan, y Pablo, de los santos apóstoles, recibida de padres a hijos, aunque son pocos los hijos semejantes a sus padres. Y así ellos por la gracia de Dios depositaron en nosotros aquella semilla que se remontaba en su origen a los padres y a los apóstoles. Tengo por cierto que los lectores se alegrarán, no de esta exposición en sí misma, sino de la fidelidad vigilante de estas indicaciones. Porque pienso que el modelo del alma que desea guardar la bienaventurada tradición sin que se pierda gota de ella es el que se expresa en estas palabras: “El hombre que ama la sabiduría dará alegría al corazón de su padre” (Prov 29:3). Los pozos de los que se saca agua, la dan más limpia; aquellos de los que nada se saca, se corrompen. Igualmente, el hierro se conserva brillante por el uso, mientras que el desuso produce el orín; y, en general, se puede decir que el ejercicio es causa de la buena disposición de las almas y de los cuerpos. “Nadie enciende una lámpara y la coloca debajo de un cedemín” (Mt 5:15), sino sobre el candelero, para alumbrar a los que han sido dignos del banquete común. ¿De qué sirve una sabiduría que no es capaz de hacer sabio al que puede oírla? Aun el Salvador siempre está salvando, y siempre está actuando, como ve que hace su Padre. Cuando uno enseña es cuando más aprende, y al hablar se convierte uno muchas veces en oyente de los que le oyen. “Porque uno es el Maestro” (Mt 23:8), tanto del que habla como del que oye, y es el manantial lo mismo de la inteligencia que de la palabra...²⁴

Poniendo por delante la Escritura, presentaremos los temas anunciados de antemano por el profeta, buscando el significado de cada una de las periconas, poniendo todo el empeño en mostrar el camino del conocimiento, de acuerdo con la regla de la verdad. Porque, ¿no es verdad que en la visión que tuvo Hermas, la potencia que se le presentó como figura de la Iglesia le dio el libro para que lo copiase con el intento de que fuera comunicado a los elegidos? Y él dice que lo copió letra por letra, sin poder comprender las sílabas (cf. Herm. Vis. II, 3ss), con lo cual mostraba que la letra estaba clara para todos y permitía una simple lectura literal: esta es la fe que

consta del orden de los elementos o letras, significada por la lectura literal. Pero la exposición gnóstica de la Escritura, que se da cuando la fe está ya más avanzada, podemos compararla a la lectura según las sílabas. El mismo profeta Isaías recibe la orden de escribir un libro nuevo (cf. Is 8, 1), cuyo sentido santo sería dado más tarde por la acción profética del Espíritu mediante la explicación de la letra; pero hasta aquel momento permanecía todavía sin escribir, ya que todavía no había sido conocido. Y fue manifestado desde un principio sólo a los que eran capaces de comprenderlo. Y luego, después que el Salvador enseñó a los apóstoles, se ha ido ya transmitiendo hasta nosotros la tradición no escrita acerca de lo que estaba escrito, tradición escrita en corazones nuevos y para renovación de lo escrito por el poder de Dios.²⁵

19. Strom. V, 4, 25, lss; 20. CLEMENTE: Quis. Dives: 5, 2-4; 21. CLEMENTE: Strom. I, 1, 13, 2; 22. Ibid. I, 55; 23. Ibid. VI, 7, 61; 24. Ibid. I, 1, lss;

III. El Logos revelador e iluminador.

Dios es en sí incomprendible, pero llegamos a conocerle por gracia y por su Palabra.

Dice Juan el apóstol, refiriéndose al invisible e inexpresable seno de Dios: “A Dios nadie le vio jamás, pero el Dios unigénito, el que está en el seno del Padre, éste lo explicó” (Jn 1:18 ss) Por eso algunos lo llamaron abismo, pues aunque abarca y contiene en su seno todas las cosas, es ininvestigable e interminable. Que Dios es sumamente difícil de aprehender se muestra en el discurso siguiente: Si la causa primera de cualquier cosa es difícil de descubrir, la causa absoluta y suprema y más originaria, siendo la causa de la generación y de la continuada existencia de todas las demás cosas, será muy difícil de describir. Porque ¿cómo podrá ser expresable lo que no es ni género, ni diferencia, ni especie, ni individuo, ni número, así como tampoco accidente o sujeto de accidentes? No se le puede llamar adecuadamente “el Todo,” porque el todo se aplica a lo extenso, y él es más bien el Padre del todo. Ni se puede decir que tenga partes, porque lo Uno es indivisible, y por ello es también infinito, no en el sentido de que sea investigable al pensamiento, sino en el de que no tiene extensión o límites. Como consecuencia, no tiene forma ni nombre. Y aunque a veces le demos nombres, éstos no se aplican en sentido estricto: cuando le llamamos Uno, Bien, Inteligencia, Ser en sí, Padre, Dios, Creador, Señor, no le damos propiamente un nombre, sino que, no pudiendo otra cosa, hemos de usar estas apelaciones honoríficas a fin de que nuestra mente pueda fijarse en algo que no ande errante en cualquier cosa. Cada una de estas denominaciones no es capaz de designar a Dios, aunque tomadas todas ellas en su conjunto muestran la potencia del Omnipotente. Las descripciones de una cosa se dicen con referencia a las cualidades de la misma, o a las relaciones de ésta con otras: pero nada de esto puede aplicarse a Dios. Dios no puede ser aprehendido por ciencia demostrativa, porque ésta se basa en verdades previas y ya conocidas, pero nada es previo al que es in engendrado. Sólo resta que el Desconocido llegue a conocerse por gracia divina y por la Palabra que de él procede...²⁶

El Hijo es uno y todo, principio y fin.

Dios, no siendo objeto de demostración, no es tampoco objeto de ciencia; en cambio el Hijo es sabiduría, y ciencia, y verdad y todo lo que es afín a estas cosas, y así es objeto de demostración y de explicación. Todas las potencias del Espíritu (la divina naturaleza) reunidas en una unidad completan la noción de Hijo, pero éste no queda completamente expresado con nuestra concepción de cada una de sus potencias. Porque él no es simplemente uno como unidad, ni muchos como divisible en partes, sino que es uno en el que todo se hace uno, y, por tanto, es también todo. Es la órbita de todas las potencias que se mueven hacia el uno y que en él se unifi-

can. Por esto es llamado “alfa y omega” (Ap 1:8), el lugar único donde el fin se hace principio, y de nuevo vuelve a hacerse fin para convertirse de nuevo en principio, sin solución alguna de continuidad...²⁷

El Hijo está sobre todas las cosas.

La naturaleza del Hijo es perfectísima, santísima, absolutamente soberana, llena de autoridad, real y benefactora: es lo más afín al Único todopoderoso. Él es la suma preeminencia, que ordena todas las cosas según la voluntad del Padre, que guía debidamente todas las cosas y actúa en todas ellas con poder eficaz e infatigable, penetrando en los más ocultos pensamientos a través de su actividad. Porque el Hijo no abandona jamás su atalaya observadora: no está dividido ni partido, ni anda de lugar en lugar, sino que está siempre en todas partes, y no está circunscrito a ningún lugar determinado. Todo él es mente, todo él luz del Padre, todo ojo, que contempla todas las cosas, las oye todas, las conoce todas, penetrando las facultades con su poder. Todo el ejército de ángeles y de dioses le está sujeto a él, el Logos del Padre que ejecuta por sí mismo el designio divino, porque aquél lo ha sometido todo a él.²⁸

Las diversas funciones del Logos.

Tres cosas hay en el hombre: sus hábitos, sus acciones y sus pasiones. El Logos protréptico o convertidor es el que ha tenido cuidado de sus hábitos: como guía de la religión, está subyacente al edificio de la fe, a la manera de la quilla en un barco. Por él nos hemos llenado de gozo, habiendo sacudido las viejas opiniones y habiéndonos rejuvenecido con la salvación. Con el profeta cantamos: “Cuan bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón” (Sal 72:1) En cuanto a las acciones, es el Logos consejero el que las gobierna todas. Por lo que se refiere a las pasiones, el Logos apaciguador es el que las cura. Este Logos es en todos los casos uno y el mismo, arrancando al hombre de sus hábitos naturales y mundanos y conduciéndolo como un pedagogo a la salvación sin par que está en la fe en Dios. Así pues, este guía celestial que es el Logos, cuando llama a la salvación recibe el nombre de Protréptico o convertidor... Cuando cura y aconseja e... incita al que ya se ha convertido, en suma, cuando promete la curación de nuestras pasiones, podemos llamarle con el solo nombre muy apropiado de Pedagogo. Porque el pedagogo no se ocupa de la instrucción, sino de la educación, y su fin no es enseñar, sino hacer al alma mejor, guiándola en la vida de la virtud, no en la de la ciencia. Evidentemente, el mismo Logos será también maestro, pero en otro momento. Porque el Logos que enseña es el que declara y revela las verdades doctrinales, mientras que previamente el Pedagogo se ocupó de la vida práctica, ordenando nuestras costumbres... Interesado, pues, en llevarnos por los peldaños de nuestra salvación, el Logos, que en todo muestra su amor para con los hombres, pone por obra un programa excelente para educarnos eficazmente: primero nos convierte, luego nos educa como un pedagogo, y finalmente nos ensena como maestro...²⁹

El Logos, médico del alma.

El Logos, nuestro pedagogo, cura con sus consejos las pasiones del alma que son contra la naturaleza. En sentido propio, se llama medicina al cuidado de las enfermedades del cuerpo, y se trata de un arte que se enseña por sabiduría humana. Pero el Logos del Padre es el único médico de las enfermedades morales del hombre, facultativo y sagrado encantador del alma enferma... Según Demócrito, “la medicina cura las enfermedades del cuerpo, pero la sabiduría libera de sus pasiones al alma” (fr. 31 Diels). Pero nuestro buen Pedagogo, sabiduría y Logos del Padre, y creador del hombre, cuida de su criatura en su totalidad, y cura lo mismo su cuerpo que su alma,

como médico del género humano capaz de curarlo todo. “Levántate,” dice el Salvador, “toma la camilla sobre la que yaces, y vete a tu casa”: (cf. Mt 9:6) y al punto se sintió fuerte el enfermo. Y al muerto le dice: “Lázaro, sal fuera” (Jn 11:43) y salió de la tumba el muerto, tal como era antes de morir, ensayándose así para la resurrección. Y es cierto que también cura al alma en sí misma con sus preceptos y sus gracias: tal vez es tarde en dar recetas, pero en sus gracias es abundante: “Perdonados te son tus pecados” (Lc 5:20) nos dice a los pecadores que somos nosotros.

Nosotros, con su solo pensamiento, fuimos hechos niños, y recibimos de su fuerza ordenadora nuestro puesto, el mejor y el más seguro. En efecto, primero se ocupó del mundo y del cielo y del curso circular del sol y de los demás astros: todo para el hombre; y luego, se ocupa del hombre mismo, en el cual vuelca todo su afán. Y considerando que ésta es su obra suprema, dispuso su alma dotada de inteligencia y de sabiduría, y su cuerpo adornado con belleza y armonía; y por lo que se refiere a las actividades del hombre, le infundió con su soplo la rectitud y el orden que le eran propios.³⁰

Dios es amor, y el Hijo es engendrado por el amor.

Contemplad los misterios del amor, y podréis contemplar el seno del Padre, que sólo su Hijo unigénito ha revelado. Porque la esencia de Dios es amor, y fue por amor como se hizo manifiesto a nosotros. Es padre en cuanto que es inefable, pero es madre en cuanto nos ama. Porque, por su amor, el Padre se hizo mujer, como se muestra por el hecho de que engendró de sí mismo a este hijo único, ya que el fruto que nace del amor es amor. Por esta razón el Hijo en persona vino a la tierra, se revistió de humanidad y sufrió voluntariamente la condición humana. Quiso someterse a las condiciones de debilidad de aquellos a quienes amaba, porque quería ponernos a nosotros a la altura de su propia grandeza. Y cuando iba a ser derramado en libación, ofreciéndose a sí mismo como rescate, nos dejó un nuevo testamento: “Yo os doy mi amor.” ¿Qué género de amor es éste? ¿Cuáles son sus dimensiones? Por cada uno de nosotros entregó él una vida que valía lo que todo el universo, y en retorno nos pide que entreguemos nuestras vidas el uno por el otro...³¹

La pedagogía del Logos.

El Pedagogo es el Óleos que nos conduce a nosotros, niños, a la salvación. El mismo Logos lo ha dicho claramente acerca de sí mismo por boca de Oseas: “Yo soy vuestro educador” (Os 5:2, LXX) Ahora bien, la pedagogía consiste en la vida piadosa, que es un aprendizaje de cómo servir a Dios, una instrucción para el conocimiento de la verdad y una recta educación que conduce hasta el cielo. Hay muchas clases de pedagogía... pero la pedagogía de Dios es la que indica el camino recto de la verdad que lleva a la visión de Dios, la que indica las obras santas que permanecen eternamente. Como el general guía a su falange, preocupado por la salvación de sus mercenarios, y como el piloto gobierna la nave con voluntad de conservar salvos a los pasajeros, así también el Pedagogo conduce a los niños a un modo de vida saludable, solícito de nuestras personas. En general, todo cuanto nosotros podemos pedir razonablemente a Dios, lo alcanzaremos obedeciendo a nuestro Pedagogo. Y así como el piloto no siempre cede a los vientos, sino que a veces hace proa a ellos y se enfrenta a la borrasca, así nuestro Pedagogo no cede a veces a los vientos que soplan en este mundo, ni deja al niño al arbitrio, como se abandona una nave, para que se destruya con una vida bestial y licenciosa; al contrario, sólo sigue bien equipado al soplo de la verdad, y se agarra con gran fuerza al timón del niño — me refiero a sus oídos — hasta el momento en que pueda atracar sano y salvo en el puerto de los cielos. Porque la edu-

cación recibida de los padres, como la llaman, pasa con facilidad; **pero la formación que viene de Dios es una posesión que permanece para siempre...**

Nuestro pedagogo es Jesús, Dios santo, Logos conductor de la humanidad entera. El mismo Dios que ama a los hombres se hace Pedagogo...³²

El Logos iluminador.

¡Salve, luz! Desde el cielo brilló una *luz* sobre nosotros, que estábamos sumidos en la oscuridad y encerrados en la sombra de la muerte; luz más pura que el sol, más dulce que la vida de aquí abajo. Esa luz es la vida eterna y todo lo que de ella participa vive, mientras que la noche teme a la luz y, ocultándose de miedo, deja puesto al día del Señor. El universo se ha convertido en luz indefectible, y el occidente se ha transformado en oriente. Esto es lo que quiere decir la “nueva creación”: porque el “sol de justicia” que atraviesa en su carroza el universo entero, recorre asimismo la humanidad imitando a su Padre, “que hace salir el sol sobre todos los hombres” (Mt 5:45), y derrama el rocío de la verdad. Él fue quien cambió el occidente en oriente; quien crucificó la muerte a la vida; quien arrancó al hombre de su perdición y lo levantó al cielo, transplantando la corrupción en incorruptibilidad y transformando la tierra en cielo, como agricultor divino que es, que “muestra los presagios favorables, excita a los pueblos al trabajo” del bien, recuerda las subsistencias de verdad, nos da la herencia paterna verdaderamente grande, divina e imperecedera; diviniza al hombre con una enseñanza celeste, da leyes a su inteligencia y las graba en su corazón...³³

La salvación se extiende a todos los hombres de todos los tiempos.

El Evangelio dice que muchos cuerpos de los que habían muerto resucitaron (cf. Mt 27:52), evidentemente para pasar a un estado mejor. En aquel momento tuvo lugar una especie de movimiento general y de cambio, como consecuencia de la dispensación del Salvador: porque un justo no se distingue de otro justo en lo que se refiere a la justicia, ya sea judío o griego. Dios es Señor, no sólo de los judíos, sino de todos los hombres, aunque está más cerca como Padre de aquellos que han llegado a conocerle. Si el vivir rectamente es lo mismo que vivir según la ley, y el vivir según la razón es lo mismo que vivir en la ley, los que vivieron rectamente antes de la ley eran considerados como que tenían la fe, y eran juzgados como justos. Parece claro que los que estaban fuera de la ley a causa de sus peculiares condiciones de vida, si habían vivido rectamente, aunque estuvieran en la prisión del Hades, al oír la voz del Señor — ya fuera ella misma, ya la que se hacía oír por medio de los apóstoles — se habían de convertir al punto y creer. Porque hemos de recordar que el Señor es el poder de Dios, y el poder no está jamás sin fuerza. Esto muestra, a mi parecer, que Dios es ciertamente bueno, y que el Señor tiene poder para salvar con justicia y equidad a los que se convierten a él, ya vengan de acá o de otra parte. Porque la actividad de su poder no se manifiesta sólo aquí, sino que está operante siempre y en todas partes.³⁴

Éste es el Logos celestial, el verdadero competidor que será coronado en el concurso de todo el universo... Él canta el nombre eterno de la nueva melodía que lleva el nombre de Dios, el cántico nuevo, el de los levitas, “que aleja la tristeza y la ira, y hace olvidar todos los males” (Hom. Od. IV, 221) cántico en el que se ha mezclado una droga persuasiva, hecha de dulzura y de verdad...

El cantor de que yo hablo no se hace esperar: viene a destruir la amarga esclavitud de los demonios que nos tiranizan, cambiándola por el dulce y amable yugo de la piedad para con Dios. Él llama de nuevo a los cielos a aquellos que habían sido arrojados a la tierra. Él es el único que ha logrado jamás domesticar a los más fieros de los animales, los hombres: los volátiles, que son

los frívolos; las serpientes, que son los embusteros; los leones, que son los violentos; los cerdos, que son los voluptuosos; los lobos, que son los rapaces. Los insensatos son piedra y madera: pero más insensible que las piedras es el hombre sumergido en el error. Venga a atestiguarlo la voz de los profetas, que concuerda con la de la verdad: ella gime sobre aquellos que consumen su vida en la ignorancia y la insensatez: “Poderoso es Dios para levantar de estas piedras hijos de Abraham” (Mt 3:9). Él es el que, habiéndose apiadado de la ignorancia y del endurecimiento de los que se habían convertido en piedras con respecto a la verdad, suscitó una semilla de religión sensible a la virtud en aquellas naciones petrificadas, que habían puesto su fe en las piedras. En otra ocasión, llamó “raza de víboras” (Mt 3:7) a ciertos hombres veneniferos, hipócritas doblados, que acechan contra la justicia: con todo, si una de estas serpientes se muestra dispuesta a convertirse, con seguir al Logos se convertirá en “hombre de Dios” (cf. 1 Tim 6:11; 2 Tim 3:17) A otros los presenta como “lobos vestidos con piel de oveja” (cf. Mt 7:15) aludiendo a los que bajo formas humanas son rapaces. Pues bien, a todos estos animales en extremo salvajes, y a todas estas piedras, este encantamiento venido del cielo ha logrado cambiarlos en hombres mansos. “Porque — como dice la Escritura del Apóstol — también nosotros éramos en otro tiempo insensatos, indóciles, extraviados, esclavos de toda suerte de placeres y de apetitos, viviendo en el mal y en la envidia, aborrecidos y odiándonos los unos a los otros. Pero cuando se puso de manifiesto la bondad y el amor a los hombres de nuestro Salvador, Dios, obtuvimos la salvación, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tit 3:3-5) Ved la fuerza de este canto nuevo: de las piedras ha hecho hombres. De los animales salvajes ha hecho hombres. Y los que en cierto sentido estaban muertos por no participar de la vida verdadera, con sólo oír este canto, volvieron a la vida.

Él ha sometido el universo a un orden armonioso, reduciendo la disonancia de los elementos al orden de la armonía para que todo el mundo resuene así para él como un concierto. Ha dejado a la mar suelta, pero le ha prohibido invadir la tierra, solidificando a su vez la tierra flotante, fijándola como un muro divisorio frente al mar. Él ha dulcificado el ímpetu de la llama... y ha temperado la ruda frialdad del aire combinándolo con el fuego, fundiendo así armoniosamente estas dos voces extremas del universo... Y así, el Logos de Dios, descendiente de David que existía antes de David, despreciando la lira y la cítara, instrumentos inertes, armonizó con el Espíritu Santo nuestro mundo, y muy particularmente el microcosmos que es el hombre, en alma y cuerpo. De este instrumento de mil voces se sirve él para cantar a Dios, acompañándose en su canto de ese instrumento que es el hombre... David, el rey cicatrizado del que hemos hablado hace poco, nos invitó a encontrar la verdad y a apartarnos de los ídolos... Y el Señor, soplando en este bello instrumento que es el hombre, lo configuró a su imagen: y él mismo es, por supuesto, un instrumento de Dios, perfectamente armonioso, afinado y santo, sabiduría supraterrestre, Logos celestial.

¿Qué pretende, pues, este instrumento, el Logos de Dios, el Señor, con su cántico nuevo? Abrir los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos, conducir a los lisiados y extraviados a la justicia, mostrar a Dios a los hombres insensatos, poner fin a la corrupción, triunfar de la muerte, reconciliar con el Padre a los hijos rebeldes. Este instrumento de Dios ama a los hombres: el Señor es misericordioso, enseña, exhorta, amonesta, salva, protege y nos promete además gratuitamente, como recompensa de nuestra docilidad, el reino de los cielos, no queriendo él sacar otro provecho de nosotros, **si no es nuestra salvación**. Porque es el mal el que se ceba con la corrupción del hombre, mientras que la verdad, como la abeja, no ensucia cosa alguna y sólo se regocija con la salvación de los hombres. Ahí tienes, pues, la promesa: ahí tienes el amor a los hombres: ven a tener parte en este don.³⁵

25. Ibid. VI, 15, 131; 26. Strom. V, 12, 81; 27. Ibid. IV 25, 156; 28. Ibid. VIII, 2, 5; 29. CLEMENTE: Pedagogo I, 1:1;
30. Ibid. I, 6; 32. Ped. I, 53, 3; 33. Prptrept. II, 8, 114; 34. Strom. VI, 6, 47; 35. Protrept. 1, 2, 3ss.

IV. El hombre.

El hombre, fin de la creación de Dios.

El Señor viene con todo a nuestra ayuda, en todo nos es beneficioso, lo mismo como hombre que como Dios. Como Dios perdona nuestros pecados; como hombre, es nuestro educador, para que no pequemos. Es natural que el hombre sea objeto del amor de Dios, pues es criatura suya. Las demás cosas las hizo con su mero mandato: pero al hombre lo modeló con sus propias manos y le infundió con su soplo algo particular propio. Ahora bien, esta criatura hecha por él y a su propia imagen, o bien la hizo Dios como algo que era por sí mismo digno de elección, o como digno de elección en vistas a alguna otra cosa. Si el hombre es por sí mismo un objeto digno de elección, Dios, siendo bueno, amó lo que era bueno, y se encuentra dentro del mismo hombre el encanto que atrae el amor de Dios, que es lo que se llama el soplo de Dios. Pero si el hombre es digno de elección en orden a otras cosas, Dios no hubiera tenido otra causa para crearlo que la de no poder hacer una creación buena si no existía el hombre, de suerte que (por ella) pudiese el hombre llegar al conocimiento de Dios. La fuerza que Dios tenía oculta, la de su voluntad, Dios la llevó a su plenitud por el poder con que creó fuera de sí: tomó del hombre lo que había hecho, es decir, el hombre, y vio lo que tenía e hizo lo que quiso, pues no hay nada que Dios no pueda. Pues bien, el hombre que es criatura de Dios es algo digno de elección por sí mismo, y lo que es digno de elección por sí mismo está acomodado a aquel para quien es digno de elección por sí mismo, que se complace en ello y lo ama. Pero, lo que es digno de ser amado por alguien, ¿no será amado de él? Está claro que el hombre es digno de ser amado, y que, por tanto, es amado de Dios. ¿Y cómo no sería amado aquel por quien el Unigénito ha sido enviado desde el seno del Padre, el Logos de nuestra fe? Razon de nuestra fe es él eminentemente, pues lo proclama claramente él mismo cuando dice: “El Padre mismo os ama porque vosotros me habéis amado” (Jn 16:27); y en otro lugar: “Los has amado como a mí me has amado” (Jn 17:23)

¿Qué es, pues, lo que quiere el Pedagogo? ¿Qué nos promete? Con sus obras y con sus palabras, nos prescribe lo que hemos de hacer y nos aparta de lo contrario. Esto está claro... Conviene que nosotros devolvamos amor por nuestra parte a aquel que con amor nos guía hacia la vida mejor; que vivamos según los preceptos de su voluntad, no sólo cumpliendo lo mandado o evitando lo prohibido, sino también cumpliendo por un principio de semejanza las obras del Pedagogo, apartándonos de algunos ejemplos, y al contrario imitando otros lo mejor posible. Así se cumplirá aquello de “a imagen y semejanza suya” (Gen 1:26). Porque, como sumidos en una tinieblas profunda, necesitamos de un guía infalible y exacto. Y el mejor guía, como dice la Escritura, no es el ciego que lleva a los ciegos al abismo, sino el Logos de mirada aguda, que penetra los corazones. Y así como no es luz la que no ilumina, ni es motor lo que no mueve, ni es amante el que no ama, tampoco es bueno el que no hace bien y no conduce a la salvación. Amemos los preceptos del Señor con las obras: el mismo Logos; haciéndose carne, claramente nos ha mostrado que la misma virtud es a la vez práctica y teórica. Tomemos en consecuencia al Logos como ley, y reconozcamos que sus preceptos y consejos son atajos rápidos hacia la eternidad. En efecto, sus mandatos se han de cumplir por convencimiento, y no por temor.³⁶

El hombre hecho para conocer a Dios.

¿Cómo podré subir hasta los cielos? El camino es el Señor (cf. Jn. 14:6). Es un camino estrecho, pero viene del cielo y lleva al cielo. Un camino estrecho, que es despreciado sobre la tierra, pero un camino ancho que es adorado en los cielos. Por lo demás, al que no ha oído al Logos se le puede perdonar su error que proviene de la ignorancia. Pero el que ha oído con sus oídos y no ha oido con su alma incurre en culpable falta de fe, y cuanto mayor sea su inteligencia, mayor será su culpabilidad en el mal, ya que su conciencia le servirá de acusador por no haber escogido lo mejor. Porque el hombre ha sido hecho por naturaleza para tener familiaridad con Dios. Y así como no forzamos al caballo para que are la tierra, ni al buey para ir de caza, sino que usamos cada uno de estos animales para aquello para lo cual fue hecho, así nosotros invitamos al hombre, hecho para la contemplación celestial, “planta celeste” (Plat. Tim 90a; cf. Protrépt. 25:4) a que conozca a Dios. Apelamos así a lo que es más propio del hombre y más excelente, lo que le distingue de los demás animales, y le aconsejamos que se provea de un viático suficiente para la eternidad, viviendo piadosamente. Si eres labrador, decimos nosotros, trabaja la tierra, pero reconoce a Dios al trabajarla. Si te gusta navegar, navega, pero invoca al piloto celestial. ¿Que el conocimiento te encuentra en el ejército? Presta atención al general que te manda justamente...³⁷

Adán no fue creado perfecto, pero sí capaz de perfección.

Los herejes nos presentan la cuestión de si Adán fue creado perfecto o imperfecto. Porque si lo fue imperfecto, ¿cómo puede ser imperfecta la obra de un Dios perfecto, y más aún tratándose del hombre? Pero si era perfecto, ¿cómo traspasó el mandato? Nuestra respuesta es que no fue creado perfecto en su constitución, pero sí dispuesto para recibir la perfección. Hay cierta diferencia entre tener capacidad para la virtud y poseerla. Dios quiere que nos salvemos por nosotros mismos, pues ésta es la naturaleza del alma, la de poder moverse por sí misma. Por lo demás, siendo nosotros racionales, y siendo la filosofía cosa racional, hay cierto parentesco entre nosotros y ella. Ahora bien, la capacidad es un cierto movimiento hacia la virtud, pero no es la virtud misma: pero todos, como he dicho, están hechos para alcanzar la virtud. Lo que sucede es que unos se entregan más, y otros menos al aprendizaje y a la práctica de la misma. Por esto algunos llegan a alcanzar la virtud perfecta, mientras que otros se quedan en un cierto grado; y algunos, por su negligencia, aunque posean una óptima naturaleza, se pervierten en dirección contraria. Porque el conocimiento, que en importancia y en su relación con la verdad supera en mucho a las demás disciplinas, es la más difícil de alcanzar y requiere mucho esfuerzo...³⁸

El pecado original y la sexualidad.

(Los herejes) hacen violencia a Pablo para hacerle decir que la generación natural procede del engaño, por aquello de “temo que así como la serpiente engañó a Eva, así también pervierta vuestros pensamientos de la simplicidad cristiana” (2 Cor. 11:3). Pero aunque el Señor vino declaradamente para los que se habían extraviado (cf. Mt 18:11; Lc 19:10), no vino para los que se habían extraviado cayendo de lo alto a la generación de acá abajo, ya que esta generación es parte de la creación del Todopoderoso, el cual jamás llevaría al alma de una condición mejor a otra peor. Más bien el Señor vino a nosotros porque nos habíamos extraviado *en nuestros pensamientos*, los cuales **se corrompieron a consecuencia de la desobediencia a los mandatos**, ya que nosotros preferimos el placer. Es posible, quizás, que el primer hombre se anticipara al momento oportuno para nuestra raza y que antes del tiempo del don del matrimonio cediera al deseo y pecara; porque “todo el que mira a una mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella” (Mt 5:28); y así no supo aguardar hasta el momento fijado por la voluntad de Dios...³⁹

No se da una mancha hereditaria.

Nadie está puro de mancha, ni aunque su vida sea de un día dice Job. (cf. 14:4). Pero que nos digan dónde ha cometido fornicación el niño recién nacido, o como ha podido caer bajo la maldición de Adán el que todavía no ha hecho nada. A lo que parece, tendrán que decir, si son consecuentes, que el nacimiento mismo es malo, y no sólo el del cuerpo, sino aun el del alma, en vistas a la cual es el del cuerpo. Cuando David dice: “En pecado fui concebido, y mi madre me engendró en la iniquidad (Sal. 50:7), habla en lenguaje profético refiriéndose a la madre Eva; pero Eva es “madre de vivientes” (Gen. 3:20), y aunque él fuera concebido en el pecado, no por ello él mismo está en pecado ni es él mismo pecado. Todo el que se convierte del pecado a la fe, se convierte de las costumbres de pecador, que son como una madre, a la vida; así me lo dirá el testimonio de uno de los doce profetas cuando dice: “Habré de dar a mi primogénito por causa de mi impiedad, el hijo de mi vientre por causa de los pecados de mi alma” (Miq. 6, 7). Con esto no ataca al que dijo “Creced y multiplicaos” (Gen. 1, 28) sino que llama impiedad a los primeros impulsos de la generación en los cuales nos olvidamos de Dios. Pero si uno dice que por eso es mala la generación, tendrá que decir también que es buena pues por ella venimos al conocimiento de la verdad...⁴⁰

Las causas del pecado.

Es hombre piadoso el sabio (*gnostikos*), cuando primero cuida de sí mismo, y luego del prójimo, en vistas a la perfección. Porque el hijo se entrega a sí mismo de buena gana a su buen padre y procura asemejarse a él, y lo mismo el súbdito a su superior. Creer y obedecer está en nuestro poder: la causa del mal hay que suponer que está en la debilidad de la materia, y en los impulsos involuntarios de la ignorancia y en la, compulsión irracional que proviene de la falta de conocimiento. Pero el sabio, una vez ha alcanzado dominio sobre estas cosas, como sobre fieras, y logra imitar a Dios en su elección, puede hacer el bien, en la medida de lo posible, a los hombres que se dispongan a ello...⁴¹

El pecado del hombre y la salvación por el Logos de Dios.

Considera, si te place, los beneficios divinos, remontándote a los comienzos. El primer hombre, cuando jugaba libremente en el paraíso, era todavía un niño pequeño de Dios. Pero cuando, sucumbiendo al placer — porque la serpiente significa el placer que se arrastra sobre el vientre, el vicio terrenal vuelto hacia la materia — se dejó seducir por la concupiscencia, el niño se hizo hombre con la desobediencia y se rebeló contra su padre, y se sintió avergonzado delante de Dios. Tal fue la fuerza del placer. Y el hombre que en su simplicidad vivía en libertad, se encontró encadenado por sus pecados. Pero entonces el Señor quiso liberarlo de estas cadenas, y haciéndose él prisionero de la carne — eso sí que es un misterio divino — domó a la serpiente y esclavizó al tirano, es decir la muerte, y — cosa increíble — al hombre extraviado por el placer y encadenado a la corrupción, con sus manos extendidas (en la cruz) lo puso en libertad. He aquí una maravilla llena de misterios. Es abatido el Señor, pero el hombre es levantado: y el que en el paraíso había caído, recibe una recompensa mayor que la que hubiera tenido obedeciendo, a saber, los cielos.

Ahora bien, puesto que el Logos ha venido del cielo a nosotros, me parece a mí que ya no debemos ir a ninguna otra escuela humana, ni hemos de afanarnos por ir a Atenas o a cualquier otro lugar de Grecia, mucho menos de Jonia. Porque si nuestro maestro es el que ha llenado todas las cosas con santas manifestaciones de poder, con la creación, la salvación, los beneficios, la

ley, la profecía, la enseñanza, este maestro ahora nos enseña todas las cosas. El universo entero se ha convertido en Atenas y en Grecia a causa del Logos... Vosotros no dejaréis de darnos fe a nosotros, que hemos sido hechos discípulos de Dios, depositarios de la sabiduría real y verdadera que los mejores de los filósofos sólo llegaron a entrever, y que los discípulos de Cristo han comprendido y predicado. Y es evidente que el Cristo total, por así decirlo, no está dividido en partes: ni es bárbaro, ni judío, ni griego, ni varón ni hembra, sino que es un nuevo hombre, transformado por el **Espíritu Santo de Dios**.

Por lo demás, otros consejos y disposiciones son cosa mezquina y referente a cosas parciales: si hay que casarse, comprometerse en política, tener hijos. Pero la religión es una exhortación universal (*kaíhaliké protrapé*), que evidentemente abarca toda la existencia humana, todas las situaciones, todas las circunstancias, en vistas a su fin supremo, **que es la vida**. Éste es el fin por el que es necesario que vivamos: la vida para siempre. La filosofía, como dicen los ancianos, es una deliberación prolongada que anda cortejando el amor eterno de la sabiduría. “Y el mandamiento del Señor brilla a lo lejos, iluminando nuestros ojos” (Sal 18:9) Toma, pues, a Cristo, toma la facultad de ver, toma lo que es tu luz, “a fin de que llegues a conocer bien lo mismo a Dios que al hombre” (Hom. II, V, 128). El Logos que nos ha iluminado es “más amable que el oro, más precioso que las piedras preciosas, más apetecible que la miel y el panal” (Sal 18:11) ¿Cómo no sería deseable el que da la claridad a la mente enterrada en las tinieblas, el que da su agudeza a los “ojos luminosos” (Plat. Tim. 456) del alma? Así como “si no existiera el sol, todos los demás astros dejarían al mundo sumido en la noche” (Heracl. fr 99 Diels), así también si no hubiéramos tenido conocimiento del Logos y no hubiésemos sido iluminados por sus rayos, no nos distinguiríamos de las aves domésticas, que engordan en la oscuridad y son alimentadas para la muerte (cf. Plut. Moral. 98c). Demos paso a la luz, a fin de dar paso a Dios. Demos paso a la luz, y hagámonos discípulos del Señor. Él ha hecho al Padre esta promesa: “Daré a conocer tu nombre a mis hermanos. En medio de la asamblea te ensalzaré” (Sal. 21:23). Ensálzalo, y dame a conocer a tu Padre, Dios. Tus explicaciones me salvarán: tu canto me instruirá. Hasta ahora he andado errante en búsqueda de Dios; pero puesto que tú, Señor, iluminas mi camino, y gracias a ti he encontrado a Dios y de ti he recibido al Padre, he llegado a ser coheredero contigo, y tú no te has avergonzado de tenerme como hermano.⁴²

El que es perfecto en la caridad está por encima de lo terreno.

Es imposible que el que una vez ha llegado a la perfección por la caridad y ha tomado parte en el festín eterno e insaciable del gozo de la contemplación que nunca harta, pueda todavía deleitarse con los menguados placeres terrenos. Porque ¿qué razón le queda a tal hombre para volver a correr de nuevo tras los bienes terrenos, una vez que ha alcanzado la misma “luz inaccesible” (cf. 1 Tim 6:16), no sujeta a circunstancias de tiempo o de lugar? Esta luz la alcanza con aquella caridad en el conocimiento (*gnostiké ágape*) que es la que da lugar a la herencia y a la total restauración, paga segura de las obras por parte del dueño, cosa que el gnóstico logra conseguir eligiendo sabiamente (*gnosíkós*) por medio de la caridad. ¿No es verdad que al ponerse de camino hacia el Señor a causa de la caridad que tiene para con él, aunque contemple su “tienda” sobre la tierra, ciertamente no se quita la vida, pues no le está concedido, pero quita al menos la vida de sus pasiones, que es lo único que le está permitido? Entonces vive habiendo muerto a sus deseos, y ya no tiene el cuerpo a su servicio, sino que únicamente le permite usar de lo necesario para no ser causa de su disolución.⁴³

Nuestro pedagogo y los grados de la vida espiritual.

Nuestro pedagogo se parece a Dios, su Padre, del cual es Hijo: él es sin pecado, sin reproche, con una alma sin pasiones, Dios sin tacha en forma de hombre, servidor de la voluntad del Padre, Logos Dios, que está en el Padre, que está a la diestra del Padre y que tiene también la forma de Dios. Éste es para nosotros el modelo sin tacha: hemos de esforzarnos con todas nuestras fuerzas para que se asemeje a él nuestra alma. Pero él es absolutamente libre de todas las pasiones humanas, y por esto, porque es el único sin pecado, es el único juez. En cambio nosotros, en cuanto podamos, hemos de esforzarnos por pecar lo menos posible, ya que nada es tan urgente como liberarnos en primer lugar de las pasiones y enfermedades, y en segundo lugar impedir la recaída en nuestras faltas habituales.

Ciertamente, lo mejor es no pecar en absoluto, de ninguna manera: pero esto declaramos que es propio de Dios. Lo segundo es no adherirse jamás de manera deliberada a ninguna clase de falta, y esto es propio del sabio. Lo tercero es no caer en un gran número de faltas involuntarias, y esto es propio de los que han tenido una buena educación. En último lugar, pongamos el no permanecer durante mucho tiempo en las faltas, porque la salvación de los que han sido llamados a la penitencia está en estar dispuestos a reemprender el combate...⁴⁴

La infancia espiritual.

Hemos adoptado el nombre de educación y de pedagogía, aludiendo así a la infancia y haciendo honor a la mejor y más perfecta de las posesiones de esta vida. Porque entendemos que la pedagogía es la buena formación por la que se conduce al niño a la virtud. El Señor nos ha revelado con toda claridad qué significado tiene la palabra “niño,” pues, “habiéndose propuesto la cuestión entre los apóstoles acerca de cuál de ellos era el mayor, Jesús puso en medio de ellos a un niño y dijo: El que se hiciere pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mt 18:1-4 y Lc 9:46-48). No usa la palabra niño refiriéndose a la edad en que todavía no hay razón, como han pensado algunos... Porque ya no somos pequeños que andamos por el suelo, ni avanzamos arrastrándonos sobre la tierra como las serpientes, revoleándonos con todo nuestro cuerpo en placeres insensatos. Al contrario, con nuestra inteligencia tendemos a lo alto, puestos por encima del mundo y de los pecados, “apenas tocando la tierra con los pies,” y mientras aparentemente estamos en el mundo, andamos persiguiendo una sabiduría sagrada, que parece locura a los que tienen el alma afilada para el mal.

Es natural que sean niños los que no reconocen a otro padre que a Dios: los que son sencillos, pequeños, puros, amantes del unicornio.^{44a}

A los que progresan en el Logos, el Señor les ha proclamado la orden de menospreciar las cosas de acá, exhortándoles a que atiendan únicamente al Padre, imitando lo que hacen los niños. Por esto dice en lo que sigue: “No andéis preocupados por el mañana: a cada día le basta su malicia” (Mt 6:34). De esta suerte ordena dejar de lado las preocupaciones de la vida y adherirse únicamente al Padre. El que cumple este precepto es realmente niño y párvulo para Dios lo mismo que para el mundo: el mundo lo tiene por extraviado; Dios por objeto de su amor...⁴⁵

No somos parte de la divinidad. Contra el panteísmo gnóstico.

Dios no tiene ningún parentesco natural con nosotros, como pretenden los fundadores de las herejías, tanto si nos ha hecho de la nada, como si nos ha formado a partir de la materia: porque la primera no tiene existencia alguna, y la segunda es algo absolutamente ajeno a Dios. Alguno se atreverá a decir que nosotros somos una parte de Dios y de su misma sustancia, pero yo no comprendo cómo haya quien pueda soportar oír esto, si es que ha conocido a Dios y echa una mirada sobre nuestra vida y sobre los males en que estamos inmersos. Porque en tal hipótesis,

Dios — aunque es blasfemia el decirlo — sería responsable en parte de las faltas, si es que las partes son partes integrantes del todo y si no son partes integrantes, ya no son partes. Sin embargo, Dios que “es por naturaleza rico en misericordia” (Ef 2:4), a causa de su bondad cuida de nosotros, aunque ni somos parte de él ni hijos suyos por naturaleza. Y ésta es precisamente la más grande demostración de la bondad de Dios, a saber, que siendo tal nuestra relación para con él, absolutamente “extraños” a él por naturaleza, (cf. Ef 4:18) sin embargo cuida de nosotros.⁴⁶

El cuerpo no es malo por naturaleza, y no hay que despreciarlo.

No son razonables los que la emprenden contra la creación material y vituperan al cuerpo. Los tales no observan que la postura del hombre ha sido hecha erecta a fin de que pueda contemplar el cielo, y que los órganos de los sentidos han sido hechos de tal manera que converjan al conocimiento, y que los miembros y diversas partes están bien hechos en orden al bien, no en orden al placer. De ahí que una tal morada esté dispuesta a recibir de Dios una alma valiosísima, y sea digna del Espíritu Santo para santificación del alma y del cuerpo, como coronamiento de la obra de restauración del Salvador... Si alguno dice que desprecia la carne, y a causa de ella la misma generación, aduciendo a Isaías: “Toda carne es heno, y toda gloria del hombre como la flor del heno...” (Is 40:6), oiga cómo el Espíritu interpreta lo que se pretende por medio de Jeremías: “Los dispersé como pajas llevadas al desierto en alas del viento: tal es la suerte y la porción de vuestra infidelidad, dice el Señor. De la misma manera como te olvidaste de mí y pusiste tus esperanzas en falsedades, yo revelaré lo que hay detrás de ti, poniéndolo ante tus ojos: y quedará a la vista tu deshonor, tu adulterio y tu relincho...” (Jer 13:24ss). Esto es la “flor del heno,” y el “andar en la carne,” y el “ser carnales,” como dice el Apóstol: a saber, estar en pecado. Es cosa admitida que el alma es la parte superior del hombre, y el cuerpo la inferior: pero ni el alma es buena por naturaleza, ni el cuerpo es malo por naturaleza. Porque tampoco lo que no es bueno ha de ser sin más malo, sino que hay ciertas realidades intermedias que son puestas en un punto medio y se salen de él. Ahora bien, era conveniente que el hombre, que es un compuesto que pertenece a lo sensible, constase de partes diferentes, aunque no contrarias, a saber, de cuerpo y alma, y es natural que las buenas acciones se atribuyan siempre, siendo mejores, a la parte mejor, es decir al espíritu que es superior; y por el contrario, lo voluptuoso y pecaminoso se pone a cuenta de lo inferior y pecador. Pero está claro que el alma del sabio y de gnóstico, estando en el cuerpo como huésped, usa de él con austeridad y parsimonia, sin entregarse a él apasionadamente, como si nunca tuviera que dejar la tierra, cuando llegue el tiempo de la partida. Porque, está dicho: “Soy extranjero en la tierra, y peregrino entre vosotros...” (Gen 23:4).

El elegido vive como un extranjero, sabiendo que todo lo tiene a su disposición, pero lo ha de dejar todo... Usa del cuerpo, como el que hace un viaje a tierras usa de las posadas y ventas que encuentra en su camino. Ciertamente tiene cuidado de las cosas del mundo, pues es el lugar donde ha de hacer posada; pero cuando ha de dejar esta morada y esta posesión y el uso de ella, sigue de buena gana al que le saca de esta vida, sin volverse jamás a mirar hacia atrás bajo ningún pretexto. Da gracias de verdad por la posada recibida, pero bendice el momento de salir de ella, pues anhela como su única mansión la celestial.⁴⁷

El matrimonio y sus exigencias.

Sólo para los ya casados puede entrar en consideración ver el tiempo oportuno de la mutua entrega. El fin más inmediato del matrimonio es el de procrear hijos, aunque el fin más pleno sea el de procrear buenos hijos. Es algo semejante a lo que sucede con el agricultor: la causa de la siembra es el procurarse alimento, y el fin de su trabajo es la recolección de los frutos. Pero

esta otra agricultura por la que se siembra en una tierra viviente es algo mucho más excelente, ya que el agricultor corriente busca un alimento para el momento, mientras este otro mira a la conservación del universo; aquél planta sólo para sí, mientras que este otro planta para Dios, de quien es aquella palabra a la que hay que obedecer: "Multiplicaos." Y éste es precisamente un aspecto bajo el cual el hombre resulta ser a imagen de Dios, en cuanto que el mismo hombre coopera a la creación del hombre. Así pues, no toda tierra está preparada para recibir la semilla, y aun cuando lo está, no lo está para cualquier agricultor. Porque no hay que echar la semilla sobre las piedras, ni hay que hacer ultraje al semen, que es la sustancia principal de la generación, en la que se contienen los principios racionales de la naturaleza: hacer ultraje a estos principios racionales, depositándolos irracionalmente en vasos contrarios a la naturaleza, es cosa de todo punto impía...

El matrimonio ha de tenerse por cosa legítima y bien establecida, pues el Señor quiere que los hombres se multipliquen. Pero no dice el Señor "entregaos al desenfreno," ni quiso que los hombres se entregaran al placer, como si hubieran nacido sólo para el coito. Oigamos la amonestación que nos hace el Pedagogo por boca de Ezequiel, cuando grita: "Circuncidad vuestra fornicación" (Cf. Ez 43:9, 44:7) Hasta los animales irracionales tienen su tiempo establecido para la inseminación. Unirse con otro fin que el de engendrar hijos es hacer ultraje a la naturaleza, a la cual hay que seguir como maestra que enseña con sabiduría los tiempos oportunos que hay que guardar en lo que a este punto se refiere: ella no concede todavía a los niños el matrimonio, ni quiere ya que lo contraigan los ancianos, de suerte que el hombre no puede casarse en cualquier tiempo. El matrimonio es el deseo de procrear hijos, no una desordenada efusión de semen, contraria a la ley y a la razón. Nuestra vida estará toda ella de acuerdo con la razón si dominamos nuestros apetitos desde sus comienzos, y no matamos con perversos artificios lo que la Providencia divina ha establecido para el linaje humano. Porque hay quienes ocultan su fornicación utilizando drogas abortivas que llevan a la muerte definitiva, siendo así causa no sólo de la destrucción del feto, sino de la del amor del género humano.⁴⁶

La virginidad no constituye por sí misma la perfección.

(El gnóstico cristiano) come, bebe y toma mujer, no por sí mismo, sino por necesidad. Digo tomar mujer cuando se hace según la razón y como conviene. El que quiere ser perfecto tiene como modelos a los apóstoles, y el verdadero varón no se muestra en la vida del que escoge vivir solo, sino que aquél se muestra superior a los hombres que lucha en el matrimonio, en la procreación de los hijos, en la preocupación por su familia, sin dejarse arrebatar ni por los placeres ni por las penas, sino que en medio de las preocupaciones familiares permanece incessantemente en el amor de Dios, superando todas las pruebas que sobrevengan a causa de los hijos, de la mujer, de los servidores o de las posesiones. El que no tiene familia resulta no ser probado en muchas cosas, y puesto que se preocupa sólo de sí mismo, resulta ser inferior al que se encuentra ciertamente en peores condiciones en lo que se refiere a su salvación, pero está en mejor disposición en las cosas de la vida, en la que procura mantener como una imagen en pequeño de aquella providencia verdadera (de Dios).⁴⁹

La bondad y la justicia de Dios.

Algunos se empeñan en decir que el Señor no es justo, pues usa el palo, la amenaza y el temor. Al parecer interpretan mal el pasaje de la Escritura que dice: "El que teme al Señor se convierte en su corazón" (Eclo 21:6), olvidándose de la mayor prueba de su amor para con los hombres, que es el haberse hecho hombre por nosotros. De manera más digna de él ruega el pro-

feta con estas palabras: “Acuérdate de nosotros, pues somos polvo” (Sal 102:14): es decir, compadécete de nosotros, pues tú mismo con tu pasión has hecho experiencia de la flaqueza de la carne. Por esto es el Señor un pedagogo excelente e irreprochable: por un exceso de su amor a los hombres, ha sufrido con la naturaleza de cada uno de los hombres. “Porque nada odia el Señor” (cf. Sap 11, 24, 26). Evidentemente no es posible que odie algo y al mismo tiempo quiera que exista aquello que odia; ni que quiera que algo no exista y sea al mismo tiempo causa de que exista aquello que no quiere que exista; ni que lo que él no quiere que exista tenga existencia. Por tanto, si el Logos odia alguna cosa, quiere que no exista: y ninguna existencia tiene aquello que no tiene de Dios la causa de su existencia. Nada, pues, es objeto de odio divino, ni es odiado por el Logos, ya que ambos son una sola cosa, Dios, como está escrito: “En el principio el Logos estaba en Dios, y el Logos era Dios” (cf. JN 1:1). Si, pues, Dios no odia nada de lo que ha hecho, resulta que lo ama todo. Y es natural que ame al hombre mucho más que a las demás cosas, pues es la más bella de sus criaturas y un ser viviente capaz de amar a Dios. Dios ama al hombre, y el Logos ama al hombre. Pero el que ama quiere hacer beneficios, y el que hace beneficios es absolutamente superior al que no los hace; y, por otra parte, nada es superior al bien, y, por consiguiente, el bien hace beneficios. Con ello confesamos que Dios es bueno, pues Dios hace beneficios. El bien, en cuanto bien, no hace otra cosa sino hacer beneficios. Dios hace beneficios en todo. No se puede decir que haga determinados beneficios al hombre, pero no se interese por él; ni que se interese por él, pero no se cuide de él. Porque es mejor el que hace beneficios conscientemente, que el que los hace inconscientemente, y nada hay mejor que Dios. Por lo demás, hacer beneficios conscientemente no es otra cosa que cuidarse del hombre: por tanto, Dios se preocupa y cuida del hombre. Esto lo muestra efectivamente al educar al hombre por medio del Logos, genuino colaborador en el amor de Dios para con los hombres... Lo útil se dice ser un bien, no porque sea agradable, sino porque es provechoso.

Todo esto se aplica a la justicia, la cual, siendo virtud y algo estimable por sí mismo, es un bien, pero no porque sea agradable. Ella no juzga según le place, sino que distribuye a cada uno según sus méritos. Una cosa es provechosa si es conveniente. Si se considera el bien en sus diversos aspectos, se verá que la justicia tiene las mismas características, participando ambos de las mismas cualidades. Ahora bien, las cosas que tienen las mismas características son iguales y semejantes entre sí: por tanto la justicia es un bien.

¿Cómo, pues — dicen — si el Señor es bueno y amador de los hombres, se enfada y castiga? Hay que decir unas breves palabras sobre este punto... Muchas pasiones se curan con el castigo y con preceptos un tanto severos, y también con el aprendizaje de determinados principios. La reprensión es como una especie de cirugía para las pasiones del alma, ya que las pasiones son como una úlcera sobre la verdad que hay que hacer desaparecer por extirpación. El reproche es como un remedio que disuelve la turbiedad de las pasiones y limpia la infección de la vida que es la lujuria; asimismo reduce las excrecencias del orgullo, restableciendo al hombre a su estado de salud y de verdad. La amonestación es una especie de régimen para el alma enferma, señalando lo que ha de tomar y de lo que ha de abstenerse. Todas estas cosas tienden a la salvación y a la salud perdurable...⁵⁰

Igualdad del hombre y la mujer.

En lo que se refiere a la virtud, el hombre y la mujer son iguales. Ambos tienen a un mismo Dios, y uno es también el maestro de ambos (Jesucristo). Participan de una misma Iglesia, una misma sabiduría, una misma modestia, un mismo alimento. Comparten por igual el yugo del matrimonio. La respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia, el

amor, todo es igual para uno y para otra. Por tanto, los que tienen una misma vida, reciben también las mismas gracias y la misma salvación y la misma ha de ser su virtud y su educación...⁵¹

36. Ped. 1, 7; 37. Protrépt. 100; 38. Strom. VI, 96; 39. Ibid. III, 14, 94; 40. Ibid. III, 16, 100; 41. Ibid. VII, 3, 16; 42. Protrépt. L llss; 43. Strom. VI, 75; 44. Ped. I, 4;

44a. En la antigüedad el unicornio, como animal de un solo cuerno, era considerado como símbolo de la simplicidad y rectitud de intención; 45. Ibid. I, 16; 46. Strom. II 74; 47. Ibid. IV, 168; 48. Ped. II, 10, 83ss; 49. Strom. VII, 12, 70; 50. Ped. I, 62; 51. Ibid. I, 4;

V. La Iglesia.

La Iglesia, virgen madre.

¡Oh maravilla de misterio! Uno es el Padre de todo, uno el Logos de todo, y uno el Espíritu Santo, el mismo en todas partes; y una sola también es la virgen madre: me complazco en llamarla Iglesia. Únicamente esta madre no tuvo leche, porque solo ella no llegó a ser mujer, sino que es al mismo tiempo virgen y madre, intacta como virgen, pero amante como madre. Ella llama a sus hijos para alimentarlos con una leche santa, el Logos acomodado a los niños. Por esto no tuvo leche, porque la leche era ese niño hermoso y querido, el cuerpo de Cristo. Con el Logos alimentaba ella a estos hijos que el mismo Señor dio a luz con dolores de carne, que el Señor envolvió en los pañales de su sangre preciosa. ¡Oh santos alumbramientos! ¡Oh santos pañales! El Logos lo es todo para el niño, padre, madre, pedagogo y nodriza. “Comed mi carne y bebed mi sangre,” dice (cf. Jn 6:53). Estos son los alimentos apropiados que el Señor nos proporciona generosamente: nos ofrece su carne, y derrama su sangre. Nada falta a los hijos para que puedan crecer...⁵²

La Iglesia es una, con la llave única de la tradición de Cristo.

Los que se apoyan en razones profanas y parten de otros principios, no haciendo un buen uso, sino un uso equivocado de la palabra de Dios, ni ellos mismos entran en el reino de los cielos, ni dejan alcanzar la verdad a aquellos a quienes engañan. Porque ellos mismos no tienen la llave de entrada, sino que tienen una llave engañosa o, como suele decirse, una falsa llave, con la cual no abren la puerta principal — que es por donde entramos nosotros mediante la tradición del Señor — sino que abren un portillo y minan subrepticiamente el muro de la Iglesia, saltando la valla de la verdad y constituyéndose así en guías espirituales del alma de los impíos. No se requieren muchos discursos para mostrar que sus conventículos humanos fueron instituidos con posterioridad a la Iglesia Católica... Está claro que estas herejías nacieron más tarde y son innovaciones y desfiguraciones de la antigua y verdaderísima Iglesia, así como las que surgieron en tiempos todavía posteriores a ellas. Y creo que resulta evidente después de lo dicho, que la verdadera Iglesia es una, **la realmente primitiva**, en la cual están inscritos los que son predestinados como justos. Porque, siendo Dios uno, y uno el Señor, todo lo que es sumamente estimable se recomienda por su unidad, reproduciendo la unidad de su principio. Así pues, la Iglesia una tiene como herencia la naturaleza de lo uno: pero las herejías le infieren violencia al dividirla en muchos fragmentos. Por su naturaleza, por su concepto mismo, por su origen, por su manera esencial de ser, afirmamos que la Iglesia primitiva y católica es única, en orden a la unidad de la única fe (cf. Ef 4:13), la que está fundada sobre sus propias alianzas, o mejor dicho sobre la única alianza hecha en tiempos distintos, la que congrega por voluntad del único Dios, por medio del único Señor, a los que ya están ordenados, a los que predestinó Dios que habían de ser justos, conociéndolo desde antes de la constitución del mundo. La propiedad esencial de la Iglesia, así como el principio de su existencia, está en la unidad, estando en esto por encima de todo y no teniendo nada igual ni comparable a sí misma.⁵³

La deificación del hombre.

“Al que tiene, se le dará” (Mt 13:12). Al que tiene, fe se le dará conocimiento; al que tiene conocimiento, amor; al que tiene amor, la herencia. Esto acontece cuando el hombre está adherido al Señor por la fe, por el conocimiento y por el amor, y se remonta con él al lugar donde está Dios, el Dios preservador de nuestra fe y nuestro amor, de donde procede el conocimiento para aquellos que son capaces de este privilegio y que son elegidos por su anhelo de una mejor preparación y entrenamiento. Éstos son los que están dispuestos a oír lo que les dice, a poner en orden sus vidas, a progresar por una cuidadosa observancia de la ley de la justicia. Este conocimiento es lo que los conduce hasta el fin, el término final que no tiene fin, enseñándoles la vida que hemos de poseer, una vida según Dios, con los dioses, cuando quedemos liberados de todo castigo y corrección que ahora soportamos a consecuencia de nuestras maldades, como disciplina salvadora. Cuando, pues, hayan recibido esta liberación, los perfectos alcanzarán su recompensa y sus honores. Se habrá acabado su purificación y lo demás de su servidumbre, aunque se traté de una servidumbre santa, con los santos. Desde entonces, han sido hechos puros de corazón, y a causa de la estrecha intimidad alcanzada con el Señor, les aguarda el ser restaurados a la contemplación eterna. Entonces reciben el nombre de “dioses,” destinados a ocupar sus tronos con los demás “dioses” que están inmediatamente debajo del Salvador. De esta suerte, el conocimiento es un atajo para la purificación, y un camino abierto Para la transmutación a un estado superior.⁵⁴

52. Ibid. I, 6, 42; 53. Strom. VII, 17, 106; 54. Ibid. VII, 10, 55, 56;

Orígenes.

Orígenes es, sin duda, el más profundo, original y audaz de los padres de la Iglesia anteriores a san Agustín. En un momento en el que la doctrina de la Iglesia estaba todavía en buena parte informe e indefinida, intentó construir una síntesis ideológica del cristianismo amplia y coherente, utilizando todas las adquisiciones del pensamiento de su época en el intento de explicar y profundizar el sentido de la Escritura, que fue para él siempre la fuente definitiva y última de toda sabiduría. Bajo este aspecto puede ser considerado como el primer “teólogo” en sentido más estricto de la palabra, es decir, como el que se lanza a la búsqueda de una explicación racionalmente coherente de lo que acepta por la fe. Su intento no siempre alcanzó resultados absolutamente satisfactorios: la tradición posterior — a veces injusta para con él — descubrió en Orígenes infiltraciones filosóficas y especulaciones audaces que fueron consideradas como ajenas y aun contrarias a la fe de la Iglesia. Algunas de sus ideas — o de las que se le atribuyeron — fueron condenadas, y sus obras fueron proscritas o sufrieron manipulaciones correctoras. En consecuencia, muchas de ellas se perdieron, o se conservaron sólo en versiones arregladas, lo cual hace muy difícil que podamos conocer con exactitud su pensamiento, precisamente en los puntos más delicados. Pero aun sus especulaciones más audaces representan etapas valiosas del progreso teológico.

Orígenes nació probablemente en Alejandría, de padres cristianos, hacia el año 185, y hubo de recibir una amplia educación con el estudio tanto de las Escrituras cristianas como de la literatura y filosofía del helenismo pagano. Con su carácter ardiente se entregó con todo ahínco lo mismo al estudio que a la práctica de una severa ascética cristiana. Parece que muy pronto se

vio rodeado de discípulos que se sentían atraídos por el valor de sus enseñanzas en gramática, retórica, geometría y, sobre todo, filosofía y teología especulativas. Pronto concentró su actividad en la explicación de las sagradas Escrituras. Emprendió varios viajes, y, siendo simple laico, era requerido por las comunidades adonde iba para que explicara la Escritura. En uno de estos viajes por Palestina fue ordenado sacerdote por el obispo Alejandro de Jerusalén, lo cual le atrajo conflictos con su propio obispo, Demetrio de Alejandría. A causa de esto resolvió permanecer finalmente en Cesárea de Palestina, donde continuó una larga enseñanza fecunda. Murió en Tiro en 253.

La producción literaria de Orígenes fue asombrosamente copiosa. La mayor parte de sus escritos se ocupan de la Escritura, bien en forma de *Homilías*, que reproducen al vivo su predicación (son riquísimas en ideas y en unción espiritual las homilías sobre el Pentateuco, sobre el Cantar de los Cantares, sobre Isaías, sobre Lucas y Mateo, etc.), bien en forma de *Comentarios* exegéticos más eruditos (entre los que sobresalen el Comentario a san Juan, y el parcialmente conservado a la epístola a los Romanos), bien en forma de trabajos de edición y crítica textual de la Biblia. Su pensamiento teológico más sistemático está expuesto en el grandioso tratado *De Principiis*, conservado en traducción latina no demasiado fiel. En él pretende Orígenes, en primer lugar, ofrecer lo que era patrimonio doctrinal de la Iglesia recibido por la tradición, y luego sus propias especulaciones encaminadas a mostrar la coherencia interna entre los diversos elementos de aquel patrimonio, y, particularmente, la coherencia del mismo con el mejor pensamiento filosófico de la época. Es aquí donde mejor se manifiesta la profundidad y la audacia especulativa de Orígenes. Su preocupación principal es la de hacer que la doctrina de la Escritura y de la tradición eclesiástica pudiera llegar a ser comprensible y aceptable a los hombres de su tiempo. Con la misma preocupación, y con un tono más directamente apologético, escribió su tratado *Contra Celso*, filósofo pagano que había escrito un largo escrito atacando la doctrina y el modo de vida de los cristianos. Orígenes le refuta punto por punto, tomando a veces ocasión de los ataques de Celso para exponer libremente sus propios puntos de vista acerca de la doctrina cristiana.

Señalamos algunos de los trazos más fundamentales del pensamiento teológico de Orígenes, que se manifiestan en los textos que luego presentamos. *Dios* es en sí y en su esencia incognoscible para la mente humana; Pero él se da a conocer a los que quiere, por la creación y, de manera muy particular, por medio de su Hijo. En lo que se refiere al misterio de la *Trinidad*, Orígenes se expresa en formas que fácilmente pueden aparecer como subordinacioncitas: su particular solicitud está en afirmar **el carácter único y supremo de Dios Padre**, como primer principio absolutamente in-engendrado: junto a él, el Hijo engendrado, y con mayor razón el Espíritu Santo, parecen concebirse como en un plano distinto: pero Orígenes tiene buen cuidado de rechazar tanto la opinión de los que no admiten verdadera distinción entre Padre e Hijo (modalistas), como la de los que niegan la verdadera divinidad del Hijo, aunque él concibe esta divinidad como derivada o participada, con fórmulas en las que aparece no sólo como originada en el Padre, sino como de alguna manera inferior a él. El Espíritu Santo es sustancial, personal, activo e increado. Todas las demás cosas han sido creadas por Dios mediante el Hijo, y de la nada. Orígenes rechaza definitivamente la idea de una creación a partir de alguna forma de materia preexistente, que habría de limitar de alguna manera **la soberana libertad creadora del Dios supremo**.

El objeto directo y primario de la creación de Dios son las naturalezas racionales libres, hechas para que libremente pudieran conocer y adherirse a Dios, su único bien. Según Orígenes, estas naturalezas hubieron de salir de las manos de Dios absolutamente iguales, ya que en Dios, bondad simplicísima, no podía haber causa de diversidad, que implica imperfección. La diversi-

dad en la creación surgió como consecuencia de las opciones de las naturalezas racionales originariamente iguales. Éstas, siendo libres, pudieron adherirse más o menos a su Bien supremo: entonces Dios proveyó un mundo en el que hubiera diversidad de condiciones de existencia, según los méritos o deméritos de las naturalezas racionales. Éstas pasaron, pues, de esta forma a este mundo material, creado para ellas a fin de que pudieran purificarse e ir adquiriendo por el ejercicio de la virtud aquella semejanza originaria con Dios que habían perdido. Es la problemática dualística gnóstico-oriental la que determina esta curiosa concepción de Orígenes, quien, por una parte, está determinado a no admitir un doble principio originario; pero, por otra — influido sin duda por el dualismo platónico —, no está dispuesto a admitir que el Creador único pudiera ser en sí causa directa y única del mundo material: éste procede ciertamente, como todo lo que existe, de un Creador único, pero sólo como consecuencia lamentable del mal uso de la libertad en las criaturas racionales, y como misericordiosa condescendencia para con ellas, a fin de que tuvieran un lugar en el que pudieran volver sobre sí y “convertirse” a su Creador.

Dentro del mismo contexto de confrontación con el dualismo gnóstico-oriental hay que entender también las ideas de Orígenes sobre la *escatología*: según Orígenes ha de darse una “apocatástasis” o total restauración final por la que todo mal, incluido el mismo demonio y el infierno, desaparecerá como tal para que absolutamente todo sea sometido finalmente al Dios soberano. Su preocupación por negar entidad verdaderamente independiente al mal hace que Orígenes no pueda considerarlo compatible con el dominio absoluto del Bien.

En la interpretación de la *Escritura*, pesa ante todo en Orígenes la idea de la trascendencia e inefabilidad radical de Dios, de quien toda palabra humana y material no será jamás expresión perfecta. De ahí que la verdadera comunicación de Dios sea propiamente por la vía del Espíritu, y que la letra de la Escritura sea considerada ante todo como vehículo de la comunicación espiritual de Dios. El sentido más profundo y auténtico de la Escritura **es siempre el espiritual**, que alcanza el que, haciéndose semejante a Dios por la purificación del corazón, llega a sintonizar con el mismo Espíritu de Dios.

Pero la más plena manifestación de Dios tiene lugar por medio de su propio Logos o Verbo sustancial, activo ya en la creación, en la revelación de los designios divinos a los patriarcas y los profetas y, finalmente, de una manera inefable, en la *Encarnación*, por la que comparte en todo menos en el pecado la condición humana. La Encarnación es así el máximo misterio de mediación didascálica e iluminadora: pero en Orígenes apunta también una soteriología de rescate, expresada en forma harto imprecisa, que habría de desarrollarse posteriormente en la extraña teoría de los derechos del demonio sobre la humanidad pecadora, al que el mismo Dios humano tendría que haber pagado satisfacción.

La Iglesia es para Orígenes **la congregación de todos los que son salvados por el don misericordioso de Dios**, ya desde los comienzos de la humanidad. Después de la venida de Cristo el don de Dios no se encuentra ya en la ley judaica, que era antícpo o imagen de lo que había de venir, sino en la tradición apostólica de la Iglesia, en la que se conservan las enseñanzas y la fuerza de la venida de Cristo.

Orígenes ve en los *sacramentos* signos sensibles de los dones espirituales de Dios, especialmente en el bautismo y en la eucaristía. Su tendencia espiritualista le lleva a mostrar más estima del don interno y de las disposiciones con que se recibe, que del rito externo en sí. El bautismo requiere la verdadera conversión del corazón y la purificación interior que se simboliza en el lavatorio. La eucaristía, que ofrece realmente a los fieles el cuerpo de Cristo, requiere al mismo tiempo el alimento **de la palabra viva de Dios, en la fe sincera y la meditación de la Escritura**.

Finalmente, Orígenes es el primer gran maestro de *vida espiritual*, hallándose en él la base de lo que había de ser durante siglos la espiritualidad cristiana. Orígenes, fiel a Pablo, vive de la convicción de que la justificación del pecador **es puro don que Dios hace al que se entrega a Dios por la fe, y no mérito del hombre.** Pero al mismo tiempo sabe que las obras son fruto y manifestación de la fe, y que Dios da con la fe el poder y el querer obrar el bien. Muchos temas de teología espiritual, como el de los sentidos espirituales y el de los grados de perfección espiritual, correspondientes a los grados de purificación y de unión con Dios, hasta la suma unión mística, fugaz e inefable, adquieren en Orígenes formulaciones definitivas que habían de ser patrimonio básico del monaquisino posterior.

I. Dios.

El hombre, por sí solo, no puede llegar a conocer a Dios.

Platón, maestro [acreditado] en cuestiones teológicas [dice] las siguientes palabras en el Timeo: “Es trabajoso encontrar al hacedor y padre de todo este universo, y es imposible que quien lo haya encontrado pueda darlo a conocer a todos” (Tim 28c). Este texto es ciertamente admirable e impresionante: pero hay que considerar si la palabra divina no muestra mayor atención a lo que requieren los hombres cuando nos presenta al Logos divino, el que en el principio estaba en Dios, haciéndose carne, a fin de que este Logos, del que decía Platón que el que lo encontrare no lo podría dar a conocer a todos, pudiera hacerse asequible a todos. Platón puede decir que es cosa trabajosa encontrar al hacedor y padre de todo este universo, dando a entender al mismo tiempo que no es imposible a la naturaleza humana hallar a Dios de una manera digna o, por lo menos, más de lo que alcanza el vulgo. Pero si esto fuera verdad, Platón o algún otro de los griegos hubiera encontrado a Dios, y no hubieran dado culto, ni invocado, ni adorado a otro fuera de él abandonándolo y asociándolo con cosas que no pueden asociarse con la majestad de Dios.

Por nuestra parte, nosotros afirmamos que la naturaleza no es en manera alguna capaz para buscar a Dios y hallarlo en su puro ser, a no ser que sea ayudada de aquel mismo que es objeto de la búsqueda. Llegan a encontrarlo los que después de hacer lo que está en su mano confiesan que necesitan de su ayuda, y él se manifiesta a los que cree conveniente, y en la medida en que una alma humana, estando aún en el cuerpo, puede conocer a Dios.

Además, al decir Platón que si uno hallare al hacedor y padre del universo sería imposible que lo diera a conocer a todos, no afirma que sea inexpressable e innominable, sino que, aun siendo expresable, sólo se puede dar a conocer a unos pocos... Pero nosotros afirmamos que no sólo Dios es inexpressable, sino también otros seres que son inferiores a él. Pablo se esfuerza por indicarlo cuando escribe: “Oí palabras inefables, que no es lícito al hombre pronunciar” (2 Cor 12:4).

También nosotros decimos que es difícil ver al hacedor y padre del universo: sin embargo, puede ser visto, no sólo según el dicho: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5:8), sino también según el dicho del que es “Imagen del Dios invisible:” (Col 1:15) “El que me ve a mí, ve al Padre que me ha enviado” (Jn 14:9). Nadie que tenga inteligencia dirá... que aquí se refiere a su cuerpo sensible, el que veían los hombres, pues en este caso habrían visto al Padre los que gritaron: “Crucifícalo, crucifícalo” (Lc 13:21), lo mismo que Pilato, que tenía autoridad sobre lo que en Jesús había de humano (cf. Jn 19:10). Esto no puede ser. Las palabras “el que me ve a mí, ve también al Padre que me ha enviado,” no deben entenderse en su sentido material... El que ha comprendido cómo se ha de concebir el Dios unigénito, Hijo

de Dios, primogénito de toda la creación, **y cómo el Logos se hizo carne verá que es contemplando la imagen del Dios invisible como se llega a conocer al Padre y hacedor del universo.**

Celso opina que a Dios se le conoce o bien por composición de varias cosas — a la manera de lo que los geómetras llaman *síntesis* — o por separación — *análisis* — de varias cosas, o también por *analogía* como la que usan los mismos geómetras: de esta suerte se llegaría por lo menos a los “umbrales del Bien” (Plat. Fileb. 64c). Sin embargo, cuando el Logos de Dios dice: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo revelare” (Mt 11:27), afirma que Dios es conocido por cierta gracia divina, que no se engendra en el alma sin intervención de Dios, sino por una especie de inspiración. Lo más probable es que el conocimiento de Dios está por encima de la naturaleza humana, y esto explica que haya entre los hombres tantos errores acerca de Dios. Sólo por la bondad y amor de Dios para con los hombres, y por una gracia maravillosa y divina, llega este conocimiento a aquellos que la presciencia divina previó que vivirían de manera digna del Dios al que llegarían a conocer. Estos son los que por nada renegarán de sus deberes religiosos para con él, aunque sean conducidos a la muerte por los que ignoran lo que es la religión e imaginan que es lo que no es, o aunque se les tenga por objeto de mofa. Yo diría que Dios, al ver que los que alardean de haberle conocido y de haber aprendido de la filosofía lo que se refiere a él se muestran arrogantes y desprecian a los demás, y, sin embargo, casi como los incultos se entregan a los ídolos y a sus templos y a sus famosos misterios, “escogió lo necio del mundo,” es decir a los más simples de los cristianos pero que viven con más moderación y pureza que los filósofos, “para confundir a los sabios” (cf. 1 Cor 1:27), los cuales no se avergüenzan de dirigir la palabra a cosas inanimadas, como si fueran dioses o imágenes de los dioses. El que tenga entendimiento, ¿cómo no se reirá de aquel que, después de tantos y tan prolijos discursos filosóficos acerca de Dios o de los dioses, se queda en la contemplación de las estatuas y dirige a ellas su plegaria, o al menos la dirige por medio de la vista de ellas al dios que es conocido espiritualmente, imaginando que ha de levantarse hasta él a partir de lo que es visible y mero símbolo? El cristiano, en cambio, por muy ignorante que sea, tiene la convicción de que todo lugar es parte del universo, y de que todo el mundo es templo de Dios. Y así, orando en todo lugar, cerrados los ojos de los sentidos y abiertos los del alma, se levanta por encima del mundo todo: no se para ni ante la bóveda del cielo, sino que con su entendimiento llega hasta la región supraceste (cf. Plat. Fedr. 241 a-c), guiado por el Espíritu de Dios. Y así, estando como fuera del mundo, dirige su oración a Dios, no sobre cosas triviales, pues ha aprendido de Jesús a no buscar nada pequeño, es decir, sensible, sino sólo las cosas grandes y verdaderamente divinas, que son los dones que Dios nos da para el camino que lleva a la felicidad que hay en él, por medio de su Hijo, que es el Logos de Dios (cf. Oríg. De Orat. 16-17)...¹

El ser de Dios.

Dios “ni siquiera participa del ser”: porque más bien es participado que participa, siendo participado por los que poseen el Espíritu de Dios. Asimismo, nuestro Salvador no participa de la justicia, sino que siendo la Justicia, los que son justos participan de él. Lo que se refiere al ser requiere un largo discurso y no fácilmente comprensible, particularmente lo que se refiere al Ser en su pleno sentido, que es inmóvil e incorpóreo. Habría que investigar si Dios “está más allá del ser en dignidad y en poder” (Plat. Rep. 509 b) haciendo participar en el ser a aquellos que lo participan según su Logos, y al mismo Logos, o bien si él mismo es ser, aunque se dice invisible por naturaleza en las palabras que se refieren al Salvador: “El cual es imagen del Dios invisible” (Col 1, 15) donde la palabra “invisible” significa “incorpóreo.” Habría que investigar también si el

unigénito y primogénito de toda criatura ha de ser llamado ser de los seres, idea de las ideas y principio, mientras que su Padre y Dios está más allá de todo esto.²

Quiénes pueden ver a Dios. 2a

Las cosas corporales e insensibles por sí mismas no hacen nada para ser vistas de otro, sino que el ojo ajeno las ve tanto si ellas quieren ser vistas como si no, cuando fija en ellas la mohada y las contempla. Porque, ¿qué puede hacer un hombre o cualquier otra cosa envuelta en un cuerpo material para no dejarse ver cuando está presente? Por el contrario, las cosas superiores y divinas aun estando presentes no se ven si ellas no quieren: el que sean vistas o no, depende de su voluntad. Fue gracia de Dios el dejarse ver de Abraham y de los demás profetas. No fue el ojo del alma de Abraham por sí mismo la causa de que viera a Dios, sino que Dios se dejó ver de un hombre justo que se había hecho digno de tal visión. No hay que entender esto únicamente de Dios Padre, sino también de nuestro Señor y Salvador y del Espíritu Santo, y aun, bajando a otro plano, de los querubines y serafines. Puede, en efecto, suceder que mientras nosotros estamos ahora hablando esté aquí presente un ángel, al que, sin embargo, no podemos ver porque no merecemos tal visión. Pues aunque el ojo de nuestro cuerpo o de nuestra alma se ponga a mirarlo, si el ángel no se manifiesta por voluntad propia ni se deja ver, no lo verá el que quiere verlo. Así pues, dondequiera que está escrito “se apareció Dios,” o, como en el pasaje que comentamos, “se apareció el ángel del Señor de pie a la derecha del altar del incienso” (Le 1:11), hay que entenderlo a la manera dicha. Tanto Dios como el ángel según quieran o no quieran son vistos o no por Abraham o por Zacarías. Hay que decir esto no sólo en lo que se refiere a este mundo, sino también en lo que se refiere al futuro: cuando dejemos este mundo no se aparecerán Dios y sus ángeles a todos, de suerte que el que dejó el cuerpo merezca inmediatamente ver los ángeles y el Espíritu Santo y nuestro Señor y Salvador y el mismo Dios Padre; sino que sólo los verá aquel que tenga el corazón limpio (cf. Mt 5:8), y que se haya mostrado digno de ver a Dios. Y aunque el que está limpio de corazón y el que todavía tiene alguna mancha estén en un mismo lugar, esta identidad de lugar no será ni ayuda ni obstáculo para la salvación: el que tenga el corazón limpio verá a Dios, y el que no lo tenga no verá lo que aquél puede ver. Y hay que pensar que sucedía algo semejante también con respecto a Cristo cuando se le pedía ver corporalmente: pues no has de pensar que todos los que le miraban veían a Cristo. Veían ciertamente el cuerpo de Cristo, pero a Cristo en cuanto era Cristo no le veían. Sólo le podían ver los que eran dignos de ver su grandeza. Los discípulos viéndole a él contemplaban la grandeza de su divinidad. Por esto, cuando Felipe habló y pidió: “Muéstranos al Padre y esto nos basta” (Jn 14:8), le respondió el Salvador: “¿Tanto tiempo he estado entre vosotros y todavía no me conocéis? Felipe, el que me ve, ve al Padre.” Tampoco Pilato, que ciertamente veía a Jesús, podía ver al Padre; ni tampoco Judas el traidor. Porque ni Pilato ni Judas veían a Cristo en cuanto era Cristo, así como tampoco la multitud que le apretujaba. Sólo aquéllos podían ver a Jesús que él mismo juzgaba dignos de que le vieran.

Trabajemos pues también nosotros para que ahora se nos aparezca Dios, pues nos lo promete la palabra sagrada de la Escritura: “Porque es hallado de los que no le tientan, y se manifiesta a aquellos que no desconfían de él” (Sab 1:2). Y que en el mundo futuro no se nos oculte, sino que le veamos “cara a cara” (1 Cor 13:12) y tengamos la esperanza de una vida buena y gocemos de la visión de Dios omnipotente, en Cristo Jesús y en el Espíritu Santo: de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.³

El Dios incomprensible, dado a conocer por el Hijo.

Se dice en el salmo 17 que “Dios hizo de la tiniebla su escondrijo.” Es una manera hebrea de explicar que lo que los hombres pueden concebir de Dios por sí mismos es oscuro e inconocible, porque él se oculta a los que no son capaces de soportar el resplandor de su conocimiento y a los que no pueden verlo como en una tiniebla: lo cual se debe, en parte, a la impureza de la inteligencia ligada a un cuerpo humano “de humillación” (Flp 3:21), y en parte a su limitada capacidad para la comprensión de Dios. Para explicar que el conocimiento experimental de Dios se da raras veces a los hombres, y a muy pocos de ellos, se dice que Moisés entró “en la oscuridad donde estaba Dios” (Ex 20:21). Y asimismo se dice de Moisés: “Sólo Moisés se acercará a Dios: los demás no se acercarán” (Ex 24:2). Y también el profeta, para mostrar la profundidad de las doctrinas referentes a Dios — inasequible a los que no poseen el Espíritu que todo lo investiga, escrutando aun las profundidades de Dios (1 Cor 2:10) — dijo: “Su manto es el abismo, que es como su vestido” (Sal 103:6).

Igualmente nuestro Salvador y Señor, *Logos* de Dios, muestra la grandeza del conocimiento del Padre — al que sólo él concibe y conoce de manera adecuada por sus propios méritos, mientras que de manera derivada lo conocen los que han sido iluminados bajo la inspiración del mismo Logos divino — cuando dice: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo haya revelado” (Mt 11:27). Nadie como el Padre que lo engendró puede conocer por sí mismo al que es increado y primogénito de toda criatura; ni nadie puede conocer al Padre, como el *Logos* viviente del mismo que es su Sabiduría y su Verdad. Por participación en aquel que apartó del Padre la llamada “tiniebla” en la que “había hecho su escondrijo,” y el llamado “manto,” el abismo, revelando con ello al Padre, es como conoce a éste cualquiera que llega a conocerle.⁴

En qué sentido el hombre puede ser causa de gozo o de tristeza en los cielos.

Voy a decir una cosa que quizás os sorprenderá: parece que nosotros podemos ser causa de alegría y de gozo para Dios y sus ángeles. Los que estamos sobre la tierra somos ocasión de que haya gozo y exultación en el cielo si, mientras andamos sobre la tierra, nuestra vida está en los cielos: entonces es, sin duda, cuando hacemos surgir un día de gozo para las potestades celestes. Pero, de la misma manera que nuestras buenas obras y nuestro progreso en la virtud producen alegría y gozo para Dios y sus ángeles, así, pienso yo, nuestra mala vida puede ser causa de dolor y pena no sólo en la tierra, sino también en el cielo, y aun quizás pueda decirse que los pecados de los hombres llegan a causar dolor en *el* mismo Dios. ¿No es una voz de dolor la que dice: “Me arrepiento de haber creado al hombre sobre la tierra” (Gen 6:8)? Y lo mismo puede decirse de la exclamación del Señor: “Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas...” (Mt 23:37). Con todo, todos esos pasajes en los que se dice que Dios se lamenta, o se alegra, o siente odio o gozo, hay que entender que la Escritura los expresa en sentido metafórico, aplicando a Dios lo que es propio del hombre. Porque la naturaleza divina está lejos de todo afecto o pasión mudable, pues permanece sin mutación ni turbación en su suprema bienaventuranza...⁵

Dios está sujeto a la pasión de amor para con los hombres.

El Salvador ha bajado a la tierra **por compasión para con el género humano.** Se ha sometido a nuestras pasiones antes de sufrir en la cruz, aun antes de que se dignara tomar nuestra carne. Porque si no hubiera sufrido nuestras pasiones, no hubiera venido a participar de nuestra vida humana. ¿Cuál es esa pasión a la que desde un comienzo se ha sometido por nosotros? Es la pasión del amor (*Caritatis est passio*). Aun el mismo Padre, el Dios del universo, ¿no sufre en cierta manera, estando lleno de longanitud, de misericordia y de piedad? ¿Acaso no comprende

des que cuando se ocupa de las cosas de los hombres está sufriendo de una pasión humana? “Porque el Señor tu Dios ha tomado sobre sí tu manera de ser, como un hombre toma sobre sí a su propio hijito” (Dt 1:31). Dios toma sobre sí nuestra manera de ser, como el Hijo de Dios toma sobre sí nuestras pasiones. El mismo Padre no es impasible. **Si dirigimos a él nuestra oración, tiene piedad y compasión. Es que pasión de amor...⁶**

La Trinidad.

Hay una cosa que turba a muchos que quisieran ser piadosos: con la preocupación de no admitir dos dioses, caen en el otro extremo con doctrinas falsas e impías, pues o bien niegan que el Hijo tenga una individualidad (*idioíéta*) distinta de la del Padre y confiesan que aquel que, al menos de nombre, llaman Hijo, es Dios, o bien niegan la divinidad del Hijo, estableciendo que su individualidad y su sustancia concreta (*ousía kaíá perigraphén*) es distinta de la del Padre. He aquí como se puede dar una solución: hay que decirles que Dios es Dios-en-sí, y por esto dice el Salvador en su oración alé Padre: “Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero” (Jn 17:3); fuera del Dios-en-sí, todo lo que es divinizado por participación de la divinidad de aquél no debiera llamarse propiamente “el Dios,” sino “Dios”: y aquí el “primogénito de toda la creación” (cf. Col 1:15), que por “estar en Dios” (cf. Jn 1:1) es el primero en atraer hacia sí la divinidad, es absolutamente superior en dignidad a los otros que son dioses fuera de él — de los cuales Dios es “el Dios” según aquella palabra: “El Dios de los dioses, el Señor, ha hablado y ha convocado a la tierra” (Sal 49: 1) — ; él ha sido el ministro de su divinización, sacando de Dios y comunicándoles a ellos generosamente según su bondad su divinización.

Dios, pues, es el Dios verdadero: los que han sido conformado según él, son como reproducciones de un prototipo; pero¹, por otra parte, la imagen arquetipo de estas múltiples imágenes es el Logos “que está en Dios,” el que estaba “en el principio,” el cual, por estar “en Dios” permanece siempre “Dios.” Porque no sería si no estuviera “en Dios,” y no permanecería Dios si no permaneciera en incesante contemplación de la profundidad del Padre...⁷

Trinidad (tendencia subordinacionista)*.

Nosotros aceptamos la palabra del Salvador: “El Padre que me envió es mayor que yo” (Jn 14:28), por la cual no acepta la apelación de “bueno” que le es dada (cf. Mc 10:18) en su sentido propio, verdadero y pleno, sino que la refiere agradecido al Padre, reprochando al que quería glorificar al Hijo más de lo justo. Afirmamos que lo mismo el Salvador que el Espíritu Santo **no pueden ponerse en** parangón con ninguna de las cosas creadas, sino que las sobrepasan con una trascendencia sobreminente; pero al mismo tiempo son sobrepasados por el Padre cuanto el Salvador y el Espíritu Santo sobrepasan a los demás seres y aún más. No es necesario que digamos cuánta es la gloria del Hijo que sobrepasa a los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades y todo otro ser que pueda ser nombrado no sólo de este siglo, sino también del futuro, trascendiendo además a los santos ángeles y espíritus y almas de los justos. Sin embargo, siendo superior a tantos y tan grandes seres por su sustancia, su dignidad, su poder, su divinidad — siendo el Logos viviente —, su sabiduría, no puede paragonarse en nada con el Padre. En efecto, él es la imagen de su bondad y esplendor, no ya de Dios, sino de su gloria y de su luz eterna, emanación (*atmís*), no ya del Padre, sino de su poder, proflujo (*aporróla*) genuino de su gloria omnipotente, espejo sin mancha de su actividad, por el cual espejo Pablo y Pedro y los que se les asemejan contemplan a Dios, pues dice: “El que me ve a mí, ve al Padre que me envió” (Jn 14:9).⁸

La generación del Hijo no es como las generaciones naturales.

Es cosa blasfema e inadmisible pensar que la manera como Dios Padre engendra al Hijo y le da el ser es igual a la manera como engendra un hombre o cualquier otro ser viviente. Al contrario, se trata necesariamente de algo muy particular y digno de Dios, con el cual nada absolutamente se puede comparar. No hay pensamiento ni imaginación humana que permita llegar a comprender cómo el Dios inengendrado viene a ser Padre del Hijo unigénito. Porque se trata, en efecto de una generación desde siempre y eterna, a la manera como el resplandor procede de la luz. El Hijo no queda constituido como tal de una manera extrínseca, por adopción, sino que es verdaderamente Hijo por naturaleza...⁹

Hemos de entender que la luz eterna no es otra que el mismo Dios Padre. Ahora bien, nunca se da la luz sin que se dé juntamente con ella el resplandor, ya que es inconcebible una luz que no tenga su propio resplandor. Si esto es así, no se puede decir que hubiera un tiempo en el que no existiera el Hijo; y, sin embargo, no era inengendrado, sino que era como un resplandor de una luz inengendrada, que era su principio frontal en cuanto qué de ella procedía. Con todo, no hubo tiempo en el que (el Hijo) no existiera.¹⁰

El Espíritu Santo es increado.

Hasta ahora no he hallado pasaje alguno de las Escrituras que sugiera que el Espíritu Santo sea un ser creado, ni siquiera en el sentido en que, como he explicado, habla Salomón de que la Sabiduría es creada (cf. Prov 8:22), o en el sentido en que, como dije, han de entenderse las apelaciones del Hijo comer “vida” o “palabra.” Por tanto, concluyo que el Espíritu de Dios que “se movía sobre las aguas” (Gen 1:2) no es otro que el Espíritu Santo. Ésta parece la interpretación más razonable: pero no hay que mantenerla como fundada directamente en la narración de la Escritura, sino en el entendimiento espiritual de la misma.¹¹

El Espíritu Santo es persona.

“El Espíritu sopla donde quiere” (Jn 3:8). Esto significa que el Espíritu es un ser sustancial, no, como algunos pretenden, una simple actividad de Dios sin existencia individual. El Apóstol, después de enumerar los dones del Espíritu, prosigue: “Y todas estas cosas proceden de la acción de un mismo Espíritu, que distribuye a cada individuo según su voluntad” (1 Cor 12:11). Por tanto, si actúa, quiere y distribuye, es un ser sustancial activo, y no una mera actividad...¹²

El Espíritu mismo está en la ley y en el Evangelio: él está eternamente con el Padre y el Hijo, y como el Padre y el Hijo existe siempre, existió y existirá.¹³

Después de la Ascensión, el Espíritu Santo es asociado al Padre y al Hijo en honor y dignidad. Pero acerca de él no podemos decir claramente si ha de ser considerado como engendrado o inengendrado, o si es o no Hijo de Dios.¹⁴

Cómo se relaciona el Espíritu con el Padre y el Hijo.

Si es verdad que mediante el Verbo “fueron hechas todas las cosas” (cf. Jn 1:3), ¿hay que decir que el Espíritu Santo también vino a ser mediante el Verbo? Supongo que si uno se apoya en el texto “mediante él fueron hechas todas las cosas” y afirma que el Espíritu es una realidad derivada, se verá forzado a admitir que el Espíritu Santo vino a ser a través del Verbo, siendo el Verbo anterior al Espíritu. Por el contrario, si uno se niega a admitir que el Espíritu Santo haya venido a ser a través de Cristo, se sigue que habrá de decir que el Espíritu es inengendrado... En

cuanto a nosotros, estamos persuadidos de que hay realmente tres personas (*hypostaseis*), Padre, Hijo y Espíritu Santo; y creemos que sólo el Padre es inengendrado.

Además, supongo que el Espíritu Santo se puede decir que proporciona lo que podríamos llamar la materia de los dones espirituales de Dios a los que reciben el nombre de santos a través de él y por participación de él. Me mueven a hacer esta suposición las palabras de san Pablo acerca de los dones espirituales: “Hay dones diferentes, pero uno es el Espíritu; y hay diferentes administraciones, pero uno es el Señor; y hay diferentes acciones, pero uno es Dios que da la actividad a todas las cosas” (1 Cor 12:4ss).¹⁵

La actividad de las tres divinas personas.

Puede preguntarse por qué cuando un hombre viene a renacer para la salvación que viene de Dios (en el bautismo) hay necesidad de invocar al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, de suerte que no quedaría asegurada su salvación sin toda la Trinidad. Para contestar esto será necesario, sin duda, definir las particulares operaciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En mi opinión, **las operaciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se extienden no sólo a los santos, sino también a todos los que buscan a Dios ...**¹⁶

La creación y la providencia.

Todas las cosas han sido hechas para el hombre y para los seres racionales: porque todas las cosas han sido creadas primariamente para la criatura racional. Celso puede decir que la creación no es más para el hombre que para el león o cualquiera de los seres que menciona. Pero nosotros diremos que el creador no hizo todas las cosas para el león, o el águila o el delfín, sino que todas estas cosas las hizo para la criatura racional y con el fin de que este mundo, como obra de Dios, sea completo y perfecto desde todos los puntos de vista. En este punto hemos de admitir que tiene razón. Pero Dios no tiene cuidado, como piensa Celso, únicamente del todo, sino que por encima de esto cuida en particular de cada uno de los seres racionales. Jamás la providencia abandonará el todo, pues si algo de este todo se corrompe a causa del pecado de la naturaleza racional, cuidará de purificarlo y de hacer que con el tiempo el todo vuelva hacia sí. Dios no se mueve a ira por causa de los monos o de las ratas: en cambio impone justicia y castigo a los hombres porque violan los impulsos de la naturaleza, a éstos los amenaza por medio de los profetas y del Salvador que vino a nosotros para bien de todo el género humano. Con esta amenaza, los que la oyen pueden convertirse, mientras que los que desprecian la invitación a la conversión son castigados según su merecido. Es justo que Dios imponga estos castigos según su voluntad, para bien del todo, a los que necesitan de este tipo de tratamiento doloroso y de corrección.¹⁷

La materia es creada.

Muchos hombres de consideración pensaron que la materia es increada, y afirmaron que ésta debía su existencia y su naturaleza al azar. Lo que a mí me sorprende es cómo estos mismos hombres pueden atacar a los que niegan simplemente la existencia de un creador o de un orden en el universo... pues, al decir que la materia es increada y coeterna con el Dios increado, adoptan un punto de vista igualmente impío. En efecto, si suponemos que no hubiera existido la materia, entonces Dios, en su manera de ver, no hubiera podido tener actividad alguna, pues no hubiera tenido materia con la cual comenzar a operar. Porque, según ellos, Dios no puede hacer nada de la nada, y al mismo tiempo dicen que la materia existe por azar, y no por designio divino, imaginando que esta materia que se encontró allá porque sí es suficiente explicación de la grandiosa obra de la creación...¹⁸

Origen de la diversidad en los seres creados.

Para que nuestro silencio no se convierta en pábulo de la audacia de los herejes, responderemos según la medida de nuestras fuerzas a las objeciones que suelen ponernos. Hemos dicho ya muchas veces, apoyándolo con las afirmaciones que hemos podido hallar en las Escritura que el Dios creador de todas las cosas bueno, justo y omnipotente. Cuando él en un principio creó todo lo que le plugo crear, a saber, las criaturas racionales, no tuvo otro motivo para crear fuera de sí mismo, es decir, su bondad. Ahora bien, siendo él mismo la única causa de las cosas que habían de ser creadas, y no habiendo en él diversidad alguna, ni mutación, ni imposibilidad, creó a todas las criaturas iguales e idénticas, pues no había en él mismo ninguna causa de variedad o diversidad. Sin embargo, habiendo sido otorgada a las criaturas racionales, como hemos mostrado muchas veces, la facultad del libre arbitrio, fue esta libertad de su voluntad lo que arrastró a cada una (de las criaturas racionales), bien a mejorarse con la imitación de Dios, bien a deteriorarse por negligencia. Ésta fue la causa de la diversidad que hay entre las criaturas racionales, la cual proviene, no de la voluntad o intención del creador, sino del uso de la propia libertad. Pero Dios, que había dispuesto dar a sus criaturas según sus méritos, hizo con la diversidad de los seres intelectuales un solo mundo armónico, el cual, como una casa en la que ha de haber no sólo “vasos de oro y de plata, sino también de madera y de barro, unos para usos nobles, y otros para los más bajos” (cf. 2 Tim 2:20), está proveído con los diversos vasos que son las almas. En mi opinión éstas son las razones por las que se da la diversidad en este mundo, pues la divina providencia da a cada uno lo que corresponde según son sus distintos impulsos y las opciones de las almas. Con esta explicación aparece que el creador no es injusto, ya que otorga a cada uno lo que previamente ha merecido; ni nos vemos forzados a pensar que la felicidad o infelicidad de cada uno se debe a un azar de nacimiento o a otra cualquier causa accidental; ni hemos de creer que hay varios creadores o varios orígenes de las almas (como pretenden los gnósticos).¹⁹

Los distintos grados de los seres.

La consumación final de los santos será en el reino “de lo invisible y lo eterno” (cf. 2 Cor 4:18). Ahora bien, pienso que... puede suponerse que las criaturas racionales tuvieron un momento inicial semejante a lo que será aquel momento final, y que si su comienzo fue semejante al fin que les espera, en su condición inicial existieron en el reino “de lo invisible y lo eterno.” Si esto es así, hay que pensar que no sólo descendieron de una condición superior a otra inferior las almas que merecieron tal tránsito a causa de la diversidad de sus impulsos, sino también otras que aun contra su voluntad fueron trasladadas de aquel mundo superior e invisible a este inferior y visible para beneficio de todo el mundo. Porque, en efecto, “la criatura ha sido sometida a la vanidad contra su voluntad, por causa de aquel que la sometió en esperanza” (Rom 8:20-21). De esta suerte, el sol, la luna, las estrellas o los ángeles de Dios, pueden cumplir un servicio en el mundo, y este mundo visible ha sido hecho para estas almas que por los muchos defectos de su disposición racional tenían necesidad de estos cuerpos más burdos y sólidos.

La palabra *katabolé* (que significa a la vez constitución y descenso, y es usada en la Escritura con referencia a la constitución del mundo), parece indicar este “descenso” de las realidades superiores a lo inferior. Es verdad, sin embargo, que toda la creación lleva consigo una esperanza de libertad, para ser liberada de la servidumbre de la corrupción, cuando sean reducidos a unidad los hijos de Dios que cayeron o fueron dispersados, cuando hayan cumplido en este mundo aquellas funciones que sólo conoce Dios, artífice de todo. Y hay que pensar que el mundo ha sido hecho de tal naturaleza y magnitud que puedan ejercitarse en él todas las almas que Dios ha

determinado, así como también todas aquellas virtudes que están dispuestas para asistir y servir a aquéllas. Pero que todas las criaturas racionales son de la misma naturaleza es algo que puede probarse con muchos argumentos: **sólo así puede quedar a salvo la justicia de Dios** en todas sus disposiciones, a saber, poniendo en cada una de ellas la causa por la que ha sido colocada en tal determinado orden de vivientes o en tal otro.

Algunos no han sabido comprender esta disposición de Dios por no haberse dado cuenta de que Dios dispuso la variedad que vemos a causa de las opciones libres (de las naturalezas racionales), y que, ya desde el origen del mundo, previendo Dios la disposición de aquellos que habían de merecer venir a tener cuerpo a causa de un defecto en su actitud racional, así como la de aquellos que habían de ser seducidos por el deseo de las cosas visibles, y la de aquellos que, voluntaria o involuntariamente, tenían que prestar un servicio a los que habían caído en tal estado, eran forzados a su condición mundana por aquel que “los sometía en esperanza” (cf. Rom 8, 20). Entonces se busca como explicación la acción del azar, o se dice que todo lo que hay en este mundo sucede por necesidad y que no tenemos libertad alguna. Con esto es imposible dejar de culpar a la providencia...²⁰

Diferencia entre la “providencia” y la “voluntad” de Dios.

Mantenemos con fe firme e inmutable que Dios es incorpóreo, omnipotente e invisible. Pero también que Dios cuida de las cosas humanas, de suerte que nada tiene lugar sin su providencia, lo mismo en los cielos que en la tierra. Pero hemos de hacer notar que hemos dicho “sin su providencia,” y no “sin su voluntad.” **Porque muchas cosas suceden sin su voluntad, pero ninguna sin su providencia.** Por su providencia Dios administra, dispone y vigila lo que acontece, mientras que por su voluntad determina que algo acontezca o no... Ahora bien, si profesamos creer que Dios administra y dispone todas las cosas, se sigue que él ha de revelar su voluntad a los hombres, mostrándoles lo que es bueno para ellos, si no lo hiciera así, habría que decir que se despreocupa de los hombres, y que no tiene cuidado alguno de las cosas mortales.²¹

El problema del mal y la providencia de Dios.

Partiendo de las divinas Escrituras, consideremos brevemente lo que se refiere al bien y al mal. ¿De qué forma hay que responder a la objeción de cómo es posible que Dios hiciera el mal y por qué es incapaz de convencer y amonestar a los hombres? Según las divinas Escrituras, los bienes propiamente dichos son las virtudes y las obras que de ellas provienen, y los males propiamente dichos son lo contrario de esto. Bástenos por el momento con las palabras del salmo 33, que muestran esto así: “Los que buscan al Señor no serán privados de bien alguno. Mirad, hijos, oídme: os enseñaré el temor de Dios. ¿Quién es el hombre que ama la vida, que desea ver días buenos? Guarda tu boca del mal, y tus labios de hablar con engaño. Apártate del mal y haz el bien.” Las palabras “apártate del mal y haz el bien” no se refieren a los males corporales, como los llaman algunos, ni a los males externos, sino a los males y bienes del alma. El que se aparta del mal y hace el bien en este sentido, amando así la vida verdadera, llegará a poseerla.

El que “desea ver días buenos,” iluminados por el “Sol de justicia” (cf. Mal 4:2) que es el Logos, llegará a alcanzarlos, pues Dios le librará “del malvado tiempo presente” (Gal 1:4) y de los días malos, de los que dijo Pablo: “Rescatando el tiempo, porque los días son malos” (Ef 5:16).

En un sentido menos exacto puede encontrarse que las cosas corporales y exteriores en cuanto contribuyen a la vida según la naturaleza se consideran bienes, y sus contrarios, males. Así Job dice a su mujer: “Si hemos recibido los bienes de la mano del Señor, ¿no nos sometere-

mos a los males?” (Job 2:10). En este sentido se halla en las Escrituras divinas un pasaje que hace decir a Dios: “Yo soy el que hago la paz, y el que creo los males” (Is 45:7). Y en otro se dice de él: “Bajó el mal de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén, ruido de carros y de jinetes” (Miq 1:12). Estos pasajes han confundido a muchos lectores de la Escritura, pues no han sabido comprender lo que en ella se significa cuando se habla de bienes y de males...

Nosotros afirmamos que Dios no hizo los males, ni la misma maldad, ni las acciones que de ella proceden. Si Dios hubiese hecho lo que verdaderamente es malo, ¿cómo se podría tener la audacia de anunciar el mensaje del juicio, que nos enseña que los malvados son castigados por sus malas acciones en proporción a su pecado, y que los que han vivido según la virtud y han obrado virtuosamente serán felices y alcanzarán los premios de Dios? Sé muy bien que los que quieren audazmente decir que Dios hizo los males aducirán ciertos pasajes de la Escritura; pero no lograrán con ella hacer un tejido argumental completo, porque la Escritura condena a los que pecan y aprueba a los que obran bien, aunque contiene aquellas afirmaciones, (no) pocas en número, que parecen poner en dificultad a los lectores no educados acerca de las palabras divinas...

Así pues, Dios no ha hecho los males, si uno entiende con esta palabra lo que propiamente se llama tal. Pero de las obras que él tuvo intención primaria de hacer, se han seguido algunos males, pocos en comparación con el orden de todo el conjunto. Así también de las obras que el carpintero hace con intención primaria se siguen las virutas espirales y el aserrín; y los albañiles parecen hacer la suciedad esparcida junto a las edificaciones, que son los desperdicios de las piedras y el cemento.

Si uno se refiere a estos llamados males en un sentido menos exacto, los males corporales o externos, hay que conceder que a veces Dios ha hecho alguno de ellos, como medio para la conversión de algunos. ¿Qué dificultad puede haber en esta doctrina? Hablando vulgarmente llamamos males a los dolores que infligen los padres, maestros y educadores a los que se educan, o los que infligen los médicos cortando y quemando con vistas a la curación. De la misma manera si se dice que Dios infinge alguna de estas cosas, para conversión y curación de los que tienen necesidad de tales dolores, no habrá que objetar nada a este modo de hablar, aunque se diga que “bajó el mal de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén,” en forma de dolores infligidos por los enemigos, tales dolores miran a la conversión. O aunque se diga que visita con una vara las iniquidades de los que abandonan la ley de Dios, y con un látigo sus pecados (cf. Sal 88:31-33) o se diga: “Tienes carbones ardientes: siéntate sobre ellos, y ellos te servirán de ayuda” (Is 47:14). De la misma manera explicamos las palabras “Yo soy el que hace la paz y el que crea los males”: pues Dios crea los males corporales y externos para purificar y educar a los que no quieren dejarse educar por la razón y por la sana enseñanza...

La objeción “por qué Dios no puede convencer a los hombres” se presenta también a todos los que creen en la Providencia. Lo que hay que responder es lo siguiente: El persuadir pertenece al género de las que llaman acciones recíprocas, como aquel a quien cortan el cabello es activo en cuanto que se lo deja cortar. Por ello, no basta con la acción del que persuade, sino que se requiere, por así decirlo, sumisión al que persuade, o aceptación de lo que éste dice. Por esto, con respecto a los que no se persuaden, no hay que decir que Dios no puede persuadirlos, sino que ellos no aceptan las palabras persuasivas de Dios...

Porque para que uno quiera lo que le indica el que le persuade, de manera que prestando oído a éste se haga digno de las promesas de Dios, es necesaria la voluntad del que oye y su aceptación de lo que le dice...²²

1. ORÍGENES, Contra Celso, VII, 42 – 44; 2. Ibid. VI, 64; 2^a. Sobre las palabras: “Se apareció a Zacarías el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso,” Lc 1, 11; 3. ORÍGENES, Hom. IV, Lúe. I, 11; 4. C. Cels. VI, 17; 5. Hom. in Num. XXIII, 2; 6. in Eseq. 6, 6; 7. Com. in Jo. II, 16; 8. Ibid. XIII, 151 – 152; 9. ORÍGENES, De Principiis, I, 2, 4; 10. In Hebr. fr. I, (cf. GCS, V, 33n); 11. De Princ. I, 3, 3; 12. Fragm. in Jo. 37 ; 13. Com. in Rom. 6, 7; 14. De Princ. Praef. 4; 15. Covn. in Jo. II, 10; 16. De Princ. I, 3, 5; 17. C. Cels. IV, 99; 18. De Princ. II, 1, 4; 19. Ibid. II, 9, 6; 20. Ibid. III, 5, 4; 21. Hom. in Gen. III, 2; 22. C. Cels. VI, 54 – 57;

* Nota del Revisor: La tendencia subordinalista, es decir la subordinacion del Hijo al Padre, seria uno de los motivos por que los origenistas (seguidores de la doctrina de Orígenes) fueron condenados por la Iglesia.

II. El hombre.

La imagen y la semejanza de Dios.

Después de decir Dios “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza,” prosigue el narrador: “Y lo hizo a la imagen de Dios,” sin añadir nada acerca de la semejanza. Esto indica que en su primera creación el hombre recibió la dignidad de imagen de Dios, pero que la perfección de la semejanza está reservada a la consumación total, hasta que el hombre mismo, con su propio esfuerzo diligente por imitar a Dios, pueda conseguirla. De esta suerte, al hombre le es dada desde el comienzo la posibilidad de la perfección mediante la dignidad de la imagen, y luego, al final, mediante las obras que hace, alcanza la consumación de la misma a semejanza de Dios. El apóstol Juan declara estas cosas más lúcidamente cuando dice: “Hijitos míos, todavía no conocemos lo que seremos, pero cuando se nos revele lo referente a nuestro Salvador podremos decir sin duda: Seremos como él” (cf. 1 Jn 3:2).²³

La imagen de Dios en el hombre.

Celso no vio la diferencia que va entre ser “conforme a la imagen de Dios” (Gen 1:27) y ser Imagen de Dios (Col 1:15). En efecto, Imagen de Dios lo es el Primogénito de toda la creación, el Logos en sí, la Verdad en sí y la Sabiduría en sí, “que es imagen de su bondad” (Sab 7:26) En cambio el hombre ha sido hecho “conforme a la imagen de Dios,” y además, todo hombre “cuya cabeza es Cristo,” es imagen y gloria de Dios. (cf. 1 Cor 11:3-7). No comprendió tampoco en qué parte del hombre está impresa la imagen de Dios... ¿Es posible pensar que la imagen de Dios esté en la parte inferior del compuesto humano, es decir, en su cuerpo?... El ser a imagen de Dios ha de entenderse de lo que nosotros llamamos “el hombre interior” (Ef 3:16), el que es renovado y es naturalmente capaz de ser transformado a imagen del que lo creó (cf. Col 3:10). Esto es lo que sucede cuando el hombre se hace Perfecto, “como es perfecto el Padre celestial” (Mt 5:48), obedeciendo al mandamiento que dice “Sed santos, porque yo, el Señor Dios vuestro, soy santo” (Lev 19:2) y prestando atención al que dice “Sed imitadores de Dios” (Ef 5:1). Entonces sucede que el alma virtuosa del hombre recibe los rasgos de Dios; y también el cuerpo que tiene tal alma se convierte en templo del que, recibiendo los rasgos de Dios, ha llegado a ser imagen de Dios, y ha llegado a tener en su alma, por razón de esta imagen, al mismo Dios...²⁴

El hombre es un ser libre.

Está definido en la doctrina de la Iglesia que toda alma racional tiene libertad de determinación y de voluntad y que ha de emprender la lucha contra el diablo y sus ángeles y contra los poderes adversos. Éstos se esfuerzan por acumular pecados sobre el alma, pero nosotros hemos de esforzarnos por librarnos de esta desgracia, viviendo con rectitud y sabiduría. Esto implica que hemos de admitir que no estamos simplemente sujetos a necesidad, de suerte que de todas formas, aunque no queramos, nos veamos forzados a hacer d bien o el mal. Por el contrario, siendo libres en nuestra elección, podrá ser que algunos poderes nos induzcan al pecado, y otros

nos ayuden a la salvación, pero no de tal forma que nos veamos coaccionados a hacer necesariamente el bien o el mal. Esto es lo que piensan aquellos que dicen que el curso y los movimientos de los astros son la causa de lo que los hombres hacen, tanto en las cosas que suceden fuera de nuestra libertad de opción como en las que están bajo nuestra potestad.

En cambio, no está claramente determinado en la doctrina de la Iglesia si el alma se propaga mediante el semen, de suerte que su esencia y sustancia se encuentre en el mismo semen corporal, o bien tenga otro origen por generación o sin ella, o si es infundida en el cuerpo desde fuera...²⁵

Inestabilidad radical de las criaturas racionales.

Las naturalezas racionales fueron creadas en un comienzo... y por el hecho de que primero no existían y luego pasaron a existir, son necesariamente mudables e inestables, ya que cualquier virtud que haya en su ser no está en él por su propia naturaleza, sino por la bondad del creador. Su ser no es algo suyo propio, ni eterno, sino don de Dios, ya que no existió desde siempre; y todo lo que es dado, puede también ser quitado o perdido. Ahora bien, habrá una causa de que las naturalezas racionales pierdan (los dones que recibieron), si el impulso de las almas no está dirigido con rectitud de la manera adecuada. Porque el creador concedió a las inteligencias que había creado el poder optar libre y voluntariamente, a fin de que el bien que hicieran fuera suyo propio, alcanzado por su propia voluntad. Pero la desidia y el cansancio en el esfuerzo que requiere la guarda del bien, y el olvido y descuido de las cosas mejores, dieron origen a que se apartaran del bien: y el apartarse del bien es lo mismo que entregarse al mal, ya que éste no es más que la carencia de bien... Con ello, cada una de las inteligencias, según descuidaba más o menos el bien siguiendo sus impulsos, era más o menos arrastrada a su contrario, que es el mal. Aquí parece que es donde hay que buscar las causas de la variedad y multiplicidad de los seres: el creador de todas las cosas aceptó crear un mundo diverso y múltiple, de acuerdo con la diversidad de condición de las criaturas racionales...²⁶

Sentido genérico de “Adán.”

La palabra “Adán” significa en hebreo “hombre,” y cuando Moisés nos cuenta la historia de Adán en realidad nos está dando una explicación de la naturaleza del “hombre,” “Todos mueren en Adán” (1 Cor 15:24), y todos fueron condenados “a semejanza del pecado de Adán” (Rom 5:14): estas expresiones inspiradas no se refieren a un hombre concreto, sino a toda la raza humana. En efecto, la maldición que cae sobre Adán, que en el relato bíblico es referida a un solo hombre, es en realidad común a todos los hombres; y la expulsión del hombre del paraíso, vestido con “túnica de pieles,” tiene un significado místico y oculto, más sublime que el del mito de Platón en el que el alma pierde sus alas y anda zarandeada hasta que llega a encontrar la tierra sólida (cf. Plat. Fedr. 24:6).²⁷

Pecado original.

Cuando el Apóstol habla de “este cuerpo de pecado” (Rom 6:6), se refiere a este cuerpo nuestro, y quiere decir lo mismo que dijo David de sí mismo: “Fui concebido en pecado, y en pecado me concebió mi madre” (Sal 50:5)... Y en otro lugar el Apóstol llama a nuestro cuerpo “cuerpo de humillación” (Flp 3:21), y en otro dice que el Salvador vino “a semejanza de la carne de pecado” (Rom 8:3)... mostrando que nuestra carne es carne pecadora, mientras que la de Cristo es “semejante” a la carne pecadora, ya que Cristo no fue concebido mediante semen humano... Nuestro cuerpo es, pues, cuerpo de pecado, ya que Adán, como dice la Escritura, no se unió con

Eva, su mujer, para engendrar a Caín sino después de haber pecado... “Nadie está libre de pecado, ni aun el que no ha vivido más de un día” (Job 14:4-5, según los LXX)... Por esta causa, la Iglesia ha recibido de los apóstoles la tradición de bautizar a los niños. Los apóstoles, en efecto, recibieron los secretos de los misterios divinos, y sabían que había en toda la humanidad manchas innatas de pecado que tenían que ser lavadas por el agua y por el Espíritu. Por causa de estas manchas es llamado nuestro cuerpo “cuerpo de pecado,” y no, como pretenden los que admiten la transmigración de las almas de un cuerpo a otro, a causa de los pecados que el alma hubiera cometido mientras se hallaba en otro cuerpo...²⁸

“La muerte reinó desde Adán hasta Moisés sobre aquellos que pecaron a semejanza de la transgresión de Adán (Rom 5:14). Porque la muerte entró en el mundo y pasó a todos, pero no reinó sobre todos. En efecto, el pecado pasó incluso a los justos, y los contaminó, por así decirlo, con un leve contagio: en cambio, tiene pleno dominio sobre los pecadores, es decir” sobre los que se someten al pecado con total entrega... Pero cuando dice el Apóstol que “la muerte reinó sobre los que pecaron,” no me parece a mí (a no ser que haya aquí una alusión a algún misterio) que se refiera a un grupo especial de individuos sobre los cuales (únicamente) habría reinado la muerte. Ciertamente puede ser que en aquel período (desde Adán hasta Moisés) hubiera algunos que obraron de la misma manera como había obrado Adán en el paraíso, donde según narra la Escritura, tomó fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal, se sintió avergonzado de su desnudez, y fue arrojado del paraíso en el que habitaba. Pero yo creo que el Apóstol quiere decir simplemente... que todos los que nacieron del trasgressor Adán tienen en sí mismos una transgresión semejante, recibida no sólo con su linaje, sino con su enseñanza. En efecto, todo el que nace en este mundo recibe de sus padres no sólo su ser, sino también sus primeras impresiones, siendo no sólo hijo, sino también discípulo de pecadores. Con todo, cuando uno Hega a adulto y es libre para seguir sus inclinaciones, entonces cada uno o bien “camina por el mismo camino de sus padres....” (1 Re 15:26), o bien camina “por el camino del Señor su Dios” (Rom 5:18).²⁹

Todo el que viene a este mundo viene afectado por una especie de contaminación, como dice Job (14:4-5, según los LXX). Por el hecho de que uno se encuentre en el vientre de su madre y de tener como principio material de su cuerpo el semen de su padre, uno ha de tenerse por contaminado a partir de su padre y de su madre... Así pues, todo hombre está manchado en su padre y en su madre, y únicamente mi Señor Jesús llegó a nacer sin pecado, ya que él no fue contaminado en su madre, pues entró en un cuerpo-que no estaba manchado.³⁰

Toda alma tiene la facultad de optar libremente, y así puede obrar todo bien. Pero esta buena cualidad de la naturaleza humana ha sido estropeada a causa de la transgresión, con la que vino una inclinación á lo vergonzoso o a la soberbia.³¹

Pecado original, bautismo y consumación escatológica.

Los que han seguido al Salvador estarán sentados sobre doce tronos juzgando a las doce tribus de Israel: **este poder lo recibirán en el tiempo de la resurrección de los muertos.** Ésta es la regeneración (*palingenesia*) que constituye el nuevo nacimiento, cuando serán creados el cielo nuevo y la tierra nueva para aquellos que se han renovado, y cuando se dará la nueva alianza y su cáliz. El preámbulo de esta regeneración es lo que Pablo llama el lavatorio de la regeneración, y la nueva condición que resulta de este baño de la regeneración en lo que se refiere a la renovación del espíritu. Porque, sin duda, en la generación nadie está libre de pecado, ni aun cuando su vida no alcance más de un día, a causa del misterio de nuestra generación, según la cual cada uno al nacer puede hacer suyas las palabras de David: “He aquí que he sido concebido en la iniquidad” (Sal 50:5) Mas en la regeneración por el agua, todo hombre que ha sido engen-

drado desde lo alto en el agua y en el espíritu, estará libre de pecado y — me atrevo a decir — puro, al menos “en espejo y en enigma” (1 Cor 13:12). Pero en la otra generación, cuando el Hijo del Hombre estará sentado sobre el trono de su gloria, todo hombre que haya alcanzado esta regeneración en Cristo estará absolutamente limpio de pecado en el momento de la comprobación; y a esta regeneración se llega pasando por el lavatorio de la regeneración... En la regeneración por el agua somos sepultados con Cristo: **en la regeneración del fuego y del Espíritu, somos hechos iguales al cuerpo de la gloria de Cristo**, estamos sentados en el trono de su gloria, y seremos los que estemos sentados en los doce tronos, al menos si, habiéndolo dejado todo de una manera especial por el bautismo, le hemos seguido...³²

Gratuidad de los dones de Dios.^{32a}

Es propio de la bondad de Dios el superar con sus beneficios al que es beneficiado, anticipándose al que habrá de ser digno y otorgándole la capacidad aun antes de que se haga digno de ella, de suerte que con esta capacidad llegue a hacerse digno; sin que sea absolutamente necesario que haya que ser digno para llegar a ser capaz, ya que Dios se anticipa, y da graciosamente, y previene con sus dones.³³

Predestinación y libertad.

En cierto lugar el Apóstol no toma en cuenta lo que toca a Dios respecto a que resulten “vasos de honor o de deshonor,” sino que todo lo atribuye a nosotros diciendo: “Si uno se purifica a sí mismo será un vaso de honor, santificado y útil a su señor, preparado para toda obra buena” (2 Tim 2:21). En cambio en otro lugar no toma en cuenta lo que toca a nosotros, sino que todo parece atribuirlo a Dios diciendo: “El alfarero es libre para hacer del barro de una misma masa ya un vaso de honor ya uno de deshonor” (Rom 9:21). No puede haber contradicción entre estas expresiones del mismo Apóstol, sino que hay que conciliarias y hay que llegar con ellas a una interpretación que tenga pleno sentido: Ni lo que está en nuestro poder lo está sin el conocimiento de Dios, ni el conocimiento de Dios nos fuerza a avanzar si por nuestra parte no contribuimos en nada hacia el bien; ni nadie se hace digno de honor o de deshonor por sí mismo sin el conocimiento de Dios y sin haber agotado aquellos medios que están en nuestra mano, ni nadie se convierte en digno de honor o de deshonor por obra de solo Dios, si no es porque ofrece contó base de tal diferenciación el propósito de su voluntad que se inclina hacia el bien o hacia el mal.³⁴

La justificación: fe y obras.

Así como se dice de la fe que “le fue contada para la justicia,” (Rom 4:9) seguramente preguntaréis si se puede decir lo mismo de las demás virtudes, es decir, si la misericordia puede serle contada a uno para la justicia, o la sabiduría, o la inteligencia, o la bondad, o la humildad; y también si la fe es contada para la justicia a todo creyente. Si consideramos las Escrituras, no hallo que en todos los creyentes la fe sea contada para la justicia... y pienso que algunos creyentes no tuvieron, como se nos dice que tuvo Abraham, aquella perfección de la fe y aquella iteración de actos de fe que hacen a uno merecedor de que le sea contada para la justicia. San Pablo dice: “Para el hombre que se afana por una recompensa, ésta no se le cuenta como don gratuito, sino como deuda. En cambio, para el hombre que no se entrega a sus obras, sino que se fía de aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta para la justicia” (Rom 4:4). Con esto parece que muestra san Pablo que por la fe encontramos gracia en aquel que justifica, mientras que por las obras encontramos justicia en aquel que da la recompensa. Sin embargo, cuando considero mejor

el sentido manifiesto del pasaje en el que el Apóstol dice que la recompensa es debida al que se entrega a las obras, no puedo acabar de persuadirme de que pueda obra alguna que pueda exigir como debida una recompensa parte de Dios, ya que la misma posibilidad de obrar, de pensar de hablar nos viene por don generoso de Dios. ¿Cómo puede Dios estar en deuda con nosotros, si ya desde un comienzo nos ha dejado él en deuda con él? ³⁵

Podría tal vez pensarse que lo que se dice que viene por la fe ya no es un don gratuito, pues la fe es un obsequio del hombre que merece la gracia de Dios. Sin embargo, oye lo que enseña el Apóstol: Cuando enumera los dones del Espíritu, que según él son dados a los creyentes “según la medida de su fe” (1 Cor 12:7), afirma también allí que, entre otros, el don de la fe es un don del Espíritu Santo. Dice, en efecto, entre otras cosas, a este respecto que “a otro le es dada la fe por el mismo Espíritu,” mostrando con ello que aun la fe es dada por gracia. En otro lugar enseña la misma doctrina: “Porque os ha sido dado a vosotros, no sólo la fe en Cristo, sino el poder sufrir por él” (Flp 1:29). Una alusión a esta misma doctrina la encontramos también en el evangelio, cuando los apóstoles piden al Señor: “Aumenta nuestra fe” (cf. Lc 17:5): con esto reconocen ellos que la fe que procede del hombre no puede ser perfecta si no tiene como complemento la fe que viene de Dios... Hasta la fe con la que parece que nosotros creemos en Dios ha de ser confirmada en nosotros por un don de gracia.³⁶

La libertad y la gracia.

(La salvación) “no es resultado de la voluntad o del esfuerzo del hombre, sino de la misericordia de Dios” (Rom 9:16). Replican los objetores: si es así, nuestra salvación no depende en manera alguna de nosotros, sino que es algo propio de nuestra manera de ser cuya responsabilidad está en el creador, o al menos proviene de la decisión suya de mostrarse misericordioso cuando le parezca... “Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Sal 127:1). La intención de estas palabras no es de apartarnos del esfuerzo por edificar, o de aconsejarnos abandonar toda vigilancia y cuidado de la ciudad que es nuestra alma... Estaremos en lo correcto si decimos que un edificio es la obra de Dios más que del constructor, y que la salvaguardia de la ciudad ante un ataque enemigo es más obra de Dios que de los guardas. Pero cuando hablamos así, damos por supuesto que el hombre tiene su parte en lo que se lleva a cabo, aunque lo atribuimos agradecidos a Dios que es quien nos da el éxito. De manera semejante, el hombre no es capaz de alcanzar por sí mismo su fin... Éste sólo puede conseguirse con la ayuda de Dios, y así resulta ser verdadero que “no es resultado de la voluntad o esfuerzo del hombre....” No conseguiremos nuestra perfección si permanecemos sin hacer nada; sin embargo, no conseguiremos la perfección por nuestra propia actividad. Dios es el agente principal para llevarla a cabo... Podemos explicarlo con un ejemplo tomado de la navegación. En una navegación feliz, la parte que depende de la pericia del piloto es muy pequeña comparada con los influjos de los vientos, del tiempo, de la visibilidad de las estrellas, etc. Los mismos pilotos de ordinario no se atreven a atribuir a su propia diligencia la seguridad del barco, sino que lo atribuyen todo a Dios. Esto no quiere decir que no hayan hecho su contribución: pero la providencia juega un papel infinitamente mayor que la pericia humana. Algo semejante sucede con nuestra salvación. “La voluntad y la realización proceden de Dios” (Flp 2:13). Si esto es así, dicen algunos, Dios es el responsable de nuestra mala voluntad y nuestras malas obras, y nosotros no tenemos verdadera libertad; y, por otra parte, dicen, no hay mérito alguno en nuestra buena voluntad y nuestras buenas obras, ya que lo que nos parece nuestro es ilusión, siendo en realidad imposición de la voluntad de Dios, sin que nosotros tengamos verdadera libertad. A esto se puede responder observando que el Apóstol no dice que el querer el bien o el querer el mal proceden de Dios, sino simple-

mente que el querer en general procede de Dios... Así como nuestra existencia como animales o como hombres procede de Dios, así también nuestra facultad de querer en general, o nuestra facultad de movernos. Como animales, tenemos la facultad de mover nuestras manos o nuestros pies, pero no sería exacto decir que cualquier movimiento particular, por ejemplo de matar, de destruir o de robar, procede de Dios. La facultad de movernos nos viene de él, pero nosotros podemos emplearla para fines buenos o malos. Así también, nos viene de Dios el querer y la capacidad de llevar a cabo, pero podemos emplearla para fines buenos o malos.³⁷

El mal y la providencia.

Por medio de una nueva restauración quiere Dios ir reparando constantemente lo defecuoso. Cuando creó el universo, ordenó todas las cosas de la manera mejor y más firme: sin embargo le fue necesario aplicar como cierto tratamiento médico a los que están enfermos por el pecado, y a todo el mundo que está como mancillado con él. Nada ha sido o será descuidado por Dios, el cual, en cada ocasión hace lo que tiene que hacer en un mundo móvil y cambiante. Así como el labrador en las distintas épocas del año hace distintas labores agrícolas sobre la tierra y sobre lo que en ella crece, así Dios tiene cuidado de edades enteras como si fueran, por así decirlo, años, haciendo en cada una de ellas lo que se requiere según lo que razonablemente conviene para bien del todo; lo cual es comprendido con máxima penetración y llevado a cabo únicamente por Dios, en quien está la verdad.

Celso propone cierto argumento acerca del mal, a saber que aunque algo te parezca a ti ser un mal, no por ello está claro que lo sea: porque no sabes lo que conviene para ti, o para otro, o para conjunto del universo. Este argumento manifiesta cierta prudencia, pero sugiere que los males por su naturaleza no son absolutamente reprobables por cuanto puede ser conveniente para el todo lo que se piensa ser malo para algunos individuos. Sin embargo para que nadie interprete mal esta opinión y busque en ella una excusa para hacer el mal, pretendiendo que su maldad es, o al menos puede ser, beneficiosa para el conjunto, hay que decir que aunque Dios respeta nuestra libertad individual y es capaz de hacer uso de la malicia de los malos para el orden del conjunto, ordenándolos a la utilidad del universo, con todo no es menos reprobable el que está en esta disposición, y como tal ha tenido que ser reducido a un servicio detestable desde el punto de vista del individuo, aunque resulte beneficioso para el todo.

Es como si en una ciudad en que uno ha cometido determinados crímenes y ha sido condenado por ellos a hacer determinados trabajos de utilidad pública, afirmase alguno que ese tal hace algo beneficioso para el conjunto de la ciudad al estar sometido a un trabajo abominable, al que no quisiera someterse nadie que tuviera un mínimo de inteligencia.

Ya el apóstol Pablo nos enseña que aun los más perversos contribuyen en algo al bien del conjunto, aunque en sí mismos se ocupen en cosas detestables. Pero los mejores son los más útiles al todo, y por ello, por mérito propio son colocados en la mejor posición. Dice: "En una gran casa no hay sólo vasos de oro y de plata, sino también de madera y de arcilla: y unos son para honor, otros para deshonor. Así pues, si uno se purifica a sí mismo será un vaso para honor, santificado y útil a su dueño, estando dispuesto para cualquier obra buena" (2 Tim 2:20). Creo que era necesario aducir esto para responder a aquello: "Aunque algo te parezca a ti ser un mal, no por ello está claro que lo sea: porque no saber lo que conviene para ti o para otro." No fuera que alguno tomara excusa de lo dicho aquí para pecar, con el pretexto de que con su pecado sería útil al todo.³⁸

Aun las pasiones tienen una función necesaria.

En esta arca de Noé, ya se trate de una biblioteca de libros divinos, ya del alma en cuanto es lugar de la vida moral, hay que introducir animales de todo género: no sólo los puros, sino aun los impuros. Por lo que se refiere a los animales puros, fácilmente se puede interpretar que significan la memoria, la ciencia, la inteligencia, el examen y el juicio de lo que leemos, y otras cosas semejantes. Pero lo que se refiere a los impuros, de los que se dice que iban “por parejas dobles” (Gen 6: 1) es difícil de interpretar. Sin embargo, si puede uno arriesgar una opinión en pasajes tan difíciles, yo diría que la concupiscencia y la ira, que se encuentran en todas las almas, en cuanto que cooperan al pecado del hombre son inevitablemente calificadas de impuras; pero en cuanto no podría mantenerse la prolongación de la especie sin la concupiscencia., ni podría haber enmienda ni instrucción alguna sin la ira, se califican como necesarias y dignas de conservación. Puede parecer que esta interpretación ya no se mantiene en el plano de lo moral, sino en el de la explicación física: sin embargo, hemos querido expresar todo lo que podía ofrecerse respecto a lo que ahora tratamos, con vistas a la edificación.³⁹

23. De Princ. ni, 4, 1; 24. C. Cels. VI, 63;25. De Princ. I, Praef. 5; 26. Ibid. II, 9, 2; 27. C. Cels. IV, 40; 28. Com, in Rom. 5.9; 29. Ibid. 5, I; 30. Hom. in Levit. XII, 4; 31. Com. in Cant. 3; 32. Com. in Mat.XV, 23; 33. Com. in Jo. VI, 181; 34. De Princ.III, 1, 24; 36. Ibid. 4, 5; 37. De Princ.III, 1; 38. C. Cels. IV, 69 – 70;

III. La Escritura.

La voz de Dios la oyen aquellos a quienes Dios se hace oír.

La voz celeste que proclamaba que Jesús era el Hijo de Dios diciendo: “Éste es mi Hijo amado en el cual me he complacido” (Mt 3:17), no está escrito que fuera audible a las turbas... Asimismo la voz de la nube en la montaña alta sólo fue oída de los que subieron con él. Porque la voz divina es de tal naturaleza que solo es oída a aquellos a quienes quiere hacerla oír el que habla. Y he de añadir que ciertamente la voz de Dios a que se refiere la Escritura no es una vibración del aire o una comprensión del mismo, o cualquier otra teoría que digan los tratados de acústica: por lo cual es oída por un sentido más poderoso y más divino que el sentido corporal. Y puesto que cuando Dios habla no quiere que su voz sea audible a todos, el que tiene aquel oído superior oye a Dios, pero el que tiene sordo el oído del alma no percibe nada cuando habla Dios...⁴⁰

Hay que sacar el agua del pozo de las Escrituras y del de nuestras almas.

El pueblo muere de sed, aun teniendo a mano las Escrituras, mientras Isaac no viene para abrirlas... Él es el que abre los pozos, el que nos enseña el lugar en el que hay que buscar a Dios, que es nuestro corazón... Considerad, pues, que hay sin duda dentro del alma de cada uno un pozo de agua viva, que es como un cierto sentido celeste y una imagen latente de Dios. Éste es el pozo que los filisteos, es decir, los poderes adversos, han llenado de tierra... Pero nuestro Isaac ha vuelto a cavar el pozo de nuestro corazón, y ha hecho saltar en él fuentes de agua viva... Así pues, hoy mismo, si me escucháis con fe, Isaac realizará su obra en vosotros, purificará vuestro corazón y os abrirá los misterios de la Escritura haciéndoos crecer en la inteligencia de la misma... El Logos de Dios está cerca de vosotros; mejor, está dentro de vosotros, y quita la tierra del alma de cada uno para hacer saltar en ella el agua viva... Porque tú llevas impresa en ti mismo la imagen del Rey celestial, ya que Dios, cuando en el comienzo hizo al hombre, lo hizo a su imagen y semejanza. Esta imagen no la puso Dios en el exterior del hombre, sino en su interior. Era imposible descubrirla dentro de ti estando tu morada llena de suciedad y de inmundicia. Esta fuente de sabiduría estaba ciertamente en el fondo de ti mismo, pero no podía brotar, porque los

filisteos la habían obstruido con tierra, haciendo así de ti una imagen terrestre. Pero, la imagen de Dios impresa en ti por el mismo Hijo de Dios no pudo quedar totalmente encubierta. Cada vicio la recubre con una nueva capa, pero nuestro Isaac puede hacerlas desaparecer todas, y la imagen divina puede volver a brillar de nuevo... Supliquemosle, acudamos a él, ayudémosle a cavar, peleemos contra los filisteos, escudriñemos las Escrituras: cavemos tan profundamente que el agua de nuestros pozos pueda bastar para abreviar a todos los rebaños...⁴¹

Dios nos habla como se habla a niños.

Cuando la divina Providencia interviene en los asuntos humanos, adopta las maneras de pensar y de hablar humanos. Y así como, si hablamos con un niño de dos años, usamos un lenguaje infantil, pues es imposible que, cuando se habla a los niños, éstos nos comprendan a menos que, abandonando la gravedad de las personas mayores, condescendientes con su lenguaje, del mismo modo creemos que actúa Dios cuando entra en relaciones con el linaje de los hombres, y particularmente con aquellos que son todavía niños. Bien ves cómo nosotros, adultos, cuando hablamos con los niños cambiamos hasta las palabras: nombramos el pan con una palabra que es propia de ellos, y el agua con otra, y no utilizamos las que nos sirven cuando hablamos a hombres de nuestra edad. ¿Somos acaso por esto imperfectos? Y si alguien nos oye hablar de este modo con los niños, ¿crees que dirá: este viejo está chiflado? Así habla Dios a los hombres-niños.⁴²

El espíritu y la letra de la ley.

Nosotros afirmamos que la ley tiene un doble sentido, el literal espiritual, lo cual fue enseñado ya por algunos de nuestros predecesores (cf. Filón, de Spec. Leg. I, 287 y passim). No somos nosotros, sino el mismo Dios hablando por uno de sus profetas quien dice que la ley en sentido literal es “juicios que no son buenos” y “mandamientos que no son buenos”; en cambio, el sentido espiritual, se dice en el mismo profeta que habla de parte de Dios, que es “juicios buenos” y “mandamientos buenos.” El profeta no se contradice patentemente en un mismo pasaje, sino que el mismo Pablo, de acuerdo con esto, dijo que “la letra,” que equivale al sentido literal, mata, pero el “espíritu” que es lo mismo que decir el sentido espiritual, vivifica. (Cf. Ez 20:25; 2 Cor 3:7). En efecto, se puede hallar en Pablo algo semejante a lo que algunos piensan que es contradictorio en el profeta. Así, Ezequiel dice en un lugar: “Les di juicios que no eran buenos y mandamientos que no eran buenos, por lo cual no podrán tener vida en ellos,” y en otro lugar: “Les di juicios buenos y mandamientos buenos, por lo cual tendrán vida en ellos.” Así también Pablo, cuando quiere atacar el sentido literal de la ley dice: “Si el ministerio de la muerte, grabado con letras en las piedras se hizo con gloria, hasta el punto de que los hijos de Israel no podían mirar al rostro de Moisés a causa de la gloria de aquel rostro, que tenía que desvanecerse, ¿cómo no será más glorioso el ministerio del espíritu?” (2 Cor 3:7). Pero cuando se pone a admirar y a aceptar la ley, la llama espiritual diciendo: “Sabemos que la ley es espiritual” (Rom 7:14); y la acepta con estas palabras: “De suerte que la ley es santa, y el mandamiento es santo y justo y bueno” (Rom 7:12).

Así pues, si la letra de la ley promete riquezas a los justos, Celso, según la letra que mata, piensa que la promesa se refiere a la ciega riqueza. Pero nosotros lo entendemos de la riqueza que mira a lo profundo, según la cual se enriquece uno “en toda inteligencia y en toda sabiduría” (1 Cor 1: 5), según aquello que recomendamos: “Los ricos en este mundo no piensen altivamente ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios que da opulentamente todas las cosas para que gocemos de ellas, para que hagamos el bien, para que seamos ricos en

obras buenas, dispuestos a distribuir y a compartir” (1 Tim 6:17). Igualmente, según Salomón, el que es rico en bienes verdaderos “es rescate del alma de un hombre,” mientras que la pobreza contraria es perniciosa, y “el que es pobre con ella no resiste una amenaza” (Prov 13:8).

La eficacia de la palabra divina depende no tanto de la artificiosidad del estilo cuanto de la gracia de Dios y de la voluntad de recibirla.

Nos acusan de que la Escritura está en un estilo pobre, que queda oscurecido frente a la brillantez de una buena composición literaria. Porque nuestros profetas, Jesús y sus apóstoles, se preocuparon de una forma de evangelizar que no sólo contuviera la verdad, sino que fuera capaz de atraer a la multitud. Cada uno, después de su conversión y de su admisión puede ascender según su capacidad propia a las verdades ocultas expresadas en un estilo que parece pobre. Y aun me atrevo a decir que el bello y trabajado estilo de Platón y de otros semejantes beneficia sólo a unos pocos, si es que beneficia a alguno; mientras que el estilo de muchos que enseñan y escriben de una manera más sencilla, práctica y adecuada a lo que pretenden, beneficia a muchos más. Al menos podemos ver que Platón se encuentra sólo en las manos de los que pasan por eruditos, mientras que Epicteto es admirado por toda clase de hombres, que se sienten atraídos a aprovecharse de él al experimentar cómo con sus palabras pueden mejorar sus vidas.

No digo esto con ánimo de atacar a Platón, del cual gran número de hombres han sacado beneficio, sino para explicar el sentido de los que dicen: “Mi palabra y mi predicación no son con palabras persuasivas por su sabiduría, sino con la demostración de espíritu y de poder, a fin de que nuestra fe no se funde en la sabiduría de hombres sino en el poder de Dios” (1 Cor 2:4). La escritura divina dice que la palabra, aunque sea en sí verdadera y sumamente creíble, no es suficiente para arrastrar al alma humana. Si el que habla no recibe un cierto poder de Dios y no se infunde en lo que dice una gracia que no se da a los que predicen eficazmente, si no es por concurso de Dios. Porque dice el profeta en el salmo 67 que “el Señor dará la palabra a los que evangelizan con un gran poder.”

Así pues, aunque en ciertas cosas sean idénticas las opiniones de los griegos y las de los que creen nuestras doctrinas, no por ello tienen el mismo poder para arrastrar las almas y confirmarlas en estas doctrinas. Por esto los discípulos de Jesús, que eran ignorantes en lo que se refiere a la filosofía griega, recorrieron muchas naciones de todo el mundo, influyendo en cada uno de los oyentes de acuerdo con el designio del Logos según sus méritos: y se hacían hombres mucho mejores, en proporción a la libre inclinación de cada uno para recibir el bien.⁴⁴

El Antiguo Testamento, boceto del Nuevo.

Nosotros, los que somos de la Iglesia, recibimos a Moisés con sobrada razón, y leemos sus escritos, pensando que él, como profeta a quien Dios se ha revelado, ha descrito en símbolos, alegorías y figuras los misterios futuros, que nosotros enseñamos que se han cumplido a su tiempo. El que no comprenda esto en este sentido, ya sea judío o de los nuestros, no puede ni siquiera mantener que Moisés sea profeta. ¿Cómo podrá mantener que es profeta aquel cuyas obras dice que son comunes, sin conocimiento del futuro y sin ningún misterio encubierto? La ley, pues, y todo lo que la ley contiene, es cosa inspirada, según la sentencia del Apóstol, hasta que llegue el tiempo de la enmienda, y tiene una función semejante a lo que hacen los que modelan estatuas de bronce, fundiéndolas: antes de sacar a luz la obra verdadera, de bronce, de plata o de oro, empiezan por hacer un boceto de arcilla, que es una primera figura de la futura estatua. Este esbozo es necesario, pero sólo hasta que se ha concluido la obra real. Una vez terminada la obra en vistas a la cual fue hecho el boceto, se considera que éste ya no tiene utilidad. Considera que hay algo de esto en las cosas que han sido escritas o hechas en símbolos o figuras de las cosas futuras, en la

ley o en los profetas. Cuando llegó el artista en persona, que era autor de todo, trasladó la ley que contenía la sombra de los bienes futuros a la estructura misma de las cosas...⁴⁵

Pablo y el Evangelio nos enseñan cómo interpretar el A.T.

El apóstol Pablo, doctor de las gentes en la fe y en la verdad, transmitió a la Iglesia que él congregó de los gentiles, cómo tenía que haberse con los libros de la ley que ella había recibido de otros y que le eran desconocidos y sobremanera extraños, de forma que, al recibir las tradiciones de otros y no teniendo experiencia de los principios de interpretación de las mismas no anduviera sin saber qué hacer con un extraño instrumento en las manos. Por esta razón, él mismo nos da algunos ejemplos de interpretación, para que nosotros hagamos de manera semejante en otros casos. No vayamos a pensar que por usar unos escritos y unos instrumentos iguales a los de los judíos, somos discípulos de los judíos. En esto quiere él que se distingan los discípulos de Cristo de los de la Sinagoga: en que mostremos que la ley, por cuya mala inteligencia ellos no recibieron a Cristo, fue dada con buena razón a la Iglesia para su instrucción mediante el sentido espiritual.

Porque los judíos sólo entienden que los hijos de Israel salieron de Egipto, y que su primera salida fue de Remeses, y que de allí pasaron a Socot, y de Socot pasaron a Otom, en Apauleo, junto al mar. Finalmente allí les precedía la nube, y les seguía la piedra de la cual bebían el agua, y pasaron el mar Rojo, y llegaron al desierto del Sinaí. Ahora veamos el modelo de interpretación que nos dejó para nosotros el apóstol Pablo: escribiendo a los Corintios en cierto lugar (1 cor 10:1-4) dice: "Sabemos que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos fueron sumergidos por Moisés en la nube, y en el mar, y todos comieron del mismo manjar espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual: porque bebían de la piedra espiritual que les seguía, la cual piedra era Cristo." ¿Veis cuan grande es la diferencia entre la historia literal y la interpretación de Pablo? Lo que los judíos conciben como una travesía del mar, Pablo lo llama bautismo; lo que ellos piensan que es una nube, Pablo dice que es el Espíritu Santo, y quiere que veamos su semejanza con aquello que el Señor manda en el Evangelio cuando dice: "Si uno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos" (Jn 3:5). Asimismo el maná, que los judíos tomaban como manjar para el vientre y para saciar su gula, es llamado por Pablo "manjar espiritual." Y no sólo Pablo, sino que el mismo Señor en el Evangelio dice: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron, Pero el que coma del pan que yo le doy no morirá jamás" (Jn 6: 49). Y luego dice: "Yo soy el pan que descendí de cielo." Pablo habla después de "la piedra que les seguía," y afirma claramente que "la piedra era Cristo." ¿Qué hemos de hacer, pues, nosotros, que hemos recibido estas lecciones de interpretación de Pablo, el maestro de la Iglesia? ¿No parece justo que estos principios que se nos dan los apliquemos también en casos semejantes? No podemos dejar, como quieren algunos, lo que nos legó este apóstol tan grande y tan insigne, para volver a las fábulas judaicas. A mí me parece que apartarse del método de exposición de Pablo es entregarse a los enemigos de Cristo; esto es precisamente lo que dice el profeta: "Ay del que da a beber a su prójimo de una mezcla turbia" (Hab 2: 15). Así pues, tomando de san Pablo apóstol la semilla del sentido espiritual, procuremos cultivarla en cuanto el Señor, por vuestras oraciones, se digne iluminarnos.⁴⁶

La Escritura es el pan que el Señor multiplica por medio de sus intérpretes.

Considera cómo el Señor en el Evangelio rompe unos pocos panes y alimenta a millares de hombres y cómo quedan tantas canastas de sobras (Mt 14:19ss). Mientras los panes están enteros, nadie se sacia con ellos, nadie se alimenta, ni los mismos panes se multiplican. Considera,

pues, ahora cómo nosotros rompemos unos pocos panes: tomamos unas pocas palabras de las Escrituras divinas, y son milés de hombres los que con ellas se sacian. Pero si estos panes no hubiesen sido partidos, si no hubiesen sido rotos a pedazos por los discípulos, es decir si la letra de la Escritura no hubiese sido partida y discutida a pequeños pedazos, su sentido no hubiera podido llegar a toda la multitud. En cambio, en cuanto la tomamos en nuestras manos y discutimos cada punto en particular, entonces las turbas comen de ella cuanto pueden. Lo que no pueden comer hay que recogerlo y guardarlo “para que no se pierda” (Jn 6:12). Así nosotros, lo que las turbas no pueden coger, lo guardamos y lo recogemos en cestos y canastas. No hace mucho, cuando desmenuzábamos el pan en lo referente a Jacob y Esaú, ¿cuántos pedazos sobraron de aquel pan? Todos los recogimos con diligencia, para que no se perdieran, y los guardamos en cestos y canastas hasta que veamos qué manda el Señor que hagamos con ellos.

Pero ahora comamos los panes y saquemos agua del pozo, todo lo que podamos. Procuraremos también hacer aquello que nos recomienda la Sabiduría cuando dice: “Bebe agua de tus propias fuentes y de tus pozos, y sea tu fuente tuya propia” (Prov 5:18). Procura tú que me oyes tener tu propio pozo y tu propia fuente, de suerte que, cuando tomas el libro de las Escrituras, comiences a sacar alguna inteligencia por ti mismo, y de acuerdo con lo que aprendiste en la iglesia, intenta beber en la fuente de tu Propio ingenio. Dentro de ti hay un agua viva natural, unas venas de agua permanentes, las corrientes que fluyen del entendimiento racional, al menos mientras no quedan obstruidas por la tierra y los escombros. Lo que tienes que hacer es cavar la tierra y quitar la suciedad, es decir, arrojar la pereza de tu inteligencia y la somnolencia de tu corazón. Oye lo que dice la Escritura: “Aprieta el ojo, y derramará una lágrima; aprieta el corazón y alcanzarás sabiduría” (Eclo 12:19). Procura, pues, limpiar también tú tu inteligencia, para que alguna vez puedas llegar a beber de tus propias fuentes, y puedas sacar agua viva de tus pozos. Porque si has recibido en ti la palabra de Dios, si has recibido y guardado con fidelidad el agua viva que te dio Jesús, se hará en ti “una fuente de agua que brota hasta la vida eterna” (Jn 4:14) en el mismo Jesucristo, nuestro Señor, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.⁴⁷

De la negligencia en oir la palabra de Dios.

“Isaac, dice la Escritura, crecía y se fortalecía” (Gen 21:8), es decir, crecía el gozo de Abraham cuando miraba “no lo que se ve, sino lo que no se ve” (2 Cor 4:18) pues no se gozaba Abraham con los presentes, ni con las riquezas del mundo, ni con las hazañas del siglo. ¿Quieres saber con qué se alegraba Abraham? Oye al Señor hablando a los judíos: “Vuestro padre Abraham deseó ver mi día y se alegró” (Jn 8:56). Con esto, pues, crecía Isaac, con lo que proporcionaba a Abraham aquella visión con la que veía el día de Cristo, y se amontonaba el gozo en aquella esperanza que hay en él. Y ojalá que vosotros os convirtierais en Isaac, y fuerais gozo de vuestra madre la Iglesia. Pero me temo que la Iglesia pare todavía a sus hijos con tristeza y con gemidos: porque ¿acaso no está triste y no gime cuando vosotros no acudís a oír la palabra de Dios, y apenas os llegáis a la iglesia en los días de fiesta, y aun esto no tanto por deseo de la palabra cuanto por gana de fiesta y en busca de un cierto recreo en común? ¿Qué haré yo, que tengo confiada la distribución de la palabra? Pues, aunque soy “siervo inútil” (Lc 7:10) fui encargado por el Señor de la distribución de la medida de trigo a la familia del Señor.” ¿Qué he de hacer? ¿Dónde y cuándo puedo encontrar vuestro tiempo? La mayor arte de él, y aun casi todo, lo gastáis en ocupaciones mundanas, parte en el foro, parte en los negocios; uno se entrega a sus tierras, otro a sus pleitos, pero nadie, o muy pocos, se entregan a oír la palabra de Dios. Pero, ¿por qué os reprendo por vuestras ocupaciones? ¿Por qué me quejo de los ausentes? Aun los que

venís y permanecéis en la Iglesia, no estáis atentos, y según vuestra costumbre os entretenéis con las fábulas comunes, y volvéis la espalda a la palabra de Dios o a las lecturas sagradas. Temo que el Señor no os diga lo que fue dicho por el profeta: “Volvieron a mí sus espaldas, y no sus rostros” (Jer 18:17). ¿Qué tengo que hacer, pues, yo, a quien se ha confiado el ministerio de la palabra? Porque lo que se lee tiene un sentido místico, y se ha de explicar por los misterios de la alegoría. ¿Puedo meter en oídos sordos y mal dispuestos las “piedras preciosas” (Mt 7:6), de la palabra de Dios? No lo hizo así el Apóstol, sino que mira lo que dice: “Los que leéis, no oís la ley: porque Abraham tuvo dos hijos...,” a lo que añade: “cosas que tienen un sentido alegórico” (Gal 4:21). ¿Acaso revela los misterios de la ley a aquellos que ni leen ni oyen la ley?

Aun a los que leían la ley les decía: “No oís la ley.” ¿Cómo, pues, podré declarar y explicar los misterios y alegorías de la ley que hemos aprendido del Apóstol a aquellos que no tienen experiencia ni de la audición ni de la lectura de la ley? Tal vez os parezca que soy demasiado duro, pero no puedo andar “untando las paredes” (Ez 13:14) que se derrumban. Temo lo que está escrito: “Pueblo mío, los que os felicitan os seducen y confunden las sendas de vuestros pies” (Is 3:12). “Os amonesto como a hijos carísimos” (1 Cor 4:14). Me admiro de que no hayáis llegado a conocer todavía el camino de Cristo, de que ni siquiera hayáis oído que no es “ancho y espacioso,” sino que “estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida” (Mt 7:13). Así pues, vosotros entrad por “la puerta estrecha” y dejad la holgura para los que van a la perdición. “Precedió la noche, sobrevino el día”; “caminad como hijos de la luz...” (Rom 13:12).

Consideremos lo que se nos acaba de leer: “Rebeca iba con las hijas de la ciudad a sacar agua del pozo” (Gen 24:16). Rebeca iba todos los días a los pozos, todos los días sacaba el agua. Y porque todos los días iba a los pozos, por esto pudo ser hallada por el mozo de Abraham y pudo arreglarse su matrimonio con Isaac. ¿Piensas que esto son fábulas y que el Espíritu Santo cuenta cuentos en las Escrituras? Hay aquí una enseñanza para las almas y una doctrina espiritual, que te instruye y te enseña a ir todos los días a los pozos de las Escrituras, a las aguas del Espíritu Santo,⁴ para que saques siempre y te lleves a casa una vasija llena, como hacía la santa Rebeca, la cual no se habría podido casar con tan gran patriarca como Isaac — que era nacido de la promesa (Gal 4:23), — sino viniendo por agua y sacándola en tanta cantidad que pudiera saciar no sólo a los de su casa, sino al mozo de Abraham; no sólo al mozo, sino que era tan abundante el agua que sacaba de los pozos que pudo abrevar a sus camellos, como dice, “hasta que dejaron de beber” (Gen 24:19). Todo lo que está escrito son misterios: porque Cristo quiere también desposarse contigo, ya que te habla por el profeta diciendo: “Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré conmigo en la fe y en la misericordia, y conocerás al Señor” (Os 2:19) Porque quiere desposarse contigo, te envía a ese mozo.

El mozo es la palabra profética: si tú primero no la recibes, no podrás desposarte con Cristo. Pero has de saber que nadie recibe la palabra profética si no se ejercita y toma experiencia de ella, es decir, si no sabe sacar el agua de lo profundo del pozo y en tanta cantidad que pueda bastar aun para aquellos que parecen irracionales y perversos, que están figurados por los camellos, de suerte que puede decir “me debo a los prudentes y a los necios” (Rom 1:14).

Así había hablado en su interior el mozo aquel: “De las doncellas que vienen por agua, la que me diga: Bebe tú y yo abrevaré a tus camellos, aquella será la esposa de mi señor” (Gen 24:14). Así Rebeca, que quiere decir “paciencia,” cuando vio al mozo y consideró la palabra profética, depuso la hidria de su hombro: a saber, depone la rígida arrogancia de la facundia griega, y se inclina a la humilde y simple palabra profética diciendo: “Bebe tú, y yo abrevaré a tus camellos” (Gen 24:14)

Así pues, si no vienes cada día a los pozos, si no sacas agua da díía, no sólo no podrás dar de beber a otros, sino que tú mismo sufrirás la sed de la palabra de Dios. Oye al Señor, que dice en el Evangelio: “El que tenga sed, que venga a mí y beba” (Jn 7:37). Pero, a lo que veo, tú “no tienes hambre ni sed de justicia” (Mt 5:6): ¿cómo podrás decir: “Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea al Señor” (Sal 41:1)? Os ruego a vosotros, los que siempre estáis entre mi auditorio, que tengáis paciencia mientras amonestamos un poco a los negligentes y perezosos. Tened paciencia, pues hablamos de Rebeca, que quiere decir paciencia. Es necesario que amonestemos con paciencia a aquellos que descuidan las reuniones y que dejan de oír la palabra de Dios, que no apetecen el “agua viva” y el “pan de vida,” que no salen de sus cuarteles ni abandonan sus “chozas de barro” para recoger el maná; que no vienen a la piedra, para beber de la “piedra espiritual, la Piedra que es Cristo,” como dice el Apóstol (1 Cor 10:4). Como digo, tened vosotros un poco de paciencia, pues mis palabras se dirigen a los negligentes y los que se encuentran mal: “Los sanos no necesitan de médico, sino los que se encuentran mal” (Lc 5:31). Decidme vosotros, los que sólo venís a la Iglesia los días de fiesta, ¿es que los demás días no son días de fiesta? ¿No son días del Señor? Es propio de los judíos observar determinadas solemnidades de tiempo en tiempo, y por eso les dice Dios que “no tolera sus neomenias y sus sábados y su día grande: vuestros ayunos y solemnidades y fiestas odia mi alma” (Is 1:13). Odia, pues, Dios, a los que piensan que un solo día es la festividad del Señor. Los cristianos comen todos los días las carnes del cordero, esto es, toman todos los días las carnes de la Palabra. “Porque Cristo ha sido inmolado como nuestra Pascua” (1 Cor 5:7). Y porque la ley de la Pascua señala que se ha de comer al atardecer, el Señor padeció en el atardecer del mundo, para que tú comas siempre las carnes de la palabra, porque estás siempre en el atardecer, hasta que venga la mañana.⁴⁸

Cristo nos abre los ojos al sentido del Antiguo Testamento.

Agar “andaba errante por el desierto con su hijo” y el niño lloraba, y lo abandonó Agar diciendo: “No vea yo la muerte de mi hijo” (Gen 21:15). Después, estando el niño abandonado a punto de morir y llorando, se acercó un ángel del Señor a Agar, “y le abrió los ojos, y vio un pozo de agua viva” (Gen 21:19). ¿Cómo puede relacionarse esto con la historia? ¿Dónde encontramos que Agar hubiera tenido los ojos cerrados, y que luego le fueran abiertos? Está más claro que la luz que aquí hay un sentido espiritual y místico. El que fue abandonado es el pueblo “según la carne,” el cual yace con hambre y sed, no con hambre “de pan, ni con sed de agua, sino con sed de la palabra de Dios” (cf. Am 8:11) hasta que se le abran los ojos a la sinagoga. Éste es el misterio de que habla el Apóstol, a saber, “que la ceguera ha caído sobre una parte de Israel hasta que la masa de los gentiles haya entrado, y entonces todo Israel será salvado” (Rom 11:24). Ésta es la ceguera de Agar, la que engendró “según la carne”; y esta ceguera permanecerá en ella hasta que “sea retirado el velo de la letra” (2 Cor 3:16) por el ángel de Dios y vea el agua viva.

Pero, nosotros mismos hemos de estar alerta, porque muchas veces también estamos echados junto al pozo de agua viva, es decir, junto a las escrituras divinas, y andamos perdidos en ellas. Tenemos los libros en las manos y los leemos, pero no alcanzamos su sentido espiritual. Por ello son necesarias las lágrimas y la oración ininterrumpida, a fin de que el Señor abra nuestros ojos, ya que a aquellos ciegos que estaban sentados en Jericó no les habrían sido abiertos los ojos si no hubiesen clamado al Señor (Mt 20:30). Pero, ¿por qué digo que se han de abrir nuestros ojos, si en realidad ya están abiertos? Porque Jesús vino efectivamente a abrir los ojos de los ciegos, y nuestros ojos han sido abiertos, y ha sido retirado el velo que tapaba la letra de la ley. Pero temo que nosotros los volvemos a cerrar de nuevo con un sueño profundo, porque no vigilamos ni andamos solícitos de alcanzar la inteligencia espiritual, ni sacudimos el sueño de nues-

etros ojos, ni contémpla las cosas espirituales a fin de que no nos encontremos, como el pueblo carnal, puestos junto a las mismas aguas y perdidos. Todo lo contrario: andemos despiertos, y digamos con el profeta: “No daré sueño a mis ojos, ni dejaré descansar a mis párpados, ni reposaré mi cabeza, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob” (Sal 132:4). A él sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.⁴⁹

El Antiguo Testamento no es todavía Evangelio, como tampoco la mera narración histórica de lo que Cristo hizo; pero sí la exhortación a creer en él.

El Antiguo Testamento no es “evangelio” (buena nueva), porque no muestra al que había de venir, sino que lo anuncia; en cambio, todo el Nuevo Testamento es evangelio, porque no sólo dice como al comienzo del evangelio: “Aquí está el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo” (Jn 1:29), sino que contiene diversas alabanzas y enseñanzas de aquel por quien el Evangelio es evangelio. Más aún: puesto que Dios puso en la Iglesia apóstoles, profetas y evangelistas como pastores y maestros (cf. 1 Cor 12:28), si investigamos cuál es la misión del evangelista, veremos que no es precisamente la de narrar de qué manera el Salvador curó al ciego de nacimiento, o resucitó a un muerto maloliente o hizo cualquier otro prodigo, y no tendremos dificultad en admitir que, siendo lo característico del evangelista la palabra que exhorta a tener fe en lo que se refiere a Jesús, se pueden también llamar en cierta manera evangelio los escritos de los apóstoles... El evangelio es las primicias de toda la Escritura: y yo presento como primicia de los trabajos que espero llevar a cabo, este trabajo sobre las primicias de la Escritura.

Un evangelio es un discurso (*logos*) que contiene el enunciado de cosas que han de alegrar razonablemente al que las oye, por que le han de procurar un beneficio si recibe lo que se le anuncia. Tal discurso no es menos evangelio (buena nueva) porque requiera además ciertas disposiciones en aquel que lo oye. O también, un evangelio es un discurso que comporta la presencia de un bien para el que lo acepta con fe, o un discurso que anuncia la presencia de un bien esperado. Todas las definiciones dichas cuadran bien con nuestros evangelios escritos. Porque cada uno de los evangelios es un conjunto de anuncios útiles al que los acepta con fe y no los interpreta mal: ellos reportan beneficios, y proporcionan una alegría razonable, pues enseñan que por los hombres ha venido Jesucristo, el primogénito de toda la creación (Col 1:15), para ser su Salvador. Está claro para todo el que cree que cada evangelio es un discurso que enseña la venida del Padre de bondad en el Hijo, para todos los que quieran recibirla. Y no hay duda de que por estos libros se nos anuncia un bien esperado: porque puede decirse que Juan Bautista habla por la voz de todo el pueblo cuando envía a decir a Jesús: “Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro” (Mt 11:3). Cristo era el bien que el pueblo esperaba, anunciado por los profetas, hasta el punto de que todos los que estaban bajo la ley y los profetas sin distinción tenían en él las esperanzas, como lo testimonia la samaritana cuando dice: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado Cristo: cuando él venga, nos lo anunciará todo...” (Jn 4:25).

Antes de la venida de Cristo, la ley y los profetas no contenían el anuncio que se implica en la definición de evangelio, porque todavía no había venido el que tenía que aclarar los misterios que en ellos se encontraban. Pero cuando vino el Señor e hizo que el evangelio se encarnara, hizo por el Evangelio que todas las Escrituras fuesen como un evangelio. No estará fuera de lugar recurrir a aquella parábola: “Un poquito de levadura hace fermentar toda la masa” (Gal 5:9): porque al quitar de los hijos de los hombres con su divinidad el velo que estaba en la ley y los profetas, mostró el carácter divino de todas las Escrituras, ofreciendo claramente a todos los que quieran hacerse discípulos de su sabiduría cuáles son las realidades verdaderas de la ley de Moisés, de las que de los antiguos era una imagen y una sombra, y cuál era la verdad de las cosas de los libros históricos: porque estas cosas les acontecieron a ellos en figura” (1 Cor 10:11), pero

se escribieron por nosotros, los que hemos llegado en la plenitud de los tiempos. En efecto, todo hombre que ha recibido a Cristo, no adora Dios ni en Jerusalén ni en el monte de los samaritanos, sino que habiendo aprendido que “Dios es espíritu,” le da un culto espiritual, “en espíritu y en verdad” (Jn 4:24), y ya no adora en figuras al Padre y Creador de todas las cosas.

Así pues, antes del Evangelio que ha tenido lugar con la venida de Cristo, ninguna de las cosas antiguas eran evangelio. Pero el Evangelio que es la Nueva Alianza, nos ha arrancado de la letra aviejada (cf. Rom 7:6), y ha hecho resplandecer **con la luz del conocimiento el Espíritu nuevo que jamás envejece, que es** la novedad propia de la Nueva Alianza y que estaba depositada en todas las Escrituras...⁵⁰

La antigua alianza sombra de la realidad celeste, que ya está presente en la Iglesia.

Había en los cielos una realidad, y sobre la tierra su sombra y su imitación. Mientras esta sombra existió sobre la tierra, había una Jerusalén terrestre, un altar, un culto visible, pontífices y sacerdotes... Pero cuando, con el advenimiento de nuestro Señor Dios, la Verdad, bajando de los cielos nació de la tierra, y la Justicia contempló los cielos, las sombras y las imitaciones llegaron a su fin. Jerusalén ha sido destruida, el templo ha sido derribado, el altar ha desaparecido: por esto en adelante el lugar en el que hay que adorar ya no es el monte Garizim, ni Jerusalén, sino que los verdaderos adoradores adoran en espíritu y en verdad. Es decir, en cuanto ha aparecido la Verdad, han desaparecido la figura y la sombra. Desde que se hizo presente el templo edificado por el Espíritu Santo y la virtud del Altísimo en el seno de la Virgen, el templo de piedra se ha desplomado. La divina Providencia ha hecho que todas las cosas que antes estaban esbozadas sobre la tierra quedaran arruinadas, a fin de que cesando las figuras quedase el camino abierto a la verdad que se buscaba. Pues bien, tú, judío que vienes a Jerusalén, la ciudad terrestre, y la encuentras arrasada, reducida a cenizas y polvo, no llores sobre ella, sino busca en su lugar la ciudad celeste. Mira a lo alto, y allí encontrarás la Jerusalén celeste que es la madre de todos. Si ves el altar arrasado, no te llenes de pesar; si no encuentras al pontífice, no te desesperes: hay un altar en los cielos y un Pontífice que en él celebra el culto: el Pontífice de los bienes futuros, escogido por Dios según el orden de Melquisedec. Así pues, es a causa de la bondad y de la misericordia de Dios que os fue arrebatada esta herencia terrestre, a fin de que busquéis la herencia que está en los cielos.⁵¹

Jesús nos abre los ojos para que veamos el sentido de la Escritura.

“Dos ciegos estaban sentados junto al camino, y oyendo que pasaba Jesús clamaban diciendo: Apiádate de nosotros, Señor, Hijo de David” (Mt 20:29). Podemos decir que los ciegos eran Israel y Judá antes de la venida de Cristo, que se encontraban sentados junto al camino de la ley y de los profetas. Estaban ciegos porque no veían en sus almas antes de la venida de Jesús la palabra verdadera que se hallaba en la ley y los profetas. Pero gritaban “Apiádate de nosotros, Señor, Hijo de David” por sentirse ciegos y no poder ver la intención de las Escrituras, mas con el deseo de contemplar y ver la gloria que hay en ellas. Eran todavía ciegos al no concebir nada grande acerca de Cristo, sino que sólo atendían a su apariencia carnal: llamaban al que fue engendrado “del linaje de David según la carne” (Rom 1:3), pues no llegaban a comprender más que esto, que era hijo de David. Toda su elocuencia, aparentemente magnífica por su reverencia, no sabía decir acerca del Salvador sino que era el hijo de David... Por esto le gritan diciendo: “Apiádate de nosotros, Señor, Hijo de David.” Cuando trata de hacer beneficios, no “pasa” el Salvador, sino que sea fin de que estando parado no se cuele ni se escape el beneficio, sino que como de una fuente permanente fluya hacia los beneficiados. Parándose, pues, Jesús, e impresio-

nado por los gritos y las peticiones de aquellos, los hace venir a sí. Principio del beneficio era llamarlos a sí, pues no los llamaba en vano y para no cumplir nada una vez llamados. Ojalá que cuando nosotros gritemos y le digamos “Apiádate de nosotros, Señor,” nos llamara, aunque hubiéramos comenzado diciendo “Hijo de David,” y se parase al llamarnos, atendiendo a nuestra petición.

Dice, pues, a aquellos: “¿Qué queréis que haga con vosotros?”, lo cual, según pienso, quería decir: mostrad lo que queréis, declaradlo, para que todos los que salen de Jericó y los que me siguen lo oigan y contemplen lo que va a hacerse. Y ellos respondieron: “Señor, que se abran nuestros ojos.” Tal respuesta le gritaron aquéllos, que eran ciertamente bien nacidos — pues eran de Israel y de Judá —, pero estaban ciegos por la ignorancia de la que tenían conciencia. Y habiendo oído lo que se decía acerca del Salvador, le dicen que quieren que se abran sus ojos. Y muy en particular dicen esto los que al leer las Escrituras no son insensibles al hecho de que están ciegos en lo que a su sentido se refiere. Estos son los que dicen: “Apiádate de nosotros” y “Queremos que se nos abran nuestros ojos.” Ojalá que también nosotros tuviéramos conciencia de la medida en que estamos ciegos y no somos capaces de ver. Sentados junto al camino de las escrituras y oyendo que Jesús pasa, lograríamos hacerle parar con nuestras peticiones y le diríamos que “queremos que se nos abran nuestros ojos.” Y si dijésemos esto con la disposición deseosa de ver lo que él nos concede ver, tocando Jesús los ojos de nuestras almas, mostraría nuestro Salvador sus entrañas de misericordia, mostrando ser la fuerza, y la palabra, y la sabiduría, y todo lo que está escrito sobre él. Tocaría nuestros ojos, ciegos antes de su venida, y al tocarlos, se retiraría la tiniebla y la ignorancia, e inmediatamente solo recobraríamos la vista, sino que le seguiríamos a él, que nos devolvió la vista, para que no hagamos ya otra cosa que seguirle para que siguiéndole perpetuamente seamos conducidos por él hasta el mismo Dios y veamos a Dios con los ojos que recobraron la vista por su virtud, juntamente con aquellos que se dicen bienaventurados porque tienen limpio el corazón.⁵²

Historicidad y sentido espiritual de los evangelios.

Así hay que pensar que sucede con los cuatro evangelistas: ellos utilizaron muchas de las cosas obradas y dichas por Jesús con su poder milagroso y extraordinario, pero tal vez en ciertos momentos han insertado en sus escritos como una expresión sensible de lo que se les había manifestado de una manera puramente intelectual. Yo no les reprocho si, a beneficio de la finalidad mística que perseguían, han cambiado tal vez algo presentándolo de manera distinta de como sucedió históricamente, por ejemplo, si dicen que sucedió en tal lugar lo que sucedió en tal otro, o en tal momento lo que sucedió en otro, o refiriendo con ciertos cambios lo que había sido anunciado de una manera determinada. Su propósito era el de exponer en lo posible la verdad tanto en su aspecto espiritual como también en su aspecto material: pero cuando no se podía hacer ambas cosas a la vez, preferían lo espiritual a lo material, de suerte que muchas veces salvaban la verdad espiritual con una, por así decirlo, falsedad material. Es como si dijéramos, saliendo de nuestro tema, que cuando Jacob dice a Isaac: “Yo soy Esaú tu primogénito” (Gen 27:19), esto es verdad en sentido espiritual, porque Jacob había obtenido ya la primogenitura que su hermano había perdido, y por medio del vestido y de las pieles de cabrito tomaba el aspecto de Esaú y se había convertido en Esaú excepto en la voz que alaba a Dios, de suerte que Esaú tuviera ocasión de ser bendecido en segundo lugar. En realidad, quizás si Jacob no hubiese sido bendecido en lugar de Esaú, el mismo Esaú no hubiese podido recibir por sí mismo la bendición. Pues bien, Jesús tiene múltiples aspectos (*epinoiai*), y es natural que los evangelistas tomaran diversos de estos aspectos, y escribieran sus evangelios concordando veces en algunos de ellos. Así, por ejemplo, es de-

cir verdad acerca de nuestro Señor, aunque literalmente sean cosas contrarias, “es hijo de David” y que “no es hijo de David”: porque es verdad que es hijo de David según dice el Apóstol: “Nacido de la estirpe de David según la carne” (Rom 1:3), si consideramos su realidad corporal; pero, por otra parte, esto es falso si entendemos que nació de la estirpe de David con referencia a su divina potencia, pues “fue constituido Hijo de Dios en el poder” (Rom 1:4). Seguramente por esta razón las profecías santas lo llaman a veces “siervo” y a veces “hijo.” Es siervo por su “forma de siervo” (Flp 2:7), y por su “estirpe de David”; pero es hijo según su poder de primogénito. Y así, responde a la verdad llamarlo hombre y no hombre: hombre en cuanto capaz de morir, no hombre en cuanto es Dios más allá de lo humano...⁵³

El Espíritu Santo se manifiesta a los hombres particularmente después de la venida de Cristo.

Observo que la principal venida del Espíritu Santo a los hombres se manifiesta después de la Ascensión de Cristo más particularmente que antes de su venida. En efecto, antes el don del Espíritu Santo se concedía a unos pocos profetas tal vez cuando alguno llegaba a alcanzar méritos especiales entre el pueblo. Pero después de la venida del Salvador está escrito que se cumplió “aquellos que había sido dicho por el profeta Joel” que “vendrán los días últimos y derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán” (cf. Act 2:17; Jl 3:1), lo cual efectivamente concuerda con aquello: “Todas las gentes le servirán” (Sal 71:11). Así pues, **por esta donación del Espíritu Santo**, lo mismo que por otras muchísimas señales, se hace patente aquello tan extraordinario, a saber, que lo que estaba escrito en los profetas o en la ley de Moisés entonces lo comprendían pocos, es decir los mismos profetas, y apenas alguno del pueblo podía ir más allá del sentido literal y adquirir una comprensión más profunda, **penetrando el sentido espiritual de la ley y los profetas**. Pero ahora son innumerables las multitudes de los que creen, las cuales, aunque no puedan siempre de manera ordenada y clara explicar la razón del sentido espiritual, sin embargo casi todos están perfectamente convencidos de que ni la circuncisión ha de entenderse en un sentido corporal, ni el descanso del sábado, ni el derramamiento de sangre de los animales, ni las respuestas que Dios daba a Moisés sobre estas cosas; y no hay duda de que esta comprensión se debe a que el Espíritu Santo con su poder inspira a todos.⁵⁴

Las distintas etapas en el conocimiento de Dios.

La lámpara es de gran valor para los que están en la oscuridad, y es útil hasta que sale el sol. También es de gran valor, pienso yo, la gloria que está en el rostro de Moisés y de los profetas, y bella es la visión por la que somos llevados a ver la gloria de Cristo. Primero hemos tenido nosotros necesidad de esta gloria: pero ella desaparece al punto delante de una gloria superior. Una ciencia parcial es necesaria: pero será eliminada en cuanto llegue la ciencia perfecta. Porque, en efecto, toda alma que llega a la infancia y va avanzando hacia la perfección tiene necesidad, hasta que llega al tiempo de su madurez, de pedagogos, ayos, procuradores: inicialmente no difiere en todo esto del esclavo, pero luego, cuando es constituida dueña de todo y es liberada de su tutela, recibe los bienes paternos. Es como alcanzar la perla preciosa, cuando uno se ha hecho capaz de recibir la sublimidad de la doctrina de Cristo, habiéndose antes ejercitado en aquellos conocimientos que son luego superados por el conocimiento de Cristo.

La mayoría no comprenden la belleza de las múltiples perlas de la ley de todo conocimiento todavía parcial de la profecía, y piensan que pueden, sin haber penetrado a fondo en todo esto, encontrar la única perla preciosa y contemplar la sublimidad del conocimiento de Cristo, en comparación del cual todo lo que precedió, aunque no era precisamente estiércol, aparece como

tal... Cada cosa tiene su tiempo: hay un tiempo para tomar las bellas perlas, y un tiempo para encontrar la Perla única, la preciosa: entonces es cuando hay que ir y vender todo lo que uno tiene, a fin de comprarla. El que quiere alcanzar la sabiduría en las palabras de verdad, ha de instruirse inicialmente en los rudimentos y ha de darles gran importancia, progresando poco a poco, sin que, sin embargo, se quede en ellos, aunque estando reconocido a lo que le ha servido para introducirse en la perfección. Igualmente, las cosas de la ley y de los profetas, si se comprenden bien, son rudimentos que llevan a la inteligencia perfecta del Evangelio, y al conocimiento pleno y espiritual de las palabras y las acciones de Cristo.⁵⁵

La palabra de Dios, fortaleza en la tribulación.

Si la tribulación se echa sobre nosotros, si nos opriime la angustia del mundo, si nos pesan las necesidades del cuerpo, acudiremos a la grandeza de la sabiduría y de la ciencia de Dios, en la cual todo el mundo puede no encontrarse en apreturas. Iré de nuevo a las inmensas llanuras de las Escrituras divinas, buscaré en ellas la inteligencia espiritual de la palabra de Dios, y ya no me oprimirá angustia alguna. Iré a galope por los amplísimos espacios de la inteligencia mística. Si sufro persecución, y confieso a mi Cristo delante de los hombres, tengo la seguridad de que también él me confesará delante de su Padre que está en los cielos. Si se presenta el hambre, no podrá turbarme, pues tengo el Pan de vida que ha bajado del cielo y reconforta a las almas hambrientas. Este Pan Jamás puede faltar, sino que es perfecto y eterno.⁵⁶

Relaciones entre la filosofía y la revelación.

Abimelec, por lo que veo, no siempre está en paz con Isaac sino que a veces riñe con él y a veces quiere hacer las paces. Si os acordáis de lo que anteriormente dijimos, que Abimelec representa a los estudiosos y sabios del siglo que con el estudio de la filosofía llegaron a alcanzar muchas cosas de la verdad, podréis comprender cómo en este pasaje ni puede estar siempre en oposición a Isaac, que representa el Verbo de Dios que se encuentra en la ley, ni puede siempre estar en paz con él (cf. Gen 26:26). Porque la filosofía ni es en todo contraria a la ley de Dios, ni en todo está de acuerdo con ella. Muchos filósofos han escrito que Dios es uno y que creó todas las cosas. En esto están de acuerdo con la ley de Dios. Algunos incluso que Dios hizo todas las cosas y las gobierna por medio de su Verbo, y que es el Verbo de Dios el que rige todas las cosas. Bajo este aspecto, no sólo están de acuerdo con la ley, sino aun con los evangelios. La filosofía que llaman moral y natural se puede decir que casi en su totalidad admite nuestras doctrinas. Pero está en desacuerdo con nosotros cuando dice que la materia es coeterna con Dios. Igualmente cuando dice que Dios no cuida de las cosas mortales, sino que su providencia queda circunscrita a los espacios de la esfera supralunar. Igualmente cuando dice que las vidas de los que nacen dependen de los cursos de las estrellas. Igualmente cuando dice que este mundo es eterno, y que no ha de tener fin. Y hay aún otros muchos puntos en los que está en desacuerdo, y otros en que está de acuerdo. Por esto se dice que Abimelec, que es figura de esto, a veces está en paz con Isaac, y veces está en desacuerdo con él.

Además, creo que no sin razón el Espíritu Santo, que escribe estas cosas, ha tenido cuidado de añadir que vinieron otros dos con Abimelec, a saber, Ocozat, su yerno, y Picol, el jefe de su ejército (Gen 26:26). Ocozat significa “el que aguanta,” y Picol “boca de todos.” Mientras que Abimelec significa “mi padre y rey.” Estos tres, en mi opinión, son imagen de toda la filosofía, la cual dividen los filósofos en tres partes, lógica, física y ética, es decir, racional, natural y moral. La racional es aquella que confiesa a Dios como padre de todas las cosas: tal es Abimelec. La natural es aquella que está firmemente aguantando todas las cosas, como que está fundada en las

mismas leyes de la naturaleza: ésta es la que representa Ocozat, que significa “el que aguanta.” La moral es la que anda en la boca de todos y la que a todos atañe, la que se encuentra en la boca de todos en cuanto que semejantes son los mandamientos comunes a todos: es la designada por aquel Picol que significa “boca de todos.” Todos éstos, pues, instruidos en estas disciplinas, vienen al encuentro de la ley de Dios y dicen: “Hemos observado y hemos visto que Dios está contigo, y hemos dicho: hagamos una alianza entre nosotros y tú, y establezcamos contigo un pacto por el que no nos has de hacer mal, sino que de la misma manera que nosotros no te hemos maledicido, así seas tú bendecida del Señor” (Gen 26:27)⁵⁷

39. Hom. in Gen. 11, 6; 40. C. Cels. II, 72; 41. Hom. in Gen. XIII, 3 – 4; 42. Hom. in Jer. XVIII, 6; 43. C. Ce. VII, 20 – 21; 44. Ibid. VI, 2; 48. Hom. in Levit. X, 1; 46. Hom. in Exod. V, 1; 47. Hom. in Gen. XII, 5; 48. Ibid. X; 49. Ibid. VII, 5; 51. Hom. in Jos. XVII, 1; 52. Cerní, in Mat. XVI, 10; 53. Cam. in Jo. X, 18ss; 54. De Princ. 11, 7, 2; 55. Com. in Mat. X, 9 – 10; 56. Com. in Rvm, 7, 11;

IV. Cristo redentor.

De qué manera el Verbo encarnado nos lleva al conocimiento de Dios.

Si se nos pregunta cómo podemos llegar a conocer a Dios y cómo podemos ser salvados por él, contestaremos que el Logos de Dios es suficiente para esto; porque él se hace presente a los que le buscan o a los que le reciben cuando se manifiesta para dar a conocer y revelar al Padre que era invisible antes de su venida. ¿Quién, si no, podría salvar y conducir hasta el Dios supremo el alma de los hombres, fuera del Logos divino? El cual, “en el principio estaba en Dios” (Jn 1:1); pero a causa de los que se habían adherido a la carne y eran como carne, “se hizo carne” (Jn 1:14), para que pudiera ser recibido por los que no podían verle **en cuanto era Logos, o en cuanto estaba en Dios, o en cuanto era Dios.** Y así, siendo concebido en forma corporal y anunciado como carne, llama a sí a los que son carne, para conseguir que ellos tomen primero la forma del Logos que se hizo carne, y después de esto pueda elevarlos hasta la visión de sí mismo tal como era antes de que se hiciera carne. Así ayudados y ascendiendo a partir de esta iniciación según la carne, pueden decir: “Aunque un tiempo hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos así” (2 Cor 5:16). Así pues, “se hizo carne,” y al hacerse carne “puso su tienda entre nosotros” (Jn 1:14): con lo cual no se quedó apartado de nosotros, sino que plantando su tienda entre nosotros y haciéndose presente en medio de nosotros no se quedó en su forma primera; pero nos hizo subir “al monte alto” (Mt 17:1) del Logos, y nos mostró su propia forma gloriosa y el resplandor de sus vestidos: no sólo de los suyos, sino también de la ley espiritual, la cual es Moisés que se apareció glorioso juntamente con Jesús; nos mostró asimismo toda profecía, la cual no murió **después de la encarnación,** sino que fue asumida al cielo, de lo cual era símbolo Elías. El que ha contemplado estas cosas puede decir: “Hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1:14).

En nuestra opinión, no sólo el Dios y Padre del universo es grande, sino que hizo participante de su propia grandeza al unigénito y primogénito de toda criatura, para que “siendo imagen del Dios invisible” (Col 1:15), conservase también en su grandeza la imagen del Padre; porque no era posible, por así decirlo, que una imagen del Dios invisible fuera bella y proporcionada si no era una imagen que expresara su grandeza.

Asimismo, en nuestra opinión. Dios, no siendo corporal, no es visible. Pero puede ser contemplado por los que son capaces de contemplar con el corazón, es decir, con la mente; aunque no con un corazón cualquiera, sino con un corazón puro. No le está permitido al corazón impuro ver a Dios, sino que el que ha de contemplar dignamente al que es puro, ha de ser él mismo puro. Hay que admitir que es difícil contemplar a Dios. Pero no solo difícil que cualquiera le

contemple a él, sino también a su unigénito. Porque es difícil de contemplar el Logos de Dios, como es difícil contemplar la Sabiduría con la cual Dios hizo todas las cosas. ¿Porque, quién puede contemplar en cada uno de sus aspectos la Sabiduría por la que Dios hizo cada uno de los seres del universo? Así pues, no porque fuera Dios difícil de conocer envió a su Hijo como más fácilmente conocible...⁵⁸

La divinidad de Jesucristo.

Aquel a quien tenemos por Dios e Hijo de Dios y en quien creímos como tal desde un principio, **él es el Logos mismo, y la Sabiduría misma, y la misma Verdad.** Y afirmamos que su cuerpo mortal y el alma humana que había en él recibieron la máxima elevación no sólo por vía de comunicación, sino por unidad y fusión, y así, teniendo parte en su divinidad se convirtieron en Dios. Y si alguno se escandaliza de que digamos esto aun en lo que se refiere a su cuerpo, que tenga en cuenta lo que dicen los griegos acerca de la materia, que propiamente hablando no tiene cualidades, pero que se reviste de aquellas cualidades de que el creador quiere dotarla, de suerte que muchas veces es despojada de las que tenía para recibir otras distintas y mejores. Si esto tiene sentido, ¿por qué ha de maravillarnos que la condición mortal que tenía el cuerpo de Jesús, por la providencia de Dios que así lo quiso, se convirtiera en una condición etérea y divina?⁵⁹

Sentido de la encarnación del Verbo.

El que bajó a los hombres se hallaba originariamente “en la forma de Dios” (Flp 2:7), y por amor a los hombres “se vació a sí mismo,” para que pudiera ser recibido por los hombres. Pero en manera alguna cambió de algo bueno en algo malo, ya que “no cometió pecado” (1 Pe 2:22); ni cambió de algo bello en algo vergonzoso, ya que no conoció el pecado (2 Cor 5:21), ni pasó de la felicidad al infortunio, pues aunque “se humilló a sí mismo” (Flp 2:8), no por ello dejó de ser feliz, por más que se humillara cuanto era conveniente para bien de nuestro linaje. No hubo en él cambio alguno de mejor en peor, pues ¿cómo podría ser mala la bondad y el amor a los hombres? De lo contrario tendríamos que decir que el médico, que ve cosas terribles y toca cosas repugnantes para curar a los enfermos, se convierte de bueno en malo de laudable en vituperable, de objeto de felicidad en infortunio; y aun el médico, que ve cosas terribles y toca cosas repugnantes, no está él mismo absolutamente libre de poder caer en estas mismas cosas. Pero el que cura las heridas de nuestra alma (cf. Lc 10:34), por estar en él el Verbo de Dios (cf. Jn 1:1), es en sí mismo incapaz de recibir ningún género de malicia. Y si el Verbo inmortal de Dios, al tomar un cuerpo mortal y un alma humana parece que sufre cambio y deformación, entiéndase que el Verbo permanece Verbo en su esencia, y no es en nada afectado por lo que afecta al cuerpo o al alma. Pero hay momentos en que se baja hasta un nivel en que no puede contemplar la luminosidad y el resplandor de su divinidad, y se hace como si fuera carne y recibe denominaciones corporales; hasta que el que lo ha recibido en esta forma, va siendo elevado por el mismo Verbo poco a poco hasta ser capaz de contemplar, por así decirlo, su forma suprema.

Se dan, como distintas formas del Verbo; pues el Verbo se manifiesta a cada uno de los que son conducidos hasta su conocimiento de manera proporcionada a la disposición del individuo, ya sea principiante, o haya hecho algún pequeño progreso, o un progreso mayor, o ya se halle cerca de la virtud o en posesión de la misma. Por esto no es verdad lo que pretenden Celso y otros que se le parecen, que nuestro Dios cambió de forma cuando subió al monte elevado (Mt 17:2; Mc 9:2), mostrando otra forma de si mismo muy superior a la que podían ver los que se quedaron abajo y no pudieron seguirle hasta la cumbre. Los de abajo no tenían ojos capaces de

contemplar la transformación del Verbo en la gloria de la divinidad, sino que con dificultad llegaban admitirlo tal como era, hasta el punto de que los que no podían ver un realidad superior podían decir de él: “Le hemos visto, y no tenía forma, ni belleza, sino que su forma era deshonrosa, más pobre que la de los hijos de los hombres” (Is 53:2).⁶⁰

La Encarnación como misterio.

Después de considerar tales y tan grandes cosas sobre la naturaleza del Hijo de Dios, quedamos estupefactos de extrema admiración al ver que esta naturaleza, la más excelsa de todas, se “anonada” y de su situación de majestad pasa a ser hombre y a conversar con los hombres, como lo atestigua “la gracia derramada de sus labios” (cf. Sal 44:3), como lo proclama el testimonio del Padre celestial y como se confirma por las diversas señales y prodigios obrados por él. Y aun antes de hacerse presente corporalmente, envió a los profetas como precursores y heraldos de su venida; y después de su ascensión a los cielos hizo que los santos apóstoles, hombres sacados de entre los publícenos y los pescadores, sin ciencia ni experiencia, pero llenos de la potencia de su divinidad, recorrieran todo el orbe de la tierra, para congregar de todas las razas y naciones un pueblo de fieles que creyeran en él.

Pero de todos sus maravillosos milagros, el que más sobrepasa la capacidad de admiración de la mente humana, de suerte que la débil inteligencia mortal no puede ni sentirlo ni comprenderlo, es que hayamos de creer que aquella tan gran potencia de la divina majestad, aquel mismo Verbo del Padre y la misma Sabiduría de Dios por la que fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles (cf. Cor 1:16), quedase circunscrita en los límites de aquel hombre que apareció en Judea; más aún, que la Sabiduría de Dios se metiera en el vientre de una mujer, y naciera párvido, y diese vagidos como los niños que lloran; finalmente hasta se que en la muerte se turbó, y él mismo lo proclama diciendo: “Triste está mi alma hasta la muerte” (Mt 26:32); y para colmo, que fuera llevado al género de muerte que los hombres conceder más afrentoso, aunque luego resucitara al tercer día.

Al ver pues en él ciertas cosas tan humanas que parece que no le distinguen de la común debilidad de los mortales, y cierta cosas tan divinas que no pueden convenir sino a la suma e inefable naturaleza de la divinidad, el entendimiento humano se queda lleno de angustia y estupefacto con tanta perplejidad que no sabe adonde ha de mirar, qué ha de creer o en qué haya de resolverse. Si lo intuye Dios, lo ve mortal; si lo considera hombre, observa cómo vence al imperio de la muerte y retorna de entre los muertos con su botín. Por esto se le ha de contemplar con todo temor y reverencia, de suerte que se muestre en el mismo individuo la realidad de la doble naturaleza, y ni se conciba nada indigno e inconveniente en aquella divina e inexpresable sustancia, ni tampoco se juzguen los hechos históricos como juego de imágenes engañosas. El hacer comprensibles estas cosas al oído humano y el explicarlas con palabras es cosa que excede con mucho las fuerzas de nuestro esfuerzo, nuestra capacidad y nuestro lenguaje. Pienso incluso que aun sobrepasa las posibilidades de los mismos santos apóstoles, y aun quizás la explicación de este misterio está por encima de todos los poderes celestiales creados.⁶¹

La unión de naturalezas en Cristo.

El alma de Cristo hace como de vínculo de unión entre *Dios* y la carne, ya que no sería posible que la naturaleza divina se mezclara directamente con la carne: y entonces surge el “Dios-hombre.” El alma es como una sustancia intermedia, pues no es contra su naturaleza el asumir un cuerpo, y, por otra parte, siendo una sustancia racional, tampoco es contra su naturaleza el recibir a Dios al que ya tenía toda ella como al Verbo, a la Sabiduría y a la Verdad. Y en-

tonces, con toda razón, estando toda ella en el Hijo de Dios, y conteniendo en sí todo el Hijo de Dios, ella misma, juntamente con la carne que había tomado, se llama Hijo de Dios, Cristo y Sabiduría de Dios; y a su vez, el Hijo de Dios “por el que fueron hechas todas las cosas” (cf. Cor 1: 16), llama Jesucristo e Hijo del hombre, Entonces, se dice que el Hijo de Dios murió, a saber, con respecto a aquella naturaleza que podía padecer la muerte, y se proclama que el Hijo del hombre vendrá en la gloria de Dios Padre juntamente con los santos ángeles” (Mt 16:27). De esta forma, en toda la Escritura divina se atribuyen a la divina naturaleza apelaciones humanas, y la naturaleza humana recibe el honor de las apelaciones divinas. Porque aquello que está escrito “Serán dos en una sola carne, y ya no serán dos, sino una única carne” (cf. Gen 2: 24), puede aplicarse a esta unión con más propiedad que a ninguna otra, ya que hay que creer que el Verbo de Dios forma con la carne una unidad más íntima que la que hay entre el marido y la mujer.⁶²

Para explicar mejor esta unión, puede ser conveniente recurrir a una comparación, aunque en realidad, en una cuestión tan difícil, no hay ninguna comparación adecuada... El hierro puede estar frío o candente, de suerte que si una masa de hierro es puesta al fuego es capaz de recibir el ardor de éste en todos sus poros y venas, convirtiéndose el hierro totalmente en fuego siempre que no se saque de él. ¿Podremos decir que aquella masa, que por naturaleza era hierro, mientras esté en el fuego que arde sin cesar, es algo que puede ser frío? Más bien diremos... que el hierro se ha convertido totalmente en fuego, ya que no podemos observar en ella nada más que fuego. De la misma manera aquel alma (de Jesús) que está incesantemente en el Logos, en la Sabiduría y en Dios de la misma manera como el hierro está en el fuego, **es Dios en todo lo que hace, siente o conoce.**⁶³

No se puede dudar de que el alma de Jesús fuera de naturaleza semejante a la de las demás... Pero mientras que todas las tienen la facultad de poder escoger el bien o el mal, el alma de Cristo había optado por el amor de la justicia de suerte que debido a la infinitud de su amor por ella, se adhería a la justicia sin posibilidad alguna de mutación o separación... De esta forma lo que era efecto de su libre opción se había hecho en él una “segunda naturaleza.” Hemos de creer, pues, que había en Cristo una alma racional humana, pero hemos de concebirla en tal forma que era para ella imposible todo pecado.⁶⁴

Sentido simbólico de la muerte de Jesús.

Queremos mostrar que no hubiera sido mejor para el sentido total de la encarnación el que Jesús hubiese desaparecido en seguida corporalmente de la cruz. Las cosas, que según está escrito acontecieron a Jesús, no pueden ser comprendidas en toda su verdad por el solo sentido literal e histórico. Cada una de ellas, para los que leen la Escritura con mayor penetración, se manifiesta como símbolo de una realidad ulterior. Así por ejemplo, su crucifixión encierra la verdad que es manifestada por las palabras “estoy crucificado con Cristo” (Gal 2:19), y la que se indica en las palabras “lejos de mí el gloriarme si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo” (Gal 6:14). Su muerte fue necesaria porque “el que murió, murió al pecado de una vez” (Rom 6:10); porque el justo dice que está “reducido a la misma forma que la de su muerte” (Flp 3:10), y porque “si morimos con él, resucitaremos con él” (2 Tim 2) De esta suerte, su misma sepultura es un precedente para los que están reducidos a la forma de su muerte, y para los que han sido crucificados y han muerto con él, como lo dijo Pablo con las palabras “hemos sido sepultados con él por el bautismo” (Rom 6:4) y con él hemos resucitado.⁶⁵

La redención.

Cristo es “rescate para muchos” (Mt 20:28). ¿A quién se pagó rescate? Ciertamente no a Dios. Tal vez se hubiera pagado al demonio. Porque éste tenía poder sobre nosotros hasta que le fue dado el rescate en favor nuestro, a saber la vida de Jesús. Y en esto quedó el demonio engañado, pues creía que podría retener el alma de Jesús en su poder, sin darse cuenta de que él no tenía poder suficiente para ello. O también, la muerte creyó que podría retenerle en su poder; pero en realidad no tuvo poder sobre aquél que se hizo libre de entre los muertos, y más poderoso que todo el poder de la muerte, tan poderoso que todos los que quieran seguirle en esto, pueden hacerlo por más que sean atrapados por la muerte, puesto que ahora la muerte ya no tiene poder sobre ellos. Porque, en efecto, nadie que está en Jesús puede ser arrebatado por la muerte.⁶⁶

57. Hom. in Gen. XIV, 3; 58. C. Cels. VI, 68 – 69; 59. Ibid. III, 41; 60. Ibid. 15-16; 61. De Princ. II, 6, 1; 62. Ibid. I, 2:1; 63. Ibid. II, 6:6; 64. Ibid. II, 6, 5; 65. C. Cels. II, 69; 66. Com in Mat. XVI, 8;

V. La Iglesia. Los sacramentos.

La Iglesia existe desde el principio de la creación.

No quisiera que creyerais que se habla de la “Esposa de Cristo,” es decir, la Iglesia con referencia únicamente al tiempo que sigue a la venida del Salvador en la carne, sino más bien, se habla de ella desde el comienzo del género humano, desde la misma creación del mundo. Más aún, si puedo seguir a Pablo en la búsqueda de los orígenes de este misterio, he de decir que se hallan todavía más allá, antes de la misma creación del mundo. Porque dice Pablo: “Nos escogió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos” (Ef 1:4)... Y dice también el Apóstol que la Iglesia está fundada, no sólo sobre los apóstoles, sino también los profetas (Ef 2:20). Ahora bien, Adán es nombrado por los profetas: él fue quien profetizó aquel “gran misterio que se refiere a Cristo y a la Iglesia,” cuando dijo: “Por esta razón un hombre dejará su padre y su madre y se adherirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (Gen 2:24) El Apóstol, en efecto, se refiere claramente a estas palabras cuando dice: “Este misterio es grande: me refiero en lo que respecta a Cristo y a la Iglesia” (Ef 5:32). Más aún, el Apóstol dice: “Él amó tanto a la Iglesia, que se entregó por ella, santificándola con el lavatorio del agua” (Ef 5:26): aquí se muestra que la Iglesia no era inexistente antes. ¿Cómo podría haberla amado si no hubiera existido? No hay que dudar de que existía ya, y por esto la amó. Porque la Iglesia existía en todos los santos que han existido desde el comienzo de los tiempos. Y por eso, porque Cristo amaba a la Iglesia, vino a ella. Y así como sus hijos “participan de una misma carne y sangre” (cf. Heb 2: 14), así también él participó de lo mismo y se entregó por ellos. Estos santos constituyán la Iglesia, que él amó tanto, que la aumentó en su número, la mejoró con virtudes, y con la caridad de la perfección la levantó de la tierra al cielo.⁶⁷

La Iglesia, como la reina de Sabá, busca la ciencia de Cristo, nuevo Salomón.

Veamos lo que sacamos del libro tercero de los Reyes sobre la reina de Sabá, que es al mismo tiempo de Etiopía, Acerca de ella da testimonio el Señor en los evangelios (Mt 12:42), diciendo que “en el día del juicio vendrá con los hombres de la generación incrédula y los condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón,” y añadiendo “y éste es más que Salomón,” con lo que nos enseñaba que más es la verdad que las imágenes de la verdad. Vino, pues, ésta, es decir, según lo que en ella se figuraba, vino la Iglesia desde el paganismismo para oír la sabiduría del verdadero Salomón, el verdadero pacificador nuestro Señor Jesucristo. Vino, pues, también ésta, primero “probándole mediante enigmas y preguntas” (3 Re 10:2) que a ella le decían antes insolubles: y él le dio la solución tocante al conocimiento del

verdadero Dios y de la creación del mundo, o a la inmortalidad del alma y al juicio futuro, cosas que en su tierra y entre sus doctores, que eran sólo los filósofos gentiles, permanecían siempre inciertas y dudosas. Vino, pues, “a Jerusalén,” es decir, a la visión de paz, con una gran multitud y “con mucho poder.” No vino con un solo pueblo, como antes la sinagoga tenía a solos los judíos; sino que vino con todos los pueblos del mundo **y llevando dones dignos de Cristo** — “suavidades de olores,” dice — es decir, las obras buenas que suben hasta Dios como “olor de suavidad.” Y además, vino llena de oro: sin duda, de las ideas y de las enseñanzas racionales que aun antes de la fe había recogido en la educación ordinaria de las escuelas. Trajo también “una piedra preciosa,” que puede interpretarse como la joya de las buenas costumbres. Así pues, con este acopio entra a visitar al rey pacificador Cristo, y le abre su corazón en la confesión y arrepentimiento de sus pecados anteriores: “y le dijo todas las cosas que tenía en su corazón.” Por ello Cristo, “que es nuestra paz” (Ef 2:14), a su vez “profirió todas las palabras que tenía, sin que se reservara el rey palabra alguna que no profriese.” Finalmente, al acercarse ya el tiempo de la pasión, habla así a ella, es decir a los que había escogido como discípulos: “Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero yo os he dado a conocer todo lo que tengo oído de mi padre” (Cf. Jn 15:15). Así pues se cumple lo que dice “que no hubo palabra que no profriese” el pacífico Señor a la reina de Sabá a la Iglesia congregada de entre las gentes. Y si consideras el estado de la Iglesia, su régimen y sus disposiciones, advertirás cómo “se admiró la reina de toda la prudencia de Salomón,” y al mismo tiempo te Preguntarás por qué no dijo “de toda la sabiduría” sino “de toda prudencia” de Salomón: porque los hombres doctos quieren que hable de prudencia en lo tocante a los negocios humanos, y de sabiduría en lo tocante a los divinos. Por esto tal vez la Iglesia por ahora, mientras está en la tierra y conversa con los hombres, se admira de la prudencia de Cristo; pero “cuando llegue lo que es perfecto” (1 Cor 13:10) y sea transportada de la tierra al cielo; entonces verá toda su sabiduría, al ver todas las cosas no ya “en imagen y por enigmas, sino cara a cara” (1 Cor 13:12). “Vio también la casa que había edificado,” sin duda los misterios de su encarnación que son “la casa que la Sabiduría se edificó para sí” (Prov 9:1) “Vio las comidas de Salomón,” según entiendo aquellas de las que decía: “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra” (Jn 4:34). “Vio las sedes de sus hijos”: me parece que se refiere al orden eclesiástico, que se halla en las sedes de los obispos y presbíteros. “Vio las filas — o las formaciones — de sus servidores”: me parece que menciona el orden de los diáconos presentes en el servicio divino. Además “vio sus vestidos”: creo que se trata de los vestidos con los que viste a aquellos de quienes se dice: “los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis vestido de Cristo” (Gal 3:27). También los “escanciados de vino”: me parece que se refiere a los doctores que mezclan para el pueblo la palabra de Dios y su doctrina, como un vino “que alegre los corazones” (cf. Sal 103:15) de los oyentes. “Vio también sus sacrificios”: sin duda los misterios de sus oraciones y peticiones. Así pues, cuando esta “negra y hermosa” vio todas estas cosas en la casa del rey pacificador que es Cristo, se quedó pasmada y dijo le: “Es verdad la fama que corre en mi tierra acerca de tu palabra y de tu prudencia.” A causa de “tu palabra,” que reconocí como “la palabra verdadera,” he venido a ti: pues todas las palabras que me decían y que oía estando en mi tierra — a saber, las de los doctores y filósofos del siglo — no eran verdaderas. Ésta es la única “palabra verdadera,” la que hay en ti.

Pero tal vez ocurra preguntar cómo pueda decir la reina al rey “No di crédito a lo que me decían acerca de ti,” siendo así que no hubiera ido a Cristo si no hubiera dado crédito a ello. Veamos si podemos resolver la dificultad de la siguiente manera: “No di crédito, dice, a lo que me decían”: no di crédito a los que me hablaban de ti, sino que me dirigí a ti mismo; no di crédi-

to a *los* hombres, sino a ti, Dios. Mediante ellos ciertamente “oí,” pero fui a ti mismo, y te di crédito a ti, en quien mis ojos vieron mucho más “de lo que me habían anunciado.” En realidad, cuando esta “negra y hermosa” llegue a la “Jerusalén celestial” (Heb 12: 22), y entre contemplará muchas más cosas y mucho más magníficas de las que ahora se le prometen: “porque ahora como en un espejo y en enigma, pero entonces verá cara a cara” (1 Cor 13:12), cuando consiga aquello que “ni ojo vio, ni oído oyó ni logró entrar en el corazón del hombre” (1 Cor 2:9), y entonces verá que ni llegaba a la mitad lo que oyó mientras ha en su tierra. “Bienaventuradas son, pues, las mujeres” de Salomón: sin duda, las almas que han sido hechas partícipes de la palabra de Dios y de su paz. No aquellos que a veces siguen, a veces no siguen la palabra de Dios, sino los que “siempre” y “sin intermisión” siguen la palabra de Dios son verdaderamente bienaventurados. Tal era aquella María, “que estaba sentada a los pies de Jesús oyéndole” (Lc 10:39), en favor de la cual dio testimonio el mismo Señor diciendo a Marta: “María escogió la mejor parte, que no le será quitada.”⁶⁸

La tradición de la Iglesia, norma de fe.

Todos los que creen y tienen la convicción de que la gracia y la verdad nos han sido dadas por Jesucristo, saben que Cristo es la verdad, como él mismo dijo: “Yo soy la verdad” (Jn 14:16), y que la sabiduría que induce a los hombres a vivir bien y alcanzar la felicidad no viene de otra parte que de las mismas palabras y enseñanzas de Cristo... Sin embargo, muchos de los que profesan creer en Cristo no están de acuerdo entre sí, no sólo en las cosas Pequeñas y de poca monta, sino aun en las grandes e importantes, como es en lo que se refiere a Dios, o al mismo Señor Jesucristo, o al Espíritu Santo... Por esto parece necesario que acerca de todas estas cuestiones tengamos una línea segura y una regla clara: luego ya podremos hacer investigaciones acerca de lo demás. De la misma manera que, aunque muchos de entre los griegos y bárbaros Prometen la verdad, nosotros ya hemos dejado de buscarla entre ellos, ya que sólo tenían opiniones falsas, **y hemos venido a creer que Cristo es el Hijo de Dios** y que es de él de quien hemos de aprender la verdad, así también cuando entre los muchos que piensan tener los sentimientos de Cristo hay algunos que opinan de manera distinta que los demás, hay que guardar la doctrina de la Iglesia, la cual proviene de los apóstoles por la tradición sucesoria, y permanece en la Iglesia hasta el tiempo presente; y sólo hay que dar crédito a aquella verdad que en nada se aparta de la tradición eclesiástica y apostólica.

Sin embargo, hay que hacer notar que los santos apóstoles que predicaron la fe de Cristo, comunicaron algunas cosas que claramente creían necesarias para todos los creyentes, aun para aquellos que se mostraban perezosos en su interés por las cosas del conocimiento de Dios, dejando, en cambio, que las razones de sus afirmaciones las investigaran aquellos que se hubieren hecho merecedores de dones superiores, **principalmente los que hubieren recibido del mismo Espíritu Santo el don de la palabra, de la sabiduría y de la ciencia.** Respecto de ciertas cosas, afirmaron ser así, pero no dieron explicación del cómo ni del por qué de las mismas, sin duda para que los más diligentes de sus sucesores, mostrando amor a la sabiduría, tuvieran en qué ejercitarse y hacer fructificar su ingenio...⁶⁹

La Iglesia recibe de Cristo todos los dones, en espera de la unión definitiva con él.

La Iglesia anhela unirse a Cristo. Esta Iglesia es como una sola persona que habla y dice: Lo tengo todo. Colmada estoy de presentes, que recibí antes de la boda a título de dote. Durante el tiempo en que me preparaba efectivamente para mi casamiento con el Hijo del Rey y primogénito de toda criatura, tuve, para que me sirvieran, los santos ángeles, que me dieron la ley

como regalo de esposales. Se dice, en efecto, que la ley fue dispuesta por los Ángeles por la acción de un mediador. También estuvieron a mi servicio los profetas. Muchas cosas dijeron, mediante las cuales me mostraban y me señalaban al Hijo de Dios. Me describieron su belleza su esplendor y su mansedumbre, para que con todo ello, me abrasara de amor por él. Mas, he aquí que el siglo se halla próximo a su fin, y su presencia no me ha sido aún concedida...⁷⁰

Los profetas sabían, porque les había sido revelado, que las naciones habían de ser herederas con los judíos. Pero sólo sabían las cosas futuras, y no las veían aún realizadas: en este sentido no les fueron manifestadas como a aquellos que tuvieron ante sus ojos el cumplimiento de las mismas, como ocurrió con los apóstoles... Estos últimos no han conocido las cosas mejor que los patriarcas y los profetas... pero sí que han visto realizada y cumplida la realidad, fuera del conocimiento en el misterio, de lo “que no había sido revelado en edades anteriores.”⁷¹

La Iglesia y la salvación.

“El Señor ha abierto sus tesoros y ha sacado los vasos de su ira” (Jer 1:25, LXX). Me atrevo a decir que los tesoros del Señor son su Iglesia, y que en estos tesoros, es decir, en la Iglesia se hallan a menudo hombres que son vasos de ira. Por tanto, vendrá un tiempo en que el Señor abrirá los tesoros de la Iglesia; porque ahora la Iglesia está cerrada, y dentro de ella se encuentran lo mismo vasos de ira que vasos de misericordia, lo mismo el grano que la paja, y junto a los pescados buenos están los pescados que han de ser arrojados y destruidos, cogidos todos en la misma red... Pero fuera de aquel tesoro, los vasos pecadores no son vasos de ira, ya que son menos culpables que aquellos: los de fuera son siervos que no han conocido la voluntad de su Señor, y por esto no la cumplen (cf. Lc 12:27). El que entra en la Iglesia se convierte en un vaso de ira o en un vaso de misericordia: pero el que está fuera de la Iglesia, no es ni una cosa ni otra. Necesitaría hallar otro nombre para el que está fuera de la Iglesia: y así como me atrevo a decir que el tal no es un vaso de misericordia, también declaro abiertamente mi opinión, fundada en el sentido común de que no puede llamarse un vaso de ira. ¿Puedo fundar esta opinión en la Escritura?... Dice el Apóstol: “En una casa grande no sólo se encuentran vasos de oro y plata, sino también vasos de madera y de barro: los unos para usos nobles, los otros para usos viles” (2 Tim 2:20)... ¿No podría suceder que en la casa que ha de ser, los vasos de oro y plata, para usos nobles, serán los vasos de misericordia, mientras que los demás” es decir, los hombres ordinarios, aunque no sean ni vasos de ira ni vasos de misericordia, podrán, sin embargo, ser vasos útiles en la gran casa según la misma misteriosa dispensación de Dios? Serían vasos que no habrían sido limpiados, vasos de arcilla, para usos bajos, pero ciertamente necesarios en la casa.⁷²

Así pues, nadie se haga ilusiones, nadie se engañe a sí mismo: fuera de esta casa, es decir, fuera de la Iglesia, no se salva nadie. Si alguno se sale fuera, él mismo se hace responsable de su muerte...⁷³

La intensidad de la fe de la Iglesia primitiva, comparada con la posterior.

En verdad, si nos ponemos a considerar las cosas según la realidad, y no según los números, si juzgamos las cosas según las intenciones, y no según las multitudes reunidas, veremos que ahora no somos ya creyentes. En aquel entonces se era creyente, cuando los mártires eran muchos, cuando volvíamos de los cementerios a las asambleas tras haber acompañado los cuerpos de los mártires, cuando la Iglesia toda estaba de duelo, cuando los catecúmenos eran catequizados para sufrir el martirio y morir confesando su hasta la muerte, sin ser turbados ni conmovidos en su fe en el Dios viviente. Sabemos que entonces vieron signos maravillosos y prodigios. En aquel entonces había pocos creyentes, pero eran videntes verdaderos, que seguían el camino es-

trecho que conduce a la vida. Ahora son muchos, pero como los elegidos son pocos, POCOS son los dignos de la elección y de la bienaventuranza.⁷⁴

La expansión misional del cristianismo.

Los cristianos **no descuidan posibilidad alguna de** sembrar el Evangelio en todas partes de la tierra. Algunos se han afanado por recorrer no sólo las ciudades, sino también los pueblos y aldeas para convertir a los demás al culto de Dios. Nadie dirá que hicieran esto con afán de enriquecerse, ya que muchas veces ni siquiera aceptan lo necesario para su alimento; y si alguna vez se ven forzados a ello por su necesidad, se contentan con lo indispensable, por más que muchos quieran compartir con ellos y entregarles más de lo necesario. Hay que admitir que ahora, tal vez debido al gran número de los que vienen al Evangelio, y a que hay algunos ricos y hombres de posición, y aun mujeres refinadas y nobles que miran con benevolencia a los que lo adoptan, podría alguno atreverse a decir que algunos procuran sobresalir en la enseñanza del cristianismo para procurarse prestigio. Ciertamente, al principio, cuando había grandes peligros particularmente para los que enseñaban, no era posible admitir razonablemente este género de sospecha. Pero aun ahora, la reputación adversa con respecto al resto de la sociedad, sobrepasa el supuesto prestigio ante los que son de la misma fe, el cual ni siquiera entre éstos existe universalmente.⁷⁵

Catecúmenos y penitentes en la Iglesia primitiva.

Los filósofos que hablan en público no hacen discriminación de sus oyentes, sino que todo el que quiere se para a oírlos. Pero los cristianos, en cuanto pueden, examinan de antemano las almas de los que quieren oírles, probándoles individualmente; y cuando antes de entrar en la comunidad los oyentes parecen haber demostrado suficientemente que están dispuestos a llevar una buena vida, entonces los admiten, formando una clase particular de los principiantes o recién admitidos que todavía no han recibido el símbolo de la purificación, y otra clase de los que, en cuanto pueden, se han determinado ya en el propósito de no admitir nada que no sea según la doctrina cristiana. Entre éstos algunos reciben la misión de examinar la vida y las acciones de los que piden admisión, para impedir que los que viven en pecados secretos lleguen a entrar en la asamblea común; a los que no están en esta situación los reciben con toda el alma y procuran hacerlos cada día mejores. Semejante es el método que usan con los pecadores, especialmente con los licenciados, que son expulsados de la comunidad por aquellos que según Celso son semejantes a los que en las plazas profesan enseñar las doctrinas más secretas La venerable escuela de los pitagóricos construía cenotafios a los que se apartaban de su filosofía, pues los consideraban como muertos. Pero los cristianos lloran como muertos a los que han sido vencidos por el desenfreno o por cualquier monstruosidad, pues han muerto para Dios. Y los admiten luego, si dan muestras de una conversión digna de crédito, como a resucitados de entre los muertos, después de un período de prueba mayor que el del principio. Pero los que llegaron a caer después de ser admitidos al Evangelio, no son elegidos para ningún cargo ni dignidad en la que llaman Iglesia de Dios.⁷⁶

El sacerdocio.

Habéis oído que había dos recintos en el templo: el uno era, por así decirlo, visible y abierto a todos los sacerdotes; el otro era invisible, y sólo el sumo sacerdote tenía acceso a él, mientras a los demás permanecían fuera. El primer recinto, a mi entender puede tomarse como representación de la Iglesia en la cual estamos nosotros ahora, mientras vivimos en la carne: en ella los sacerdotes sirven junto al altar de los holocaustos, cuando se ha encendido en él aquel

fuego del que habló Jesús cuando dijo: “He venido a prender fuego sobre la tierra, y grande es mi deseo de que arda” (Lc 12:49). Y os pido que no os extrañéis de que este santuario estuviera sólo abierto a los sacerdotes, ya que todos los que fueron ungidos con la unción del sagrado crisma han sido constituidos sacerdotes...⁷⁷

“Moisés convocó la asamblea y les dijo: Ésta es la palabra que me ordenó el Señor” (Lev 8:5). Aunque el mismo Señor había dado sus órdenes acerca del nombramiento del sumo sacerdote, y había elegido su persona, con todo es convocada la asamblea. Por esto en la ordenación de un sacerdote se ha de exigir la presencia del pueblo, de suerte que todos puedan conocer con toda certeza que la persona elegida es la más sobresaliente de entre todo el pueblo, la más instruida, la más santa,, la más eminente en todo género de virtud. Esto ha de ser hecho en presencia de todo el pueblo, para que luego no sobrevengan desengaños o sospechas...⁷⁸

El poder de la autoridad eclesiástica.

Los que tienen la dignidad episcopal recurren a las palabras “Tú eres Pedro....” (Mt 16:18), pretendiendo haber recibido, como Pedro, de manos del Salvador las llaves del reino de, los cielos. Ellos declaran que lo que es atado, es decir, condenado, por ellos es también atado en el cielo, y que lo que ha sido objeto de perdón por parte de ellos, es perdonado también en el cielo. Sobre esto hay que decir que tal pretensión es válida si se da en ellos aquella disposición por la cual le fue dicho a Pedro “Tú eres Pedro...”; esta palabra podrá apropiárseles si son tales que Cristo pueda construir sobre ellos su Iglesia. Las puertas del infierno no han de prevalecer sobre aquel que ha de atar y desatar; pero si él mismo está “amarrado con las cuerdas de sus propios pecados” (Prov 5:22), en vano puede pretender atar y desatar.⁷⁹

El bautismo.

Que cada uno de los fieles se acuerde de las palabras que pronunció al renunciar al demonio, cuando vino por primera vez a las aguas del bautismo, tomando sobre sí el primer sello de la fe y acudiendo a la fuente salvadora: entonces proclamó que no andaría en las pompas y las obras del demonio, y que no se sometería a su esclavitud y a sus placeres.⁸⁰

Aunque, de acuerdo con la forma prescrita en la tradición de la Iglesia, hemos sido bautizados en aquellas aguas visibles y con el crisma visible, sin embargo; sólo es verdaderamente bautizado “de arriba” en el Espíritu Santo y en el agua el que ha “muerto al pecado,” y ha sido verdaderamente “sumergido en la muerte de Cristo,” y ha sido “sepultado con él” en un bautismo de muerte (cf. Rom 6:3).⁸¹

La eficacia del bautismo.

Hay que observar en los cuatro evangelistas que Juan confeso haber venido a bautizar con agua, pero sólo Mateo añade que esto era “en orden a la conversión” (*eis metanoian*): con esto ensena que la utilidad del bautismo proviene de la elección (*praairesis*) del que es bautizado: el que se convierte la obtiene, pero el que se acerca a él sin esta disposición será objeto de un juicio más severo. Hay que saber, en efecto, que las milagrosas manifestaciones de potencia que el Salvador obró en sus curaciones son símbolos de las curaciones por las que continuamente el Logos de Dios libra de toda enfermedad y debilidad: y sin que dejaran de realizarse en lo corporal, aprovechaban a sus beneficiarios **en cuanto que los invitaban a la fe**. De la misma manera también el lavatorio por medio del agua es símbolo de la purificación del alma, que lava toda mancha de maldad, sin que deje de ser por ello principio y fuente de los dones divinos para aquel que se entrega a sí mismo al poder divino de las invocaciones de la Trinidad adorable: “hay,” en

efecto, “una variedad de dones” (1 Cor 12:4). Confirma esto lo que se narra en los Actos de los Apóstoles acerca del Espíritu que entonces se hacía presente de una manera tan manifiesta a los que se bautizaban, una vez que el agua había preparado el camino¹ a los que se acercaban (al bautismo) con sinceridad hasta el punto que Simón Mago, impresionado por ello, quería alcanzar de Pedro esta gracia, pretendiendo el sumo don de justicia con el dinero de la injusticia... Pero el bautismo que es un nuevo nacimiento no es el que otorgaba Juan, sino el que otorgaba Jesús por medio de los discípulos, y se llama “lavatorio de regeneración” que se hace con “una renovación del Espíritu” (cf. Tit 3:5). Este Espíritu que entonces viene, puesto que es el Espíritu de Dios, “aleteo sobre las aguas” (cf. Gen 1:2): pero no se comunica a todos simplemente con el agua.⁸²

Aposiciones para recibir la eucaristía y la palabra de Dios.

El pedazo de pan que el Señor dio a Judas era igual al que dio a los demás apóstoles cuando les dijo “Tomad y comed”: pero en éstos fue causa de salvación, mientras que en Judas fu causa de condenación, ya que “después de haber recibido el pedazo Satanás entró en él.” Este pan y este cáliz los entiende la gente sencilla, según la interpretación más común, de la eucaristía: pero los que han sido instruidos en una penetración más profunda de las cosas, pueden interpretarlo con relación a una promesa más divina que hace referencia al poder de alimentar que tiene la palabra de la verdad. Para explicarlo con un ejemplo, señalaré el efecto que puede tener aun el más nutritivo pan material: aunque de suyo es capaz de proporcionar salud y bienestar, puede también agravar el estado del que está enfermo sin saberlo. De la misma manera, aun una palabra verdadera administrada a una alma enferma que no está dispuesta para tal género de alimento, puede serle causa de irritación y causa de empeoramiento. En tales casos resulta muy peligroso hablar la verdad.⁸³

La eucaristía.

Los que soléis tomar parte en los divinos misterios sabéis con cuánto cuidado y reverencia guardáis el cuerpo del Señor cuando os es entregado, no sea que alguna pequeña migaja de él pudiera caer al suelo, pudiendo perderse alguna pequeña parte de aquel don santificado. Con razón os sentiríais culpables si por vuestra negligencia cayera al suelo cualquier fragmento. Pues bien, si con razón dais muestras de tal cuidado en guardar el cuerpo del Señor, ¿podéis pensar que sería menos culpable cualquier descuido en guardar su palabra que en guardar su cuerpo?⁸⁴

Lo que es “santificado por la palabra de Dios y la oración” (1 Tim 4:5), no santifica sin más al que lo recibe: si fuera así, santificaría también al que come el pan del Señor indignamente, y nadie se mostraría “enfermo, débil o soñoliento” con esta comida (cf. 1 Cor 11). Por tanto, hasta en lo que se refiere al pan del Señor, el provecho del que lo recibe depende de que se acerque a comunicar de aquel pan con una mente pura y una conciencia limpia. Sólo con no comer de aquel pan santificado por la palabra de Dios y la oración no quedaremos privados de ningún bien; y, al contrario, no abundaremos más en bien alguno sólo con comerlo. Lo que será causa de detrimento en nosotros será nuestra maldad y nuestro pecado, así como lo que será causa de abundancia será la justicia y las buenas obras... Aun el alimento consagrado... pasa al estómago y es evacuado en un lugar secreto en lo que se refiere a su naturaleza material (cf. Mt 9:17): y en lo que se refiere a la oración que lo consagra, su provecho está “en proporción a la fe” (Rom 12:16), siendo causa de discernimiento espiritual en aquel cuya alma tiene puesto el ojo en el provecho espiritual. No es el pan material el que aprovecha al hombre que no come indignamente el pan del Señor, sino que es más bien la palabra que ha sido pronunciada sobre este pan.⁸⁵

Las formas de penitencia en la nueva ley.

Los que dan oído a las enseñanzas de la Iglesia dirán tal vez: las cosas marchaban mejor para los antiguos (judíos) que para nosotros, puesto que por los sacrificios ofrecidos según los diversos ritos se otorgaba el perdón a los pecadores, mientras que para nosotros hay solamente un perdón de los pecados, otorgado al comienzo por la gracia del bautismo. Tras eso, ninguna misericordia, ningún perdón es otorgado al pecador. Es verdad: conviene que la regla del cristiano, por quien Cristo murió, sea más estricta: Para aquellos eran degollados bueyes y ovejas, pero por ti el Hijo de Dios ha sido llevado a la muerte y todavía te complaces en el pecado. Con todo, para que tu esfuerzo en pos de la virtud no tenga menos estímulo, para que no te precipites en la desesperación..., escucha ahora cuántas son las remisiones de los pecados que se contienen en el Evangelio.

En primer lugar está aquella por la que somos bautizados para la remisión de los pecados. La segunda remisión está en sufrir el martirio. La tercera se obtiene mediante la limosna, pues el Señor dijo: “Dad de lo que tenéis, y todo será puro para vosotros” (Lc 11:41). La cuarta se obtiene precisamente cuando perdonamos las ofensas a nuestros hermanos. La quinta cuando uno rescata de su error a un pecador, pues la Escritura dice: “Aquel que recobra a un pecador de su error salva su alma de la muerte y cubre la multitud de los pecados” (Sant 5:20) La sexta se cumple por la abundancia de la caridad, según la palabra del Señor: “Sus pecados le son perdonados, porque ha amado mucho” (Lc 7:47). Hay todavía una séptima, áspera y penosa, que se cumple por la penitencia, cuando el pecador baña su lecho con lágrimas y no tiene vergüenza en confesar su pecado al sacerdote del Señor, pidiéndole curación.⁸⁶

67. Com. in Cant. 2; 69. De Princ. I, Praef. Iss; 70. Com. in Cant. 1,1; 71.Com. in Jo. VI, 5; 72. Hom in Jer. XX, 3; 73. Hom. in Jos. III, 5; 74. Hom. in Jer. IV, 3; 75. Cels. III, 9; 76. Ibid. III, 51; 77. Hom. in Levit. IX, 9; 78. Ibid. VI, 3; 79. Com. in Mat. XII, 14; 80. Hom. in Num. XII, 4; 81. Com. in Rom. 5, 82. Com. In. Jo. VI, 165-168; 83. Ibid. XXXII, 24; 84. Hom. in Exod. XIII, 3; 85. Com. in Mat. XI, 14; 86. Hom. in Levit. 11, 4;

VI. La vida cristiana.

Las fiestas de los cristianos.

Como dice muy bien uno de los sabios griegos: “No hay otra fiesta que la de hacer lo que conviene” (Tucíd. I, 70). Verdaderamente está de fiesta el que hace lo que conviene, orando siempre y ofreciendo continuamente sacrificios incruentos en sus oraciones ante Dios, Por esto me parecen muy exactas las palabras de Pablo: “¿Guardáis los días, y los meses, y los tiempos y los años? Temo por vosotros que habiéndome fatigado en favor vuestro haya sido en vano” (Gal 4:10).

Si alguien opone a esto nuestras celebraciones del día del Señor, de la preparación, de la Pascua o de Pentecostés, diremos que el hombre perfecto que vive siempre en las palabras y las obras y los pensamientos del que es por naturaleza su Señor, el Logos de Dios, siempre está viviendo sus días y celebrando el día del Señor. Así mismo, puesto que siempre se está preparando para la vida verdadera y apartándose de los placeres de esta vida que engañan a la mayoría no alimentando “los pensamientos de la carne” (Rom 8:6-7), sino abofeteando y reduciendo a servidumbre su cuerpo, está continuamente celebrando la preparación (la cuaresma). Igualmente, el que piensa que “Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado” (1 Cor 5:7), y que hay que celebrar las fiestas comiendo la carne del Logos, está continuamente celebrando la Pascua que significa “tránsito,” pasando constantemente con su razón y con todas sus palabras y obras de los negocios de esta vida a Dios, apresurándose por llegar a su ciudad. Además, el que puede decir con verdad “Hemos resucitado con Cristo” (Col 2:12), y también “Hizo que nos levantáramos y nos sentá-

ramos en los lugares celestes en Cristo” (Ef 2:6), está siempre en los días de Pentecostés, particularmente cuando subiendo al cenáculo como los apóstoles de Jesús puede vacar a la petición y a la oración, para hacerse digno del “viento que soplaba vehemente” (Act 2:2), que con su fuerza hacía desaparecer la maldad de los hombres y sus consecuencias, y hacerse digno también de alguna parte de aquella divina lengua de fuego. Pero la masa de los que parecen creer y no han llegado a esta perfección necesita de ejemplos sensibles a moda de recordatorio para impedir que pierda enteramente la conciencia, pues no tiene voluntad y capacidad para guardar todos aquellos días. Me parece que Pablo tenía esto en su mente cuando llamaba “parte de una fiesta” (Col 2:6) la que se celebraba en días determinados distintos de los otros; con estas palabras insinuaba que la vida vivida constantemente según el Logos de Dios no es “parte de una fiesta,” sino una fiesta completa e ininterrumpida...

Podría hablarse largamente acerca de la razón por la que las fiestas instituidas según la ley de Dios enseñan que hay que comer pan de la aflicción” (Dt 16:3), o “los panes asimos con hierbas amargas” (Ex 2:8); o aquella por la que dicen “humillad vuestras almas” (Lev 16:29), y otras cosas semejantes. Porque no es posible que el compuesto humano, mientras “la carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu contrarios a la carne” (Gal 5:17) celebre fiesta en su totalidad. Pues el que celebra fiesta en el espíritu aflige su cuerpo, el cual a causa del “pensamiento de la carne” (Rom 8:6), no puede estar de fiesta con el espíritu. Y el que celebra fiesta según la carne queda excluido de la fiesta según el espíritu⁸⁷

Los sentidos espirituales.

Quien examine esto más profundamente dirá que se da, como lo llama la Escritura, cierto sentido divino general, que únicamente el bienaventurado encuentra ya en la tierra, como se dice en Salomón: “Encontrarás un sentido divino” (Prov 2:5). Este sentido tiene varias formas: una vista capaz de ver cosas que están por encima de lo corporal, de las que son ejemplo obvio los querubines y los serafines; un oído que capta los sonidos que no tienen realidad en el aire; un gusto que sirve para comer el pan vivo que viene del cielo y da la vida al mundo; asimismo un olfato con tal capacidad de oler que Pablo dice que hay un “buen olor de Cristo para Dios” (2 Cor 2:15), y un tacto por el que Juan dice que ha tocado con sus manos “lo referente al Verbo de la vida” (1 Jn 1:1). Los bienaventurados profetas encontraron este sentido divino, y vieron y oyeron sobrenaturalmente, y gustaron y olieron de la misma manera, por así decirlo, con un sentido no sensible; y tocaron el Logos con la fe, de tal forma que salió de él un efluvio que les curó. Fue así como vieron lo que escribieron haber visto, y oyeron lo que dicen haber oído, y tuvieron otras experiencias del mismo género, que nos dejaron escritas, como cuando comieron el rollo del libro que les habían entregado (Ez 2:9-3:3). De esta manera Isaac “olió el olor de los vestidos” sobrenaturales de su hijo y añadió a la bendición sobrenatural: “He ahí que el olor de mi hijo es como el perfume de un campo exuberante bendecido por el Señor” (Gen 27:27). De manera parecida, más espiritual que sensiblemente, Jesús tocó al leproso para limpiarlo, a mi parecer por dos razones: para librarlo, no sólo como entendemos de la letra sensible con el tacto sensible, sino también la otra lepra, con un tacto verdaderamente divino.⁸⁸

El testimonio de vida cristiana está en imitar la mansedumbre de Cristo.

Nuestro salvador y Señor Jesucristo callaba cuando se proferían contra él falsos testimonios, y no respondía a sus acusadores, pues tenía la persuasión de que toda su vida y las obras que había hecho entre los judíos eran más poderosas para refutar los falsos testimonios que las palabras y que los discursos de defensa contra las acusaciones... Los que no tengan una particular

penetración podrán quizás admirarse de que un hombre sometido a acusación y objeto de falsos testimonios, pudiendo defenderse y presentarse como libre de toda culpa con sólo explicar su vida digna y sus milagros obrados por el poder de Dios — con lo que hubiera dado al juez una oportunidad para que pudiera fácilmente absolverlo — no hiciera nada de esto, sino que con gran fortaleza de ánimo despreció a los acusadores y no les hizo caso alguno. Que el juez habría absuelto sin vacilar a Jesús si éste se hubiese defendido, está claro por lo que dice la Escritura... que “sabía que lo entregaban por envidia.” Ahora bien, Jesús sigue siempre siendo objeto de falsos testimonios, y mientras exista el mal entre los hombres no deja de ser acusado, Y también ahora calla Él ante todas estas cosas, y no quiere responder palabra. Su única defensa son sus discípulos auténticos, la vida de los cuales proclama a gritos que la realidad es distinta y tiene más fuerza que cualquier falso testimonio. Esto es lo que refuta y destruye las calumnias y las acusaciones...⁸⁹

La circuncisión espiritual.

Ahora, como hemos prometido, pasemos a examinar cómo ha de entenderse la circuncisión de la carne. Todo el mundo sabe que este miembro en el que se encuentra el prepucio sirve para la función natural del coito y de la generación. Así pues, el que no es intemperante en lo que se refiere a estos movimientos, ni traspasa los límites establecidos por la ley, ni tiene relaciones con otra mujer que no sea su legítima esposa, y aun con ésta lo hace sólo con vistas a la procreación y en los tiempos determinados y legítimos, éste hay que entender que está circuncidado en su carne. Pero el que se arroja a todo género de lascivia y continuamente anda en todo género de abrazos culpables y es arrastrado sin freno por cualquier torbellino de lujuria, éste no está circuncidado en su carne. Ahora bien, la Iglesia de Cristo, vigorizada por la gracia de aquel que por ella murió en la cruz, no sólo se contiene en lo que se refiere a los amores ilícitos y nefandos, sino aun en los lícitos y permitidos, de suerte que, como virgen prometida a Cristo, florece con vírgenes castas y puras, en las cuales se ha realizado la verdadera circuncisión de la carne, y en su carne son fieles a la alianza de Dios que es una alianza eterna.

Nos queda hablar de la circuncisión del corazón. El que anda enardecido con deseos obscenos y bajas concupiscencias, y, para decirlo brevemente, “fornica en su corazón” (Mt 5:28), éste tiene incircunciso el corazón. Pero también el que guarda en su corazón opiniones heréticas y elabora en él afirmaciones blasfemas contra la doctrina de Cristo, también éste tiene incircunciso el corazón. Al contrario, el que en lo íntimo de su conciencia conserva limpia la fe, éste tiene el corazón circuncidado, y puede decirse de él: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán Dios” (Mt 5:8). Y aún me atrevo a añadir a estas expresiones de los profetas otras semejantes. Porque así como hay que circuncidar los oídos, y los labios, y el corazón, y la carne, como hemos dicho así tal vez es también necesario que circuncidemos nuestras manos, nuestros pies y nuestra vista y nuestro olfato y nuestro tacto. Porque, para que el varón de Dios sea en todo perfecto, ha de circuncidar todos sus miembros: ha de circuncidar sus manos de robos, rapacerías y crímenes para ponerlas solo en las obras de Dios. Ha de circuncidar sus pies, para que “no sean veloces para derramar sangre” (Sal 14:3) ni “entren en complicidad con los malvados” (Sal 1:1) sino que caminen sólo dentro de los mandamientos de Dios. Ha de circuncidar sus ojos, para que no apetezcan lo ajeno, ni miren a la mujer para desearla (Mt 5:28): porque el que deja vagar su mirada lasciva y curiosamente hacia las formas femeninas, éste tiene sus ojos incircuncisos. El que cuando come y cuando bebe, “come y bebe a gloria de Dios” (1 Cor 10:31), como dice el Apóstol, éste ha circuncidado su gusto; pero “aquel cuyo Dios es su vientre” (Flp 3:19), y es esclavo de los placeres de la gula, éste diría yo que no ha circuncidado su gusto. El que capta

“el buen olor de Cristo” (2 Cor 2:15), y busca con obras de misericordia el “olor de suavidad” (Ex 29:4), éste tiene el olfato circuncidado; pero el que se pasea “perfumado con perfumes exquisitos” (Am 6:6), hay que declarar que tiene incircunciso el olfato. Todos los miembros, cuando se ocupan en cumplir los mandamientos de Dios, hay que decir que están circuncidados; pero cuando se derraman más allá de lo que la ley de Dios les ha prescrito, entonces hay que considerarlos como incircuncisos.

Esto es en mi opinión lo que quiso significar el Apóstol diciendo: “Así como mostrasteis vuestros miembros para servir a la liquididad para el mal, así también ahora mostrad vuestros miembros para servir a la justicia para santificación” (Rom 6:19). Por que, cuando nuestros miembros servían a la iniquidad, no estaban circuncidados, ni estaba en ellos la alianza de Dios; pero cuando comenzaron a servir “a la justicia para santificación,” empezó a cumplirse en ellos la promesa hecha a Abraham. Entonces queda sellada en ellos la ley de Dios y su alianza. Este es el auténtico eterno entre Dios y el hombre. Esta es la circuncisión que José dio al pueblo de Dios “con cuchillos de piedra” (Jos 5:2). Porque, ¿cuál es el “cuchillo de piedra,” cuál es la espada con la que circuncidado el pueblo de Dios? Oye las palabras del Apóstol: “Viva es la palabra de Dios, y eficaz, y más afilada que espada alguna de dos filos, pues alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y la médula: ella separa las ideas y los sentimientos del corazón” (Heb 4:12). ¿No te parece más elevada esta circuncisión en la que ha de ponerse la alianza de Dios? Compara, si quieres, esta nuestra circuncisión con vuestras fábulas judías y vuestras desagradables narraciones, y considera si está en vosotros o en lo que predica la Iglesia de Cristo la guarda de la circuncisión querida por Dios. Por lo menos tú mismo sentirás y comprenderás que esta circuncisión de la Iglesia es honesta, santa, digna de Dios, mientras que la vuestra es vergonzosa, repugnante, deforme, hasta el punto de que no se puede ni aun hablar de su naturaleza y su aspecto. “Llevarás sobre tu carne — dice Dios a Abraham — la circuncisión de mi alianza” (Gen 17:13) Así pues, si nuestra vida fuere de tal manera perfecta y ordenada en todos nuestros miembros de suerte que todos nuestros movimientos sean según las leyes de Dios, entonces verdaderamente la “alianza de Dios estará sobre nuestra carne.” Con esto hemos recorrido brevemente estos pasajes del Antiguo Testamento, con el ánimo de refutar a aquellos que ponen su confianza en la circuncisión de la carne, y con el de contribuir a la edificación de la Iglesia de Dios.⁹⁰

Las etapas del desierto y los grados de la vida espiritual.

Estas sucesivas acampadas en el desierto son las etapas por las que se lleva a término el viaje de la tierra al cielo. ¿Quién podrá ser hallado suficientemente capaz, suficientemente enterrado de los secretos divinos, para poder describir las etapas de este viaje, de esta ascensión del alma, explicando los trabajos o los descansos que son propios de cada una de estas paradas? Si hay alguien que se atreva a explicar el sentido de cada una de las etapas y a sacar de la inteligencia de sus nombres las características de cada una de las acampadas, no sé si su espíritu será capaz de soportar el peso de tan grandes misterios, o si el de sus oyentes será capaz de comprenderlo... Por lo que a ti se refiere, si no quieres caer en el desierto, sino llegar al país que fue prometido a tus padres, no aceptes quedarte en parte alguna de esta tierra, no tengas nada en común con ella. Que el Señor sea tu único lote, y tú no caerás jamás. Se trata de la subida desde Egipto a la tierra de las promesas: las descripciones místicas que nos han sido hechas nos enseñan, como he dicho, la ascensión del alma hasta el cielo y la resurrección de los muertos.⁹¹

La esclavitud del temor y la libertad del amor.

Dos son, pues, los hijos de Abraham, “uno de la esclava y otro de la libre” (Gal 4:22): ambos hijos de Abraham, pero sólo uno de la libre. Por ello, el que nace de la esclava no es hecho heredero al igual que el que nace de la libre, pero recibe su legado y no se le despide vacío: recibe la bendición, pero el hijo de la libre recibe la promesa. Aquél se convierte en un gran pueblo, **pero éste en el pueblo escogido.** Así pues, en sentido espiritual, todos los que por la fe llegan al conocimiento de Dios se pueden llamar hijos de Abraham: pero de ellos, unos se adhieren a Dios por la caridad, mientras que otros lo hacen por el miedo del juicio venidero. Por eso dice el apóstol Juan: “El que teme no es perfecto en la caridad: la perfecta caridad excluye el temor” (1 Jn 4:18). Por tanto, “el que es perfecto en la caridad” es hijo de Abraham y de la libre; pero el que guarda los mandamientos, no en virtud de la caridad perfecta, sino por el miedo a la pena venidera y por el temor de los tormentos, es ciertamente hijo de Abraham y recibe su legado, es decir, la recompensa de su trabajo — porque es verdad que “el que da aunque sólo sea un vaso de agua fresca en nombre del discípulo no se quedará sin recompensa” (cf. Mt 10:42) — , pero está por debajo de aquel que es perfecto en virtud, no del temor servil, sino de la libre caridad. Algo semejante declara el Apóstol cuando dice: “Mientras el heredero es un niño, en nada difiere del esclavo, aunque sea el señor de todo, sino que está bajo los tutores y procuradores hasta el momento predeterminado por su padre” (Gal 4:1). Es pequeño el que se alimenta con leche y el que todavía no posee palabras de justicia (cf. Heb 5:14), ni puede tomar el alimento sólido de la sabiduría divina y del conocimiento de la ley; el que no puede “distinguir las cosas espirituales con sentido espiritual” (1 Cor 2:13), el que no puede decir todavía: “Cuando me hice hombre maduro abandoné las cosas de niño” (1 Cor 13:11). Este tal, “en nada se distingue del esclavo.” Pero si, “abandonando la doctrina rudimentaria sobre Cristo” (Heb 6:1), llega al estado perfecto y “busca lo que es de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, no lo de la tierra” (Col 3:1) y “contempla no lo que se ve, sino lo que no se ve” (2 Cor 4:18), y en las Escrituras divinas sigue no “la letra que mata” sino “el espíritu que vivifica” (2 Cor 3:6), será sin duda de los que “no reciben el espíritu de esclavitud en el temor, sino el espíritu de adopción con el que claman: Abba, Padre” (Rom 8:15).⁹²

Sobre el sacrificio de Isaac.

Prestad oído a esto, los que os habéis allegado a Dios, los que creéis que sois fieles, y considerad con especial diligencia cómo es probada la fe de los fieles según lo que acabamos de leer. “Sucedió, dice, que después de estas palabras puso a prueba Dios a Abraham diciéndole: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí” (Gen 22:1) Considera cada una de las cosas que dice la Escritura, porque en cada una de ellas” si uno sabe cavar hondo, encontrará un tesoro; y aun quizás allí donde no se pensaba se hallen ocultas preciosas joyas de misterios. Este varón se llamaba antes Abram, pero en ninguna parte leemos que Dios le llamara por este nombre, o que le dijera: Abram, Abram. En efecto, no podía ser llamado por Dios por este nombre que había de ser suprimido, sino que le llama por aquel nombre que él mismo le había dado; y no sólo le llama por este nombre, sino que lo repite dos veces. Y como respondiera: “Heme aquí,” dísele Dios: “Toma a tu hijo amadísimo, al que amas, Isaac, y sacrifícamelo.” “Vete, le dice, a las tierras altas, y allí sacrificalo en holocausto en uno de los montes que te mostraré.” El mismo Dios explicó por qué le había dado aquel nombre llamándole Abraham, porque “te he destinado para ser padre de muchas gentes” (Gen 17:5) Esta promesa le había hecho Dios cuando sólo tenía por hijo a Ismael, pero le prometió que en el hijo que había de nacer de Sara se cumpliría esta promesa. Así pues, había inflamado Dios los sentimientos de Abraham en amor de su hijo, no sólo por su deseo de descendencia, sino también por la esperanza del cumplimiento de las promesas.

Pero, precisamente a éste, en el que habían sido colocadas estas grandes y maravillosas promesas, a éste hijo, insisto, por el que se le había dado el nombre de Abraham, se le manda que lo sacrifique al Señor en una montaña. ¿Qué respondes a eso, Abraham? ¿Qué pensamientos se agitan en tu corazón? Se te envía una voz de Dios para examinar y poner a prueba tu fe. ¿Qué dices? ¿Qué piensas? ¿Qué meditas? Le vas dando vueltas en tu corazón, pensando que si la promesa te ha sido hecha en Isaac y ahora lo ofreces en holocausto, ya no queda sino dejar de esperar en la promesa? ¿O piensas más bien lo contrario, y afirmas que es imposible que mienta aquel que hizo la promesa, y que sea lo que sea de aquello la promesa se mantendrá firme? Realmente, yo, que soy tan poca cosa, no puedo investigar los pensamientos de tan gran patriarca, ni puedo saber los pensamientos que suscitó en él la voz de Dios, ni los sentimientos que le infundió cuando, viendo para ponerle a prueba, le mandó degollar a su único hijo. Pero, puesto que “el espíritu de los profetas está sometido a los profetas” (1 Cor 14:32), el apóstol Pablo, habiéndolo conocido, según creo, por el Espíritu, nos indicó cuáles fueron los sentimientos y las razones de Abraham, cuando dice: “No vaciló Abraham en la fe al tener que sacrificar a su único hijo por el cual le había sido hecha la promesa, pues pensó que Dios tenía poder hasta para resucitarlo de entre los muertos” (Heb 11:17-19). Así pues, el Apóstol nos descubre los pensamientos de aquel varón creyente, a saber, que ya entonces comenzó a darse la fe en la resurrección de los muertos con referencia a Isaac. Según esto Abraham esperaba que Isaac tenía que resucitar, y creía que tenía que suceder lo que todavía no había sucedido. ¿Cómo, pues, son “hijos de Abraham” los que no creen que ha sucedido con Cristo lo que aquél creyó que había de suceder con Isaac? Más aún, hablando con menos rodeos, sabía Abraham que en él se prefiguraba una imagen de la verdad futura; sabía que de su linaje había de nacer Cristo, el cual tenía que ser sacrificado como holocausto auténtico por todo el mundo, y tenía que resucitar de los muertos.

Pero por ahora, “ponía a prueba, dice, Dios a Abraham, diciéndole: Toma a tu hijo amadísimo, al que amas.” No bastaba con llamarle “hijo”: le añade “amadísimo.” Con esto habría bastante: ¿por qué le añade todavía “al que amas”? Considera la fuerza de la prueba. Con estas denominaciones caras y dulces, repetidas una y otra vez, quiere suscitar sus sentimientos paternos, a fin de que teniendo el recuerdo del amor muy despierto, la diestra del padre se resistiese a la inmolación del hijo, y todo el ejército de la carne se pusiera en guerra contra la fe del espíritu. Dice, pues: “Toma a tu hijo amadísimo, al que amas, Isaac.” Pase, Señor, que recuerdes al padre que se trata del hijo; añades “amadísimo,” tratándose de aquel que mandas degollar. Basta esto para tormento del padre; pero añades todavía: “al que amas.” Con esto ya se han triplicado los tormentos del padre. ¿Qué falta hacia traer todavía a la memoria el nombre de “Isaac”? ¿Acaso no sabía Abraham que aquel hijo suyo amadísimo, aquel a quien amaba, se llamaba Isaac? ¿Por qué se añade esto en este momento. Para que se acuerde Abraham de que le habías dicho: “Por Isaac se te suscitará descendencia, y por Isaac se te cumplirán las promesas” (Gen 21:12) Se hace mención del nombre, a fin de que tenga entrada la desconfianza acerca de las promesas que se habían hecho por este nombre. Todo esto, porque ponía a prueba Dios a Abraham.

¿Y qué más? “Vete, le dice, a un lugar alto, a uno de los tres que te mostraré, y allí me lo sacrificarás en holocausto (Gén 22:2). Considerad todos los detalles, para ver cómo se va haciendo más grande la prueba. “Vete a un lugar alto.” ¿Es que podía ser llevado desde un principio Abraham con su hijo a aquel lugar alto, y no podía haber sido puesto desde un principio en el monte que hubiere elegido el Señor, declarándosele allí que sacrificase a su hijo? No, primero se le dice que ha de sacrificar a su hijo, y luego se le manda que vaya a un lugar alto y suba al monte. ¿Para qué? Para que mientras ya andando, mientras hace el viaje, a lo largo de todo el camino vaya sintiendo el desgarrón de sus pensamientos, atormentado por un lado por el precepto que le

opprime, y por otro por el amor de su único hijo que se rebela. Se le impone aquel camino y aquella subida al monte a fin de que con esto haya tiempo para la lucha entre el afecto y la fe, el amor de Dios y el amor de la carne, el gozo de lo presente y la esperanza de lo futuro. Se le envía, pues, a un lugar alto; y no le basta a aquel patriarca que tenía que llevar a cabo tan grande obra para el Señor un lugar alto, sino que se le manda subir a un monte, a saber, para que levantado por la fe deje abajo las cosas terrenas y se eleve a las de arriba.

“Levantóse, pues, Abraham, de madrugada, y preparó su asna, y cortó leña para el holocausto. Y tomó a su hijo Isaac y a dos esclavos, y al cabo de tres días llegó al lugar que Dios le señaló.” Levantóse Abraham de mañana, especificando “de madrugada” quizás para significar que la luz primera comenzaba a brillar en su corazón. Preparó su asna, arregló la leña, tomó al hijo. No anda en deliberaciones, no le da vueltas, no comunica sus pensamientos con hombre alguno, sino que sin más se pone en camino. “Y llegó, dice, al cabo de tres días al lugar que Dios le señaló.” Paso ahora por alto el misterio que se oculta en los “tres días”: sólo me fijo en la sabiduría y el plan del que le pone a prueba. ¿Es que no había en las cercanías alguna montaña, siendo así que todo ocurría en la región montañosa? Tres días se alarga el camino, y los cuidados repetidos de estos tres días van atormentando las entrañas paternales: porque en todo este largo tiempo está el padre contemplando al hijo, come con él, cuélgase por las noches el hijo en el abrazo del padre, descansa en su pecho, duerme en su seno. Considera hasta qué punto se acumulan los elementos de la prueba. El tercer día es un día en que suelen ocurrir siempre misterios: al salir el pueblo de Egipto, ofrecen sacrificio a Dios al tercer día, y al tercer día se purifican; la resurrección del Señor tiene lugar al tercer día, y muchos otros misterios se han realizado en este día.

“Y tendiendo la vista Abraham, dice, vio de lejos el lugar y dijo a sus esclavos: sentaos aquí con el asna, y yo y mi hijo iremos hasta allí, y después de haber hecho adoración volveremos a vosotros.” Deja a los esclavos, porque los esclavos no podían subir con Abraham al lugar del holocausto que Dios le había señalado. “Vosotros, dice, sentaos aquí, y yo y mi hijo seguiremos; y después de haber hecho adoración volveremos a vosotros.” Dime, Abraham: ¿dices la verdad a los esclavos, al decir que harás adoración y volverás con el hijo, o los engañas? Si dices la verdad, es que no ofrecerás el holocausto. Si los engañas, el engaño no es cosa digna de tan gran patriarca. ¿Qué sentimientos revelas con esta manera de hablar? Digo la verdad, es tu respuesta, y al mismo tiempo voy a ofrecer a mi hijo en holocausto, pues por esto llevo la leña contigo. Pero volveré con él a vosotros, pues tengo fe, y mi fe es “que Dios tiene poder aun para resucitarle de los muertos” (Heb 11:19).

Luego, “tomó Abraham, dice, la leña para el holocausto, y la cargó sobre su hijo Isaac, y él tomó en sus manos el fuego y el cuchillo, y partieron los dos” (Gen 22:6) Que Isaac lleve él mismo la leña para el holocausto es figura de Cristo, que “llevó el amo la cruz” (Cf. Jn 19:17). Pero llevar la leña del holocausto es oficio del sacerdote: por tanto, él es a la vez hostia y sacerdote. Cuando se añade “y partieron los dos juntos” se significa lo siguiente. Abraham, que tenía que hacer el sacrificio, llevaba el fuego y el cuchillo, e Isaac no va detrás de él, sino juntamente él para mostrar que con él desempeña un mismo sacerdoccio.

¿Que, viene luego? “Dijo Isaac a Abraham su padre: Padre.” En momento oportuno profirió el hijo esta palabra de tentación. Porque, ¿cómo piensas que sacudiría con esta voz las entrañas paternas el hijo que iba a ser inmolado? Y aunque Abraham se mantenía incombustible en su fe, le devolvió también una palabra de afecto contestando: “¿Quéquieres, hijo?” Dice aquél: “He aquí el fuego y la leña, pero ¿dónde está la oveja para el holocausto?” Responde Abraham: “Hijo, Dios mismo se proveerá una oveja para el holocausto.” A mí me commueve esta respuesta

de Abraham, tan llena de amor y de prudencia. Hubo de tener algo de visión espiritual, ya que al decir “Hijo, Dios mismo se proveerá una oveja para el holocausto” hablaba no de aquel momento, sino del futuro. Porque el mismo Señor se había de proveer una oveja para sí en Cristo, ya que “la sabiduría se edificó una morada para sí” (Prov 9:1), y él mismo se humilló hasta al muerte (cf. Flp 2:8), de suerte que todo lo que en la Escritura se refiere de Cristo verás que sucedió no por imposición, sino por propia voluntad.

“Siguieron, pues, los dos, y llegaron al lugar que le había indicado el Señor.” Moisés, cuando llegó al lugar que le mostró el Señor, recibe la intimación de no subir, sino que antes se le manda: “Desata la correa del calzado de tus pies” (Ex 3:5) Pero a Abraham e Isaac no se les dice nada de esto, sino que suben sin quitarse el calzado. La razón de ello está quizá en que Moisés, aunque *era* “grande” (cf. Ex 11:3), venía de Egipto, y llevaba adheridos a sus pies algunos vínculos de mortalidad. Pero Abraham e Isaac no tienen nada de esto, y se acercan al lugar: Abraham levanta un altar, pone sobre el altar la leña, ata al hijo y se dispone a degollarle. En esta Iglesia sois muchos los padres que escucháis esta narración: ¿acaso alguno de vosotros al oír narrar esta historia obtendrá tanta fortaleza, y tanta valentía, que cuando tal vez pierda a su hijo por la muerte ordinaria que a todos ha de venir, aunque se trate de un hijo único, aunque se trate de un hijo preferido aplicará el ejemplo de Abraham poniendo ante sus ojos su grandeza de alma? Y aun a ti no se te exigirá tan gran fortaleza, hasta el punto de que tú mismo hayas de atar a tu hijo, tú mismo hayas de sujetarlo, tú mismo prepares el cuchillo, tú mismo degüelles a tu unigénito. Todos estos oficios a ti no se te pedirán; pero por lo menos mantente firme en tu propósito y en tu voluntad, y agarrado a la fe ofrece con alegría tu hijo a Dios. Sé tú el sacerdote del alma de tu hijo: ahora bien, no es digno que el sacerdote, al ofrecer un sacrificio a Dios, vaya con llanto. ¿Quieres ver cómo se te exige esto? — Dice el Señor en el Evangelio: “Si fueseis hijos de Abraham, haríais también las obras de Abraham” (Jn 8:39). Esta es la obra de Abraham. Haced las obras de Abraham, pero no con tristeza, porque “Dios ama al que ofrece el don con alegría” (2 Cor 9:7). Pero si vosotros llegáis a tener esta presteza para con Dios, se os dirá también a vosotros: “Sube a la tierra alta y al monte que te mostraré, y sacrificame allí a tu hijo.” No en las profundidades de la tierra, ni en el “valle de lágrimas” (cf. Sal 83:7), sino en los montes altos y eminentes has de sacrificar a tu hijo. Da muestras de que tu fe en Dios es más fuerte que el afecto de la carne. Porque, dice, amaba Abraham a su hijo Isaac, pero puso el amor de Dios por delante del amor de la carne, y fue hallado, no en las entrañas de la carne, sino “en las entrañas de Cristo” (cf. Flp 1: 8), es decir, en las entrañas de la palabra de Dios, de su verdad y de su sabiduría.

“Y extendió, dice, Abraham su mano para tomar el cuchillo y degollar a su hijo. Y le llamó un ángel del Señor desde el cielo, y le dijo: Abraham, Abraham. Y él dijo: Heme aquí. Y le dijo: No pongas tu mano sobre tu hijo, ni le hagas daño alguno, pues ahora he conocido que tú temes a Dios.” Sobre estas palabras se nos suele objetar que diga Dios que ahora conoce que Abraham le teme, como si antes no lo supiera. Lo sabía Dios y no lo ignoraba, ya que “él sabe todas las cosas antes de que sucedan.” Esto se escribió por causa tuya, porque tú también creíste en Dios, pero si no cumples las “obras de la fe” (cf. 2 Tes 1:11), si no estás dispuesto a obedecer en todos los mandamientos, aun los más difíciles, si no ofreces tu sacrificio mostrando que no prefieres a Dios ni tu padre, ni tu madre, ni tus hijos, no se te admitirá que temes a Dios, ni se dirá de ti: “Ahora he conocido que tú temes a Dios.” Por ejemplo, puedo estar resuelto al martirio, pero con esto no podrá decirme el ángel: “Ahora he conocido que tú temes a Dios” La resolución de la mente sólo Dios la conoce. Pero si me llevo a los tormentos, hago una buena confesión de fe, aguento con fortaleza todo lo que me infligan, entonces podrá decir el ángel como confirmando y corroborando mi actitud: Ahora he conocido que tú temes a Dios. Está bien, pues, que

se le haya dicho esto a Abraham, y que se haya declarado que temía a Dios. ¿Por qué? Porque no perdonó a su propio hijo. Comparemos esto con lo que dice de Dios el Apóstol: “No perdonó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Rom 8:32) Contempla cómo Dios entra en parangón con el hombre con grandiosa liberalidad: Abraham ofrece a Dios su hijo mortal, que no había de morir; Dios ofrece a la muerte por los hombres a su hijo inmortal. Ante esto, ¿qué diremos? ¿Qué le devolveremos al Señor a cambio de todo lo que nos ha dado? (Sal 105:3). Dios Padre, por amor nuestro, no perdonó a su propio hijo. ¿Quién de vosotros podrá oír alguna vez la voz de Dios diciendo “Ahora he conocido que tú temes a Dios, porque no has perdonado a tu hijo,” o a tu hija, o a tu esposa, o no has perdonado tu dinero, los honores del siglo y las ambiciones del mundo, sino que lo has despreciado todo y lo has tenido por estiércol para ganar a Cristo (cf. Flp 3:8), lo has vendido todo dándolo a los pobres, y has seguido la Palabra de Dios?⁹³

La confesión de Pedro.

“Simón Pedro contestó y dijo: Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo” (Mt 16:16). Si nosotros proclamamos también con Pedro “Tu eres Cristo...” no porque esto nos sea revelado por la carne y la sangre, sino porque la luz que viene del Padre ha iluminado nuestros corazones, entonces nos convertimos en “Pedro,” y entonces podremos oír “Tú eres Pedro.” Porque cada discípulo de Cristo es una piedra, toda vez que ha bebido de “aquella piedra espiritual” (1 Cor 10:4). Sobre esta piedra está construido el designio de la Iglesia y la forma de vida que le corresponde. Porque el que es perfecto posee todas las cosas que proporcionan la plena felicidad en palabras, obras y pensamientos Y en cada uno de ellos está la Iglesia construida por Dios.⁹⁴

La experiencia mística y su fugacidad.

Acontece a menudo en todo este cántico una cosa que no puede comprenderla más que el que la haya experimentado. A menudo, Dios es testigo, he sentido que el Esposo se me acercaba y que estaba conmigo con la máxima intimidad posible: pero de repente se retiraba, y ya no podía encontrar más al que buscaba. Entonces, he aquí que de nuevo estoy ansiendo por su venida, y algunas veces viene de nuevo: y habiéndoseme aparecido y teniéndole ya entre mis manos cogido, de nuevo se me escapa, y en cuanto se me ha escapado, de nuevo dándole yo buscando. Y esto lo hace a menudo, hasta que pueda tomarle y subir a él...⁹⁵

El conocimiento de Dios es siempre perfectible.

El alma anda sin cesar buscando el Logos amado; y cuando lo ha encontrado, de nuevo siente otras dificultades y se pone a buscar: aunque ha contemplado aquello, ansia porque le sea revelado lo otro y cuando esto alcanza, desea que el Esposo pase a nuevas realidades.⁹⁶

87. C. Cels. vin, 21ss; 90. Hom. in Gen. III, 6; 91. Hom. XXVII, 4; 92. Hom. in Gen. VII, 4; 93. Hom. in Gen. VIII; 94. Com. in Mat. XII, 10; 95. Com. in Cant. 7, 1; 96. Ibid. 5, 9;

VII. Escatología.

La bienaventuranza.

Aquellas criaturas que no son santas en virtud de su propio ser, pueden ser hechas santas por participación en el Espíritu, que el Apóstol llama “la gracia del Espíritu Santo.” Estas criaturas, pues reciben su existencia de Dios Padre, su racionalidad del Verbo y su santidad del Espíritu Santo. Y una vez que han sido santificadas mediante el Espíritu Santo, se hacen capaces de

recibir a Cristo en cuanto es “justicia de Dios” (1 Cor 1:30), y los que se han hecho dignos de avanzar hasta este estadio por la santificación del Espíritu Santo, seguirán adelante hasta alcanzar el don de sabiduría en virtud del Espíritu de Dios y su acción en él... De esta suerte, la acción del Padre, que da a todas las cosas su existencia, se manifiesta más espléndida e impresionante según que cada uno va avanzando y va alcanzando los estadios superiores progresando en la participación de Cristo como sabiduría, conocimiento y santificación. Y a medida que uno se va haciendo más puro y limpio **por medio de la participación en el Espíritu Santo**, se va haciendo digno de recibir y recibe efectivamente la gracia, el conocimiento y la sabiduría. Hasta que finalmente, cuando hayan sido removidas y purgadas todas las manchas de polución e ignorancia, Negará a un grado tan alto de pureza y limpieza, que aquel ser que había sido dado por Dios se convierte en digno de aquel Dios que lo había dado precisamente para que pudiera llegar a tal Pureza y perfección, llegando a tener una perfección comparable a la del que le dio el ser. Y entonces, el que haya llegado a la perfección que quiso que tuviera el que lo creó, recibirá de Dios la virtud de existir para siempre y de permanecer eternamente... Por esto, mientras se halla en su estadio incipiente este progreso que por la incesante acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ha de ir por sus diversos estadios, apenas si podemos alguna vez intuir lo que ha de ser aquella vida santa y bienaventurada, la es de tal condición, que una vez que la hayamos alcanzado después de muchos trabajos, permaneceremos en ella sin que nunca lleguemos a sentirnos hartos de aquel Bien, sino que cuanto mas alcancemos de aquella bienaventuranza, tanto más crecerá, dilatará nuestro deseo de ella, ya que iremos alcanzando y poseyendo cada vez con más amor y mayor capacidad al Padre, al Hijo y Espíritu Santo...⁹⁷

La resurrección de la carne.

Ni nosotros ni las divinas escrituras decimos que los que murieron de antiguo al resucitar de la tierra vivirán con la misma carne que tenían sin sufrir cambio alguno en mejor... Porque hemos oído muchas escrituras que hablan de la resurrección de una manera digna de Dios. Por el momento basta aducir las palabras de Pablo en su primera carta a las Corintios (15:35ss): “Dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Y con qué género de cuerpo se presentarán? Insensato: lo que tú siembras no brota a la vida si no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo o de alguna otra semilla. Pero Dios le da un cuerpo como quiere, y a cada una de las semillas su cuerpo correspondiente.” Fíjate, pues, cómo en estas palabras dice que no se siembra “el cuerpo que ha de ser,” sino que de lo que es sembrado y arrojado como grano desnudo en la tierra da Dios “a cada una de las semillas su cuerpo correspondiente”; algo así sucede con la resurrección. Pues de la semilla que se arroja surge a veces una espiga, y a veces un árbol como la mostaza, o un árbol todavía mayor en el caso del olivo de hueso o de los frutales.

Así pues, Dios da a cada uno un cuerpo según lo que ha determinado: así sucede con lo que se siembra, y también con lo que viene a ser una especie de siembra, la muerte: en el tiempo conveniente, de lo que se ha sembrado volverá a tomar cada uno el cuerpo que Dios le ha designado según sus méritos. Oímos también que la Biblia nos enseña en muchos pasajes que hay una diferencia entre lo que viene a ser como semilla que se siembra y lo que viene a ser como lo que nace de ella. Dice: “Se siembra en corrupción, surge en incorrupción; se siembra en deshonor, surge con gloria; se siembra en debilidad, surge con fuerza; se siembra un cuerpo natural, surge un cuerpo espiritual” (1 Cor 15:42). El que pueda que procure todavía entender lo que quiso decir el que dijo: “Cual terrestres, así son los hombres terrestres, y cual celestes, así son los hombres celestes. Y de la misma manera en que llevamos la imagen del terrestre, así llevamos la

imagen del celeste” (1 Cor 15:48). Y aunque el Apóstol quiere ocultar en este punto los aspectos misteriosos que no serían oportunos para los más simples y para los oídos de la masa de los que son inducidos a una vida mejor por la simple fe, sin embargo, para que no interpretáramos mal sus palabras, después de “llevaremos la imagen celeste” se vio obligado a decir: “Os digo esto, hermanos, que ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de los cielos, ni la corrupción hereda la incorrupción.” Luego, puesto que tenía conciencia de que hay algo de inefable y misterioso en este punto, y como convenía a uno que dejaba a la posteridad por escrito lo que él sentía, añade: “Mirad que os hablo de un misterio.” Ordinariamente esto se dice de las doctrinas más profundas y más místicas y que con razón se mantienen ocultas al vulgo...

No es de gusanos, pues, nuestra esperanza, ni anhela nuestra alma un cuerpo que se ha corrompido; sino que el alma, si bien necesita de un cuerpo para moverse en el espacio local, cuando está instruida en la sabiduría — según aquello: “La boca del justo practicará la sabiduría” (Sal 36:30) — conoce la diferencia entre la habitación terrestre que se corrompe, en la que está el tabernáculo, y el mismo tabernáculo, en el cual los que son justos gimen afligidos porque no quieren ser despojados del tabernáculo, sino que quieren revestirse con el tabernáculo, para que al revestirse así “lo que es mortal sea tragado por la vida” (Cf. 2 Cor 5:1)...⁹⁸

La resurrección de la carne y el poder de Dios sobre la naturaleza

Nosotros no decimos que el cuerpo que se ha corrompido retorne a su naturaleza originaria, como tampoco el grano de trigo que se ha corrompido vuelve a ser aquel grano de trigo (Cf. 1 Cor. 15:37). Decimos que así Como del grano de trigo surge la espiga así hay cierto principio incorruptible en el cuerpo, del cual surge el cuerpo “en incorrupción” (1 Cor 15:42). Son los estoicos los que dicen que el cuerpo- que se ha corrompido enteramente vuelve a recobrar su naturaleza originaria, pues admiten la doctrina de que hay períodos idénticos. Fundados en lo que ellos creen una necesidad lógica, dicen que todo se recompondrá de nuevo según la misma composición primera de la que se originó la disolución. Pero nosotros no nos refugiamos en un argumento tan poco asequible **como el de que todo es posible para Dios**, pues tenemos conciencia de que no comprendemos la palabra “todo” aplicada a cosas inexistentes o inconcebibles. En cambio decimos que Dios no puede hacer cosa mala, pues el dios que pudiera hacerla no sería Dios. “Si Dios hace algo malo, no es Dios” (Euríp. fr. 292 Nauck). Cuando afirma Celso que Dios no quiere lo que es contra la naturaleza, hay que hacer una distinción en lo que dice. Si para uno lo que es contra la naturaleza equivale al mal, también nosotros decimos que Dios no quiere lo que es contra la naturaleza, como no quiere lo que proviene del mal o del absurdo. Pero si se refiere a lo que se hace según la inteligencia y la voluntad de Dios, se sigue necesaria e inmediatamente que esto no será contra la naturaleza, ya que no puede ser contra la naturaleza lo que hace Dios, aunque sean cosas extraordinarias o que parecen serlo a algunos.

Si nos fuerzan a usar estos términos, diremos que con respecto a lo que comúnmente se considera naturaleza, Dios puede a veces hacer cosas que están por encima de tal naturaleza, levantando a hombre sobre la naturaleza humana, y transmutándolo en un naturaleza superior y más divina, y conservándolo en ella todo en que el que es así conservado manifiesta por sus acciones esta condición.”

El cuerpo de los difuntos.

En manera alguna admitimos la transmisión de las almas ni su caída incluso a los animales irracionales; y está claro que si a veces nos abstengamos de los animales en el uso de las carnes, no es por razones semejantes a las de Pitágoras. Tenemos conciencia de que sólo damos

honor al alma racional, y entregamos a la sepultura con honores a los que han sido órganos de ésta según los ritos acostumbrados: porque es digno que la morada del alma racional no sea arrojada sin honor y de cualquier manera como la de los animales irracionales. De manera particular creen los cristianos que el honor que dan al cuerpo en el que habitó un alma racional se extiende a la misma persona que recibió tal alma que supo combatir un buen combate con aquel órgano o instrumento...¹⁰⁰

En manera alguna es despreciable el cuerpo que ha soportado sufrimientos por causa de la piedad y que ha escogido tribulaciones por causa de la virtud; el que es enteramente despreciable es el que se ha consumido en placeres malvados. En todo caso la palabra divina dice: “¿Cuál es la semilla digna de honor? La del hombre. ¿Cuál es la semilla despreciable? La del hombre” (Eccl 10:19).

Sobre el dicho de Heraclito “Los cadáveres se arrojan como más despreciables que el estiércol” (fr. 96 Diels), uno podría decir que los que sean estiércol ciertamente han de ser arrojados, pero los cadáveres humanos, a causa del alma que habitó en ellos, especialmente si ésta fue de buena condición, no han de ser arrojados. Según las mejores tradiciones se consideran dignos de sepultura con el honor que se puede, en consideración a estos aspectos; pues en cuanto podemos, no queremos hacer insulto al alma que espera en Dios, arrojando el cuerpo en cuanto el alma lo abandona como si fuera el cuerpo de un animal.¹⁰²

El reino universal del Logos de Dios (la apocatástasis)*.

Si he de decir algo sobre una cuestión, que requeriría mucho estudio y preparación, diré unas pocas cosas mostrando que la unión de todos los seres racionales bajo una sola ley no sólo es posible, sino también verdad. Los estoicos dicen que cuando el elemento más fuerte se haga dominante sobre los demás, entonces tendrá lugar la conflagración universal por la que todo se convertirá en fuego. Pero nosotros decimos que vendrá tiempo en que el Logos dominará sobre toda la naturaleza racional, y transformará todas las almas en su propia perfección, cuando cada uno, haciendo uso de su libre voluntad (*psilé exausía*) escogerá lo que quiere (el Logos) y obtendrá lo que haya escogido. Y así como pensamos que en lo que se refiere a las enfermedades y heridas del cuerpo no es probable que se dé alguna que no pueda ser en absoluto superada por la ciencia médica, así tampoco consideramos probable que en lo que se refiere al alma haya alguno de los efectos del mal que no pueda ser remediado por Dios y por el Logos supremo. Porque el Logos es más fuerte que todos los males, del alma, así como la virtud de curar que hay en él, **la cual aplica a cada uno según la voluntad de Dios: y el fin de todas las cosas es la destrucción del mal...**

Seguramente es verdad que esto es imposible para los que todavía están en sus cuerpos; pero no lo es para los que se han liberado de ellos.¹⁰³

La Iglesia, cuerpo de Cristo, y su restauración final.

“Destruid este templo, y en tres días loreedificaré” (Jn 2:19): ambas cosas, el templo y el cuerpo de Jesús, me parecen, según una de las interpretaciones recibidas, ser figura de la Iglesia, pues está edificada con piedras vivientes para ser edificio espiritual para un sacerdocio santo (cf. 1 Pe 2:5), edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, teniendo por piedra angular a Cristo Jesús” (Ef 2:20) y reconocida como “templo.” Ahora bien, según aquello de que “vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros unos de otros” (1 Cor 12:27), aunque parezca que la armonía de las piedras del templo es destruida, o que sean esparcidos los huesos de Cristo (como se escribe en el salmo 21) por las embestidas de las persecuciones y tribulaciones que le infieren

los que atacan la unidad del templo, éste será de nuevo levantado y resucitará su cuerpo al tercer día, una vez pasado el día de la iniquidad que lo dominaba y el día del fin, que viene después de él. Porque se instaurará un tercer día en el “nuevo cielo” y la “nueva tierra” (cf. Ap 21:1), en el cual estos huesos, es decir, toda la casa de Israel, vencida la muerte, resucitará en el gran día del Señor. De esta forma, la resurrección de Cristo a partir de la pasión de la cruz, que ya ha tenido lugar, incluye el misterio de la resurrección de todo el cuerpo de Cristo: así como el cuerpo” sensible de Jesús fue crucificado y sepultado y luego resucitó, **así el cuerpo de Cristo formado por la totalidad de los santos ha sido crucificado con él y ya no vive**; porque cada uno de ellos, como Pablo, ya no se gloría en nada sino en “la cruz de nuestro Señor Jesucristo,” por la cual está crucificado al mundo y el mundo lo está para él. Y no sólo fue crucificado con Cristo y está crucificado al mundo, sino que también ha sido con sepultado con Cristo, pues dice Pablo: “Hemos sido con sepultados con Cristo” (Rom 6:4); pero añade, como habiendo conseguido una cierta prenda de resurrección: “Hemos con resucitado con él” (Rom 6:5), porque (ya) vive una especie de vida nueva, aunque no ha resucitado con la bienaventuranza y perfecta resurrección que espera. Por tanto, de momento está crucificado, y luego es sepultado; y así como ahora, arrancado de la cruz, está sepultado, vendrá el día en que será resucitado de su sepulcro.

Grande es el misterio de la resurrección, y difícil de contemplar para la mayoría de nosotros. Pero la Escritura lo afirma en mucho lugares, especialmente en aquellas palabras de Ezequiel: “...Profetiza sobre estos huesos y diles: Vosotros huesos secos, oíd la palabra del Señor...” (Ez 37:1ss). Cuando venga la auténtica resurrección del verdadero y perfecto cuerpo de Cristo, los que ahora son miembros de Cristo y entonces serán huesos secos, serán reunidos hueso a hueso y articulación a articulación; y ninguno que no esté articulado podrá entrar a formar parte del hombre perfecto, que tiene las proporciones de la edad perfecta del cuerpo de Cristo (cf. Ef 4:13). Entonces, una multitud de miembros formará un solo cuerpo, en cuanto que todos los miembros, aunque sean muchos, entrarán a formar parte de un solo cuerpo. Corresponde únicamente a Dios hacer la distinción de pie, mano, ojo, oído, olfato entre las partes que componen por una parte la cabeza, por otra los pies, y así de los demás miembros, de las cuales unas son más débiles o más humildes, decorosas o indecorosas: él combinará el cuerpo, y dará dignidad complementaria al que ahora anda falto de ella, para que no haya “disensión en el cuerpo, sino que todos los miembros a una cuiden unos de otros” (cf. 1 Cor 12:25); y si uno de los miembros se goza, se gocen con él todos los miembros, y si uno es glorificado, se alegran con él todos.¹⁰⁴

El mismo demonio tendrá un fin como tal.

Cuando se dice que “el último enemigo será destruido” (1 Cor 6:26), no hay que entender que su sustancia, que fue creada por Dios, haya de desaparecer; lo que desaparecerá será su mala intención y su actitud hostil, que son cosas que no tienen su origen en Dios, sino en sí mismo. Su destrucción significa, pues, no que dejara de existir, sino que dejará de ser enemigo y de ser muerte. Nada es imposible a la omnipotencia divina: **nada hay que no pueda ser sanado por su Creador.** El Creador hizo todas las cosas para que existieran, y si las cosas fueron hechas para que existieran, no pueden dejar de existir.¹⁰⁵

El restablecimiento final de la unidad no ha de concebirse como algo que ha de suceder de un golpe, sino que más bien se irá habiendo por estadios sucesivos, a lo largo de un tiempo innumerables. La corrección y la purificación se hará poco a poco en cada uno de los individuos. Unos irán delante, y se remontarán primero a las alturas con un rápido progreso; otros les seguirán de cerca; otros a una gran distancia. De esta suerte multitudes de individuos e innumerables escuadrones irán avanzando y **reconciliándose con Dios**, del que habían sido antes enemi-

gos. Finalmente le llegará el turno al último enemigo... Y entonces, cuando todos los seres racionales hayan sido restablecidos, la naturaleza de este nuestro cuerpo será transmutada en la gloria del cuerpo espiritual.¹⁰⁶

97. De Princ. I, 3, 8; 98. C. Cels. V, I8s; 99. Ibid. v, 23; 100. Ibid. VIII, 30; 101. Ibid. VIII, 50; 102. Ibid. V, 24; 103. Ibid. VIII, 72; 104. Com. in Jo. X, 228ss; 105. De Princ. III, 6, 5; 106. Ibid. III, 6, 6;

*Nota del Revisor: ha de tenerse en cuenta que la doctrina del *apocatástasis*, fue condenada por la Iglesia, ya que según sus postulados, todos los hombres e incluso los demonios se salvara en el fin de los tiempos.

Sección Quinta: Los Escritores Latinos

Tertuliano.

La primitiva lengua del cristianismo, aun en el occidente romano, fue el griego. En la Galia romana, Ireneo de Lyon escribía en griego, y aun en la misma Roma, Hipólito utilizaba esta lengua a finales del siglo II. Sin embargo, a medida que el cristianismo se iba arraigando en occidente, dejando de predominar entre sus filas los inmigrantes de origen oriental, empezó a sentirse la necesidad de expresarse en latín. Los textos latinos cristianos más antiguos hubieron de ser las traducciones bíblicas y los formularios litúrgicos, de los que quedan rastros dispersos. Pero ya a finales del siglo II aparecen obras literarias en latín: en esta lengua escribe, en los ambientes romanos, el apologista Minucio Félix; y en el África romana surge el genio incomparable de Tertuliano.

Tertuliano nació en Cartago antes del año 160, y se dedicó desde muy joven a la retórica y al derecho. Pasó a Roma, donde parece que ganó reputación como jurista, aunque esto no acabó de satisfacer su temperamento idealista y apasionado. Hacia el año 195 se convirtió al cristianismo, y desplegó una incansable actividad literaria en defensa y explicación de su nueva fe. Sin embargo, ni aun en ella encontraba fácilmente satisfacción aquel africano ardiente a quien toda perfección parecía poca: pronto se dejó atraer por las tendencias más espiritualistas y rigoristas dentro del cristianismo, y finalmente, hacia el año 207, se adhirió abiertamente a la secta herética de Montano (llamada montanismo), que pretendía ser un cristianismo más purificado por medio de una nueva encarnación del Espíritu de Dios en sus miembros.

Los escritos de Tertuliano reflejan todo el apasionamiento de su alma. La doctrina cristiana se expresa en ellos con una fuerza extraordinaria, pero también de una forma extremosa, desmesurada y, a veces, llena de contradicciones. Los escritos montanistas del último período de su vida manifiestan una actitud rigorista y espiritualista que contradice las posturas más moderadas de sus primeros años. Aun así, los escritos de Tertuliano ejercieron un influjo incalculable en la formación del pensamiento teológico.

Al revés que los alejandrinos, Tertuliano afecta repudiar totalmente la cultura pagana, lo cual no quiere decir que sus propios modos de pensar y de expresarse no estén profundamente influidos por la retórica y la filosofía de su tiempo. Antes de entregarse al espiritualismo montanista, Tertuliano está convencido de que la única verdad es la que se contiene en la tradición apostólica que se conserva en la Iglesia. Ni siquiera la Escritura es por sí misma garantía suficiente de verdad, puesto que todas las sectas apelan a ella: el verdadero sentido de la Escritura

nos lo da la regla de fe de la Iglesia. Más adelante, cuando él mismo haya caído en la secta montanista, Tertuliano repudiará la regla de fe y de vida de la Iglesia, para buscar la verdad únicamente en la inspiración carismática de los que se sienten arrebatados por una extraña nueva efusión del Espíritu.

Contra el marcionismo, Tertuliano defenderá la unicidad del Dios creador y redentor, del Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento. La misma creación material es en sí buena, manifestando en su orden y belleza la bondad de Dios, **que la hizo para bien del hombre**. En el tratado *contra Práxeas*, hereje monarquianista, Tertuliano defiende la doctrina trinitaria con fórmulas que preludian el definitivo pensamiento agustiniano en esta materia: aunque se encuentra todavía con dificultades de expresión por falta de un lenguaje teológico preciso, Tertuliano expresa la verdadera unidad de naturaleza y de sustancia en Dios juntamente con la verdadera Trinidad de personas, y al combatir el monarquianismo no cae, como los padres griegos, en expresiones de tendencia subordinacionista. En él se encuentra ya el germen de lo que será la explicación psicológica de la Trinidad que desarrollará san Agustín. El misterio de la Encarnación es explicado magistralmente por Tertuliano en el tratado *De carne Christi*, en el que combate las tendencias docetistas siempre amenazantes. La antropología de Tertuliano es original y vigorosa, y puede estudiarse particularmente en su tratado *De Anima*, el primer libro que un autor cristiano dedica especialmente a esta cuestión. El alma es imagen de Dios, libre, e inmortal. Respecto al origen de las almas individuales, Tertuliano se inclina por lo que luego se llamó traducianismo, es decir, por la explicación según la cual el alma se transmitiría y se multiplicaría a través del semen paterno en el acto de la generación. A partir de la doctrina cristiana de la resurrección Tertuliano corrige el espiritualismo de la tradición platónica, y defiende la dignidad de la carne y del cuerpo humano, que ha de servir a Dios juntamente con el alma, y que con ella ha de recibir el premio de la vida bienaventurada. El pecado original es una corrupción inicial y culpable de la naturaleza que se transmite con la transmisión de las almas a los individuos.

Podría considerarse a Tertuliano como el fundador de la teología sacramental. Su tratado *De Baptismo* — la primera obra cristiana dedicada expresamente al estudio de un sacramento — establece las bases teológicas de los sacramentos como signos de la gracia. Antes de entregarse al montanismo, Tertuliano admitía la posibilidad de una penitencia aun después del bautismo y como exhortación a ella escribió su tratado *De paenitentia*. Con el montanismo adoptó en cambio un rigorismo extremo” lanzándose a furiosos ataques contra la jerarquía de la Iglesia a la que acusaba de laxismo en el perdón de los pecados. En Tertuliano se encuentran también las primeras referencias al rito del matrimonio cristiano.

En cuanto a la vida cristiana, Tertuliano subraya en ciertos momentos con intención apologetica que los cristianos son en todo como los demás hombres, dedicándose a toda suerte de ocupaciones y orando por los emperadores. En cambio, en otros momentos, y sobre todo a consecuencia del rigorismo montanista, parece exigir una rigurosa ascética de apartamiento del mundo, negando que el cristiano pueda prestar servicio militar y ocuparse en cosas temporales. A pesar de sus expresiones, a menudo intolerantes, Tertuliano es uno de los primeros escritores cristianos que, por razones apologeticas, proclama los principios de la libertad religiosa, por los que ningún culto particular puede ser impuesto a nadie por la fuerza, y **declara la absoluta igualdad de todos los hombres ante Dios**.

Por lo que respecta a la **escatología**, Tertuliano acepta el milenarismo o reinado de los justos durante mil años sobre esta tierra al fin de los tiempos; en él se expresa ya la concepción, que luego se generalizó, por la cual el alma pasa a recibir el premio o el castigo de Dios ya in-

mediatamente después de su muerte, sin esperar a la resurrección final, así como la idea del purgatorio o purificación del alma después de la muerte.

I. La verdad cristiana.

La pasión por la verdad.

...Dejad que la verdad se abra paso hasta vuestros oídos, aunque sea por este camino privado de un escrito sin voz, La verdad no pide favor alguno para su causa, porque no se asombra de su condición: sabe que anda como extranjera en la tierra, y que andando entre extranjeros, fácilmente se encuentra con enemigos: su linaje, su morada, su esperanza, su crédito, el reconocimiento de su valor están en los cielos. Mientras tanto, una sola cosa pide: que no se la condene sin ser conocida. ¿Qué daño les puede venir a las leyes, que son soberanas en su propia esfera, de que se la oiga? ¿Podrá su soberanía ser más gloriosa por el hecho de que condenen a la verdad sin haberla oído? Si la condenan sin oírla, además del reproche de injusticia, se atraerán la sospecha de un prejuicio por el cual no están dispuestos a oír aquello que saben que no podrían condenar una vez oído...¹

La verdad no tiene nada de que avergonzarse, sino sólo de que no se la saque a luz.²

El cristianismo y la filosofía.

Todo esto son doctrinas humanas y demoníacas, nacidas de la especulación de la sabiduría mundana, para agradar a los oídos. Pero el Señor las llamó necedad, y eligió lo necio según el mundo para confundir a la misma filosofía. Porque la filosofía es el objeto de la sabiduría mundana, intérprete temeraria del ser y de los designios de Dios. Todas las herejías en último término tienen su origen en la filosofía. De ella proceden los eones y no sé qué formas infinitas y la tríada humana de Valentín; es que había sido platónico.

De ella viene el Dios de Marción, cuya superioridad está en que esta inactivo; es que procedía del estoicismo. Hay quien dice que el alma es mortal, y esta es doctrina de Epicúreo. En cuanto a los que niegan la resurrección de la carne, se apoyan en falsas enseñanzas, todos los filósofos sin excepción. Los que equiparan a Dios con materia siguen las enseñanzas de Zenón. Los que pretenden un Dios ígneo aducen a Heráclito. Las mismas cuestiones tratan los filósofos y los herejes, y sus disquisiciones andan entremezcladas: ¿de dónde viene el mal?; ¿cuál es su causa?; ¿de dónde y cómo ha surgido el hombre? Y también lo que hace poco propuso Valentín: ¿de dónde viene Dios? Está claro de la Entimesis y del Ectroma. Es el miserable Aristóteles el que les ha instruido en la dialéctica, que es el arte de construir y destruir, de convicciones mudables, de conjeturas firmes, de argumentos duros, artífice de disputas, enojosa hasta a sí misma, siempre dispuesta a reexaminarlo todo, porque jamás admite que algo esté suficientemente examinado. De ella nacen las fábulas y las genealogías interminables, las disputas estériles, las palabras que se insinúan como un escorpión... Quédese para Atenas esta sabiduría humana manipuladora y adulteradora de la verdad, por donde anda la múltiple diversidad de sectas contradictorias entre sí con sus diversas herejías. Pero, ¿qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué relación hay entre la Academia y la Iglesia? ¿Qué tienen que ver los herejes y los cristianos? Nuestra escuela es la del pórtico de Salomón, que enseñó que había que buscar al Señor con simplicidad de corazón. Allá ellos los que han salido con un cristianismo estoico, platónico o dialéctico. No tenemos necesidad de curiosear, una vez que vino Jesucristo, ni hemos de investigar después del Evangelio. Creemos, y no deseamos nada más allá de la fe: porque lo primero que creemos es que no hay nada que debamos creer más allá del objeto de la fe...³

1. TERTULIANO, Apologeticus, i, 1, 1ss; 2. TERTUL. Adv. Val. 3; 3. Tertul. De Praescriptione. 7, 1ss;

La tradición apostólica, regla de fe.

Jesucristo... mientras vivía en la tierra declaraba lo que él era lo que había sido, cuál era la voluntad del Padre que él ejecutaba qué deberes prescribía al hombre; y todo esto, ya abiertamente al pueblo, ya a sus discípulos aparte, de entre los cuales había escogido a doce principales para tenerlos junto a sí, destinados a solos maestros de las naciones. Y así, habiendo hecho devoción uno de ellos, cuando después de su resurrección partía hacia el Padre mandó a los once restantes que partieran y enseñaran a las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y al punto los apóstoles — palabra que significa “enviados” — ... recibieron la fuerza del Espíritu Santo que les había sido prometida para hacer milagros y para hablar. Y en primer lugar anunciaron por la Judea la fe en Jesucristo e instituyeron Iglesias, y luego marcharon por todo el orbe y predicaron la enseñanza de la misma fe a las naciones. Así fundaron Iglesias en cada una de las ciudades, y de éstas las demás Iglesias tomaron luego el retoño de la fe y la semilla de la doctrina, como lo siguen haciendo todos los días para ser constituidas como Iglesias. Por esta razón éstas se tenían también por Iglesias apostólicas, puesto que eran como retoños de las Iglesias apostólicas. A todo linaje se le atribuyen las características de su origen. Y así todas estas Iglesias, tan numerosas y tan importantes, se reducen a aquella primera Iglesia de los apóstoles, de la que todas provienen. Todas son primitivas; todas son apostólicas, puesto que todas son una. Prueba de esta unidad es la intercomunicación de la paz y del nombre de hermanos, así como de las garantías de la hospitalidad...

Aquí fundamos nuestro argumento de prescripción: Si el Señor Jesús envió a los apóstoles a predicar, no hay que recibir otros predicadores fuera de los que Cristo determinó, puesto que “nadie conoce al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo lo revelare” (Mt 28:19), ni parece que el Hijo lo revelase a otros fuera de los apóstoles, a quienes envió a predicar precisamente lo que les ha revelado. ¿Que es lo que predicaron, es decir, que es lo que Cristo les reveló? Mi presupuesto de prescripción es que esto no se puede esclarecer si no es recurriendo a las mismas Iglesias que los apóstoles fundaron y en las que ellos predicaron “de viva voz,” como se dice, lo mismo que más tarde escribieron por cartas. Si esto es así, es evidente que toda doctrina que esté de acuerdo con la de aquellas Iglesias apostólicas, madres y fuentes de la fe, debe ser considerada como verdadera, ya que claramente contiene lo que las Iglesias han recibido de los apóstoles, como éstos la recibieron de Cristo y Cristo de Dios. Al contrario, cualquier doctrina ha de ser juzgada a priori como proveniente de la falsedad, si contradice a la verdad de las Iglesias de los apóstoles, de Cristo y de Dios. Sólo nos queda, pues, demostrar que nuestra doctrina, cuya regla hemos formulado anteriormente, procede de la tradición de los apóstoles, mientras, que por este mismo hecho las otras provienen de la falsedad. Nosotros estamos en comunión con las Iglesias apostólicas, ya que nuestra doctrina en nada difiere de la de aquellos. Este es el criterio de la verdad.

Suelen objetarnos que los apóstoles no tuvieron conocimiento de todo; luego, agitados por la misma locura con que todo lo vuelven al revés, dicen que efectivamente los apóstoles tuvieron conocimiento de todo, pero no lo enseñaron todo a todos. En uno y otro caso atacan al mismo Cristo, quien hubiera enviado a unos apóstoles o mal instruidos o poco sinceros. Porque, ¿quién estando en sus cabales puede creer que ignorasen algo aquellos a quienes el Señor puso como maestros, todos los cuales fueron sus compañeros, sus discípulos, sus íntimos? A ellos les explicaba por separado todas las cosas oscuras; a ellos les dijo que les estaba dado conocer los secretos que el vulgo no podía comprender. ¿Ignoró algo Pedro, a quien llamó Piedra sobre la

que había de edificarse la Iglesia, quien obtuvo las llaves del reino de los cielos y el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra? ¿Ignoró algo Juan, el muy amado del Señor, el que descansó sobre su pecho, el único a quien el Señor descubrió que Judas sería el traidor, el que fue dado a María como hijo en su propio lugar? ¿Qué podía querer que ignorasen aquellos a quienes mostró hasta su propia gloria, con Moisés y Elias, hasta la voz del Padre desde el cielo? Y con ello no hacía ofensa a los demás apóstoles, sino que atendía a que “toda palabra ha de reposar sobre tres testigos” (Dt 9:15). Seguramente fueron ignorantes aquellos a quienes aun después de la resurrección mientras iban de camino, se dignó explicarles todas las Escrituras. En cierta ocasión había dicho claramente: “Os tengo que decir todavía muchas cosas, pero ahora no las podéis soportar” (Jn 16:21). Sin embargo, añadió: “Cuando venga aquel, espíritu de verdad, os llevará a toda verdad.” Con lo cual mostró que no ignoraban nada aquellos a quienes prometía que “conseguirían toda verdad” por medio del Espíritu de verdad. Y ciertamente cumplió lo prometido con la venida del Espíritu Santo, atestiguada en los Actos de los apóstoles. Los que rechazan este libro ni siquiera pueden pertenecer al Espíritu Santo, ya que no pueden reconocer que el Espíritu Santo haya sido enviado a los discípulos; ni siquiera pueden admitir la Iglesia, ya que no pueden probar cuándo ni en qué cuna fue constituido este cuerpo. Se preocupan poco de no tener pruebas de aquello que defienden: y así tampoco han de considerar las refutaciones de sus embustes.

Con una locura semejante, como dijimos, confiesan que efectivamente los apóstoles no ignoraban nada, ni predicaban cosas distintas unos de otros, pero no admiten que ellos revelasen a todos todas las cosas, sino que algunas las anunciaban en público y para todo el mundo, y otras en privado y para pocos. Aducen las palabras que dirigió Pablo a Timoneo (1 Tim 6:20): “Guarda el depósito,” y también: “Conserva el precioso depósito...”

Era natural que al confiarle a Timoteo la administración del Evangelio, añadiera que no lo hiciera de cualquier manera y sin prudencia, según la palabra del Señor de “no echar las piedras preciosas a los puercos, ni las cosas santas a los perros” (cf. Mt 7:6). El Señor enseñó en público, sin ninguna alusión a secreto misterioso alguno. Él mismo les mandó que lo que hubieran oído de noche y en lo oculto, lo predicasen a pleno día y desde los tejados. Mediante una parábola les daba a entender que ni siquiera una mina, es decir, una de sus palabras, tenían que guardar en un escondite sin dar fruto alguno. Él mismo les enseñaba que no se solía ocultar una lámpara bajo un cedemín, sino que se ponía sobre un candelabro, para que brille “para todos los que están en la casa” (Mt 5:15). Todo esto los apóstoles o lo habrían despreciado, o no lo habrían entendido, si no lo cumplieron, ocultando algo de la luz que es la palabra de Dios y el misterio de Cristo...⁴

No basta la Escritura como garantía de verdad: se requiere la fe de la Iglesia que la interpreta.

Es evidente que toda doctrina que esté de acuerdo con la de aquellas Iglesias apostólicas, madres y fuentes de la fe, debe ser considerada como verdadera, ya que claramente contiene lo que las Iglesias han recibido de los apóstoles, como éstos la recibieron de Cristo y Cristo de Dios. Al contrario, cualquier doctrina ha de ser juzgada a priori como proveniente de la falsedad, si contradice a la verdad de las Iglesias de los apóstoles, de Cristo y de Dios. Sólo nos queda, pues, demostrar que nuestra doctrina, cuya regla hemos formulado anteriormente, procede de la tradición de los apóstoles, mientras, que por este mismo hecho las otras provienen de la falsedad. Nosotros estamos en comunión con las Iglesias apostólicas, ya que nuestra doctrina en nada difiere de la de aquéllas. Este es el criterio de la verdad.⁵

La regla de la verdad es la tradición antigua.

Habrá que considerar como herejía lo que se ha introducido con posterioridad, y habrá que tener por verdad lo que ha sido transmitido desde el principio por la tradición. Pero otra obra asentará contra los herejes esta tesis, por la que, aun sin discutir sus doctrinas, habrá que convencerles de ser tales a causa de la “prescripción de novedad.”⁶

La apelación no ha de ser a la Escritura; no hay que llevar la lucha a un terreno en el que la victoria sea ambigua, incierta o insegura. Aunque la confrontación de textos no tuviera por resultado poner en un mismo plano los dos partidos combatientes todavía según requiere la naturaleza de las cosas, habría que proponerse antes la única cuestión que ahora pretendemos dilucidar, a saber, **a quién hay que atribuir la fe misma, la fe a la que dicen relación las Escrituras.** Por quién, mediante quién, cuándo y a quién ha sido dada la doctrina que nos ha hecho cristianos. Dondequiera que aparezca que reside la verdad de la enseñanza y de la fe cristiana, allí estarán las verdaderas Escrituras, las verdaderas interpretaciones de todas las que verdaderamente son tradiciones cristianas.⁷

El Espíritu Santo, garantía de la tradición de la Iglesia.

Concedamos que todas las Iglesias hayan caído en el error; que el mismo Apóstol se haya equivocado al dar testimonio en favor de algunas. El Espíritu Santo no ha tenido cuidado de ninguna a fin de conducirla a la verdad, **aunque para esto había sido enviado por Cristo,** para esto había sido pedido al Padre, para que fuera doctor de la verdad. No ha cumplido su deber el mayordomo de Dios, el vicario de Cristo, sino que ha dejado que las Iglesias entiendan a veces otra cosa y crean otra cosa que lo que él mismo predicaba por medio de los apóstoles. ¿Es verosímil realmente que tantas y tan importantes Iglesias hayan andado por el camino del error para encontrarse finalmente en una misma fe? Muchos sucesos independientes no llevan a un resultado único. El error doctrinal de las Iglesias debiera haber llevado a la diversificación. Pero sea lo que fuere, cuando entre muchos se aprecia unanimidad ésta no viene del error, sino de la tradición. ¿Quién tendrá la audacia de decir que se equivocaron los autores de esta tradición?⁸

El criterio de antigüedad combinado con el de apostolicidad.

Así pues, si quieres ejercitarte mejor en lo que toca a tu salvación, recorre las Iglesias apostólicas en las que todavía en los mismos lugares tienen autoridad las mismas cátedras de los apóstoles. En ellas se leen todavía las cartas auténticas de ellos, y en ellas resuena su voz y se conserva el recuerdo de su figura. Si vives en las cercanías de Acaya, tienes Corinto. Si no estás lejos de Macedonia, tienes Filipos. Si puedes acercarte al Asia, tienes Éfeso. Si estás en los confines de Italia, tienes Roma, cuya autoridad también a nosotros nos apoya. Cuan dichosa es esta Iglesia, en la que los apóstoles derramaron toda su doctrina juntamente con su sangre, donde Pedro sufrió una pasión semejante a la del Señor, donde Pablo fue coronado con un martirio semejante al de Juan (Bautista), donde el apóstol Juan fue sumergido en aceite ardiente sin sufrir daño alguno, para ser luego relegado a una isla. Veamos lo que esta Iglesia aprendió; veamos lo que enseñó. Y con ella las Iglesias de África que le están vinculadas (*ecclesiis contesseratis*). Ella reconoce a un solo Dios y Señor, creador de todo, y a Cristo Jesús, nacido de la virgen María, hijo del Dios creador; reconoce la resurrección de la carne, asocia la ley y los profetas con los escritos evangélicos y apostólicos; aquí es donde va a beber su fe, la fe que sella con el agua, que viste con el Espíritu Santo, que alimenta con la Eucaristía. Ella exhorta al martirio, y no admite a nadie contrario a esta doctrina. Tal es la doctrina, no digo que ya prenunciaba las herejías futuras, pero sí de la que nacieron las herejías. Estas no forman parte de ella, puesto que

surgieron en opción a ella. También de un hueso de oliva suave, rica y comestible, nace un acebuche. También de las pepitas de higos deliciosos y dulcísimos nace el vacío e inútil cabrahigó. Así las herejías han nacido de nuestro tronco, pero no son de nuestra raza; han sido de la semilla de la verdad, pero con la bastardía de la mentira.

Siendo así que la verdad ha de declararse a nuestro favor, saber de todos los que profesamos aquella regla que la Iglesia recibió de los apóstoles, éstos de Cristo, y Cristo de Dios, es evidente que nuestro intento es razonable cuando proponemos que no se ha de permitir a los herejes que apelen a las Escrituras, ya que probamos sin recurrir a las Escrituras que ellos no tienen nada que ver con las Escrituras. Si son herejes, no pueden ser cristianos, ya que no han recibido de Cristo lo que ellos se han escogido por propia elección al admitir el nombre de herejes. No siendo cristianos, no tienen derecho alguno sobre los escritos cristianos. Con razón se les ha de decir: ¿Quiénes sois? ¿Cuándo llegasteis, y de dónde? ¿Qué hacéis en mi terreno, no siendo de los míos? ¿Con qué derecho, Marción, cortas leña en mi bosque? ¿Con qué permiso, Valentín, desvías el agua de mis fuentes? ¿Con qué poderes, Apeles, mueves mis mojones?... Esta posesión es mía; posesión antigua y anterior a vosotros. Tengo unos orígenes firmes, desde los mismos fundadores de la doctrina...⁹

El criterio de antigüedad de la verdad.

Volvamos a nuestra discusión acerca del principio de que lo más originario es lo verdadero, y lo posterior es lo falso. Tenemos en su favor aquella parábola de la buena semilla que fue sembrada por el Señor primero, y a la que el diablo enemigo añadió después la mezcla impura de la cizaña que es hierba estéril. Adecuadamente representa la parábola la diversidad de las doctrinas, porque también en otros pasajes la semilla es imagen de la palabra de Dios, y así la misma sucesión temporal manifiesta que viene de Señor y es verdadero lo que ha sido depositado en primer lugar mientras que lo que ha sido introducido después es extraño y falso. Este principio permanece válido contra cualesquiera herejías posteriores, a las cuales no tienen conciencia alguna de su continuidad como argumento de su verdad.

Por lo demás, si algunas tienen la audacia de remontarse hasta la edad apostólica, a fin de parecer transmitidas por los apóstoles el hecho de haber existido en la época de los apóstoles, les podemos replicar: Que nos muestren los orígenes de sus Iglesias; que nos desarrollen las listas de sus obispos en el orden sucesorio desde los comienzos, de suerte que el primer obispo que presenten como su autor y padre sea alguno de los apóstoles o de los varones apostólicos que haya perseverado en unión con los apóstoles. En esta forma, sólo las iglesias apostólicas pueden presentar sus listas, como la de Esmirna, que afirma que Policarpo fue instituido por Juan, y la de Roma, que afirma que Clemente fue ordenado por Pedro. De la misma manera las demás Iglesias muestran a aquellos a quienes los apóstoles constituyeron en el episcopado y son sus rebrotos de la semilla apostólica. Que los herejes inventen algo semejante, ya que nada les es ilícito, una vez que se han puesto a blasfemar. Pero aunque lo inventen, nada conseguirán, puesto que su misma doctrina, al ser comparada con la de los apóstoles, declarará por su contenido distinto y aun contrario que no tuvo como autor a ningún apóstol ni a ningún varón apostólico. Porque, así como los apóstoles no enseñaron cosas diversas entre si, así los varones apostólicos no enseñaron cosas contrarias a las de los apóstoles; a no ser que se admita que una cosa aprendieron de los Apóstoles, y otra predicaron. Con tal forma de argumento les atacarán aquellas Iglesias que, aunque no presentan como fundador suyo a ninguno de los apóstoles o de los varones apostólicos, Puesto que son muy posteriores y aun todos los días siguen siendo fundadas, sin embargo, por la comunión con aquella misma fe se consideran como no menos apostólicas en virtud de la consanguini-

nidad doctrinal. Así pues, que todas las herejías, llamadas a juicio por nuestras Iglesias bajo una u otra de estas formas, prueben que son apostólicas por alguna de ellas. Pero está claro que no lo son, y que no pueden probar ser lo que no son, y que no son admitidas a la paz y a la comunión con las Iglesias que de cualquier manera son apostólicas, ya que por la diversidad de sus misterios (*ob diversitatem sacramenti*) de ninguna manera son apostólicas.¹⁰

La regla de la antigüedad y la tradición, contra Marción.

Siendo cosa clara que es más verdadero lo que es más antiguo y es más antiguo lo que viene de los comienzos, y viene de los comienzos lo que viene de los apóstoles, será igualmente claro que fue transmitido por los apóstoles lo que es tenido por sacrosanto en las Iglesias de los apóstoles. Veamos cuál es la leche que los corintios bebieron del apóstol Pablo, según qué principios fueron reprendidos los gálatas, qué se escribió a los filipenses, a los tesalonicenses, a los efesios, qué es lo que los romanos oyen directamente, a los que tanto Pedro como Pablo les dejaron el Evangelio sellado con su propia sangre. Tenemos también las Iglesias que se alimentaron de Juan: porque, aunque Marción rechaza su Apocalipsis, si recorremos la sucesión de los obispos hasta su origen terminaremos en Juan, su autor. De la misma manera se puede reconocer la autenticidad de las demás Iglesias. Me refiero ya no sólo a las directamente apostólicas, sino a todas aquellas que están unidas con ellas por la comunión del sacramento: en ellas se encuentran el evangelio de Lucas desde que fue publicado, mientras que la mayoría ni siquiera conocen el de Marción. ¿No queda condenado por el solo hecho de que nadie lo conoce? Ciertamente Marción tiene Iglesias: las suyas, tan posteriores como adulteras, ya que si uno recorre su lista sucesoria, se encontrará más fácilmente con un apóstata que con un apóstol, esto es, descubrirá que su fundador es Marción u otro de los del enjambre de Marción. Las avispas hacen también panales, y así hacen Iglesias los marcionistas. Es esta autoridad de las Iglesias apostólicas la que garantiza los demás evangelios que nos han llegado a través de ellas y según la interpretación de ellas, a saber, el de Juan, el de Mateo, y el que publicó Marcos — aunque se dice que es de Pedro, de quien Marcos era intérprete — y el que compuso Lucas, cuyo contenido se atribuye a Pablo...¹¹

4. Ibid. 20 –26; 5. Ibid. 21, 4 – 7; 6. TERTUL. Adversus Marcionem, 1, 1; 7. De Praescr. 19, 1 – 3; 8. Ibid. 28, 1 – 4; 9. Ibid. 36 – 37; 10. Ibid. 31 – 32; 11. Adv. Marc. 5, 1;

II. Dios creador y redentor.

Grandeza del Dios de los cristianos.

Lo que adoramos es el Dios único, el que por el imperio de su palabra, por la disposición de su inteligencia, por su virtud todopoderosa, ha sacado de la nada toda esta mole con todo el aparejo de sus diversos elementos, de los cuerpos y de los espíritus, para servir de ornamento a su majestad. Por esto los griegos dieron al mundo el nombre de “cosmos,” que significa ornamento.

Invisible es Dios, aunque se le vea; impalpable, aunque por su gracia se nos haga presente; inabarcable, aunque las facultades humanas lleguen a alcanzarle. Por esto es verdadero y tan grande: porque lo que comúnmente se puede ver y palpar y abarcar es inferior a los ojos que lo ven, a las manos que lo palpan, a los sentidos que lo alcanzan. Pero lo que es inmenso, sólo de sí mismo es conocido.

He aquí lo que permite comprender a Dios: la imposibilidad de comprenderle. La fuerza de su grandeza le revela y le oculta a la vez a los hombres, cuyo pecado se puede reducir al de no querer reconocer a aquel a quien no pueden ignorar.

¿Queréis que probemos su existencia a partir de sus obras, tantos y tales que nos mantienen, nos deleitan y hasta nos aterran? ¿Queréis que lo probemos por el testimonio de la misma alma? Ésta, aunque se halla presa en la cárcel del cuerpo, contrahecha por mala educación, debilitada por sus pasiones y concupiscencias, metida a la esclavitud de falsos dioses, sin embargo, cuando recapacita como despertando de una embriaguez, o del sueño, o de alguna enfermedad, recobrando su salud normal, invoca entonces a Dios con ese único nombre, que es el nombre del Dios verdadero: "Dios grande," "Dios bueno," "lo que Dios quiera"- éstas son expresiones de todos los hombres. De la misma manera reconocen como juez: "Dios lo ve," "a Dios me encomiendo "Dios me lo pagará." ¡Oh testimonio del alma naturalmente cristiana! Cuando profiere semejantes expresiones, mira no al Capitolio sino al cielo, pues sabe que allí está la sede del Dios vivo, y sabe que de él y de allí ha descendido.¹²

Unidad y atributos de Dios.

La verdad cristiana lo ha proclamado con toda claridad: Si Dios no es único, no hay Dios. Nos parece mejor negar la existencia de una cosa que atribuirle una existencia como no debiera. Si quieres llegar a conocer que no puede haber más que un Dios, pregúntate qué es Dios, y encontrarás que no puede ser de otra manera. En cuanto le es dado al hombre dar una definición de Dios, voy yo a dar una definición que será admitida por el consentimiento universal de los hombres: Dios es el ser de suprema grandeza establecido desde la eternidad, no nacido, no creado, sin principio ni fin. Éstas son las propiedades que hay que atribuir a esta eternidad que constituye a Dios como grandeza suprema. Dios debe tener estos atributos y otros semejantes, si ha de ser la suprema grandeza en forma y modo de ser, así como en fuerza y poder.

Esto lo admiten todos los hombres, pues nadie negará que Dios es el ser de grandeza suprema; a no ser que uno pueda atreverse a proclamar que Dios es, por el contrario, algo en alguna manera inferior, con lo cual le quita lo que es propio de *Dios* y niega su divinidad. Ahora bien, ¿cuál será la propiedad de esta suma grandeza? Evidentemente será que nada pueda ser igual a él es decir que no haya otra suma grandeza: porque, si la hay, será igual a él; y si es igual a él, ya no será la suma grandeza, con lo cual no se cumple la condición y, por así decirlo, la ley por la que nada puede igualarse a la grandeza suprema...¹³

El Dios creador por su bondad eterna.

Cuando nos ponemos a considerar a Dios en cuanto es conocido por el hombre, si se nos pregunta de qué manera le conocemos, haremos bien en comenzar por sus obras, que son anteriores al mismo hombre. De esta forma llegaremos inmediatamente a descubrir junto con él mismo su bondad y una vez establecida y admitida ésta como base, nos podrá sugerir alguna indicación para comprender el orden de lo que siguió... Para comenzar, el sujeto que tenía que conocerle no lo encontró Dios fuera de sí, sino que él se lo hizo por sí mismo. Ésta es la primera de las bondades del creador, a saber, que Dios no quiso permanecer eternamente desconocido, es decir, sin que existiera algo que pudiera conocer a Dios. Porque, en efecto, ¿qué bien se puede comparar al de conocer y gozar a Dios? Y aunque este bien no aparecía todavía como tal, pues no existía todavía quien lo considerase, Dios ya sabía de antemano que se manifestaría como un bien, y por esto encargó a su suprema bondad que arbitrase el medio de que tal bien se hiciera manifiesto. Naturalmente, este bien no fue algo repentino, como si procediera de un capricho o de un impulso anímico que empezara a existir en el momento en que comenzó a actuar. Porque si esta bondad constituyó el comienzo (de todo) en el momento en que comenzó a actuar, ella misma, al actuar, no tenía comienzo. Pero así que ella creó el comienzo surgió el orden temporal de las co-

sas, ya que fueron colocados los astros y las lumbres celestes que permiten distinguir y calcular el tiempo, como esta escrito: “Servirán para los tiempos, los meses y los años” (Gén 1:15). Por tanto, la bondad que hizo el tiempo, no tenía tiempo antes de que existiera el tiempo, y la que hizo el comienzo, no tuvo comienzo antes de que hubiera el comienzo. Estando, pues, libre del orden del comienzo y de la medida del tiempo, hay que admitir que existe desde una edad que no tiene medida ni límite y no se puede pensar que haya tenido un comienzo súbito, caprichoso o bajo cualquier impulso externo: no hay base alguna para poder pensar nada de esto, ya que no tiene ninguna característica temporal. Por el contrario, hay que suponer que la bondad de Dios es eterna, inherente al mismo Dios perpetuamente: sólo así es digna de Dios.¹⁴

Bondad de la creación que Dios ha destinado al hombre.

Este mundo está compuesto de toda suerte de cosas buenas. Esto solo muestra ya cuan grande es el bien preparado para aquel a quien va destinado todo este universo. En efecto, ¿Quién sería digno de tener como morada tal obra de Dios fuera de la misma imagen y semejanza de Dios? La misma imagen es también obra de la bondad de Dios, efecto de una acción especial de la misma, ya que no se hizo por mero mandato oral, sino por la acción directa de sus propias manos, a la que precedió aquella palabra llena de cariño: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1:26) Esto dijo la divina bondad; y la misma bondad se puso a modelar el barro, hasta formar un ser de carne tan admirable y enriquecido con tan diferentes propiedades a partir de un material único. Luego la misma bondad sopló en él un alma, no muerta, sino viva. La misma bondad lo puso al frente de todas las cosas, para que las disfrutara, y las gobernaría y hasta les diera nombre. La misma bondad quiso añadir todavía nuevos placeres, y así, aunque era dueño de todo el universo, le dio para habitar un lugar particularmente agradable, trasladándolo a un paraíso, con lo que ya desde entonces se figuraba el paso del mundo a la Iglesia. La misma bondad proveyó de la ayuda de una compañera, para que ningún bien faltara al hombre, diciendo “No es bueno que el hombre esté solo” (Gen 3:3) y en esto ya preveía cómo el sexo de María tenía que reportar beneficio al hombre y luego a la Iglesia...¹⁵

La Trinidad en la unidad.

La herejía de Práxeas piensa estar en posesión de la pura verdad cuando profesa que para defender la unicidad de Dios hay que decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son lo mismo. Como si no se pudiera admitir que los tres sean uno por el hecho de que los tres proceden de uno por unidad de sustancia, manteniendo el misterio de la economía divina, que distribuye la unidad en la trinidad, poniendo en su orden el Padre, el Hijo y el Espíritu. Son tres, no por la cualidad, sino por el orden; no por la sustancia, sino por la forma, no por el poder, sino por el aspecto; pues los tres tienen una sola sustancia, una sola naturaleza y un mismo poder, porque no hay más que un solo Dios, a partir del cual, en razón del rango, la forma y el aspecto, se dan las designaciones de Padre, Hijo y Espíritu Santo; y aunque se distinguen en número, no por eso están divididos.¹⁶

El Logos de Dios.

Antes de todas las cosas Dios estaba solo: él era para sí su universo, su lugar, y todas las cosas. Estaba solo porque nada había fuera de él. Pero en realidad, ni siquiera entonces estaba solo, pues tenía consigo algo de su propio ser, su razón. Porque Dios es un ser racional, y la razón estaba primero en él, y de él derivó a todas las cosas. Esta razón es la conciencia que Dios tiene de sí mismo. Los griegos la llaman “logos,” que equivale a lo que nosotros llamamos “pa-

labra": por esto ya se ha hecho corriente entre nosotros que digamos, para simplificar, que en el comienzo la Palabra estaba en Dios. Propiamente la razón debiera considerarse como anterior a la palabra, porque Dios no hablaba desde el principio, pero estaba dotado de razón desde el principio, y la misma palabra proviene de la razón y muestra así que ésta es anterior y como su fundamento. Pero esto no cambia las cosas, ya que si Dios todavía no había pronunciado su Palabra, sin embargo la tenía dentro de sí con la misma razón y en la razón, pensando y disponiendo consigo y en silencio lo que luego había de decir con su Palabra. Porque cuando pensaba y disponía en su razón, convertía ésta en palabra, ya que lo hacía verbalmente. Para que lo entiendas más fácilmente, reflexiona sobre ti mismo, que estás hecho a imagen y semejanza de Dios: también tú, siendo animal racional, tienes en ti mismo razón, porque no sólo has sido hecho por un artifice dotado de razón sino que de su mismo ser has recibido la vida. Observa, pues, cómo esto sucede siempre dentro de ti, cuando en silencio andas pensando algo en tu razón: la razón se te expresa en palabras en cualquier pensamiento que te ocurra y a cualquier estímulo de tu conciencia. No piensas nada que no sea en palabras, ni tienes conciencia de nada que no sea por la razón. Inevitablemente te pones a hablar en tu interior, y al hablar tu palabra se te convierte en interlocutor, y en esta palabra está la misma razón por la que hablas pensando y por la que piensas hablando. De esta suerte, la palabra es en ti en cierto modo como una segunda persona (*secundus quo dammodo est in te sermo*): en sí misma la palabra es algo distinto de ti, ya que por ella hablas pensando, y por ella piensas hablando. ¡Con cuánta mayor plenitud se dará esto en Dios, de quien tú te consideras imagen y semejanza! También él tiene en sí mismo la razón cuando está en silencio, y la Palabra cuando razona. Así pues, sin temeridad alguna, tengo motivos para suponer que Dios antes de la creación del universo no estuvo solo, pues tenía en si mismo a su razón, y con la razón su Palabra que era distinta de él por su actividad dentro de él.¹⁷

La Trinidad: distinción de personas en la unidad esencial.

El Hijo promete que, cuando haya subido al Padre, le pedirá que envíe el Paráclito, y lo enviará. Nótese que es "otro." Además dice: "El tomará de mí" (Jn 14:16), como él toma del Padre. De esta forma la conexión entre el Padre y el Hijo por una parte, y entre el Hijo y el Paráclito por otra, hace una serie coherente de tres en la que uno depende de otro. Estos tres son una sola cosa, pero no una sola persona (*tres unum sunt, non unus*), como está escrito: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10:30), con referencia a la unidad esencial, no a la individualidad numérica (*ad substantiae unitatem, non ad numen singularitatem*).¹⁸

La Trinidad.

Dios profirió su palabra, como la raíz produce el retoño, la fuente el arroyo y el sol el rayo de luz... Y no tengo ningún reparo en usar estos nombres... porque todo origen es una paternidad, y todo lo que procede de un origen es engendrado: **mucho más la Palabra de Dios**, que, además, con toda propiedad recibió el nombre de Hijo. Sin embargo, ni el retoño se distingue de la raíz, ni el arroyo de la fuente, ni el rayo del sol, y así tampoco la Palabra se distingue de Dios. De acuerdo con estas imágenes, confieso admitir dos realidades, **Dios y su Palabra, el Padre y el Hijo del mismo**. Porque la raíz y el retoño son dos realidades, pero unidas; la fuente y el arroyo tienen dos formas, pero no están divididas; el sol y el rayo tienen dos modalidades, pero están juntas. Todo lo que procede de otro ha de ser necesariamente distinto de aquello de lo que procede, pero no ha de estar necesariamente separado. Cuando hay una nueva realidad hay dos realidades; cuando hay una tercera, hay tres realidades. Ahora bien, el Espíritu es una tercera realidad que procede del Padre y del Hijo, como el fruto es una tercera realidad procedente de la raíz y del

retoño, y el río es una tercera realidad procedente de la fuente y del arroyo y el punto de luz es una tercera realidad con respecto al sol y a su rayo. Con todo, nada queda separado de la matriz de la que recibo sus propiedades. De esta suerte la Trinidad, procede del Padre en estadios bien trabados y conexos, sin que la defensa de la condición de su obra suponga un ataque a su realidad monárquica. Profeso la regla de fe por la que declaro que el Padre y el Hijo y el Espíritu son inseparados. Si mantienes esto constantemente, entenderás cómo se ha de entender lo demás. Porque si digo que uno es el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu, el ignorante o el malvado entiende mal esta expresión, porque si hay cierto sonido de diversidad, concluye que esta diversidad ha de entenderse en el sentido de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están separados. Me veo obligado a decir esto, porque hay quien pretende que es lo mismo el Padre, el Hijo y el Espíritu, dando honores falsos a la “monarquía” a expensas de la “economía...”¹⁹

El Logos y la sabiduría eterna.

Este principio de operación y modo de ser de la conciencia divina se manifiesta también en la Escritura bajo el nombre de Sabiduría. Porque, ¿a qué se puede aplicar mejor el nombre de sabiduría que a la razón y palabra de Dios? Escucha cómo la Sabiduría es creada como una segunda persona: “En primer lugar me creó Dios como comienzo de sus caminas, antes de que hiciera la tierra, antes de que asentara los montes; antes que a los collados, me engendró a mí...” (Prov 8:22). En cuanta Dios quiso crear con su existencia y sus variedades propias lo que con su sabiduría, su razón y su palabra había dispuesto en su interior, lo primero que hizo fue dar a luz a la Palabra que contenía en sí inseparablemente su razón y su sabiduría; y por esta Palabra se hicieron todas las cosas, ya que por ella habían sido pensadas y dispuestas y aun hechas en la conciencia de Dios. Lo único que les faltaba era que pudieran ser objeto de conocimiento y comprensión en sus diversas formas y existencias concretas...²⁰

El Verbo actuaba ya en favor de los hombres desde el A.T.

No pienses que sólo la creación del mundo se hizo por el Verbo, sino que por él se hizo todo lo que Dios hizo en los tiempos subsiguientes... “A él se le dio todo poder en el cielo y en la tierra....” (Mt 28:18). Todo poder y todo juicio, dice la Escritura: todas las cosas fueron hechas por él, y todo fue entregada a sus manos, por tanto no hay que admitir ninguna excepción en el tiempo, pues ya no se trataría de todas las cosas si no se incluyeran las cosas de todos los tiempos. Por tanto, fue el Hijo quien juzgó al mundo desde el principio: él destruyó aquella torre soberbia y confundió las lenguas, castigó el orbe con la avenida de las aguas, hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, siendo Dios de Dios. Él era quien bajaba siempre a hablar con los hombres, desde Adán hasta los patriarcas y los profetas, en visiones y sueños, en imágenes y enigmas, siempre preparando ya desde el comienzo aquel orden que había de conseguir en los tiempos finales. De esta suerte, constantemente estaba Dios aprendiendo a conversar con los hombres en la tierra: un Dios que no era otro que la Palabra que tenía que hacerse carne. Aprendía así, para disponernos a nosotros para la fe, pues más fácilmente creeríamos que el Hijo de Dios había descendido al mundo, si habíamos conocido que antes ya había acontecida algo semejante. Todo esto, así como “fue escrito para nosotros” se hizo también por nosotros, “por aquellos a quienes sobrevino el fin de los tiempos” (1 Cor 10:11). De esta suerte, ya desde entonces empezó a experimentar los afectos propios del hombre, ya que él tenía que asumir los elementos del nombre, la carne y el alma... Estas cosas convenían al Hijo, que tenía que someterse aun a las pasiones humanas, a la sed, el hambre, las lágrimas, inclusa el nacimiento y la muerte, en lo cual el Padre “lo hizo un poco inferior a los ángeles” (Sal 8:6)²¹

Dios desciende al nivel de los hombres en Cristo.

Dios no hubiese podido entrar en trato con los hombres, si no hubiese tomado sentimientos y afectos humanos. Así moderaba con humildad el poder de su majestad, que hubiera sido intolerable a la pequeñez humana. Lo que parece indigno de Dios, era necesario para el hombre, y por eso era también digno de Dios, ya que nada es tan digno de Dios como la salvación del hombre... Si el Dios supremo con tanta humildad abajo la excelencia de su majestad que se sometió a la muerte y muerte de cruz, ¿por qué no admitís que el Dios del Antiguo Testamento se adaptase en ciertas cosas mucho más soportables que los insultos, el patíbulo y el sepulcro que había de recibir de los judíos? ¿Es que realmente pensáis que son cosas bajas las que ya desde entonces debían ser indicio de que Cristo, sometido a los sufrimientos de los hombres, venía de aquel Dios cuyo antropomorfismo vosotros repudiáis? Profesamos que Cristo actuó desde siempre en nombre del Padre; él es quien habló en los comienzos, quien tuvo tratos con los patriarcas y los profetas, pues es el Hijo del creador y la Palabra suya. Al proferirla Dios en sí mismo, constituyó al Hijo, y luego le dio el poder sobre todas sus disposiciones y voluntades, haciéndolo un poco inferior a los ángeles, como dice él mismo en la Escritura (Sal 8:6).

Al disminuirlo así, el Padre le ordenó para estas cosas que vosotros reprobáis como antropomorfismos, entrenándole ya desde el comienzo para aquello que tenía que ser en el fin. Él es el que baja, el que pregunta, el que pide, el que jura. Que nadie vio al Padre, lo atestigua el mismo Evangelio común, pues dice Cristo: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo" (Mt 11:27). Él mismo había dicho en el Antiguo Testamento: "Nadie que vea a Dios vivirá" (Ex 33:20). Con esto declara que el Padre es invisible, y en su nombre y autoridad era Dios aquel que era tenido por Hijo de Dios. En cambio entre nosotros Cristo es recibido como tal, pues es de esta forma como es nuestro. Por consiguiente, toda la dignidad que vosotros reclamáis para Dios se encuentra en el Padre, que es invisible, inabordable y sereno, siendo, por así decirlo, el dios de los filósofos. En cambio lo que reprocháis como indigno de Dios, se ha de admitir en el Hijo, hecho visible, audible y asequible, mediador e instrumento del Padre. En él se han mezclado Dios y el hombre: Dios por su poder, y hombre por su debilidad. De esta suerte puede conferir a la humanidad lo que ha robado a la divinidad. Todo lo que según vosotros es deshonroso de Dios, encierra en él Dios que yo adoro el misterio de la salvación humana. Dios se pone a vivir a la manera humana, para que el hombre aprendiera a vivir de manera divina. Dios se pone al nivel del hombre, para que el hombre pudiera ponerse al nivel de Dios. Dios se hizo pequeño, para que el hombre adquiriera su grandeza. Si crees que esto es indigno de Dios, no sé si realmente crees en un Dios crucificado. Vuestra perversidad es indecible frente a ambas maneras de manifestarse del creador. Le llamáis juez, pero repudiáis como crueldad la severidad del juez que dicta según lo que merece cada caso. Exigís que Dios sea sumamente bueno, pero despreciáis como debilidad su suavidad y benignidad en bajarse hasta lo que era capaz de comprender la pequeñez humana. No os gusta ni siendo grande ni siendo pequeño, ni como juez ni como amigo...²²

Cristo se encarnó verdaderamente, porque tenía que morir verdaderamente.

(Los gnósticos) proponen que no hay dificultad en que Cristo hubiera tenido un cuerpo que no pasara por el nacimiento, igual que admitimos que los ángeles, sin pasar por útero alguno-materno, anduvieron en forma carnal... Quisiera que éstos compararan las causas por las que Cristo y los ángeles anduvieron en forma carnal. Ningún ángel jamás descendió para ser crucificado, para someterse a la muerte para resucitar de la muerte. Ya tienes la causa de que los ángeles no tomaran carne a través del nacimiento: ninguno de los que se encarnó lo hizo por tales mo-

tivos. No venían para morir, y, consecuentemente, tampoco para nacer, Pero Cristo, no fue enviado para morir, hubo necesariamente de nacer a fin de que pudiera morir. No suele estar sujeto a la muerte más que lo nuestro sujeto a nacimiento. Es una deuda mutua la que está establecida entre el nacimiento y la muerte. La ley de la muerte es la causa del nacimiento...²³

Eva y María.

Habrá que comentar la razón por la que el Hijo de Dios hubo de nacer de una virgen. Debía nacer de nuevo el que tenía que ser consagrado de un nuevo nacimiento acerca del cual el Señor había prometido por Isaías que nos iba a dar una señal...: “Una virgen concebirá en su vientre y parirá un hijo” (Is 7:14). De acuerdo con esto concibió la Virgen, y parió a Emmanuel, es decir a “Dios con nosotros.” Éste es el nacimiento nuevo: el hombre nace en Dios porque Dios ha nacido en el hombre, tomando la carne de la antigua raza, pero sin la cualidad antigua de la raza; así la restauró con una raza nueva, la raza espiritual, purificada por el hecho de haber quedado expulsados los antiguos errores. Ahora bien, toda esta nueva forma de nacimiento así como estaba prefigurada en el viejo nacimiento con todos sus detalles, así también hace inteligible la disposición del nacimiento virginal. Porque cuando surgió el hombre, la tierra era virgen y no había sido vejada por el trabajo humano ni se le había introducido semilla alguna; de esta tierra virgen se nos dice que Dios hizo el hombre para que fuera un ser viviente. Ahora bien, si esto se refiere acerca del antiguo Adán, tenemos razón para pensar que sucederá paralelamente en el “Adán novísimo,” como dijo el Apóstol. Este mundo, pues, salió de una tierra virgen — la carne que no ha sido todavía abierta a la generación — para que fuera un especie vivificante... Dios lo restableció a su imagen y semejanza, que había sido arrebatada por el diablo, por una operación paralela. Porque la palabra del diablo, artífice de la muerte, se metió dentro de Eva cuando ésta era todavía virgen; paralelamente la Palabra de Dios, constructora de la vida, tenía que mezclarse dentro de la Virgen, a que se restableciera la salud del hombre por el mismo sexo por el cual había venido al hombre la perdición. Eva creyó a la serpiente: María creyó a Gabriel. Lo que aquélla pecó creyendo, reviendo lo corrigió ésta. Se objetará: “Pero Eva no concibió nada en su seno por obra de la palabra del diablo.” Ya lo creo que concibió: porque la palabra del diablo fue el semen por el que ella tuvo luego que parir desterrada y tuvo que parir con dolores, dando a luz, en suma, a un diablo fraticida. Por el contrario, María dio a luz a aquel que tenía que salvar a su hermano carnal, Israel, su propio matador. Al seno virginal hizo Dios descender su propia Palabra, el hermano bueno que había de borrar la memoria del mal hermano. Y por esto Cristo, para salvar al hombre, tuvo que salir de allí mismo donde se había metido el hombre llevando sobre sí la condenación.²⁴

Las dos naturalezas de Cristo.

O confiesas que en el Dios crucificado está la sabiduría, o vale más que no lo admitas para nada. ¿Qué es más indigno de Dios, más vergonzoso, nacer o morir? ¿Soportar la carne o soportar la cruz? ¿Ser circuncidado o ser crucificado? ¿Ser amamantado o ser sepultado? ¿Ser colocado en un pesebre, o ser depositado en un sepulcro? En realidad no serás sabio si no te conviertes en necio para el mundo y te pones a creer las necedades de Dios... Respóndeme tú, asesino de la verdad. ¿No fue realmente crucificado el Señor? ¿No murió realmente, para que fuera realmente crucificado? ¿No resucitó realmente, por haber realmente muerto? ¿O es que Pablo nos enseñaba falsedades cuando decía que sólo conocía a Cristo crucificado (cf. 1 Cor 15:17), añadiendo falsamente que había sido sepultado e inculcando falsamente que había resucitado? Y si esto es así, ¿toda nuestra fe es falsa, y es un fantasma todo lo que esperamos de Cristo? Eres el

más malvado de los hombres, pues buscas excusas para los que dieron muerte al Señor. Pues, en efecto, nada hicieron sufrir éstos a Cristo si es verdad que Cristo nada sufrió.

No le quites al mundo su única esperanza, y no quieras lo que hay de necesariamente deshonroso en nuestra fe. Todo lo que es indigno de Dios es en provecho mío. Él dijo: “Si uno se avergüenza de mí, yo me avergonzaré de él...” (Mt 10:33). Si no me avergüenzo de mi Señor, estoy salvado. ¿Fue crucificado el Hijo de Dios? Es vergonzoso, y por esto no me avergüenza. ¿Murió el Hijo de Dios? Es absurdo, y por esto lo creo. ¿Resucitó una vez sepultado? Es imposible, y por esto es cierto. Estas cosas ¿cómo hubieran sucedido realmente en él, si él no existía realmente, si no tenía realmente lo que había de ser crucificado, lo que había de morir, ser sepultado y resucitar, es decir, la carne vivificada por la sangre, estructurada sobre los huesos, ligada por los nervios y cruzada por las venas? Esta carne era, sin lugar a dudas, humana, pues era nacida de un ser humano y, por tanto, mortal. Por ella Cristo es “hombre” e “hijo del hombre...” A no ser que nos digas, Marción, que el hombre no es carne, o que la carne del hombre no procede de un ser humano, o que María no era un ser humano, o que ser hombre es ser Dios. Si no tiene carne, Cristo no puede ser denominado hombre; si no procede de un ser humano, no puede ser llamado hijo del hombre, de la misma manera que no es Dios sin el Espíritu de Dios, ni Hijo de Dios si Dios no es su Padre. Así pues, el origen de una y otra sustancia revela que es a la vez Dios y hombre: bajo un aspecto, nacido; bajo otro, no nacido; bajo un aspecto, carnal; bajo otro, espiritual, bajo uno, bajo otro, fuerte en extremo; bajo uno, mortal; bajo otro, viviente. Estas propiedades de sus dos maneras de ser (*condiciones*), la divina y la humana, se señalan como igualmente verdaderas para una y otra naturaleza, el Espíritu y la carne. Con la misma credibilidad, el poder del Espíritu de Dios prueba que Cristo es Dios y los sufrimientos de su carne humana prueban que es hombre. Sin el Espíritu no tendría el poder; sin la carne no se darían sus sufrimientos. Si la carne con sus sufrimientos no es más que una apariencia, el Espíritu con su poder es una falsedad. ¿Por qué introduces una falsedad que parte a Cristo en dos? Todo él fue verdad. Puedes estar cierto de que prefirió someterse al nacimiento que engañar con alguno de sus componentes — y además en detrimento propio —, presentándose como teniendo una carne sólida sin tener huesos, dura sin tener músculos, sangrienta sin sangre... con palabras fantasmagóricas que sonaban a los oídos con una voz imaginaria. Si fuera así, ¿fue también un fantasma cuando después de la resurrección ofreció sus manos y sus pies a los discípulos para que los examinaran?... De esta forma, engaña, embaуa y encandila a todos los que le ven, a todos los que le conocen, a todos los que se acercan a él y le tocan. Si esto es así no debieras hacer a Cristo descendido del cielo, sino venido de alguna banda de falsarios, ni debieras proclamarlo Dios por encima de los hombres, sino simple hombre con poder de mago; no sería el pontífice de nuestra salvación, sino el artífice de un espectáculo; no sería el resucitador de los muertos, sino el embaуador de los vivos. Por más que, aunque hubiera sido un mago, tendría que haber nacido.²⁵

El Hijo abandonado por el Padre.

Te encuentras con que en su pasión exclama Cristo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27:46). Esta es la voz de la carne y del alma, es decir, del hombre; no la voz del Verbo y del Espíritu, es decir, de Dios. Fue proferida precisamente para que quedara manifiesto que Dios es impasible y que abandonó a su Hijo al entregar su humanidad a la muerte. El Apóstol tuvo conciencia de esto cuando escribió: “El Padre no indulgente con su propio Hijo” (Rom 8:32); y antes había dicho lo mismo Isaías: “El Señor lo entregó por nuestros pecados” (Is 53, 6). Fue al no tener indulgencia con él, al entregarlo por nosotros, cuando el Padre lo abandonó. Pero en realidad no abandonó el Padre al Hijo, pues éste puso en sus manos su espíritu Lo

puso en sus manos, y al punto murió, porque mientras el espíritu está todavía en la carne, ésta no puede morir. Así pues, para el Hijo ser abandonado del Padre fue lo mismo que morir. Por tanto el Hijo muere y resucita por obra del Padre, según las Escrituras el Hijo se remonta a lo más alto de los cielos, habiendo descendido a lo más profundo de la tierra. Allí está sentado a la derecha del Padre, no el Padre a su derecha. Allí le vio Esteban cuando le apedreaban, todavía de pie a la derecha de Dios, pues empezará a sentarse en el momento en que el Padre ponga todos sus enemigos debajo de sus pies. Él mismo vendrá de nuevo sobre las nubes del cielo, de la misma manera como subió. Y, mientras tanto, él mismo derramó el don recibido del Padre, el Espíritu Santo, la tercera persona (*tertium n̄amen*) de la divinidad y el tercer grado de la suma majestad, predicador de la monarquía unitaria e intérprete de la economía divina para aquel que dé oído a la nueva profecía que se contiene en sus palabras. Él es el guía de toda verdad, la cual se encuentra en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: éste es el misterio cristiano. Es propio de las creencias judaicas creer de tal modo en un solo Dios, que no quieras poner al Hijo junto a él, y además del Hijo el Espíritu. ¿Qué diferencia hay entre los judíos y los cristianos, sino ésta? ¿Qué necesidad teníamos del Evangelio, que es la esencia del Nuevo Testamento, y que declara que la ley y los profetas se extienden hasta Juan, si no sacamos de él que los tres en quienes creemos, el Padre, el Hijo y el Espíritu, no constituyen más que un solo Dios?...²⁶

12. Apol. 17; 13. Adv. Marc. 1, 3; 14. Ibid. 2, 3; 15. Ibid. 2, 4, 3; 16. TERTUL. Adv. Praxean. 2, 3 – 4; 17. Ibid. 5; 18. Ibid. 25; 19. Ibid. 8 – 9; 20. Ibid. 6; 21. Ibid. 16; 22. Adv. Marc. 2, 27; 23. TERTUL. De carne Christi. 6, 3 – 6; 24. Ibid. 17; 25. Ibid. 5, 1 – 10; 26. Adv. Praxean, 30 – 31;

III. El hombre pecador.

Cómo pudo Dios hacer al hombre capaz de pecar.

Paso ya a estas cuestiones vuestras, perros a los que el Apóstol echó a la calle (cf. Flp 3:2), pues no dejáis de ladrar contra Dios de la verdad. Estos son vuestros argumentos, que siempre andáis royendo como huesos: “Si Dios es bueno, y sabe lo que ha de suceder, y tiene poder para evitar el mal, ¿por qué toleró el hombre, imagen y semejanza suya y aun de su misma sustancia en lo que al alma se refiere, fuese engañado por el diablo al punto de que cayera en la muerte por no obedecer a la ley? Porque si Dios es bueno, no podía querer que esto sucediera; si conoce el futuro, sabía que esto tenía que suceder; si tenía poder ello, debía haberlo evitado. De esta suerte, dadas estas tres propiedades de la majestad divina, nunca debiera haber sucedido lo que era incompatible con ellas. Por el contrario, si realmente sucedió así, es evidente que no podemos creer que Dios sea bueno, ni conocedor del futuro ni todopoderoso...”

Ahora bien, si en Dios se dan estas propiedades, según las cuales no debería haber sucedido ningún mal al hombre, y, con todo, tal mal sucedió, tendremos que considerar la condición del hombre, pues pudo suceder por parte de ella lo que no podía suceder por parte de Dios. En efecto, nos encontramos con que el hombre fue hecho por Dios como ser libre, capaz de arbitrio y decisión propia: precisamente es en esto donde más en particular se manifiesta que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Porque no es en su rostro o en sus rasgos corporales, que presentan en los hombres tanta diversidad, donde el hombre está hecho a imagen de Dios, que es siempre idéntico a sí, sino en aquello más esencial que procede del mismo Dios, esto es, el alma, que ha recibido el sello del ser divino en lo que se refiere a la libertad de arbitrio y de decisión. De no ser así, no se hubiese impuesto una ley a un ser que no habría sido capaz de prestar un obsequio libre a esta ley; ni se hubiera señalado castigo de muerte a la trasgresión de la misma, si no se hubiera dado por supuesto que había en el hombre libertad para despreciar la ley.

Y así, en las leyes del Creador que luego siguieron, descubrirás que Dios propone al hombre el bien y el mal, la vida y la muerte, y todo el sistema de disciplina ordenado por medio de los preceptos no supone otra cosa sino que Dios llama, amenaza y exhorta al hombre que, dotado de voluntad y de libertad, es capaz de obediencia o de rebelión.

Pero si objetas que, si la libertad y decisión del hombre habían de resultar para él ruinosas, no debían habersele dado a defender que el hombre realmente tenía que haber sido hecho así... La bondad y la sabiduría de Dios, que siempre actúan a una en nuestro Dios, son argumento de que tenía que ser de esta manera. Porque la sabiduría sin bondad no es sabiduría, ni la bondad sin sabiduría es bondad, a no ser que se admita el Dios de Marción, que ya hemos dicho que es bueno pero irracional. Convenía que Dios se diera a conocer; esto era cosa ciertamente buena y razonable. Convenía que hubiera un ser digno de conocer a Dios. ¿Qué ser tan digno podía pensarse fuera de la misma imagen y semejanza de Dios? También esto es, sin duda, bueno y razonable. Por tanto, convenía que se hiciera una imagen y semejanza de Dios con libertad de arbitrio y decisión, ya que en esta libertad es donde se descubre la semejanza e imagen de Dios... Hubiera sido extraño que el hombre fuera dueño y soberano de todo el mundo, pero no de sí mismo: hubiera sido dueño de los demás, pero esclavo de sí mismo... Ahora bien, bueno por naturaleza sólo lo es Dios. El que es lo que es sin comienzo alguno, no tiene lo que es por institución, sino por naturaleza. En cambio el hombre, que todo cuanto es lo ha recibido, tiene un comienzo, y en este comienzo recibió el principio de su ser: por esto no está ordenado al bien por la misma naturaleza, sino por el acto de su creación... según que es bueno su creador, que es el creador de todos los bienes. Pues bien, a fin de que el hombre alcanzara su propio bien estando emancipado de Dios, de suerte que el bien del hombre fuera como propiedad y naturaleza suya propia, en la creación le fue dada por Dios como un título de emancipación la libertad de arbitrio y de elección, con la cual el hombre pudiera obrar el bien espontáneamente y como cosa propia. Esto exigían la bondad y sabiduría... Le fue concedida plena libertad de elección en uno u otro sentido, de suerte que siempre fuese dueño de sí para hacer libremente el bien y para evitar libremente el mal; pues, por otra parte, convenía que el hombre estuviera bajo el juicio de Dios y que fuese justo por sus méritos propios, es decir, libre. En efecto, no podía asignarse razonablemente una recompensa del mal ni del bien a aquel que fuese bueno o malo por necesidad, no por voluntad propia. Para esto se dio la ley, la cual no anula, sino que pone a prueba la libertad con que uno o libremente se somete o libremente la traspasa. Por esto tenían que estar ambos caminos abiertos al libre arbitrio... Es muy fácil que los que han caído para ruina del hombre, antes de examinar su condición y sin tener en cuenta la sabiduría del Creador, le culpen a éste lo sucedido. Pero si se considera bien la bondad de Dios desde el comienzo de su creación, uno se convencerá de que de Dios no puede haber salido nada malo; y al contrario, una reflexión sobre la libertad del hombre mostrará que ella es la culpable del mal que cometió.²⁷

El alma humana.

Definimos el alma humana como nacida del soplo de Dios, inmortal, incorpórea, de forma humana, simple en su sustancia, consciente de sí misma, capaz de seguir varios cursos, dotada de libre arbitrio, sometida a circunstancias externas, mudable en sus capacidades, racional, dominadora, capaz de adivinación y procedente de un tronco común. Ahora hemos de considerar cómo procede de un solo tronco, es decir, de dónde, cuándo y cómo la recibe el hombre. Algunos opinan que desciende de los cielos, creyéndolo con la misma fe indubitable con que prometen que ha de retornar allí... Me duele en el alma que Platón haya sido la despensa de que se han ali-

mentado todos los herejes: porque éste es quien en el Fedón dice que las almas pasan de acá allá y de allá acá...²⁸

El alma es transmitida por los padres, juntamente con el semen.

¿Cómo es concebido un ser animado? ¿Se forman simultáneamente las sustancias del alma y del cuerpo, o más bien la una precede a la otra? Mantenemos que las dos son concebidas, formadas y perfeccionadas al mismo tiempo, de la misma manera que nacen simultáneamente, sin que ningún intervalo separe la concepción de las dos y dé prioridad a una sobre la otra. Juzgad el origen del hombre a partir de su fin. Si la muerte no es otra cosa que la separación del alma y del cuerpo, la vida, que es lo contrario de la muerte, no se puede definir más que como la unión del cuerpo y del alma. Si la separación de las dos sustancias se produce simultáneamente por la muerte, la ley de su unión nos obliga a pensar que la vida llega simultáneamente a las dos sustancias. Mantenemos, pues, que la vida, empieza en la concepción, pues defendemos que el alma existe desde este momento, y el principio de la vida es el alma. Simultáneamente se une para la vida, lo que simultáneamente se separa en la muerte... Nadie, pues, sienta rubor si damos una interpretación que resulta necesaria. Ante la naturaleza hemos de sentir reverencia, pero no rubor. Es la concupiscencia, no la naturaleza, lo que hizo la cópula sexual vergonzosa. Son los excesos, no el uso establecido, lo que es impudico, ya que el uso establecido está bendecido por Dios: "Creced y multiplicaos" (Gen 1:28) Los excesos sí que están maldecidos, los adulterios, las violaciones, la prostitución.

Dignidad de la carne humana en relación con el espíritu.

El barro fue hecho glorioso por la mano de Dios, y la carne todavía más gloriosa a causa de su soplo, por el cual perdió la rudeza de la carne y del barro y recibió la belleza del alma... Tú te preocupas de que tus vinos y tus ungüentos de gran precio se guarden en vasos de correspondiente calidad y que a tus espadas de un acero exquisito correspondan vainas de igual valor, ¿Y piensas que Dios abandonará en cualquier vil cacharro lo que es sombra de su propia alma, alieno a su propio Espíritu, obra de su propia boca, de suerte que sea entregada a una condenación cierta por el mero hecho de haber sido poesía en sitio tan indigno? Pero, ¿hay que decir que colocó el alma en la carne, o más bien que la insertó y la combinó con ella? Tan íntimamente la entremezclo, que no puede darse como cierto si es la carne la que envuelve al alma o es el alma la que envuelve a la cara, si es la carne la que manifiesta al alma, o el alma la que manifiesta a la carne. Y aunque más bien hay que creer que es el alma la que servida y la señora, pues está más próxima a Dios, aun esto redunda en gloria de la carne, pues contiene aquello que es próximo a Dios y se hace partícipe de su soberanía. En efecto, ¿cómo puede el alma utilizar la naturaleza, cómo puede disfrutar del mundo, cómo puede saborear los elementos si no es a través de la carne?... Por la carne ha recibido una partícula del poder divino, pues no hay nada que no alcance con la palabra, aunque sólo sea por indicación tácita: y la palabra proviene de un órgano carnal... Todo está sometido al alma por medio de la carne, y, por tanto, todo está sometido a la carne. De esta suerte, la carne, aunque es tenida por sierva e instrumento del alma, se descubre como su compañera y coheredera en lo temporal. ¿Por qué pues no en lo eterno? ...Ninguna alma puede conseguir la salvación si no creyó mientras vivía en la carne: tan verdad es qué la carne es el quicio sobre el que gira la salvación (*caro salufis est cardo*). Cuando Dios atrae a sí al alma, es la carne la que permite que el alma pueda ser atraída por Dios. La carne es lavada, para que el alma quede purificada. La carne es ungida, para que el alma quede consagrada. La carne es sellada, para que el alma quede protegida. La carne recibe la sombra de la imposición de las manos, para

que el alma quede iluminada por el Espíritu. La carne se alimenta con el cuerpo y la sangre de Cristo, para que el alma quede cebada de Dios. Por tanto, no se puede separar en el premio lo que colaboró en un solo trabajo. Los sacrificios agradables a Dios — me refiero a la aflicción del alma, los ayunos, la abstinencia y todas las molestias anejas a estas prácticas — es la carne la que los realiza una y otra vez, a costa propia...³⁰

Dignidad de la carne, obra de Dios y destinada a Cristo.

Mi propósito es reivindicar para la carne todo aquel honor que le confirió el que la creó. Porque ya entonces la carne pudo gloriarse de que siendo tan poca cosa como es el limo de la tierra, llegó a encontrarse entre las manos de Dios... Este mero contacto hubiera bastado para hacerla feliz. Al tacto de Dios hubiera podido salir inmediatamente la figura modelada, sin más esfuerzo. Pero era una cosa demasiado grande lo que se estaba construyendo con tal material: por esto tiene la gloria de ser honrado tantas veces cuantas se posa en él la mano de Dios lo toca, lo pellizca, lo amasa, lo modela. Imagínate a Dios enteramente ocupado y entregado a este material, con sus manos, sus sentidos, su actividad, su ingenio, su sabiduría, su providencia y, sobre todo, con su amor que le dictaba los rasgos que modelaba. Porque cuando iba dando expresión al barro, estaba pensando en Cristo que tenía que ser hombre, es decir, barro, ya que el Verbo se haría carne, que entonces era tierra. Por esto empezó el Padre diciendo al Hijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1:26). El hizo Dios al hombre, lo hizo modelándolo, “a imagen de Dios lo hizo,” es decir, de Cristo. Porque el Verbo era Dios, y, hecho a imagen de Dios, no intentaba apropiarse cosa ajena al asemejarse a Dios.

De esta suerte, aquel barro que tomaba ya entonces la imagen del Cristo que tenía que existir en la carne, no era sólo una obra de las manos de Dios, sino una prenda del mismo. ¿De qué puede servir ahora intentar oscurecer el origen de la carne trayendo a colación el nombre de tierra, elemento bajo y sucio? Aunque se hubiese tomado cualquier otro material para formar al hombre, lo que convendría traer a la memoria sería la grandeza del artífice, que es quien ennoblecen el material al elegirlo y quien hace la obra trabajándolo...³¹

El pecado del hombre y la resurrección.

Dice el Señor que vino a salvar lo que había perecido (cf. Mt 18:11). ¿Qué piensas que era lo que había perecido? El hombre, sin lugar a dudas. ¿Todo el hombre, o parte de él? Ciertamente todo, ya que la trasgresión, que fue la causa de la muerte del hombre, fue cometida tanto por el impulso del alma con su concupiscencia como por la acción de la carne con su placer. Con ello se escribió contra todo el hombre el veredicto de culpabilidad por el que luego tuvo que pagar justamente la plena pena de muerte Así pues, también el hombre entero será salvado, ya que el hombre entero cometió el delito... Sería indigno de Dios que devolviera a la salud la mitad del hombre, haciendo, por así decirlo, menos que los mismos gobernantes de este mundo, que siempre conceden el indulto en forma total. ¿Habrá que admitir que el diablo fue más fuerte para mal del hombre al lograr destrozarlo totalmente mientras que Dios es más débil, ya que no lo restaura en su totalidad? Pero dice el Apóstol que “donde abundó el delito, sobreabundó la gracia” (cf. Rom 5:20).³²

La inmortalidad del hombre.

Esto es lo que hace la muerte: separar el cuerpo y el alma... Ahora bien, los que hemos sido instruidos acerca del origen del hombre, nos atrevemos a declarar que la muerte no le ha venido al hombre por naturaleza, sino a causa de una culpa, y ésta tampoco es natural. Sin embar-

go, fácilmente se da el nombre de naturales a cosas que parecen ligadas a nuestra condición por nacimiento, aunque son adventicias. Si el hombre hubiese sido creado directamente para la muerte, se diría que la muerte es para él natural. Ahora bien, que no había sido creado para la muerte lo prueba el mandato que le imponía una amenaza condicional, diciendo que moriría según fuera su libre decisión. Por tanto, si no hubiese pecado, no hubiera muerto. Consiguientemente, no era natural lo que aconteció a causa de un acto de voluntad con poder para elegir y no por necesidad de la ley de la creación.³³

Todo el hombre quedó debilitado, aunque no totalmente corrompido, por el pecado.

Todas las cualidades otorgadas al alma en su nacimiento están aun ahora oscurecidas y pervertidas por aquel que en los orígenes tuvo envidia de ellas. Por esto no se pueden distinguir claramente ni se pueden utilizar como convendría. No hay hombre a quien no se le pegue un espíritu malvado que le está acechando desde las mismas puertas del nacimiento... En el parto de todos los hombres interviene la idolatría... Por lo demás, el Apóstol tenía presente la clara palabra del Señor: “Si uno no nace del agua y del Espíritu, no entrará en el reino de Dios” (Jn 3:5). Por tanto, toda alma ha de considerarse incluida en el estado de Adán en tanto no es incluida en el nuevo estado de Cristo. Hasta que no adquiere este nuevo estado, es inmunda, siendo objeto de ignominia en asociación con la carne. Porque, aunque la carne es pecadora y se nos prohíbe “andar según la carne” (2 Cor 10:2), y las obras de la carne son condenadas porque sus apetencias son contra el espíritu (cf. Gal 5:17), y los que la siguen son tachados de carnales, sin embargo, la carne no es mala en sí misma. Por sí misma la carne no siente ni conoce nada para poder inducir a forzar al pecado. ¿Cómo podría hacerlo? Ella no es más que un instrumento, y aun un instrumento que no es como un siervo o un amigo, que son seres animados, sino como un vaso u otra cosa semejante de naturaleza corporal, no viviente. El vaso es instrumento para el que tiene sed: pero si el que tiene sed no se acerca al vaso, el vaso no le servirá de nada. Lo distintivo de cada hombre no está en este elemento terreno. La carne no es el hombre, ni le da sus peculiares cualidades espirituales y personales, sino que es una cosa de sustancia y condición totalmente distinta del ser personal, aunque sido entregada al alma como posesión e instrumento para las necesidades de la vida. Por consiguiente, la carne es atacada en la Escritura por que el alma no hace nada sin la carne en los actos de concupiscencia, gula, embriaguez, crueldad, idolatría, y otros que no son meros sentimientos, sino acciones. En realidad, los sentimientos pecaminosos que no resultan en acciones suelen imputarse al alma: “El que mira con concupiscencia, ya ha cometido adulterio en su corazón” (Mt 5:28). Por otra parte, ¿qué puede hacer la carne sin el alma en lo que se refiere a la virtud, la justicia, la paciencia, la modestia? No puedes acusar a la carne de mala, si no puedes mostrar que puede hacer el bien. Se lleva a juicio lo que ha servido para el delito, a fin de que en el mismo juicio de los instrumentos se manifieste todo el peso de culpa del delincuente. Si los cómplices resultan castigados, mucho mayor odio recae en el autor principal, y cuando ni el cooperador resulta inocente, mucho mayor es la pena del instigador.

Por consiguiente, el mal del alma es anterior y, fuera del que le viene añadido por la intrusión del espíritu malo, proviene de la falta original y es en cierto sentido connatural. Porque la corrupción de la naturaleza es como una segunda naturaleza que tiene su propio dios y padre, que no es otro que el autor de la corrupción. Con todo, sigue habiendo el bien en el alma, a saber, aquel bien original, divino y genuino que es propiamente suyo por naturaleza. Porque lo que procede de Dios propiamente no queda destruido, sino entenebrecido, ya que, en efecto, puede ser entenebrecido, puesto que no es Dios, pero no puede ser destruido, porque procede de Dios. Es lo que sucede con la luz que por más que un obstáculo le cierre el paso, sigue existiendo, aunque si

el obstáculo es suficientemente opaco no aparece. Lo mismo sucede con el bien en el alma que está ahogada en el mal: según sea éste, el bien o desaparece del todo o surge como un rayo de luz por donde encuentra un espacio libre. Así, hay hombres pésimos y hombres muy buenos, aunque las almas son todas de una misma especie. Y en los peores hay algo bueno, y en los mejores algo malo. Sólo Dios no tiene pecado, y entre los hombres sólo Cristo no tiene pecado, porque es Dios... No hay ninguna alma sin pecado, por que ninguna hay que no guarde una semilla de bien. Por esto, cuando el alma se convierte a la fe y es restaurada en su segundo nacimiento por el agua y por el poder de arriba, se le quita el velo de su corrupción original y logra ver la luz en todo su esplendor. Entonces es recibida por el Espíritu Santo, de la misma manera que en el primer nacimiento había sido acogida por el espíritu inmundo. Y la carne sigue al alma en sus nupcias con el Espíritu como una dote, y se convierte en sierva, no del alma, sino del Espíritu. ¡Oh nupcias dichosas, si no se entrometiese el adulterio! ³⁴

27. Adv. Marc.2, 5 – 6; 28. Tertul. De Anima. 22, 2; 29. Ibid. 27; 30. Tertul. De Carnes resurrectione, 7; 31. Ibid 6; 32. Ibid. 34; 33. De Anima, 52;

IV. Sacramentos y vida cristiana.

Necesidad del bautismo después de la venida de Cristo.

(Según los herejes) el bautismo no es necesario, pues basta la fe: porque Abraham agració a Dios sin ningún sacramento de agua, sino con el de la fe (*nullius aquae nisi jidei sacramento*)... Sea que antes por la sola fe (hubiera salvación), antes de que el Señor padeciera y resucitara. Pero así que el objeto de la fe se amplió y hubo que creer en su nacimiento, su pasión y su resurrección, se amplió también el medio de salvación (*ampliato sacramento*) con la adición del sello del bautismo, que es, en cierta manera, como el vestido de la fe, que antes estaba desnuda. Ya no hay ahora posibilidad de eludir su ley, porque, en efecto, la ley del bautismo ha sido impuesta y su forma ha sido prescrita cuando se dice: “Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28:19). Esta ley se relaciona con aquella declaración: “Si uno no renaciere del agua y del Espíritu Santo no entrará en el reino de los cielos” (Jn 3:5) la cual somete la fe a la necesidad del bautismo. Por esto desde entonces todos los que creían eran bautizados. Pablo, por ejemplo, así que creyó fue bautizado...³⁵

Simplicidad de los sacramentos y medios de santificación.

No hay nada que contribuya tanto a endurecer las mentes humanas como el contraste entre la simplicidad de las obras divinas tal como las vemos llevarse a cabo y **la grandiosidad de los efectos que en ellas se prometen**. En este punto, es tanta la simplicidad ausencia de pompa y de boato fastuoso y, en realidad, de elementos costosos, que un hombre es sumergido en el agua y bañado mientras se pronuncian unas pocas palabras, y en poco o nada vuelve a salir más limpio que antes: precisamente por esto resulta tan increíble que pueda así conseguirse la vida eterna. No me engaño al decir que, por el contrario, la solemnidades de los ídolos con su secreto, con su aparato teatral y costoso es lo que constituye toda la credibilidad y autoridad de aquellos. ¡Qué mísera es la incredulidad, que niega a Dios lo que es más propio de él, la simplicidad y el poder! ¿Por ventura no es maravilloso que en un simple lavatorio quede disuelta la muerte? Porque es maravilloso, no se quiere creer, mientras que precisamente por ello debía creerse más. ¿Cómo han de ser las obras divinas, sino mayores que todo lo que nos maravilla? También nosotros nos maravillamos, pero creemos. En cambio, la iniquidad se maravilla porque no cree: se maravilla de esas cosas simples y las tiene por vanas; se maravilla de esas cosas tan grandiosas, y las tiene

por imposibles. Sea así, como tú piensas: la palabra divina te sale al encuentro de ambas objeciones: “Lo necio del mundo eligió Dios, para confundir su sabiduría” (1 Cor 1:27). Y también: “Lo que es difícil para los hombres, es fácil para Dios” (Mt 19:6). Porque si Dios es sabio y poderoso — cosa que admiten aun los que no hacen caso de él — , tiene razón para usar como materia de sus obras lo que es contrario a la sabiduría y al poder, es decir, la necesidad y la imposibilidad: porque todo poder tiene su causa en aquello de donde se suscita...³⁶

Figura y realidad del bautismo.

No hace diferencia alguna el que uno se bautice en el mar o en un estanque, en un río o en una fuente, en un lago o en un recipiente: ni hay diferencia entre aquellos que Juan bautizó en el Jordán y los que Pedro bautizó en el Tíber, así como no recibió ni más ni menos en orden a la salvación aquel eunuco a quien Felipe yendo de camino bautizó en una agua que al azar encontraron. Todas las aguas, en virtud de la cualidad de su mismo origen primero, llevan a cabo el misterio de la santificación (*sacramentum sanctificationis consequuntur*) por la invocación de Dios: entonces sobre viene al punto el Espíritu del cielo y permanece sobre las aguas, santificándolas con su propia virtud de suerte que, una vez así santificadas, queden impregnadas de fuerza santificadora. Hay en esto una analogía con una realidad bien sencilla: por los pecados nos manchamos con una especie de suciedad, y con el agua nos lavamos. Entonces, habiendo recibido las aguas en cierto sentido- una virtud medicinal por la intervención del ángel, el espíritu se disuelve como corporalmente en el agua, y la carne en la misma agua se purifica espiritualmente...

Esto de que un ángel intervenga ¡en el agua,, aunque parezca cosa nueva tiene un precedente que era imagen de lo que había de suceder: Un ángel intervenía en la piscina de Betsaida removiendo las aguas. Estaban al acecho los que sufrían enfermedades, pues el que se adelantaba a bajar al agua dejaba de sentirse enfermo una vez bañado. Esta curación corporal era una imagen para explicar la curación espiritual, a la manera con que siempre las cosas carnales preceden a las espirituales de las que son figura (*semper carnalia in figuram spirifdwn mtecedunt*). Ahora bien, cuando creció en todos la gracia de Dios, **creció también la virtud del agua y del ángel:** lo que antes era remedio de los defectos del cuerpo, ahora es remedio del espíritu; lo que conseguía la salud temporal, ahora restablece la eterna; lo que antes liberaba a uno cada año, ahora salva todos los días a pueblos enteros de los que expulsa la muerte por la ablución de los pecados... Por este medio el hombre, que desde un principio había sido hecho a imagen de Dios, es restituido a su semejanza, y hay que notar que la imagen se entiende de la semejanza exterior (*in effigie*), la semejanza de la eterna (*in aeternitate*). En el bautismo recibe el hombre aquel Espíritu que originariamente había recibido por el soplo de Dios, y que luego perdió por el pecado.

Esto no quiere decir que alcancemos el Espíritu Santo por la misma agua, **sino que la purificación del agua bajo el influjo del ángel nos prepara para el Espíritu Santo.** También en esto una figura antecedió a la realidad: así como Juan fue el precursor del Señor que preparaba sus caminos, así el ángel que preside el bautismo adereza el camino para el Espíritu Santo, que ha de venir, con la expulsión del pecado que la fe impetrta con el sello impuesto en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Porque si cualquier declaración queda establecida con tres testigos, mucho más lo será el don de Dios. Luego, al salir del baño, somos ungidos con la santa unción, según aquella práctica antigua por la que los sacerdotes solían ungirse con el aceite de un cuerno, como Aarón fue ungido por Moisés. Y a causa del crisma, que significa unción, nos llaman cristianos, es decir, ungidos... De esta suerte, la unción resbala sobre nosotros de una manera carnal, pero aprovecha de manera espiritual, de la misma manera que el mismo bautismo

es un acto carnal por el que somos sumergidos en el agua tiene efecto espiritual de liberarnos de los pecados...

Luego se nos imponen las manos en forma de bendición, mientras se llama y se invita al Espíritu Santo... Y aquel Espíritu Santísimo desciende gustoso del Padre sobre los cuerpos purificados y bendecidos, y también sobre las aguas del bautismo en las que, como reconociendo su prístina sede, descansa, como cuando bajó en forma de paloma hasta el Señor.

El bautismo no se ha de conferir precipitadamente ni a los niños.

Los que tienen el oficio de bautizar saben que el bautismo no se ha de conferir temerariamente... “No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestra piedra preciosa a los puercos” (Mt 7:6). Y también: “No impongáis fácilmente las manos ni tengáis parte en los pecados ajenos....” (1 Tim 5:22). Todo el que pide el bautismo puede engañar o puede engañarse, y así puede ser más conveniente demorar el bautismo según la condición y disposición de las personas, y también según la edad. ¿Qué necesidad hay, cuando realmente no la hay, de poner en peligro a los padrinos, los cuales por la muerte pueden faltar a lo prometido o pueden tener con el tiempo la decepción de haber apadrinado a uno de mala condición? Ciertamente dice el Señor (acerca de los niños): “No les impidáis que vengan a mí” (Mt 19:14). Vengan enhorabuena cuando ya empiezan a ser crecidos, cuando son capaces de aprender, cuando se les pueda enseñar adonde van. Háganse cristianos cuando, puedan conocer a Cristo. ¿Para qué se apresura la edad inocente hacia la remisión de los pecados? En las cosas temporales se procede con mayor cautela: ¿por qué confiar las cosas divinas a aquellos a quienes no se confían los bienes de la tierra? Que aprendieran a pedir la salvación, para que claramente la des a los que la han pedido. Con no menor razón hay que diferirlo asimismo a los que no están casados, pues para ellos está al acecho la tentación: a las doncellas porque se desarrollarán, y a las viudas porque están libres: hay que esperar o a que se casen, o a que se fortalezcan con la continencia. El que entiende la responsabilidad del bautismo temerá más conseguirlo que diferirlo: una fe íntegra tiene segura la salvación.³⁸

Todos los pecados pueden ser perdonados.

Todos los pecados, ya fueren cometidos por la carne o por el espíritu, ya de obra o de intención, ha prometido que pueden alcanzar perdón por la penitencia el mismo que fijó la pena por el juicio, pues dice al pueblo: “Haz penitencia y te daré la salvación” (Ez 18:21-23). Por tanto, la penitencia es vida cuando antecede a la muerte. Tú, pecador, entrégate a esta penitencia, abrázala como el naufrago que pone su confianza en una tabla: ella te levantará cuando estás para ser hundido en las olas de los pecados, y te llevará al puerto de la divina clemencia... Arrepíente de tus errores, una vez que has descubierto la verdad. Arrepíentete de haber amado aquello que Dios no ama,, cuando ni siquiera nosotros toleramos que nuestros esclavos no odien aquello que nos molesta... Te preguntas: ¿Me será útil la penitencia, o no? ¿Por qué le das vueltas a eso? Es Dios el que manda que la hagamos...³⁹

No hay más que una penitencia después del bautismo.

Que nadie interprete mis palabras de suerte que piense tener ya camino libre para pecar, pues tiene camino libre para la penitencia, haciendo así de la abundancia de la clemencia celestial pretexto de entregarse libidinosamente a la temeridad humana. Ya que una vez escapamos con vida, considerémonos estar en peligro, aunque nos parezca que podremos escapar de nuevo. Muchas veces los que han salido con vida de un naufragio ya no quieren tener más que ver con las naves y el mar: con el recuerdo del peligro pasado, honran el beneficio divino de su salva-

ción. Es de alabar el temor, y es de amar la humildad, para no ser de nuevo gravosos a la misericordia divina... El perversísimo enemigo del hombre no ceja nunca en su malicia, y está particularmente furioso cuando ve al hombre liberado totalmente de sus pecados, y se enciende su ira cuando ve que se apaga su poder... Por esto, se pone observar, atacar, rodear, para ver si puede herir los ojos con alguna concupiscencia carnal, o enredar la mente con ilusiones mundanas, o destruir la fe con el temor de los poderes terrenos, o desviar del camino seguro con tradiciones falseadas. No anda él corto de objetos de escándalo ni de tentaciones. Pero Dios, que preveía todos estos venenos, aun cuando hubiere quedado ya cerrada la puerta del perdón con el cerrojo del bautismo, quiso que quedara todavía algún camino abierto: y así dejó en el vestíbulo la puerta de la segunda penitencia, que pudiera abrirse para los que llaman a ella: pero ésta se abre ya una sola vez, pues es ya la segunda puerta. Después ya no podrá ser abierta de nuevo, si una vez hubiere sido abierta en vano. ¿No es bastante que se haya abierto una vez? Se te concedió lo que ya no merecías, pues habías Percido lo que habías recibido. Si se te concede la indulgencia del Señor, por la que puedes recuperar lo que habías perdido, muéstrate agradecido por este beneficio renovado o, mejor dicho, ampliado: porque es mayor cosa el restituir que el dar, ya que es peor la condición del que perdió que la del que simplemente nada recibió.⁴⁰

Publica confesión y penitencia.

Esta segunda y única penitencia es una cosa tan seria y estricta que ha de probarse con toda diligencia, y así no ha de ser meramente algo surgido de la propia conciencia, sino que ha de ser administrada con algún acto (exterior). Esto es lo que se llama confesión, con la que reconocemos ante Dios nuestro pecado, no porque él lo ignore, sino porque la confesión dispone para la satisfacción y de ella nace la penitencia, y con la penitencia Dios es aplacado. Por tanto, la confesión es aquella disciplina por la que el hombre se prosterna y se humilla, poniéndose en una actitud que atrae la misericordia. Esta disciplina impone que, aun en lo que se refiere al porte y vestido, el penitente se vista de saco y se postre en la ceniza, cubriendo de luto su cuerpo y abatiendo su espíritu con el dolor, mostrando con esta triste compostura la mutación de aquello en que pecó. Además, ha de contentarse con la comida y la bebida más simple, no por causa de su estómago, **sino de su espíritu**: de ordinario el ayuno sirve de alimento a la oración, pasando los días y las noches ante el Señor con gemidos, lágrimas y sollozos, postrándose ante los presbíteros y arrodillándose ante los que son amados de Dios, y encargando a todos los hermanos que se hagan mensajeros de su oración. Todo esto constituye la confesión, a fin de que sirva de recomendación a la penitencia, rinda honor al Señor con el temor del peligro, de suerte que lo que ella pronuncia haga las veces de la indignación de Dios, y la aflicción temporal convierta no ya en inútiles, pero sí en írritos los suplicios eternos. La misma acusación y condenación de la confesión es absolución, y, créelo, **cuanto menos te perdone a ti mismo tanto más te perdonará Dios.**⁴¹

El rigorismo de Tertuliano montañista.

Ese sumo pontífice, ese obispo de obispos (el papa Ceferino o Calixto), promulga ahora un edicto: "Yo absuelvo los pecados de adulterio y de fornicación a todos los que hayan hecho penitencia." ¿Dónde habrá de publicarse tamaña liberalidad? Sobre las puertas de las casas de vicio, supongo yo, bajo los indicadores de su género de comercio. Este jaez de "penitencia" debiera proclamarse en el mismo lugar en que se comete el pecado. Este perdón debiera estar a la vista en los lugares a los que los hombres entrarán con la esperanza de obtenerlo. Sin embargo,

este edicto es leído en las iglesias, es pronunciado en la Iglesia, en la Iglesia que es virgen. Ojalá que esta proclamación esté bien alejada de la que es esposa de Cristo...⁴²

Hay ciertos pecados cotidianos en los que todos caemos. ¿Quién puede escapar a pecados como un movimiento de ira irrazonable... o un acto de violencia física, o una calumnia impensada, o una blasfemia inconsciente, un faltar a lo prometido o una mentira proferida por vergüenza o compulsión? En nuestros negocios, en el trabajo de cada día, en aquello con que ganamos nuestro sustento, en lo que vemos u oímos, nos encontramos con poderosas tentaciones. Si no hubiera perdón para ese género de faltas, nadie alcanzaría la salvación. Estas faltas **serán perdonadas por la intercesión de Cristo ante el Padre** Pero hay otros pecados de naturaleza muy distinta, demasiado graves y demasiado perniciosos para que puedan ser perdonados. Tales son el asesinato, la idolatría, el fraude, el renegar de la fe, la blasfemia y, naturalmente, el adulterio y la fornicación y cualquier género de violación del “templo de Dios.” Cristo ya no intercederá por estos pecados: el que ha nacido de Dios no los cometerá jamás, y si los ha cometido, no será un hijo de Dios.⁴³

Tertuliano montañista niega la remisión de los pecados.

Si constase que los bienaventurados apóstoles hubiesen mostrado indulgencia para con las faltas cuyo perdón depende, no del hombre, sino de Dios, lo habrían hecho, no en virtud de una disciplina ordinaria, sino en virtud de su poder personal. **Porque también resucitaron muertos, cosa que es de sólo Dios...** Dices tú: “La Iglesia tiene poder de perdonar los pecados.”.. Ya que mantienes esta opinión, yo te pregunto: “¿De dónde presumes tú este derecho para la Iglesia?” Si es porque el Señor dijo a Pedro “...lo que atares o desatares en la tierra será atado o desatado en los cielos” (cf. Mt 16:18), es que presumes que la potestad de atar y de desatar se prolonga hasta tu persona, es decir, a toda la Iglesia que se relaciona con Pedro. ¿Quién eres tú para destruir y cambiar la manifiesta intención del Señor que confirió este poder a Pedro a título personal? “Sobre ti,” dijo, “edificaré mi Iglesia”; y “te dará las llaves,” a ti, no a la Iglesia; y “lo que tú atares o desatares,” no lo que otros ataren o desataren...⁴⁴

El matrimonio cristiano.

No hay palabras para expresar la felicidad de un matrimonio que la Iglesia une, la oblación divina confirma, la bendición consagra, los ángeles lo registran y el Padre lo ratifica. En la tierra no deben los hijos casarse sin el consentimiento de sus padres. ¡Qué dulce es el yugo que une a dos fieles en una misma esperanza, en una misma ley, en un mismo servicio! Los dos son hermanos, los dos sirven al mismo Señor, no hay entre ellos desavenencia alguna, ni de carne ni de espíritu. Son verdaderamente dos en una misma carne; y donde la carne es una, el espíritu es uno. Rezan juntos, adoran juntos, ayunan juntos, se enseñan el uno al otro, se animan el uno al otro, se soportan mutuamente. Son iguales en la iglesia, iguales en el banquete de Dios. Comparten por igual las penas, las persecuciones, las consolaciones. No tienen secretos el uno para el otro; nunca rehuyen la compañía mutua; jamás son causa de tristeza el uno para el otro... Cantan juntos los salmos e himnos. En lo único que rivalizan entre sí es en ver quién de los dos cantará mejor. Cristo se regocija viendo a una familia así, y les envía su paz. Donde están ellos, allí está también él presente y donde está él, el maligno no puede entrar.⁴⁵

La vida de los cristianos.

Voy a mostrar las verdaderas actividades de la “secta” cristiana: habiendo refutado las perversidades que se les atribuyen, mostraré sus excelencias. **Somos un cuerpo unido por una**

común profesión religiosa, por una disciplina divina y por una comunión de esperanza. Nos reunimos en asamblea o congregación, con el fin de asaltar a Dios como en fuerza organizada. Esta fuerza es agradable a Dios. Oramos hasta por los emperadores, por sus ministros y autoridades, por el bienestar temporal, por la paz general, para que el fin del mundo sea diferido. Nos reunimos para meditar las Escrituras divinas, por ver si, nos ayudan a prever o a reconocer algo para los tiempos presentes. En todo caso, alimentamos nuestra fe con aquellas santas palabras, levantamos nuestra esperanza, fortalecemos nuestra confianza, robustecemos nuestra disciplina insistiendo en sus preceptos. En estas reuniones tienen lugar las exhortaciones, los reproches, las censuras divinas. Porque se juzgan las cosas con gran severidad, pues tenemos la certeza **de andar bajo la mirada de Dios**, dándose como una suprema anticipación del juicio futuro cuando uno ha cometido tales delitos que hacen sea excluido de la participación en la oración, en la asamblea y en todo acto piadoso. Nuestros presidentes son ancianos de vida probada, que han conseguido este honor, no con dinero, sino con el testimonio de su vida: porque ninguna de las cosas de Dios puede comprarse con dinero. Aunque tenemos una especie de caja, sus ingresos no provienen de cuotas fijas, como si con ello se pusiera un precio a la religión, sino que cada uno, si quiere o si puede, aporta una pequeña cantidad el día señalado de cada mes, o cuando quiere. En esto no hay compulsión alguna, sino que las aportaciones son voluntarias, y constituyen como un fondo de caridad. En efecto, no se gasta en banquetes, o bebidas, o despilfarres chabacanos, sino en alimentar o enterrar a los pobres, o ayudar a los niños y niñas que han perdido a sus padres y sus fortunas, o a los ancianos confinados en sus casas, a los naufragos, o a los que trabajan en las minas, o están desterrados en las islas o prisiones o en las cárceles. Éstos reciben su pensión a causa de su confesión, con tal que sufran por pertenecer a los seguidores de Dios.

Pero es precisamente esta eficacia del amor entre nosotros, lo que nos atrae la odiosidad de algunos, pues dicen: "Mira cómo se aman," mientras ellos sólo se odian entre sí. "Mira cómo están dispuestos a morir el uno por el otro," mientras que ellos están más bien dispuestos a matarse unos a otros. El hecho de que nos llamémos hermanos lo tienen por infamia, a mi entender sólo porque entre ellos todo nombre de parentesco se usa sólo con falsedad afectada. Sin embargo, somos incluso hermanos vuestros en virtud de nuestra única madre la naturaleza, por más que vosotros sois bien poco hombres, pues sois tan malos hermanos. Con cuánta mayor razón se llaman y son verdaderamente hermanos los que reconocen a un único Dios como Padre, los que bebieron un mismo Espíritu de santificación, los que de un mismo útero de ignorancia salieron a una misma luz de verdad... Los que compartimos nuestras mentes y nuestras vidas, no vacilamos en comunicar todas las cosas. Todas las cosas son comunes entre nosotros, excepto las mujeres: en esta sola cosa, en que los demás practican tal consorcio, nosotros renunciamos a todo consorcio...

¿Qué tiene de extraño, pues, que tan gran amor se exprese en un convite? ...Digo esto, porque andáis por ahí chismorreando acerca de nuestras modestas cenas, diciendo que no son sólo infames y criminales, sino también opíparas... Pero su mismo nombre muestra lo que son nuestras cenas, pues se llaman ágapes, que significa en griego "amor." Todo lo que en días se gasta, es en nombre y en beneficio de la caridad, ya que con tales refrigerios ayudamos a los indigentes de toda suerte, no a los jactanciosos parásitos que se dan entre vosotros... Considerad el orden que en ellas se sigue, para que veáis su carácter religioso: no se admite en ellas nada vil o contrario a la templanza. Nadie se sienta a la mesa sin haber hecho antes una oración a Dios. Se come lo que conviene para saciar el hambre; se bebe lo que conviene a hombres modestos. Se sacian teniendo presente que incluso durante la noche han de adorar a Dios, y hablan teniendo presente que les oye su Señor. Después de lavarse las manos y de encenderse las luces, cada uno

es invitado salir y recitar algo de las sagradas Escrituras o de su propia inspiración, y con esto se muestra hasta qué punto ha bebido. El convite termina con la oración, como comenzó.⁴⁸

Las tradiciones no escritas.

“Aun para lo que se ampara en la tradición — me dices — se ha de exigir la autoridad de la Escritura.” Investiguemos, pues, si no hay que admitir la tradición más que cuando viene escrita. Así lo diríamos si no hubiera precedentes de otras observancias cuya validez vindicarnos únicamente por el título de la tradición y el patronazgo de la costumbre, sin ratificación alguna escrita. Comencemos por el bautismo: antes de ir al agua, en la asamblea y bajo la mano del que preside, profesamos renunciar al diablo, a su pompa y a sus ángeles. Luego somos sumergidos tres veces, dando unas respuestas un tanto más extensas que las que determinó el Señor en el Evangelio. Luego nos hacen salir y gustamos una combinación de leche y miel, y durante toda la semana a partir de aquel día nos abstaremos del baño diario. **El sacramento de la eucaristía (*eucharistiae sacramentwn*), instituido por el Señor** en el momento de la comida y para todos, lo tomamos nosotros también en las reuniones antes del alba y no lo recibimos de manos de otros fuera de los que presiden. En fiesta anual hacemos oblaciones por los difuntos, o en los natalicios. Consideramos como prohibido ayunar o hacer oración de rodillas en domingo, y el mismo privilegio disfrutamos desde el día de Pascua al de Pentecostés. Sufridos con escrupulo que se caiga al suelo algo de nuestro cáliz o de nuestro pan. Cuando nos portemos a continuar o a empezar algo, siempre que entramos o salimos, nos vestimos, nos calzamos, nos lavamos, nos sentamos a la mesa, encendemos la luz, nos acostamos, nos sentamos, en cualquier ocupación, nos persignamos rozando le frente. Si exiges una ley escrita para todas estas prácticas, no podrás leer ninguna. Sólo se te dirá que la tradición las instituyó, la costumbre las confirmó, la fe las observa...⁴⁷

El cristianismo proclama la igualdad de todos los hombres.

El nombre de Cristo se extiende por todas partes, es creído no todas partes, es honrado por todos los pueblos, reina por doquier es adorado por todos, es concedido a todos en todas partes igual. Cristo no concede privilegios al rey, no acoge con menos gusto al bárbaro, **no juzga los méritos del hombre según su rango social o su linaje. Él es igualmente de todos, rey de todos, juez de todos, Dios y Señor de todos...**⁴⁸

La naturaleza es en todas partes la misma. No es sólo para los latinos y los griegos que el alma desciende del cielo. En todos los pueblos el hombre es el mismo. Tienen nombres diferentes, pero tienen una alma igual. La palabra es distinta, pero el espíritu es el mismo. Los sonidos son distintos, y cada pueblo tiene su propia lengua, pero los elementos del lenguaje son comunes. Dios está en todas partes; la bondad de Dios está en todas partes, los demonios están en todas partes, y en todas partes se encuentra la maldición de los demonios. En todas partes se invoca el juicio de Dios, en todas partes está la muerte, en todas partes el temor de la muerte. En todas partes no hay más que un único testimonio...⁴⁹

No se puede imponer ninguna religión determinada.

Uno puede adorar a Dios, y otro a Júpiter. Uno puede tender sus manos suplicantes al cielo, y otro al altar de su fe. Otros, si parece, pueden orar contando las nubes, y otros, a su vez, los charcos. Uno puede ofrecer a Dios su alma, y otro la de un macho cabrío. Porque habéis de tener buen cuidado de que no cometáis un crimen contra la religión si quitáis a los hombres la libertad de la religión y les impedís que elijan libremente su divinidad, permitiéndome que yo honre al

que quiero honrar, y forzando a honrar al que no quiero honrar. Nadie, ni siquiera los hombres, quieren ser honrados por quien lo hace forzado.⁵⁰

Es un derecho del hombre, un privilegio de la naturaleza, **el que cada cual pueda practicar la religión según sus propias convicciones:** la religión de uno no daña ni ayuda a otro y ciertamente no es propio de la religión el obligar a la religión⁵¹.

Es fácil de ver que sería injusto forzar a hombres libres a ofrecer sacrificios contra su voluntad cuando, por otra parte, se prescribe **que todo acto de culto ha de hacerse con voluntad sincera.** Se consideraría cosa inepta que otro fuerce a uno a honrar a los dioses cuando en realidad uno espontáneamente y por su propio interés ha de buscar aplacarlos...⁵²

Los cristianos y el servicio militar.

Se ha suscitado ahora la cuestión acerca de si un creyente puede dedicarse al servicio militar, y si un militar puede ser admitido a la fe, incluidos los simples soldados y aquellos de grado inferior que no se ven obligados a ofrecer sacrificios y a administrar la pena de muerte. **No hay** compatibilidad entre el “sacramentum” divino y el humano, entre la bandera de Cristo y la del demonio, entre el campo de la luz y el de las tinieblas. No puede una alma estar bajo dos obligaciones, la de Dios y la del César... Y aunque los soldados se presentaron a Juan y recibieron de él normas de conducta, aunque el centurión creyó, más adelante el Señor, al desarmar a Pedro desarmó a todo soldado. No nos está permitido a nosotros **ningún modo de vida** que lleva implicados actos licitos...⁵³

En cambio en otros escritos:

Nos embarcamos igual que vosotros, servimos en el ejército como vosotros, cultivamos la tierra con vosotros...⁵⁴

Marco Aurelio en sus cartas da testimonio de que en una famosa ocasión fue vencida una sequía en Germania gracias a las oraciones de los cristianos que a la sazón servían en el ejército.

Llenamos todos vuestros lugares: las ciudades, las islas, los pueblos, las aldeas, los mercados, los campamentos militares...⁵⁶

El porqué de la persecución.

Parece que la persecución proviene del demonio, que es el que mueve la iniquidad de la que resulta la persecución. Pero debemos saber que la persecución no se da sin la iniquidad del demonio, pero tampoco la prueba de la fe sin la persecución. Y a causa de esta probación de la fe, la persecución no se explica adecuadamente como efecto de aquella irreductible iniquidad, sino como instrumento. **Porque la voluntad de Dios de probar la fe es lo primero y es la causa de la persecución:** y luego viene la iniquidad del diablo, que es instrumento de la persecución y causa inmediata de la prueba... La iniquidad del diablo es utilizada para poner a prueba la justicia y confundir a la iniquidad. Por tanto, en cuanto es instrumento, la iniquidad no es libre, sino que hace una función de servicio.

Porque la persecución **es un acto libre de Dios que quiere probar la fe**, y se sirve de la iniquidad del diablo para llevarla a cabo. Por esto decimos, si acaso, que la persecución viene por el diablo, pero no viene del diablo. Nada puede el diablo contra los siervos del Dios vivo, **si no es por permisión de Dios**, el cual, quiere destruir al diablo por medio de la fe de los elegidos que sale victoriosa en la tentación, o quiere mostrar que son del diablo aquellos que se pasan a sus filas. Así, tienes el ejemplo de Job, a quien el diablo no hubiera podido atacar con tentación alguna si hubiera recibido la permisión de Dios... Y de la misma manera el diablo hubo de pedir

permiso para tentar a los apóstoles pues el Señor dice a Pedro en el evangelio: “Mirad que Satanás ha pedido cribaros como el trigo: pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe” (Lc 22:31) es decir, que no se permitirá al diablo llegar hasta tal extremo que su fe fuese puesta en peligro.

Con esto queda patente que en las manos de Dios están ambas casas: **el poder de sacudir la fe y el de protegerla, pues ambas cosas se piden a Dios:** el diablo pide poder sacudirla, y el Hijo pide poder protegerla... Cuando decimos al Padre: “No nos dejes caer en la tentación,” profesamos que ésta viene de él, pues a él le pedimos que nos libre de ella... Ni siquiera sobre aquel rebaño de cerdos tuvo la legión del diablo poder alguno hasta que no lo consiguió de Dios: mucho menos tiene poder sobre los que son ovejas de Dios.

Me atrevo a decir que hasta los pelos de aquellos cerdos tenía Dios contados: mucho más los cabellos de sus santos. Si el diablo parece tener algún poder propio, será si acaso sobre aquellos que ya no son de Dios, las naciones que el Señor de una vez ha reputado como “gota de un pozal, polvo de la era y salivazo” (Is 40:15, en LXX). Por esta razón los ha dejado ya Dios a disposición del demonio, como una especie de cosa de nadie. Pero contra los que son de la casa de Dios, nada puede el demonio de su propio poder; y cuando este poder le es concedido, los ejemplos consignados en las Escrituras muestran las causas de ello, a saber, o para someter a uno a una prueba (como en Job)... o para reprobar a un pecador, como se da autoridad al verdugo para el castigo (como en el caso de Saúl), o para mantener en vereda, como el Apóstol dice que le fue dado como estímulo un ángel de Satanás que le abofete terrea (2 cor 12:7)... Todo esto acontece particularmente en las persecuciones, porque entonces somos particularmente probados o rechazados, y tenemos particular ocasión de humillación o de enmienda...⁵⁷

El cristiano y las riquezas.

No puede encontrarse mejor exhortación al desprendimiento de las riquezas que el ejemplo de Jesucristo, que no poseyó ningún bien temporal. Siempre defendió a los pobres y condenó a los ricos. Inspirándonos el despego de los bienes de este mundo, nos exhorta a la paciencia, demostrándonos que si despreciamos las riquezas no debe apurarnos que las perdamos. De ninguna manera hemos de apetecerlas, pues el Señor no estuvo apegado a ellas, y si disminuyen o llegamos a perderlas totalmente, hemos de soportarlo con paz...

La avaricia no consiste sólo en la concupiscencia de lo ajeno. Aun lo que nos parece ser nuestro es en realidad ajeno, ya que nada es nuestro, **sino que todas las cosas son de Dios a quien pertenecen aun nuestras personas.** Si por haber sufrido alguna pérdida caemos en' impaciencia, doliéndonos de haber perdido lo que en realidad no es nuestro, mostramos con ello que no estamos libres aún de la avaricia. Amamos lo ajeno, cuando soportamos difícilmente la pérdida de lo ajeno. Quien se deja llevar de la impaciencia, anteponiendo los bienes terrenos a los celestiales, pecha directamente contra Dios, pues aniquila el espíritu que recibió de Dios entregándose a los beneficios materiales.

Si alguno lleva mal el verse privado por el hurto, la violencia y aun la pereza, de una pequeña parte de lo que posee ¿podrá esperarse de él que se desprenda de parte de sus bienes para hacer limosnas? Quien no aguanta el ser amputado por otro, ¿tenor valor para amputarse él a sí mismo? La paciencia en la pérdida nuestras riquezas es un buen ejercicio para acostumbrarnos a distribución y comunicación. No le da el dar a quien no teme perder. El que tiene dos túnicas, ¿cómo puede estar dispuesto a dar una Has al desnudo, si no está dispuesto a dar también la capa que le quite la túnica?... Es propio de los gentiles el impacientarse por los daños materiales, pues ellos ciertamente anteponen el dinero a su alma. Así lo demuestran cuando por la ambición del

lucro afrontan los peligros del mar, cuando por el deseo de enriquecerse no dudan en tomar la defensa en el foro de las causas indefendibles... Nosotros, en cambio, hemos de seguir un camino muy distinto: hemos de estar dispuestos a sacrificar, no el alma por el dinero, sino el dinero por el alma: ya voluntariamente con la limosna, ya pacientemente cuando nos sea arrebatado...⁵⁸

38. Ibíd.18; 39. TERTUL. De Paenitentia, 4; 41. Ibíd. 9; 42. TERTUL. De Pudicitia, 1; 43. Ibid. 19; 44. Ibid. 21; 45. TERTUL. Ad Uxorem. 2, 8; 46. Apol. 39; 47. Tertul. De Corona.3; 48. TERTUL. Adv. Jud. 7;49. TERTUL. De testimonio animae. 6; 50. Apol. 24; 51. TERTUL. Ad. Scapulam,2; 52. Apol. 28, I; 53. Tertul. De Idolatría. 19; 54. Apol. 42; 55. Ibid. 5; 56. Ibid. 37; 57. TERTUL. De fuga in persecutione. 2; 58. Tertul. De Patientia. 7;

V. Escatología.

El alma recibe premio o castigo aun antes de la resurrección. El purgatorio.

Es muy conveniente que el alma, sin esperar a (la resurrección de) la carne, sufra castigo por lo que haya cometido sin la complicidad de la carne. E igualmente es justo que en recompensa de los buenos y santos pensamientos que haya tenido sin ayuda de la carne, reciba también consuelos sin la carne. Más aún, las mismas obras realizadas con la carne, es ella la primera en concebirlas, disponerlas, ordenarlas y ponerlas en acto... Por consiguiente, es conveniente que la sustancia que ha sido la primera en merecer la recompensa sea también la primera en recibirla. En una palabra, ya que por aquel calabozo de que nos habla el Evangelio entendemos el infierno (cf. Mt 5:25), en el que “hay que pagar hasta ultimo céntimo de la deuda,” hemos de entender que en este mismo lugar hay que purificarse de las faltas más ligeras, en el intervalo de tiempo que precede a la resurrección; y nadie ha de poner en duda que el alma puede recibir ya algún castigo en el infierno, sin perjuicio de la plenitud de la resurrección, en la que recibirá merecido juntamente con la carne.⁵⁹

El reino milenario final.

Confesamos que nos ha sido prometido un reino aquí abajo aun antes de ir al cielo, pero en otra condición de cosas. Este reino no vendrá sino después de la resurrección, y durará mil años en la ciudad de Jerusalén que ha de ser construida por Dios. Afirmamos que Dios la destina a recibir a los santos después de su resurrección, para darles un descanso con abundancia de todos los bienes espirituales, en compensación de los bienes que hayamos menospreciado o perdido acá abajo. Porque realmente es digno de él y conforme a su justicia que sus servidores encuentren la felicidad en los mismos lugares en los que sufrieron antes por su nombre. He aquí el proceso del reino celestial: después de mil años, durante los cuales se terminará la resurrección de los santos, que tendrá lugar con mayor o menor rapidez según hayan sido pocos o muchos sus méritos, seguirá la destrucción del mundo y la conflagración de todas las cosas. Entonces vendrá el juicio, y cambiados en un abrir y cerrar de ojos en sustancia angélica, es decir, revistiéndonos de un manto de incorruptibilidad, seremos transportados al reino celestial.⁶⁰

59. De Anima, 58; 60. Adv. Marc. 3, 24.

Cipriano.

San Cipriano nació hacia el año 200, probablemente en Cartago, de familia rica y culta. Se dedicó en su juventud a la retórica. El disgusto que sentía ante la inmoralidad de los ambientes paganos, contrastado con la pureza de costumbres de los cristianos, le indujo a abrazar el cristianismo hacia el año 246. Poco después, en 248, fue elegido obispo de Cartago, Al arreciar la per-

secución de Decio, en 250, juzgó mejor retirarse a un lugar apartado, para poder seguir ocupándose de su rey. Algunos juzgaron esta actitud como una huida cobarde, y Cipriano hubo de explicar su conducta (carta 20).

De él se conservan una docena de opúsculos sobre varios temas del momento y, particularmente, una preciosa colección de *81 cartas*, en las que de muestra de su extraordinaria clarividencia y energía en los asuntos referentes a la fe y a la vida de la Iglesia. Más que un hombre de ideas fue sobre todo un hombre de gobierno y de acción Su doctrina coincide sustancialmente con la de Tertuliano, del que era lector asiduo y a quien consideraba como “maestro.”

Dos problemas particularmente graves reclamaron su atención: el primero era el de la actitud que convenía tomar con los que habían cedido durante la persecución accediendo a ofrecer sacrificios a los ídolos. Muchos de ellos quisieron luego volver a la Iglesia, y para ello solicitaban de los “confesores,” que habían permanecido firmes sufriendo gravísimos tormentos por la fe, unos clasificados en que declaraban que hacían participantes de sus meritos a los que se habían mostrado débiles, con lo que éstos creían ya tener derecho sin más a ser readmitidos a la comunión. Cipriano mantuvo firmemente que el grave pecado de apostasía requería una proporcionada penitencia, y que los certificados de los confesores no podían considerarse como una absolución automática, sino que la absolución tenía concederse por la Iglesia a través de sus ministros, por medio de la imposición de manos, que sólo debía tener lugar después que constase de un auténtico arrepentimiento garantizado. Las discusiones acerca de esta cuestión son de gran interés histórico, pues través de ellas conocemos la práctica de la disciplina penitencial en la Iglesia antigua.

Otro problema, que llegó a presentar suma gravedad, surgió cuando un número notable de personas que se habían criado en la herejía pidieron ser admitidos en la Iglesia católica. La práctica de las Iglesias de África en tales casos era la de bautizar a todo hereje que pedía ser admitido, aunque hubiese recibido ya el bautismo en su secta, pues no se consideraba que el bautismo conferido por herejes pudiera ser válido. La Iglesia romana, en cambio, defendía que la validez del bautismo no dependía de las disposiciones o la santidad del ministro que lo confería, sino que todo bautismo hecho con la intención de hacer lo que Cristo había mandado era válido, y, por tanto, no debía repetirse. A este respecto mantuvo Cipriano una áspera disputa epistolar con el obispo de Roma, Esteban, quien pretendía imponer a las Iglesias de África la práctica romana. Ambas partes se mostraron irreductibles, hasta el punto de que era de temer un verdadero cisma, que sólo fue evitado al sobrevenir la persecución de Valeriano, en la que ambos contendientes hubieron de dar su vida por Cristo, sin que pudieran llevar adelante sus controversias doctrinales. En realidad la doctrina y práctica romanas se fueron imponiendo luego a toda la Iglesia.

El confrontación con la herejía, así como los problemas de los apostatas y de las relaciones con los demás obispos, obligaron a Cipriano a elaborar una teoría de la Iglesia, que desarrolló las ideas que antes habían expresado Ignacio de Antioquía e Ireneo. En su tratado *Sobre unidad de la Iglesia* afirma Cipriano que **la Iglesia es esencialmente una, imitando la unidad de Dios en la Trinidad.** Esta unidad tiene su expresión en **la unidad del colegio episcopal**, cuyos miembros participan in solidum de un único episcopado, como lo significa el hecho de que Cristo fundara sobre uno solo, sobre Pedro, su Iglesia y le diera a él una única autoridad Sin embargo, **no parece que Cipriano conciba esta autoridad de Pedro como superior a la de los demás obispos, sino que todos los obispos participan por igual de aquella misma autoridad que fue dada en Pedro.**

I. El hombre nuevo.

De Dios viene la fuerza para vivir santamente.

Cuando yo me encontraba sumido en las tinieblas y en la noche cerrada bamboleándome y fluctuando en el mar agitado del mundo, lleno de dudas en pos de señales perdedoras, ignorante de mi propia vida, extraño a la verdad y a la luz, me parecía que según era en aquel momento mi modo de vida había de serme sumamente difícil y duro lo que la misericordia divina me prometía para mi salvación, a saber, poder renacer de nuevo y con el lavatorio del agua salvadora comenzar una nueva vida, deshaciéndome de todo lo de antes y cambiar el modo de sentir y de entender del hombre, aunque el cuerpo permaneciera el mismo. ¿Cómo puede ser posible, me decía, una conversión tan grande, por la que de repente y en un momento se despoje uno de aquellas cosas congénitas que han adquirido la solidez de la misma naturaleza, o de aquellas cosas adquiridas desde largo tiempo y que han arraigado y envejecido con los años? Estas cosas están sólidamente arraigadas, con raíces sólidas y profundas. ¿Cuándo aprenderá la templanza el que ya está acostumbrado a las buenas cenas y a los grandes banquetes? El que solía brillar por su elegancia, vestido ricamente de oro y púrpura, ¿cuándo podrá ponerse el vestido sencillo del pueblo? El que tenía sus delicias en los honores y dignidades, no puede Permanecer como simple privado y sin gloria. El que iba siempre rodeado de una piña de clientes y se sentía honrado con su numeroso séquito y su escuadrón de servidores, piensa ser un castigo el tener que andar solo. Se han hecho imprescindibles los tenaces estímulos a que uno se había acostumbrado: el animarse con el vino, hincharse con la soberbia, inflamarse de ira, preocuparse por la rapacidad excitarse con la crueldad, deleitarse en la ambición, esto pensaba yo muchas veces dentro de mí, pues yo mismo me encontraba enredado en los muchos errores de mi vida anterior, y no pensaba que pudiera llegar a despojarme de ellos... Pero cuando la suciedad de mi vida anterior fue lavada por medio del agua regeneradora, una luz de arriba se derramó en mi pecho ya limpio y puro. Después que hube bebido del Espíritu celeste me encontré rejuvenecido con un segundo nacimiento y hecho un hombre nuevo: de manera milagrosa desaparecieron de repente las dudas, se abrió la cerrazón, se iluminaron las tinieblas, se hizo posible lo que antes parecía imposible... Reconocí que mi anterior vida carnal y entregada al pecado era cosa de la tierra, mientras **que la que ya había empezado a vivir del Espíritu Santo era cosa de Dios...** El alabarse a sí mismo es odiosa soberbia, pero no es soberbia, sino agraciado, el proclamar lo que se atribuye, no al esfuerzo del hombre, sino al don de Dios. El dejar de pecar es cosa de Dios, mientras que el anterior pecado era cosa del error humano. Nuestro poder, repito, todo nuestro poder, es cosa de Dios. De él es nuestra vida, de él nuestra fuerza, de él tomamos y asimilamos nuestra vitalidad por la que, estando todavía en este mundo, reconocemos los signos de las cosas futuras.¹

La persecución es una purificación de la vida cristiana.

El Señor ha querido poner a prueba a sus hijos. Una larga paz había corrompido en nosotros las enseñanzas que el mismo Dios nos había dado, y tuvo que venir la reprehension del cielo para levantar la fe que se encontraba decaída y casi diría aletargada; y aunque nuestros pecados merecían mayor severidad, el Dios piadosísimo ha ordenado de tal manera todas las cosas, que todo lo que ha acontecido parece ser más una prueba que una persecución. Cada uno se preocupaba de aumentar su hacienda, y olvidándose de su fe y de lo que antes se solía practicar en tiempo de los apóstoles y que siempre deberían seguir practicando, se entregaban con codicia insaciable y abrasadora a aumentar sus posesiones. En los sacerdotes ya no había religiosa piedad, no había aquella fe íntegra en el desempeño de su ministerio, aquellas obras de misericordia,

aquella disciplina en las costumbres. Los hombres se corrompián cuidando de su barba, las mujeres preocupadas por su belleza y sus maquillajes: se adulteraba la forma de los ojos, obra de las manos de Dios; los cabellos se teñían con colores falsos. Con astutos fraudes se engañaba a los sencillos, y con intenciones torcidas se abusaba de los hermanos. Se concertaban matrimonios con los infieles, y se prostituían a los gentiles los miembros de Cristo. No sólo se juraba temerariamente, sino que se perjuraba; despreciaba a los superiores con hinchada soberbia, se blasfemaba con lengua venenosa, se desgarraban unos a otros con odios pertinaces. Muchos obispos, que debían ser ejemplo y exhortación para los demás, se olvidaban de su divino ministerio, y se hacían ministros de los poderosos del siglo: **abandonaban su sede, dejaban destituido a su pueblo**, recorriendo las provincias extranjeras, siguiendo los mercados en busca de negocios lucrativos, con ansia de poseer abundancia de dinero mientras los hermanos de sus iglesias padecían hambre; se apoderaban de haciendas con fraudes y ardides, y aumentaban sus intereses con crecida usura... Nosotros, al olvidarnos de la ley que se nos había dado, hemos dado con nuestros pecados motivo para lo que ocurre: ya que hemos despreciado los mandamientos de Dios, somos llamados con remedios severos a que nos enmendemos de nuestros delitos y **demos muestra de nuestra fe**. Por lo menos, aunque sea tarde, nos hemos convertido al temor de Dios, dispuestos a sufrir con paciencia y fortaleza esta amonestación y prueba que de Dios nos viene...²

Solo con una verdadera penitencia se alcanza el perdón del Señor.

Ha brotado, hermanos amadísimos, un nuevo género de estrago. Como si hubiera sido poco cruel la tormenta de la persecución, se ha añadido como colmo de males una blandura engañosa y destructora que se presenta bajo el título de misericordia. Contra el vigor del evangelio, contra la ley de Dios y del Señor, la audacia de algunos concede laxamente la comunión a los incautos, como una paz nula y falsa, llena de peligros para los que la otorgan, y de ningún provecho para los que la reciben. No buscan la penitencia que restablece la salud, ni la verdadera medicina que está en la satisfacción. La penitencia queda excluida de los corazones borrándose la memoria de un delito gravísimo y supremo. Se cubren las heridas de los moribundos y la llaga mortal latente e más profundo de las entrañas se tapa con un falso dolor. Los que vuelven de los altares del diablo, se acercan al santuario del Señor con sus manos sucias e infectas de los olores, casi eructando toda vía los manjares mortíferos de los ídolos: sus fauces despiden todavía ahora el aliento de un crimen, precipitándose sobre el cuerpo del Señor cuando su respiración huele todavía a aquellos contagios funestos... Antes de que hayan expiado sus delitos, antes de que hayan hecho confesión de su pecado, antes de que su conciencia haya sido purificada con el sacrificio y con la mano del sacerdote, antes de aplacar la ofensa del Dios indignado y amenazante, se hace violencia a su cuerpo y a su sangre, cometiendo entonces con sus manos y con su boca un crimen contra el Señor, mayor que el que cometieron cuando le negaron. No es aquello paz, sino guerra: no se adhiere al evangelio el que se separa de la Iglesia... Nadie se engañe, nadie se deje sorprender. **Sólo el Señor puede perdonar**, Sólo él puede dar el perdón de los pecados que se han cometido contra él: él, que cargó con nuestros pecados, que padeció por nosotros, que fue entregado por Dios para nuestros pecados. No puede estar el hombre por encima de Dios, ni puede el esclavo perdonar o conceder indulgencia de los delitos graves cometidos contra su Señor, no sea que al que ha caído se le añada el pecado de no entender lo que está predicho: "Maldito el hombre que pone su esperanza en otro hombre" (Jer 17:5). Al Señor se ha de rogar, el Señor ha de ser aplacado con nuestra satisfacción, pues él dijo que negaría al que le negase, y que sólo él recibió del Padre el poder de juzgar a todos. Ciertamente creemos que los méritos de los mártires

y las obras de los justos tienen mucho poder ante este juez: pero esto será cuando venga el día del juicio, cuando después de ocaso de este mundo su pueblo se presente ante su tribunal.³

1. CIPRIANO. Ad. Donatum. 3; 2. Cipriano. De Lapsis. 5 – 7; 3. Ibid. 15 – 17;

II. La Iglesia.

La unidad de la Iglesia.

Los manuscritos ofrecen dos versiones del pasaje siguiente: una de ellas más directamente sobre la unión con el primado de Pedro como principio de unidad de la Iglesia, mientras que la otra parece recomendar la unidad en sí misma sin tan directa relación con el primado. Por mucho tiempo existió la sospecha de que el texto que favorecía más al primado de Pedro era un texto manipulado por alguien interesada en la exaltación del primado romano. Sin embargo, la crítica más reciente parece concluir que probablemente ambas versiones pertenecen al mismo san Cipriano: la primera sería la versión Original de Cipriano “tal como escribió su tratado enviándolo a Roma para ayudar a combatir el cisma por el que Novaciano intentaba oponerse al legítimo obispo de Roma: de ahí la insistencia en la unión con la sede de Pedro. La otra versión sería la que el mismo Cipriano puso en circulación por África después de sus disensiones con el papa Esteban acerca del prebautismo de los herejes. **Con todo, ni una ni otra parecen apoyar la preeminencia del obispo de Roma sobre los demás, sino más bien la autoridad apostólica de cada uno de los obispos en sus Iglesias en cuanto que son participantes de la única autoridad que el Señor confirió a Pedro sobre la única Iglesia.**

Dice el Señor a Pedro: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...” (Mt 16:18). Sobre uno solo edifica el Señor su Iglesia, y aunque a todos los apóstoles les atribuye una potestad igual, con todo establece una única cátedra y un solo principio de unidad con la autoridad de su palabra. Ciertamente los demás apóstoles eran lo que era Pedro, pero el primado es dado a Pedro a fin de que quedase patente que hay una sola Iglesia y una sola cátedra. Todos son pastores, pero queda patente que uno solo es el rebaño, que es apacentado por todos los apóstoles con unanimidad de sentimientos... El que abandona esta cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia, ¿puede creer que está todavía en la Iglesia? ¿El que se rebela contra la Iglesia y se opone a ella, puede pensar que está en ella? El mismo apóstol Pablo enseña idéntica doctrina declarando el misterio de la unidad con estas palabras: “Un solo cuerpo y un solo espíritu, una sola esperanza en vuestra vocación, un solo Señor, una fe, un bautismo, un solo Dios” (cf Ef 4:4). Esta unidad hemos de mantener y vindicar particularmente aquellos que estamos al frente de la Iglesia como obispos, mostrando con ello que el mismo episcopado es uno e indiviso.

Nadie engañe a los hermanos con falsedades; nadie corrompa la verdad de nuestra fe con desleal prevaricación: el episcopado es uno, y cada uno de los que lo ostentan tiene una parte de un todo sólido; la Iglesia es una, aunque al crecer por su fecundidad se extienda hasta formar una pluralidad. El sol tiene muchos rayos, pero su luz es una; muchas son las ramas de un árbol, pero uno es el tronco, bien fundado sobre sólidas raíces; muchos son los arroyos que fluyen de la fuente, pero aunque la abundancia del caudal parezca difundirse en pluralidad, se mantiene la unidad en el origen. Si separas un rayo del cuerpo del sol, la unidad no permitirá que se divida la luz; si rompes una rama del árbol, ya no podrá brotar una vez rota; si cortas el arroyo de la fuente, se seca al punto. De la misma manera la Iglesia, compenetrada de la luz del Señor, lanza sus rayos por todo el mundo: pero una misma es la luz que se esparce por todas partes, ni sufre división la unidad del cuerpo total. Ella, con su fértil abundancia, extiende sus ramas sobre toda la tierra, y generosamente derrama a lo lejos los arroyos que de ella fluyen: sin embargo, una es su

cabeza, uno es su origen, una es la madre abundante en frutos de fertilidad: de su vientre nacemos, de su leche nos alimentamos, su aliento es el que nos da la vida.

La que es esposa de Cristo, no puede cometer adulterio, sino que permanece íntegra y casta. No conoce más que una casa, y guarda con casto pudor la santidad de un solo tálamo. Ella nos guarda para Dios, ella nos inscribe en el reino de los hijos que ella ha engendrado. Todo el que se separa de la Iglesia, se une a una adúltera, se separa de las promesas de la Iglesia, es un extraño, un excomulgado, un enemigo. No llegará a los premios de Cristo el que abandona la Iglesia de Cristo. No puede tener a Dios por padre el que no tiene a la Iglesia por madre. Tanto pues uno pretender salir a salvo fuera de la Iglesia, cuanto podía uno salvarse fuera del arca de Noé. Así nos lo avisa el Señor diciendo: “El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (Mt 12:30). El que rompe la paz y la concordia de Cristo, lucha contra Cristo... El que no guarda aquella unidad, no guarda la ley de Dios, no guarda la fe del Padre y del Hijo, no conserva la vida y la salvación.⁴

En cuanto a la persona de Novaciano, sobre el que me pediste que te escriba cuál es la herejía que ha introducido, has de saber en primer lugar que nosotros ni debemos tener curiosidad de saber qué es lo que él enseña, toda vez que enseña fuera de la Iglesia. Quienquiera y comoquiera que sea, no es cristiano el que no está en la Iglesia de Cristo. Aunque ande orgulloso y predique con voces altaneras su filosofía o su retórica, el que no guarda la caridad fraterna y la unidad eclesiástica ha perdido incluso lo que antes era. A no ser que tengas por obispo al que por maquinación se esfuerza en que los desertores le hagan obispo, habiendo en la Iglesia otro obispo consagrado por dieciséis de sus colegas. Habiendo sido establecida por Cristo una sola Iglesia por todo el mundo, dividida en muchos miembros, **también el episcopado es uno, extendido sobre muchos obispos en concorde pluralidad** (*episcoporum multorum concordi numerasitate diffusus*). Pero él, una vez que ya existe la tradición divina, una vez que se da la unidad de la Iglesia católica bien trabada y aunada, que se esfuerce por hacer una iglesia humana y por enviar a numerosas ciudades esos nuevos apóstoles suyos, colocando así esta especie de fundamentos recientes de su institución. Estando ya previamente consagrados obispos en todas las provincias y ciudades, hombres de edad proyecta, íntegros en la fe, probados en la adversidad, perseguidos en la persecución, que tenga él la audacia de crear por encima de ellos otros pseudo-obispos...⁶

5. Cipriano. *De catholicae ecclesiae unitate*. 4 – 7; 6. Cipriano. *Epistulae*, 55, 24;

La Iglesia, constituida sobre los obispos.

El Señor nuestro, cuyos mandatos debemos reverenciar guardar, al regular la posición del obispo y la estructura de la Iglesia habla en el Evangelio y dice a Pedro: “Tú eres Pedro” (Mt 16:18-19). En virtud de esto, a lo largo de los tiempos va continuándose la sucesión de los obispos y la administración de la Iglesia, de suerte que la Iglesia siempre esté establecida sobre los obispos, y todo acto de la Iglesia sea dirigido por estos propósitos (*ut ecclesia super episcopos constituatur et omnis actus ecclesiae per eosdem praepositos gubernetur*). Estando esto fundado en la ley divina, me maravilla que algunos, con audacia temeraria, hayan intentado escribirme presentando su carta en nombre de la Iglesia, siendo así que la Iglesia está constituida por el obispo, el clero y todos los fieles (*guando ecclesia in episcopo et clero et in omnibus sanctis sit constituta*). Lejos de nosotros, y no lo permita la misericordia y el poder invencible de Dios, que la Iglesia se diga ser el conjunto de los herejes, ya que está escrito: “No es Dios de muertos, sino de vivos” (Lc 17:10). Ciertamente queremos que todos vuelvan a la vida, y con nuestras oraciones y gemidos rogamos que vuelvan a su primer estado. Pero si algunos quieren ser la Iglesia, y si la Iglesia está entre ellos y la forman ellos, ¿qué remedio nos queda sino que nosotros les re-

guemos a ellos que se dignen admitirnos en la Iglesia? Conviene pues que sean sumisos, pacíficos y modestos aquellos que, conscientes de su pecado, han de hacer penitencia ante Dios. Y no han de escribir cartas en nombre de la Iglesia, constándoles que son ellos más bien los que escriben a la Iglesia.⁶

El Espíritu Santo en la Iglesia.

En la casa de Dios, en la Iglesia de Cristo, se habita por la unanimidad, se persevera por la concordia y la simplicidad. Y por esta razón vino el Espíritu Santo en forma de paloma: ésta es un animal sencillo y alegre, sin amargor de hiél, que no muerde con malicia, ni araña violentamente con las uñas, sino que ama la hospitalidad que le dan los hombres y se siente vinculado a una sola morada; cuando engendra hijos, todos ven la luz a la vez; cuando vuelan, lo hacen todas juntas; hacen su vida en convivencia común y tienen el beso de la boca como señal de la concordia y la paz, de suerte que en todos los detalles cumplen la ley de la unanimidad. Tal es la simplicidad que hay que procurar sea patente en la Iglesia; tal es la caridad que hay que conseguir: el amor fraternal ha de imitar al de las palomas, y la mansedumbre y la suavidad han de ser semejantes a las de los corderos y ovejas, ¿Qué sentido tiene en un pecho cristiano la ferocidad del león, o la rabia del perro, o el veneno mortífero de la serpiente, o la sangrienta crueldad de las fieras? Nos hemos de alegrar cuando los tales se separan de la Iglesia, ya que así las ovejas de Cristo no recibirán el contagio de su maligno veneno. Es imposible que coexistan y se confundan la amargura y la dulzura, la tiniebla y la luz, la tormenta y el tiempo sereno, la guerra y la paz, la fecundidad y la esterilidad, los manantiales y las sequías, la tempestad y la calma. No piense nadie que los buenos puedan salirse de la Iglesia: al trigo no se lo lleva el viento, y la tempestad no arranca al árbol arraigado con sólida raíz. A éstos incrimina y ataca el apóstol Juan cuando dice: “Se marcharon de nosotros, pero es que no eran de los nuestros: porque si hubiesen sido de los nuestros, se habrían quedado con nosotros” (1 Jn 2:19). De ahí nacieron y nacen a menudo las herejías: de una mente retorcida, que no tiene paz; de una perfidiosa discordia que no guarda la unidad...⁷

Hay que guardar las tradiciones apostólicas.

Con toda diligencia hay que guardar la tradición divina y las prácticas apostólicas, y hay que atenerse a lo que se hace entre nosotros que es lo que se hace casi en todas las provincias del mundo, a saber, que para hacer una ordenación bien hecha, los obispos más próximos de la misma provincia se reúnan con el pueblo al frente del cual ha de estar el obispo ordenando, y éste se elija en presencia del pueblo, ya que éste conoce muy bien la vida de cada uno y ha podido observar por la convivencia el proceder de sus actos. Así vemos que se hizo también entre vosotros en la ordenación, de nuestro colega Sabino: se le confirió el episcopado y se le impusieron las manos para que sustituyera a Basílides por el sufragio de toda la comunidad de hermanos y el de los obispos que estuvieron presentes y el de los que os enviaron su voto por carta. No puede invalidar esta ordenación jurídicamente bien hecha el que Basílides, después que sus crímenes quedaron patentes y que él mismo confesó su culpa, fuera a Roma y engañase a nuestro colega Esteban — que reside lejos y no tenía conocimiento de los hechos ni de la verdad — , a fin de conseguir que fuera injustamente repuesto en el episcopado del que con justicia había sido desposeído. Esto sólo significa que los crímenes de Basílides no sólo no han sido borrados, sino que se han aumentado, puesto que a sus faltas anteriores se ha añadido el crimen de engaño e impostura. No hay que culpar tanto a aquel que por descuido se dejó sorprender cuanto hay que anate-

matizar a éste que lo sorprendió con sus fraudes. Pero si Basílides pudo sorprender a los hombres, no puede sorprender a Dios, pues está escrito que “de Dios nadie se burla” (Gal 6:7).⁸

Sobre la legitimidad de la apelación a Roma.

Ellos no tuvieron bastante con apartarse del Evangelio, con arrancar a los herejes la esperanza del perdón y la penitencia, apartar de todo sentimiento y fruto de penitencia a los enredados en robos, o manchados con adulterios, o contaminados con el funesto contagio de los sacrificios, de suerte que éstos ya no ruegan a Dios ni confiesan sus pecados en la Iglesia; no se contentaron con constituir fuera de la Iglesia y contra la Iglesia un conventículo de facción corrompida, al que pudieran acogerse la caterva de los que tienen mala conciencia y no quieren ni rogar a Dios ni hacer penitencia. Después de todo esto, todavía, habiéndose dado un falso obispo, creación de los herejes, han tenido la audacia de hacerse a la vela y de llevar cartas de parte de los cismáticos y profanos a la cátedra de Pedro, a la Iglesia principal de la que brotó la unidad del sacerdocio (*ad ecclesiam principalem unde unifas sacerdotalis exorta est*); y ni siquiera pensaron que aquéllos son los mismos romanos cuya fe alabó el Apóstol cuando les predicó, a los que no debería tener acceso la perfidia. ¿Por qué fueron allá a anunciar que había sido creado un pseudo-obispo contra los obispos?

Porque, o se sienten satisfechos de lo que hicieron y con ello perseveran en su crimen, o se arrepienten y se retractan y ya saben adonde han de volver. Porque fue establecido por todos nosotros que es cosa a la vez razonable y justa que la causa de cada uno se trate allí donde se cometió el crimen y que cada uno de los Pastores tenga adscrita una porción de la grey, que cada uno ha de regir y gobernar dando cuenta de sus actos al Señor.

Por tanto, los que son nuestros subditos, no han de andar de acá para allá, ni han de lacerar la coherente concordia de los obispos con audacia astuta y engañosa, sino que han de defender su causa allí donde pueda haber acusadores y testigos de su crimen. A no ser que se crea que la autoridad de los obispos establecidos en Africa es demasiado pequeña para esos pocos desesperados y pervertidos.

Aquellos ya los juzgaron, y ya condenaron poco ha su ciencia, enredada en muchos criminales enredos.⁹

Cipriano y el papa Esteban.

Te envío una copia de la respuesta de Esteban, nuestro hermano. Con su lectura te persuadirás cada vez más del error de aquel que se esfuerza por defender la causa de los herejes contra los cristianos y contra la Iglesia de Dios. Porque, entre otras expresiones soberbias, o que no tienen que ver con la cuestión, o que son contradictorias entre sí, que él escribió con ignorancia e imprudencia, añade todavía lo siguiente: “En el caso de cualesquiera que de cualquier herejía vengan a vosotros, no se introduzca innovación, sino seguid la tradición. Imponedles las manos para recibir la penitencia, ya que los mismos herejes, cuando se pasan de unos a otros entre sí, no se bautizan propiamente, sino que sólo se conceden la comunión.”

Prohíbe que se bauticen “de cualquier herejía que vengan”; esto es, juzga que los bautismos de todos los herejes son justos y legítimos.

Y puesto que cada herejía tiene su bautismo peculiar y sus pecados propios, éste, al entrar en comunión con el bautismo de todos carga en bloque sobre su espalda los pecados de todos. Manda además “que no se introduzca innovación alguna, sino se siga la tradición”: como si introdujera innovación el que” defendiendo la unidad, defiende el único bautismo en la única Iglesia, y no más bien el que olvidando la unidad hace uso de la mentira y la peste de la inmersión

profana. “No se introduzca innovación alguna — dice — sino se”siga la tradición.” ¿De dónde viene tal tradición? ¿Acaso de la autoridad del Señor y del Evangelio, o de las ordenaciones y cartas de los apóstoles? Dios declara y advierte a Jesús de Nave que lo que hay que hacer es lo que está escrito, cuando dice (Jos 1:8): “Que este libro de la ley no se aparte de tu boca: meditarás sobre él de día y de noche, para que tengas el cuidado de hacer todo lo que en él está escrito.” Asimismo, el Señor, al enviar a sus apóstoles les encarga bautizar a las gentes y enseñarles a observar todo lo que él ha mandado (cf. Mt 28:20). Así pues, si se manda en el Evangelio, o se contiene en las cartas o Hechos de los apóstoles que los que vengan de cualquier herejía no sean bautizados, sino que se les impongan sólo las manos para recibir la penitencia, que se observe esta tradición santa y divina. Pero si en todas partes los herejes no se nombran sino como enemigos y anticristos, si son declarados aborrecibles “perversos y condenados por boca propia” (Tit 3:11), ¿por qué creen algunos que nosotros no los hemos de condenar, teniendo claro testimonio apostólico de que ellos mismos ya se han condenado? Nadie ha de infamar a los apóstoles, como si ellos hubiesen aprobado el bautismo de los herejes, o hubiesen entrado en comunión con ellos sin el bautismo de la Iglesia; porque tales cosas escribieron los apóstoles acerca de los herejes, y esto cuando todavía no habían surgido las pestes heréticas más agudas, ni el pónptico Marción había surgido de las aguas del Ponto...

¡Magnífica realmente y legítima es la tradición que nos propone como maestro nuestro hermano Esteban, avalada por una autoridad suficiente! Porque en el mismo pasaje de su carta añade como complemento: “Ya que los mismos herejes, cuando se pasan de unos a otros entre sí, no se bautizan propiamente, sino que sólo se conceden la comunión.” Tal es el colmo de males en que ha caído la Iglesia de Dios y la Esposa de Cristo; ella se acomoda a los ejemplos de los herejes; en la celebración de los sacramentos celestes, la luz va a aprender de las tinieblas, y los cristianos hacen lo que los anticristos. ¡Qué ceguera mental, qué perversión supone no querer reconocer la unidad de la fe que viene de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, y de la tradición de nuestro Dios! Porque si precisamente no está la Iglesia en los herejes por el hecho de que ella es una y no puede dividirse, y si precisamente no está el Espíritu Santo con ellos, porque es uno y no puede estar entre los profanos y extraños, tampoco el bautismo, que tiene esencialmente la misma unidad, no puede estar entre los herejes, ya no puede separarse ni de la Iglesia ni del Espíritu Santo...¹⁰

6. Epist.33, 1; 7. De Cathh. Eccl. Unitate, 9; 8. Epist. 67, 5; 9. Epist. 59, 14;

III. La eucaristía.

Algunos, por ignorancia o por inadvertencia, al consagrar el cáliz del Señor y al administrarlo al pueblo no hacen lo que hizo y enseñó a hacer Jesucristo Señor y Dios nuestro, autor y maestro de este sacrificio... Ahora bien, cuando Dios inspira y manda alguna cosa, es necesario que el siervo fiel obedezca al Señor, manteniéndose libre de culpa delante de todos en no arrojarse nada por su cuenta, pues ha de temer no sea que ofenda al Señor si no hace lo que está mandado... Al ofrecer el cáliz ha de guardarse la tradición del Señor, ni hemos de hacer nosotros otra cosa más que la que el Señor hizo primeramente por nosotros, a saber, que en el cáliz que se ofrece en su conmemoración se ofrezca una mezcla de agua y vino... No puede creerse que está en el cáliz la sangre de Cristo, con la cual hemos sido redimidos y vivificados, si no hay en el cáliz el vino por el que se manifiesta la sangre de Cristo...

Vemos el misterio (*sacramentum*) del sacrificio del Señor prefigurado en el sacerdote Melquisedec, según el testimonio de la Escritura cuando dice: “Y Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino,” siendo sacerdote del Dios altísimo, y bendijo a Abraham (cf. Gen 14:18).

Ahora bien, que Melquisedec fuera figura de Cristo lo declara el Espíritu Santo en los salmos, cuando el Padre dice al Hijo: “Yo te engendré antes de la estrella de la mañana: tu eres sacerdote según el orden de Melquisedec” (Sal 109:3-4). Este de orden procede y desciende evidentemente de aquel sacrificio, por hecho de que Melquisedec fue sacerdote del Dios altísimo, y que ofreció pan y vino y bendijo a Abraham. En efecto, ¿qué sacerdote del Dios altísimo lo es más que nuestro Señor Jesucristo, quien ofreció a Dios Padre un sacrificio, el mismo sacrificio que había ofrecido Melquisedec, a saber, pan y vino, es decir, su cuerpo y su sangre?...

Puesto que Cristo nos llevaba en sí a todos nosotros, ya que hasta llevaba nuestros pecados, vemos que el agua representa al pueblo, mientras que el vino representa la sangre de Cristo. Así pues, cuando en el cáliz se mezclan el agua y el vino, **el pueblo se une con Cristo, y la multitud de los creyentes se une y se fusiona a aquel en quien cree.** Esta unión y conjunción de agua y vino en el cáliz del Señor hace una mezcla que ya **no** puede deshacerse. Por esto la Iglesia, es decir la multitud que está constituida en Iglesia y persevera fiel y firmemente en su fe no podrá por nada ser separada de Cristo, ni nada podrá hacer que no permanezca adherida a él e indivisa en el amor. Por esto al consagrarse el cáliz del Señor no se puede ofrecer ni agua sola ni vino solo: si uno ofrece solo vino, se hará presente la sangre de Cristo sin nosotros; si sólo hay agua, se hará presente el pueblo sin Cristo. En cambio, cuando se mezclan ambas cosas hasta formar un todo sin distinción y perfectamente uno, entonces se consuma **el misterio (*sacramentum*) celestial y espiritual..**

Dice el Señor: “El que quebrantare uno de estos mandamientos mínimos y enseñare a hacerlo a los hombres, será llamado el más Pequeño en el reino de los cielos” (Mt 5:19): ahora bien, si no se pueden quebrantar ni los mínimos mandamientos del Señor, cuanto más esos que son tan grandes, tan importantes, que tocan tan de cerca al misterio de la pasión del Señor y de nuestra redención no podrán quebrantar ni cambiar lo que en ellos hay de institución divina por institución humana alguna. Si Cristo Jesús, Dios y Señor nuestro es él mismo el sumo sacerdote de Dios Padre, que ofreció el primero a si mismo en sacrificio al Padre, y mandó que esto se hiciera en memoria de él, tendrá realmente las veces de Cristo sacerdote que imita lo que Cristo hizo, y ofrecerá un sacrificio verdadero y pleno en la Iglesia a Dios Padre cuando se ponga a hacer la oblación tal como vea que la hizo Cristo...¹¹

IV. El sentido de nuestra oración.

Decimos “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,” no para que Dios haga lo que él quiere, **sino para que nosotros podamos hacer lo que él quiere.** Porque, ¿quién puede oponerse a que Dios haga lo que quiere? En cambio el diablo se opone en nosotros a que nuestros deseos y nuestros actos obedezcan en todo a Dios, y por esto rogamos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios. El que esta voluntad se haga en nosotros, es obra de la misma voluntad de Dios, es decir, de su ayuda y protección, ya que nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino que nuestra seguridad nos viene de la benevolencia y misericordia de Dios... Los que queremos perdurar para siempre **debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.**¹²

10. Epist. 74, Iss; 10a. Los fragmentos que signen proceden de la carta 63, escrita contra algunos que van hasta tal punto su abstinencia de vino que pretendían celebrar la eucaristía con agua sola. 12. CIPRIANO. De dominica oratione. 14;

Sección Sexta: Atanasio.

Ponemos fin a esta selección patrística con Atanasio, que representa en muchos aspectos como la consolidación de las principales líneas del pensamiento teológico, todavía fluctuante durante los siglos anteriores. Atanasio no fue tal vez un gran genio especulativo, que abriera nuevas perspectivas a la teología: fue más bien el hombre que en un momento crítico crucial — el de la marea arriana — supo captar certeramente cuáles eran las más radicales exigencias de la revelación cristiana y, sobre todo, supo luchar con un denuedo increíble para lograr que tales exigencias fuesen reconocidas y aceptadas en un enrarecido ambiente en el que la confusión ideológica y las intrigas políticas parecían hacer imposible tal reconocimiento.

Toda la teología de Atanasio casi puede reducirse a un esfuerzo por defender la verdadera divinidad del Verbo, no menos que su verdadera función salvadora. Por lo menos ya desde Justino — como se habrá visto a lo largo de este libro el intento de explicar la revelación en términos de pensamiento helénico iba llevando a concepciones de tipo subordinacionista en las que, aunque se quería mantener la naturaleza divina del Verbo, éste aparecía con un carácter mediador que tendía a hacer de él mas bien un ser intermediario en alguna manera subordinado o inferior al Dios supremo. Arrio representa el desarrollo extremo de esta línea de pensamiento cuando afirma claramente la inferioridad del Verbo como criatura, aunque se ponga su creación “antes de los tiempos.” Atanasio defenderá ardorosamente que la mediación reveladora y salvadora del Verbo no implica distinción sustancial con respecto al Padre, sino que el Verbo es de la misma esencia y sustancia del Padre y constituye una misma y única divinidad, aunque como Verbo engendrado se distinga él verdaderamente. Esta doctrina es defendida por Atanasio por fidelidad a la revelación, sin que intente propiamente una explicación o justificación del cómo o el porqué del misterio trinitario. La teología del Espíritu Santo, aunque todavía poco desarrollada de una manera explícita, **es concebida por Atanasio de manera paralela a la teología del Verbo.**

La temática trinitaria lleva a Atanasio a ocuparse también de la soteriología: en este punto, sin olvidar el aspecto de satisfacción vicaria Atanasio desarrolla sobre todo una soteriología de “asunción,” por la que la eficacia salvífica de la encarnación del Verbo está primordialmente en el mismo hecho de que éste, al asumir la carne humana, la diviniza, liberándola así de la sujeción al pecado, a la muerte y a la corrupción.

La vida de Atanasio es una verdadera odisea de sufrimientos en defensa de la fe trinitaria. Nacido en Alejandría en 295, aparece como diácono del obispo alejandrino en el concilio de Nicaea, en 325. Poco después pasa a ocupar la sede de Alejandría, por muerte de su obispo, de la que había de ser desterrado cinco veces, para volver otras tantas, según soplaban los vientos del poder de sus enemigos arrianizantes o del favor y disfavor de los emperadores en los que aquellos buscaban apoyo. Murió lleno de gloria y en plena posesión de su sede el año 373.

I. La Trinidad.

Existe, pues, una Trinidad santa y completa, de la que se afirma que es Dios, en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En ella todos y en todos” (cf. Ef 4:6): “sobre todos,” en cuanto Padre, principio y fuente; “por todos,” por el Verbo; “en todos,” en el Espíritu Santo. Es una verdadera Trinidad no sólo de nombre y por pura ficción verbal, sino en verdad y realidad. Así como el Padre el que es, así también su Verbo es el que es y Dios soberano. El Espíritu Santo no está privado de existencia real, sino que existe con verdadera realidad...¹

Unidad y distinción entre el Padre y el Hijo.

“Yo en el Padre, y el Padre en mí” (Jn 14:10). El Hijo está en el Padre, en cuanto podemos comprenderlo, porque todo el ser del Hijo es cosa propia de la naturaleza del Padre, como el resplandor lo es de la luz, y el arroyo de la fuente. Así el que ve, al Hijo ve lo que es propio del Padre, y entiende que el ser del Hijo, proveniente del Padre, está en el Padre. Asimismo el Padre está en el Hijo, porque el Hijo es lo que es propio del Padre, a la manera como el sol está en su resplandor, la mente está en la palabra, y la fuente en el arroyo. De esta suerte, el que contempla al Hijo contempla lo que es propio de la naturaleza del Padre, y piensa que el Padre está en el Hijo. Porque la forma y la divinidad del Padre es el ser del Hijo, y, por tanto, el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo. Por esto con razón habiendo dicho primero “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10:30), añadió: “Yo en el Padre y el Padre en mí” (Jn 14:10): así manifestó la identidad de la divinidad y la unidad de su naturaleza. Sin embargo, son uno pero no a la manera con que una cosa se divide luego en dos, que no son en realidad más que una; ni tampoco como una cosa que tiene dos nombres, como si la misma realidad en un momento fuera Padre y en otro momento Hijo. Esto es lo que pensaba Sabelio, y fue condenado como hereje. Se trata de dos realidades, de suerte que el Padre es Padre, y no es Hijo; y el Hijo es Hijo, y no es Padre. Pero su naturaleza es una; pues el engendrado no es desemejante con respecto al que engendra, ya que es su imagen, y todo lo que es del Padre es del Hijo. Por esto el Hijo no es otro dios, pues no es pensado fuera (del Padre); de lo contrario, si la divinidad se concibiera fuera del Padre, habría sin duda muchos dioses. El Hijo es “otro” en cuanto es engendrado pero es “el mismo” en cuanto es Dios. El Hijo y el Padre son una sola cosa en cuanto que tienen una misma naturaleza propia peculiar, **por la identidad de la divinidad única.** También el resplandor es luz, y no es algo posterior al sol, ni una luz distinta ni una participación de él, sino simplemente algo engendrado de él: ahora bien, una realidad así engendrada es necesariamente una única luz con el sol, y nadie dirá que se trata de dos luces, aunque el sol y su resplandor sean dos realidades: una es la luz del sol que brilla por todas partes en su propio resplandor. Así también, la divinidad del Hijo es la del Padre, y por esto es indivisible de ella. **Por esto Dios es uno, y no hay otro fuera de él.** Y siendo los dos uno, y única su divinidad, se dice del Hijo lo mismo que se dice del Padre, excepto el ser Padre.²

El Verbo no fue hecho como medio para crear.

El Verbo de Dios no fue hecho a causa de nosotros, sino más bien nosotros fuimos hechos a causa de él, y en él fueron creadas todas las cosas (Col 1:16). No fue hecho a causa de nuestra debilidad — siendo él fuerte — por el Padre, que existía hasta entonces solo, a fin de servirse de él como de instrumento para crearnos. En manera alguna podría ser así. Porque aunque Dios se hubiese complacido en no hacer creatura alguna, sin embargo el Verbo no por ello hubiera dejado de estar en Dios, y el Padre de estar en él. Con todo no era posible que las cosas creadas se hicieran sin el Verbo, y así es obvio que se hicieran por él. Pues ya que el Hijo es el Verbo propio de la naturaleza sustancial de Dios, y procede él y está en él... era imposible que la creación se hiciera sin él. Es como la luz que ilumina con su resplandor todas las cosas, de suerte que nada puede iluminarse si no es por el resplandor. De la misma manera el Padre creó con su Verbo, como si fuera su mano, todas las cosas, y sin él nada hace. Como nos recuerda Moisés, dijo Dios: “Hágase la luz,” “Congréguense las aguas” (Gen 1:3-9) y habló, no a la manera humana, como si hubiera allí un Obrero para oír, el cual enterándose de la voluntad del que hablaba fuera a ejecutarla. Esto sería propio del orden creado, pero indigno de que se atribuya al Verbo. Porque el Verbo de Dios es activo y creador, siendo él mismo la voluntad del Padre. Por eso no

dice la sagrada Escritura que hubiera quien oyera y contestara cómo y con qué propiedades quería que se hiciera lo que se tenía que hacer, sino que Dios dijo únicamente “Hágase,” y al punto se añade “Y así fue hecho.” Lo que quería con su voluntad, al punto fue hecho y terminado por el Verbo... Basta el querer, y la cosa está hecha. Así la palabra “dijo” es para nosotros el indicador de la divina voluntad, mientras que la palabra “y así fue hecho” indica la obra realizada por su Verbo y su sabiduría, en la cual se halla también incluida la voluntad del Padre...³

Unidad de naturaleza en el Padre y el Hijo.

Ya que él es el Verbo de Dios y su propia sabiduría, y, siendo su resplandor, está siempre con el Padre, es imposible que si el Padre comunica gracia no se la comunique a su Hijo, puesto que el Hijo es en el Padre como el resplandor de la luz. Porque no por necesidad, sino como un Padre, en virtud de su propia sabiduría fundó Dios la tierra e hizo todas las cosas por medio del Verbo que de él procede, y establece por el Hijo el santo lavatorio del bautismo. Porque donde está el Padre está el Hijo, de la misma manera que donde está la luz allí está su resplandor. Y así como lo que obra el Padre lo realiza por el Hijo, y el mismo Señor dice: “Lo que veo obrar al Padre lo hago también yo,” así también ni, cuando se confiere el bautismo, a aquel a quien bautiza el Padre lo bautiza también el Hijo, y el que es bautizado por el Hijo es perfeccionado en el Espíritu Santo. Además, así como cuando alumbra el sol se puede decir también que es su resplandor el que ilumina, ya que la luz es única y no puede dividirse ni partirse, así también, donde está o se nombra al Padre allí está también indudablemente el Hijo; y puesto que en el bautismo se nombra al Padre hay que nombrar igualmente con él al Hijo.⁴

La eterna generación del Hijo

Es exacto decir que el Hijo es vástago eterno del Padre. Porque la naturaleza del Padre no fue en momento alguno imperfecta, de suerte que pudiera sobrevenirle luego lo que es propio de ella. El Hijo no fue engendrado como se engendra un hombre de otro hombre, de forma que la existencia del padre es anterior a la del hijo. El hijo es vástago de Dios, y siendo Hijo del Dios que existe eternamente, él mismo es eterno. Es propio del hombre, a causa de la imperfección de su naturaleza, engendrar en el tiempo: pero Dios engendra eternamente, porque su naturaleza es perfecta desde siempre... Lo que es engendrado del Padre es su Verbo, su sabiduría y su resplandor, y hay que decir que los que afirman que había un tiempo en que no existía el Hijo son como ladrones que roban a Dios su propio Verbo, y se declaran contrarios a él diciendo que durante un tiempo no tuvo ni Verbo ni sabiduría, y que la luz hubo tiempo en que no tuvo resplandor, y la fuente hubo tiempo en que era estéril y seca. En realidad simulan evitar la palabra “tiempo” a causa de los que se lo reprochan, y dicen que el Verbo existía “antes de los tiempos.” Sin embargo, determinan un cierto “período” en el cual imaginan que el Verbo no existía, con lo cual introducen igualmente la noción de tiempo; y así, al admitir un Dios sin Logos o Verbo, muestran su extraordinaria impiedad.⁵

La eternidad del Padre implica la filiación eterna.

Dios existe desde la eternidad y si el Padre existe desde la eternidad, también existe desde la eternidad lo que es su resplandor, **es decir, su Verbo.** Además, Dios, “el que es,” tiene de sí mismo el que es su Verbo: el Verbo no es algo que antes no existía y luego vino a la existencia, ni hubo un tiempo en que el Padre estuviera sin Logos (*alojos*). La audacia dirigida contra el Hijo llega a tocar con su blasfemia al mismo Padre, ya que lo concibe sin Sabiduría, sin Logos, sin Hijo... Es como si uno, viendo el sol, preguntara acerca de su resplandor: ¿Lo que existe pri-

mero hace lo que no existe o lo que ya existe? El que pensara así sería tenido por insensato, pues sería locura pensar que lo que procede totalmente de la luz es algo extrínseco a ella, y pregunta cuándo, dónde y cómo fue dicho. Lo mismo ocurre con el que pregunta tales cosas acerca del Hijo y del Padre. Al hacer tales preguntas muestra una locura todavía mayor, pues supone que el Logos del Padre es algo externo a él, e imagina como en sombras que lo que es generación de la naturaleza divina es una cosa creada, afirmando que “no existía antes de ser engendrado.” Oigan, pues, la respuesta a su pregunta: El Padre, que existe (eternamente), hizo al Hijo con la misma existencia... Más, decidnos vosotros, los enanos....: ¿El que es, tuvo necesidad del que no era para crear todas las cosas, o necesitó de él cuando ya era? Porque está en vuestros dichos que el Padre se hizo para sí al Hijo de la nada, como instrumento para crear con él todas las cosas. Ahora bien, ¿quién es superior, el que tiene necesidad de algo o el que viene a colmar esta necesidad? ¿O es que ambos satisfacen mutuamente sus respectivas necesidades? Si decís esto, mostráis la debilidad de aquel que hubo de buscarse un instrumento por no poder por sí mismo hacer todas las cosas... Éste es el colmo de la impiedad...⁶

2. ATANASIO, Oraciones contra Ar. ; 3. Ibid. II, 31; 4. Ibid. II, 41; 5. Ibid. I, 14; 6. Ibid. I. 25 – 26;

Los errores de Arrio.

Las lindezas aborrecibles y llenas de impiedad que resuenan la *Taifa*, de Arrio, son de este calaña; Dios no fue Padre desde siempre, sino que hubo un tiempo en que Dios estaba solo y todavía no era Padre; **más adelante llegó a ser Padre.** El Hijo no existía desde siempre, pues todas las cosas han sido hechas de la nada, y todo ha sido creado y hecho: el mismo Verbo de Dios ha sido hecho de la nada y había un tiempo en que no existía. No existía antes de que fuera hecho, y él mismo tuvo comienzo en su creación Porque, según Arrio, sólo existía Dios, y no existían todavía ni el Verbo ni la Sabiduría. Luego, cuando quiso crearnos a nosotros, hizo entonces a alguien a quien llamó Verbo, Sabiduría e Hijo, a fin de crearnos a nosotros por medio de él. Y dice que existen dos sabidurías: una la cualidad propia de Dios, y la otra del Hijo, que fue hecha por aquella sabiduría, y que sólo en cuanto que participa de ella se llama Sabiduría y Verbo. Según él, la Sabiduría existe por la sabiduría, por voluntad del Dios sabio. Asimismo dice que en Dios se da otro Logos fuera del Hijo, y que por participar de él el Hijo se llama él mismo Verbo e Hijo por gracia. Es opción particular de esta herejía, manifestada en otros de sus escritos, que existen muchas virtudes, de las cuales una es por naturaleza propia de Dios y eterna; pero Cristo no es la verdadera virtud de Dios, sino que él es también una de las llamadas virtudes — entre las que se cuentan la langosta y la oruga — aunque no es una simple virtud, sino que se la llama grande. Pero hay otras muchas semejantes al Hijo, y David se refirió a ellas en el salmo llamándole “Señor de las virtudes” (Sal 23:10). El mismo Verbo es por naturaleza, como todas las cosas, mudable, y por su propia voluntad permanece bueno mientras quiere: pero cuando quiere, puede mudar su elección, lo mismo que nosotros, pues es de la naturaleza mudable. Precisamente por eso, según Arrio, previendo Dios que iba a permanecer en el bien, le dio de antemano aquella gloria que luego había de conseguir siendo hombre por sufrir. De esta suerte Dios hizo al Verbo en un momento dado tal como correspondía a sus obras, que Dios había previsto de antemano. Así mismo se atrevió a decir que el Verbo no es Dios verdadero, pues aunque se llame Dios, no lo es en sentido propio, sino por participación, como todos los demás... Todas las cosas son extrañas y desemejantes a Dios por naturaleza, y así también el Verbo es extraño y desemejante en todo al respecto a la esencia y a las propiedades del Padre, pues pertenece a las cosas engendradas, siendo una de ellas...⁷

En qué sentido es exaltado el Verbo, y nosotros con él.

El Apóstol escribe a los filipenses: “Sentid entre vosotros lo mismo que Jesucristo, el cual siendo Dios por su propia condición... y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2:5-11) ¿Qué podía decirse más claro y más explícito? Cristo no pasó de ser menos a ser más, sino al contrario, siendo Dios, tomó la forma de esclavo, y al tomarla no mejoró su condición, sino que se abajo. ¿Dónde se encuentra aquí la supuesta recompensa de su virtud? ¿Qué progreso o qué elevación hay en este abajarse? Si siendo Dios se hizo hombre, y si al bajar de la altura se dice que es exaltado, ¿adonde será exaltado siendo ya Dios? Siendo Dios el Altísimo, es evidente que su Verbo es también necesariamente altísimo. ¿Qué mayor exaltación pudo recibir el que ya está en el Padre y es en todo semejante al Padre? No tiene necesidad de ningún incremento, ni es tal como lo imaginan los arríanos. Está escrito que el Verbo tuvo antes que abajarse para poder ser exaltado. ¿Qué necesidad tenía de abajarse para conseguir así lo que ya tenía antes? ¿Qué don tenía que recibir el que es dador de todo don?... Esto no es enigma, sino misterio de Dios: “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1:1). Pero luego, este Verbo se hizo carne por nuestra causa. Y cuando allí se dice “fue exaltado,” se indica no una exaltación de la naturaleza del Verbo, puesto que ésta era y es eternamente idéntica con Dios, sino una exaltación de la humanidad. Estas palabras se refieren al Verbo ya hecho carne, y con ello está claro que ambas expresiones “se humilló” “fue exaltado” se refieren al Verbo humanado. En el aspecto bajo el que fue humillado, en el mismo podrá ser exaltado. Y si esta escrito que “se humilló” con referencia a la encarnación, es evidente que “fue exaltado” también con referencia a la misma. Como hombre tenía necesidad de esta exaltación, a causa de la bajeza de la carne y de la muerte. **Siendo imagen del Padre y su Verbo inmortal**, tomó la forma de esclavo, y como hombre soportó en su propia carne la muerte, para ofrecerse así a sí mismo como ofrenda al Padre en favor nuestro. Y así también, como hombre, está escrito que fue exaltado por nosotros en Cristo, así también todos nosotros en Cristo somos exaltados, y resucitados de entre los muertos y elevados a los cielos “en los que penetró Jesús como precursor nuestro” (Heb 6:20).⁸

Nuestras relaciones con Dios, el Hijo y el Espíritu.

¿Cómo podemos nosotros estar en Dios, y Dios en nosotros? ¿Cómo nosotros formamos una cosa con él? ¿Cómo se distingue el Hijo en cuanto a su naturaleza de nosotros?... Escribe, pues, Juan lo siguiente: “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Jn 4:13). Así pues, por el don del Espíritu que se nos ha dado estamos nosotros en él y él en nosotros. **Puesto que el Espíritu es de Dios, cuando él viene a nosotros con razón pensamos que al poseer el Espíritu estamos en Dios.** Así está Dios en nosotros: no a la manera como el Hijo está en el Padre estamos también nosotros en el Padre, porque el Hijo no participa del Espíritu ni está en el Padre, por medio del Espíritu; ni recibe tampoco el Espíritu: al contrario, más bien lo distribuye a todos. Ni tampoco el Espíritu junta al Verbo con el Padre, sino que al contrario, **el Espíritu es respectivo con respecto al Verbo.** El Hijo está en el Padre como su propio Verbo y como su propio resplandor: nosotros, en cambio, si no fuera por el Espíritu, somos extraños y estamos alejados de Dios, mientras que por la participación del Espíritu nos religamos a la divinidad. Así pues, el que nosotros estemos en el Padre no es cosa nuestra, sino del Espíritu que está en nosotros y permanece en nosotros todo el tiempo en que por la confesión (de fe) lo guardamos en nosotros, como dice también Juan: “Si uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (1 Jn 4:15). ¿En qué, pues, nos asemejamos o nos igualamos al Hijo?... Una es la manera como el Hijo está en el Padre, y otra la

manera como nosotros estamos en el Padre. Nosotros no seremos jamás como el Hijo, ni el Verbo será como nosotros, a no ser que se atrevan a decir... que el Hijo está en el Padre por participación del Espíritu y por merecimiento de sus obras, cosa cuyo solo pensamiento muestra impiedad extrema. Como hemos dicho, es el Verbo el que se comunica al Espíritu, y todo lo que el Espíritu tiene, lo tiene del Verbo...⁹

8. Ibid. I, 41; 9. Ibid III, 24;

II. Cristo redentor.

El Verbo “se hizo hombre,” no “vino a un hombre.”

(El Verbo) se hizo hombre, no vino a un hombre. Esto es preciso saberlo, no sea que los herejes se agarren a esto y engañen a algunos, llegando a creer que así como en los tiempos antiguos el Verbo venía a los diversos santos, así también ahora ha puesto Su morada en un hombre y lo ha santificado, apareciéndose como en el caso de aquellos. Si así fuera, es decir si sólo se manifestara a un puro hombre, no habría nada paradójico para que los que le veían se extrañaran y dijeran: “¿De dónde es éste?” (Mc 4:41) y “Porque, siendo hombre, te haces Dios” (Jn 10:33). Porque ya estaban acostumbrados a oír: El Verbo de Dios vino a tal o cual profeta. Pero ahora, el Verbo de Dios, por el que hizo todas las cosas, consintió en hacerse Hijo del hombre, y se humilló, tomando forma de esclavo. Por esto la cruz de Cristo es escándalo para los judíos, mientras que para nosotros Cristo es la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios. Porque, como dijo Juan: “El Verbo se hizo carne....” (Jn 1:14), y la Escritura acostumbra a llamar “carne” al “hombre”... Antiguamente el Verbo venía a los diversos santos y santificaba a los que le recibían como convenía. Sin embargo, no se decía al nacer aquellos que el Verbo se hiciera hombre, ni que padeciera cuando ellos padecieron. Pero cuando al fin de los tiempos vino de manera singular, nacido de María, para la destrucción del pecado... entonces se dice que tomando carne se hizo hombre, y que en su carne padeció por nosotros (cf. 1 Pe 4:1). Así se manifestaba, de suerte que todos lo creyésemos, **que el que era Dios desde toda la eternidad y santificaba a aquellos a quienes visitaba**, ordenando según la voluntad del Padre todas las cosas, más adelante se hizo hombre por nosotros; y, como dice el Apóstol, hizo que la divinidad habitase en la carne de manera corporal (cf. Col 2:9); lo cual equivale a decir que, siendo Dios, tuvo un cuerpo propio que utilizaba como instrumento suyo, haciéndose así hombre por nosotros. Por esto se dice de él lo que es propio de la carne, puesto que existía en ella, como, por ejemplo, que padecía hambre, sed, dolor, cansancio, etc., que son afecciones de la carne. Por otra parte, las obras propias del Verbo, como el resucitar a los muertos, dar vista a los ciegos, curar a la hemorroisa, las hacía él mismo por medio de su propio cuerpo. El Verbo soportaba las debilidades de la carne como propias, puesto que suya era la carne; la carne, en cambio, ayudaba a las obras de la divinidad, pues se hacían en la carne... De esta suerte, cuando padecía la carne, no estaba el Verbo fuera de ella, y por eso se dice que el Verbo padecía. Y cuando hacía las obras del Padre a la manera de Dios, no estaba la carne ausente, sino que el Señor hacía aquellas cosas asimismo en su propio cuerpo. Y por eso hecho hombre, decía: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a obras y reconoced que el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn.10:37-8). Cuando fue necesario curar de su fiebre a la suegra de Pedro, extendió la mano como hombre, pero curó la dolencia como Dios. De manera semejante, cuando curó al ciego de nacimiento, hecho la saliva humana de su carne, pero en cuanto Dios le abrió los ojos con el lodo... Así hacía las cosas, mostrando con ello que tenía un cuerpo, no aparente, sino real. Convenía que el Señor, al revestirse de carne humana, se revistiese con ella tan totalmente que tomase todas las afeccio-

nes que le eran propias, de suerte que así como decimos que tenía su propio cuerpo, así también se pudiera decir que eran suyas propias las afecciones de su cuerpo, aunque no las alcanzase su divinidad. Si el cuerpo hubiese sido de otro, sus afecciones serían también de aquel otro. Pero si la carne era del Verbo, pues “el Verbo se hizo carne” (Jn 1:14), necesariamente hay que atribuirle también las afecciones de la carne, pues suya es la carne. Y al mismo a quien se le atribuyen los padecimientos — como el ser condenado, azotado, tener sed, ser crucificado y morir —, a él se atribuye también la restauración y la gracia. Por esto se afirma de una manera lógica y coherente que tales sufrimientos son del Señor y no de otro, para que también la gracia sea de él, y no nos convertamos en adoradores de otro, **sino del verdadero Dios**. No invocamos a creatura alguna, ni a hombre común alguno, sino al hijo verdadero y natural de Dios hecho hombre, el cual no por ello es menos Señor, Dios y Salvador.¹⁰

La unión de la humanidad y la divinidad en Cristo.

Nosotros no adoramos a una criatura. Lejos de nosotros tal pensamiento, que es un error más bien propio de paganos y de arrianos. Lo que nosotros adoramos es el Señor de la creación hecho hombre, el Verbo de Dios. Porque aunque en sí misma la carne sea una parte de la creación, se ha convertido en el cuerpo de Dios. Nosotros no separamos el cuerpo como tal del Verbo, adorándolo por separado, ni tampoco al adorar al Verbo lo separamos de la carne, sino que sabiendo que “el Verbo se hizo carne” reconocemos como Dios aun cuando está en la carne.¹¹

El Verbo, al tomar nuestra carne, se constituye en pontífice de nuestra fe.

“Hermanos santos, partícipes de una vocación celestial, considerad el apóstol y pontífice de vuestra religión, Jesús, que fue fiel al que le había hecho” (Heb 3:1-2). ¿Cuándo fue enviado como apóstol, sino es cuando se vistió de nuestra carne? ¿Cuándo fue constituido pontífice de nuestra religión, si no es cuando habiéndose ofrecido por nosotros resucitó de entre los muertos en su cuerpo, y ahora a los que se le acercan con la fe los lleva y los presenta al Padre, redimiéndolos a todos y haciendo propiciación por todos delante de Dios? No se refería el Apóstol a la naturaleza del Verbo ni a su nacimiento del Padre por naturaleza cuando decía “que fue fiel al que le había hecho.” De ninguna manera. **El Verbo es el que hace, no el que es hecho.** Se refería a su venida entre los hombres y al pontificado que fue entonces creado. Esto se puede ver claramente a partir de la historia de Aarón en la ley. Aarón no había nacido pontífice, sino simple hombre. Con el tiempo, cuando quiso Dios, se hizo pontífice... poniéndose sobre sus vestidos comunes el *ephod*, el pectoral y la túnica, que las mujeres habían elaborado por mandato de Dios. Con estos ornamentos entraba en el lugar sagrado y ofrecía el sacrificio en favor del pueblo... De la misma manera, el Señor “en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios” (Jn 1:1). Pero cuando quiso el Padre que se ofreciera rescate por todas y que se hiciera gracia a todos, entonces, de la misma manera que Aarón tomó la túnica, tomó el Verbo la carne de la tierra, y tuvo a María como madre a la manera de tierra virgen, a fin de que como pontífice se ofreciera a sí mismo al Padre, purificándonos a todos con su sangre de nuestros pecados y resucitándonos de entre muertos. Lo antiguo era una sombra de esto. De lo que hizo el Salvador en su venida, Aarón había ya trazado una sombra en la ley. Ya así como Aarón permaneció el mismo y no cambió cuando se puso los vestidos sacerdotales... así también el Señor... no cambió al tomar carne, sino que siguió siendo el mismo, aunque oculto bajo la carne. Cuando se dice, pues, que “fue hecho,” no hay que entenderlo del Verbo en cuanto tal... El Verbo es creador, pero luego es hecho pontífice al revestirse de un cuerpo hecho y creado, que pudiera ofrecer por nosotros: en este sentido se dice “fue hecho.”¹²

El designio de Dios creador sobre el hombre.

Dice el útilísimo libro del *Pastor* (de Hermas): “Ante todo has de creer que uno es Dios, el que creó y dispuso todas las cosas, y las hizo del no ser para que fueran” (Mand. 1). Dios es bueno: mejor dicho, **es la misma fuente de la bondad.** Ahora bien, siendo bueno, no puede escatimar nada a nadie. Por esto no escatimó la existencia de nada, sino que a todas las cosas las hizo de la nada por medio de su propia Palabra, nuestro Señor Jesucristo. Y entre todas ellas tuvo en primer lugar particular benevolencia para con el linaje humano, y viendo que según su propia condición natural los hombres no podían permanecer indefinidamente, les dio además un don particular no los creó simplemente como a los demás animales irracionales de la tierra, sino que los hizo según su propia imagen, **haciéndoles participar de la fuerza de su propia Palabra (Logos);** y así, una vez hechos partícipes de la Palabra (lógico), podían tener una existencia duradera y feliz, viviendo la vida verdadera y real de los santos en el paraíso.

Pero Dios sabía también que el hombre tenía una voluntad de elección en un sentido o en otro, y tuvo providencia de que se asegurara que les había dado poniéndoles bajo determinadas condiciones en determinado lugar. Efectivamente, los introdujo en su propio paraíso, y les puso la condición de que si guardaban el don que tenían y permanecían buenos tendrían aquella vida propia del paraíso, sin penas, dolores ni cuidados, y además la promesa de la inmortalidad en el cielo. Por el contrario, si transgredía la condición y se pervertían haciendo malvados, conocerían que por naturaleza estaban sujetos a la corrupción de la muerte, y ya no podrían vivir en el paraíso, sino que expulsados de él acabarían muriendo y permanecerían en la muerte y en la corrupción...¹³

El pecado original, transmitido por la generación sexual.

“He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y mi madre me concibió entre pecados” (Sal 50:7). El primer plan de Dios no era que nosotros viniéramos a la existencia a través del matrimonio y de la corrupción. Fue la trasgresión del precepto lo que introdujo el matrimonio, a causa de la iniquidad de Adán, es decir, de su repudio de la ley que Dios le había dado. Así pues, los que nacen de Adán son concebidos en la iniquidad e incurren en la condena del primer padre. La expresión: “Mi madre me concibió entre pecados” significa que Eva, madre de todos nosotros, fue la primera que concibió al pecado estando como llena de placer. Por eso nosotros, cayendo en la misma condena de nuestra madre, decimos que somos concebidos entre pecados. Así se muestra cómo la naturaleza humana desde un principio, a causa de la trasgresión de Eva, cayó bajo el pecado, y el nacimiento tiene lugar bajo una maldición. La explicación se remonta hasta los comienzos, a fin de que quede patente la grandeza del don de Dios...¹⁴

El Verbo, haciéndose hombre, diviniza a la humanidad.

“Le dio un nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2:9). Esto no está escrito con referencia al Verbo en cuanto tal, pues aun antes de que se hiciera hombre, el Verbo era adorado de los Ángeles y de toda la creación a causa de lo que tenía como herencia del Padre. En cambio sí está escrito por nosotros y en favor nuestro; Cristo, de la misma manera que en cuanto hombre murió por nosotros, así también fue exaltado. De esta suerte está escrito que recibe en cuanto hombre lo que tiene desde la eternidad en cuanto Dios, a fin de que nos alcance a nosotros este don que le es otorgado. Porque el Verbo no sufrió disminución alguna al tomar carne, de suerte que tuviera que buscar cómo adquirir algún don, sino que al contrario, divinizó la naturaleza en la cual se sumergía, haciendo con ello un mayor regalo al género humano. Y de la misma manera

que en cuanto Verbo y en cuanto que existía en la forma de Dios era adorado desde siempre, así también, al hacerse hombre permaneciendo el mismo y llamándose Jesús, no tiene en menor medida a toda la creación debajo de sus pies. A este nombre se doblan para él todas las rodillas y confiesan que el hecho de que el Verbo se haya hecho carne y esté sometido a la muerte de la carne no implica nada indigno de su divinidad, sino que todo es para gloria del Padre. Porque gloria del Padre es que pueda ser recobrado el hombre que él había hecho y había perdido, y que el que estaba muerto resucite y se convierta en templo de Dios. Las mismas potestades de los cielos, los ángeles y los arcángeles, que le rendían adoración desde siempre, le adoran ahora en el nombre de Jesús, el Señor: y esto es para nosotros una gracia y una exaltación, **porque el Hijo de Dios es ahora adorado en cuanto que se ha hecho hombre**, y las potestades de los cielos no se extrañan de que todos nosotros penetremos en lo que es su región propia, viendo que tenemos un cuerpo semejante al de aquél. Esto no hubiera sucedido si aquel que existía en forma de Dios no hubiera tomado la forma de esclavo y se hubiera humillado hasta permitir que la muerte se apoderara de su cuerpo. He aquí como lo que humanamente era tenido como una locura de Dios en la cruz, se convirtió en realidad en una cosa más gloriosa para todos; porque en esto está nuestra resurrección...¹⁵

La redención del hombre.

Nuestra culpa fue la causa de que bajara el Verbo y nuestra trasgresión daba voces llamando a su bondad, hasta que logró hacerlo venir a nosotros y que el Señor se manifestara entre los hombres.

Nosotros fuimos la ocasión de su encarnación y por nuestra salvación amó a los hombres hasta tal punto que nació y se manifestó en un cuerpo humano.

Así pues, de esta forma hizo Dios al hombre y quiso que perseverara en la inmortalidad. Pero los hombres, despreciando y apartándose de la contemplación de Dios, discurrieron y planearon para sí mismo el mal... y recibieron la condenación de muerte con que habían sido amenazados de antemano. En adelante ya no tenían una existencia duradera tal como habían sido hechos, sino que, de acuerdo con lo que habían planeado, quedaron sujetos a corrupción, y la muerte reinaba y tenía poder sobre ellos. Porque la trasgresión del precepto los volvió a colocar en su situación natural, de suerte que así como fueron hechos del no ser, de la misma manera quedaran sujetos a la corrupción y al no ser con el decurso del tiempo.

Porque, si su naturaleza originaria era el no ser y fueron llamados al ser por la presencia y la benignidad del Verbo, se sigue que así que los hombres perdieron el conocimiento de Dios y se volvieron hacia el no ser — porque el mal es el no ser, y el bien es el ser que procede del ser de Dios—, perdieron la capacidad de ser para siempre, es decir, que se disuelven en la muerte y corrupción permaneciendo en ellas. Porque, por naturaleza, el nombre es mortal, ya que ha sido hecho del no ser. Mas a causa de semejanza con “el que es,” que el hombre podía conservar mediante la contemplación de él, quedaba desvirtuada su tendencia natural a la corrupción y permanecía incorruptible, como dice Sabiduría: “La observancia de la ley es vigor de incorrupción” (Sab 6:18). Y puesto que era incorruptible, podía vivir en adelante a la manera de Dios, como lo insinúa en cierto lugar la Escritura: “Yo dije: sois dioses, y todos sois hijos del Altísimo. Pero vos todos morís como hombres, y caéis como un jefe cualquiera” (Sal 81:6-7). Porque Dios no sólo nos hizo de la nada, sino que con el don de su Palabra nos dio el poder vivir como Dios. Pero los hombres se apartaron de las cosas eternas, y por insinuación del diablo se volvieron hacia las cosas corruptibles: y así, por su culpa le vino la corrupción de la muerte, pues, como dijimos, por naturaleza eran corruptibles, y sólo por la participación del Verbo podían escapar a su condi-

ción natural, si permanecían en el bien. Porque, en efecto, la corrupción no podía acercarse a los hombres a causa de que tenían con ellos al Verbo, como dice la Sabiduría: “Dios creó al hombre para la incorrupción y para ser imagen de su propia eternidad: pero por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo” (Sab 2:23-24). Entonces fue cuando los hombres empezaron a morir, y desde entonces la corrupción los dominó y tuvo un poder contra todo el linaje humano superior al que le correspondía por naturaleza, puesto que por la trasgresión del precepto tenía en el mal...

Todo esto no hacia sino aumentar el poder de la muerte, y la corrupción seguía amenazando el hombre, y el género humano iba pereciendo. El hombre hecho según el Verbo y a imagen (de Dios) estaba para desaparecer, y la Obra de Dios iba a quedar destruida. La muerte... tenía poder contra nosotros en virtud de que no era posible escapar a esta ley, habiendo sido puesta por Dios a causa de la trasgresión. La situación era absurda y verdaderamente inaceptable. Era absurdo que Dios, una vez que había hablado, nos hubiera engañado, y que habiendo establecido la ley de que si el hombre traspasaba su precepto moriría, en realidad no muriese después de la trasgresión, desvirtuándose así su palabra. Por otra parte era inaceptable que lo que una vez había sido hecho según el Verbo y lo que participaba del Verbo quedara destruido y volviera a la nada a través de la corrupción. Porque era indigno de la bondad de Dios que lo que era obra suya pereciera a causa del engaño del diablo en que el hombre había caído. Sobre todo, era particularmente inaceptable que la obra de Dios en el hombre desapareciera, ya por negligencia de ellos, ya por el engaño del diablo... ¿Qué necesidad había de crear ya desde el principio tales seres? Mejor era no crearlos, que abandonarlos y dejarlos perecer una vez creados... Si no los hubiese creado, nadie habría pensado en atribuirlo a impotencia. Pero una vez que los hizo y los creó para que existieran, era de lo más absurdo que tales obras perecieran a la vista misma del que las había hecho...¹⁶

Por el Verbo se restaura en el hombre la imagen de Dios.

Si ha llegado a desaparecer la figura de un retrato sobre tabla a causa de la suciedad que se le ha acumulado, será necesario que se presente de nuevo la persona de quien es el retrato, a fin de que se pueda restaurar su misma imagen en la misma madera. La madera no se arroja, pues tenía pintada en ella aquella imagen: lo que se hace es restaurarla. De manera semejante, el Hijo santísimo del Padre, que es imagen del Padre, vino a nuestra tierra a fin de restaurar al hombre que había sido hecho a su imagen. Por esto dijo a los judíos: “Si uno no renaciere...” (Jn 3:5): no se refería al nacimiento de mujer, como imaginaban aquellos, sino al alma que había de renacer y ser restaurada en su imagen. Una vez que la locura idolátrica y la impiedad habían ocupado toda la tierra, y una vez que había desaparecido el conocimiento de Dios, ¿quién podía enseñar al mundo el conocimiento del Padre?... Para ello se necesitaba el mismo Verbo de Dios, que ve la mente y el corazón del hombre, que mueve todas las cosas de la creación y que por medio de ellas da a conocer al Padre. ¿Y cómo podía hacerse esto? Oirá tal vez alguno que ello podía hacerse por medio de las mismas cosas creadas, mostrando de nuevo a partir de las obras de la creación la realidad del Padre. Pero esto no era seguro, pues los hombres ya lo habían descuidado una vez, y ya no tenían los ojos levantados hacia arriba, sino dirigidos hacia abajo. Consiguiéntemente, cuando quiso ayudar a los hombres, se presentó como hombre y tomó para sí un cuerpo semejante al de ellos. Así les enseña a partir de las cosas de abajo, es decir, de las obras del cuerpo, de suerte que los que no querían conocerle a partir de su providencia del universo y de su soberanía, **por las obras de su cuerpo conocerán al Verbo de Dios encarnado, y por medio de**

él al Padre. Así, como un buen maestro que se cuida de sus discípulos, a los que no podían aprovecharse de las cosas mayores, les enseña con cosas más sencillas poniéndose a su nivel...¹⁷

Cristo ofrece su cuerpo en sacrificio vicario por todos.

Vio el Verbo que no podía ser destruida la corrupción del hombre sino pasando absolutamente por la muerte; por otra parte, era posible que el Verbo muriera, siendo inmortal e Hijo del Padre. Por esto tomó un cuerpo que fuera capaz de morir, a fin de que éste, hecho partícipe del Verbo que está sobre todas las cosas, capaz de morir en lugar de todos y al mismo tiempo permaneciera inmortal a causa del Verbo que en él moraba. Así se imponía fin para adelante a la corrupción **por la gracia de la resurrección.** Así, él mismo tomó para sí un cuerpo y lo ofreció a la muerte como sacramento y víctima libre de toda mancha, y al punto con esta ofrenda ofrecida por los otros, hizo desaparecer la muerte de todos aquellos que eran semejantes a él. Porque el Verbo de Dios estaba sobre todos, y era natural que al ofrecer su propio templo y el instrumento de su cuerpo por la vida de todos, pagó plenamente la deuda de la muerte. Y así, el Hijo incorruptible de Dios, al compartir la suerte común mediante un cuerpo semejante al de todos, les impuso a todos la inmortalidad **con la promesa de la resurrección.** La corrupción de la muerte ya no tiene lugar en los hombres, pues el Verbo habita en ellos a través del cuerpo de uno. Es como si el emperador fuera a una gran ciudad y se hospedara en una de sus casas: absolutamente toda la ciudad se sentiría grandemente honrada, y no habría enemigo o ladrón que la asaltara para vejarla, sino que se tendría toda ella como digna de particular protección por el hecho de que el emperador habitaba en una de sus casas. Algo así sucede con respecto al que es emperador de todo el universo. Al venir a nuestra tierra y morar en un cuerpo semejante al nuestro, hizo que en adelante cesaran todos los ataques de los enemigos contra los hombres, y que desapareciera la corrupción de la muerte que antes tenía gran fuerza contra ellos...¹⁸

Estando todos nosotros bajo el castigo de la corrupción y de la muerte, él tomó un cuerpo de igual naturaleza que los nuestros, y lo entregó a la muerte en lugar de todos, ofreciéndolo en sacrificio al Padre. Esto lo hizo por pura benignidad, en primer lugar a fin de que muriendo todos en él quedara abrogada la ley que condenaba a los hombres a la corrupción, ya que su fuerza quedaba totalmente agotada en el cuerpo del Señor y no le quedaba ya asidero en los hombres; y en segundo lugar para que, al haberse los hombres entregado a la corrupción, pudiera él restablecerlos en la incorrupción y resucitarlos de la muerte por la apropiación de su cuerpo y por la gracia de la resurrección, desterrando de ellos la muerte, como del fuego la paja.¹⁹

La encarnación, principio de divinización del hombre.

Si las obras del Verbo divino no se hubieran hecho por medio del cuerpo, el hombre no hubiera sido divinizado; y, por el contrario, si las obras propias del cuerpo no se atribuyesen al Verbo, no se hubiera librado perfectamente de ellas el hombre. Pero una vez que el Verbo se hizo hombre y se apropió todo lo de la carne, las cosas de la carne ya no se adhieren al cuerpo pues éste ha recibido al Verbo y éste ha consumido lo carnal. En adelante, ya no permanecen en los hombres sus propias aficiones de muertos y de pecadores, **sino que resucitan por la fuerza del Verbo y permanecen inmortales e incorruptibles.** Por esto aunque lo que nació de María, la Madre de Dios, es la carne, se dice que es él quien nació de ella, pues él es quien da a los demás el nacimiento para que sigan en la existencia. Así nuestro nacimiento queda transformado en el suyo, y ya no somos solamente tierra que ha de volver a la tierra, sino que habiéndonos adherido al Verbo que viene del cielo podremos ser elevados a los cielos con él. Así pues, no sin razón se impuso sobre sí las aficiones todas propias del cuerpo, pues así nosotros podíamos par-

ticipar de la vida divina, no siendo ya hombres, sino cosa propia del mismo Verbo. Porque ya no morimos por la ley de nuestro primer nacimiento en Adán, sino que en adelante transferimos al Verbo nuestro nacimiento y toda nuestra debilidad corporal, y somos levantados de la tierra, quedando destruida la maldición del pecado que había en nosotros, pues él se ha hecho maldición por nosotros. Esto está muy en su punto: porque así como en nuestra condición terrena morimos todos en Adán, así cuando nacemos de nuevo a partir del agua y del Espíritu, **todos somos vivificados en Cristo**, y ya no tenemos una carne terrena, sino una carne que se ha hecho Verbo, por el hecho de que **el Verbo de Dios se hizo carne por nosotros.**²⁰

La eucaristía, alimento espiritual.

En el Evangelio de Juan he observado lo que sigue. Cuando habla de que su cuerpo será comido, y ve que a causa de esto muchos se escandalizan, dice el Señor: “¿Esto os escandaliza? ¿Qué sería si vieseis al Hijo del hombre bajando de allí donde estaba al principio? El Espíritu es lo que vivifica: la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida” (Jn 6:62-64). En esta ocasión dice acerca de sí mismo ambas cosas: que es espíritu y que es carne; y distingue al espíritu de lo que es según la carne, para que creyendo no sólo lo visible, sino lo invisible que había en él, aprendan que lo que él dice no es carnal, sino espiritual. ¿Para alimentar a cuántos hombres sería su cuerpo suficiente? Pero tenía que ser alimento para todo este mundo. Por esto les menciona la ascensión al cielo del Hijo del hombre, a fin de sacarlos de su mentalidad corporal y hacerles aprender en adelante que la carne que él llama comida viene de arriba, del cielo, y que el alimentó que les va a dar es espiritual. Les dice: “Lo que os he hablado es espíritu y vida” (Jn 6, 64), que es lo mismo que decir: lo que aparece y lo que es entregado para salvación del mundo es la carne que yo tengo, pero esta misma carne con su sangre, yo os la daré a vosotros como alimento de una manera espiritual. O sea que es de una manera espiritual como esta carne se da a cada uno, y se hace así para cada uno prenda de la resurrección de la vida eterna...

El misterio de la eucaristía.

Verás a los ministros que llevan pan y una copa de vino, y lo ponen sobre la mesa; y mientras no se han hecho las invocaciones y súplicas, no hay más que puro pan y bebida. Pero cuando se han acabado aquellas extraordinarias y maravillosas oraciones, entonces el pan se convierte en el cuerpo y el cáliz en la sangre de nuestro Señor Jesucristo... Consideremos el momento culminante de estos misterios: este pan y este cáliz, mientras no se han hecho las oraciones y súplicas, son puro pan y bebida; pero así que se han proferido aquellas extraordinarias plegarias y aquellas santas súplicas, **el mismo Verbo baja hasta el pan y el cáliz, que se convierten en su cuerpo.**

La práctica de la penitencia.

De la misma manera que un hombre al ser bautizado por un sacerdote **es iluminado con la gracia del Espíritu Santo**, así también el que hace confesión arrepentido recibe mediante el sacerdote el perdón por gracia de Cristo.

Los que han blasfemado contra el Espíritu Santo o contra la divinidad de Cristo diciendo: “Por Beelzebub, príncipe de los demonios, expulsa los demonios” (Lc 11:15), no alcanzan perdón ni en este mundo ni en el futuro. Pero hay que hacer notar que no dijo Cristo que el que hubiera blasfemado y se hubiese arrepentido no habría de alcanzar perdón, sino el que estuviera en blasfemia, es decir, permaneciera en la blasfemia. Porque la digna penitencia borra todos los

pecados... **La blasfemia contra el Espíritu es la falta de fe** (*apistía*), y no hay otra manera para perdonarla si no es la vuelta a la fe: el pecado de ateísmo y de falta de fe no alcanzará perdón ni en este mundo ni en el futuro.

10. Ibid.III, 30 – 32;11. ATANASIO, Epístola ad Adelphium, 3; 12.Contra Ar. II, 7 – 8; 13. Atanasio, De Incarnatione. 3; 14. Atanasio, In Ps. 50; 15. Contra Ar. I, 42; 16. De Incarn. 4-6; 17. Ibid 14 – 15; 18. Ibid. 9; 19. Ibid. 8; 20. Contra...